3 1761 09546491 3

LA PERDICION DE LA MUJER.

La perdicion de la Mujer

POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Imp. y lib. de M. Guijarro.

LS
P4386p

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA PERDICION DE LA MUJER

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

TOMO II.

239217
1.30
9

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.
1866.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LIBRO NOVENO.

EL REGRESO DE LAS AVES EMIGRADORAS.

CAPITULO PRIMERO.

UNA VERDAD DE PERO GRULLO, Y UNA INTRIGA DE LA MARQUESA DE FONTAN.

Siempre he oido decir que el invierno es el paraíso de los ricos y el tormento de los pobres.

Aunque mi opinion no valga gran cosa, yo creo que los ricos encuentran el paraíso en las cuatro estaciones del año.

La caida de las hojas, las primeras escarchas, vienen á ofrecerles los encantos, los goces que proporcionan los teatros, los bailes de máscaras y las elegantes reuniones *comme il faut*, donde pueden ostentar su lujo, su elegancia, su hermosura.

Cuando el primer soplo de la templada primavera orea sus frentes, entonces el campo, los puertos de mar, las escursiones por países estranjeros, vienen tambien á sonreirles por los cuatro costados; es decir, que para el rico el invierno, la primavera, el verano y el otoño, tienen encantos y goces, mientras que para el pobre el otoño, el invierno, la primavera y el

estío, acumulan noches de insomnio, dias de dolor y desesperacion.

Aquí Pero Grullo diria que mas vale ser rico que pobre; y cuenta que Pero Grullo fué un hombre que ha adquirido fama inmortal, y siempre hay algo en abono en aquel que se distingue de los demás séres.

Madrid comenzaba á hacer ostentacion de su vida de invierno.

La aristocracia de la sangre y del dinero, los que se desviven y martirizan ostentando una fortuna que no poseen, toda esa familia, en fin, que rinde culto á la moda, á la ostentacion y á la vanidad, se disponia con la sonrisa en los labios á emprender esa gran batalla que dura por espacio de un invierno, cuyas armas mas culminantes se reducen al amor, la bolsa, la calumnia, los abusos y la ingratitud.

Los teatros se disponian á abrir sus puertas.

Las empresas llenaban las esquinas de Madrid de inmensos cartelones, poniendo de manifiesto á los curiosos las obras dramáticas que pensaban escribir los autores de nota y las listas de la compañía que debia ejecutarlas.

Pero antes de entrar de lleno en el drama que ha de ocupar las páginas del segundo tomo de esta novela, bueno será, lector querido, que te aclare alguna duda que tal vez pasó por tu imaginacion.

El fingido baron de Soany combinó, si mal no recuerdas, con sus aliados Arturo y Jacobo el ginebrino, una suspension de hostilidades, atendiendo á la precipitada marcha del marqués de Fontan, y temiendo el escándalo con que Narciso de Rioalto les amenazaba.

Para esto convinieron inclinar á la hermosa Felicidad en favor de las pretensiones del jóven millonario.

Despues de esta entrevista, los principales personajes de esta novela desaparecieron de Madrid, tomando distintos rumbos, huyendo del calor que les amenazaba; calor que indudablemente no causaba tanto efecto á los contemporáneos de Felipe II, puesto que permanecian muy tranquilos en la córte de Madrid durante los meses de verano, sin que ni en sueños se les ocurriese que para vivir muchos años era preciso emigrar en los meses de junio, julio y agosto.

Pero nosotros pensamos de otra manera.

La marquesa de Fontan fué á visitar á su doncella Felicidad, que con tanta abnegacion habia admitido el papel de su querida, deshonrándose á los ojos de todos aquellos que ignoraban la verdad de la farsa representada por el marqués y su esposa.

Felicidad, como hemos dicho en otras ocasiones, amaba á su señora con verdadero y desinteresado cariño.

La marquesa hizo que su doncella se sentara á su lado, y le habló de este modo:

—Querida mia, ha llegado el momento de que me pruebes una vez mas el verdadero aprecio que te inspiro. Hay un hombre que posee nuestro secreto, y que puede causarme no pocos disgustos si lo revela. Es preciso, pues, que ese hombre calle; en una palabra, que sea tuyo, lo cual quiere decir, mio.

—Bien, señorita, yo haré cuanto usted quiera, pero no entiendo...

—Procuraré esplicarme. Ese hombre, no sé si por vanidad ó por verdadero amor, dice que te ama, quiere que seas suya;

en una palabra, desea desbancarme á los ojos de nuestros amigos.

—¡Ah! entonces ya sospecho quién es, repuso Felicidad enviando á su señora una sonrisa ingénua.

—¿Tú le conoces?

—¡Ya lo creo! me ha escrito dos cartas; digo, si el que usted dice se llama Narciso de Rioalto.

—El mismo, contestó la marquesa admirada; pero me estraña que no me hayas dicho nada.

—La señorita recordará que hace tres dias que no tengo el gusto de verla.

—Y durante ese tiempo...

—Me ha escrito ese jóven dos cartas.

Y Felicidad se levantó, y alzando la tapa de un pequeño velador, sacó del fondo de aquel mueble dos billetes que puso en las manos de la marquesa de Fontan.

—¡Ah! dijo Carolina despues de leerlas: veo que Narciso es hombre que sabe aprovechar el tiempo.

—Segun parece, ganó con un poco de oro á mi doncella, volvió á decir Felicidad. Yo no me he resuelto aún á despedir á esa pobre muchacha. Esperaba ver á usted para que resolviese.

—Perfectamente: esto nos ahorra mucho camino; voy á hablarte con la sinceridad, con el interés verdadero que me inspiras. Narciso de Rioalto es uno de esos jóvenes sin corazon: le creo capaz de cometer cualquiera accion por infame que sea; la vanidad le ciega. Inmensamente rico, con una fortuna, segun creo, de mas de diez millones de reales, solo en el mundo, sin que nadie le pida cuenta de su conducta, hambriento de disfru-

tar todos los goces de la vida, no retrocede ante los obstáculos ni los peligros. Quiere hacerte su querida, y por lograrlo nada le importaria arriesgar la mitad de su fortuna. Tú no eres rica, hija mia; la juventud y la hermosura en las mujeres es efímera y pasajera como el perfume y la brillantez de las rosas. Si sabes conducirte, puedes lograr mucho de Narciso. Si llega á poseerte, á dominarte, pagará tu amor con la mas negra de las ingratitudes.

—Pues bien, ¿qué debo hacer?

—Ya te he dicho que me conviene que ese hombre salga de Madrid por algunos meses. Necesito asímismo que el amor le preocupe hasta tal punto que llegue á olvidar mi secreto, que posee. Creo, hija mia, que tú puedes en esta ocasion lograr lo que deseo.

—Si la señora marquesa tuviera la bondad de indicarme el modo...

—¿Y por qué no? Comprendo que te falta aún mucha esperiencia para vivir en el mundo de la gente del buen tono, donde tan pocas veces asoma la verdad á los labios. Creo, pues, que debes comenzar la dominacion de Narciso contestándole hoy mismo á la última de sus cartas.

—¿Entonces opina usted que debo aceptar sus proposiciones?

—¿Y por qué no? A una jóven hermosa y despejada no le faltan recursos para entretener tres meses á un amante sin concederle nada.

—¡Ah! ¿Luego es un juego de amor lo que usted me propone?

—Precisamente. Mientras el hombre espera realizar un de-

seo, es dulce, condescendiente, casi esclavo de la mujer; pero una vez alcanzado lo que codicia, entonces ya es otra cosa. Escríbele una carta concebida poco mas ó menos en estos términos: «Dentro de tres dias abandonaré á Madrid: pienso pasar el verano en Lisboa; si usted me ama como dice, me esperará en aquella capital en la fonda de París, en donde podré esplicarle las razones que me ponen en el caso de hacer este viaje de verano sin la compañía del baron de Soany.»

—¿Nada mas? preguntó maliciosamente Felicidad.

—Puedes añadir alguna que otra palabra que te parezca oportuna. Lo conveniente es que Narciso salga de Madrid mañana, y que tú entretengas sus deseos durante los tres meses de verano que debes pasar fuera de España. Si en este tiempo comprendes que los amores de Rioalto pueden convenirte, dueña eres de aceptarlos, siempre que él te jure respetar mi secreto.

—Pero una vez en Lisboa, ¿cuál debe ser mi conducta?

—Tú debes demostrar que no conoces mi trasformacion, dando á entender que mi conducta para contigo ha sido incomprensible, pues no puedes esplicarte ciertas particularidades de mi vida privada, diciéndole que yo, mas que tu amante, he sido tu hermano.

Felicidad comprendió perfectamente las intenciones de la marquesa.

Despues de esto solo faltaba tratar de una cuestion: quién iba á sufragar los gastos de viaje y permanencia en Lisboa.

La marquesa le dijo que sobre ese punto no tenia que pasar cuidado alguno, pues ella corria con todos los gastos.

Felicidad aceptó.

Pocos dias despues, al instalarse en la fonda de París en Lisboa, recibió una tarjeta que decia:

«*Narciso de Rioalto pide permiso á la señorita Felicidad para hacerla una visita.*»

Nos hemos olvidado de decir que Daniel, el criado de confianza del vizconde de Villafort, acompañaba, fingiéndose hermano, á la doncella Felicidad.

CAPITULO II.

NUEVO COMPLOT.

Narciso de Rioalto, al recibir en Madrid la carta que le citaba para Lisboa, creyó que la conquista de aquella jóven era una cosa fácil, casi hecha.

Este error se desvaneció pronto.

Los obstáculos acrecientan el deseo.

Rioalto encontró en Felicidad una mujer fuerte, dispuesta á luchar, pero en cuyos labios hay siempre una frase que preludia una esperanza, en cuyos ojos brilla siempre una chispa que anuncia la rendicion.

Dos meses permanecieron en Lisboa.

Durante este tiempo, Narciso no habia conseguido ni el mas pequeño favor de Felicidad.

La acompañaba por todas partes, la servia siempre como un cumplido caballero; era, en fin, el amante apasionado, fiel, solícito, que espera de un momento á otro la recompensa de su amor.

Pero Felicidad tenia bastante talento para mantenerlo á una distancia conveniente.

Narciso se encontraba, por decirlo así, humillado en su amor propio.

Era preciso que aquella mujer fuera su querida.

Por eso para llegar á ser señor se convertia en esclavo.

Los caprichos de Felicidad fueron órdenes para él.

La obedecia ciegamente, esperando el momento de la recompensa, que debia ser el de su venganza.

Felicidad era, por decirlo así, el escudo defensor de Carolina y Arturo.

Narciso era uno de esos hombres que no reconocen obstáculos.

Su axioma era el siguiente: «el dinero lo puede todo.»

A principios de octubre regresaron á Madrid.

Felicidad participó su llegada á la marquesa, se citaron y se vieron aquel mismo dia.

—¿Cómo te va con el jóven millonario? le preguntó Carolina.

—No he traspasado ni una línea las instrucciones de usted.

—Perfectamente; pero supongo que Narciso te ama.

—Mas que nunca.

—Eso es una ventaja: el hombre, mientras solicita, es fino, obsequioso, atento; cuando triunfa, se vuelve despótico, exigente, cruel.

Y la marquesa exhaló un suspiro.

Felicidad fijó sus hermosos ojos en la marquesa, dirigiéndole una mirada llena de ternura.

—Usted no es feliz, le dijo.

—¡Feliz! esclamó Carolina: ¿puede serlo mujer alguna cuando su felicidad estriba en el amor de un hombre como Arturo de Villafort?

Felicidad, que conocia hasta qué punto amaba la marquesa al vizconde, guardó silencio, comprendiendo que seria inútil aconsejarle un rompimiento.

—¡Ah! volvió á decir Carolina: yo tuve la pretension de amansar á un tigre, y hoy el tigre se complace en despedazarme.

Y cogiendo con un ademan nervioso las manos de su doncella, continuó:

—Arturo no me ama, estoy convencida de ello, y en mi corazon el amor va cediendo la vez á la venganza. ¿Quieres ayudarme?

Al dirigir esta pregunta, los ojos de la marquesa brillaron de un modo siniestro.

—La señora marquesa, contestó Felicidad con ademan sereno, puede disponer de mí; hace mucho tiempo le hizo mi corazon el sacrificio de su vida.

Carolina se arrojó en los brazos de Felicidad, besándola repetidas veces en la frente.

—¡Oh! sí, te creo; tú eres buena, tú eres agradecida, tú eres leal. Unámonos, pues, para destruir el obstáculo que me roba la dicha.

Y bajando la voz, continuó con acento nervioso:

—Tú ya sabes que Arturo tiene una querida que presenta públicamente en todas partes. Se llama Andrea: es una pobre muchacha que ha cometido la necedad de creer en las promesas del vizconde. Arturo no la ama, porque no puede amar á

nadie; como sucede á los egoistas, el objeto de su veneracion es él mismo; pero Andrea, aunque inocentemente, tiene una gran parte en los desaires, en los desprecios que con frecuencia me arroja al rostro Arturo. Es preciso, pues, que Andrea y Arturo rompan las relaciones que les unen. Al vizconde no le será muy sensible: la conserva como un objeto de lujo, como un capricho, como un pasatiempo agradable.

—¿Y qué puedo hacer yo para conseguir lo que usted desea?

—Narciso de Rioalto es rico, es jóven, es audaz.

—No comprendo.

—Es preciso que Rioalto enamore á Andrea.

—¿Y soy yo la que debo aconsejárselo? preguntó Felicidad con estrañeza.

—¿Te parece un inconveniente?

—Por lo menos me parece raro, repuso la doncella sonriéndose.

—Y lo es efectivamente; pero nada hay imposible.

—Ruego á usted me indique el modo.

La marquesa se quedó un momento pensativa.

Luego dijo:

—Será preciso fingir una historia, por ejemplo, revelar á Narciso que yo soy efectivamente la marquesa de Fontan.

—¡Oh! en cuanto á eso no abriga la menor duda: lo cree firmemente.

—Déjame terminar. Le dices que yo lo he arrostrado todo por el vizconde, y que el vizconde, abusando de mi debilidad, me posterga á esa jóven; aquí le ponderas del modo que creas mas conveniente el cariño que me tienes, la gratitud que para mí guarda tu corazon.

—Todo eso es verdad, y no tengo inconveniente en repetirlo á la faz de todos.

—Lo sé; pero volvamos á nuestro asunto. Debes hacer comprender á Narciso que solo serás suya cuando el vizconde de Villafort haya roto las relaciones que le unen con Andrea.

—He comprendido perfectamente el papel que debo representar, y creo que le desempeñaré bastante bien.

—¿Cuándo verás á Narciso?

—Esta noche.

—Entonces mañana espero carta tuya refiriéndome el resultado de vuestra entrevista.

Y Carolina, en cuyo pecho comenzaba á brotar una esperanza, abrazó á Felicidad, dándola un beso en la frente.

—¡Pobre hija mia! dijo: yo bien conozco que te sacrifico á mi felicidad; pero ¡qué quieres! ¡Soy tan desgraciada!

—¡Bah! Señorita, no piense usted en lo que á mí puede acontecerme; me creo muy feliz siendo útil á usted. Yo, pobre muchacha, sin mas patrimonio que mi virtud, sin mas familia ni mas protector que usted, ¿qué pierdo en este juego? Nada: y en cambio me arriesgo á ganar mucho, porque si Narciso de Rioalto me diera su mano...

Felicidad acababa de demostrar su ambicion.

La marquesa se sonrió.

—¡Ah! dijo: ¿luego tú tienes tambien tus sueños?

—¡Qué mujer carece de ellos! Además, no seria una cosa del otro jueves, como suele decirse, porque Narciso, en vista de mi resistencia, está desesperado.

—Pero ¿tú le amas?

Felicidad hizo una mueca de desprecio, y repuso:

—¡Pstchs! es rico.

—Pero tiene un corazon pervertido, incapaz de hacer la dicha de ninguna mujer.

—Señorita, he oido decir que á los hombres se les educa.

—¿Y tienes tú esperanzas de educar á Rioalto?

—Tal vez, mientras no ceda á sus exigencias.

—Así sea, que no seré yo la que menos he de alegrarme de tu dicha.

—Lo creo, señorita.

La marquesa se puso en pié, y dando nuevamente un beso á su antigua doncella, repuso:

—Voy á dejarte; necesito ver á Arturo. No olvides que mañana espero tu carta.

Felicidad acompañó hasta la antesala al fingido baron de Soany, y luego, regresando á su gabinete se puso á meditar en la empresa que se le habia confiado y de la cual podia resultar para ella un beneficio de la mayor consideracion, es decir, llegar á ser algun dia la señora de Rioalto.

CAPITULO III.

EL PRECIO DE UN CORAZON.

Cuando la tarde fué declinando, Felicidad llamó á su doncella y comenzó á vestirse, pero con mas gusto, con mas esmero que nunca.

Para su peinado eligió el adorno que le favorecia mas, se puso el vestido mas sencillo y mas elegante, y cuando quedó completamente satisfecha de sí misma, como la noche acababa de cerrar, mandó que encendieran una lámpara, la colocó ella misma sobre un velador, y sentándose en una butaca y cogiendo un libro, dijo á su doncella:

—Puedes retirarte, y cuando venga el señor de Rioalto que pase inmediatamente: para los demás no estoy en casa.

La doncella salió, haciendo un gesto de inteligencia.

Cuando el elegante péndulo marcó las ocho de la noche se descorrió la rica cortina de terciopelo que cubria la puerta y presentóse en el gabinete Narciso de Rioalto.

El jóven millonario habia desechado el luto antes del término de un año.

Narciso estaba desfigurado.

En su semblante hermoso, aunque un tanto apagado, se notaba mas animacion que de costumbre.

Vestia con elegancia, y en la pechera de su rica camisa de holanda veíanse dos brillantes de subido precio.

Aquellos botones eran, por decirlo así, el sello con que el jóven millonario demostraba su inmensa fortuna á los desconocidos.

Narciso tiró el gaban de abrigo sobre una silla, y fué á sentarse en otra cerca de Felicidad.

—Supongo, amiga mia, que habrá usted descansado del viaje, dijo Narciso.

—¡Oh! sí, he descansado, y comenzaba á aburrirme, contestó la jóven enviando una mirada llena de fuego á Rioalto.

Narciso dejó un papel sobre el velador, fijando al mismo tiempo sus ojos, en donde brillaba la ardiente chispa de un deseo contenido.

—¿Qué es eso? preguntó Felicidad.

—El abono del palco, por toda la temporada, para el teatro de la Ópera. Este año tenemos una compañía de primer órden. Mañana se estrena parte de ella con la ópera de las óperas, con la *Norma*.

—¿Para qué se ha molestado usted?...

—¿Llama usted molestarme á tener la inmensa dicha de verla todas las noches en el teatro?

Felicidad exhaló un suspiro.

Narciso se quedó contemplándola como si le pidiera una

esplicacion de aquel lamento del alma que acababa de salir por sus labios.

—Verdaderamente se há propuesto usted aturdirme, dijo Felicidad aparentando cierta turbacion.

—Mas bien podria decir yo eso. Lo que pasa entre nosotros dos no se lo esplicarian por cierto mis amigos, porque si he de ser franco, ni me lo esplico yo mismo.

—Creo, amigo Rioalto, que seria mas conveniente para los dos que pusiéramos un punto final á nuestra amistad.

—¡Cómo! ¿tendria usted valor, despues de hacerme sufrir tan horrible martirio, de cerrarme las puertas de su casa?

—Por fin, creo que no tendré otro remedio.

Y la jóven exhaló un segundo suspiro.

—No sé cómo la encuentro á usted esta noche.

—Algo sentimental, ¿no es cierto? Eso consiste en que he meditado en pocas horas mucho mas que en tres meses.

—¡Si fuera tan feliz que pudiera saber esas meditaciones!...

—¿Qué ganaria usted con ello?

—Es una curiosidad del corazon y que siempre es muy grato satisfacer.

—Pues bien, Narciso, ¿no ha pensado usted alguna vez que nuestra situacion es estraña, incomprensible?

—Y tanto, que muchas veces me veo en el caso de ponerme serio con mis amigos, porque...

Narciso se detuvo, temiendo sin duda decir mas de lo conveniente.

—Me creën la querida de usted, ¿no es eso? repuso Felicidad dirigiéndole una mirada dolorosa.

—Sí: ¿para qué negarlo?

La jóven se encogió de hombros, haciendo un gesto de indiferencia.

—No me importa, dijo: yo soy de aquellas mujeres que no tienen mas juez que su conciencia; por ella me rijo, y me basta con que yo sepa que no lo soy.

—Sí: por desgracia eso es tan cierto como mi desesperacion; y soy franco: muchas veces me avergüenzo de mí mismo, pues no he sabido conmover el alma, el corazon de la mujer que amo.

—El mio, ¿no es verdad?

—Sí, el de usted; y mucho temo que este tormento sea sin fin.

—¡Quién sabe!

—¡Ah! eso es una esperanza.

—Tal vez.

—¡Felicidad!

Y Narciso quiso apoderarse de una de las manos de la jóven.

Esta la retiró precipitadamente, y dijo:

—Un poco de prudencia, amigo mio. Yo he dicho á usted que he meditado mucho en algunas horas.

Narciso frunció el ceño.

Aquella mujer se habia propuesto desesperarle.

Ni uno de sus amigos hubiera creido que el libertino Rioalto, el opulento millonario, el jóven sin corazon, se hallaba sujeto, ó por mejor decir, temblaba ante una mirada severa de Felicidad y se estremecia ante una sonrisa amorosa de aquella jóven.

Para Narciso, la conquista de Felicidad era una cuestion de honra.

La desesperacion comenzaba á apoderarse de su pecho, porque de dia en dia observaba que era mas insuperable la valla que le separaba de su deseo.

Felicidad, por su parte, habia hecho un estudio profundo de su amante: ese estudio peculiar de las mujeres, para el cual no necesitan mas que su talento natural, hijo de su misma organizacion.

—Pues sí, amigo mio, repuso la jóven dando á su acento una vibracion dulce y apasionada: nuestras relaciones deben terminar, á no ser que usted acceda á mis deseos.

—Hace tres meses que no hago otra cosa, y me encuentro en el mismo punto que el primer dia; esto me desespera.

—¡Todos lo mismo! Cuando una mujer defiende su honra, su dignidad, se creen con el derecho de tenerse por los mas desgraciados del mundo.

—Confiese usted, amiga mia, que su conducta para conmigo es incomprensible.

—No veo la razon; pero aunque así fuera, tendria mis motivos para ello: quizá la gratitud...

—Pero mi posicion es desesperada, horrible.

—No lo niego.

—Todos mis amigos la tienen á usted por la querida del baron de Soany.

—Usted sabe que no es cierto, porque el baron de Soany y la marquesa de Fontan son una misma persona.

—Pero usted ha sacrificado su reputacion, su honra.

—Ya he dicho antes que solo me rijo por mi conciencia.

Debo á la marquesa de Fontan favores que no olvidaré nunca, que ni con la vida se pagarian. La marquesa necesitaba desvanecer las sospechas, presentándome ante el mundo como su querida; yo acepté. Si la maledicencia, si la murmuracion ha arrojado una mancha sobre mi nombre, Dios lo sabe, solo lo siento por usted; y, ¡contraste horrible! usted sabe que soy inocente.

Y Felicidad dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si le afligiera algun pesar secreto.

—Usted me volverá loco, esclamó Narciso. ¿Qué debo hacer para llegar á conquistarme ese corazon incomprensible?

—¿Está usted dispuesto á obedecerme? preguntó Felicidad levantando la frente y como si tomara una gran resolucion.

—Sí.

—Medítelo usted bien.

—Sí, lo repito.

—Entonces pondré un precio á mi amor.

—Escucho á usted con la impaciencia del náufrago que ve la orilla apetecida.

Felicidad se detuvo.

Se pasó la mano por la frente, y exhalando un suspiro, quedóse con la mirada fija en Narciso.

—Usted no aceptará, le dijo.

—¿Tan grande es el sacrificio? repuso Rioalto sonriéndose.

—Se necesita valor y un poco de oro.

—Creo que poseo ambas cosas.

—Pues bien, ¿conoce usted á la querida del vizconde de Villafort?

—¿Cuál de ellas?

—Andrea.

—¡Ah! Ya lo creo: ¿quién no la conoce en Madrid?

—El dia que Andrea sea la querida de Narciso de Rioalto, yo entregaré á usted mi corazon, yo seré suya.

Narciso dió un salto en la silla.

Estaba muy lejos de esperar semejante proposicion.

¿Era aquello una burla, ó un ofrecimiento formal?

Por un momento no respondió.

Sus ojos, fijos en Felicidad, demostraban toda su admiracion, todo su asombro.

—Veo que estraña usted mi proposicion, repuso la jóven.

—Y tanto, que me parece no haberla oido bien.

—Volveré á repetirla: el dia que Andrea rompa con el vizconde de Villafort, yo seré la querida de Narciso de Rioalto.

—Pero yo no comprendo...

—He dicho que soy agradecida. La marquesa ama al vizconde, pero Andrea roba á Carolina el amor de Arturo.

—¡Ah!

Esta esclamacion de Narciso demostró claramente que lo habia comprendido todo.

Por eso sin duda se puso de pié, y dijo con una gravedad que hizo estremecer á la jóven:

—Admito la proposicion. Voy, pues, á poner en juego todos los recursos que mi razon y mi fortuna me sugieran. Si venzo de Andrea, vendré á recibir el premio ofrecido.

—Yo sabré cumplir á usted mi palabra.

Narciso, como necesitara respirar el aire libre, salió de la habitacion de Felicidad.

Felicidad, al verse sola, quedóse por algunos minutos en actitud reflexiva.

Luego se dijo, hablando consigo misma:

—¿Quién sabe en lo que vendrá á parar todo esto?

Y cogiendo pluma y papel, escribió á la marquesa de Fontan el resultado de la entrevista que acababa de tener con Narciso.

CAPITULO IV.

UN RICO EN LA BUHARDILLA DE TRES POBRES.

Cuando Narciso se serenó no pudo menos de darse á sí mismo la enhorabuena.

Nuestros lectores recordarán que el primer pensamiento de Rioalto, al verse dueño de la colosal fortuna de su padre, fué llevar á cabo la triple conquista de Felicidad, Carolina y Andrea.

Luego la doncella de la marquesa, durante el viaje á Lisboa, le habia preocupado lo bastante para dejar dormido en el fondo de su pecho su deseo; por eso al reponerse de la natural sorpresa que la proposicion de Felicidad le habia causado, se alegró y muy de veras, pues ganando terreno en la voluntad de Andrea, lo ganaba asímismo en el corazon de la incorruptible Felicidad.

Veinticuatro horas le bastaron á Narciso para saber lo que deseaba, es decir, qué parte era la mas vulnerable de Andrea.

Gracias á su dinero y á su actividad, supo Narciso que don Leandro vivia en una pobre buhardilla, en compañía de un venerable anciano y de un niño.

Supo asímismo las disposiciones pasmosas del cantante callejero para la música, y la conducta del vizconde para con Andrea.

No ignoraba tampoco que el honrado don Leandro habia rechazado á su hija, y que esta, acosada por los gritos de su conciencia, iba perdiendo la salud.

Con todos estos datos formó el plan que debia conducirle al logro de sus deseos.

Narciso no conceptuaba fácil la conquista, pero tampoco la creia imposible.

Rico, atrevido y sin carecer de dotes personales y valor, se decidió á comenzar su empresa.

Sigamos nosotros sus pasos.

Tres dias despues de aquella noche en que tuvo lugar la proposicion de Felicidad, á eso de las dos de la tarde, una elegante berlina, tirada por una soberbia yegua normanda, se detuvo delante de una casa de vecindad de la calle de la Cabeza.

Narciso bajó de la berlina, y deteniéndose frente de la modesta portería, preguntó á una mujer, que por las trazas debia desempeñar las funciones de guardiana de aquel asilo de la modestia y la pobreza:

—Diga usted, buena mujer: ¿qué cuarto es el que ocupa un músico llamado don Leandro?

—¡Ah! don Leandro vive en la buhardilla número 2, último piso.

Narciso pasó el angosto portal y comenzó á subir la estrecha y empinada escalera.

Despues de conquistar ciento catorce escalones, se detuvo fatigado en un corredor donde desembocaban tres puertas.

Sobre una de ellas vió el número 2.

—Aquí debe ser, se dijo.

Y llamó.

No tardaron mucho en abrir la puerta, y Rioalto se encontró frente á frente del hombre que buscaba, de don Leandro.

La buhardilla del infortunado músico habia sufrido alguna variacion favorable.

En aquella pieza reducida é incómoda la miseria no presentaba su lado mas repugnante como en el tiempo que, inspirado por el hambre de sus vecinos, don Leandro habia cogido el violin y tendido la mano á los transeuntes por la primera vez.

De los modestos ahorros se habian comprado algunos muebles y dos camas.

Don Leandro, Julio y el anciano don Máximo, tenian sillas donde sentarse y mesa donde comer.

Iban, pues, prosperando, gracias á la caridad pública.

Por término medio, todas las noches recogian veinte ó veinticuatro reales.

Julio, durante el dia, estudiaba con afan, con provecho.

Don Leandro copiaba de vez en cuando música de poca importancia; trabajo que por segunda mano le proporcionaba un antiguo conocido suyo.

Cuando Narciso entró en la buhardilla, don Leandro le recibió con una ligera inclinacion de cabeza, mientras Julio y

don Máximo fijaron en el jóven millonario sus ojos con marcadas muestras de curiosidad.

—Servidor de ustedes, dijo Rioalto saludando: veo con placer que he encontrado lo que busco.

—Usted dirá, repuso el músico esperando saber el motivo de tan inesperada visita.

—Si no me engaño, este jóven, volvió á decir Narciso, es el que canta todas las noches en la calle de la Visitacion, y usted el profesor que le acompaña.

—Sí señor; pero tome usted asiento.

—Acepto, caballero, porque la escalera es bastante cansada.

Narcisb se sentó, y dijo:

—Yo soy un verdadero entusiasta de la música. Además, diré de paso, y sin que ustedes tomen mis palabras por petulancia, que soy inmensamente rico y solo en el mundo, es decir, no tengo parientes: he pensado, pues, contribuir en algo á la felicidad de este jóven y á la de ustedes.

Don Leandro no supo qué responder.

—Conozco, volvió á decir Narciso, que mis palabras causan á ustedes alguna estrañeza: eso es natural. Vamos á ver: este jóven tendrá aspiraciones, querrá ser un gran artista, ¿no es verdad? Pues bien, yo puedo tenderle una mano amiga, protectora. Italia es el país del arte: irá á Italia, será un artista de primer órden; yo me gloriaré de tener en mi vida una accion buena.

Don Leandro miró á don Máximo y este á don Leandro, porque lo que oian les parecia un sueño.

En cuanto á Julio, que aunque solo contaba once años de

edad tenia una imaginacion precoz, no pudo contener su alegría, y esclamó acercándose á Narciso:

—¡Ir á Italia! ¡Ser un gran cantante! ¡Oh! eso es un sueño, porque entonces mi pobre abuelito, mi querido protector, tendria coche y un palacio con todas las comodidades de los ricos.

—Perfectamente, repuso Narciso sonriendo y acercándose á Julio hasta cogerle cariñosamente por la cintura. ¿Tú quieres ser un gran cantante? Eso me demuestra que tienes aspiraciones; eso es bueno, muy bueno, porque yo soy de aquellos que creen que querer es poder.

—Caballero, dijo por fin don Leandro: usted nos viene á proponer el mas dorado de nuestros sueños, y no sé cómo demostrarle lo que esperimento. Estoy seguro que mi querido Julio no defraudará ni una sola de las esperanzas que sobre su aplicacion se conciban.

Y don Leandro dirigió al niño una mirada llena de ternura.

—¿Quiere usted mucho á este jóven? preguntó Narciso.

—Tanto ó mas que á un hijo, contestó el músico: él ha devuelto la tranquilidad á mi espíritu, la alegría á mi corazon.

Y don Leandro, recordando sin duda á Andrea, exhaló un suspiro.

Narciso demostró deseos de oir á Julio, y don Leandro, cogiendo el violin, acompañó al pequeño cantante.

Cuando terminó, Narciso, sacando un fajo de billetes de la cartera y una tarjeta, dejó esta y un pagaré del banco de á mil reales sobre la mesa, y dijo:

—Ahí tienen ustedes las señas de mi casa y un billete

para que se le vaya haciendo alguna ropa á Julio; quiero ser su protector. Mañana, de doce á una, espero á ustedes en mi casa, en donde trataremos del viaje.

—Pero, caballero... murmuró el músico.

—Sé que es usted un hombre delicado, una persona honrada: no rehuse usted ni mis ofrecimientos ni mis dádivas; todas ellas tienden á crear un porvenir á Julio.

Y Narciso se levantó, saliendo de la buhardilla antes de dar tiempo á sus inquilinos para que le demostraran su agradecimiento.

Don Leandro, don Máximo y Julio se quedaron mirándose sin poderse esplicar lo que les pasaba.

—¡A Italia! murmuró el viejo en voz baja.

—¡Seré artista! ¡un gran cantante! se dijo Julio.

—Todo esto es estraño, objetó don Leandro. ¿Quién será este hombre? Tal vez un enviado de Andrea, un nuevo amante.

Y don Leandro, ante este pensamiento, palideció de un modo notable.

CAPITULO V.

UN GRITO DE LA CONCIENCIA.

Volvamos á encontrar á Andrea, piedra angular sobre la cual se basa la fábula del presente libro.

Penetremos en su elegante gabinete de la calle del Arenal.

La querida del vizconde de Villafort se halla escribiendo.

Siguiendo su pluma, leeremos lo que sigue:

«Arturo mio: Hace seis dias que no te veo, que me privas de tu presencia, único rayo de luz que disipa las tinieblas de mi alma, único bálsamo que consuela los dolores de mi corazon.

»¿Será cierto que no me amas? ¿Es posible que tan pronto se borren de tu memoria las dulces promesas de otro tiempo no muy lejano?

»¡Ah! no lo creo, no puedo creerlo por lo menos.

»La esperanza es tan consoladora, que la sola idea de que puedes abandonarme me espanta.

»¡Qué me queda en el mundo si tú me abandonas! El dolor, la desesperacion.

»Pero tú no serás tan cruel. Además, no espero serte molesta por mucho tiempo: mi vida es corta, tú lo sabes.»

Andrea suspendió la escritura.

Dos lágrimas brotaron de sus negros ojos, cayendo como dos gotas de rocío sobre el papel.

Luego se llevó una mano al pecho y otra á la frente, murmurando en voz baja:

—Todo lo que me sucede es justo, muy justo; pero la muerte que veo avanzar hácia mí, pondrá término á tantos dolores.

En este momento, la doncella entró con una carta.

Los ojos de Andrea se reanimaron.

—¿Será de Arturo? se dijo con alegría.

Pero al fijar la mirada en el sobrescrito, continuó:

—No conozco la letra.

Rompió el sobre y leyó la carta, dando muestras de la mayor agitacion.

Al terminarla, exhaló un gemido, y dejando caer la frente entre las manos, esclamó:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿á qué añades otros remordimientos sobre los que pesan en mi conciencia?

Andrea, en aquel momento, estaba estremadamente pálida.

Fijando con detencion la mirada en los abundosos y negros rizos que caian sobre sus hombros, podia notarse alguna que otra cana que como una hebra sutil de plata se perdia en me-

dio de aquellos hilos de brillante ébano que poblaban su hermosa cabeza.

El dolor proporciona una vejez prematura, y Andrea sufria mucho.

¿De quién era aquella carta?

Si el lector se toma la molestia de leer con nosotros, lo sabrá.

Decia así:

«Señorita: El que suscribe la presente es un pobre médico de Villarobledo que ha abandonado su pueblo, su casa y sus enfermos por trasladarse á la córte.

»He visto nacer al infortunado Felipe. Su locura me aflige, y el inmenso dolor de su familia me pone en el caso de intentar una prueba para su curacion.

»Para la prueba que proyecto es indispensable la cooperacion de usted.

»Dígame á qué hora podré verla para darle mas pormenores.

»Quedo esperando su contestacion, con la esperanza de que acceda á mis súplicas, pues no puedo creer otra cosa de su bondadoso corazon.

»Tiene usted su casa, calle de la Cruz, núm...—Suyo seguro servidor Q. B. S. P., *Rafael Rodriguez*.»

Felipe era una víctima de Andrea: el solo pensamiento de verse frente á frente con él, le aterraba.

Pero ¿cómo negarse á la peticion del médico, si ella podia contribuir al restablecimiento de su primer amante, de aquel jóven infortunado, todo corazon, todo ternura? ¿Debia decir, no quiero verle, no quiero ayudar á la ciencia?

La locura de Felipe era producida por una lesion orgánica:

ella en parte no tenia la culpa de que el vizconde de Villafort hubiera sido mas diestro en el desafío; pero estas reflexiones se rechazan, no se admiten, y Andrea se creia la única, la verdadera causa de la demencia de Felipe.

Andrea no era tan mala que se hiciera superior á las terribles acusaciones de su conciencia.

Además, la soledad en que vivia no era por cierto la mas á propósito para olvidar la historia de lo pasado.

Engañándose á sí misma, se habia dicho: buscaré en el lujo, en la agitacion de una vida de esplendor, el bálsamo del olvido; el ruido aturde, los goces embriagan, embotan: gocemos, pues.

Pero ¡ay! ella no pudo realizar su propósito; y así como á la corriente de un rio le es imposible retroceder sobre el cauce donde se arrastra, así Andrea no pudo olvidar su pasado ni arrancarse una sola espina de las que se habian clavado en su corazon.

El recuerdo de su padre pidiendo limosna por las calles de Madrid, la idea de que Felipe, pobre demente, habia perdido su porvenir, las maldiciones de la honrada familia del jóven estudiante, resonaban incesantemente en sus oidos, levantando dolorosos ecos en su alma.

Durante el verano, Andrea habia abandonado Madrid.

Arturo le habia dicho: Quiero que no te ocupes de nada, que te diviertas, que pasemos un verano feliz, como pueden apetecerlo dos jóvenes que se aman y que no carecen de dinero, que pueden satisfacer todos los caprichos. Elige, pues, el punto que mas te agrade del estranjero ó de España: me es igual.

Andrea, á quien todo le era indiferente, que no conocia mas capital que Madrid, y que además, fatigada moralmente, solo apetecia el descanso, eligió Valencia.

El vizconde se trasladó con su jóven querida al punto preferido, permanecieron algunos dias en la ciudad del Cid, en la cuna de las flores, y luego, creyendo que las saludables brisas del mar podrian serle convenientes, alquiló una hermosa alquería en el poético pueblo del Cabañal, en cuyo pequeño jardin exhalaban el perfume mas delicioso el jazmin, la madreselva y la magnolia.

Desde el fresco terrado de la alquería, Andrea contemplaba las intranquilas aguas del Mediterráneo y el limpio horizonte que se presentaba á sus ojos.

El cielo de Valencia, revestido siempre de una trasparencia encantadora, de un azul sin igual, parecia disipar los melancólicos pensamientos de Andrea.

La brisa del mar, el perfume de la fértil vega que fué en otros tiempos la delicia de los hijos del Profeta, oreaban la pálida y encantadora frente de la hija del pobre don Leandro.

Durante su permanencia en el Cabañal, Andrea, si se esceptúan algunos ratos de triste melancolía en que la atormentaban los recuerdos, pasó las mejores horas de su vida.

Algunas noches, Arturo la conducia al muelle, en donde una ligera lancha les paseaba por el mar.

Dulces noches fueron aquellas para la jóven culpable, en que el amor, perfume del alma, embriagó sus sentidos.

Por fin llegó el dia de la partida.

Andrea y el vizconde regresaron á la córte. Ella enamorada como nunca, él sintiendo el primer síntoma del hastío, pre-

ludio terrible que anuncia la muerte del amor, el principio de un deseo satisfecho.

Desde este dia, Arturo prodigó menos sus visitas.

Las lágrimas de Andrea se aumentaron: la tristeza estendió por el alma de la jóven las primeras tinieblas.

Ahora volvamos á encontrarla en su gabinete, y en el mismo momento que cayéndosele la carta de las manos, dobló con amargo pesar la frente sobre el pecho.

CAPITULO VI.

SÍNTOMAS ALARMANTES.

La lectura de la carta del médico de Villarobledo habia causado una profunda impresion á Andrea.

Quedóse, pues, abismada en sus tristes reflexiones, sin saber qué partido tomar.

Era una crueldad, casi una infamia, no contestar favorablemente al facultativo; pero temia al mismo tiempo que fuera una larga curacion la de Felipe, durante cuyo tiempo estaba sujeta á sufrir la presencia del pobre loco.

Esto era para Andrea tener un remordimiento vivo delante.

En este momento de vacilacion la sorprendió el vizconde de Villafort.

—¿Llego en mala ocasion? preguntó Arturo viendo los llorosos ojos de Andrea.

Esta pregunta hizo estremecer á la jóven, que dirigiendo una mirada al vizconde, contestó:

—¿Tú en mala ocasion?... Por Dios, Arturo, no me dirijas esas preguntas que tanto daño me hacen.

—Dispensa, querida, no pensaba ofenderte: veo que te se desarrolla una sensibilidad estremada que va á obligarme á medir las palabras que te dirija de hoy en adelante; pero al mismo tiempo te diré, como te he dicho otras veces, que me incomoda bastante verte siempre triste; y eso será causa...

—¿De un rompimiento? preguntó Andrea sin dejarle terminar la frase.

—No lo deseo; pero si te empeñas...

—No prosigas, Arturo.

—Como quieras: ya sabes que soy dócil, que me doblo con facilidad ante tus deseos.

Y Arturo se apoderó de una silla, no muy lejos de Andrea.

Maquinalmente dirigió los ojos á la mesa en donde se hallaba la carta comenzada.

—¿Qué es esto? dijo cogiéndola.

Y luego de recorrer su contenido con indiferencia, continuó:

—¡Ah! ¿me estabas escribiendo? Me alegro de haber venido á verte, porque te ahorro el trabajo de terminar esta epístola sentimental.

—Sí, tienes razon; puesto que has venido, esta carta no tiene objeto.

Y Andrea la rompió, tirando los pedazos.

—Esta noche te encuentro terrible, repuso Arturo en son de burla; tanto peor para tí: venia á proponerte que fueras al teatro; se estrena la compañía italiana con la *Norma*.

—Dispensa, no me siento bien: deseo permanecer en casa; pero si tú me lo mandas...

—Líbreme Dios de violentarte en lo mas mínimo: puedes hacer lo que gustes.

Arturo, observando entonces la carta del médico que se hallaba en el suelo, cerca de los piés de Andrea, se inclinó y la cogió.

—¿Qué es esto? dijo: parece que hoy es dia de correspondencias; llueven las cartas.

—Puedes leerla tambien. Luego espero que me aconsejes, porque comprenderás que tengo una necesidad de contestar al que me escribe.

Arturo leyó la carta del médico sin inmutarse en lo mas mínimo, como hubiera podido leer el papel mas insignificante.

—Pobre muchacho, dijo: ¿qué piensas hacer?

—No he querido dar una contestacion á esa carta sin consultar antes contigo, repuso Andrea, resentida de la indiferencia del vizconde.

—¿Qué puedo yo aconsejarte en este asunto? Solo te diré que la curacion de un loco es tan enojosa como arriesgada. Medita bien lo que ofreces.

—Tienes razon: daré una negativa á ese médico; desgraciadamente nada podríamos hacer en favor de ese infortunado jóven.

—Despues de todo, no comprendo cómo te preocupan ciertas cosas. ¿Qué nos importa á nosotros que ese muchacho haya perdido ó no la razon? ¿Es culpa nuestra? Él, oficiosa é intempestivamente, se creyó con bastante fuerza y derecho para in-

sultarme; de su imprudencia recibió el digno castigo: no nos ocupemos mas de semejante asunto.

—¡Ay, Arturo! tú lo sabes muy bien: mi corazon no puede mirar con indiferencia la desgracia de ese jóven ni el sufrimiento de mi padre.

—Pues hija mia, permite que te diga que eso es una desgracia.

—Sí, tienes razon, una desgracia que turba mi sueño, que mata mi felicidad.

—Haces mal.

—¿Puedo yo por ventura evitarlo?

—¿Y por qué no? A mí me parece sùmamente sencillo correr un velo sobre el pasado. Ya te lo he dicho cien veces: nosotros debemos vivir ocupados solo del presente; eso evita muchos disgustos, sobre todo cuando no se puede retroceder.

—Eso es imposible, Arturo; yo no olvidaré nunca las lágrimas que mi conducta ha hecho derramar.

—Tanto peor para tí.

—Mi vida será corta.

—Te participo que el romanticismo va perdiendo el crédito. Hoy es ridículo pensar en la muerte. La sociedad se halla hambrienta de vida, y se complace en ostentarla en todo, hasta en los hermosos colores de la salud.

Y Arturo, sin demostrar gran interés en la dolorosa actitud de su querida, continuó:

—Siguiendo el camino que has emprendido lograrás una vejez prematura. A pesar de tu juventud, observo algunas canas en tu cabeza; esto aminora un veinticinco por ciento el valor de una mujer, no lo olvides.

Andrea se cubrió la cara con las manos, y lloró amargamente.

—Estás insufrible, y te pronostico que siguiendo así acabaremos mal.

Y el vizconde se puso á silbar un aire de *La Sonámbula*.

Este nuevo insulto arrojado al rostro de aquella infeliz, sublevó su dignidad, y levantando la frente dijo:

—Arturo, seria mas noble que me dijeras: Estoy cansado de tí; rompamos nuestras relaciones.

—¿Tú piensas eso?

—Lo creo mas digno, menos cruel.

Arturo encendió un cigarro, y repuso con calma:

—Eso es proponerme un rompimiento.

—Eso es evitarte una violencia, porque he conocido que no me amas, porque entreveo la suerte que me espera.

—¿Eres adivina?

—Soy desgraciada.

—Di mas bien que exigente. ¿Qué te falta? ¿No vives en una casa elegante? ¿No tienes un carruaje á tu disposicion, criados que te sirvan?...

—Arturo, me falta lo que no puede adquirirse con el oro: la paz del espíritu, la tranquilidad de mi corazon. Carezco de lo que podia formar mi felicidad: de tu amor, de tu estimacion.

—Querida, el amor tiene, como todas las cosas de este mundo, su alza y su baja, y no por eso se ama menos.

—No añadas al desprecio la burla; te lo ruego por lo que mas sagrado te sea en la tierra.

—Estás insufrible, y voy á poner un punto final á esta es-

cena; pero antes te daré un consejo: procura que de hoy en adelante no se repita. Nada tengo que ver con que tu padre sea uno de esos pobres orgullosos que prefieren vivir de la limosna pública, á aceptar la proteccion del amante de su hija. Ya sabes que se le ha dicho que comiera y bebiera sin ocuparse de nada. Él no acepta; tiene, segun parece, mas vanidad que don Rodrigo el marqués de Sieteiglesias. ¡Qué le vamos á hacer! Tanto peor para él; y me parece una impertinencia pasar la vida ocupándonos de ese buen señor.

—¡Calla, Arturo, calla! no ofendas á un pobre anciano cuyo corazon hemos destrozado: esclamó Andrea estremeciéndose.

El vizconde frunció el ceño, y levantándose se puso á dar paseos por la habitacion.

—Definitivamente, tus ridiculeces acabarán por hartarme, repuso el vizconde con malhumorado acento, pero yo sabré terminarlas.

Arturo cogió el sombrero y se dispuso á salir del gabinete.

Andrea se arrojó al cuello de su amante, y esclamó:

—No, no te irás, no quiero que te vayas; pero ten compasion de mí.

—Yo me he propuesto que sea la vida para mí una eterna carcajada, y tú te empeñas en que sea un gemido contínuo. Déjame: vive sola con tus lágrimas y tus recuerdos si así lo quieres; pero no pienses que yo voy á sacrificarme á tu antojo.

Y el vizconde, rechazando brutalmente á Andrea, salió de la habitacion.

La jóven cayó de rodillas en el suelo, exhalando un lamento doloroso.

Desde aquel dia iba á comenzar para ella la mas dolorosa parte del calvario de su vida.

Los desprecios, la indiferencia, iban á brotar en derredor suyo, causándole mil heridas dolorosas.

Pero Andrea, como el mártir que se dispone á la muerte, habia hecho de antemano el sacrificio de su vida.

CAPITULO VII.

MARTIRIO.

Andrea permaneció por espacio de una hora aterrada, sin moverse del sitio en donde tan brutalmente la habia arrojado el vizconde.

Por fin se incorporó.

Su rostro tenia la palidez de la muerte. Sus ojos, hundidos y brillantes, indicaban la calentura lenta que amenazaba consumir su cuerpo.

Comenzaba á anochecer.

Andrea encendió una bujía, y al colocarla sobre una consola, vió maquinalmente su rostro en un espejo.

Una sonrisa dolorosa entreabrió sus labios.

—Arturo tiene razon: mi rostro ha perdido mucho; las huellas de la vejez comienzan á asomar en mi frente.

Y se quedó por algunos segundos mirando su efigie impresa en el cristal.

Luego continuó con amarga entonacion:

—¡Soy muy cobarde! esto debe terminar.

Y diciendo esto comenzó á vestirse.

Andrea se puso un traje negro y una mantilla de tupido velo.

—Iré á verle á su casa, se dijo: mi suerte está echada; sigamos adelante. Tengo una esperanza tan solo: la muerte.

Andrea salió de su casa y se dirigió á la de Arturo.

La infeliz, temiendo un rompimiento definitivo con su amante, con el hombre por el cual lo habia sacrificado todo, iba á suplicarle, á pedirle perdon de sus mismos sufrimientos, de sus frecuentes lágrimas.

Los criados del vizconde de Villafort, y en particular un lacayo, que con bastante frecuencia iba á casa de Andrea, conocian á la jóven querida de su amo.

Andrea, con el velo echado sobre el rostro, preguntó por Pablo, que era el nombre del criado.

—El señorito no está en casa, dijo Pablo al reconocerla.

—No importa: condúceme á su gabinete y le esperaré; pero no le digas nada si no viene solo; tengo necesidad de verle.

Pablo obedeció sin replicar, y Andrea se encontraba poco despues sola en el dormitorio de Arturo.

Serian las nueve de la noche.

Andrea estaba resuelta á esperar al vizconde, aunque la sorprendiera allí la luz del nuevo dia.

Trascurrieron las horas, tristes, largas, silenciosas para ella: procuraba adormecer sus dolores leyendo un libro que encontró sobre la chimenea.

Pero cuando la imaginacion se halla preocupada por graves disgustos, se lee sin saber, sin comprender el sentido de la lectura, y las ideas se pierden como el canto del ave en el vacío.

A las once entró Pablo á preguntarle si queria tomar algo.

—No quiero nada.

—Pero es que el señorito puede venir, como acostumbra, al amanecer.

—No importa, le esperaré; tengo necesidad de verle: puedes retirarte.

Pablo obedeció, porque estaba acostumbrado á ello.

Andrea le advirtió que no dijera á nadie que ella estaba allí, ni al mismo vizconde, si regresaba con algun amigo.

A eso de la una de la noche, Andrea oyó en el corredor que daba paso al gabinete, voces y pisadas de gente que se acercaba hácia aquel sitio.

Precipitadamente se ocultó en la alcoba, corriendo la cortina.

No queria que la vieran allí los amigos de Arturo.

Apenas habia desaparecido Andrea, entraron el vizconde y Amadeo Polviany.

—¡A ver! que nos sirva el cocinero algun plato fiambre, cualquier cosa, y sube un par de botellas de Champaña, dijo Arturo al criado que les alumbraba. El señor conde Polviany cena conmigo; ya sabes que tiene buen gusto y mejor estómago.

—¿Quiere el señorito que le disponga la cena en el comedor?

—No, aquí mismo; despáchate.

Salió el criado, y los dos amigos se sentaron junto á un pequeño velador.

—¿Supongo que no tendrás intenciones de matarme de hambre? preguntó Amadeo.

—Si así sucede, caiga toda la culpa sobre la conciencia de mi cocinero, contestó Arturo.

—Pero, ahora que me acuerdo: ¿no sabes el gran acontecimiento de Madrid?

—¡Suceden tantas cosas en la coronada villa! repuso Arturo encogiéndose de hombros.

—Narciso de Rioalto se ha bañado en el Jordan.

—¡Cómo!

—Sí, se ha regenerado: el diablo se metió fraile.

—¿Qué ocurre?

—Voy á contártelo: no te son desconocidas las personas que toman parte en el rasgo sublime de nuestro amigo Narciso, de ese jóven millonario que todos creíamos un libertino, un pervertido, un mal hijo, y ahora resulta un moderno San Vicente de Paul.

Arturo soltó una carcajada.

—No te rias: te lo prohibo formalmente.

—Esplícate.

—Voy á hacerlo. Tú debes conocer á un pobre diablo de un vejete, músico de profesion, que vivia en la calle del Olmo en el tiempo de la célebre conquista de Andrea.

—Supongo que me estás haciendo el retrato del padre de mi querida.

—El mismo.

—Entonces te ruego que hables con el respeto debido de

un hombre intachable, del espartano de los músicos. Sus canas me son sagradas.

Amadeo soltó á su vez una ruidosa carcajada.

—¿Defiendes á tu víctima? ¡Bravo! ¡eso es noble! ¡eso es digno de tí! pero prosigo mi historia; digo mal, la suspendo, puesto que veo que tu cocinero nos envia la primera andanada.

Efectivamente, un criado con una bandeja y el servicio se presentó en el gabinete.

Cuando la mesa estuvo puesta y los manjares en disposicion de ser devorados por los dos amigos, estos despidieron al criado, diciendo:

—Véte: nosotros nos serviremos.

Y dirigiendo la palabra á Polviany, continuó:

—Prosigue tu historia, pues debe ser interesante.

—Prosigo, repuso Amadeo con la boca llena: no sé qué ángel ha tocado el corazon de Narciso de Rioalto, obrando en él una trasformacion maravillosa. Ya sabrás que el pobre don Leandro, reducido á la mayor miseria desde la poética fuga de su hija, vivia muriendo en una buhardilla, asociado por el hambre, con un pobre huérfano de diez á doce años de edad y un viejo Matusalen. La pobreza es ingeniosa: Leandro recordó una noche, entre bostezo y bostezo, que sabia tocar el violin, y supo con indefinible alegría que el muchacho cantaba como un ruiseñor. Este descubrimiento fué una esperanza risueña que vino á embellecer el negro y nebuloso horizonte de su vida.

Amadeo se detuvo, porque se le atragantó media pechuga en la garganta.

El vizconde, que no comia tanto, le sirvió una copa de vino de Burdeos.

—Bebe y prosigue, le dijo.

—Bebo y prosigo, contestó Amadeo vaciando el vaso.

Y luego continuó:

—Pues como iba diciendo, don Leandro y el pequeño cantante que le habia deparado la Providencia, madre de los desgraciados, se echaron por la calle á pedir limosna. La fé les salvó, y la primer noche regresaron á su casa con algunos cuartos en el mugriento bolsillo, debidos á la caridad pública.

—Permite que te diga que en nada de lo que me estás refiriendo veo la trasformacion de Narciso, dijo el vizconde.

—Paso tras paso se va á Roma, y así fué: Narciso tropezó con el ambulante cantor y el nocturno violinista, se detuvo, los escuchó admirado, y se dijo: voy á ser el protector de esos infelices. Pero lo mas chistoso no es eso.

—¿Aún mas?

—¡Ya lo creo! Narciso indagó, preguntó y supo que el viejo del violin tenia una hija, y que esta hija era nada menos que la querida del noble vizconde de Villafort; quiso conocerla, y héte aquí que Narciso quedó enamorado de la jóven. Entonces ya no retrocede; el amor platónico se apodera de su corazon, corre á la buhardilla de los artistas descamisados, les brinda con su proteccion, les propone que salgan para Italia pensionados, y les ofrece su amistad, haciendo un noble uso de la fortuna que heredó de su padre.

—Pero ¿han aceptado?

—Todavía se hallan en Madrid; mas segun las últimas noticias no tardarán mucho en emprender el viaje.

—¿Sabes, querido Amadeo, que todo lo que me acabas de contar me huele á intriga?

—¡Desconfiado!

—Seré tan incrédulo como quieras, pero creo á Narciso de Rioalto incapaz de ninguna accion digna y noble.

—Pues yo puedo asegurarte que lo que te he dicho es cierto. Narciso ha comenzado por darles habitacion en el piso tercero de su casa.

—¡Ah!

—No piden limosna.

—Lo cual nada me prueba. Vamos á ver: ¿cómo has sabido todo eso?

—Me lo ha contado el mismo Narciso.

—Entonces, lo dudo doblemente.

—He visto á los interesados, y ellos mismos me lo han referido con las lágrimas de la gratitud en los ojos.

Arturo se encogió de hombros, y como la cena habia terminado, se puso á destapar una botella de Champaña.

CAPITULO VIII.

DONDE CONTINÚA EL MARTIRIO DE ANDREA.

Andrea lo habia oido todo.

Ni una sola palabra pasó desapercibida para ella. ¡Horrible martirio que le ofrecia la suerte! ¡Espantosa angustia con que le brindaba la casualidad!

¡Su padre objeto de las burlas de aquellos dos jóvenes sin corazon, de aquellos egoistas despiadados!

¿Qué podia esperar de Arturo? El desprecio, la indiferencia.

Andrea lloró en silencio, ó por mejor decir, ahogó sus lágrimas; gotas de fuego que devoraban su corazon, que destrozaban su alma.

Mientras tanto, Amadeo y Arturo continuaron apurando la botella de Champaña y riéndose de la generosidad de Narciso, de las amarguras de don Leandro.

En estos momentos de angustia, Andrea, sin mas compañera que su inmenso dolor, cayó de rodillas, y doblando la fren-

te sobre el borde de la cama, imploró la infinita misericordia de Dios.

—Él solo puede salvarme, se dijo hablando consigo misma. Él solo puede consolar mi amargura infinita.

En este momento saltó el tapon de una botella, y resonaron dos carcajadas ruidosas.

El espumoso Champaña habia rociado la cara de Amadeo.

—¡Oh! ¡cuánto siento que no se halle aquí nuestro querido amigo el baron de Soany, dijo Polviany, para hacerle comprender las bellezas morales de su rival, del filantrópico Narciso de Rioalto! Felicidad le amará doblemente cuando sepa su noble comportamiento.

—¡Bah! Felicidad se rie de Narciso.

—¿No es su querida?

—En la apariencia.

—¿Cómo es eso? ¿se puede tener una querida sin tenerla?

Y Amadeo se rió con la satisfaccion de un estómago bien *estivado*, como dicen los marinos.

—¿Sabes, repuso el conde Polviany, que Narciso, si lo toma por la parte sentimental, puede ser un enemigo temible?

—¡Enemigo! ¿por qué?

—¡Diantre! él está enamorado de Andrea y puede suplantarte, porque la gratitud de esa hermosa morenita debe ser grande cuando sepa la proteccion que dispensa á su padre.

—Me preocupa poco la rivalidad de Narciso.

—Eso quiere decir que te es indiferente Andrea.

—Ya sabes que yo no acostumbro á amar como Diego Marsilla y otros héroes de la poesía.

—Tú eres inconstante, inconsecuente. ¡Pobres mujeres!

—No lo eres tú menos; dígalo si no Pepita.

—¡Pepita! ¿vive todavía esa muchacha? preguntó con indiferencia Amadeo saboreando el Champaña.

—Vive, y en la mayor desesperacion. Ayer vino su madre á verme.

—¿Y la recibiste?

—Me cogió en la escalera.

—No ha tenido tanta suerte conmigo.

—Sí, ya sé que te niegas, que te escondes, lo cual no deja de ser una ingratitud inconcebible.

—¿Qué quieres que haga? Me han dicho que las malditas viruelas han dejado á la pobre Pepita ciega y fea de un modo espantoso. Soy sensible, y si la viera, al recordar sus hermosos ojos, su sonrosado y picaresco semblante, me moriria de dolor.

Y Amadeo se sirvió otra copa de Champaña, sin duda para tranquilizar su espíritu, afligido con la desgracia de la que fué su querida.

En este momento se presentó en la habitacion Daniel, y pidiendo permiso al conde Polviany, habló algunas palabras al oido de Arturo.

—Querido Amadeo, dijo este, voy á pedirte un favor: necesito que des por terminada la cena, que te vayas; en una palabra, que me dejes solo, pues tengo que hablar con una persona que me espera.

—¿Cuestion de faldas? Las respeto. Dios te dé buena suerte.

Y Amadeo encendió un cigarro, y dando la mano á su amigo, salió de la habitacion.

Poco despues entraba una señora con el velo del sombrero echado sobre el rostro.

Andrea se incorporó, y avanzando algunos pasos, fué á colocarse junto á los visillos de la puerta de cristales de la alcoba.

Su corazon enamorado, latió con una fuerza desconocida.

El fuego de los celos inflamaba por vez primera su pecho.

Hasta entonces se sintió avergonzada. La presencia de aquella mujer en el gabinete del vizconde la humillaba, la ofendia.

Procuró serenarse para escuchar lo que iban á hablar. Se enjugó los ojos para verlo todo.

El gabinete se hallaba alumbrado por cuatro bujías colocadas en un candelabro sobre la mesa, y una elegante lámpara puesta sobre el mármol de la chimenea.

Andrea podia verlo todo, habia bastante luz para mostrarle su desgracia.

Alzó la cortinilla y se puso en atalaya, con la inquietud abrasadora de los celos en el corazon.

La señora se alzó el velo, y Andrea pudo ver que era estremadamente hermosa, pero al mismo tiempo recordó aquellas facciones.

¿Dónde las habia visto?

Andrea fijaba con calenturienta tenacidad los ojos en aquella mujer, y buscaba en vano un recuerdo en su memoria.

—¡Cómo! ¿tú y con ese traje? esclamó Arturo.

—Sí, yo: la policía de mi marido me seguia con el traje de hombre; por eso me he puesto el de mi verdadero sexo.

—Pero bien: ¿qué ocurre?

—El doctor Jacobo está preso.

—¡Ah! parece que el señor marqués de Fontan procura dar el golpe antes de recibirlo; es todo un diplomático.

Carolina ocupó una silla, y Arturo se sentó á su lado.

—¿De modo que el pobre ginebrino, nuestro ingenioso aliado, se halla en el Saladero?

—Desde donde, segun todas las probabilidades, saldrá para Filipinas.

—Esto es grave.

—Y nos anuncia que nosotros no estamos menos amenazados que el doctor Jacobo.

—¡Bah! espero que no se atreva el señor marqués con nosotros.

—No le conoces.

—Puedes estar tranquila.

—No puedo estarlo, Arturo, bien lo sabes: mi marido, siempre amenazándome, me roba la paz del espíritu; Andrea, con el amor que te profesa, la dicha del corazon.

—¡Celos!

—Tengo motivos para tenerlos.

—¡Siempre serás la misma!

—Porque te amo mas de dia en dia.

—Entonces debo inspirarte mas confianza. Ya te he dicho que mantengo las relaciones con Andrea sin mas objeto que el de desorientar á nuestros enemigos.

—Eso no puede tranquilizarme: tú la visitas con frecuencia, tú la amas, no me cabe duda.

—Ya te he dicho que mantengo esas relaciones por compromiso, por lástima. Además, la vida de Andrea no es larga, el

gérmen de una terrible enfermedad circula por sus venas: espera y confia.

Andrea se vió precisada á apoyarse en la pared para no caer: tan terrible efecto le causaban las palabras del vizconde.

—¡Esperar!... ¡Siempre lo mismo! ¡Esto es espantoso! Arturo, yo necesito poner un fin á esta difícil situacion en que me hallo; recuerda tus promesas, recuerda lo que he sido y lo que soy.

—Maldita, exigente, siempre acabas por irritarme: ¿quieres que mande al hospital ó á San Bernardino á esa pobre muchacha que lo ha sacrificado todo por mí?

—Mas te he sacrificado yo.

—Carolina, hay mucha diferencia de tu posicion á la suya.

—No la veo, y si la hay será en ventaja suya.

—Sea como quiera, esperar es preciso, esclamó el vizconde con imperio.

—¿Y si yo no tuviera paciencia para soportar una rival odiosa?

—¡Carolina!

—¿Vas á amenazarme como otras veces?

—Eso dependerá de tu conducta, de tu prudencia.

—¡Ah! ¿con que es decir que cuando no me doblego á tu voluntad, cuando no soy la humilde oveja que se resigna á todo, tú te levantas y amenazas como despótico señor? Pero ¿qué me importan á mí tus amenazas si pierdo tu amor?

Carolina pronunció esta frase con verdadera desesperacion.

En aquel momento sus ojos, su semblante, tenian la terrible espresion de Medea en el momento de sentirse herida por los celos.

Se concebia que su corazon se sintiera con bastante valor para llevar á cabo el rasgo mas heróico, mas trágico.

El vizconde le dirigió una mirada menos terrible.

Aquella mujer le pedia amor, y en estos momentos el hombre mas esclavo de la etiqueta no se fija en la forma. Ve que es amado, y perdona.

El corazon humano es débil y tolerante cuanto se ve halagado.

CAPITULO IX.

LAS DOS RIVALES.

—Eres una loca, una aturdida, y á no quererte tanto, hace tiempo que se hubieran roto nuestras relaciones, dijo Arturo.

Estas palabras produjeron indudablemente mucho efecto en la marquesa, pues prorumpió en un lloro estrepitoso, arrojándose en los brazos del vizconde.

—Arturo mio, piensa que para mí no hay felicidad en la tierra sin tu amor; recuerda lo que he hecho por tí, á lo que me he espuesto. Por desgracia, la situacion en que me encuentro es de las mas difíciles. Deseo vengarme de mi marido, y los obstáculos se levantan para defenderle. Partamos de España: no pensemos de hoy en adelante mas que en nuestro amor; formemos un paraíso para nosotros solos.

—Pero ¿olvidas al doctor, que segun acabas de decirme se halla preso? No debemos abandonar á un aliado; eso seria una mala accion.

—¿Qué nos importa á nosotros ese hombre que solo marcha por el camino del interés? Partamos, Arturo, partamos.

—Es imposible.

—¡Ah! Dí que no me amas.

Y Carolina apoyó lánguidamente la cabeza sobre el hombro del vizconde.

Reinó un corto silencio.

Andrea creyó escuchar el dulce rozamiento de un beso, y se llevó la mano al corazon.

Era imposible sufrir por mas tiempo tan horrible martirio.

—¡Ah! ¡soy tan feliz á tu lado! volvió á decir Carolina con esa voz dulce, insegura, que nace de un pecho conmovido por el amor.

—No lo soy yo menos, pero muchas veces me desesperan, me sacan de quicio tus exigencias.

—Perdóname, Arturo, perdóname: seré dócil, seré sufrida, tolerante; pero tú no puedes imaginarte la espantosa desesperacion que derraman en el pecho los celos.

—Celos infundados.

—Será lo que quieras, pero padezco mucho cuando recuerdo...

—¿Vas á comenzar de nuevo?

Carolina exhaló un suspiro.

—Si no te ofendieras, te pediria permiso para separarme de tí una hora.

—¡Dejarme!

—Quiero saber lo que se piensa del pobre médico. Veré al ministro de la Gobernacion...

—¿Tan tarde?

—Esta noche tiene reunion de confianza y siempre dura hasta las cuatro de la mañana; ya ves, el reloj marca las dos.

Carolina fijó apasionadamente los ojos en Arturo, y dijo:

—Júrame que no irás á casa de Andrea.

—Te lo juro.

—¡Ah! ¡si tú rompieras esas relaciones!...

—¡Quién sabe! Tal vez ese dia no esté lejos.

—¿De veras?

—Confia en mí: ya te he dicho otras veces que nuestra suerte camina unida.

Carolina abrazó á Arturo, y este, despues de cambiar un beso con su querida, salió de la habitacion.

En este instante, la marquesa creyó apercibir un ruido en la alcoba.

Irguió la cabeza como para fijar mejor la atencion.

No se habia engañado: un gemido doloroso, intenso, llegó hasta ella.

Al pronto tuvo miedo y se levantó, dirigiéndose hácia el llamador de la campanilla.

Se detuvo, y procurando serenarse, fijó de nuevo la atencion.

—¡Es estraño! se dijo hablando consigo misma: creí oir...

Y dió dos pasos hácia la alcoba, deteniéndose otra vez.

Un segundo gemido, mas claro, mas doloroso que el primero, la hizo estremecerse.

—¿Qué es esto? se dijo.

Y levantando la voz, preguntó:

—¿Quién está ahí?

Nadie le respondió.

Carolina, concibiendo una sospecha, dejó escapar una especie de rugido; pero se repuso inmediatamente.

Arturo se habia marchado por su voluntad; era imposible, pues, que tuviera una mujer oculta en su alcoba: á ser así, no le hubiera faltado una escusa para llevarse de su casa á Carolina.

Esto pensó la marquesa, y si bien la tranquilizó por una parte, la sobresaltó por otra, porque era indudable que algun sér se quejaba detrás de aquellas puertas vidrieras.

Carolina era una mujer resuelta, varonil.

Cogió una bujía con la mano izquierda, sacó de un bolsillo una pequeña pistola, y entró resueltamente en la alcoba.

No pudo contener un grito de asombro.

Andrea, casi desmayada, se hallaba medio tendida á los piés de la cama.

La marquesa la reconoció.

Un segundo grito de rabia, de celos, se escapó de su pecho.

—¿Qué hace usted aquí? le preguntó con imperio, dejando la bujía sobre la mesa de noche y cogiéndola bruscamente por un brazo.

Andrea tenia en el rostro la palidez de la muerte.

Sus ojos brillaban con ese fuego de la calentura, y sus labios temblaban como si un ataque nervioso se hubiera apoderado de su cuerpo.

—¿Qué hace usted aquí? repitió Carolina sacudiendo con fuerza á su rival.

—Apurar el martirio hasta la última gota, respondió Andrea con voz desfallecida.

Y con la mano que le quedaba libre procuró incorporarse,

LA PERDICION DE LA MUJER.

¿Qué hace usted aquí?

enjugándose luego con el pañuelo la boca, por donde asomaban algunos esputos de roja y trasparente sangre.

Carolina, ciega por los celos, condujo á su rival casi arrastra hasta el gabinete.

Una vez allí, se quedó contemplándola con ojos amenazadores.

Una sonrisa infernal asomó en los labios de la marquesa de Fontan.

Las luces de la habitacion esparcian bastante claridad para que aquellas dos mujeres pudieran verse perfectamente.

Andrea temblaba como el enfermo poseido de la calentura.

Carolina se sonreia como el verdugo que se goza en el miedo de su víctima.

—¿Y si yo, valiéndome de esta arma que tengo en la mano, pusiera fin á los dias de la mujer que, no contenta con robarme el amor del hombre que idolatro, se oculta y sorprende mis secretos?

Esto preguntó la marquesa con calma, con frialdad, y dirigiendo al mismo tiempo el cañon de la pistola sobre el pecho de su rival.

—¡Ah! si usted descargara esa arma sobre mi pecho, contestó Andrea con triste espresion, me haria usted el mayor de los servicios.

—¡Le cansa á usted la vida!

Andrea elevó los ojos al cielo, y dijo:

—Soy muy desgraciada. No hace mucho, en lo mas recóndito de mi alma quedaba el purísimo, el dulce destello de una esperanza... Ahora... ¡qué me importa la vida!...

Andrea pronunció estas palabras de un modo tan triste,

tan doloroso, que la marquesa dejó caer la pistola sobre la alfombra.

—¿Piensa usted en morir siendo tan jóven? preguntó Carolina.

—La vida es para algunas mujeres un gemido de dolor, un martirio sin fin. Cada hora que se prolonga es una herida que se renueva.

Andrea se detuvo para respirar.

Se sentia fatigada, y de vez en cuando un golpe de tos seca y molesta agitaba su pecho.

Sus hermosos ojos, mas grandes, mas brillantes cuanto mayor era la palidez de su rostro, vertian abundantes lágrimas.

Carolina, á pesar del odio que le inspiraba aquella jóven, se sintió enternecida.

—¿Ama usted á Arturo? le preguntó.

—Le amé, señora: hoy puede usted vivir tranquila. Andrea no disputará á la marquesa de Fontan el amor del vizconde de Villafort. He conocido tarde, demasiado tarde, mi error, cuando el remedio es imposible, cuando el arrepentimiento tendrá un término cercano.

Y Andrea se sonrió tristemente.

—Entonces usted no amaba con toda su alma al vizconde, volvió á repetir Carolina, estrañando que le cediera el amante sin lucha.

—¡Que no le amaba! ¡Dios mio, tú lo sabes bien! esclamó la hija de don Leandro elevando los ojos al cielo con resignada espresion. ¡Ah, señora! hace algun tiempo que he hecho al vizconde de Villafort el sacrificio de mi vida. Desde el momento que comprendí mi desgracia, desde el instante que adiviné

el porvenir que me estaba reservado, me resigné á sufrir; nada de cuanto me sucede me estraña. Además, un resto de decoro, un último destello de dignidad que aún queda en mi corazon, me aconsejan romper con Arturo; puede usted gozar tranquila del amor de ese hombre: entre nosotros todo ha terminado.

Carolina estaba absorta: pensaba encontrarse con una rival temible, fuerte, y solo veia una jóven enferma, humillada, débil, que se resignaba á todo.

No tuvo duda alguna de que Andrea le decia la verdad; bastaba ver su hermoso semblante, la triste espresion de sus ojos, la melancólica palidez de su frente.

Andrea hizo un esfuerzo, y saludando á la marquesa con un movimiento de cabeza, se dirigió hácia la puerta.

La marquesa se interpuso para detenerla.

—Deseo retirarme, señora, volvió á decir Andrea; me siento fatigada, he sufrido mucho durante mi permanencia en esta casa. Además, ya lo ve usted.

Y Andrea enseñó su pañuelo manchado de sangre, continuando de este modo:

—Si usted quiere contar al señor vizconde esta escena, puede hacerlo; él ignoraba que yo me hallaba oculta en esa alcoba. Bien castigada voy por mi atrevimiento. Deseo á usted mayor felicidad que la mia.

Y Andrea llegó á la puerta con paso vacilante.

En cuanto á la marquesa, quedóse muda, silenciosa, enclavada en medio del gabinete del vizconde.

Andrea se habia elevado á sus ojos á una gran altura: no era la rival que disputaba la posesion de un amante rico y opulento; era la mujer que al verse humillada, escarnecida por el

mismo hombre á quien lo habia sacrificado todo, tomaba resueltamente el papel de mártir, dando cabida en su corazon al arrepentimiento.

Cuando una heróica resolucion se toma, demostrándonos que para ella se ha necesitado la virtud y el valor, si no nos sentimos con bastantes fuerzas para imitarla, nos humilla, ó cuando menos, nos admira.

La marquesa de Fontan admiró á Andrea.

Por eso al verla salir resignada del gabinete, dejóse caer en una butaca, murmurando en voz baja estas palabras:

—Esa mujer vale cien veces mas que yo.

CAPITULO X.

CHOCAR SOBRE HIERRO.

Arturo tenia amigos en todas partes, como acontece á los ricos que gastan con lujo su fortuna.

Como ha dicho mi ilustrado amigo don Juan Eugenio Hartzenbusch, *el verdadero conde es el que convida.*

El vizconde de Villafort llegó al Casino, punto de reunion en donde suele saberse todo.

El marqués de Fontan se hallaba solo en una mesa tomando una taza de té.

Arturo fijó una mirada provocativa en aquel enemigo irreconciliable, cuya prudencia comenzaba á desesperarle.

El marqués saludó con un ligero movimiento de cabeza al vizconde.

Este se detuvo, como si vacilara en tomar una resolucion. Por fin acercóse á la mesa, y sentándose junto al marqués, dijo con ese tono afectuoso que manda la urbanidad:

—Buenas noches, querido marqués. Ignoraba que hubiera usted regresado á Madrid, y aprovecho esta ocasion para pedirle un favor.

El marqués era uno de esos hombres frios que saben dominarse y están muy acostumbrados al fingimiento.

Así es que, enviando á su interlocutor una sonrisa de confianza, repuso:

—Me tiene usted á sus órdenes.

—No esperaba yo menos de un caballero tan cumplido.

Y Arturo, llamando al camarero con una estrepitosa palmada, le pidió un vaso de ponche.

—Pues sí, querido marqués, volvió á decir Arturo: tengo que hablar á usted de un pobre diablo á quien, sin duda equivocadamente, la policía ha encerrado en un calabozo, y necesito la influencia de usted para que se le abran las puertas de su encierro.

—Poco ó nada puedo en los asuntos de la policía, que tendrá indudablemente sus razones para encarcelar á ese hombre.

—¡Bah! Usted el hombre importante, el amigo de los ministros, el rey de la situacion... usted lo puede todo, señor marqués, todo.

Y Arturo saboreó el ponche y se dispuso á encender un cigarro de un modo tan impertinente, que hubiera disgustado á otro que al marqués de Fontan.

—Veo que me cree usted á mas altura que lo que estoy, y no seré yo el que me ofenda por eso.

—¡Ofenderse! No lo deseo por cierto; entonces mi pobre recomendado se veria camino de Filipinas.

—¿Tan grave es su delito?

—Ya he dicho antes al señor marqués, que se le apresó sin duda equivocadamente.

—Pero bien, ¿quién es ese hombre?

—Jacobo Schuff, médico y administrador de mi buen amigo el baron de Soany.

Arturo se quedó mirando al marqués con el objeto de sorprender el efecto que aquellos nombres le causaban.

Pero ya lo hemos dicho: Fontan era un hombre frio, y permaneció impasible.

—¿Y si yo no pudiera intervenir en favor de ese médico?

—No lo creo. ¿Cómo es posible que usted consienta que ese pobre Jacobo forme parte de la cuerda que se dispone á salir de la Península? Schuff es inocente, usted lo sabe muy bien, señor marqués; su delito se reduce á saber algunos secretos que pudieran poner en ridículo á ciertos hombres importantes, y aunque no sea mas que por evitar el escándalo...

—Señor vizconde, desde el momento que usted me dirige una súplica en son de amenaza...

—Poco á poco, marqués, dijo Arturo interrumpiéndole: yo no amenazo nunca; tengo la buena costumbre de dar antes de ofrecer.

El marqués comprendió que Arturo buscaba un pretesto para indisponerle, pero estaba firmemente resuelto á no admitir las provocaciones.

—Poco ó nada importa todo cuánto pueda decir ese médico que usted protege: hace años que no doy oidos á la calumnia; puede, por consiguiente, revelar esos secretos que guarda: nada me importa.

—¿Lo ha pensado usted bien, señor marqués?

—Sí, querido vizconde.

—Recuerde usted que yo le protejo.

—Lo siento infinito.

—¿Es decir, que mi súplica queda desatendida?

—No puedo hacer otra cosa.

—¿De veras?

—Nada pediré á un gobierno á quien hago la guerra en el Parlamento.

—¡Oh! verdaderamente es una desgracia.

—Que yo deploro.

—En fin, tocaremos otro resorte.

—Y yo me complaceré si da buenos resultados.

—Lo espero.

El marqués, que habia terminado su taza de té, hizo un movimiento para levantarse.

—Un momento, dijo Arturo estendiendo el brazo.

Fontan volvió á sentarse, y sacando con calma el reloj, repuso:

—Puedo disponer de muy poco tiempo: me esperan en otra parte.

—Está usted esta noche terrible, querido marqués: no quiere usted conceder nada á la amistad.

Y Arturo, aproximándose un poco al marqués y bajando la voz, continuó:

—Es indispensable de todo punto que Jacobo se vea libre esta misma noche; de lo contrario, el escándalo comenzará aquí.

—¿Va usted á desafiarme en presencia de los socios del Casino? dijo el marqués. ¡Oh! eso seria digno del vizconde de Villafort.

—¡Señor de Fontan!

—¿Busca usted el pretesto para cruzar la espada conmigo? Gloria y no poca le cabria á usted en vencer á un enemigo que jamás ha empuñado un arma y cuyos cabellos comienzan á encanecer.

—Eso es llamarme cobarde, repuso Arturo palideciendo, y no tolero...

—Eso es decir sin miedo lo que corresponde á un hombre digno. Hemos terminado. Puede usted ahora hacer lo que guste. En cuanto á Jacobo, no solamente se tienen pruebas para mandarle á Filipinas, sino á África. Y ¡ay del baron de Soany y de su amigo el vizconde de Villafort si cometen la menor imprudencia!

Aquella amenaza desorientó por un momento á Arturo; pero reponiéndose al instante, dijo:

—¿Y si yo infiriera á usted una de esas afrentas terribles que no pueden lavarse mas que con sangre?

—Mañana presentaria á los tribunales la declaracion de Leoncio, mi difunto mayordomo.

Arturo palideció.

—En cuanto á la farsa del suicidio de Carolina, repuso el marqués, tengo tomadas mis medidas, y recaerá todo el daño sobre mis enemigos, á los cuales quitaré las armas que afilan para herirme.

Y el marqués se levantó, enviando una mirada de desprecio al vizconde.

Este permaneció algunos minutos como aturdido.

Por fin levantó la frente, y en sus labios se dibujó una sonrisa de rabia reconcentrada.

—¡Oh! yo mataré á ese hombre. Carolina tiene razon; mientras él viva, estaremos siempre amenazados.

Despues de esto, salió del Casino, encaminándose á su casa.

El vizconde llevaba uno de esos pensamientos de muerte encarnado en mitad de su corazon.

CAPITULO XI.

UNA LIMOSNA POR EL AMOR DE DIOS.

Arturo entró en su gabinete, donde le esperaba Carolina.

El vizconde se dejó caer bruscamente en un sofá, y entonces la marquesa levantó la frente.

Arturo observó que tenia los ojos llenos de lágrimas y que su palidez era estremada.

—¿Por qué lloras? le preguntó.

Carolina, procurando serenarse, repuso:

—¿Qué hay de Jacobo?

—Creo que es causa perdida.

—¡Cómo!

—He visto á tu marido; es un cobarde, es el peor de los enemigos. Se niega á dar libertad al médico, y eso me hará poner en el caso de que le mate.

Arturo exhaló un rugido de rabia, y como si deseara desahogar su mal humor, continuó:

—Pero ¿á qué viene ese abatimiento, esas lágrimas? ¿te propones tambien desesperarme?

—Arturo, esclamó Carolina: tarde ó temprano se recoge el fruto de lo que se siembra; á nosotros nos llegará tambien ese dia.

—¡Remordimientos! ¡escrúpulos de conciencia!

Y Arturo soltó una carcajada, continuando luego de este modo:

—Tu ilustre esposo acaba de burlarse de mis súplicas y de mis amenazas. Jacobo irá á Filipinas: verdaderamente es una desgracia.

—¡No, no irá! esclamó Carolina con desesperacion: yo sabré evitarlo.

—¿Con tus lágrimas? preguntó en son de burla Arturo: se reirá de ellas. ¿Con tus súplicas? las despreciará.

—Pues bien, yo emplearé otras armas, dijo Carolina.

—¡Hola! eso ya es distinto: puedes matarle, convertirte en otra Lucrecia Borgia.

—No hace mucho, aquí en este mismo sitio que pisamos, he estado á punto de cometer un crímen. ¿Crees que me falta valor para ello?

—¡Un crímen!

—Sí, en la persona de una mujer inocente, de una de tus víctimas.

Arturo miró con asombro á Carolina.

—¿Te estrañan mis palabras? Es natural; porque tú ignorabas que detrás de esa cortina oculta en el fondo de tu alcoba se hallaba una mujer que ha sorprendido nuestro secreto, á la cual le has puesto de manifiesto la nobleza de tu corazon.

—¿Estás loca?

—¡Oh! tal vez seria mas conveniente que lo estuviera.

—Esplícate. ¿Qué mujer es esa?

—Andrea.

—¡Andrea! imposible.

—Al verla, continuó Carolina sin dar oidos á la admiracion del vizconde, mi primer pensamiento fué matarla, librarme de una rival odiosa; pero luego la oí... ¡Desgraciada! lleva la muerte en el corazon: su vida será corta; tuve lástima, y la dejé partir.

—¿Dices que Andrea ha permanecido oculta en esa alcoba?

—Oyendo todo cuanto se ha hablado esta noche en este gabinete.

Arturo se levantó, tirando con fuerza del llamador de la campanilla.

El ayuda de cámara se presentó sobresaltado.

El vizconde tenia el semblante descompuesto, la mirada amenazadora, y su mano derecha cerrada por la rabia.

—¿Quién ha estado oculto en esa alcoba? preguntó con ceguedad.

—La señorita Andrea, murmuró el criado con temor.

—¿De modo que durante la cena con mi amigo el conde Polviany, Andrea se hallaba oculta en la alcoba?

—Pido perdon al señorito, pero no tuve tiempo de avisarle.

—Está bien, repuso el vizconde conteniéndose; desde este momento quedas despedido, y no vuelvas á presentarte mas delante de mí. Véte.

Arturo se puso á dar paseos por la habitacion.

De repente hizo un movimiento de hombros, y dijo como si hablara solo:

—Me es igual: así me evito un rompimiento.

Y luego, volviéndose á Carolina, continuó:

—Si no quieres sufrir los efectos de mi mal humor, retírate.

—¡Me despides! ¡me reservas la misma suerte que á Andrea! esa pobre jóven de quien te burlas despues de...

Arturo cogió bruscamente á la marquesa por el brazo, y esta lanzó un grito.

—Cuando el hombre se halla poseido por la ira, cuando siente un infierno en el corazon y una nube de sangre cruza por delante de sus ojos, es una imprudencia irritarle como tú haces. Créeme, Carolina: déjame solo. Mañana tal vez me encuentre mas sereno; mañana, pues, decidiremos el camino que conviene emprender.

—¿Y si yo no quisiera separarme de tu lado?

—Entonces volveria á repetirse una de las escenas de otros tiempos.

Y Arturo soltó el brazo de Carolina con tal violencia, que fué tambaleándose á caer sobre una silla.

—Eres un infame, murmuró la marquesa.

—¡Carolina!

—Sí, un infame que te complaces en abusar de los séres débiles; pero un dia ha de llegar en que encuentres el justo castigo de tus crímenes.

Arturo se pasó la mano por los ojos, como si un vértigo de sangre oscureciera su vista.

Frente á frente la marquesa y el vizconde, se amenazaban con las miradas.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Una limosna por el amor de Dios.

En aquel instante se les hubiera tenido por dos enemigos irreconciliables dispuestos á despedazarse.

—¿Es decir que te propones desesperarme? esclamó Arturo. Nuestros piés colocados se hallan al borde del abismo; da un paso mas, y ambos nos precipitamos en el fondo sin fin de la perdicion. Sea. Mañana pasaré á los ojos de la sociedad por un asesino; pero ¡ay de todos entonces!

Y diciendo esto, salió precipitadamente de la habitacion.

Carolina quiso seguirle, pero Arturo habia cerrado la puerta detrás de sí.

Entonces se apoderó de la marquesa una convulsion nerviosa, y cayó por fin sobre el pavimento, anonadada bajo el peso de tantas emociones.

Mientras tanto Arturo, envuelto en su capa, se lanzó á la calle.

Tenia necesidad de respirar el aire libre.

Corrió á la ventura sin saber adónde dirigia sus pasos.

De pronto oyó una voz que salia del quicio de una puerta.

Esta voz le dijo:

—Una limosna por el amor de Dios, caballero.

Arturo se detuvo maquinalmente, y vió un bulto acurrucado en la oscuridad, y otro que le tendia la mano en son suplicante.

Eran dos mujeres.

Arturo se llevó la mano al bolsillo del chaleco, pero de pronto la retiró, y soltando una carcajada, dijo con cinismo:

—¿Qué me importan á mí las desgracias de la humanidad?

Y siguió su camino.

Apenas habia desaparecido el vizconde, la que permanecia sentada dijo:

—¿Le ha conocido usted, madre mia?

—Sí.

—¿Quién era?

—El vizconde de Villafort.

—¡Ah! es un infame: ¡y nosotras hemos sido sus cómplices! Dios es justo.

Doña Aldonza y Pepita continuaron acurrucadas en el quicio de la puerta, esperando otro transeunte mas caritativo que el vizconde de Villafort.

LIBRO DÉCIMO.

LA ABNEGACION.

CAPITULO PRIMERO.

LA BIBLIA DE LAS MUJERES.

Lector querido, dispensa si interrumpo por algunos momentos la narracion de la presente novela y te hablo de *La Biblia de las Mujeres,* libro que inédito leí con placer y recomendé con satisfaccion á mi editor don Miguel Guijarro; libro que saldrá muy en breve á la luz pública y que debes adquirir, si eres como creo partidario de lo bueno, de lo literario, de lo que hace sentir dulcemente y enseña á distinguir el bien del mal.

¿Quién es el autor de este libro? preguntarás. Voy á decírtelo. Se llama *Abdon,* nombre en armonía con el título de la obra, porque tiene su orígen israelita. Pero no vayas á creerte que te estoy hablando de Abdon el décimo juez de Israel, ni mucho menos de Abdon el enviado de Dios cuando Jeroboam dividió las tribus propagando en Samaria el falso culto del becerro de oro: el Abdon que nos ocupa gasta sombrero de copa

alta y levita; nació en Toledo, y apenas cuenta veinticuatro años de edad.

Abdon de Paz fué dedicado por su familia á la carrera eclesiástica; pero pronto el jóven estudiante comprendió que le faltaba esa vocacion que hace de un clérigo un comentador vivo del sagrado dogma, un hijo incorruptible del Evangelio, y se dijo:

—No comprendo los curas sin el heroismo de los mártires, sin la caridad de Juan de Dios, sin el amor de Vicente de Paul.

Y abandonó su carrera.

Abdon de Paz hizo perfectamente. Un cura *malo*, un sacerdote sin abnegacion, sin caridad, es lo mas repugnante de la tierra.

Madrid recibió al jóven soñador que llegaba sin recursos, en busca de un nombre, de una posicion social, de un poco de gloria que satisfaciera los nobles deseos de su alma.

Abdon pasó, como hemos pasado todos, dias terribles, noches de insomnio. Pero su corazon encerraba ese purísimo y vivificador fuego de la fé, y estudió, y escribió con valor, y su nombre llegó á figurar en la redaccion de un diario político y en las columnas de periódicos literarios como el *Semanario Popular*, el *Museo Universal* y la *Revista Hispano-Americana*.

Despues de muchas vigilias terminó su libro favorito *La Biblia de las Mujeres*.

Mi querido amigo Manuel del Palacio le puso un inspirado prólogo, porque Manuel desconoce la envidia y acoge con la benevolencia del hermano todo lo que encuentra bueno su recto juicio.

Luego, el editor don Miguel Guijarro puso en mis manos el libro pidiéndome parecer, y le aconsejé que lo comprara, que lo imprimiera.

Amante he sido siempre de la literatura nacional, y saben todos cuantos me conocen que cuando aparece en la república de las letras un buen libro, tengo una verdadera satisfaccion, un dia de placer.

Muchas veces he llamado la atencion de mis lectores recomendándoles jóvenes escritores desconocidos; esto me ha valido el aprecio, el cariño de muchos y la enemistad de otros.

No importa: yo seguiré siempre esta marcha mientras mi mano pueda sostener la pluma.

Pero volviendo al libro de Abdon de Paz, diremos que las mujeres encontrarán en sus páginas pensamientos delicados escritos para ellas, sentidos sin duda por ellas.

La preciosa novelita que con el título *La Cruz de Eva* se encuentra en el libro de *La Biblia de las Mujeres*, contiene una carta que no puedo resistir al deseo de copiarla, persuadido de que mis lectores la leerán con gusto.

Dice así:

«Madrid 19 de setiembre de 186...

»Hermano mio: Cuando esta llegue á tu poder será muy probable que la muerte haya dado fin á mis padecimientos. Solo así, consumida por la calentura mas voraz me he decidido, por si el cielo no me concede volverte á ver, á escribirte esta carta para darte en ella mi postrer adios de despedida.

»¡Cuánto tiempo hace que no he oido el acento de tu voz! ¿Has olvidado la noche del 1.° de mayo en que te despediste de mí en el palco del teatro del Circo? Recuerdo que allí me ju-

raste serme fiel en los dias de tu felicidad como en las noches de tu infortunio.

»Mas no, no te figures que deseo traer á tu memoria en son de acusacion un juramento en otras mil ocasiones repetido; porque cuando el amor consigue unir, siquiera sea un instante, dos almas cual las nuestras, las engrandece; y á las almas grandes son odiosas las acusaciones, y siempre es mas simpático el olvido del perdon que la sonrisa de la venganza.

»Y ahora que acabo de escribir la palabra *perdon*, yo te le pido de mis faltas si alguna cometí en tu compañía, como se le pediré al Dios que me creó al comparecer en su presencia. No te estrañe mi súplica: ¡si supieras cuán diferentes son las horas en que el cuerpo respira salud á aquellas en que la muerte se cierne sobre nuestro lecho!

»Quisiera decirte tantas cosas, que no sé por dónde comience... Ante todo, si me vieras, segura estoy de que te alègrarias de encontrarme muy diferente de como era antes, de como he sido en la época de mis vicios. He confesado contrita mis culpas ante un virtuoso sacerdote, cuyas palabras me han llenado de paz y de consuelo; y hoy, gracias á esa confesion bienhechora, paréceme el mundo de valía tan insignificante que miro con disgusto cuán se tarda en llegar la muerte que ha de resucitarme á la vida de la eterna bienaventuranza.

»Porque yo espero ir á gozar de la misericordia del Todopoderoso; yo he procurado ser buena, tú lo sabes; mis maldades han sido, mas que mias, hijas de mi falta de educacion moral y religiosa; y la Providencia me ha castigado con creces. ¿Qué mayor castigo para mí que nuestra última entrevista? Mas... ¿á qué tornar á hacer mencion de lo que ya no tiene

remedio? Dí crédito á tus juramentos, porque creí que el hombre fuese el mismo en la prosperidad que en la miseria. ¿Cómo habia yo de figurarme que el Gualberto que me juraba amor por lo mas sagrado de su espíritu, por su dicha, en la calle de Leganitos, habia de llegar á ser el secretario de la baronesa de T... que ni aun siquiera se dignara mirarme en la estacion del ferro-carril del Norte? No obstante, yo te perdono aquel insulto, pues si el látigo del cochero que te conducia ensangrentó mis carnes, mis ojos te vieron y mi corazon respiró gozoso en su tormento.

—«¿Y quién te mandó acercarte á mí en la estacion al verme al lado de la baronesa?»—me preguntarás.

»A lo cual te responderé, confiada en que me has de dispensar se alarguen un tanto estos renglones.

»Por oponerme á los que en la noche del estreno de tu drama pretendian, como consiguieron despues, robarte á mis brazos, la justicia me sumió en las tinieblas de un calabozo. Puesta á los tres dias en libertad supe por nuestra antigua patrona, á cuyo cuarto habia ido á buscarte, tu mudanza de habitacion y de fortuna, y loca de alegría me encaminé con el deseo de abrazarte á la calle de la Montera. Pero al ver mis trazas, el portero no me dejó pasar del portal en una semana, hasta que vencida gracias á unos cuantos cigarros la oposicion de aquella fiera, el ama de tu nueva casa me aseguró que á la sazon te habias ausentado de Madrid á veranear, ignorante ella de la época de tu regreso. Consumida por la tristeza vivia hacia casi dos meses al lado de doña Camila con la esperanza de tornar á verte entrar por la puerta de mi bohardilla, de aquella bohardilla para los dos tan llena de encantos, cuando una no-

che leí en *La Correspondencia* la noticia de que la baronesa de T... te habia nombrado su secretario particular y dado habitacion en su palacio, nueva fatal que desvaneció mi último ensueño. ¡Ay de mí! ¿á qué referirte lo que padecí desde entonces? En la semana que se sucedió derramé torrentes de lágrimas, negóse mi estómago al apetito, la palidez se apoderó de mi rostro, enflaquecieron mis carnes, debilitáronse mis fuerzas, comencé á arrojar por la boca esputos sanguinolentos, caí enferma. ¡Enferma por tí! ¡solo por tí, Gualberto mio!... Un dia en la cama, otro levantada, y cada vez peor, si bien cuidada con todo el esmero imaginable, vino á acrecentar mi enfermedad un suceso tan desconsolador como inesperado. Y fué que doña Camila, noticiosa una noche por un criado del duque de B... de que á la mañana siguiente salias con la baronesa para Francia, me aconsejó, sin prever las consecuencias, solo atenta á sus buenos deseos para conmigo, que bajara á la estacion con el objeto de presentarme delante de tí y ver el efecto que mi súbita aparicion te producia. ¿Cómo al mirarme en el estado en que me encontraba no habias á lo menos de conmoverte? ¿Serias tan inhumano que ni siquiera te dignaras hablar á la mujer á quien eras deudor de tu fortuna? ¿Cómo no habias de abrir tus brazos á la infeliz que, enferma, bajaba ciega por la pasion á verte, porque próxima al sepulcro no queria morirse sin oir el último adios de tus labios? Era increible.

»Hé aquí la causa de mi bajada á la estacion del Norte.

»La terrible escena allí representada me sobrecogió tanto que creí llegado el término de mi existencia. Sola en la tierra, enferma de cuerpo, herida en el alma por la aguda espada del mas inesperado desengaño, despreciada por el hombre á quien

en caso de pedírmela hubiera dado la vida, y el cual en cambio de mis beneficios acababa de ensangrentar mi cara por el látigo de uno de sus criados, sentí que mi cerebro se trastornaba, que mis piés se negaban á sostenerme.

»En trance tan horrible la Providencia, que jamás olvida á sus hijos, me envia á mi padre, quien casualmente bajaba aquella mañana á la estacion á despedir á un conocido.

»Mi padre me ve: duda; pero mis brazos abiertos le dicen que yo soy su hija, y dando al olvido lo pasado y cuanto le rodea corre á abrazarme anegados los ojos en llanto.

»¡Oh! mi padre no era como tú; por eso no se avergonzaba de besarme delante de aquellas gentes como un niño, ni de ayudarme á sobrellevar la pesada cruz que el infortunio habia dejado caer sobre mis hombros.

»No necesito referir las escenas de familia que se sucedieron, porque tú cual yo sabes mi historia y tu imaginacion te las representará mucho mejor que fuera capaz de describírtelas mi pluma.

»La vista de mi padre y de mi hermana me consolaron bastante; mas habia padecido tanto de espíritu y de cuerpo que mi enfermedad habia llegado á un grado, en el sentir de los facultativos, incurable.

»He estado medicándome veintidos dias; y desde hace tres que llevo sin levantarme de la cama no pasa por mi boca medicina alguna, á no ser la del cielo que tomé ayer arrepentida de mis pecados cual una nueva Magdalena.

»Ahora se me vienen á la pluma unas palabras que leí en los tiempos en que á tu lado llegué á ser medio literata. Goethe dice en el *Fausto*, con referencia á las mujeres de mi vida

pasada:—*Toda persona honrada huirá de vosotras como de cadáveres corrompidos; aunque Dios os perdone no sereis menos maldecidas en la tierra.* Y yo digo:—¿Qué me importan las maldiciones de la tierra si al morir me perdona Dios abriéndome sus brazos?

»Antes de concluir esta carta, que va siendo prolija, en el supuesto de que las cumplirás deseo dejarte algunas mandas: figúrate que este es mi testamento, escrito á hurtadillas sobre una de mis almohadas, sin órden, redactado de cualquier modo, pues que otra cosa no permite el estado anormal de mi cerebro.

»Te recomiendo muy mucho á nuestra antigua patrona, sin cuyo favor ni hubiera sabido las señas del Hotel del Louvre, en la calle de Rívoli, en que habitas, ni me hubiera sido fácil enviar reservadamente esta carta al correo.

»Espero que continuarás guardando con mi padre la reserva que te encargué respecto de nuestro trato, pues así aparecerás siempre á sus ojos como hombre honrado y caballero, sin que le ocasiones nuevos disgustos demás de los que yo le he ocasionado; y, siquiera por lo bien que te trató á tu llegada á Madrid, mírale cual si fuese el autor de tu existencia.

»Procura que mi querida hermana Nemi realice su decidida vocacion religiosa.

»Si algun dia te casas sé fiel á tu mujer.

»Y si el cielo te concede alguna hija edúcala sin descanso en la virtud; que solo de esa suerte te será fácil impulsarla en la buena senda si fuera bondadoso su carácter, ó corregirla si no fuesen rectos sus instintos.

»¿Y qué te diré de mí? Tanto te diria que no concluyera en un siglo.

»Adios, Gualberto de mi vida.

»No te recordaré mis merecimientos hácia tu persona, porque si te presté alguna ayuda no hice sino corresponder á tu comportamiento para conmigo; ni te acusaré de ingrato al alejarte de mi compañía, pues comprendo desgraciadamente que, aunque tu corazon continúe siendo mio, el trato de una mujer como yo es indigno de tí y mi presencia un obstáculo para tu carrera. Pero no por eso dejaré de rogarte que te acuerdes de mí mientras vivas, sin que te olvides de que al enviarte mi postrer adios te pido una oracion, la vez en que visites el cementerio depositario de mis cenizas, por el descanso de mi alma en el cielo; seguro de que desde aquel lugar bendito velará por tí en la tierra tu

ZULMA.»

Despues de la anterior carta solo me resta decir lo que hace algunas noches oí á un amigo mio:

«Las mujeres estarán de enhorabuena cuando el libro de Abdon de Paz se publique.»

Ahora, volvamos á la novela cuya narracion interrumpió el presente capítulo.

CAPITULO II.

EL MARTIRIO DE LOS RECUERDOS.

Sigamos á Andrea.

La infortunada hija de don Leandro, abismada bajo el profundo dolor que afligia su corazon, bajó las escaleras de casa del vizconde de Villafort, encontrándose sin saber cómo en la puerta de la calle.

Ella misma no hubiera podido en aquel momento esplicarse la multitud de ideas que bullian en su mente.

Continuó su camino en direccion á su casa, y solo la bronca y monótona voz de un sereno la hizo comprender que eran las dos de la mañana.

El canto del nocturno guardian de las calles la arrancó, por decirlo así, del aturdimiento que la dominaba.

Entonces tuvo miedo, echóse el velo sobre la cara, y avivó el paso: tenia necesidad de llegar á su casa.

De pronto oyó pasos precipitados que al parecer seguian los suyos.

La mujer tiene un instinto especial para conocer cuando unas pisadas siguen las suyas.

Andrea caminó mas de prisa; pero no tardó mucho en oir una voz que le dijo:

—¿Adónde va usted tan solita, reina mia, espuesta á mil peligros que yo á tan poca costa puedo evitar ofreciéndole el apoyo de mi brazo?

Andrea nada respondió. Hubiera querido tener alas en los piés para librarse de aquel importuno que la amenazaba con alguna declaracion inconveniente.

Pero el silencio de una mujer no fué nunca un obstáculo para los piratas callejeros que buscan aventuras en las altas horas de la noche; por eso sin duda el que nos ocupa se colocó al lado de Andrea, continuando de este modo el bombardeo de sus palabras:

—Yo supongo, hija mia, que no será usted muda; pero creo asímismo que asuntos graves deben preocuparla cuando á tales horas se encuentra paseando las calles; y como siempre fué mi afan proteger al desvalido, quisiera merecerle un poco mas de confianza.

Y diciendo esto, el desconocido llevó atrevidamente una de sus manos á la cintura de la jóven.

Andrea repelió con indignacion al desconocido, diciendo al mismo tiempo:

—Prosiga usted su camino; deje usted que yo continúe el mio.

La corta y rápida lucha que Andrea habia mantenido con

aquel hombre para librarse de sus bruscos ataques, habia descompuesto un tanto el velo de su mantilla, enseñando su hermoso y triste semblante.

—¡Ah! esclamó el desconocido: ¡diantre! no creia yo encontrar á estas horas y en este sitio á la encantadora querida del vizconde de Villafort. ¡Pobre Arturo!

Y el desconocido soltó una ruidosa carcajada.

Andrea se detuvo un instante al oir aquellas palabras que la demostraban que habia sido reconocida, y luego continuó su camino mas precipitadamente que nunca.

Atravesó varias calles, siempre seguida del hombre que ya nada volvió á decirla.

Cuando llegó á su casa, la puerta estaba cerrada: llamó.

Entonces el nocturno perseguidor acercóse á Andrea y le dijo en voz baja:

—Arturo no sabrá esta escursion si usted quiere: ya nos veremos.

Y continuó su camino.

El portero abrió, y poco despues Andrea se dejaba caer casi desfallecida en el sofá de su dormitorio.

La doncella que la habia acompañado desde la puerta, al verla tan pálida, tan abatida, le preguntó:

—Señorita, ¿viene usted mala?

—No, déjame; quiero estar sola: véte, contestó Andrea ocultándose el rostro con las manos.

—Entonces, ahí sobre el velador encontrará la señorita una carta: buenas noches.

Andrea no oyó las últimas palabras que le dirigió su doncella.

Los acontecimientos de aquella noche la abrumaban: era preciso tomar una enérgica, una decisiva resolucion.

Despues de lo que habia oido, su dignidad ofendida le aconsejaba un rompimiento definitivo con Arturo.

El nuevo sol debia marcar para ella una nueva conducta.

El cúmulo de ideas desesperadas que se agrupaban en su mente, la tenian aturdida.

En aquel instante era imposible resolverse.

La luz de la aurora la sorprendió llorando y sentada en el sofá.

La calentura la devoraba. La tos seca y tenaz que con frecuencia la sobrecogia, le arrancaba dolorosos gemidos.

Por fin se dirigió hácia su lecho.

Su debilidad era tanta que apenas podia tenerse en pié.

Medio vestida se dejó caer en la cama.

La sed la devoraba, y al mismo tiempo que un calor intenso se estendia por su pecho, temblaba su cuerpo de frio.

—¡Oh! ¡si yo pudiera dormir! murmuraba en voz baja.

Pero el sueño rebelde huia de sus párpados.

—¡Padre! ¡padre de mi alma! volvió á repetir en un rapto de desesperacion: tus lágrimas caen gota á gota como candente fuego sobre mi corazon; ¡pero ya es tarde, muy tarde!...

Si don Leandro hubiera oido á su hija, si hubiera visto su pálido semblante conmovido por el dolor, su alma generosa, al olvidarlo todo, hubiera perdonado.

Pero ¡ay! el honrado músico creia á su hija feliz, rodeada de fausto, de ostentacion, y acallando sus dolores con el cariño de Julio, de su hijo adoptivo, procuraba olvidar el pasado.

Cuando el sol penetró en la estancia de Andrea, cansada

de estar en la cama, se incorporó; pero conociendo que su debilidad era estrema, llamó á su doncella.

—Me siento mala, le dijo: no recibo á nadie.

—¿Ni al señor vizconde? preguntó la doncella.

—Ni al señor vizconde, contestó Andrea con vacilante y trémula voz.

—Entonces voy á decir á un caballero que ha venido tres veces que la señorita no recibe.

—¿Quién es ese hombre?

—Parece de pueblo; dice que ya ha escrito una carta á la señorita.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—El señor Rodriguez, de Villarobledo.

Andrea se estremeció.

Aquel apellido le recordaba el médico interesado en la curacion de Felipe.

—¿Viene solo ese caballero?

—Solo.

Andrea vaciló un momento.

Temia y deseaba al mismo tiempo recibir á aquel hombre.

Felipe para ella era uno de esos recuerdos dolorosos, punzantes, que lastimaban su pecho.

El médico podia presentarse como una reconvencion, como la grave y acusadora voz de la conciencia.

Por fin hizo un esfuerzo, é incorporándose sobre el brazo derecho, dijo:

—Dile que pase; pero antes arregla un poco esta cama y coloca aquí cerca una butaca.

La doncella hizo lo que le mandaba su ama.

Mientras tanto Andrea, por ese resto de coquetería que nunca abandona á las mujeres que rinden culto á la moda, se arregló los hermosos cabellos, desordenados por las fatigas de una noche de insomnio.

Dirigió su triste mirada hácia la puerta, deseando leer en el semblante del desconocido la bondad de su alma.

CAPITULO III.

UN CORAZON SENCILLO Y UNA CONCIENCIA SOBRESALTADA.

Don Rafael Rodriguez, médico de Villarobledo, era uno de esos facultativos encanecidos en el arte de curar, que hermanando la práctica con la ciencia llegan á vencer esa gran dificultad que bien puede llamarse buen golpe de vista.

Los fallos de don Rafael eran por lo general *infalibles*.

Cuarenta años de ver enfermos le habian dado una esperiencia tan útil como provechosa á su buena reputacion de médico *acertado*.

Cuando él decia «este enfermo se muere,» era preciso disponer el luto.

Si por el contrario, aunque pareciera un cadáver, esclamaba haciendo una mueca de satisfaccion «esto no es nada,» renacia la esperanza en la casa del paciente.

Sin embargo, don Rafael era un pobre viejo, cuyo corbatin hubiera hecho reir á un *dandy* madrileño, y cuyos zapatos de

tosco becerro, claveteados, hubieran crispado los nervios de uno de esos modernos médicos que cifran su reputacion en la elegancia de su traje y en los brillantes de sus sortijas y botones del pecho.

Cuando el médico del pueblo penetró en el lujoso gabinete de la querida de Arturo, dirigió una mirada fria á la par que penetrante hácia el lecho donde se hallaba la enferma.

—Puede usted acercarse, señor doctor, le dijo Andrea indicándole con su blanca y pequeña mano la butaca que se hallaba cerca de la cama.

—¡Ah! dijo don Rafael dejando su antiguo y mugriento sombrero y su rústico baston sobre el sofá, y entrando en la alcoba: ¿está usted enferma?

—Un poco; pero no es de mi salud de lo que debemos ocuparnos.

—Sin embargo, señorita, si usted no tiene inconveniente en que la pulse un viejo que hace cuarenta años no se ocupa de otra cosa, tendré en ello un placer.

Andrea tendió el brazo al médico sonriendo.

—Tengo muy poco apego á la vida, dijo la querida del vizconde mientras el médico la pulsaba.

—Solo se conciben esos pensamientos, dijo el médico con la frialdad del filósofo, en una mujer hermosa y jóven cuando se ve afligida por graves dolores morales que no cura por desgracia la ciencia.

Don Rafael aplicó su oido al pecho de Andrea, haciendo un movimiento de cabeza bastante significativo.

—Me encuentra usted muy mala, ¿no es verdad? preguntó Andrea.

—La juventud, señorita, suele burlarse de los pronósticos de la ciencia. ¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años, caballero.

—¡Veinte años! repitió el médico con triste espresion. ¿Ha consultado usted con algun facultativo?

—Con nadie.

—Ha hecho usted mal.

—¡Bah! lo repito sin afectacion: me importa muy poco la vida.

—¿Tan desgraciada es usted? preguntó don Rafael fijando en la enferma una mirada investigadora.

—¡Ah! ¡mucho, caballero, mucho! Pero poco importa mi salud; hablemos de la de Felipe, pues supongo que á eso se reduce el objeto de esta visita.

—Sea como usted quiera; mas antes de hablarle de Felipe, le daré un consejo: está usted bastante enferma, y convendria que se cuidara mucho, que se atacara con energía la enfermedad que comienza á germinar en ese pecho.

—Sí, sí, doctor, hablemos de Felipe, de ese desgraciado á quien involuntariamente causé tanto daño.

—Por desgracia veo muy difícil la curacion de ese jóven. Sin embargo, le quiero como puede quererse á un hijo, y si usted me ayuda...

—¿Qué puedo hacer por él? estoy resuelta á todo.

El doctor advirtió que las palabras y las miradas de Andrea revelaban el estado intranquilo de su espíritu.

La frente abatida de la jóven, la tristísima y profunda mirada de sus ojos, la palidez casi lívida de su semblante, parecian revelarle la desesperacion de su pecho, en donde se habia

infiltrado el primer gérmen de una enfermedad contra la cual la ciencia es siempre impotente.

Don Rafael era uno de esos médicos poco avezados á disfrutar de la generosidad con que algunos ricos recompensan los servicios que se les prestan.

Modesto facultativo de un pueblo en donde el vecino mas pudiente, mas rico, se cree recompensar los auxilios de la ciencia con cinco duros al año y un par de gallinas por Navidad, era un verdadero amigo de sus enfermos, un padre cariñoso de los pobres.

Andrea habia sido simpática al médico de Villarobledo desde el primer instante que la vió.

El ojo práctico de don Rafael habia comprendido que la muerte iba muy en breve á llamar, ó por mejor decir, á depositar su beso de hielo en el corazon de la jóven.

—¡Bueno! se dijo hablando consigo mismo: yo he venido á Madrid con la esperanza de curar á un enfermo, y la casualidad, esa madre de los acontecimientos inesperados, me presenta dos; y lo peor de todo es que ni el uno ni el otro se salvarán.

Y luego, alzando la voz, continuó:

—Medite usted bien, hija mia, lo que me ofrece, sobre todo en estos momentos en que usted se encuentra algo sobresaltada, y en que el estado de su salud necesita mucho reposo.

Andrea dirigió á don Rafael una de esas sonrisas que tienen algo de lamento, una de esas miradas que entristecen, y dijo:

—Usted, caballero, ha venido á esta casa sin otro objeto que el de buscar mi ayuda, pues cree que puedo serle útil en la difícil curacion del desgraciado Felipe. Dios que penetra en lo mas recóndito de los corazones, Dios que lee en lo mas pro-

fundo de las conciencias, sabe que mi único deseo, mi mas ardiente ambicion, se reduce á devolver á una madre afligida el hijo que llora perdido, y por quien nunca se secan las lágrimas de sus ojos. Créame usted, amigo mio: yo deseo ser útil alguna vez á Felipe. Le he hecho tan desgraciado, que vertería por él hasta la última gota de la sangre que circula por mis venas. No crea usted que esto es un ofrecimiento de esos que pronuncia el labio sin sentir el alma. Nada espero sobre la tierra: todo lo espero despues de la muerte.

Andrea terminó su patético ofrecimiento con uno de esos suspiros que parecen un lamento.

El honrado doctor no dudó ni un solo instante que aquella jóven le hubiera dicho la verdad; así es que, acercándose hasta cogerle una de las manos con el cariño y la ternura que pudiera hacerlo un padre agradecido, le dijo:

—Doy á usted, señorita, las gracias en nombre de una familia honrada, cuyos corazones se han cubierto de luto con la desgracia de Felipe. Si mis esfuerzos y la generosa ayuda que usted me ofrece logran devolver la razon al jóven que nos ocupa, si algun dia podemos entregarle á sus padres con esa claridad de ideas que por desgracia ha perdido, puede usted esperar el eterno agradecimiento de los que hoy tal vez señalan á usted como causa de la pena qué les aflige.

Andrea al escuchar las últimas palabras del médico se estremeció, y llevándose la mano á los ojos como si quisiera ocultar la emocion que esperimentaba, murmuró en voz baja:

—Es justo, muy justo: los padres de Felipe deben maldecir mi nombre, y tal vez yo esperimento los efectos de esas maldiciones.

—Los males que causamos involuntariamente deben afligirnos, pero nunca turbar la paz de nuestra conciencia: ruego á usted, hija mia, que se tranquilice.

—¡Ah! ¡si usted supiera cuántas amarguras, cuántos dolores han conmovido mi pecho desde que por mi desgracia cometí la primera falta!

Andrea se hallaba en uno de esos momentos en que el corazon necesita encontrar un amigo leal en quien depositar todos sus dolores.

Aquel anciano que veia entonces por la primera vez, le inspiraba una gran confianza.

Sola en el mundo, amenazada de una de esas enfermedades mortales, tanto mas terribles cuando se ven con los ojos del alma aproximarse poco á poco, paso tras paso, á la muerte, Andrea se hallaba poseida de una melancolía, de una tristeza tal, que todo se presentaba ante sus ojos sin brillo, sin encantos.

Insensiblemente la conversacion fué girando hasta que Andrea reveló al médico la causa de sus males.

Desde este momento, entre aquel anciano de cabellos blancos y aquella jóven que acababa de exhalar el perfume de la primavera de su vida, reinó la confianza.

Las simpatías nacieron, estrechando con sus dulces lazos aquellos dos séres.

El médico se habia dicho:

—Hé aquí una jóven á quien me veo precisado á acompañar hasta las puertas del sepulcro.

Andrea pensaba al mismo tiempo:

—Hé aquí un padre que cerrará mis ojos cuando se quiebre el hilo de mi existencia.

Cuando Andrea terminó la relacion de sus desventuras, don Rafael habló de esta manera:

—Ahora que usted me ha revelado su secreto, ahora que puedo apreciar la bondad del arrepentimiento que se alberga en su pecho, unámonos para salvar al pobre Felipe.

—Sí, sí, salvemos á Felipe.

—Desde mañana comenzará su curacion. Espero que no falte á usted el valor. La compañía de un loco no es por cierto de las mas agradables, pero yo no les perderé á ustedes de vista; dedicaremos dos horas á mi plan curativo: por ejemplo, nuestra escena será esta habitacion.

—¡Esta habitacion! Nunca... jamás.

—No comprendo...

—Debo abandonarla, debo salir de ella hoy mismo; pertenece al señor vizconde de Villafort, con el cual he roto todas las relaciones que me unian.

—Eso es distinto: buscaremos, pues, otra casa; y aunque la estacion no es la mas á propósito para pasarlo en el campo, si encontráramos alguna en las cercanías de Madrid, podríamos entonces vivir juntos: esto seria mas conveniente para mi plan.

Y el médico, haciendo una pequeña suspension y fijando en Andrea una mirada investigadora, continuó de este modo:

—¿Conque es decir que usted de hoy en adelante no quiere saber nada del vizconde de Villafort? Esto me parece una resolucion laudable y digna: ese caballerito no se ha portado que digamos con mucha decencia; sin embargo, mis años me han acostumbrado á la prudencia, y voy á dirigir á usted una pregunta. Si rompe definitivamente con el vizconde, si aban-

dona esta casa, ¿cuál es el porvenir que á usted le está reservado?

Andrea hizo un movimiento de hombros, indicando que le era todo indiferente.

—Dios velará por mí.

Aquí el doctor hizo á su vez otro movimiento de cabeza en el cual se marcaba la duda, y dijo:

—Sí, pero es preciso confesar, señorita, que la vida es muy cara en esta gran ciudad, y creo que seria conveniente no romper del todo con el señor vizconde.

—Imposible, amigo mio: hoy mismo le escribiré mi última carta.

El doctor, que habia pasado en aquella casa mas tiempo del que él creia, se despidió de Andrea, quedando convenidos en que al dia siguiente volveria acompañado de Felipe.

CAPITULO IV.

DONDE NARCISO DE RIOALTO PREPARA EL TERRENO.

Andrea permaneció como una hora en la cama, entregada á esa vida melancólica de los recuerdos.

Su alma dolorida, olvidando por un momento la infame conducta de Arturo, se entregaba de lleno al deseo de ser útil á Felipe.

Algun tiempo antes de los acontecimientos que nos ocupan, cuando el corazon de Andrea dormia tranquilamente en la purísima cárcel de su pecho, cuando el soplo misterioso del amor aún no habia depositado en él ese perfume que nos despierta, que nos inflama, que nos enseña una nueva vida, un nuevo horizonte lleno de luz, de encanto, de poesía, Andrea, fijando por primera vez sus ojos en un hombre, hizo la felicidad con una sonrisa del modesto estudiante que habitaba en la buhardilla de su casa.

Amó por primera vez, pero de ese modo que no llena por completo la aspiracion de un corazon apasionado.

Trascurrieron los dias. Andrea indudablemente hubiera sido feliz uniéndose á Felipe; pero hay en la vida de algunas criaturas una fatalidad que se complace en destruirlo todo, en disipar las mas risueñas esperanzas, en desvanecer los mas encantadores sueños.

Esta fatalidad toma diferentes fases, variadas formas.

Para Andrea se presentó bajo el nombre del vizconde de Villafort.

Arturo fué para la modesta hija de don Leandro como una de esas luces eléctricas que de repente y en medio de la oscuridad hieren nuestra pupila. La deslumbró, y desde entonces, pobre ciega, solo supo amar y obedecer.

Arturo fué para ella un verdugo ataviado con el ropaje de un ángel.

Acarició las mismas manos que la herian, besó los labios que la humillaban.

De repente el ropaje deslumbrador habia caido, enseñándole la verdad descarnada.

Pero ya era tarde. En estos casos, á la mujer que lo ha sacrificado todo solo le quedan, como ha dicho un poeta célebre, *luto en el corazon, llanto en los ojos.*

Lloró, pues, sin esperanza en la tierra, y esperaba la muerte con esa dulce y tranquila resignacion de los mártires.

La casualidad le presentaba en estos momentos amargos de la vida la ocasion de ser útil á otro sér tan desgraciado como ella, y Andrea la acogió con el entusiasmo del que desea redimir una parte de la culpa que agita su conciencia.

Una hora despues de la salida del médico, Andrea, débil y pálida en estremo, se levantó del lecho, y envolviéndose en una bata fué á sentarse junto á un pequeño velador, resuelta á escribir la última carta á Arturo, carta que debia poner fin á la historia de sus amores, carta que realzaba un tanto su humillada dignidad.

Al estender el brazo para coger la pluma, sus ojos observaron, colocado en una pequeña bandeja de plata, un billete cuyo sobrescrito decia así:

«A la señorita Andrea.»

La jóven contempló aquella carta un momento.

Siendo para ella desconocida la letra, é ignorando quién podia haberla dejado en aquel sitio, una sospecha asaltó su mente.

La creyó alguna impertinente declaracion, inoportuna entonces mas que nunca, estendió el brazo, y dejó caer la mano con un movimiento brusco y nervioso sobre un elegante timbre.

Pocos momentos despues la doncella se presentó en la habitacion.

—¿Quién ha traido esto? preguntó Andrea con sequedad, creyendo que aquella carta envolvia una intriga de la que era cómplice su doncella.

—Anoche, pocos momentos despues de salir la señorita, se presentó un criado con esa carta.

—Y entonces, ¿por qué á mi regreso no me la entregó usted?

—La señorita dispensará, pero vino algo trastornada: yo le dije que habian traido la carta, la indiqué el sitio donde se

hallaba; la señorita me despidió... yo pensaba que la habia leido.

Andrea recordó entonces, aunque confusamente, algo de lo que decia su doncella.

—Está bien, puede usted retirarse.

Y quedándose sola, rompió el sobre y se puso á leer lo siguiente:

«Señorita: Escribo á usted esta carta con el temor que á un corazon justo inspira la idea de una sospecha interesada.

»Jóven y rico, pasando á los ojos de la sociedad por uno de esos hombres que no tienen mas ley que su capricho ni mas Dios que los goces, muchas veces me veo en la imperiosa necesidad de fingir un aturdimiento que rechaza mi alma, una indiferencia que odia mi corazon.

»El amor platónico, esa pasion dulce, tranquila, inofensiva, que como el perfume de la magnolia lo llena todo, es objeto muchas veces de la irrision de los séres positivistas.

»Siempre he creido que para amar con la vehemencia de un alma jóven no hay necesidad de ser correspondido; el amor verdadero se alimenta de sí mismo, espera y confia, lleva á cabo su obra sin la precipitacion voraz del deseo.

»Indudablemente debe á usted causar admiracion, estrañeza, esta carta: no pido nada en ella; como he dicho, espero y confio.

»Andando el tiempo, usted tendrá ocasion de pesar en la balanza lo que yo ponga de mi parte para inclinarla en mi favor: por el pronto participo á usted que puede tener en mí un hermano leal, dispuesto á servirla en todo.

»Yo he abierto las puertas de mi casa á un padre desgra-

ciado á quien espero devolver una parte de la felicidad perdida.

»Antes de mucho partirá para Italia con el objeto de perfeccionar la educacion musical de un hijo adoptivo que la Providencia le deparó para endulzar las amarguras de su vida.

»Mi mayor satisfaccion, mi deseo mas vivo es ser tan útil á la hija como al padre.

»Si algun dia, porque no dudo, señorita, que este dia ha de llegar, el vizconde de Villafort se presentara á sus ojos tal y como verdaderamente es, matando en un solo instante todas sus esperanzas, no olvide que yo le he ofrecido sin recompensa alguna la proteccion y el apoyo de un hermano.

»Sé, Andrea, que por desgracia se encuentra la salud de usted algo quebrantada.

»Soy rico, vuelvo á repetirlo: solo en el mundo, poco puede afectar mi fortuna la proteccion que le ofrezco.

»No lo olvide usted nunca.—*Narciso de Rioalto.*»

Andrea leyó la carta sin comprenderla, y se vió en la precision de leerla segunda vez.

Narciso de Rioalto era uno de esos nombres que resonaban en su oido: queria reconocerle, queria recordarle.

La memoria no le fué ingrata en esta ocasion; la escena sorprendida desde la alcoba del vizconde de Villafort vino como un rayo de luz á iluminar las tinieblas que la ofuscaron por un momento.

Narciso era el protector de su padre, el jóven arrepentido á quien el vizconde de Villafort y Amadeo Polviany tan duramente trataron.

Á pesar de esto Andrea se sintió, si no interesada en favor

de aquel jóven desconocido, agradecida por el bien que habia hecho á su padre.

Sola consigo misma, con la frente apoyada en la palma de la mano y la mirada dolorosamente fija en la carta que acababa de leer, permaneció mucho tiempo indecisa, dudando si debia ó no dar una contestacion á tan generosos ofrecimientos.

De pronto se pasó la mano por la frente como para ahuyentar tristes presentimientos, y exhalando uno de esos suspiros que brotan del fondo del alma, murmuró en voz baja:

—Sí, es preciso terminar.

CAPITULO V.

DONDE ANDREA TOMA UNA RESOLUCION.

Cogió la pluma y escribió sobre una elegante hoja de papel vitela lo siguiente:

«Señor vizconde de Villafort: Despues de las escenas que presencié anoche en su casa por mi desgracia, todo debe terminar entre nosotros.

»Usted no me ama, señor vizconde, ni me ha amado nunca: no son celos lo que pido; no es una reconvencion lo que envuelven mis palabras. El sentimiento las dicta; el dolor las arranca del fondo de mi alma y corren por mi pluma.

»Si un resto de compasion queda á usted hácia mí, procure no verme nunca, olvide mi nombre y la corta historia de nuestros amores.

»La confianza me perdió: hoy es imposible retroceder; sé el fin que me espera, y lloraré el resto de mis dias, no la pérdida

de un hombre que burló mi amor, sí el cariño puro, desinteresado, grande, de mi padre querido.

»¡Pobre padre mio! El hombre á quien sacrifiqué la felicidad te ha vengado.

»Pero volvamos al objeto de esta carta. Como todo terminó entre nosotros, procuraré antes de dos dias dejar esta casa con que usted creyó halagar mi vanidad.

»No me pertenece, y saldré de ella.

»No intente usted buscarme; será inútil nuestra reconciliacion. Resuelta al martirio, deseando expiar en parte mi culpa, solo espero la muerte, no por el suicidio, pues eso seria ofender á Dios.

Andrea dejó caer la pluma.

Se sentia fatigada. Aquel rompimiento era muy doloroso para ella, porque aún quedaba en su pecho un resto de amor hácia el conde de Villafort.

Por algunos instantes permaneció indecisa; pero haciendo un esfuerzo, volvió á coger la pluma y continuó de este modo:

»Solo un dolor agudo, terrible, me atormenta en este instante: que mi desgracia no pueda servir de ejemplo á otras jóvenes que, ciegas como yo, se disponen á seguir el mismo camino que ha causado mi perdicion.

»¡Adios para siempre Arturo! Dios que ve mi arrepentimiento, tendrá piedad de mí y me concederá el perdon en la eternidad.—*Andrea.*»

La jóven dobló la carta con las lágrimas en los ojos, porque en ella sepultaba su última esperanza.

Luego se dirigió á un elegante *secreter* de palo rosa, y sacó

de uno de sus pequeños cajones algunas alhajas que estuvo examinando con tristeza.

Además, llevaba en el dedo índice de su mano derecha la rica sortija que Arturo le habia dado en cambio de la suya.

Reunió todas sus joyas, y viéndolas, parecia como abismada.

En aquel instante se hallaba indecisa, pensando si le pertenecian ó si debia devolverlas al vizconde.

Esto era una cuestion de conciencia que no se atrevió á resolver en aquel instante.

Necesitaba un consejero, y pensó en el honrado y bondadoso médico de Villarobledo.

Entonces recordó las señas de la casa de huéspedes donde vivia, consignadas en la primera carta, y mandó á un criado en su busca.

Una hora despues, don Rafael entraba en el gabinete de Andrea.

—¿Qué ocurre, hija mia? le dijo con cariñosa y tierna entonacion.

—Señor doctor, me encuentro sola en el mundo. Usted con sus bondadosas palabras, con sus leales consejos, me ha inspirado una confianza ilimitada. Lea usted la carta que acabo de escribir al vizconde de Villafort.

El doctor leyó la carta, y volviendo á dejarla sobre la mesa, dijo:

—Perfectamente: ha ganado usted á mis ojos un ciento por ciento.

—Mañana abandonaré esta casa.

—Hará usted lo que debe.

—Debo decirle que me encuentro sin recursos, y no sé qué camino tomar.

—Yo no soy rico, pero cuanto tengo se halla á la disposicion de usted. Además, ¿no vamos á vivir en comunidad? ¡Qué diantre! el mismo gasto haremos entre Felipe y yo que si usted forma parte de la casa.

—Sin embargo, siempre seré una carga.

—¿Quién piensa en eso? repuso don Rafael: cuando el sol sale calienta á todos.

Andrea colocó sobre la mesa las alhajas que le habia regalado en otro tiempo Arturo, y dijo:

—Yo enviaré mañana las llaves de esta casa al vizconde; puede disponer de todo cuanto aquí se encierra, porque es suyo. ¿Qué debo hacer de estas joyas?

El médico se quedó un momento pensativo, y luego dijo:

—Devolverlas, hija mia; solo debe usted llevarse un par de vestidos, los mas modestos, y alguna ropa blanca.

—Pero debo advertir á usted que esta sortija me la dió en cambio de otra mia que no era de menos valor.

—En ese caso, esa sortija es de usted, y puede sin escrúpulo disponer libremente de ella.

Y el médico la examinó.

—¡Diantre! dijo: ¿sabe usted que si esto es verdaderamente un brillante debe valer mucho?

—Lo ignoro, pero creo que es bueno.

—Entonces, con lo que dé por la sortija un platero puede usted hacer frente á las primeras necesidades.

—¿Quiere usted encargarse de venderla?

—¿Y por qué no?

—Entonces tome usted: no perdamos tiempo; mientras tanto, arreglaré en un cofre lo mas preciso de mi ropa.

El médico estaba encantado.

—¡Ah! voy á pedir á usted otro favor.

—¿Cuál, hija mia?

—Que se encargue usted de devolverle todo esto al vizconde.

—Como usted quiera.

A manera que iba hablando Andrea, parecia que se quitaba un peso del corazon.

Pero aquella alegría no era verdadera.

Por eso el médico no participaba de ella, porque á través de la sonrisa que entreabria los labios de la jóven, veia la muerte próxima á apagarla.

Don Rafael salió de casa de Andrea llevando la sortija.

Cuando se vió en la calle, le asaltó un temor y se dijo:

—En este Madrid no hay que fiarse mucho de la gente, porque aquí el que menos corre vuela y se le da un petardo al sol del medio dia.

Recorrió algunos establecimientos de diamantista, sin decidirse á entrar en ninguno.

Por fin se le ocurrió enterarse antes de lo que podria valer un diamante parecido al que él deseaba enajenar, y entró en una platería; pero como no estaba acostumbrado á fingir, á las primeras de cambio reveló su objeto.

El joyero era un hombre honrado y justo que ejercia su profesion con bastante conciencia.

Examinó el brillante y dijo:

—Sin desmontarle no puedo apreciar con exactitud su va-

lor; pero creo que tendrá seis quilates y puede darse por él cuarenta mil reales.

El doctor no podia comprender que tan pequeño mineral tuviera tanto valor.

Cerró el trato, tomó su dinero y regresó á casa de Andrea, llevando en buenos billetes del banco suficiente cantidad para hacer frente á las necesidades de cuatro años.

Aquello era una fortuna.

—¡Ah! ¡si yo pudiera salvar á los dos! se dijo.

Y luego, exhalando un suspiro, continuó:

—Eso es imposible; pero ¡quién sabe! no desconfiemos. Dios hace milagros que aturden á los hombres y empequeñecen á la ciencia.

Y entró en casa de Andrea.

CAPITULO VI.

FORTALEZA DE UN CORAZON RECTO.

Mientras el doctor Rodriguez habia ido á vender el diamante, Andrea remitió al vizconde de Villafort la carta que ya conocen nuestros lectores.

Un hombre sencillo no puede ocultar la alegría. Asoma á su rostro, como para decir á todos cuantos en él se fijan: «Yo soy feliz.»

Don Rafael, vivamente interesado en la curacion de sus dos enfermos, entró en el gabinete de Andrea con el semblante risueño, y dejando el fajo de billetes sobre el velador, dijo:

—Aquí tiene usted, hija mia, lo que me dió un platero por el brillante.

Andrea dirigió una mirada indiferente á los billetes.

—Era una joya de gran valor. Ya ve usted, cuando me dieron por ella cuarenta mil reales... á la verdad, que yo nunca hubiera dicho que valia tanto. Dos mil duros pueden durar, sin

grandes privaciones, cuatro años; de modo que, como usted ve, la cosa no se presenta del todo mal.

—¿Quiere usted hacerme un favor? respondió Andrea.

—¿Y por qué no? Mande usted lo que guste.

—Entonces le ruego que me guarde ese dinero, puesto que para la curacion de Felipe, segun su parecer, convendria que viviéramos juntos.

—Indudablemente.

—Y si encontráramos una casa de campo...

—¡Oh! Eso seria mejor.

—Puede usted buscarla.

—¿Y se vendrá usted á vivir con nosotros?

—¿Quién lo duda? ¿No estoy yo tambien enferma?

Don Rafael vaciló un momento.

—¿No quiere usted ser el depositario de mi fortuna? repuso Andrea sonriendo.

—Lo seré, hija mia, lo seré; pero la compañía de un pobre demente no es por cierto de las mas agradables.

Andrea se encogió de hombros, manifestando su indiferencia.

—Porque yo no respondo de las tonterías que puede cometer Felipe.

—Tendremos paciencia.

—Sin embargo, sin embargo...

—¿No dice usted que es un loco pacífico?

—Y eso es lo que mas me aflige; pero la enfermedad puede cambiar de carácter el dia menos pensado, y entonces...

—Corro peligro, ¿no es cierto? ¿Qué importa? Si Felipe en un momento de vértigo termina con mi vida, mi última pala-

bra seria pedirle perdon por el daño que le he hecho, y á sus padres por las lágrimas que han derramado.

El doctor se sintió conmovido ante la abnegacion de Andrea.

—Es usted un ángel, señorita, un ángel á quien Dios premiará, no me cabe duda. Buscaré la casa de campo, viviremos juntos. ¡Qué diantre! Yo soy viudo sin hijos, tengo allá en el pueblo una clientela que no ha de dejarme morir de hambre, y si curamos á Felipe, si curo á usted, nos iremos á Villarobledo, y usted será mi hija, sí, mi hija, á pesar de todo lo sucedido y de la mala voluntad que le tenia antes de conocerla.

Andrea deseaba ser amada: inspirar ese cariño noble y desinteresado, era para ella un gran consuelo en aquellos momentos de dolor, porque aún existia en el fondo de su alma un resto de amor hácia el vizconde Villafort.

Las palabras del anciano médico le conmovieron hasta el punto de arrojarse en sus brazos y prorumpir en un amargo y estrepitoso llanto.

Don Rafael tambien lloró.

En esta situacion se presentó la doncella á anunciar que el vizconde de Villafort deseaba ver á la señorita.

—Usted le recibirá, dijo Andrea: no quiero verle mas, que se lo lleve todo, que procure no verme nunca.

Y exhalando un suspiro, continuó en voz baja cogiendo al mismo tiempo una mano del doctor:

—Si le viera, si le oyera, no tendria valor para romper con él: le amo aún por desgracia.

El médico hizo un gesto de disgusto.

—¡Oh! no tema usted, repuso Andrea sonriendo dolorosa-

mente: sé que mi mal no tiene remedio, y quiero emplear los últimos dias de mi vida haciendo algo que aminore mis culpas.

Andrea desapareció por la alcoba, y saliendo luego por la puerta de escape, fué á esperar el resultado de aquella entrevista en otra habitacion.

Don Rafael procuró serenarse.

Iba á verse frente por frente de un vizconde, de uno de esos jóvenes á la moda del cual tenia muy malos antecedentes.

La comision que se le habia confiado era bastante difícil: se necesitaba para desempeñarla bien mucha calma.

El médico se sentó sin afectacion, y esperó con serenidad al vizconde.

No tardó mucho en presentarse.

Entró al gabinete de su querida con el sombrero puesto y el ademan provocativo.

La presencia de don Rafael le estrañó.

El vizconde pensaba encontrar sola á Andrea.

Dirigió á don Rafael una mirada inconveniente, y dejándose caer en una butaca, dijo como si hablara con un criado:

—Di á tu señorita que la espero, que salga; tengo que hablarla.

El médico no se inmutó.

—La señorita Andrea ha salido, respondió: ¿qué es lo que usted queria?

Arturo soltó una carcajada, diciendo:

—¡Vaya una pregunta! Pero yo haré á su vez otra: ¿quién es usted? ¿por qué le encuentro en este gabinete?

—Voy á satisfacer la curiosidad de usted, caballero: soy el

padre adoptivo de Andrea, y tengo el encargo de mi hija de devolver á usted todo cuanto en esta casa le pertenece, como habrá usted leido en la carta que se le ha escrito. En una palabra, caballero, entre el vizconde de Villafort y Andrea todo ha concluido.

—Vamos, ya lo comprendo. Andrea se cansa de ser mi querida: quiere cambiar de dueño. ¡Pobre muchacha! No sabe lo que se hace. ¿Es usted por ventura el elegido?

Don Rafael dirigió una mirada serena y llena de dignidad al vizconde, y le dijo:

—Ruego á usted, caballero, que no insulte el dolor de su víctima. Andrea lleva consigo una enfermedad de muerte: es digna de lástima.

—¿Está enferma del pecho? Esa es la moda, repuso el vizconde con cinismo.

—En ese caso, preciso será confesar que es una moda bien triste; yo puedo hablar de ella mejor que usted: soy médico.

—Sea enhorabuena, y puede usted contarme desde hoy en el número de sus parroquianos.

—¡Quién sabe si alguna vez podré serle útil! El médico, cuando se goza de salud, de poco ó nada sirve; pero los hombres prudentes no le desprecian nunca.

—Veo que es usted muy susceptible, mi querido señor... ¿cómo es la gracia de usted?

—Rafael Rodriguez.

—Tiene usted un nombre verdaderamente español.

—Me precio de ello, contestó el médico sin perder la serenidad.

—¿Y se propone usted curar á Andrea?

—Procuraré combatir la enfermedad que la aflige, como asímismo la locura de Felipe.

—¡Felipe! ¿quién es ese hombre? preguntó Arturo en son de burla.

—Una de las víctimas de usted, señor vizconde.

—¡Ah, sí! el pobre diablo que tuvo el atrevimiento de ponerse delante de mí con un sable en la mano.

—La victoria de usted aquella noche fué digna de un caballero de la Edad Media. ¡Lástima que el desafío no se hubiera efectuado de dia, á la luz del sol y en medio de un palenque rodeado de espectadores! El triunfo de usted, señor vizconde, hubiera sido glorioso. ¡Ya lo creo! ¿cómo no serlo cuando un espadachin se bate con un hombre que nunca ha empuñado un arma?

Arturo, que hasta entonces habia empleado una entonacion burlona, frunció el entrecejo y dijo:

—Es usted muy divertido, señor doctor, y le advertiré que me conoce muy poco cuando cree que yo elijo mis contrarios para un desafío; pero al que no sabe, obra es de misericordia enseñarle. Yo me bato con todo el que me ofende.

—Por Dios, señor vizconde, no vaya usted á desafiarme ahora, porque nos pondríamos los dos en ridículo.

—Acabemos, señor mio: ¿dónde está Andrea? preguntó con imperio Arturo.

—He dicho al señor vizconde que ya no la verá mas.

—¿Es usted el que se pondrá ante mí para que no la encuentre?

—Sí, yo. De hoy en adelante no será Andrea el juguete, el capricho del señor vizconde.

Y don Rafael, levantándose, indicó los estuches colocados sobre el velador.

—Aquí se hallan los objetos que usted le regaló y que para nada los necesita; puede usted guardárselos. En cuanto á los enseres de la casa, mande cuando guste á persona de su confianza que se encargue de ellos, aunque creo que lo mejor será que remita á usted esta noche las llaves del cuarto.

—Es usted el hombre más divertido que conozco, repuso Arturo dándose golpecitos en la punta de la bota con el junquillo que tenia en la mano; tiene usted una gravedad encantadora, y confieso sin ninguna violencia que Andrea ha tenido un gran acierto eligiendo á usted como apoderado de su arrepentimiento.

—Doy las gracias al señor vizconde por su galantería, contestó el médico inclinándose como para saludar.

—No, no me dé usted las gracias; le estoy haciendo justicia, y no las merezco.

—Sin embargo, la sociedad se halla tan pervertida, que cuando un hombre justo encuentra un jóven como usted no puede menos de admirarse.

La sonrisa de Arturo era de despecho: la tranquilidad de don Rafael natural, sin violencia.

—Vaya, vaya, continuó el vizconde: ¿conque la aturdida de Andrea quiere definitivamente romper conmigo? En ese rasgo no puedo menos de reconocer el gran talento de usted.

—No pretendo ocultarlo. Andrea me pidió un consejo, yo se lo dí; porque, sin que usted tome esto por una adulacion, la amistad de usted no la honraba mucho.

—¡Lástima grande que lo haya advertido tan tarde!

—Nunca lo es, señor vizconde, para el arrepentimiento.

—¡Oh! el arrepentimiento es una de las grandes virtudes del corazon humano.

—Usted tambien lo comprenderá andando el tiempo.

—¿Es usted profeta?

—La mayor parte de los hombres que han encanecido estudiando el corazon humano lo son.

—¿Sabe usted, señor don?... ya me he olvidado de su nombre.

—Rafael, para servir á Dios y al señor vizconde.

—¡Ah, sí, es verdad! Pues bien, ¿sabe usted, señor don Rafael, que escuchándole me siento conmovido?

—Hace rato que lo he notado: está usted nervioso, como dicen los modernos, pero no por el arrepentimiento: es otro el efecto moral que á usted conmueve.

—¡Otro!

—Sí.

—¿Y cuál, querido amigo?

—La ira, contestó con su inquebrantable serenidad el médico.

—Es usted un gran fisonomista.

—¡Ya lo creo! Estoy acostumbrado á estudiar en la fisonomía otras cosas mas difíciles.

—Es usted un sabio.

—Digo, como Sócrates, que he aprendido á saber que no sé nada.

—Eso es una contradiccion.

El médico se encogió de hombros.

Arturo estaba pálido, nervioso, apenas podia contenerse.

La impasibilidad de aquel hombre le irritaba.

En vano habia empleado la burla para arrancarle de la indiferencia, mantenida con aquel tiroteo de palabras.

Acostumbrado á dominar, se sentia humillado.

—Conque quedamos, señor vizconde, repuso el médico, en que usted recogerá ahora esas alhajas que para nada necesita Andrea. Yo remitiré esta noche, ó mañana lo mas tarde, las llaves de la casa adonde usted me indique.

Y don Rafael se levantó, como si diera por terminada la escena.

Arturo se levantó tambien.

Estaba pálido, nervioso, y si se hubiera dejado llevar de su genio, hubiera apaleado al impasible médico con el junquillo de Manila que llevaba en la mano.

Pero un resto de dignidad le contuvo, evitándole cometer una villanía.

Aquel hombre tranquilo, con la cabeza cubierta de canas, le recordó afortunadamente á su padre, y no quiso prolongar aquella lucha difícil, desigual.

—Creo que el señor vizconde, si es honrado, no debe tomar á agravio este rompimiento. No han de faltarle mujeres tan hermosas como Andrea que halaguen su vanidad.

—Sí, dice usted bien; pero yo no soy de los hombres que vuelven á recibir lo que una vez dieron: todo lo de esta casa pertenece á la que fué mi querida; ese es el pago que merecen las caricias que me tributó.

—Ella no lo acepta.

—Pues yo tampoco.

—En ese caso, la autoridad se hará cargo de todo.

—Pueden ustedes hacer lo que gusten.

Y Arturo salió del gabinete, humillado.

Don Rafael permaneció un momento inmóvil.

—¡Infame! dijo hablando consigo mismo: hé aquí en lo que esos hijos pródigos emplean las fortunas de sus padres. Su única ocupacion se reduce á seducir confiadas y crédulas jóvenes á quienes deslumbran con el falso oropel de que se rodean. ¿Qué es la honra de una mujer para esos fanfarrones del vicio? Un juguete que se compra, que les entretiene un instante, y luego lo arrojan con desprecio. ¡Oh, santa y sublime educacion! ¿Cuándo llegará el dia en que los hombres te respeten y te posean como su providencia, como su única felicidad en este valle de penalidades?

Don Rafael, profundamente abismado en sus reflexiones, no habia visto á Andrea, que triste, llorosa, se hallaba detrás de él contemplándole con veneracion y cariño.

De pronto volvió la cabeza.

—¡Ah! ¿está usted ahí?

—Sí, padre mio, lo he oido todo.

Y Andrea se arrojó en los brazos del anciano.

Aquel grito del alma que le enviaba Andrea fué desde entonces el dulce lazo que unió á aquellos dos séres.

CAPITULO VII.

OTRA VEZ A LA CALLE DEL OLMO.

Aquella misma noche Arturo recibió una carta y un manojo de llaves.

Decia así:

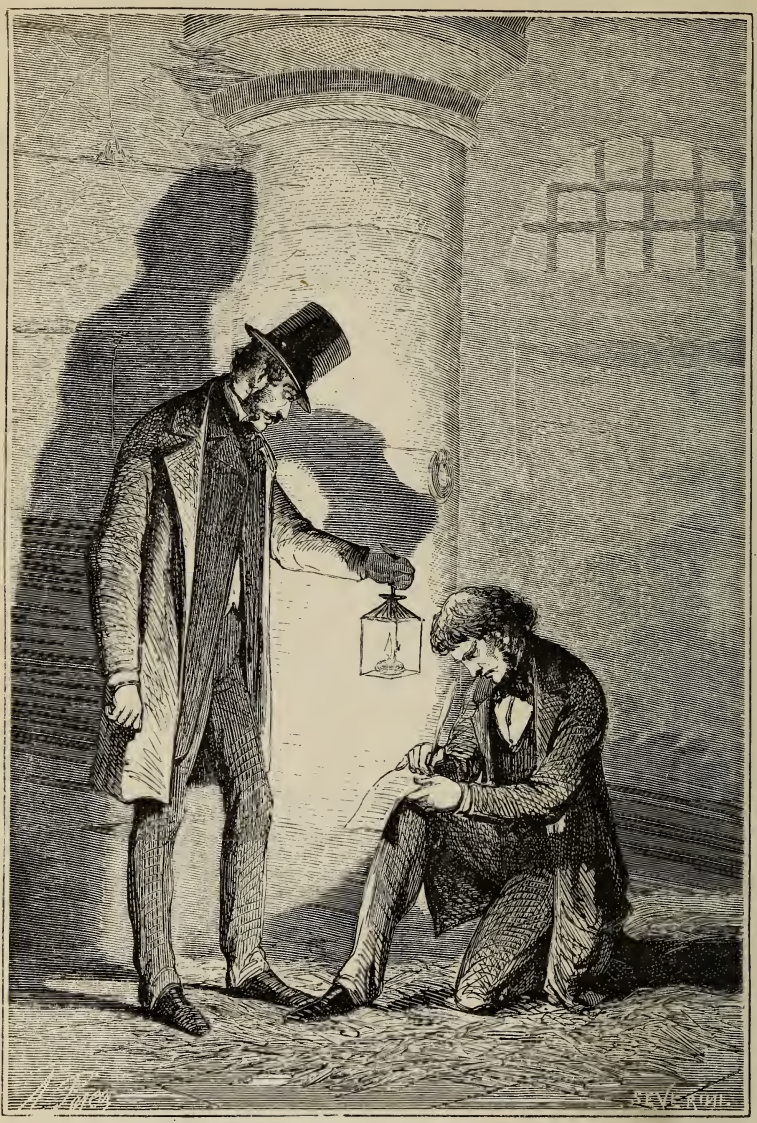
«Señor vizconde de Villafort: Muy señor mio. He despedido á los criados, y remito á usted las llaves de la casa de la calle del Arenal, donde encontrará usted todo lo que le pertenece.

»Aprovecho esta ocasion para ofrecerme su servidor.—*Rafael Rodriguez.*»

Arturo arrojó la carta á la chimenea con marcado desprecio.

La rabia se dibujaba en su semblante.

Pero dejemos al vizconde para ir á encontrar á otros personajes de esta novela que hace algun tiempo tenemos olvidados.



LA PERDICION DE LA MUJER.

.....y levantando el farol para alumbrarle.

Entremos en la modesta habitacion de don Fernando de Requena.

Allí está Sofía, sencilla, pero hermosa como siempre y ocupada en su labor, porque el trabajo aparta de la mente los malos pensamientos.

Lorenzo, sentado junto á la jóven, lleva la palabra.

—Sí, amigos mios, estoy contento, porque despues de todo me interesaba vivamente la pobre Andrea.

—Pero ¿resueltamente ha reñido con el vizconde? preguntó don Fernando.

—Reñidos del todo, para no volverse á hablar nunca.

—¡Pobre Andrea! Dice el doctor que está muy enferma, objetó Sofía: ¡tengo tantas ganas de verla!

—Si todo lo que acaba de contarnos Lorenzo es cierto, iremos un domingo á visitarla, cuando se hallen instalados en la casa de campo.

—¿Y dónde tienen esa casa? preguntó Sofía con interés.

—No nos hemos decidido aún, repuso Lorenzo. Anoche leimos en el *Diario de Avisos* varios anuncios, y don Rafael dijo que era preciso verlas. Sin embargo, la que segun parece nos conviene mas es la que se halla situada en el camino de los Carabancheles, no muy lejos del puente de Toledo.

—¿Irá usted á vivir con ellos? repuso Sofía.

—No, me quedo en mi pobre buhardilla: así lo exigen mis estudios; pero los visitaré todas las tardes.

Y Lorenzo dirigió á Sofía una mirada que la jóven tradujo á su manera, pero satisfactoriamente.

—¿Conque es decir que Andrea se decide á ayudar al doctor? preguntó don Fernando.

—Y tan firmemente resuelta, que está impaciente por ver llegar el momento de ser útil á Felipe.

—¡Si Felipe y Andrea llegaran á recobrar la salud!

—Creo que es bastante difícil; pero don Rafael es uno de esos médicos tenaces que no pierden nunca la confianza.

—Eso es una ventaja.

—Pero ¿cómo se ha dejado el pueblo don Rafael?

—Hace el servicio durante su ausencia el médico jóven que vino al pueblo el año pasado.

—Debe querer mucho á Felipe.

—Como á un hijo.

—Cuando pienso en las desgracias que ha ocasionado la locura de Andrea... repuso don Fernando. Y diga usted, Lorenzo, ¿qué se sabe de su padre?

—Nada absolutamente.

—¿Sigue pidiendo limosna?

—Hace algunas noches que no le veo como de costumbre en la esquina donde habitualmente se coloca.

—He oido decir que canta con una afinacion admirable el niño que le acompaña.

—Es un verdadero prodigio. Don Leandro ha hecho una gran adquisicion.

—La noche que le hablé, repuso don Fernando, me dijo: el vizconde de Villafort me ha robado una hija, pero como la Providencia lo compensa todo en el mundo, compadecida de mí me ha hecho que encuentre un hijo cuyas caricias cicatrizan poco á poco las heridas de mi corazon.

—¡Pobre don Leandro!

Y Sofía se enjugó una lágrima que, brotando de sus purí-

simos ojos, resbaló precipitadamente por sus frescas mejillas.

—Verdaderamente, volvió á decir don Fernando, nuestro buen vecino apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, pero no cabe á él poca parte de semejante desgracia. Era demasiado condescendiente, harto confiado. Don Leandro fué, y tal vez seguirá siéndolo, uno de esos séres que llevan su mayor enemigo consigo, es decir, su carácter. Muchas veces, inspirado por el cariño que le profesaba, le dí algunos consejos, que otro hubiera aprovechado mejor; pero Andrea le dominaba, nunca supo negarle nada; sus caprichos de niña, sus exigencias de mujer, dieron por fin el resultado que era de esperar: la perdicion de ella y la desgracia de él.

Don Fernando pronunció estas palabras pausadamente, como si quisiera que una á una fueran depositándose en el corazon de su hija.

Pero Sofía, dócil, resignada y sumisa, estaba acostumbrada desde pequeña á obedecer, y nunca su hermoso carácter se habia turbado por la inquietud de un deseo.

Sólo en sus sueños, en esas horas de dulce y melancólica soledad que preocupan el alma y la imaginacion de toda jóven, solia ver allá en lontananza una ráfaga de esplendorosa luz que llenaba todas esas ilusiones que poetizan, por decirlo así, la primavera de la vida.

Lorenzo era esa luz: le amaba con toda la pureza de la castidad; de este mismo modo era correspondida por el estudioso y honrado estudiante.

¿Se habian hecho el juramento de su amor? ¿se habian comunicado las dulces impresiones de su alma? La palabra no habia formulado aún esa declaracion mas ó menos estensa que

compromete á dos criaturas, que une dos voluntades; pero los ojos, con ese lenguaje elocuente del espíritu, lo habian dicho todo.

Sofía y Lorenzo se amaban. Esto no era un secreto para don Fernando, á quien no disgustaba este amor.

Padre prudente, se convirtió en amigo leal de aquel que aspiraba á la mano de su hija.

Desde el momento que el primer asomo de sospecha asaltó su corazon, fué su afan mas constante estudiar al hombre del que dependia la felicidad de su hija, su mayor tesoro, su joya mas querida.

Para esto se necesitaba prudencia, y don Fernando la tuvo.

Aparentaba no fijarse en aquel cambio de miradas y sonrisas cien veces mas elocuente que la palabra.

Muchas veces, durante las veladas de invierno, don Leandro cogia un libro para disimular su espionaje.

Pero volvamos á reanudar el interrumpido diálogo.

—¿Sabe usted, querido Lorenzo, repuso don Fernando, que si todo lo que nos ha dicho esta noche se realiza, será verdaderamente providencial?

—Délo usted por realizado; mañana mismo debe quedar decidida la eleccion de la casa, y despues de estendido el recibo de inquilinato, Andrea, Felipe y don Rafael se trasladarán á su nueva morada.

—¡Ah! si al menos ese pobre jóven pudiera recobrar la razon...

—Por desgracia, eso será imposible.

—¿Tan grave es su mal? preguntó Sofía.

—Mucho, señorita, repuso Lorenzo exhalando al mismo

tiempo un suspiro, clara manifestacion de su desconsuelo. Felipe se halla poseido de una de esas enfermedades para las cuales el auxilio de la ciencia suele ser ineficaz. La locura, cuando es producida por una lesion orgánica, suele ser incurable.

—¿De modo que no tiene esperanza don Rafael?

—Don Rafael es un buen médico: jamás le abandona la fé, y mucho menos en esta ocasion en que Andrea se coloca á su lado para representar el honroso papel de aliada en la árdua empresa que se propone.

—Pero si la ciencia hiciera uno de esos milagros que se consignan en los libros de medicina, si Andrea con su abnegacion contribuyera al completo restablecimiento de Felipe, entonces...

Sofía no se atrevió á concluir la frase; pero tanto don Fernando como Lorenzo comprendieron adónde iban dirigidas sus preguntas.

—Si Felipe se restablece, dijo Lorenzo, volverá á su pueblo, en donde no sé si ha de ser mas feliz que ahora. Por otra parte, don Rafael asegura que Andrea está enferma del pecho; de modo que ya ven ustedes que para los tres individuos que reune la desgracia, el porvenir no es muy risueño.

—Efectivamente, murmuró en voz baja Sofía.

Aquí don Fernando estendió la mano para coger un libro, mientras su hija y Lorenzo comenzaron una conversacion de poca importancia, pero en voz baja; y como nada puede convenirnos lo que los dos jóvenes hablaron para la buena marcha de la presente novela, nos iremos en busca de otros personajes.

CAPITULO VIII.

DURANTE EL ENTREACTO.

El telon acababa de bajar.

Los aplausos, los bravos, resonaron con estruendo, y el público pedia con los desaforados gritos del entusiasmo la presencia en el palco escénico de los cantantes.

El acto primero de *Norma* habia producido eso que se llama en el lenguaje peculiar de los bastidores *furor*.

Los artistas salieron tres veces á la escena: una lluvia de flores, de coronas, de ramilletes, cubrió el tablado del teatro de la Cruz, testigo de tantos y tantos triunfos escénicos.

En uno de los palcos se encontraba Arturo de Villafort, el baron de Soany y Amadeo.

Frente por frente de este palco ocupaba otro una jóven elegantemente vestida, y tan hermosa como puede crearla el sueño de un pintor de genio.

Era Felicidad que de dia en dia aumentaba su belleza.

En el fondo del palco de la elegante é ingeniosa doncella de la marquesa de Fontan, se hallaba una mujer de edad, especie de ama de llaves que acompañaba á todas partes á Felicidad.

La cortina de terciopelo color de corinto que cubria la puerta del palco se alzó para dar paso á Narciso de Rioalto.

—La supongo á usted entusiasmada, dijo ocupando una silla á su lado, con los prodigios maravillosos de garganta de la *prima donna.*

—Tiene una voz admirable.

—El público filarmónico de Madrid conservará un buen recuerdo de esta noche. Los ruiseñores enmudecerian avergonzados si oyeran cantar á la Blasy. Verdaderamente es un fenómeno.

—Está usted encantado, Narciso, repuso Felicidad, y si yo tuviera otro carácter, casi me creeria con el derecho de pedir á usted celos.

—Eso me encantaria mucho mas que la *prima donna.* Inspirar celos á la mujer que se ama, es una de las garantías mas sólidas del amor que se codicia, y usted, por desgracia, es bastante indiferente para conmigo.

—Recuerde usted que he impuesto una condicion, y estoy esperando el resultado.

—En ese caso, ya puedo contar seguro el triunfo.

—¡Ah! luego Andrea... .

—Andrea ha roto los lazos que la unian al vizconde de Villafort.

—¿Y ha estrechado otros lazos nuevos con Narciso de Rioalto?

—Poco á poco.

—¿Cómo?

—Esto necesita una esplicacion.

—Que viene usted á darme, ¿no es eso?

—Precisamente.

—¡Oh! ahora soy yo la que digo que le escucho á usted con mas interés que á la Blasy.

—Por eso me he tomado la libertad de entrar en su palco.

—¡La libertad!... ¿No pasamos á los ojos de todos por dos amantes felices?

—Felicidad que me enorgullece y me desespera á la vez.

—Conque decia usted que Andrea... repuso Felicidad con marcado interés.

—No es ya la querida de Arturo.

—¿Quién ha sido? ¿quién ha desbancado al elegante vizconde?

—Los escrúpulos de conciencia de su víctima, ó mas bien eso que llaman los timoratos, remordimientos. Si hubiera conventos, Andrea hubiera profesado en alguno de ellos.

—¡Oh! eso es una novela.

—¡Quién sabe si algun dia con la historia de Andrea escribirá un autor algun libro que haga derramar lágrimas!

—En ese caso no seré yo la que le compre; prefiero el género cómico: es mas agradable reir que llorar.

—¿Quién lo duda? Pero usted reconocerá conmigo que el sentimiento es una belleza cuando se trasmite dulcemente á los lectores.

—Sí, sí, tendrá usted mucha razon; pero hablemos de Andrea.

—No deseo otra cosa: voy, pues, á dar comienzo con la presente carta.

Y Narciso sacó un billete de un pequeño tarjetero y se lo entregó á Felicidad.

Cuando una mujer hermosa y elegante ocupa un palco de un teatro concurrido, nunca falta algun gemelo asestado sobre ella que observe el menor de sus movimientos, la mas inocente de sus sonrisas.

Todo lo que brilla deslumbra: de este deslumbramiento suele brotar algunas veces la envidia, pero casi siempre la atraccion.

Tal vez por esto las mujeres hermosas permanecen con cierto estudio en los sitios públicos; estudio á quien se le da el nombre de coquetería y que realza en algunas personas un cincuenta por ciento el valor real que poseen.

Felicidad era codiciada por muchos hombres y murmurada por muchas mujeres: se la tenia por una intrusa, sin mas patrimonio que su lindo palmito y su desvergüenza; desvergüenza tanto mas temible pues se hallaba parapetada tras de los millones de Narciso de Rioalto.

Esto no era cierto: nuestros lectores lo saben muy bien.

Sin embargo, la murmuracion, esa hermana hipócrita de la calumnia, se ocupa siempre en adulterarlo todo.

Felicidad, interesada vivamente en lo que acababa de decirle Narciso, cogió el billete, y olvidándose de que se hallaba en el teatro, comenzó á leerle.

Esto se comentó en algunos palcos y en las butacas.

Hé aquí lo que decia la carta:

«Señor don Narciso de Rioalto. Muy señor mio: Si las lá-

grimas que asoman á los ojos de una mujer desgraciada son una prueba de agradecimiento hácia aquellos séres que se interesan por su infortunio, yo he derramado muchas al leer la carta que usted tuvo á bien dirigirme.

»En el estado en que se encuentra mi espíritu no puede caber en mí el fingimiento, ni mi razon disfruta de esas dulces horas de tranquilidad en que la mujer, inspirada por esa ligera chispa de la coquetería, deja correr por su pluma frases que no siente y que muchas veces turban el juicio de los hombres.

»Yo sé lo que ha hecho usted por mi padre; yo guardaré eternamente en el fondo de mi corazon la gratitud que merece su conducta.

»Si me fuera dado amar, si tuviera la certidumbre de que mi alma pudiera dar cabida al amor de un hombre, yo amaria á usted; pero es imposible.

»Mañana mismo quedarán rotas las relaciones que me unian al vizconde de Villafort. Burlado por ese hombre mi corazon, muertas mis esperanzas por ese asesino de mi felicidad, quiero terminar los pocos dias que me quedan de existencia fijos los ojos en el cielo y la esperanza en Dios.

»Usted es jóven, Narciso, joven y rico, y puede hacer mucho bien sobre la tierra: no han de faltarle, pues, mujeres que llenen todas las aspiraciones de su noble corazon; yo lo deseo: yo rogaré al Señor para que así suceda.

»Si despues de lo que llevo dicho pueden aún mis súplicas interesar su alma, yo le ruego que no aparte nunca su proteccion del pobre y desgraciado anciano á quien yo, por un momento de locura, hice el mas infeliz de los hombres.

»No crea usted que es una escusa imaginada la que envuelve estas líneas: si algun dia recibe usted noticias mias, sabrá con mas exactitud que ahora cuál es la penosa tarea que me he impuesto para borrar en parte algo de mis culpas.

»Vuelvo á repetirlo al concluir esta carta: entre el vizconde de Villafort y Andrea todo ha concluido. Así pudiese yo borrar de mi memoria los acusadores recuerdos del pasado.—*Andrea.*»

—Pero, bien, esta carta... preguntó Felicidad apenas hubo terminado la lectura.

—La he recibido esta tarde en contestacion á una que yo le escribí. Andrea no será mia, como acaba usted de leer, pero tampoco del vizconde de Villafort; de lo cual se deduce que el obstáculo que usted me encargó que venciera queda destruido.

Felicidad permaneció un momento pensativa.

—Supongo, amiga, repuso Narciso, que ahora no rechazará usted mi amor.

Y bajando la voz, continuó:

—La señora marquesa de Fontan puede estar tranquila: la rival que turbaba su sueño, no debe inspirarle ningun recelo.

—Está usted hablando como un muchacho novel en aventuras galantes, dijo Felicidad sonriéndose maliciosamente. Andrea y el vizconde de Villafort pueden haber reñido por uno de esos caprichos que establecen cierta tirantez entre dos individuos que se aman; pero esto no será nunca un rompimiento definitivo, y bien puede decirse sin temor de equivocarse que nuestra cuestion se encuentra en el mismo estado.

—¿De modo, que usted cree que no puede darse fé á esta carta?

—Ninguna.

—Eso es decir mucho.

—Soy muy poco confiada en cuestiones de amor.

—Sí, sí, lo comprendo perfectamente, y eso me pone en el caso de hablar con toda la franqueza que me caracteriza. Hace algunos meses que no soy otra cosa que el juguete de usted, Felicidad.

—¡Narciso!

—Por Dios, amiga mia, no vaya usted á incomodarse: tengo otras cosas mas graves que decir á usted.

Narciso se levantó.

—¿Se marcha usted?

—Sí, va á comenzar el segundo acto, y no quiero turbar el natural placer que le causará su representacion. Pero voy á atreverme á pedir á usted un favor, y es que me convide mañana á almorzar, donde terminaremos la narracion comenzada esta noche.

—Bien: espero á usted á las doce.

—No faltaré.

Y Narciso, estrechando cordialmente la mano de Felicidad, salió del palco.

CAPITULO IX.

UNA ALIANZA POR FUERZA.

Despues de un espectáculo lleno de luz, de armonía y de encanto, el autor, voluble mariposa que vaga errante en busca de detalles y escenas para embellecer su libro, se toma la libertad de trasladar á sus lectores á uno de los oscuros é insalubles calabozos de la cárcel del Saladero.

Tendido en el húmedo pavimento, sin mas abrigo ni mas lecho que una capa, sin mas luz que la que penetraba por una angosta ventana practicada casi en el techo, se encontraba nuestro antiguo conocido Jacobo el ginebrino.

La policía le habia cazado como á una liebre que se ojea y le habia arrojado en un calabozo, diciéndole con el lenguaje frio de la indiferencia:

—Espera, que tarde ó temprano te se comunicará por qué te encierran en este miserable lugar.

Jacobo esperó una noche, larga, interminable, sin fin.

Llegó el dia, y un destello de su luz penetró tristemente por la ventana del calabozo.

El carcelero se presentó con un jarro de agua y un pan.

El desayuno no era por cierto de los mas agradables; pero el preso se hallaba incomunicado por órden superior, y en estos casos las consideraciones desaparecen y es preciso resignarse con paciencia.

Jacobo pidió que se le trasladara á uno de esos aposentos que disfrutan los encarcelados mediante una retribucion. Pidió asímismo que se le dejara escribir una carta á su casa, que era por entonces la del baron de Soany.

Su peticion fué desatendida.

Era preciso, pues, esperar resignado el momento que se le dijera por qué habia sido conducido á aquel sitio.

Para los carceleros y el alcaide, Jacobo el ginebrino era un reo político, uno de esos hombres terribles sobre los cuales se recomienda una vigilancia incesante.

Jacobo sospechaba de dónde partia el golpe que le habia sepultado en aquel calabozo.

—El enemigo temible que es indudablemente causa de esta desgracia, se dijo con la frialdad del filósofo, no puede ser otro que el marqués de Fontan. De mi encarcelamiento pueden resultar dos cosas: que se me conduzca á Manila, ó que se me hagan proposiciones; es preciso pensar qué me conviene hacer en cualquiera de estas dos circunstancias. El marqués sabe que yo soy un hombre dispuesto á todo; me hablará con entera franqueza: nada temo por mi vida.

Y Jacobo, envolviéndose en su capa, esperó al marqués de Fontan.

Cuarenta horas trascurrieron sin que esto sucediera.

Por fin llegó una noche, y á una hora en que no estaba acostumbrado á que interrumpieran su sueño, oyó el áspero chirrido de los cerrojos, y un hombre envuelto en una capa y con un pequeño farol en la mano penetró en el calabozo.

Una mano oculta, que no pudo ver el ginebrino, cerró la puerta por la parte de fuera.

El de la capa se desembozó, y dejando el farol en el suelo, dijo friamente:

—Buenas noches, Jacobo.

—¡Ah! muy buenas las tenga usted, señor marqués.

Y el fingido médico se incorporó, saludando al mismo tiempo al marqués de Fontan.

—¿Supongo que no te será muy agradable la habitacion que te he deparado? dijo Fontan con desdeñosa entonacion.

—¡Diablo! ni mucho ni poco. Yo soy amigo de la sociedad, del trato de gentes, y aquí únicamente suelen hacerme un rato de tertulia los ratones; pero soy hombre resignado, porque el bien y el mal no suelen ser infinitos para el pobre.

—El que piensa de ese modo lleva una gran ventaja para soportar el infortunio.

—Otro en mi lugar se hubiera desesperado, hubiera puesto el grito en el cielo, como vulgarmente se dice. Yo, por el contrario, estoy tranquilo como la inocencia; el sol de la justicia brillará tarde ó temprano sobre mí.

—Eres un hombre divertido.

—Señor marqués, la vida vale muy poco, y no debe nunca tomarse por lo serio; pero supongo que tendrá usted algo que proponerme.

—¿Quién lo duda? á no ser así, no hubiera venido á verte.

—Por eso mismo...

—Voy, pues, á hablarte con toda franqueza.

—Lo deseo vivamente.

—Te complaceré. Escucha: creo que será inútil que te repita que tengo algunos hombres de la policía á mis órdenes, para los cuales no pasa desapercibido todo aquello que me conviene saber. Pues bien, amigo Jacobo, hace algun tiempo la necesidad me condujo á las puertas de tu casa, me prestaste un servicio que yo recompensé generosamente, imponiéndote al mismo tiempo la condicion de que abandonaras á España. Tú me lo ofreciste, y sin embargo, no solo faltaste al ofrecimiento, sino que buscando con incansable tenacidad la causa del asunto que me habia conducido á tu casa, llegaste á descubrir mi secreto.

—Señor marqués, la curiosidad es muchas veces un enemigo oculto que domina al individuo, dijo humildemente el ginebrino.

—Sí, sobre todo cuando la curiosidad puede proporcionarnos algunos puñados de oro y en nuestro pecho sentimos el devorador fuego de la avaricia. Pero volvamos á nuestro asunto. Tú no solamente descubriste mi secreto, sino que pensando esplotarlo te uniste con el baron de Soany, mi irreconciliable enemigo. De esta union, que reforzó el vizconde de Villafort, han resultado maquinaciones que me han sido descubiertas; pero afortunadamente me sobran elementos para destruirlas, y tú, querido Jacobo, vas á ser la primera víctima.

Jacobo dirigió una mirada tranquila al marqués, como para manifestarle que aquella amenaza le inquietaba poco.

—Estoy absorto, señor marqués, dijo, y en vano busco en mi imaginacion la causa de la horrible desgracia que me amenaza.

El marqués de Fontan, como si no quisiera dar oidos á las últimas palabras del prisionero, continuó de este modo:

—Tú te has hecho fuerte en casa del baron de Soany con esa especie de caja de Pandora que posees, caja que perteneció en otro tiempo al ilustre doctor cuyo nombre llevas abusando de la credulidad de las gentes. Yo comprendo tu aficion á los viajes: así, pues, estoy resuelto á hacerte viajar.

—¿Y no habria un medio de que yo me quedara en Madrid? El señor marqués sabe que yo soy capaz de servirle.

—Los hombres como tú no inspiran nunca bastante confianza.

—Veo por desgracia que el señor marqués es de aquellos que creen en los refranes. Hay uno bastante popularizado que dice: *El que hizo un cesto hace ciento*, y el señor marqués, creyéndome de lleno en medio del refran, duda de mí. Pero supongamos que yo soy uno de esos séres egoistas que viendo el peligro delante dan el grito de *¡Sálvese el que pueda!* Yo deseo salvarme, y tal me encuentro que estoy dispuesto á aceptar todas las condiciones que se me impongan.

—¿Todas? repitió el marqués marcando la palabra.

—Todas. La caja de Pandora, como usted dice, permanece aún cerrada. Mi mano la abrirá si el señor marqués de Fontan lo desea.

—Veo que eres tan perverso como egoista.

—Yo solo soy un hombre que obra segun las circunstancias. El viaje á Filipinas que el señor marqués ha tenido el honor

de insinuarme, me disgusta bastante si he de hacerle á espensas del gobierno.

—Está bien: veamos si te convienen las condiciones que voy á imponerte.

—Escucho al marqués con el mayor respeto.

Y Jacobo se inclinó humildemente como el esclavo ante su señor.

—Vas á responderme, volvió á decir Fontan, la verdad de todo cuanto voy á preguntarte.

—Así lo haré.

—¿Es cierto que el baron de Soany te ha pedido uno de esos venenos que atacan directamente al cerebro, y que este veneno estaba dedicado á mi persona?

—Ciertísimo, señor marqués; pero es cierto tambien que, como he dicho poco antes, mi caja permanece cerrada.

—Sin embargo, tú te hallabas dispuesto á darle.

—No pretendo ocultarlo; pero faltaba un requisito, lo cual ha suspendido por algun tiempo la entrega del citado narcótico.

—Esplícate con claridad.

—El señor baron de Soany, volvió á decir Jacobo, tenia que entregarme una cantidad bastante respetable de dinero; segun parece, el citado baron no está muy sobrado de fondos, y como su amigo el vizconde de Villafort, confiando en la habilidad de su brazo y en el valor de su corazon, pensaba librarse del señor marqués de Fontan de otro modo mas sencillo y mas natural...

—Provocando un desafío conmigo, ¿no es verdad? preguntó el marqués interrumpiéndole.

—Veo que el señor marqués está bastante enterado de todo.

—Ya te he dicho que tengo buena policía.

—No seré yo el que lo ponga en duda.

—Continúa.

—Voy á hacerlo. El baron optaba por el veneno, el vizconde por el escándalo que diera por resultado el desafío; yo, auxiliar pacífico de entrambos, esperaba sus órdenes, ó por mejor decir, su dinero para hacerme cómplice de su crímen. España promete muy poco: es una tierra donde circulan muchos ochavos, mucha calderilla. América, ese país del oro, de las grandes fortunas, y adonde indudablemente llegarán los pomposos anuncios de mi fama, era el continente que allá en mis sueños de ambicion imaginaba esplotar. Soy pobre, señor marqués; deseo adquirirme una fortuna para acabar tranquilamente mis dias en el oculto y retirado lugarejo que me vió nacer. Estoy hablando al señor marqués con el corazon en la mano; pedir mayor franqueza seria un absurdo.

—Continúa, pero dejando aparte los rodeos.

—Es que deseo vindicarme á los ojos de usted.

—¡Eh! ¿Qué me importa á mí que te vindiques? Lo que yo quiero saber es si puedes ó no serme útil.

—Creo, sin que se me tache de inmodesto, que puedo en esta ocasion servir al señor marqués.

—Terminemos. Ese mismo veneno que el fingido baron de Soany queria suministrarme ¿qué precio tiene vertido por tí en la copa que yo te indique?

—Si me encontrase libre y me hiciera semejante proposicion un desconocido, mis exigencias serian muchas; pero en la situacion en que me encuentro lo dejo todo á voluntad del

señor marqués; haré cuanto me mande. La humedad de este calabozo penetra hasta mis huesos.

El marqués permaneció un momento indeciso, como si dudase de las promesas de Jacobo, y este, comprendiendo en el semblante de su interlocutor la desconfianza que le inspiraba, volvió á hablarle de esta manera:

—Veo con disgusto que el señor marqués no da gran crédito á mis promesas.

—Tengo motivos para dudar.

—No lo niego; pero los hombres se corrigen, y yo estoy dispuesto á dar á usted en el momento cuantas garantías me exija.

—Tú no ignoras que yo puedo hacerte desaparecer.

—En cuanto á eso no me cabe duda; soy un pigmeo al lado del señor marqués.

—Procura economizar las adulaciones con cierto carácter de burla.

—Líbreme Dios de burlarme de aquel que tiene en sus manos mi vida: espero las condiciones para aceptarlas.

—Solo á un precio se abrirán para tí las puertas de este calabozo, dejándote en libertad y recompensándote en su dia segun los servicios que me prestes.

—¿Qué debo hacer?

—Convertirte en un instrumento mio, obedecer ciegamente todas mis órdenes y matar si yo te mando que mates.

—Acepto, contestó resueltamente Jacobo; pero necesito saber qué galardon recibiré por esa esclavitud de mi conciencia y de mi voluntad.

—Vengo á imponer condiciones, no á recibirlas: cuando mi

obra se termine, ya te lo he dicho, recibirás la recompensa que merezcas.

Jacobo permaneció á su vez algunos momentos pensativo, y por último, levantando la frente, dijo con la resolucion del que se halla dispuesto á aceptarlo todo:

—El señor marqués puede disponer de mí; no tengo desde este momento mas voluntad que la suya.

—Esta noche se abrirán las puertas de tu calabozo: serás libre.

—Lo deseo vivamente.

—Poco á poco: si el baron de Soany sabe que yo te he puesto en libertad, comenzará con justicia á dudar de tí, y entonces de poco ó nada podrias servirme. Yo necesito que vivas con él, que te crea su leal servidor, que te comunique hasta el último de sus pensamientos; para esto será preciso que se finja una fuga y que permanezcas por algun tiempo como el hombre que ha burlado la vigilancia de las autoridades, es decir, saliendo de casa solamente de noche y tomando para ello todas las precauciones convenientes.

—Veo que el señor marqués es un hombre precavido.

—Dos agentes de policía vendrán con la órden de trasladarte al Gobierno civil para prestar una declaracion: estos agentes te presentarán ocasion para que puedas fugarte; mañana, un periódico dará al público esta noticia, y yo procuraré que se olvide tu nombre y tu fuga y que nadie vuelva á molestarte. Todas las noches vendrás á mi casa á darme exacta cuenta de todo cuanto maquinen el baron de Soany y el vizconde de Villafort, recibiendo al mismo tiempo las órdenes que yo tenga á bien comunicarte.

—Haré al pié de la letra todo cuanto el señor marqués acaba de decirme.

—Para terminar nuestro convenio, solo falta que escribas lo que voy á dictarte.

Y el marqués sacó de uno de los bolsillos de su gaban un pequeño tintero de presion herméticamente cerrado y un pliego de papel.

—Escribe, dijo entregándole la pluma y levantando el farol para alumbrarle.

Jacobo se dispuso á obedecer, colocó sobre la rodilla el pliego de papel, y se quedó mirando al marqués como el que espera que le dicten.

«Declaro sin violencia ninguna que el señor marqués de Fontan ha sido para conmigo el hombre mas generoso del mundo, pues sabedor del crímen que cometí en la persona de mi amo Jacobo Schuff, cuyo nombre llevo desde su muerte, y siendo además cómplice en un conato de envenenamiento que el baron de Soany proyectaba contra dicho señor marqués de Fontan, este ha sido tan bueno que ha perdonado mis crímenes con la condicion de que abandonara á España.

»Por si falto á la promesa que le dí de obedecerle, hago esta declaracion que el señor marqués podrá presentar á los tribunales y hacerme sufrir la pena que merezco.»

Esto dictó el marqués á Jacobo, el cual lo firmó dejando la fecha en blanco.

El ginebrino pensaba mientras escribia la carta, que siendo impotente para luchar contra el valimiento de aquel hombre, era inútil negarle nada.

El marqués guardó la carta, y dijo:

LA PERDICION DE LA MUJER.

—Dentro de dos horas vendrán á buscarte los dos agentes de policía. Al llegar á la Puerta del Sol podrás fugarte; mañana á las once de la noche te espero en mi casa para que me des cuenta, segun hemos convenido. Mi portero, avisado de antemano, te conducirá hasta mi habitacion dándole este santo y seña: *Justicia y lealtad.* Piensa, pues, que te conviene servirme si aprecias en algo tu vida.

Y diciendo esto, el marqués dió unos golpecitos en la puerta, que inmediatamente quedó abierta, dejando á Jacobo el ginebrino solo en su calabozo.

—Despues de todo, se dijo el fingido médico hablando consigo mismo, creo que el negocio no es del todo malo. Entre el marqués de Fontan y el baron de Soany, opto por el primero; tiene dos condiciones que me seducen y me convencen: el poder y la fortuna. Y en fin, es mas digno servir á un marido burlado que á una mujer adúltera. La moralidad sobre todo.

Dos horas despues se presentaron los agentes de la policía que debian conducirle al Gobierno civil.

Jacobo encontró la ocasion como le habia dicho el marqués.

Se fugó sin que los agentes de la autoridad se ocuparan en perseguirle.

CAPITULO X.

ILUSIONES DE UN CANTANTE JÓVEN Y DE UN MÚSICO VIEJO.

Narciso de Rioalto, que desde la muerte de su padre habia desplegado un lujo asombroso, ocupaba toda una casa de la calle de Alcalá, propiedad suya.

Tenia las habitaciones en el principal, habia cedido el segundo á su administrador, y el tercero le ocupaban don Máximo, don Leandro y Julio.

Es preciso haber sufrido los rigores de la miseria para saborear las dulzuras de la opulencia.

Narciso habia sido, por decirlo así, la Providencia de aquellos tres séres que con tan dulces y estrechos lazos habia unido la necesidad; especie de parentesco muchas veces mas fuerte que el de la sangre.

Desde una buhardilla se habian visto trasladados á un semipalacio.

Tenian una habitacion de príncipe, con ricas colgaduras, magníficas alfombras, elegantes muebles y cómodas camas.

Este bienestar inesperado, esta fortuna imprevista, encontrada segun ellos por la poderosa influencia de una armonía, les tenia absortos.

Don Leandro sin embargo no podia borrar de su memoria el recuerdo de su hija, porque un padre no olvida nunca las ingratitudes de esos séres que tanto le cuestan y á quienes ha dado la existencia.

No obstante, Julio era un lenitivo para sus penas.

Entremos en el comedor, donde se encuentran reunidos los tres séres que nos ocupan.

Oigamos su conversacion, pues ella va á decirnos lo que piensan.

—Yo no puedo acabarme de convencer que todo cuanto nos sucede es una realidad, dijo don Leandro saboreando una taza de té.

—Pues, hijo mio, dudarlo es ofender á la misericordia infinita, repuso don Máximo.

—¡Dudar de lo que vemos, de lo que tocamos, padre mio! dijo á su vez Julio con su dulce y armoniosa voz.

—Sí, sí, hijo mio, tienes razon, volvió á decir don Leandro; el señor don Narciso ha sido para nosotros verdaderamente un ángel que se presentó en medio de nuestra miseria para protegernos, para salvarnos. Si nuestra existencia fuese tan larga como la de esos venerables patriarcas de Israel, bendiciéndole minuto por minuto, hora por hora, dia por dia, no le pagaríamos la deuda de gratitud á que se ha hecho acreedor.

—Dios le bendiga, murmuró don Máximo. ¡Oh! cuando re-

cuerdo aquellas noches sin pan y sin luz, aquellas terribles horas en que mi cuerpo cansado de una vida larga y penosa sentia el terrible frio de la miseria, frio que preside á la muerte, frio que anuncia la eternidad; cuando recuerdo aquellas horas en que mi pobre Julio arrodillado junto al miserable lecho cogia mis manos entre las suyas, y pálido por el hambre fijaba en mí sus llorosos ojos implorando el auxilio de la Providencia, no puedo menos de bendecir á Dios hoy que mis ojos cansados por el peso de los años contemplan estas habitaciones abrigadas, ven á mi pobre niño alegre y risueño caminar con la frente serena en busca de un porvenir que engrandezca su nombre; porque yo no dudo que partiremos á Italia y que Julio en el Conservatorio de Milan llegará á ser un gran artista.

—¡Un gran artista! repitió el niño con un entusiasmo impropio de su corta edad: ¡un gran artista! Yo no me esplico por qué esas palabras resuenan en mi corazon tan dulcemente.

—Porque hay dentro de tí, hijo mio, algo de ese fuego divino que Dios concede á los grandes hombres.

—Pero ¿sabes, querido Leandro, que nuestro viaje va ser muy costoso á don Narciso?

—¡Ya lo creo! pero está firmemente resuelto á llevarle á cabo.

—¡Bah! el señorito Narciso es muy rico, repuso Julio. Además, cuando yo lo sea se lo pagaremos todo de una vez.

—¿Segun parece, tú tienes sueños y aspiraciones de gran señor? preguntó don Máximo.

—¿Y por qué no? Don Leandro me ha dicho que un cantante de primer órden llega á tener en los teatros un sueldo fa-

buloso, y cuando yo lo tenga podremos corresponder á don Narciso como se merece.

—Pero si ese dia no llega...

—¿Por qué no ha de llegar? Todos dicen que tengo muy buena voz, que prometo, ¿no es verdad, don Leandro?

—¿Quién lo duda, hijo mio? Y si además de la voz se recompensara la belleza del corazon, tu fortuna seria inmensa.

En este momento un criado entró á anunciar á don Leandro que el señorito don Narciso deseaba hablarle.

El músico dejó á sus amigos y bajó á la habitacion de Rioalto.

—Amigo mio, le dijo Narciso: yo he ofrecido á ustedes ser el protector de Julio, y dispuesto me hallo á cumplir mi promesa. ¿Qué dia quieren ustedes partir para Italia?

—¿Tenemos nosotros por ventura voluntad propia? dijo don Leandro conmovido ante la generosidad de aquel jóven: partiremos cuando usted lo disponga.

—Esta mañana he dejado consignada una suma en casa de un banquero, el cual ha remitido órden á un comerciante de Milan, y este entregará á ustedes todos los meses mil quinientos reales. La pension continuará hasta el dia en que ustedes me indiquen que Julio es un muchacho de provecho y que ya no necesita de mi proteccion. Además entregaré á ustedes unas cartas para el cónsul español, recomendando eficazmente al jóven cantante, el cual entrará en el Conservatorio.

—Pero lo que usted hace por nosotros no tiene ejemplo... Además, estamos acostumbrados á vivir con modestia, y creo que con una pension de treinta duros al mes seria suficiente...

—Para morirse de hambre en país estranjero. Créame us-

ted, don Leandro, esos mil quinientos reales no han de arruinarme; ya he dicho á usted que soy un hombre rico y solo en este mundo, y tengo necesidad de hacer alguna obra buena en cambio de las muchas malas que habré hecho, aunque involuntariamente; no hablemos, pues, de este asunto: queda convenido en que ustedes partirán dentro de algunos dias. Mi administrador tiene ya la órden oportuna para que arregle á ustedes un equipaje conveniente á su clase. El mundo se paga mucho del esterior, y puesto á hacer una cosa me gusta hacerla bien. Ahora hablemos de otra cosa, y con la franqueza de dos buenos amigos; respóndame, pues, á las preguntas que voy á dirigirle: ¿qué opina usted de mi proceder? ¿qué ha pensado usted al meditar mi comportamiento con ustedes?

Don Leandro, cuyo sensible corazon se sentia conmovido ante la generosidad de aquel jóven, don Leandro, incapaz del fingimiento, no pudo en aquel instante ocultar las sospechas que le habia inspirado Narciso, y despues de llevarse una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, dijo con ese lenguaje de la verdad:

—Sí, debo hablar con la mayor franqueza; seria en mí una ingratitud ocultar á usted el mas pequeño de mis pensamientos.

—Eso es lo que deseo.

—Cuando por la primera vez se acercó usted á nosotros, cuando vino á ofrecernos una proteccion tan lata como inesperada, una sospecha asaltó mi mente, un nuevo temor sobrecogió mi corazon; pero este temor era muy justo, esta sospecha muy fundada. Soy padre: usted sabe la desgracia que me aflige, usted no ignora la perfidia, la ingratitud de una hija á

quien amaba con toda mi alma, por quien hubiera sacrificado mi vida sin murmurar, sin estremecerme.

Don Leandro hizo una pequeña suspension para tomar aliento, y repuso de este modo:

—Andrea habia abandonado á su padre por seguir á su infame seductor. Cuando la mujer coloca el pié en la pendiente que conduce á la perdicion, no le es dado retroceder; cuando una jóven se prostituye halagada por las promesas de un hombre ó seducida por las vanidades del mundo, acontece por lo general que cuando este hombre se hastía, se cansa y la demuestra su indiferencia ó la rechaza por fin, la mujer, como un mueble que se alquila, como un objeto de lujo que se compra, pasa de los brazos de un seductor á otro seductor, perdidas las ilusiones, seco el corazon, negro el horizonte que se presenta ante sus ojos. Pues bien, yo creí que mi hija, abandonada por el vizconde de Villafort, iba á ser la querida de Narciso de Rioalto, y que una de las condiciones de esta union infame habria sido el que tendiera una mano protectora al pobre viejo abandonado.

—Perfectamente: ¿y sigue usted creyendo lo mismo?

—He procurado borrar de mi imaginacion esa idea, que ofendia en parte á un hombre tan generoso como usted.

—Pues bien, quiero que desaparezca por completo esa sospecha antes de que usted abandone á España, pero quiero asímismo que lleve al estranjero un buen concepto de Andrea.

—¡Imposible! Andrea no existe para mí.

—Andrea es una jóven desgraciada. El vizconde de Villafort, miserable seductor, hombre sin conciencia, ha roto con ella los lazos que la unian.

—Repito que me es completamente indiferente.

—¿Y si yo dijera á usted que Andrea en estos momentos está representando el papel de una mártir? ¿Y si yo dijera á usted que esa jóven llena de juventud y de hermosura, retirándose del mundo se propone dedicar los dias de su existencia en favor de un hombre que en otro tiempo la amó con todo su corazon?

—¿Va usted á hablarme de Felipe?

—Sí.

—Lo sé todo, caballero.

—Entonces...

—El arrepentimiento ha comenzado. Para que yo perdone es preciso que termine.

—¿Usted duda?

—Nada espero de la inconstancia de Andrea.

—¿Y partirá usted sin verla?

—Sí.

—Es imposible.

—¿Quién podria obligarme á ello?

—La gratitud.

—No comprendo...

—¿Y si yo se lo rogara á usted?

—Obedeceria, aunque con mucha repugnancia.

—Pues bien, don Leandro, compadezcámonos de los desgraciados: llevemos á la inquietud abrumadora de su corazon una gota de bálsamo. Andrea ama á usted mas que nunca; el recuerdo de su conducta le atormenta, la idea de una separacion que puede ser eterna sin que escuche de los labios de aquel á quien ha hecho tan desgraciado una palabra de perdon,

la espanta. Yo ruego á usted, pues, que la vea: un padre debe estar siempre dispuesto á perdonar.

Don Leandro guardó silencio.

Una lucha secreta atormentaba su corazon.

Su dignidad ofendida le decia: no la veas, huye de ella, desprecia sus lágrimas, desprecia sus súplicas.

Su amor entrañable le gritaba: corre á sus brazos, consuela su amargura.

Por otra parte, Narciso de Rioalto, á quien tanto debia, le aconsejaba una entrevista.

Por fin don Leandro cedió, ofreciendo que al dia siguiente iria á ver á su hija.

CAPITULO XI.

UN PLAZO DE VEINTICUATRO HORAS.

Narciso de Ricalto acababa de preparar el terreno, esperando conmover el corazon de Andrea.

—Si don Leandro ve á su hija, se habia dicho, siendo como es un hombre agradecido, no podrá menos de ponderar los servicios que le he prestado. Esto será un mérito á los ojos de Andrea, del que mañana tal vez pueda aprovecharme.

Como se ve, el jóven millonario no protegia sin cierta tendencia egoista al desgraciado músico.

Para ciertos hombres, la conquista de una mujer que se resiste es una cuestion de honra en la cual arriesgan muchas veces su fortuna y su vida.

Esto se ve todos los dias; no se necesitan muchas pruebas para que nos convenzamos de una verdad tan palmaria.

Terminada la escena que acabamos de narrar en el capítulo anterior, Narciso se hizo conducir á casa de Felicidad, en don-

de recordarán nuestros lectores que se habia convidado á almorzar.

El terreno, perfectamente preparado, ofrecia á Rioalto una victoria ó un escándalo: cualquiera de estas dos cosas le halagaba.

Felicidad esperaba á Narciso con esa impaciencia natural de la mujer que se halla indecisa, que lucha, sin atreverse á emprender un camino franco que le conduzca al logro de sus deseos.

Por un momento, viendo la tenacidad de Narciso, concibió la idea de ser su esposa, pero en el fondo de su corazon se albergaba la desconfianza.

Narciso fué conducido al elegante gabinete de Felicidad, la cual le recibió con una sonrisa cariñosa.

—¿Viene usted á almorzar conmigo?

—Acaban de dar las doce.

—Voy á dar la órden de que nos sirvan el almuerzo en esta habitacion.

—Puede usted decir al mismo tiempo que no nos interrumpan: tenemos que hablar.

—¿Y segun parece muy formalmente? preguntó con malicia Felicidad.

—De nuestra conversacion pueden surgir grandes cosas.

—¡Oh! si comienza usted á asustarme, perderé el apetito.

—Haria usted muy mal.

Felicidad tiró del llamador de la campanilla, y dijo á su doncella:

—Que nos sirvan el almuerzo en esta habitacion.

Y luego, volviéndose á Narciso, continuó:

—Puede usted comenzar cuando guste.

—Creo, salvo el parecer de usted, que debíamos dejarlo para cuando tomemos el té; porque, siguiendo un precepto que llama higiénico mi amigo el conde Polviany, no conviene nunca hablar de cosas que nos quiten el apetito antes de comer.

—Pero ¡Dios mio! ¿tan grave es lo que va usted á decirme?

—No tardará usted mucho en saberlo.

Sirvieron el almuerzo.

Siguiendo el consejo de Narciso, entre los dos interlocutores se entabló una conversacion indiferente, basada en el éxito que la representacion de la *Norma* habia tenido la noche anterior.

Cuando la doncella encargada de servir el almuerzo colocó las tazas de té sobre el mármol de la chimenea, Felicidad, sirviendo á Narciso ese precioso líquido de que tanto gustan los ingleses, dijo:

—Ha llegado la hora: puede usted comenzar cuando guste.

Narciso llevó á la boca pausadamente dos ó tres veces la taza, y despues de saborear el té, repuso de este modo:

—Creo, amiga mia, que durante el tiempo que nos tratamos habrá usted comprendido que yo soy un hombre muy firme en mis propósitos.

Felicidad hizo un movimiento con la cabeza, indicando que aprobaba la pregunta de Narciso.

Este volvió á decir:

—Creo que la primera vez que mis ojos se fijaron en usted hice á mis amigos un ofrecimiento, dictado por la necia vanidad de los hombres; es decir, les ofrecí que la querida del baron de Soany seria mia.

—Creo que fué usted entonces algo ligero.

—No lo dudo; pero hoy volveria á ofrecer lo mismo con la seguridad de la victoria.

—¿De veras? repuso Felicidad sonriéndose.

—Me acerqué á usted y le hice proposiciones que desestimó, pero sin matar del todo mis esperanzas. Despues trascurrieron algunos meses, durante los cuales yo no he sido otra cosa que el juguete de usted. Pero la paciencia, amiga mia, tiene un término y se acaba, y ese término ha llegado.

—¿Va usted á amenazarme?

—Voy á proponerle ó una alianza mas firme de la que nos une, ó un rompimiento definitivo. Hay situaciones que no se prolongan sin humillarnos; la que yo estoy pasando es una de ellas: deseo, pues, terminarla. Ignoro si usted me conoce lo suficiente para apreciar el valor de mis palabras: por eso le diré que yo soy uno de esos hombres dispuestos á todo.

—Pero bien, ¿qué quiere usted decirme con eso?

—Que necesito que se me cumpla todo cuanto se me ha ofrecido, puesto que Andrea y el vizconde de Villafort han roto las relaciones que les unian.

Felicidad, queriendo sin duda sondear el corazon de Narciso, le dirigió una mirada profunda y le dijo:

—¿Y si yo no amara á usted?

—El amor verdadero, ese amor que turba nuestra tranquilidad, que agita nuestro corazon, es para mí de poca importancia. A mí me basta con que finja usted que me ama; de lo contrario, muy en breve se sabrá en Madrid que el baron de Soany y la marquesa de Fontan son una misma persona.

—Esa revelacion puede costar á usted muy cara.

—¡Bah! me rio de las amenazas. Usted ha pretendido jugar conmigo: me ha hecho ofrecimientos que segun parece se halla muy lejos de cumplir; yo estoy en mi derecho, y promoveré el escándalo.

—Pero usted me propone mi deshonra.

—Yo propongo á usted que sea mia. En cuanto á la honra... perdone usted si soy duro, la que se propone jugar con un hombre alentando sus esperanzas, dando vida á sus deseos, la que pasa á los ojos de la sociedad por la querida del baron de Soany, bien puede serlo á la vez de Narciso de Rioalto.

—¡Caballero!

—¿Va usted á ofenderse conmigo?

—Voy á hacer á usted que respete á una mujer.

—Por Dios, señorita, no promueva usted un rompimiento que puede ser causa tal vez de muchas desgracias.

—Pero esto es una exigencia inaudita. ¿Con qué derecho me propone usted que yo sea su querida?

—Con el derecho que me conceden sus promesas.

—Yo las he hecho en un momento de impremeditacion.

—Poco me importa: antes que sufrir el escarnio, la befa de mis amigos, lo arrostraré todo. Usted se ha dicho: Narciso me ama; alentando su esperanza, haciéndole entrever la idea del triunfo, caerá á mis piés ofreciéndome su mano y su fortuna. ¿No es cierto, señorita, que esto es lo que usted pensaba?

—Me está usted ofendiendo, me está usted faltando al respeto que se debe á una mujer.

—Acabemos, Felicidad: ¿acepta usted mis ofrecimientos, ó admite usted el rompimiento?

Narciso acababa de quitarse la máscara, presentándose tal y como era á los ojos de Felicidad.

Esta comprendió que un hombre que le hablaba de aquel modo no podia sentir por ella una pasion verdadera.

Por un momento, aturdida y sin saber qué partido tomar, se llevó las manos al rostro, permaneciendo sin responder una palabra.

—¿Qué es lo que me indica ese silencio? preguntó Narciso.

—Que acaba usted de abrir una herida en mi corazon.

—¡Ah! ¿va usted á emprender otro camino? Será inútil: no soy de los hombres que se dejan engañar dos veces por una misma persona.

—Ruego á usted que pongamos fin á esta escena; me siento indispuesta.

—No será sin que sepa yo antes la resolucion que usted toma.

—Pues bien, ruego á usted que me espere hasta mañana; si usted aprecia su dignidad, que cree ofendida, justo es que aprecie yo mi honor.

—Pues bien, señora, si mañana antes de las dos de la tarde no me ha escrito usted concediéndome una cita que ponga fin á esta situacion ambígua y falsa que nos une, mañana mismo arrancaré la careta á una mujer adúltera, sin que me detengan las consideraciones, sin que me importen las bravatas de su amante.

Y Narciso, diciendo esto, saludó respetuosamente á Felicidad, saliendo de la habitacion.

En cuanto la jóven se quedó sola, se levantó precipitadamente y escribió con rapidez estas palabras en una tarjeta:

«Necesito ver á usted inmediatamente. Acabo de tener una conferencia con Narciso de Rioalto: urge mucho.»

Luego metió la tarjeta en un sobre, y puso:

«Al señor baron de Soany, calle del Baño.»

Y tirando del llamador de la campanilla, dijo:

—Que lleven inmediatamente esta carta adonde dicen las señas.

LIBRO UNDECIMO.

PRELUDIOS DE LA MUERTE.

CAPITULO PRIMERO.

LA CASA DE CAMPO.

Para escribir el presente libro quisiera poseer la pluma de Lamartine y la ciencia de Argumosa; pero careciendo de ambas, haré solo cuanto pueda para describir con toda la verdad, con todo el sentimiento de que son dignos esos tristísimos gemidos del alma que preludian la muerte, esas agonías lentas que comienzan en la desgracia y terminan á las puertas del sepulcro, esos dolores morales que producen un padecimiento físico, un mal incurable.

El honrado médico que ya te dí á conocer se habia propuesto resolver uno de esos problemas difíciles, una de esas inmensas dificultades ante las cuales la ciencia de Esculapio se confiesa impotente.

Don Rafael sabia que cuando un golpe contundente, una de esas heridas que trastornan el organismo del cráneo matan la

razon sin matar al individuo, la curacion es difícil, por no emplear la palabra imposible.

Sin embargo, la esperanza le habia hecho abandonar su pueblo con el objeto de hacer un esperimento con su querido Felipe.

Nuestros lectores saben muy bien los medios que empleó para que Andrea le ayudara en su empresa.

Esperaba, pues, como Arquímedes pronunciar esta célebre palabra: *¡Eureka!* aunque en honor de la verdad debemos decir que su esperanza no era de las mas sólidas.

Decíase muchas veces el bueno de don Rafael, que era tenaz en sus empeños como Aristóteles:

—¡Qué diantre! allá en el pueblo he dejado un médico jóven tan instruido como deseoso de adquirir popularidad: él se las avendrá con los catarros, las tercianas y las pulmonías, y creo que no he de hacerle mucha falta, porque, gracias á Dios, en Villarobledo la gente se cria sana y la salud no es escasa. Yo, mientras tanto, voy á encerrarme en mi casita de campo con mis dos enfermos, y en la soledad, en el retraimiento, á fuerza de machacar sobre el mismo asunto, no será una cosa del otro jueves que á mí se me ocurra en un minuto lo que no se me ha ocurrido en un año, es decir, ese instante de luz que puede dar la vida á un moribundo.

Cuando don Rafael pensaba de este modo solia frotarse las manos, manifestacion clara de que estaba contento de sí mismo; pero pronto la duda asaltaba su mente, y haciendo un movimiento de cabeza y un gesto de desaprobacion, volvia á repetirse:

—¡Eh! ¡qué diantre! me estoy haciendo ilusiones como si

acabara de revalidarme y fueran estos los primeros enfermos que cayeran en mis manos. Andrea tiene una tísis pulmonal para la que no se ha encontrado el remedio todavía, y en cuanto al pobre Felipe, no será estraño que el dia menos pensado tenga la muerte que yo he previsto.

Aquí tornaba don Rafael á perder las esperanzas, y el desaliento se apoderaba de su corazon.

Sin embargo, como tenia la virtud de la perseverancia siguió adelante en su empeño, y vamos á ver qué resultados tuvieron sus afanes.

. . . . . .

. . . . . .

A la conclusion del puente de Toledo, como un cuarto de legua de los arrabales, se hallaba una casita de campo á la derecha del camino que conduce á los Carabancheles.

Don Rafael la habia alquilado por tres meses, haciendo trasladar todos los muebles y utensilios que creyó necesarios para vivir modestamente con sus dos enfermos.

Una criada que habia cumplido los cuarenta años era la destinada á desempeñar con él los quehaceres de la casa.

Desde aquella noche en que el honrado médico de Villarobledo habia remitido las llaves al vizconde de Villafort, Andrea no se habia separado de su lado; pero durante este tiempo, que no recordamos si fueron tres dias, la jóven no habia visto á Felipe.

Don Rafael quiso que la presentacion de sus dos protegidos fuera en la casa de campo; así es que mandó primero á Andrea y á la criada, trasladándose algunas horas despues con Felipe.

Andrea habia trocado sus ricos trajes por una modesta bata de lana.

Tornaba por consiguiente á ser lo que habia sido, es decir, una muchacha modesta sin mas adornos que su hermosura; pero esta hermosura comenzaba á apagarse por el soplo mortífero de una terrible enfermedad.

Cuando don Rafael se presentó en la casa de campo con Felipe, Andrea, que estaba prevenida, corrió á abrir la pequeña verja, precipitándose en los brazos del loco.

Felipe se dejó abrazar, sin que se turbara en lo mas mínimo su insensibilidad, y volviéndose hácia el médico, preguntó con indiferencia:

—¿Qué quiere está jóven?

—¡Buena pregunta! dijo el médico esforzándose por reir: pues qué, ¿no la has conocido?

—¿Quién es?

—¡Toma! ¿quién es? Andrea, tu prometida, tu novia.

—¡Andrea! repitió el loco maquinalmente: ¡Andrea! ¡yo he oido ese nombre! ¿Adónde? ¿cuándo? ¡Ah!...

Y se llevó la mano á la cabeza como si sintiera un agudo dolor.

Felipe estaba flaco, descolorido: un año habia bastado para envejecer de un modo increible.

Sus ojos brillaban con ese fuego tenaz de la calentura: sus pupilas se agitaban vivamente sin fijarse en los objetos.

Andrea no pudo contener un gemido, y llevándose las manos al rostro, prorumpió en un amargo lloro.

Aquel jóven se le apareció á sus ojos como una víctima evocada del sepulcro que venia á reconvenirla.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Don Rafael, que no habia perdido ninguno de los síntomas que conmovian á la jóven y que al mismo tiempo veia el poco resultado de la primera entrevista, la dió por terminada, y cogiendo del brazo á Felipe le condujo á su habitacion.

Andrea se quedó sola en el jardin, y dejándose caer en un banco que se hallaba cerca de un abeto, se puso á reflexionar sobre la suerte que esperaba á su primer amante, al desgraciado Felipe.

El campo en invierno tiene con su esterilidad una melancolía infinita que se encarna, por decirlo así, en el corazon que sufre.

Aquellos árboles secos, aquel cielo cubierto de esas espesas nieblas que preludian la aproximacion de la nieve, oprimia el corazon de Andrea, pobre mártir resignada al sacrificio, víctima infeliz de la falaz promesa de un hombre sin corazon.

Aquella pequeña casa adonde la habia conducido la abnegacion de un médico á quien interesaban las desgracias de Felipe, iba á ser para ella el último calvario de su vida.

Pero ¿qué importaban los sufrimientos á una mujer avezada á ellos?

Largas horas permaneció en aquel sitio, hasta que al fin la distrajo de su abatimiento una voz amiga que resonaba dulcemente en su oido.

Era el doctor, que estrañando la tardanza de Andrea, habia salido en su busca.

—¿Qué haces aquí, hija mia? le dijo.

—¡Llorar! respondió lacónicamente Andrea.

—¡Llorar! Hé aquí una de las mas interminables ocupaciones del género humano. ¡Llorar! lágrimas de fuego que escal-

dan las mejillas, que precipitan la vida, que aproximan la vejez. Yo bien conozco, hija mia, que la entrevista que acabas de tener con Felipe ha desgarrado tu corazon; pero no debemos perder la esperanza: Dios nos ayudará, Dios nos señalará el camino que nos conduzca al fin que nos hemos propuesto.

—¡Ah, padre mio! esclamó la jóven arrojándose en los brazos de aquel anciano: permítame usted que le dé este nombre, porque tengo mucha necesidad de pronunciarlo, porque él me presta algun consuelo en mi eterna amargura; venia á esta casa con la esperanza de ser útil á un desgraciado, con el deseo de salvar á una de mis víctimas, pero Felipe no me ha reconocido, se ha mostrado insensible á mis palabras, ha mirado con indiferencia el dolor pintado en mi rostro; en sus ojos he visto brillar esa vaguedad de la demencia que enfria la sangre; en su semblante pálido y abatido he descubierto el dolor que destroza su corazon.

—Vamos, vamos, es preciso no afligirse; es indispensable tener resignacion, fortaleza de espíritu. De otro modo, no podremos combatir la desgracia de ese pobre chico; si te afliges se aumentarán tus penas; si das cabida en tu pecho á la duda, ¿qué va á ser de tí? ¿qué va á ser de él viéndote sufrir de esa manera? Acabará por rechazarte de su lado, y entonces, ¿qué utilidad vas á prestarnos?

Y don Rafael, mientras decia estas sentidas palabras con una entonacion que revelaba lo intranquilo de su espíritu, acariciaba cariñosamente los abundosos cabellos de la jóven que el dolor habia esparcido sobre sus espaldas y el viento frio de la mañana agitaba sobre sus hombros.

—Vamos á ver, volvió á decir el médico sentándose al lado

de la jóven: en otro tiempo, cuando Felipe disfrutaba de ese bien llamado razon, cuando iba á verte á tu casa, cuando bebia su vida en tus miradas y su felicidad en tu sonrisa y su alegría en tus promesas, cuando era dichoso á tu lado, ¿de qué hablábais? porque todos los amantes tienen un tema sobre el cual suele girar su amor: suelen repetirlo hasta la saciedad.

—Hablábamos generalmente de música: yo tocaba el piano, segun el voto de algunos, regularmente. Felipe me decia muchas veces en voz baja y conmovido:—¿Por qué no tocas aquella serenata de Beethowen que tanto me gusta?—Entonces yo me sentaba junto al piano y le complacia. Los latidos del corazon de Felipe eran tan fuertes, tan precipitados, que llegaban á mis oidos; en sus ojos, fijos siempre en mí, brillaba la felicidad de su alma, la alegría de su espíritu. ¡Oh! ¡cuántas y cuántas veces me ha hecho repetir esa misma melodía! Era nuestro canto favorito, nuestro suspiro de amor.

Y Andrea, cambiando repentinamente de entonacion y dejando asomar á sus ojos un fulgor siniestro, se apoderó de una de las manos del médico, y repuso con acento nervioso:

—¡No, no! yo le engañaba, yo le mentia. En Felipe era todo verdad, todo sentimiento, todo amor; en mí era un pasatiempo, un juego de la juventud, una mentira infame, puesto que al mismo tiempo que halagaba su esperanza, que le prometia ser suya, la imágen de otro hombre turbaba mis sueños, alteraba mi razon y me hacia ser perjura con mi prometido. Dios es justo, muy justo.

Y Andrea dejó caer su cabeza sobre el pecho de don Rafael, exhalando un profundo gemido.

El remordimiento agitaba su alma conmovida por las tem-

pestades de la vida; el recuerdo del pasado se levantaba en la imaginacion, recriminándole su conducta.

El doctor observó que una tos seca y pertinaz se apoderaba de Andrea, agitando convulsivamente todo su cuerpo.

Entonces le ofreció su brazo, que la jóven aceptó maquinalmente, y la condujo á la casa.

—Necesitas descansar, dijo; pero si hemos de ser amigos, si hemos de continuar viviendo bajo un mismo techo, yo te ruego, hija mia, que apartes de tu memoria tristes recuerdos que de nada pueden servirnos, y en cambio acrecientan el mal que sufrimos y forman en nuestro derredor un círculo de tristeza para el que no me siento con bastante fuerza.

—Procuraré resignarme, haré un esfuerzo para contenerme; ya sé el martirio que me he impuesto, y sabré llegar al término de él sin exhalar una queja, sin pronunciar una lamentacion; pero yo creo que todo será inútil. Felipe no recobrará la razon.

—¡Quién sabe, hija mia, quién sabe! Nunca se debe perder la esperanza. Pero tú acabas de darme un rayo de luz, y yo quiero aprovecharme de él. Voy á dejarte por algunos momentos. Dices que en otro tiempo tocabas regularmente el piano; pues bien, voy á Madrid á traerte uno: afortunadamente somos ricos.

—¿Un piano? ¡oh! sí, sí, padre mio: deseo volver á tocar la melodía de Beethowen. Yo la habia olvidado como olvidé muchas cosas de aquellos tiempos felices en que mi alma vivia tranquila dentro de mi sér, en que mi corazon palpitaba con la regularidad de una conciencia tranquila.

—Entonces no quiero perder ni una hora: hoy mismo que-

dará el piano colocado en la habitacion que hemos destinado para comedor; tiene vistas al jardin, y podrás tocar esa melodía cuando Felipe se pasee conmigo por debajo de las ventanas: veremos qué efecto le produce; veremos si despierta un recuerdo en su mente y si su corazon pierde ese latido monótono y pausado que nos desespera.

Aquella misma noche el piano quedó colocado en el sitio convenido. Andrea contaba con un amigo mas con quien distraer la tierna melancolía de su espíritu.

CAPITULO II.

PRIMERA TENTATIVA.

A la mañana siguiente, á esa hora en que el sol comienza á levantarse en el horizonte embelleciéndolo todo con sus claros rayos, Felipe se paseaba por el jardin, mientras Andrea observaba hasta el menor de sus movimientos desde la ventana de su habitacion.

Seguíale con la vista, con ese afan que inspira á las almas sensibles un sér desgraciado.

De pronto sintió una mano que le tocaba en la espalda, y una voz que decia:

—Buenos dias, hija mia; veo que tienes la buena costumbre de madrugar: ya ves, nuestro pobre loco madruga tambien; allí le tienes: creo que seria prudente que bajaras al jardin y que te hicieras la encontradiza con él, entablando conversacion, y sobre todo recordándole lo pasado.

Esto dijo don Rafael, y Andrea, dispuesta siempre á obe-

decer las órdenes del médico que tan tierno interés se tomaba por ella, bajó al jardin, y no tardó mucho en hallarse al lado de Felipe.

La jóven, con un valor digno de mejor suerte, se cogió del brazo de Felipe, el cual se quedó mirándola con una fijeza que hubiera causado sobresalto á otra menos resuelta que Andrea en su empresa.

—Pero ¿es posible, Felipe, le dijo, que no me conozcas? Soy yo, Andrea. ¿Cómo has borrado tan pronto de tu memoria el recuerdo de mi nombre?

—Déjame, quiero estar solo; la soledad tiene para mí encantos indefinibles: la busco siempre: ¡me hace tanto bien!

Y Felipe apartó el brazo de Andrea, continuando su paseo.

Andrea sentia que le faltaban las fuerzas para seguirle; pero el médico permanecia asomado á la ventana y le hizo una seña indicándole que no dejara al loco.

La jóven exhaló un suspiro, y siguió los pasos de Felipe con resignacion.

—Aunque te empeñas, le dijo, en pasear solo, no ha de ser así, quiero acompañarte: es inútil que me despidas, que me rechaces; yo te seguiré por donde vayas, y he de repetirte eternamente el nombre de Andrea hasta que un rayo de luz brote en tu cerebro y me reconozcas.

—¡Oh, qué pesada eres! repuso Felipe haciendo un gesto de disgusto: está visto que no me has de dejar nunca, que te empeñas en ser mi sombra, mi eterno enemigo, mi desesperacion.

Y cogiéndole con rudeza una de sus manos la miró de una manera amenazadora, repitiendo al mismo tiempo:

—Yo soy bueno, muy bueno, todo el mundo lo sabe; nunca he hecho daño á nadie, pero si me irritan, si me desesperan, soy capaz de todo. Escucha: ¿conoces tú al conde Polviany?

—Sí le conozco, repuso maquinalmente Andrea conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, producidas por la fuerte presion que la mano de Felipe le causaba en la muñeca.

—Pues bien, el conde Polviany me conoce, sabe quién soy: mi padre le conoce tambien, le conocemos mucho; él es causa de nuestra fortuna: tú no sabes esto, ¿es verdad? No se lo digas á nadie; pero el conde Polviany sabe que yo soy valiente, muy valiente, mas valiente que nadie.

Y haciendo una pausa y dirigiendo una mirada en derredor suyo atrajo hácia sí á Andrea, y continuó de este modo bajando la voz:

—Una noche el conde puso en mis manos un arma, y me dijo: mata. La luna estaba clara, tan clara como hoy el dia. Yo maté á un hombre. Ya ves, eso no lo hace un cobarde, ¿no es verdad? ¿no es verdad que no hace un cobarde eso? Di que es mentira, y te mato á tí aquí mismo.

En este instante Felipe oprimió con tal fuerza el brazo de Andrea, sujetándole con tal violencia, que Andrea sin poder aguantar el dolor, cayó desvanecida sobre la arena del jardin.

Don Rafael, que habia contemplado esta escena desde la ventana, bajó precipitadamente temiendo una desgracia.

Felipe permaneció mudo, inmóvil y con los brazos lánguidamente caidos, contemplando aquella mujer que yacia desmayada á sus piés.

Don Rafael sin hablar una palabra, sin dirigir una recon-

vencion al pobre loco, cogió en sus brazos á Andrea y la condujo hasta su lecho.

Con el auxilio de la criada, le prestó todos los socorros convenientes para devolverle la razon.

Pronto se abrieron los hermosos ojos de la jóven, y una sonrisa asomó á sus labios.

—Perdóna, hija mia, le dijo el médico con acento conmovido, si yo soy la causa de este martirio que acaba de hacerte sufrir el infeliz demente.

—¿Perdonar yo á usted? ¿á usted, que cual otro padre cariñoso se halla siempre solícito á enjugar mis lágrimas, á compadecer mi amargura?

—Si no temiera que me trataras de mal corazon, te diria que lo que acaba de suceder no me disgusta. Esto será una rareza de médico; pero ¡qué quieres! prefiero ver á Felipe mas bien furioso que indiferente. Hoy por fin ha salido un poco de su habitacion, de su apatía horrible; no quiero que te espongas á tener con él otra entrevista: dejaremos pasar un dia ó dos; estas cuestiones es preciso tomarlas con mucha calma; por lo tanto, te prohibo que bajes al jardin mientras él se encuentre allí. Esta tarde, si te sientes mejor, tocarás el piano mientras yo paseo por debajo de la ventana con Felipe. Ahora permanece en la cama, necesitas reposo, descanso, y desde mañana comenzarás á tomar todos los medicamentos que yo te ordene: es preciso que nos ocupemos formalmente de tu salud; tengo empeño en verte buena y robusta como en otro tiempo.

—¡Mi salud! la de Felipe es la que debe ocuparnos; sí, él solo y no yo es el que debe ocupar la imaginacion de usted.

—Ese es el lenguaje de la desesperacion, y no me gusta verlo en tu boca, repuso don Rafael con ese tono de dulce reconvencion peculiar en un buen padre.

Andrea quedóse pensativa.

Entonces el médico, cogiéndola cariñosamente una mano, le dijo:

—Vamos, no seas niña; para curar á un enfermo se necesita ante todó gozar de buena salud: conque procura no empeorar la tuya.

Y don Rafael bajó al jardin á encontrar al loco.

—¿Qué es eso, Felipe? le dijo: ¿por qué te has enojado con nuestra buena amiga, con tu hermana Andrea?

—¡Mi hermana! ¿Tengo yo hermanas por ventura? preguntó el loco.

—¿Quién lo duda? ¿Has perdido la memoria?

Felipe se encogió de hombros, y continuó paseando por el jardin.

Don Rafael, tenaz en sus empeños, y sobre todo cuando su tenacidad podia ser provechosa á los enfermos, siguió á Felipe.

—Hace muchos dias, repuso, que no me dices nada del conde Polviany: ¿le has olvidado ya de tu memoria?

—¡Olvidarle! nunca: le quiero mucho; ¿dónde está? deseo verle.

—Para verle es preciso que seas bueno, obediente, que no riñas con Andrea, que no le hables con tanta aspereza.

Felipe se llevó la mano á la frente, y dijo:

—Ese nombre resuena de un modo doloroso en mi cráneo... aquí... me hace daño... ¿por qué le oigo siempre?

Don Rafael creyó prudente no continuar la conversacion, creyendo que poco ó nada adelantaria por entonces.

Siguió paseando sin desplegar los labios al lado de Felipe, hasta que sintiéndose un tanto el relente de la noche, entraron en la casa.

CAPITULO III

UN RECUERDO QUE SE PIERDE EN UN CEREBRO SIN JUICIO.

Andrea permaneció en cama hasta el dia siguiente.

La primera entrevista tenida con Felipe le habia puesto en bastante mal estado.

Durante la noche, la tos le molestó mucho.

Don Rafael estuvo siempre á su cabecera.

Al amanecer, Andrea se durmió, y el médico hizo otro tanto, pero en una butaca.

Bien es verdad que don Rafael estaba acostumbrado á pasar malas noches; noches de médico que se interesa por sus enfermos.

Á las siete de la mañana Andrea abrió los ojos, y como las maderas de la ventana de su cuarto habian quedado sin cerrar, pudo ver á la luz del dia á don Rafael profundamente dormido.

Se vistió en silencio, y fué á despertarle.

—¡Ah! ¿eres tú? le dijo.

—Sí, padre mio.

—¿Por qué te levantas tan temprano y sin pedirme permiso?

—Porque ya estoy buena.

—Eso quisiera yo.

—¡Bah! usted me mima demasiado.

—Todo lo que te mereces.

—¿Es usted adulador?

—Me intereso por tí.

Y don Rafael pulsó á su hija adoptiva.

—Tengo menos calentura que ayer, ¿no es verdad?

—Sí, el pulso está mejor, y la piel menos ardiente.

—¡Toma! como que estoy buena.

—Entonces bajaremos al comedor á desayunarnos.

—Vamos.

Y ambos, cogidos del brazo, bajaron á la habitacion indicada.

Felipe se hallaba sentado junto á la chimenea, en donde ardia un buen fuego.

Tambien se encontraba la criada en el comedor.

Nadie, viendo la tranquilidad de Felipe, le hubiera creido loco.

Don Rafael dió órden á la criada que les sirviera el chocolate, é hizo una seña á Andrea para que guardara silencio.

El médico se sentó junto á Felipe.

La jóven fué á recostarse en el alfeizar de la ventana.

La palidez de Andrea era mayor de dia en dia.

A manera que se iba demacrando su semblante se agrandaban sus ojos, adquiriendo mayor brillo.

La desgraciada hija de don Leandro tenia entonces una de esas bellezas que entristecen, que preocupan, que nos inspiran interés.

Bastaba verla para comprender que padecia.

Bastaba verla para desear saber su historia.

Los tres inquilinos de la casa de campo se desayunaron en el mayor silencio.

Cuando terminaron, don Rafael indicó en un movimiento de cabeza el piano.

Andrea comprendió lo que queria decirle, y fué á sentarse en el taburete.

Don Rafael se sentó junto al fuego.

Felipe hizo maquinalmente lo mismo, y sus tristes ojos se fijaron vagamente en la llama de la chimenea.

Andrea comenzó uno de esos preludios sentimentales de la música alemana, tan melancólico como sus baladas, tan fantástico como sus tradiciones de vampiros, tan profundo como su filosofía; música, en fin, de Beethowen.

Tan pronto como los dedos de Andrea recorrieron el teclado, produciendo torrentes de armonía, Felipe, apartando la mirada del fuego, levantó la cabeza.

En el rostro de don Rafael brilló un destello de alegría.

El corazon del loco se habia conmovido. Esto era un buen síntoma, casi una esperanza.

Andrea continuó ejecutando el inspirado nocturno.

Felipe escuchaba con profunda atencion.

Don Rafael, sin apartar los ojos del loco, ni siquiera respiraba.

En este instante Andrea, como si adivinara los deseos del

médico, comenzó á cantar en voz baja el acompañamiento del nocturno.

Con gran sorpresa del médico, el demente, despues de exhalar un suspiro, se puso á llevar el compás con la cabeza.

Andrea advirtió esto y redobló la agilidad de sus dedos, dando al mismo tiempo mayor dulzura á su voz.

De repente Felipe se puso á tararear en voz baja, haciendo duo á la voz de Andrea.

En el semblante del médico brilló la alegría con toda la esplendidez de que es susceptible un corazon generoso.

—¿Parece que te gusta la música? preguntó don Rafael sin poderse contener.

—¡Silencio! ¡silencio! dijo Felipe estendiendo una mano como si quisiera señalar algun objeto. ¡Silencio! el ángel de mis sueños canta... se acerca... le veo... Allí está... se sonrie... me tiende los brazos... ¡Oh! ¡qué hermoso es!

Y Felipe, juntando las manos, se quedó en una de esas actitudes que demuestran el arrobamiento de un alma inspirada.

Andrea continuó el nocturno.

De vez en cuando dirigia una mirada á Felipe, y un suspiro ahogado se escapaba de su pecho.

Trascurrieron algunos minutos durante los cuales solo las melodiosas notas del piano estendieron sus dulces ecos por la habitacion.

La pieza musical tocaba á su fin.

Andrea se lo indicó así en una mirada al doctor, y este le indicó á su vez que tornara á comenzarla.

Andrea obedeció.

Por causar un momento de placer á Felipe, hubiera permanecido enclavada junto al piano el resto de sus dias.

El médico quiso probar de nuevo el efecto que la melodía causaba al loco, y dijo:

—¿Sabes, querido Felipe, que tu ángel, como acabas de decir, tiene muy buena voz?

—Voz de ángel no puede ser mala, repuso el loco.

Y se llevó á los labios el dedo índice de la mano derecha, indicando que callara.

El médico, que pensaba de probatura en probatura encontrar algun remedio para su enfermo, aunque como hemos dicho otras veces no eran muchas sus esperanzas por ser la causa de la locura de Felipe una lesion orgánica, sacó la cartera y escribió rápidamente en una de sus hojas estas palabras:

«Conviene que cambies rápidamente de tocata, y creo que debias producir unas cuantas notas discordes y desagradables, tan distantes del nocturno de Beethowen como la *Cachucha* de la *Norma*.»

Escrito esto, comenzó á pasearse por la habitacion, y dejó el papel sobre el sostenedor del piano para que lo leyera Andrea.

Un minuto despues, la profesora cambió bruscamente de melodía, haciendo producir á las teclas del piano un estruendo espantoso y discorde.

Felipe se puso de pié como arrojado de la silla, y esclamó con voz nerviosa:

—¡Basta, basta!... mi ángel se disipa... se evapora... huye... desaparece... ¡Maldito seas!

Y salió precipitadamente del comedor.

Don Rafael le siguió.

Andrea, como si se sintiera fatigada, dobló la cabeza sobre el piano, humedeciendo el teclado con sus lágrimas.

—Será inútil, murmuró en voz baja: ese pobre anciano, impulsado por su generoso corazon, se propone un imposible. Dios premie sus nobles afanes. Dios recompense su incesante afan.

Y un suspiro doloroso, prolongado, profundo, partió de su pecho, evaporándose por sus hermosos labios, que comenzaban á perder su frescura, su nacarado color.

Andrea permaneció cerca de media hora sin mover ni uno de sus músculos.

Parecia una estátua de mármol colocada allí caprichosamente por la mano del escultor.

¡Pobre Andrea!

CAPITULO IV.

DONDE COMIENZAN Á DESVANECERSE TODAS LAS ESPERANZAS.

Trascurrieron seis dias sin que don Rafael adelantara nada en la curacion de Felipe.

En cuanto á Andrea, se iba agravando, si bien no guardaba cama; pero la tos era mas frecuente y mas tenaz, la inapetencia mayor, y el sueño sutil y delicado.

Don Rafael comenzó á sentir cierto descontento.

Pasaba algunas horas del dia sin desplegar los labios, y profundamente abismado.

A manera que se van perdiendo las esperanzas, se forman esas nubes invisibles que oscurecen el sol de la felicidad.

El bondadoso médico solia decirse:

—Creo que todos los sacrificios serán inútiles. Despues de todo, tendré que presenciar su muerte. Andrea comienza á entrar en el período de las ilusiones; esto es un mal síntoma. Cuando un tísico sueña cosas agradables, cuando piensa en los

goces de la vida, cuando forma proyectos para el porvenir y forma castillos en el aire, la cosa va mal, no puede ir peor. Sin embargo, no conviene confiar demasiado en uno mismo. Muchas veces el deseo, el interés que nos inspira un enfermo nos engaña: hoy vendrá el facultativo que he mandado llamar, y veremos si está conforme con mi dictámen.

De estas reflexiones vino á distraerle el jardinero para decirle que un señor que acababa de llegar en un coche preguntaba por él.

—Será el médico, será el compañero á quien he avisado. Condúcele hasta aquí.

No tardó mucho en presentarse un caballero cuyos cabellos canos y modesto traje se amoldaban perfectamente con la dulce gravedad de su semblante.

Era un facultativo de Madrid, un médico acreditado por sus prodigiosas curas.

—Dispense usted, ilustre compañero, dijo don Rafael, si le llamo á este sitio y le hago dejar Madrid; pero necesito consultar á un hombre de ciencia y saber, y no dudo que usted podrá en esta ocasion servirme de mucho.

—En el supuesto que estoy hablando con un médico, dijo el doctor de Madrid.

—Sí, amigo mio, médico-cirujano desde hace mas de treinta años; pero hoy tengo dos enfermos á mi cargo que me tienen desesperado, sin duda por el mucho interés que me inspiran.

—¿Se podrán ver esos enfermos?

—¡Ya lo creo! pero si usted quiere que antes le dé una esplicacion ligera...

—Como usted guste.

Los dos médicos se sentaron, uno enfrente del otro, y don Rafael hizo una relacion bastante detallada de la causa de la locura de Felipe y de la enfermedad de Andrea.

Escuchó sin interrumpirle el médico de Madrid, y luego dijo:

—Vamos á ver á los enfermos.

Una hora despues, volvian á encerrarse en el cuarto de don Rafael, y sentándose nuevamente, continuaron de este modo:

—Veo, querido compañero, que está usted encargado de una comision difícil y de la que me parece no ha de salir usted airoso, dijo el médico de Madrid.

—Luego usted opina...

—Exactamente como usted.

Don Rafael suspiró.

—Ciertas enfermedades prueban nuestra insuficiencia.

—Es verdad.

—Los dos enfermos que tiene usted á su cargo son incurables.

—¿Cree usted que no habrá algun medio?...

—Yo por lo menos no le conozco.

—¿Luego no tiene usted esperanza?

—Ni la mas remota.

—¡Ah! es verdaderamente una desgracia: ¡tan jóvenes!

—Veo que se interesa usted mucho por ellos.

—Los quiero como si fueran hijos. Además, Andrea...

—¿Quién es Andrea?

—La jóven que tiene la lesion en la aorta.

—Sí: continúe usted.

—Andrea es un ángel: esa pobre muchacha ha abandonado las comodidades, el lujo de una vida de esplendor, por servirme en la curacion del loco.

—Sacrificio inútil, amigo mio, y no tache usted de duro mi lenguaje; estoy hablando á un médico, y debo decirle lo que creo.

—Hace usted bien.

—Ese chico tiene indudablemente un tumor, formado de resultas de la herida. La clase de locura que el desórden de una fractura produce, es incurable: tarde ó temprano el tumor tendrá su supuracion, rompiendo la sutil membrana que le sujeta, y entonces la muerte será rápida como la que produce el rayo, es decir, un ataque al cerebro. Ya conoce usted de qué clase de muerte le estoy hablando.

—Sí, sí.

—En cuanto á la jóven, preveo su muerte. Si pasa el invierno, llegará tal vez al próximo otoño, morirá con la vegetacion; tiene destrozada una de las principales entrañas, la que recibe la sangre del corazon: es, por consiguiente, incurable. Si la ciencia hubiera descubierto algo para que la criatura viviera sin respirar, las heridas de los pulmones tal vez podrian cicatrizarse, los tubérculos resolverse favorablemente; pero el que no respira fenece. La ciencia, pues, ante estas enfermedades, exhala un gemido que manifiesta su impotencia.

Don Rafael estaba tan conforme con el dictámen del médico de Madrid, que agitó varias veces la cabeza demostrando su aprobacion mientras hablaba.

—No seria del todo estraño que el loco, pocos instantes antes de espirar, tuviera un momento de lucidez, de razon, lle-

gando hasta el punto de recordarlo todo. Creo que la medicina consigna uno ó dos casos de esta naturaleza; sin embargo, yo no lo espero.

—¿De modo que usted opina que no se torture su físico para arrancarle del indiferentismo?

—Las fuertes impresiones se emplean siempre en la curacion de los enajenados; he permanecido algunos años al frente de un establecimiento de locos, y he visto grandes cosas, curaciones tan rápidas que me han asombrado. Podria citar á usted algunos ejemplos, pero de nada nos servirian en el caso presente. Aquí tenemos un cerebro enfermo sobre el cual se halla suspendido el rayo que ha de matarle: es el tumor de que he hablado á usted; una fuerte impresion, uno de esos esfuerzos puede precipitar la muerte; pero yo, facultativo encargado de la curacion del enfermo que nos ocupa, no dejaria de emplearlos por ese temor. Hay casos en que el médico debe arriesgar el todo por el todo. La naturaleza es caprichosa; ella muchas veces da celebridad á los facultativos, ofreciéndoles curas maravillosas.

Los dos doctores continuaron por espacio de una hora la consulta, quedando al separarse tan amigos, que el médico de la córte ofreció al médico de pueblo visitarle alguna que otra vez, cuando sus ocupaciones se lo permitieran.

Don Rafael pasó el dia bastante triste, porque el dictámen de su ilustrado compañero, aunque conforme en todo con el que él tenia, le causó profunda impresion.

Andrea, cada vez mas débil, llevaba profundamente marcada en el semblante la huella del terrible mal que la conducia á pasos rápidos al sepulcro.

Jamás tan risueñas ilusiones, pensamientos mas seductores habian asaltado la mente de la jóven.

Puede decirse que para ella la muerte era, como para el filósofo antiguo, el principio de la vida.

La veia acercarse sin temerla, la tendia los brazos, la acariciaba en su mente, la sonreia.

Esto mismo desesperaba á don Rafael.

Cuando el médico indicaba un régimen nuevo, un nuevo medicamento, Andrea, rodeando sus brazos por el cuello de su padre adoptivo, respondia:

—Todo eso es inútil... me siento mejor... el aire del campo me prueba mucho... hoy he creido notar al mirarme al espejo que voy engordando. ¡Oh! este verano, cuando me halle completamente restablecida, cuando Felipe esté bueno como yo, haremos un viaje aunque gastemos una gran parte de nuestros ahorros.

Don Rafael guardaba silencio.

La alegría de un enfermo que se muere, produce el dolor en un corazon sensible y generoso.

CAPITULO V.

DESPEDIDA.

Por el tiempo que nos ocupa, una mañana en que el cielo tenia la suave trasparencia del cristal y el ambiente el templado soplo de la primavera, Andrea entró en el comedor con marcadas muestras de alegría, y colocándose delante de don Rafael, le dijo:

—Estoy muy contenta, mucho. ¡Oh! todos los hombres no son malos.

El médico, que se hallaba leyendo un *Tratado sobre las enajenaciones mentales*, levantó la cabeza, creyendo si Andrea se habria vuelto loca como Felipe.

—¿Qué pasa? preguntó.

—Lea usted esta carta, y ella se lo dirá todo.

Y Andrea puso un papel en las manos del médico.

Don Rafael leyó lo siguiente:

«Próximo á abandonar á España por algun tiempo con mi

hijo adoptivo, y siguiendo los consejos de un hombre generoso que vela por mi suerte, que me colma de beneficios, te participo que mañana jueves, de dos á cuatro de la tarde, iré á verte para despedirme de tí.—*Leandro.*»

—¡Ah! ¿es este el nombre de tu padre? preguntó el médico.

—Sí, de mi padre que viene á verme. Dios ha oido mis súplicas.

—Sea enhorabuena: esto me anuncia una reconciliacion.

—Lo creo asímismo, y esa es la causa de mi alegría. Pero dice que se marcha, que abandona á España.

—Sin embargo, viene á verte antes; y ¡quién sabe si aún podrás evitar ese viaje!

—¡Si mi padre quisiera quedarse con nosotros!...

—Lo veo difícil. Al menos, la última vez que le habló Lorenzo, se lo propuso.

—Sí: Lorenzo es un buen amigo, viene á vernos siempre que se lo permiten sus ocupaciones, y ayer cuando estuvo, me dijo que el domingo siguiente no vendria solo.

—Puede que lo dijera por tu padre.

—No, lo dijo por mi antigua y buena amiga Sofía.

—Efectivamente, don Fernando me prometió hacernos algunas visitas.

—¿No es verdad, amigo mio, que entre los dos convenceremos á mi padre para que se quede?

—Yo pondré de mi parte todo cuanto pueda, aunque creo que en esta entrevista lo que tú no logres no lo logrará nadie, porque ¿quién ha de tener mas influencia en un padre que una hija?

—Es verdad, es verdad: le convenceré, porque seria un gran placer para mí verle siempre á mi lado.

—¿Quién lo duda?

Andrea pasó la mañana impaciente.

De vez en cuando se asomaba al balcon, desde donde se veia la carretera de Madrid.

La multitud de diligencias, de ómnibus, de tartanas y calesas que continuamente ruedan sobre el camino de los Carabancheles, eran para ella otras tantas alegrías.

En todas creia ver llegar á su padre.

Sin embargo, dieron las dos, las tres de la tarde, sin que pareciera.

Por fin vió dirigirse hácia la casa una elegante berlina tirada por dos altivas yeguas.

Este carruaje fué el que menos le interesó.

Esperaba á su padre, ó bien á pié ó bien en un carruaje modesto.

El que veia era demasiado elegante para que le ocupara el autor de sus dias.

Pero se detuvo el coche delante de la pequeña verja, y con asombro y alegría vió bajar á su padre y á un niño de diez á doce años de edad.

Andrea abandonó el balcon donde se habia puesto de atalaya, y corrió al jardin con toda la rapidez que sus desfallecidas fuerzas se lo permitieron.

Al salir de la casa vió que su padre, conducido por el jardinero, se dirigia hácia ella.

Rápidamente pudo observar que vestia decentemente, como asímismo el niño que le acompañaba.

Al llegar hasta donde estaba don Leandro se arrojó en sus brazos, murmurando con desfallecido acento:

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio, gracias!

El músico no la rechazó ni la acarició.

Permanecia grave, casi frio; pero los latidos de su corazon hubieran podido contarse á dos pasos de distancia.

Andrea besó repetidas veces á su padre.

Don Leandro recibió aquellas caricias sin devolverlas, pero sus ojos se humedecieron.

En aquel momento necesitó mas valor que el que puede tener un padre para no perdonarlo todo.

Por una palabra de cariño y olvido, hubiera dado diez años de su vida, y sin embargo, guardó silencio.

Por dar un beso en la frente de su hija, lo hubiera sacrificado todo, y aquella frente se apoyó sobre sus labios.

En aquel momento don Leandro no era otra cosa que la dignidad de los padres bajo la forma de un hombre.

—Vengo á verte, Andrea, quizás por la última vez, dijo con gravedad.

—¡Por la última vez! esclamó la jóven rodeando el cuello de su padre con sus brazos. ¡Por la última vez!... Eso no puede ser.

Don Leandro, como si no hubiera oido estas palabras, continuó:

—No me lo agradezcas. Ya creo que te lo he dicho en mi carta. Don Narciso de Rioalto, nuestro noble, nuestro generoso protector, es el que me obliga á hacerte esta visita. Yo por mi voluntad, y dando oidos á mi justo resentimiento, nunca hubiera venido.

—El rigor que usted me demuestra, padre mio, no enfriará en lo mas mínimo el cariño que le profeso, repuso Andrea con profundo dolor; no son disculpas lo que asomarán á mis labios para volver á adquirir la confianza y el amor que en otro tiempo abrigó para mí su corazon. Humilde pecadora, próxima tal vez á presentarme ante el inapelable tribunal de la eternidad, solo aspiro sobre la tierra á merecer el cariño de aquellos á quienes he ofendido. ¡Que Dios bendiga al señor de Rioalto, que Dios recompense á ese jóven generoso que tan oportunamente ha tendido su mano protectora á mi querido padre!

Andrea se detuvo.

Su rostro dulcemente velado por la tristeza, sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas, profundas emanaciones de su alma, no atreviéndose á mirar á su padre se bajaron avergonzados al suelo, sirviéndoles de sombra protectora sus largas y espesas pestañas.

Don Leandro, mudo, inmóvil, combatido al mismo tiempo por encontrados sentimientos; mientras el amor paternal, ese fuego santo que no se estingue nunca en el corazon de los hombres, le aconsejaba abrir los brazos á aquella pobre jóven azotada por el terrible látigo del infortunio, su dignidad ofendida sujetaba los impulsos de su corazon.

Mientras tanto Julio, único espectador de aquella escena, fijaba una compasiva mirada en Andrea, como si el pálido y triste semblante de la jóven le interesara en su favor.

—Tú eres mas feliz que yo, dijo Andrea acercando hácia sí el niño y acariciando sus rubios cabellos. Ama mucho á don Leandro, ámale tanto que puedas algun dia hacerle olvidar con tu amor todo el daño que yo le he causado.

—Yo no tengo padre, señorita, respondió Julio con ese acento dulce y vibrante de la inocencia. Dios hizo que en una noche amarga y triste, don Leandro, guiado sin duda por la Providencia, me abriera sus brazos llamándome su hijo. ¿Cómo, pues, no amarle? ¿Pueden olvidarse los favores que se reciben? ¿Puede uno ser ingrato con aquel que nos ha librado de los horribles dolores del hambre? ¡Oh! jamás me separaré de mi querido, de mi bondadoso protector.

Y Julio cogió una de las manos de don Leandro, como si con este ademan quisiera demostrar lo mucho que amaba al honrado músico.

Andrea, á quien las palabras sencillas y sentidas del niño habian causado un profundo efecto, se sintió desfallecida y tuvo necesidad de apoyarse en el tronco de un árbol.

Don Leandro dió un paso para sostenerla.

El corazon de un padre no puede contener los impulsos viendo sufrir á una hija.

Andrea, agradeciendo el movimiento de interés que habia observado, lo pagó con una sonrisa.

—¿Es verdad, padre mio, que usted va á abandonarme tal vez para siempre?

—Sí: mañana parto.

Andrea, exhalando un suspiro, preguntó:

—¿Está usted definitivamente resuelto?

—Lo estoy, Andrea; la educacion de este niño que me ha deparado la casualidad me obliga á trasladarme á Italia; vengo solamente á despedirme de tí, porque como te he dicho, así me lo exige el hombre generoso que arrancándonos de la miseria abre ante nuestros pasos un brillante porvenir á Julio.

La gravedad con que don Leandro mantenia el diálogo con su hija era violenta.

Andrea que así lo comprendió, Andrea que no podia admitir que aquel padre tan bueno, tan cariñoso, tan condescendiente, no guardara para ella un resto de amor ó de compasion, dejándose llevar por uno de esos arranques que solo se comprenden en un corazon destrozado, cayó á los piés de don Leandro, y apoderándose de una de sus manos que cubrió de besos y lágrimas, esclamó de este modo:

—¡Oh! yo no puedo creer, padre mio, que usted me abandone para siempre; yo no puedo creer que al separarnos, las fuentes de la ternura que en otro tiempo brotaron de su pecho ante una sonrisa mia, ante una palabra de cariño y de amor, permanezcan hoy cerradas para mí. No me opongo á ese viaje: no tengo derecho para ello: no pretendo ser egoista, matando el porvenir de este niño; pero antes de partir, antes de una separacion que será eterna, porque en mi rostro ya comienzan á imprimirse las huellas de la muerte, porque en mis venas siento ese frio inesplicable de la agonía, yo necesito escuchar de usted palabras de consuelo y de perdon, yo necesito llevar al fondo de mi alma ese consuelo que en las horas de la desgracia trasmite la reconciliacion del padre á quien se ha ofendido.

—Pues bien, Andrea, si es mi perdon lo que solicitas, si es el olvido de tus culpas lo que ambicionas, repuso don Leandro con acento pausado y grave, yo perdono, yo olvido.

Andrea exhaló un grito.

Aquella infeliz habia dado el primer paso en la reconciliacion que tanto deseaba.

Don Leandro la vió vacilar á sus piés, próxima á desma-

yarse; la cogió entre sus brazos, y ayudado por Julio, la condujeron á un banco inmediato.

En este momento se presentó en aquel sitio don Rafael.

—¿Qué es esto? preguntó pulsando al mismo tiempo á la jóven.

—Segun parece, se ha desmayado, repuso don Leandro haciendo un poderoso esfuerzo para contener la emocion que sentia. Tenga usted la bondàd de decir á esta jóven cuando vuelva en sí, que su padre perdona y olvida, y que si su arrepentimiento es tan verdadero como acaba de demostrarme, tal vez algun dia podré abrirle mis brazos y admitirla como en otros tiempos en el hogar que me depare la suerte.

Y diciendo esto, desapareció, llevándose de la mano á Julio.

Apenas llegaron al coche que les esperaba á la puerta del jardin, don Leandro prorumpió en un amargo lloro, murmurando en voz baja:

—Sí, ella tiene razon: el frio de la muerte circula por sus venas; yo no volveré á verla mas. ¡Pobre Andrea de mi alma! ha sido bien desgraciada.

—Entonces, padre mio, ¿por qué no la llevamos con nosotros á Italia? dijo Julio acariciando al bondadoso anciano.

—No, no, hijo mio, es imposible, ella ha sido muy culpable; ella tiene que cumplir una mision dolorosa sobre la tierra, para que Dios se apiade de su alma cuando llame á las puertas del cielo.

Y don Leandro, ocultándose el rostro con las manos, dió rienda suelta al profundo dolor que oprimia su pecho.

—Volvamos... volvamos, padre mio; llevémosla con nosotros: ¡quién sabe si en Italia se restablecerá!

—Es imposible, murmuró don Leandro.

Y advirtiendo que el coche permanecia parado, se asomó á la portezuela y dijo:

—A casa cuando usted guste, amigo mio.

El carruaje comenzó á andar sobre la carretera, en direccion á Madrid.

CAPITULO VI.

DONDE NARCISO DE RIOALTO DESEMPEÑA UNA COMISION.

Cuando Andrea recobró el sentido se hallaba en la cama. A su lado se encontraba don Rafael.

—¿Dónde está mi padre?

Estas fueron las primeras palabras que pronunció.

—Ha partido, contestó lacónicamente el médico, á quien habia ofendido y no poco la brusca desaparicion de don Leandro.

—¡Ha partido! Esta separacion será eterna, no volveré á verle mas; pero no tengo derecho para quejarme. ¡Que Dios le ayude y le deje realizar todos sus pensamientos, todos sus deseos!

—Sin embargo, ha hecho mal, muy mal.

—No, don Rafael, no; le he ofendido mucho...

—Pero las ofensas tienen un término marcado por el arrepentimiento.

Andrea exhaló un suspiro.

Lejos de ella estaba el acusar la rectitud de su padre, á quién tan profundamente habia ofendido.

En cuanto á don Rafael, aunque no se hallaba muy conforme con la conducta de don Leandro, creyó prudente dar otro giro á la conversacion.

—Hoy no has visto á Felipe, dijo.

—Es verdad; he olvidado por algunos instantes á ese desgraciado jóven. ¿Cómo se encuentra?

—Esta mañana, mientras tú te hallabas hablando con tu padre, le he sorprendido en el comedor sentado junto al piano.

—¿Qué haces ahí? le pregunté.

—Estoy tocando las melodías de un ángel, porque resuenan de un modo muy grato en mi corazon.

—¿Te gusta la música? le dije.

—La música como esta es mi delicia, contestó arrancando al mismo tiempo al piano multitud de notas discordes y desafinadas.

—Sin embargo, dijo á su vez Andrea, cuando yo toco su nocturno favorito, cuando procuro despertar un recuerdo en su memoria, él no me reconoce, él huye de mí.

—Es preciso no desanimar. Demos tiempo al tiempo.

—Me van faltando las fuerzas. Creo no poder dar cima á la empresa que me he propuesto.

—No es estraño, hija mia, que hoy pienses de ese modo: te hallas sobreescitada con la escena violenta que has mantenido con tu padre. Yo creo que no debes abandonarte: el lecho, en vez de fortalecerte, aminorará tus fuerzas. Soy de opinion que te levantes aunque te sientas débil.

Andrea, desde que puso los piés en la casa de campo, se habia propuesto no tener voluntad propia.

Abandonó la cama y bajó al jardin, apoyada en elbrazo del doctor.

Felipe, que se paseaba tambien, cruzó varias veces por su lado sin fijar en ella ni siquiera una mirada.

Podia notarse cierta inquietud en el semblante de Felipe; su mirada era mas brillante, mas profunda.

—Indudablemente, dijo en voz baja el médico á Andrea, Felipe va perdiendo algo de su insensibilidad: creo que la leccion de música de anoche le ha causado algun efecto.

—Entonces podemos repetirla cuando usted guste, repuso Andrea.

—Despues de comer te sentarás al piano.

Y así sucedió.

Cuando las tinieblas sucedieron á la luz del dia, Andrea comenzó á tocar el nocturno de Beethowen sin mas oyentes que don Rafael y Felipe.

El loco permaneció á su lado durante la velada, escuchando con la mas profunda atencion las melodiosas armonías de la inspirada música alemana.

Cuando llegó la hora de recogerse, Felipe, viendo que Andrea se disponia á abandonar el piano, estendió las manos en ademan suplicante, y dijo:

—Toca mas, no te levantes: esa música me produce mucho bien.

Andrea obedeció la súplica del locó, y siguió tocando por espacio de una hora.

Por fin sus dedos fueron perdiendo la agilidad, y el cansan-

cio fué apoderándose de sus manos, que cayeron sobre el teclado del piano produciendo algunas notas falsas.

El loco, como si esta falta de armonía le hubiera causado algun daño se levantó bruscamente, y acercándose al piano cogió con fuerza á Andrea por un brazo.

—Toca, pero toca bien. ¿Por qué interrumpes de ese modo al ángel de las melodías?

Don Rafael abandonó su asiento y condujo á Felipe al suyo, no sin algun trabajo, haciendo al mismo tiempo una seña á Andrea para que dejara el piano.

Entonces se apoderó una especie de vértigo de Felipe, que fué preciso conducirle á su habitacion.

Estas escenas iban matando una por una las esperanzas del honrado médico, que observaba que de dia en dia era mas tenaz la locura de Felipe.

Desde entonces reinó una melancolía general entre los habitantes de la casa de campo que nos ocupa.

Fueron trascurriendo los dias, esos dias tristes de invierno, esas noches interminables de la estacion de los hielos.

Una tarde Andrea se hallaba asomada á la ventana, dejando vagar melancólicamente su mirada por la carretera de Madrid.

De pronto sus ojos distinguieron á dos ginetes que se dirigian hácia aquel sitio.

Uno de ellos, que montaba un hermoso caballo negro, era jóven y elegantemente vestido.

El otro que le seguia á algunos pasos de distancia, por su librea daba á entender que era uno de esos jockeys, criados en miniatura que ha introducido la moda inglesa en todos los países.

Cuando el ginete del caballo negro llegó ante la verja se detuvo y echó pié á tierra, entregando las bridas de su caballo al jockey.

Luego penetró en el jardin.

Andrea no habia visto nunca á Narciso de Rioalto; sin embargo, su corazon le dijo que era aquel jóven que se acercaba.

Cuando llegó al pié de la ventana se detuvo, y quitándose el sombrero respetuosamente, dijo:

—Señorita, me llamo Narciso de Rioalto, y ruego me conceda unos momentos de audiencia para entregar á usted una carta que antes de partir para Italia puso en mis manos su señor padre de usted.

—¿De mi padre? ¡Ah! caballero, para una comision de ese género no necesita usted permiso: las puertas están abiertas.

Poco despues, Narciso de Rioalto se hallaba en el gabinete de Andrea.

Narciso de Rioalto era á los ojos de Andrea uno de esos séres que Dios coloca en medio de la sociedad para consuelo de los desgraciados; es decir, el jóven millonario representaba á los ojos de la ex-querida del vizconde de Villafort un papel bien distinto de aquel que le correspondia por sus acciones: por eso no pudo verle sin conmoverse, por eso ante la presencia de aquel jóven que habia sido el protector de su padre, que con tan delicadas frases le habia declarado su amor, resignándose á no ser correspondido, se turbó, faltándole el valor para sostener la mirada que le dirigia.

Narciso era uno de esos cómicos que no ajustan las empresas teatrales y que eligen por escenario las grandes ciudades: la farsa estaba tan perfectamente desempeñada, que si á

Andrea le hubiera sido posible amar, entregarse á otro hombre, indudablemente Narciso hubiera triunfado; pero el corazon de aquella jóven no daba ya cabida mas que al arrepentimiento y al dolor.

El amor para ella era un cadáver perdido entre las cenizas de una historia de lágrimas.

La presencia de Narciso, sin embargo, reanimó por un instante aquel rostro pálido y demacrado, con ese dulce fuego de la gratitud.

—¡Ah! ¿viene usted á hablarme de mi padre, caballero?

—Sí, ese es el motivo de mi visita, sin lo cual no me hubiera atrevido nunca á pisar este tranquilo retiro en donde usted, prisionera voluntaria, se propone llevar á cabo una de esas obras tan meritorias como penosas. Don Leandro partió ayer para Italia, dejándome esta carta para usted.

Y Narciso puso en las manos de Andrea un papel, levantándose y disponiéndose á partir.

—¿Se marcha usted? preguntó la jóven admirada de la poca duracion de aquella visita.

—No debo permanecer aquí mas tiempo.

—Creo, caballero, que seria muy justo que yo mostrase á usted la gratitud que su conducta me inspira.

—En otra ocasion he dicho á usted que soy rico, y que nada me complace tanto como poder utilizar mi fortuna en favor de aquellos séres tan buenos como desgraciados que la casualidad pone ante mi paso. Hay un placer que no todos los hombres comprenden por desgracia: ese placer se llama hacer bien; creo que mi conducta no merece ni admiracion ni gratitud.

Andrea, subyugada ante tanta generosidad, no encontró una frase con que demostrar el estado de su espíritu.

Narciso, aunque jóven, habia hecho un estudio especial del corazon de la mujer; estudio difícil que pocas veces se completa; estudio en que los grandes pensadores no han podido echar la sonda hasta el fondo; sin embargo, hay corazones claros que se enseñan como un objeto material á través de la trasparencia de un vidrio.

Narciso habia visto de este modo el corazon de Andrea.

Creyó, pues, que aquella entrevista para producir un buen efecto debia ser rápida, sintética como el dolor, como todos esos grandes efectos que dejan una profunda huella con la corta duracion de un segundo.

Se puso en pié, y dando á su acento la mayor dulzura, dijo:

—Comprendo, señorita, que necesita usted quedarse sola para recoger en el sagrado santuario de su corazon las palabras de despedida que le dedica su padre. Yo, á pesar de lo que la envidia y la maledicencia haya podido decir de mí, soy uno de esos hombres que hacen el bien sin esperar recompensa. Si alguna vez necesita usted de mí, recuerde que tiene un hermano en Narciso de Rioalto.

—Gracias, caballero; puede usted tener la seguridad de que guardaré profundamente en mi pecho sus ofrecimientos.

—Esa promesa me causa un placer infinito.

Narciso dirigió una mirada intensa á Andrea y se puso en pié.

—¿Se marcha usted, caballero?

—Así debo hacerlo.

Y diciendo esto, salió de la habitacion.

Andrea permaneció algunos momentos con la carta en la mano y sin romper el sobre.

Por fin, exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—¡Ah! si yo pudiera amar aún... pero es imposible.

CAPITULO VII.

ILUSIONES AL BORDE DEL SEPULCRO.

Hé aquí lo que don Leandro escribió á su hija:

«Andrea, hija mia: He necesitado un valor que jamás habia creido poseer para separarme de tu lado.

»La historia de tu falta escrita estuvo un tiempo con caractéres de fuego en mi corazon: la leia hasta en mis sueños, y ella, turbando mi felicidad, me hizo derramar torrentes de lágrimas. Dios, compadecido de tanto dolor, de tanta amargura, me envió una gota de bálsamo que fué poco á poco cicatrizando parte de la profunda herida que tú habias abierto en mi pecho.

»Me conoces, y puedes comprender la fuerza de mis sufrimientos.

»Pensaba no verte nunca, porque temia que tus lágrimas ablandasen mi corazon, y la mano, guiada por el cariño paternal, corriera un velo profundo sobre el pasado.

»Me temia á mí mismo: mi debilidad, que ha sido en parte nuestra desgracia, hizo de mí un hombre fuerte.

»Juré no verte mas: temia tu presencia, me espantaba la idea de tus lágrimas, de tus súplicas, de tus miradas.

»Hay algo en los padres que no se olvida nunca: es el cariño que profesan á sus hijos; porque este cariño, encarnado en su naturaleza, llega á ser parte de su sér, es una segunda vida sin la cual parece imposible la existencia.

»Ignoro, hija mia, si volveremos á vernos; pero ruego incesantemente á Dios que vuelva á reunirnos cuando tú y yo hayamos cumplido la mision á que se nos ha destinado sobre la tierra: tú velando por la salud de Felipe, á quien hiciste tan desgraciado, yo velando la educacion de Julio, que tanto me consoló en mi amargura.

»Si en el instante en que casi purificada por el arrepentimiento te dispones con la resignacion de los mártires á ser el ángel protector de un pobre loco, yo te hubiera abierto mis brazos para llevarte conmigo, hubiera indudablemente cometido una mala accion. Prefiero, pues, el inmenso dolor de no verte durante los años de mi ausencia.

»Al coger la pluma para escribirte, consigno en esta carta lo que siento sin ese rubor que pudiera causarme mi debilidad para contigo.

»Puedes creerme, Andrea: te amo como siempre; me separo de tu lado con la esperanza que llevarás á buen término la penosa empresa que te has propuesto.

»Si andando el tiempo volvemos á reunirnos, entonces sabrás el valor que ha necesitado para esta separacion tu padre que te perdona y te ama.—*Leandro.*»

Andrea llevó la carta á sus labios, depositando en ella un beso respetuoso.

Desde su instalacion en la casa de campo no habia disfrutado de un momento mas dulce que aquel.

Por espacio de una hora permaneció con la carta en las manos y la cabeza dolorosamente doblada sobre el pecho.

Aquellas líneas, escritas con manos temblorosas, despedian para ella ese grato perfume que penetra en el alma y que respira el perdon que se codicia.

Desde la terrible noche en que su padre enfermo, incorporándose en el lecho le habia dicho con voz amenazadora «véte, tú no eres mi hija, Andrea ha muerto» que puede decirse que la vida para ella habia sido un tránsito doloroso, un desierto, sin encontrar un oasis en donde detenerse.

Desde entonces habia solicitado en vano la reconciliacion con su padre.

Aquella carta que tenia entre sus manos era, por decirlo así, la rama de olivo que le brindaba con la paz tan codiciada por ella.

Su corazon comenzó á sentir esa ráfaga bienhechora de la alegría.

Cuando poco despues entró don Rafael á verla, ella se arrojó en sus brazos, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Oh! esta tarde soy verdaderamente feliz: jamás he sentido mas deseo de prolongar mi existencia. Doctor, doctor, ¿no es verdad que usted arrancará si es preciso mi vida de las garras de la muerte, hasta el dia en que mi padre regrese de su viaje?

Nada entristecia tanto al honrado médico como las ilusio-

nes momentáneas, las dulces esperanzas de su querida enferma.

Ya lo hemos dicho: la Providencia, que lo compensa todo en la tierra, que lo juzga todo en el cielo, concede á los pobres enfermos del pecho mayor cantidad de ilusiones cuando es mayor el peligro que les amenaza, cuando mas se acerca hácia ellos la muerte.

No hay un enfermo de tisis en su tercer período que no sueñe en los encantos de la primavera, en la poesía de un viaje de recreo y en las dulces ilusiones de los goces que no puede realizar.

La enfermedad es terrible: se contempla la muerte que va aproximándose poco á poco, y ¡cosa rara, ó por mejor decir providencial! cuando mas cerca se tiene menos se ve.

Debe esperimentarse en esto algun efecto óptico; tal vez tengan razon los que dicen que la imaginacion es un cristal donde se reflejan todas nuestras impresiones.

—Vea usted, vea usted lo que me escribe mi padre antes de partir; por fin me perdona, por fin lo olvida todo.

Y Andrea puso en las manos de don Rafael la carta que pocos momentos antes le habia entregado Narciso de Rioalto.

Don Rafael la leyó en voz baja, procurando ocultar el efecto que le producia aquella lectura; pero al mismo tiempo se decia hablando consigo mismo:

—Si la ausencia de don Leandro se prolonga mas de ocho meses, indudablemente su reconciliacion con Andrea no podrá efectuarse en este valle de lágrimas.

Y alzando la voz continuó, inspirado por un sentimiento de bondad:

—¿Sabes que se me ocurre un gran pensamiento?

—¿Qué pensamiento es ese?

—Nosotros somos casi ricos.

—¡Ricos! murmuró Andrea sonriendo.

—Sí, ricos, ¿quién lo duda? Además de tu fortuna, que llega á cerca de treinta y cuatro mil reales, tengo la mia.

—Si usted tiene esa cantidad por una fortuna...

—¿Eres ambiciosa?

—¡Ah! bien sabe Dios que no; pero prosiga usted.

—Pues como iba diciendo, somos ricos; y puesto que tu padre por esta carta acaba de manifestarnos que se halla reconciliado contigo, ¿quién nos impide que hagamos un viaje?

—¿Un viaje? ¿y adónde?

—¡Toma!... ¿adónde ha de ser? á Italia.

Andrea lanzó un grito de gozo.

—¿Adónde se halla mi padre?

—Precisamente.

—¿Y cuándo será eso?

—Poco á poco: nos hallamos en pleno invierno, la peor época del año para emprender viajes.

—Es verdad.

—Pero si tu salud no nos lo impide, comenzaremos á hacer nuestros preparativos el dia que la primera tórtola torcaz arrulle en los árboles de nuestro jardin.

—¿Y cuándo es eso?

—A últimos de abril: ya ves, estamos en enero...

—Faltan tres meses; es decir, casi nada.

Los enfermos y los niños acogen con facilidad las esperanzas.

Andrea estuvo aquel dia mas alegre que nunca.

Don Rafael sabia que acababa de ofrecerle un imposible; pero muchas veces es una obra de caridad engañar al que sufre, siempre que el engaño alivie sus padecimientos, produciendo un placer, por momentáneo que sea.

Mientras tanto llegó un dia festivo.

El mes de enero tocaba á su fin, y el sol, amigo de los pobres en la estacion de los hielos, se presentó en el cielo con toda su belleza, con todo su esplendor.

Ni una nube empañaba el hermoso azul del horizonte de Madrid.

La atmósfera, templada como en los últimos dias del mes de abril, parecia preludiar la primavera.

Las alondras se remontaban al espacio entonando sus alegres preludios.

Andrea al levantarse, al abrir la ventana de su cuarto, dirigió una mirada por el tranquilo horizonte que se estendia ante sus ojos.

—¡Oh, qué dia tan hermoso! murmuró, aspirando al mismo tiempo con placer el grato ambiente que llegaba hasta ella.

Y permaneció melancólicamente apoyada en el alfeizar de la ventana.

Por el jardin se paseaban don Rafael y Felipe.

Andrea les saludó con la mano.

El médico, acercándose al pié de la ventana sin abandonar el brazo de Felipe, dijo:

—¿Sabes que hoy esperamos una visita?

—¿A quién, padre mio?

—A una antigua amiga tuya.

—¡Ah, Dios mio! ¿será Sofía?

—La misma.

El semblante de Andrea manifestó claramente la alegría que aquella noticia le causaba.

—¿Y cuándo viene? preguntó.

—La espero esta mañana.

Andrea dirigió una mirada afanosa á la carretera.

—Me ha escrito una carta Lorenzo en la que me participa que si el dia está bueno vendrá á pasarlo con nosotros, acompañado de don Fernando y Sofía.

—¡Oh! pues entonces vendrán.

—Así lo espero, porque el dia no puede ser mejor.

Al terminar el médico su última palabra, Andrea lanzó un grito de gozo.

—¿Qué es eso?

—Ella, allá la veo, dijo Andrea abandonando la ventana.

Y poco despues bajó al jardin, dirigiéndose precipitadamente hácia la verja de hierro, repitiendo:

—¡Sofía, amiga mia, mi querida hermana! por fin vienes á verme... por fin te acuerdas de esta pobre enferma, de esta infeliz desterrada.

Y pudo verse junto á la puerta del jardin un grupo encantador.

Andrea y Sofía dulcemente abrazadas, juntas aquellas hermosas cabezas, lloraban y se besaban, sostenidas por don Fernando y Lorenzo, que no se atrevieron á interrumpir aquella tierna escena.

Aquellas dos jóvenes que habian crecido juntas, trasmi-

tiéndose las puras impresiones de la infancia, los risueños pensamientos de su juventud, se volvian á encontrar, y dejándose conducir por sus corazones, caian la una en brazos de la otra recordándolo todo con un beso, poetizándolo todo con una lágrima.

CAPITULO VIII.

UN ALMA PURA Y UN CORAZON ARREPENTIDO.

El doctor condujo á las dos jóvenes hasta un banco rústico bañado por el sol, y dijo en voz baja á don Fernando y Lorenzo:

—Dejemos solas á esas jóvenes; se amaron en otro tiempo como dos hermanas y tendrán que decirse muchas cosas. Esto consolará al mismo tiempo á mi pobre enferma.

Durante esta escena, Felipe no habia desplegado los labios.

Siguiendo el consejo de don Rafael dejaron solas á Sofía y Andrea, pero sin perderlas de vista; el jardin además no era muy grande.

Sofía fué la primera que comprimiendo su llanto dirigió la palabra á su amiga.

—¡Andrea, querida hermana mia! por fin te veo, por fin te estrecho entre mis brazos, por fin puedo enjúgar tus lágrimas, porque has llorado mucho, ¿no es verdad?

Andrea levantó la frente para contemplar á su amiga.

Sofía se estremeció porque hasta entonces no se habia fijado en la palidez de Andrea, en el cerco amoratado que como un anillo rodeaba sus grandes ojos.

—¡Dios mio! esclamó sin poderse contener: ¡qué pálida estás!

—¿No es verdad, hermana mia, que parece increible, contestó Andrea con dulce y triste acento, que el dolor pueda imprimir en tan poco tiempo tan profundas huellas?

—¿Sufres mucho?

—Dios te preserve de sentir lo que siento.

Y Andrea, cogiendo las manos de su amiga, las estrechó cariñosamente sobre su pecho, diciendo:

—Tú no sabes lo que es, Sofía de mi alma, pasar una y otra y otra noche devorada por el horrible infierno de los remordimientos. Hay una época en la vida en que la mujer arriesga en un solo instante la paz de su espíritu, la calma de su corazon. Yo he sido una de esas pobres ciegas á quienes deslumbra la promesa de un hombre, á quienes aturde el falso brillo de un ofrecimiento, y hoy, aunque tarde, conozco toda mi culpa, sufro todo el castigo que merezco.

—Pero bien: ¿no habria remedio para tu mal? ¿Has de vivir eternamente devorada por ese profundo dolor que te consume, que empalidece tus mejillas, que convierte tus ojos en abundantes manantiales de llanto? Tú eres buena, tú lo has sido siempre. Yo creo que has exagerado con harta crueldad lo que has hecho.

—No, Sofía; si los hombres me perdonaran, si mi padre que huye de mí hubiera venido á abrirme sus brazos y me hu-

biera dicho: yo lo olvido todo; si el hombre que burló mi confianza viniera á ofrecerme su mano y su nombre para lavar la mancha que ha dejado sobre mi honra, no por eso seria menos desgraciada: mi porvenir está fijado. Yo no me perdonaré nunca á mí misma.

—Veo que exageras tu posicion.

—No, hermana mia, no; lejos de mí el quererte describir dia por dia la historia de ese tiempo en que hemos vivido separadas. Tú afortunadamente eres uno de esos ángeles de la tierra que perfuman con su casto aliento todo cuanto tocan. La pureza de tu alma brilla en tu frente; en la mia solo se encuentra el abatimiento de una falta. Además, tú no podrias comprenderme: yo te bendigo, porque vienes á la mansion del dolor, impulsada por la generosidad de tu corazon y sin mas objeto que el de consolarme. Tu presencia me hace mucho bien; tengo la seguridad de que si tú permanecieras á mi lado mis dolores se aminorarian. Cuando un corazon arrepentido se encuentra un alma casta dispuesta á perdonarle, á ser la depositaria de sus penas, la vida es menos triste, menos angustiosa. Algunas veces suele recuperarse en parte aquella alegría que en otro tiempo, embelleciéndolo todo, dejaba en dulce tranquilidad al espíritu.

—Pues bien, si eso puede hacerte menos desgraciada, si eso puede estinguir las lágrimas de tus ojos y devolver á tu semblante aquellos hermosos colores que le adornaban algun dia, yo me quedaré contigo.

—Imposible, Sofía, imposible.

—Mi padre es bueno y accederá á mis súplicas.

—No, no; te prohibo que se lo propongas.

—¿Por qué si eso puede hacerte bien?

—Porque nosotras, hermana mia, hemos seguido desde la infancia un camino opuesto. Yo leo en tus ojos azules y serenos como ese cielo que se estiende sobre nosotras, la inocencia de tu alma.

Y Andrea, estrechando dulcemente á su amiga contra su pecho, continuó en voz baja:

—Créeme, Sofía, aunque jóven, sin contar mas años que los que tú cuentas, como he aprendido en el terrible libro del infortunio, puedo darte algunos consejos que te serán provechosos. Yo sé al mismo tiempo que tú no los necesitas; hay sobre la tierra un hombre que te ama como no te amará nadie. Su amor es el amor de los amores, tiene su orígen en el cielo. Santo, noble, desinteresado, en tí mira su felicidad, por tí se afana incesantemente en la tierra de los hombres. La paz de tu sueño, la alegría de tu corazon, la salud de tu cuerpo forman su único tesoro. Ese hombre es tu padre.

—¡Mi padre! esclamó Sofía estrechando á su vez dulcemente á Andrea: ¡mi padre! yo le amo con toda mi alma.

—Y aún así no llega en mucho tu amor á igualarse con el que él te profesa. Escucha: una hija crece tranquila y feliz bajo la protectora sombra de aquel á quien le debe el sér; todas las mañanas cuando abandona su casto lecho, cuando sus ojos se entreabren para saludar la luz del nuevo dia, en sus labios purísimos se dibuja una sonrisa y nace un beso. Este beso, esta sonrisa, son el pago con que satisface los desvelos de su padre. El tiempo pasa, la niña se convierte en mujer, un dia cruza ante sus ojos una vision encantadora que deja su imágen grabada en el alma; desde entonces, el sueño pierde

una parte de su tranquilidad, de esa dulce quietud que bien puede llamarse hermana menor de la muerte, y es que la chispa de una emocion desconocida, de un sentimiento grato, acaba de encender en su pecho el fuego de un nuevo amor. Desde este instante, el cariño que se profesa á los padres será siempre puro, no pretendo negarlo, pero pierde una gran parte de su intensidad. El corazon, hermana mia, es casi siempre egoista cuando sueña en las dulces horas del placer, y no gusta de compartir sus afectos. Te estoy hablando con toda la sinceridad de una hermana. Me miras de un modo que me da á entender que apenas me comprendes.

—¡Oh! sí, sí, te comprendo perfectamente y te agradezco con el alma tus consejos; pero yo no puedo admitirlos, porque yo no pienso de ese modo. ¿Crees tú que si mañana un hombre llamara á las puertas de mi corazon, se enfriaria el amor que profeso á mi padre?

—Sí, repuso Andrea.

Sofía dirigió una mirada recelosa en derredor suyo, y rodeando la cintura de su amiga con uno de sus brazos, despues de dirigirle una sonrisa llena de bondad y de confianza, le dijo:

—Pues bien, yo amo á un hombre con toda mi alma, lo cual no implica para que ame á mi padre con todo mi corazon.

Esta revelacion espontánea de Sofía estremeció á Andrea.

—¿Y sabes tú si ese hombre es digno de tu amor?

—Tan digno, repuso inocentemente Sofía, como lo fué del tuyo en tiempo mas feliz el desgraciado Felipe.

Andrea exhaló un gemido y dejó caer lánguidamente su cabeza sobre uno de los hombros de Sofía.

Aquellas palabras habian penetrado en su pecho como la punta acerada de un puñal.

—Si yo dudara del amor que me profesa Lorenzo, continuó Sofía sin comprender el daño que habia causado á su amiga, seria injusta con él.

—Pero ¿tu padre sabe esos amores?

—¿Crees tú que de otro modo hubiera dado cabida en mi pecho á esa pasion? Tú lo has dicho: ¿quién podria en el mundo aconsejarme mejor que él? ¡Oh! ¡si supieras con cuánta dulzura, con cuánto esmero ha cuidado de mi infancia! Seria yo la mas ingrata de las hijas, la peor de las mujeres, si desconociendo lo que le debo le ocultara el menor de mis secretos. Cuando le dije por primera vez que amaba á Lorenzo, permanecí con ese afan de la inquietud con mi mirada fija en la suya, deseando ver el efecto que aquella revelacion le causaba. Mi padre, sin inmutarse, sin conmoverse, me contestó:—Yo no ignoraba, hija mia, lo que acabas de revelarme: te agradezco la confianza que te inspiro, y te suplico que no decidas nada en una cuestion en que arriesgas tu felicidad.—Yo obedecí á mi padre. Pasaron algunos dias sin que su silencio me causara la menor inquietud: esperaba tranquila con la confianza que siempre me ha inspirado. Una mañana me dijo:—Si Lorenzo vuelve á hablarte de tu amor, puedes amarle porque digno es de tí: no es un hombre rico lo que deseo para tu esposo: es un hombre honrado y bueno como Lorenzo. Si resuelto está á llamarte algun dia su esposa, que me pida tu mano. Tú eres jóven: él lo es asímismo, y nada perdeis con esperar, porque estos asuntos no conviene precipitarlos.—Aquella misma noche Lorenzo pidió mi mano, y desde entonces soy su prometida. Dentro de

tres años, cuando Lorenzo termine su carrera, pobre ó rico, le daré el nombre de esposa; durante este tiempo no ocultaré ni uno solo de mis pensamientos á mi padre, para que siga siendo como hasta aquí mi protector, el escudo de mi castidad.

—¡Ah! tú serás feliz.

—Así lo espero, porque mi felicidad se halla protegida por la honradez y el cariño de dos hombres justos: mi padre y Lorenzo.

CAPITULO IX.

FLEXIBILIDAD DE UN CORAZON MALVADO.

Mientras tenian lugar las escenas narradas en los capítulos anteriores, otras no menos interesantes mediaban entre algunos personajes de la presente novela.

Dejemos, pues, el camino de los Carabancheles, y volvamos á Madrid.

Era de noche.

Sigamos á un hombre que envuelto en su capa caminaba tomando todas esas precauciones del que teme ser reconocido.

Despues de cruzar varias calles entró en una casa de elegante apariencia, que no era otra que la del marqués de Fontan, y cambiando algunas palabras en voz baja con el portero, subió las escaleras, hallándose al poco tiempo en el gabinete del ilustre diplomático.

Solo allí y en presencia del marqués que indudablemente

le esperaba, el hombre se quitó el embozo, dejando ver claramente que no era otro que Jacobo el ginebrino.

—Supongo, dijo el marqués indicándole una silla, que tendrás algo nuevo que contarme.

—¡Ya lo creo! no de otro modo hubiera molestado al señor marqués con esta cita.

—Habla.

—Voy á hacerlo.

—Ante todo deseo saber qué efecto causó tu aparicion en casa del señor baron de Soany.

—¡Oh! un efecto sorprendente. Me creian preso en un calabozo, con muy pocas esperanzas de recobrar la libertad, lo cual, sea dicho de paso, les causaba cierta inquietud, porque como el señor marqués sabe, yo conozco á fondo los secretos de mis aliados. La inquietud del vizconde de Villafort y del baron de Soany me honra muy poco, porque con ella me demuestran que les inspiraba cierto temor mi instalacion en el Saladero; así es que al verme entrar su alegría fué grande, verdadera. Es inútil decir al señor marqués que yo supe representar con algun acierto mi papel. Quedaron plenamente satisfechos de que habia burlado la vigilancia de las autoridades y de que me hallaba dispuesto á seguir con mas valor que nunca auxiliándolos en todo y por todo.

—Adelante.

—Durante tres dias he permanecido oculto en mi madriguera como un topo, para persuadirles de que sólo así podia hallarme libre de la tenaz persecucion de la policía. Mis temores han hecho renacer la confianza. Hoy somos mas amigos que nunca.

—Lo celebro infinito; pero veo que te vas apartando del motivo de esta cita.

—Paso tras paso se vá á Roma, señor marqués; y si he escrito á usted diciendo que tenia necesidad de verle, es porque algo nuevo debe haber ocurrido en casa del señor baron de Soany, en donde segun parece las opiniones se hallan encontradas, es decir, que mientras el vizconde prefiere el escándalo y el desafío, el baron opta por mi caja de Pandora. Ha llegado, pues, el momento en que yo suministre algunas gotas de un líquido maravilloso en la copa del ilustre marqués de Fontan.

—¡Ah! ¿conque por fin se deciden?

—Así parece.

—Capaz la creia yo de mucho, pero no de tanto.

—Usted, señor marqués, es el único obstáculo que se opone á la felicidad del baron de Soany. Carolina desea verse libre: cree que solo por ese medio llegará á ser la esposa de Arturo de Villafort; pero yo creo asímismo que padece un error grave. Ahora estoy á las órdenes del señor marqués, de quien soy el mas humilde y sumiso de los servidores y el mas agradecido de sus criados.

—Perfectamente: creo que no te arrepentirás de servirme bien.

—Así lo espero.

—Ahora esplícame de qué modo piensa mi noble esposa suministrarme esas cuantas gotas que han de poner término á mi existencia.

—En cuanto á eso, se deja á la casualidad; pero se halla firmemente resuelta á aprovechar la ocasion que se le presente. Daré un consejo al señor marqués: que despida á todo indi-

viduo de su servidumbre que no le inspire la mayor confianza; en estas luchas de vida y muerte, toda precaucion es poca.

—Creo, querido Jacobo, que exageras algo las cosas. Si tú has de proporcionar el veneno que debe poner término á mis dias, y tú eres un leal y sumiso servidor mio como acabas de decirme, creo que no debe inspirarme el menor recelo, porque yo supongo que tú no pondrás en mano de mis enemigos esa terrible pócima.

—¡Oh! de ningun modo, señor marqués; pero la pondré en manos de usted si así me lo manda.

—Hé aquí un ofrecimiento que me tranquiliza, repuso Fontan con su proverbial impasibilidad. ¿Supongo que traerás contigo el veneno?

Jacobo, por única respuesta, sacó del fondo de uno de sus bolsillos un pequeño frasco de plata, diciendo:

—Aquí está, señor marqués.

—¿Y qué prodigios son los que posee eso?

—Este frasco contiene unas veinte gotas estraidas de las raíces de una planta que solo se encuentra en los bosques de África: la cuarta parte de lo que contiene este pequeño frasco, suministrada en un vaso de agua, produce una muerte lenta por consuncion, sin dejar el menor rastro que pueda revelar el crímen.

El marqués se quedó contemplando friamente el frasco que le enseñaba Jacobo el ginebrino, y dijo:

—Pues bien, esta noche procurarás que el baron de Soany apure la cuarta parte del contenido de esa botella.

—¿Y el vizconde de Villafort? preguntó Jacobo dejando caer sus palabras una por una.

—En cuanto al vizconde, no me inspira otra cosa que el desprecio. Sé que no ama á Carolina.

—Sin embargo, Arturo es un enemigo temible.

—Ya te he dicho que lo desprecio. El dia que Carolina deje de existir, el vizconde de Villafort borrará mi nombre de su memoria. Además, ¿crees tú que yo soy uno de esos hombres que cometen un asesinato por el placer de matar? Lo que acabas de proponerme me repugna, lo que acabo de aceptar me avergüenza; pero hemos llegado á un punto en que me veo en la precision de defender mi vida.

—No insisto mas, aunque no puedo asegurar si esta noche tendré ocasion...

—Bien, búscala, y terminemos.

—¿Y cuándo podré venir por la recompensa ofrecida?

—El dia despues de su muerte.

—Pero ¿quién me asegura?... preguntó con recelo el ginebrino.

—¡Miserable! para hombres como tú es garantía de sobra mi palabra.

—No ha sido mi intento ofender al señor marqués.

—Basta. Al dia siguiente de aquel en que el baron de Soany deje de existir, saldrás de España, y ¡ay de tí si vuelvo á encontrarte ante mi paso! Ahora véte, y líbrame de tu presencia.

Y el marqués, indignado consigo mismo al verse unido por los lazos de un crímen con aquel hombre, estendió el brazo con ademan imperioso hácia la puerta, indicándole que saliera.

Jacobo no dió gran importancia al gesto amenazador del marqués.

Pensó que hay hombres bastante hipócritas para representar un papel perfectamente en iguales circunstancias.

Salió del gabinete del marqués, diciéndose á sí mismo:

—Cuando el baron de Soany deje de existir, el marqués de Fontan no tendrá otro remedio que recompensar con largueza mis servicios. Desde esta noche nos hallamos unidos, y yo procuraré que se pague á buen precio el secreto del crímen que vamos á cometer. Creo que he hecho bien en venderme al marqués de Fontan. Allá veremos.

Y Jacobo, embozándose hasta los ojos, se dirigió hácia la calle del Baño, pues como saben nuestros lectores vivia en la misma casa del baron de Soany.

CAPITULO X.

DONDE NARCISO ARRANCA LAS MÁSCARAS.

Narciso de Rioalto desde la muerte de su padre habia establecido la costumbre de dar todas las semanas en el dia del viernes una cena á sus amigos.

La mesa de Narciso habia adquirido cierta reputacion entre los jóvenes calaveras de Madrid, á la que habia contribuido no poco el conde Polviany, en quien se reconocia un gusto esquisito en el arte culinario.

Se comia bien, se bebia mejor, y nunca faltaban apuestas temerarias que sazonaran agradablemente la cena.

Vamos, pues, á colocarnos alrededor de la mesa de los ilustres gandules cuando los vinos generosos acaban de servirse, cuando el café, esa alegría de los modernos, comenzaba á humear, próximo á servirse á los convidados.

Entre las personas conocidas hallaremos al vizconde de Villafort, al conde Polviany y al rico anfitrion Narciso de Rioalto.

El buen humor habia llegado á su colmo, y los tapones de las botellas de Champaña saltaban por el aire.

—Pues, amigos mios, el diablo harto de carne se ha metido fraile. Narciso se halla completamente regenerado, convertido en protector de los pobres, de los huérfanos, de los desvalidos, dijo Amadeo.

—¡Ah! ¿me afeas una buena accion que me enorgullece? tanto peor para tí, que dejas pedir limosna á tus queridas, contestó Narciso.

—Pido que se esplique eso, dijo Arturo.

—Nada mas sencillo: el que de vosotros quiera convencerse de la verdad de mis palabras, puede dirigirse al átrio de la iglesia de San Isidro. Allí encontrará una anciana flaca y macilenta y una jóven ciega y horriblemente fea: son madre é hija, y ambas llevan en el brazo una chapa de laton con un número, especie de pasaporte que la autoridad concede á los pobres de profesion. Pues bien, aquella jóven ciega se llama Pepita, y fué en otro tiempo la querida del noble Amadeo Polviany. Desafio á que se encuentre en mi vida una accion como esa.

—Lo que dice Narciso es cierto, contestó Amadeo disimulando su enojo; pero Pepita no fué mi querida.

—¡Ingeniosa disculpa! A ver si vosotros sabeis cómo debe llamarse á la mujer que vende sus caricias á un hombre por un poco de oro.

—Hay queridas de queridas, dijo Amadeo.

—¿Aludes, por ventura, volvió á decir Narciso, á la que en tiempos no muy remotos tuvo nuestro amigo el vizconde de Villafort?

Arturo dirigió una mirada amenazadora á Narciso.

—Me importa poco que os enojen mis verdades, repuso Narciso. Estamos hablando en el terreno de la amistad y la confianza: criticais mi conducta, yo tengo el derecho de criticar la vuestra.

—Sí, sí, aquí se puede decir todo, esclamaron varios convidados á un tiempo.

—Todo no, dijo Arturo.

—¿Y por qué? preguntó Narciso con desfachatez.

—Porque hay cosas que ofenden á aquel á quien se dirigen, porque se deben respetar.

—¡Bah! aquí no se respeta nada: tenemos entera libertad para decirlo todo. ¿No habeis dicho que yo habia dejado sin auxilio á mi padre en los últimos momentos de su vida? Eso es mas grave, y sin embargo os lo he tolerado.

—Tendrias tus razones para ello, repuso Arturo.

—Como las tendrias tú para abandonar á Andrea.

—Te he dicho que no quiero que pronuncies ese nombre.

—Como las tendria este (y Narciso señaló á Amadeo) para abandonar á Pepita y verla hoy con indiferencia pedir limosna. Aquí nos conocemos, señores, y es una ridiculez que nos ofendamos por una verdad mas ó menos.

—Tiene razon Narciso, esclamó uno de los convidados. Además, ¿qué puede importarnos á nosotros la suerte de una mujer que fué en otro tiempo nuestra querida? Pepita ó Andrea debe sernos igual. ¡Viva el buen humor! ¡viva la alegría! y tú, Arturo, desarruga el entrecejo. No tienes motivo para ofenderte.

—Pues aún no lo he dicho todo, señores: tengo un gran

secreto que revelaros, aunque sentiria que se ofendiera mi querido amigo el vizconde de Villafort.

Arturo habia notado desde el principio de la cena cierta tendencia en Narciso de herirle.

Temia asímismo una imprudencia de fatales resultados; pero por otra parte confiaba que Narciso, conociéndole, no se arriesgaria á un rompimiento definitivo.

—¡Que se revele ese secreto! dijeron varias voces.

—Pues bien, contestó Narciso levantándose y cogiendo una copa; brindemos antes á la salud de la mujer que nos ha engañado á todos, que se ha reido de nuestra credulidad, de nuestra ceguera.

Todos cogieron las copas.

Arturo imitó á sus amigos, aunque sobresaltado.

Despues de beber, Narciso dijo de este modo:

—Sabed pues, queridos, que el baron de Soany no es un varon sino una hembra que ha cambiado de traje para vivir con nosotros y disfrutar de las delicias de la vida de soltero y calavera.

—Eso es imposible, esclamó Amadeo.

—Eso es una calumnia, repitió Arturo. Conozco á Filiberto hace muchos años.

—Estás en un error, querido Arturo, por mas que afirmes que le conoces.

—Te exijo pruebas de lo que acabas de decir.

—¡Diablo! eso es difícil: la decencia me roba esas pruebas con que podria confundirte.

—Entonces, permíteme que no dé ningun crédito á tus palabras.

—Puedes hacer lo que gustes: no pienso esforzarme mucho para convencerte; solo siento que seas víctima de tu credulidad y buena fé, repuso Rioalto con maliciosa entonacion.

—Tú derramas un rayo de luz en mi mente, esclamó Amadeo: lo habia sospechado.

—Tienes talento.

—Soy bastante franco para confesarte que nunca he sentido eso en ninguna parte de mi cuerpo; pero hace tiempo que he concebido una sospecha.

—¡Que hable! ¡que hable! esclamaron varias voces.

—Yo siempre encontré al baron de Soany demasiado hermoso para hombre, dijo Amadeo.

Y volviéndose bruscamente á Arturo, continuó:

—Chico, creo que te has burlado de nuestra buena fé, vendiéndonos gato por liebre.

—Yo exijo que Narciso de Rioalto nos diga cómo ha sabido lo que acaba de afirmar; de lo contrario, creeré que todo es una calumnia, y en nombre de mi amigo Filiberto de Soany pediré una completa satisfaccion.

—Eso ya es distinto, contestó Narciso sin perder la serenidad. Todos somos amigos del baron de Soany, y á nadie se le ocurre tomar la cuestion por la parte dramática; pero ya que se me cerca de ese modo, diré que soy, como todos saben, el amante de Felicidad. Pues bien, esta muchacha que pasa por querida del baron, me lo ha revelado todo.

El despecho habia puesto aquellas terribles palabras en boca de Narciso.

Se vengaba de los desdenes de aquella jóven.

Arturo se puso estremadamente pálido.

La cólera le ahogaba.

La imprudencia de Narciso arrojaba el ridículo sobre Carolina, y aunque Arturo no la amaba porque su corazon viciado no podia dar cabida al sublime fuego del amor, por un resto de decoro se hallaba dispuesto á defenderla.

—Si Felicidad ha dicho que Soany era una mujer, dijo Arturo con voz de trueno, dominando por un momento la algazara que habia promovido la revelacion de Narciso; si Felicidad ha dicho eso, ha mentido; pero estoy por creer que la calumnia parte de nuestro anfitrion Narciso de Rioalto.

—Eso es suponer algo mas de lo conveniente, contestó Rioalto con serenidad y sonriendo al mismo tiempo.

—Eso es suponer lo probable, repitió Arturo, que deseaba arrojar el guante al rostro de su amigo.

—Chico, tomas con un calor impropio la defensa de Soany: ten presente que si continúas de ese modo, las sospechas aumentarán en vez de disminuir.

—Defiendo á un ausente.

—Eso es muy noble.

—Me viene de sangre el serlo.

—No seré yo el que lo ponga en duda.

—¡Oh! solo faltaba eso.

—Vamos, Arturo, confiesa que no eres justo.

—Retira, pues, las palabras que han ofendido á Filiberto de Soany.

—Mas valdria que me exigieras pruebas de lo que he dicho, si tanto te interesa esa jóven.

—Pues bien, te exijo pruebas.

—¿Las quieres?

—Sí: las exijo.

—Prométeme que al presentarlas no te ofenderás conmigo.

—No prometo nada.

—Eso es porque temes.

Arturo se estremeció, y alzando la frente y dirigiendo á Narciso una mirada provocativa, dijo:

—Jamás el terror ha sobrecogido mi espíritu: todos cuantos me conocen lo saben; pero terminemos: mientras no presentes esas pruebas, creeré que calumnias al baron de Soany.

Narciso sacó con calma una cartera, y de ella un billete perfectamente colocado en un sobre de papel color de mahon claro.

—¿Quién de vosotros conoce la letra de Soany? preguntó Narciso.

—Precisamente debo tener aquí una carta en la cual me contesta á la invitacion que la hice ayer sobre una comida, no aceptando mi ofrecimiento, dijo Amadeo.

Arturo se puso pálido por la ira.

Temió alguna imprudencia de la marquesa, pero dominándose, guardó silencio, esperando el resultado.

CAPITULO XI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Narciso paseó una mirada de triunfo sobre sus convidados, y desdoblando con calma la carta, dijo:

—Dices, mi querido Amadeo, que tienes por una casualidad una carta en tu poder del baron de Soany. La casualidad ha sido siempre la madre de los grandes acontecimientos: tu carta va á sacarnos de dudas; pero antes de presentar las pruebas que me exige mi querido amigo el vizconde de Villafort, bueno es que conste que yo no hubiera hecho uso de las armas que poseo si no se me obligara á ello. Ahora, oid.

Y Narciso leyó tranquila y pausadamente la carta que sigue:

«Querida Felicidad: Narciso de Rioalto, como no ignoras, conoce mi secreto, y temo que abuse y lo publique.

»Si los que hoy me creen el baron de Soany supieran que solo soy una mujer desesperada que cambia de trajes estimulada por el despecho, mi plan quedaria destruido.

»Me inspiras confianza, y sé que puedo contar contigo. Procura, pues, cerrar la boca del hombre que te ama.

»Si ocurre algo que pueda interesarme, me avisas inmediatamente.

»Mañana nos veremos.—Tuya siempre, *Carolina.*»

Esta carta produjo un gran efecto.

Nadie pronunció ni una palabra: todos se miraron como preguntándose lo que debian decir despues de lo que Narciso acababa de leer.

—Ahora, querido Amadeo, dijo Rioalto, te ruego que veas si la letra de tu carta es de la misma mano que esta.

Todos se abalanzaron sobre la mesa para comparar los dos escritos.

Eran exactamente iguales.

La marquesa de Fontan habia cometido una imprudencia.

El golpe estaba dado. Las consecuencias podian ser fatales, porque la rabia rugía en el pecho del vizconde de Villafort.

—Esa carta es falsa, dijo.

—Señores, cuando se duda de la honradez de un amigo creyéndole falsario de un escrito tan importante, toda discusion es inútil; pero solo diré para permanecer en el lugar que me corresponde, que esta carta me la ha vendido Felicidad, doncella que fué por espacio de muchos años de la citada Carolina, hoy baron de Soany, y que el agradecimiento y el cariño que profesaba á su señora le obligó á representar á nuestros ojos el papel de querida.

—¡Mientes! ¡eres un infame! esclamó Arturo abalanzándose hácia Narciso.

Amadeo se interpuso entre los dos amigos.

—¿Qué es esto? dijo: ¿tratas de producir un conflicto? Eso no es justo: Rioalto ha presentado una prueba, y un duelo entre vosotros dos no nos dejaria mas ni menos satisfechos.

—Déjate, Amadeo, dijo Rioalto: acaba de arrojarme un insulto que no puede tolerar ningun hombre bien nacido. Sin embargo, yo le perdono, porque tengo la seguridad de que mañana se arrepentirá de las duras palabras que me ha dirigido en este momento.

—¡Oh! parece imposible, repuso Arturo, que un hombre bien nacido, como acabas de decir, no conteste de otro modo á mis palabras.

—¿Crees sin duda que es el miedo el que me aconseja la moderacion? estás en un error. Nadie de los que están presentes duda de mi valor; todos me conocen; jamás he rehusado un lance por arriesgado que sea. Si tu objeto es que nos batamos, sea en hora buena: este duelo nos pondrá en ridículo; pero ¡qué remedio! tú lo quieres...

—No, no; ese duelo no puede, no debe efectuarse: hemos venido á pasar como buenos amigos la velada, y la cuestion es altamente ridícula, como acaba de decir Narciso, dijo Amadeo. Así, pues, daos las manos; que todo termine entre vosotros.

Narciso estendió el brazo.

—¿No quieres ser mi amigo? preguntó.

Arturo nada respondió.

—Escucha, Arturo: si crees que mis palabras te han ofendido, no te faltarán ocasiones para proponerme que cambie contigo una bala; pero busca otro pretesto que nos haga á los dos mas favor. Pero batirse dos amigos por si es ó no es mujer

un señorito que va vestido de hombre... ya lo he dicho: me parece altamente ridículo.

Arturo, bien á despecho suyo, se vió precisado á estrechar la mano de Narciso de Rioalto, si bien lo hizo con bastante frialdad.

Para los convidados, la reconciliacion de Narciso y Arturo no era mas que momentánea.

Tarde ó temprano debian encontrarse y venir á las manos.

El duelo, pues, entre los dos amigos era inevitable.

Quedaba, por decirlo así, aplazado.

Terminado el café, como el reloj marcaba las tres de la mañana, los convidados se despidieron de Narciso.

Amadeo salió con Arturo.

Una vez en la calle, se detuvieron.

—¿Adónde te encaminas? preguntó el vizconde.

—Yo á mi casa; tengo un sueño terrible: ¿y tú?

—Yo voy á ver al baron de Soany.

—Chico, ¿sabes que tus nocturnas visitas á la calle del Baño comienzan á infundirme sospechas?

—¿Vas tú á dar tambien crédito á las calumnias de ese necio?

—Ni quito ni pongo rey, pero me atengo al notable parecido de la carta.

—Eres un imbécil.

—Hace años que me lo presumo; pero Arturo, creo que no debias tomar con tanto calor la defensa de Filiberto.

—Siempre me gusta defender al ausente.

—Eso es muy noble, pero persuade poco.

—¡Bah! no hablemos mas de este asunto.

—Como quieras; pero prométeme que echarás en olvido la escena de esta noche.

—No puedo ofrecer nada.

—¿Eres rencoroso?

—Me creo ofendido.

—Hace tiempo que he notado cierta tirantez entre tú y Narciso.

—Es un impertinente.

Amadeo se cogió del brazo de su amigo, y ambos se encaminaron á la calle del Baño.

Cuando el conde Polviany dejó á su amigo en casa del baron Filiberto, continuó la calle arriba, y tomando luego la carrera de San Gerónimo, entró en el Casino.

Siempre que Amadeo se hallaba solo, la mejor ocupacion para él era comer.

Su estómago, insaciable y fuerte, disfrutaba de una digestion digna del avestruz de Africa.

Amadeo hubiera digerido el hierro, si el hierro hubiera sido un plato de su gusto.

Entró en el *restaurant* del Casino y pidió unos *chantillys* y una copa de Grover blanco.

Pero dejémosle, para volver á encontrar al vizconde de Villafort.

CAPITULO XII.

DONDE EL VIZCONDE DE VILLAFORT SE DECIDE Á ARROSTRAR EL TODO POR EL TODO.

Carolina acababa de acostarse.

Jacobo el ginebrino, sentado junto á la cama, conversaba con ella.

De vez en cuando los pequeños y hundidos ojos del falso médico se fijaban de un modo siniestro en un vaso de agua que se hallaba sobre el blanco mármol de la mesilla de cabecera.

Indudablemente por la imaginacion de aquel hombre cruzaba una de esas ideas de muerte que solo concibe y acaricia el asesino.

Habia ofrecido al marqués de Fontan aprovechar una ocasion, y aquel vaso de agua absorbia por decirlo así, todo el pensamiento de Jacobo.

—La verdad es, señora marquesa, que mi posicion no puede ser mas triste, dijo Jacobo con patético acento. Ni yo mismo

me esplico muchas veces por qué he de ser el blanco de la policía. Aquí me tiene usted reducido á vivir oculto en una madriguera, yo, que tan acostumbrado estoy á gozar del aire libre; yo, viajero infatigable, hecho á vivir en las inmensas selvas de África, en los grandiosos bosques de América. El señor marqués es un enemigo que comienza á infundirme sérios temores.

—Contra esos enemigos, ya lo sabe usted, Jacobo, no queda otro remedio que morir ó matar. El marqués sospecha nuestra alianza, y ahí tiene usted esplicado todo el odio que le profesa.

—Y sin embargo, yo en nada le he ofendido, si bien es verdad que espero la ocasion.

—Que tarda mucho por cierto.

—La señora debe tener presente que no me es fácil penetrar en casa del marqués; de lo contrario...

Y Jacobo, bajando la voz y acercándose un poco al lecho que ocupaba Carolina, continuó:

—De lo contrario, ya no existiria.

Y alzando la voz volvió á decir:

—Pero estoy molestando á la señora: son las tres de la mañana y querrá descansar.

—No, el sueño se vuelve de dia en dia mas rebelde: la mayor parte de la noche la paso desvelada. Además, creo que aún vendrá Arturo. Segun me dijo, cenaba en casa de Narciso de Rioalto.

—Entonces, cuando la señora quiera que me retire me avisará.

Aún no habia el ginebrino terminado las anteriores palabras, cuando se abrió la puerta del gabinete y se presentó Arturo.

Carolina se incorporó sobre el brazo derecho, y le bastó una mirada para comprender que algo sucedia á su amante.

—Señor doctor, dijo el vizconde arrojando la capa sobre un sofá: tenga usted la bondad de retirarse; tengo que hablar con Carolina.

Jacobo saludó con un ligero movimiento de cabeza, saliendo inmediatamente de la habitación.

—¿Qué ocurre? preguntó la marquesa con inquietud, tan pronto como se quedaron solos.

—Ocurre que Felicidad ha vendido tu secreto.

—Eso es imposible.

—Te digo que te ha vendido. Veo que tienes demasiada confianza en tu doncella.

—Puedo tenerla.

—Pues bien, basta que yo te diga que te engaña, puesto que Narciso de Rioalto acaba de enseñar á sus amigos una carta firmada y escrita por tí que lo revela todo.

—Eso es imposible, te repito. Felicidad es mia como puede serlo mi mano derecha. La conozco: por todo el oro del mundo me haria una traicion.

—¿Y si yo te dijera que he visto esa carta? ¿Y si yo te dijera que no hace una hora necesité de toda mi fuerza de voluntad para no estrangular al infame Narciso de Rioalto?

Aquí Arturo relató todo cuanto habia ocurrido en casa del opulento jóven.

Carolina le escuchó en silencio, pero sobresaltada.

—¿Y te vas á batir con ese hombre? preguntó.

—Batirme... ¡oh! sí; pero para eso será preciso que busque un pretesto.

Carolina, como si comenzara á sentirse sin fuerzas para soportar la lucha que habia emprendido, dobló la cabeza sobre el pecho, y dijo:

—Arturo, somos muy culpables, y Dios levanta los enemigos contra nosotros.

Arturo dirigió una mirada de desprecio á su amada, y repuso:

—En tal caso no nos hallamos en situacion de retroceder. Nuestro destino nos aconseja seguir adelante, y seguiré sin que me detenga nada.

—Temo que vamos á sucumbir en la lucha.

—Desprecio los temores. Yo mataré á Narciso.

—Eso no me librará del desprecio.

—Eso hará enmudecer las bocas dispuestas á destrozar tu honra.

—Partamos, Arturo.

—Eso seria demostrar el miedo.

—¿Qué esperas en Madrid?

—Hacer frente á mis enemigos, vencerlos, humillarlos. Si á tí te falta valor para arrostrar la lucha, huye: libre eres; para nada te necesito.

—Está bien, contestó Carolina sin dar oidos al insulto que acababa de dirigirle: permanezcamos aquí. Ya sabes, Arturo, que soy poco avara de mi vida.

Arturo se puso á dar paseos por la habitacion, como el hombre á quien preocupa una idea.

La marquesa no le interrumpió.

De pronto, Arturo se detuvo y dijo:

—Es probable que mañana alguno de los amigos que han

asistido á la cena de Narciso te dirija algun epígrama, alguna palabra inconveniente. En ese caso, debes contestar con una carcajada de desprecio á todas las alusiones: tomarlo por lo serio podria traerte malos resultados y tú no puedes batirte con los hombres.

—¿Crees que me faltaria valor?

—No; pero no quiero que te batas: para eso estoy yo, que detendré las murmuraciones antes que asomen á los labios.

—Será dificil.

—Desgraciado del que se atreva...

Y Arturo apretó los puños é hizo rechinar los dientes, dominado por la rabia.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues, cuando el vizconde regresaba á su casa, Daniel le esperaba en su dormitorio.

—Comenzaba á amanecer.

—¿Qué ocurre? ¿por qué te encuentro esperándome?

—He tenido noticias de Andrea.

—Habla.

—Se muere, señorito.

Arturo suspiró.

—¿Y Felipe?

—Como Andrea, es un enfermo incurable.

—Los médicos suelen engañarse.

—He hablado con el facultativo que fué á verlos: es un sabio, uno de esos hombres que se equivocan pocas veces. Además, la enfermedad de Andrea como la de Felipe, es de esas que ofrecen pocas dudas.

—¿Qué has podido inquirir de don Leandro?

—Que ha partido ayer para Milan.

—¿Y de Narciso?

—Que visitó á Andrea.

—¿Sabes alguna particularidad de esta visita?

—Solo que permaneció en la casa de campo como cinco minutos.

—Está bien: continúa tus averiguaciones.

—Sobre el mármol de la chimenea encontrará el señorito una carta del estranjero: trae el sello de Roma.

—Será de mi padre.

—No creo que sea letra del señor conde.

—Trae esa carta.

Daniel obedeció.

Arturo, despues de romper el sobre y mirar la firma, dijo:

—Es de fray Natalio de la Concepcion. Esto me indica que se halla de regreso de sus misiones á la China. Veamos qué me dice.

CAPITULO XIII.

LA CARTA DEL MISIONERO.

«Arturo, hijo mio: Al coger la pluma para escribirte, un temor asalta mi pecho: si te acordarás aún de tu preceptor, de tu leal amigo, de tu padre espiritual fray Natalio de la Concepcion.

»Durante mis penosas y arriesgadas misiones en África y la China, ni un solo dia me he olvidado de tí.

»Cuando en medio de aquellas inmensas soledades, sin mas testigos que las estrellas del cielo ó las pobladas ramas de aquellos árboles seculares, me entregaba á la oracion, siempre elevaba mis súplicas á Dios para que te prestara su apoyo en los trances amargos de la vida.

»Hoy que encanecido y encorvado bajo el peso de los años torno á pisar el pacífico suelo de Europa, hoy que me hallo fuera de los continuos peligros que por tanto tiempo me han cercado, en la capital del orbe cristiano, puedes calcular mi in-

mensa alegría al saber que tu padre, mi amigo el conde de Villafort, se halla en esta gran ciudad.

»Corrí á buscarle, y desde entonces me hallo instalado en su misma casa.

»Por tu padre he sabido el rompimiento que os separa: no trato de reconvenirte: pienso hacerlo, no por escrito, sí de palabra. Las letras no persuaden tanto como la palabra; pero cojo la pluma porque así lo exigen las circunstancias.

»Tu padre que te ama cada vez mas, tu padre que no puede vivir sin verte, sin tenerte á su lado, se halla poseido de una de esas afecciones morales que tarde ó temprano terminan en una enfermedad real y verdadera.

»Nada le alegra, nada le distrae; tú, querido Arturo, eres su pensamiento fijo. Solo de tí habla, y tu recuerdo es el único alimento de su imaginacion.

»En vano trato de consolarle. Sus palabras siempre son las mismas: «Arturo no me ama... es un ingrato... apenas me escribe.»

»Siempre me repite lo mismo, y temo que esta idea fija que tanto le preocupa le acarree uno de esos padecimientos conocidos con el nombre de *hipocondría,* los cuales muchas veces terminan en la muerte.

»Así pues, hijo mio, si en algo estimas la salud, la vida de tu padre, ven á reunirte con él aunque no sea mas que por algunos meses. Cuando esta vida de Roma te canse, cuando desees regresar á Madrid, no ha de faltarnos un pretesto para que se cumplan tus deseos.

»Te escribo la presente con la confianza de que será atendida: no otra cosa puedo esperar de tí.

»Si vieras á tu padre, al terminar la última línea de esta carta te pondrias en camino.

»El pobre don Pedro se halla desconocido, da lástima ver su eterna melancolía, su tristeza infinita.

»¿Qué puede en el mundo interesarte tanto como aquel á quien le debes el sér?

»Conozco que eres jóven, y sé que la juventud mira las cosas á través de un prisma diferente que la ancianidad.

»Ven, Arturo, ven; piensa que cuando se han cumplido sesenta años, la muerte traidora espera la ocasion con avaricia, deseando apoderarse de su presa.

»Tu padre tiene esa edad: tal vez los dias de su vida se hallan cóntados y tu presencia puede prolongarlos.

»El que no evita un mal pudiendo, cómplice se hace del dolor que este mal causa al que lo sufre. Ven, Arturo, ven. Piensa que los remordimientos tarde ó temprano llaman á las puertas del corazon, y entonces no nos abandonan nunca.— Tu preceptor que te ama como nunca y que te espera impaciente, *Fray Natalio de la Concepcion.*»

Arturo se quedó por algunos minutos pensativo con la carta en la mano.

Por último, como si no se atreviera á resolver, la dejó sobre el mármol de la chimenea y se acostó, durmiéndose al poco rato.

El corazon del vizconde de Villafort se hallaba empedernido.

Las súplicas del virtuoso fraile poco ó nada le habian conmovido.

Otro hijo, al saber la tristeza que consumia á su padre, lo hubiera abandonado todo por correr á reunirse con él.

Arturo, antes de decidirse á emprender un viaje, quiso buscar un consejero en el sueño.

Pero ciertas naturalezas se hallan cerradas á todos los sentimientos bellos de que es susceptible el corazon humano.

Arturo era uno de esos hombres que no sabemos si llamar felices ó desgraciados.

Pero el sueño de Arturo no fué largo.

A las ocho de la mañana entró en su dormitorio Daniel á decirle que la marquesa de Fontan habia pasado una noche inquieta y que se hallaba mala.

—Bien, déjame dormir, contestó Arturo; luego, cuando me levante, iré á verla.

Y se volvió del otro lado.

Daniel no se atrevió á insistir.

Si deseamos saber algo del padecimiento repentino que habia sobrecogido á Carolina, solo nos bastará dirigir una mirada á su mesa de cabecera.

El vaso se hallaba allí, pero sin agua.

La marquesa se la habia bebido durante la noche, y Jacobo el ginèbrino, al entrar por la mañana, habia dirigido una mirada al vacío vaso.

—Creo que el efecto se presenta demasiado fuerte: ¿habré equivocado la dósis?

Pero como poco despues Carolina se durmió, y su sueño al parecer era tranquilo, Jacobo se tranquilizó asimismo y esperó la noche para participar al marqués de Fontan que el primer paso y el mas difícil de su empresa estaba dado.

LIBRO DUODECIMO.

HERIDAS DE MUERTE.

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO.

DONDE SE SABE ALGO QUE NO SE SUPO ANTES.

El conde don Pedro de Villafort ocupaba en Roma una pequeña casa de campo situada en la Via Appia.

Allí pasaba los dias entregado al cultivo de su pequeño jardin, en la lectura de su reducida biblioteca, y pensando en su hijo á quien amaba con todo su corazon.

El regreso de fray Natalio fué un consuelo grande para el anciano conde.

Supo por un periódico que habia regresado de la China, fué á encontrarle y le brindó con su casa.

Fray Natalio aceptó, y desde entonces los dos ancianos vivieron juntos, hablando con frecuencia de Arturo.

Pero el conde iba perdiendo la alegría.

Su rostro se demacraba y sus ojos se entristecian.

Esto comenzó á preocupar al religioso, y como en sus mo-

cedades habia sido médico y además era un profundo conocedor del corazon humano, viendo que el conde no tenia enfermedad conocida, ni calentura, sacó en consecuencia que aquel malestar era hijo de la tristeza de su espíritu.

Entonces concibió la idea de escribir la carta que ya conocen nuestros lectores.

—Arturo vendrá, se dijo fray Natalio hablando consigo mismo: es imposible que desatienda la carta que le he escrito. Yo bien comprendo que á su edad el hombre se abandona á sus pasiones, faltando muchas veces al deber. Sin embargo, el corazon me dice que no han de ser infructuosos mis ruegos.

Fray Natalio nada habia dicho al conde de Villafort: pensaba sorprenderle.

El pobre anciano, desde el dia aquel en que se separó de su hijo, mas que un sér que vive y obra por voluntad propia, era un autómata: su única alegría, su única esperanza no tenian otra base que el entrañable amor que profesaba á su hijo. Por eso cuando don Pedro se convenció de que aquel amor no era correspondido, de que su hijo pagaba con una indiferencia criminal el cariño entrañable de padre, cayó en un abatimiento profundo.

Don Pedro se encontraba en esa edad en que ciertos goces que puede proporcionar el dinero no conmueven el corazon.

Cuando sesenta inviernos han girado alrededor de un individuo, solo un placer puede seguir sonriéndole en el corto espacio que le separa del sepulcro: la mesa.

Pero el conde de Villafort era sóbrio como un árabe; sobriedad natural en un padre cuyo pensamiento, cuya idea fija era su hijo, que con tanta ingratitud pagaba su cariño.

El conde de Villafort vivia convertido en un modesto hortelano, cuidando las legumbres de su huerta, estéril, como todo lo que producen las cercanías de esa ciudad un tiempo reina del mundo y hoy reina del orbe cristiano.

Su servidumbre se reducia á Bautista, su antiguo ayuda de cámara que nunca le abandonaba, y á una cocinera.

Cuando el conde leyó en la *Revista de Roma* que el incansable misionero fray Natalio de la Concepcion se hallaba de regreso en la capital del orbe católico, corrió al convento de *Aracœli*, se arrojó en los brazos del bondadoso fraile, y logró por fin llevársele consigo á la casita solitaria de la Via Appia.

—No quiero que nos separemos mas, le dijo el conde. Usted recorre el mundo en busca de desgraciados... yo lo soy tambien... yo necesito de los consuelos de usted.

Despues de esto, el conde refirió á fray Natalio el rompimiento con su hijo; y aquellos dos ancianos se unieron para no separarse jamás.

Fray Natalio tenia uno de esos corazones nacidos para el amor: un desgraciado era para él un hermano.

Su celo infatigable, su abnegacion en favor del prójimo, le hubiera valido en otros tiempos el renombre de santidad.

Así fué que el primer afan del religioso se redujo á reunir al padre con el hijo.

Escribió la carta que ya conocen nuestros lectores; pero el vizconde ni contestaba ni venia, y mientras tanto la salud del conde iba de mal en peor.

Fray Natalio era médico, y comenzó á sobresaltarse.

Todos sus esfuerzos, todas sus palabras de consuelo se es-

trellaban contra la eterna melancolía del conde, cuya inapetencia era estremada.

Don Pedro pasaba largas horas sentado en uno de los rústicos bancos del jardin, con la mirada tristemente fija en el suelo, é inmóvil como una estátua.

En vano procuraba distraerle el religioso, en vano pretendia derramar un destello de esperanza en su corazon.

Todo era inútil.

Llegó un dia en que al conde le faltaron las fuerzas, y tuvo que guardar cama.

Fray Natalio meneó en señal de disgusto la cabeza, y se dijo hablando consigo mismo:

—Creo que Arturo llegará tarde... el conde se muere. No hay esperanza para él.

Aquella misma noche escribió nuevamente al vizconde de Villafort, pero una carta mas enérgica, mas apremiante que la primera.

Decia así:

«Solo un hijo sin corazon, un infame, puede permanecer indiferente ante los sufrimientos de un padre cariñoso.

»El conde de Villafort se muere. Si Arturo de Villafort no se presenta en Roma antes de quince dias, es inútil que se moleste, pues una losa cubrirá para siempre el cadáver de su padre.»

Fray Natalio se dijo:

—Vendrá.

El religioso creia imposible que un hijo se olvidara de su padre en la hora de la muerte.

Juzgaba por su corazon, sin conocer el de Arturo.

Mientras tanto, el conde seguia en cama, empeorando visiblemente.

Fray Natalio pasaba largas horas sentado á la cabecera de su cama.

—¡Es un ingrato, murmuraba el conde, y sin embargo conozco que le amo mas que nunca! ¡Moriré sin verle!

El fraile, que habia agotado todos los recursos para consolar al conde, exhaló un suspiro como confesando su impotencia.

¿Qué podia decirle aquel padre para devolverle esa alegría del espíritu que le era tan necesaria?

Fray Natalio, como médico y conocedor del corazon humano, solo abrigaba un resto de esperanza en la llegada de Arturo.

—Veo, señor don Pedro, le dijo, que va usted perdiendo poco á poco la fé, ese fuego sagrado de que tanto necesita la criatura para vivir sobre la tierra. ¿Quién es capaz de prever las causas que detienen á Arturo en Madrid?

—No vendrá, me lo dice el corazon, murmuró el conde con patético y profundo acento. Presiento que son muy pocos los soles que me quedan de vida. Tal vez sea el de mañana el último que alumbre para mí: moriré sin verle, sin estrecharle contra mi pecho, sin recibir en mis labios frios el beso de despedida.

—Permítame usted que le diga, señor don Pedro, que eso es ver las cosas por la parte mas negra: es cierto que yo he escrito á Arturo dos cartas: su silencio me es igualmente desagradable; pero todos los comentarios que sobre él hagamos los creo arriesgados.

El conde de Villafort se incorporó sobre uno de sus brazos,

y fijando una triste y profunda mirada en el fraile, le dijo:

—Es indudable que Arturo ha recibido las cartas, y creo asímismo que él no puede imaginarse en el estado en que me encuentro; de lo contrario, se hallaria aquí. ¿No es verdad, amigo mio, que se hallaria aquí?

—¡Quién lo duda! repuso el fraile, que entreviendo en la pregunta del conde una esperanza, deseó alentarla. Yo creo que de un momento á otro le veremos entrar por la puerta.

—Dios lo quiera, murmuró el conde dejando caer la cabeza sobre la almohada con desaliento.

CAPITULO II.

LA MUERTE DEL CONDE DE VILLAFORT.

Al dia siguiente, el conde apenas amaneció hizo que Bautista su ayuda de cámara abriera la ventana.

—Asómate bien, le dijo, y mira hácia el camino de Roma: ¿qué ves?

—Nada de particular, señor.

—¿No viene Arturo?

—¿El señor vizconde? ¡Ah! por desgracia no le veo.

El conde exhaló un suspiro, y repuso:

—Di á fray Natalio que venga: tengo que hablarle.

No tardó mucho en presentarse el religioso, que fué como siempre á sentarse junto á la cabecera del enfermo.

—Amigo mio, me siento morir, dijo el conde con débil pero tranquilo acento.

El fraile pulsó al conde, fijando al mismo tiempo una mirada llena de interés en aquel rostro demacrado y cadavérico.

—No somos del mismo parecer, dijo el fraile.

El conde volvió á decir:

—No procure usted disuadirme: mi última hora se aproxima, y quiero antes que llegue disponer mi alma y dejar arreglados mis intereses.

Fray Natalio se inclinó, aprobando los deseos del conde.

—Usted, amigo mio, dijo don Pedro, es pobre, nada posee en el mundo si no es su nombre sin mancha, su reputacion de hombre justo, de buen sacerdote.

—Soy bastante viejo para no desear nada tanto como la paz del espíritu, bastante conocedor de las miserias humanas para despreciar los bienes en este mundo.

—Sin embargo, tiene usted sesenta años, y á esa edad es preciso que el hombre se proporcione algunas comodidades.

—No me ocupo de eso.

—Cuando cansado de las calaveradas de mi hijo, repuso el conde, me separé de él, dividí asímismo mi fortuna, entregando á Arturo la mayor parte: pensé vivir con modestia en un país estranjero, como lo he hecho, y despues de cubiertas mis cortas necesidades repartí mis rentas entre los pobres, que por desgracia abundan en todas partes.

—Dios no olvida los beneficios que el rico siembra en la tierra.

—Lo sé, padre mio, y por eso he procurado, ejerciendo la caridad, desenojar al Todopoderoso, pues yo solo tengo la culpa de la escandalosa conducta de mi hijo. Usted me ha reprendido muchas veces la mala educacion que le he dado. Lo conozco por desgracia demasiado tarde.

El conde se detuvo para tomar aliento, pues su voz apenas

se oia: tal era el estado de abatimiento en que se encontraba.

—Dios no puede nunca ofenderse con un padre porque sea escesivo el amor que profese á su hijo.

—Así sea, murmuró el conde.

Y procurando dar distinta entonacion á su voz, continuó:

—Yo poseo una casa en San Lorenzo del Escorial con algunas fanegas de tierra, y un monte en Las Matas que abunda en pastos; estas fincas producen lo suficiente para que viva con modestia una familia. Yo quiero, padre mio, que usted pase el resto de sus dias tranquilamente en San Lorenzo, y me he tomado la libertad de legar á usted esas fincas.

—Yo no puedo admitirlas, señor conde.

—¿Por qué, amigo mio?

—Tiene usted un hijo.

—Es demasiado rico para que pueda afectarle ese donativo.

—Sin embargo...

—Además, Arturo quiere á usted como á un padre; usted fué en otro tiempo su preceptor, su ayo, y creo muy justa tan corta recompensa por los beneficios que de usted hemos recibido. No se hable mas de ese asunto: las fincas del Escorial serán de usted; despues de mi muerte quiero que viva usted cerca de Madrid, residencia de Arturo; quiero que mientras Dios conceda á usted vida y salud, no le abandone con sus consejos. ¡Le hacen tanta falta!...

Fray Natalio procuró en vano convencer al conde,

Nada pudo conseguir, y un escribano estendió la escritura de donativo en favor de fray Natalio.

El conde creia de este modo asegurada la vejez del virtuoso sacerdote, el cual por otra parte, pobre y viejo, pensaba ter-

minar sus dias, bien en la tranquila celda de un convento, bien en medio del religioso silencio de un bosque de América.

Para fray Natalio eran indiferentes los bienes terrenales.

El precepto de Jesus *No atesoreis en la tierra*, estaba grabado en su corazon.

El admitir el donativo del conde era mas bien por acceder á las súplicas de un moribundo, que por los beneficios que aquella pequeña fortuna iba á proporcionarle.

Tambien habia tenido presente los pobres, y pensaba socorrerles como siempre.

El conde pasó el resto del dia con fray Natalio y su ayuda de cámara Bautista, al que no olvidó en su testamento.

Pasó la noche bastante tranquilo, pero sus ojos se hundian, y las huellas de la muerte se marcaban mas y mas en su demacrado semblante.

Al dia siguiente pidió que le levantaran, que le sentaran en un sillon y le condujeran cerca de la ventana.

—Quiero ver la triste campiña de Roma, el sol por la última vez de mi vida.

Fray Natalio y Bautista obedecieron las órdenes del conde; pero el cielo estaba nublado, y el sol, sin fuerza para romper las nubes, no embellecia la tierra con su luz vivificadora y brillante.

—¡Oh, si antes de morir pudiera verle un solo instante! esclamó el conde dirigiendo su triste mirada hácia el camino de Roma.

Aquella existencia, próxima á estinguirse, parecia reanimarse con el destello de una esperanza.

—Abrid los cristales de esa ventana, repitió el conde: así

LA PERDICION DE LA MUJER.

Muerte del conde de Villafort.

veré mejor el camino; ¿á qué poner obstáculos á mi vista débil y cansada?

—El dia está bastante desagradable, señor conde, dijo el ayuda de cámara.

—Cuando una planta ha perdido la sávia, es inútil encerrarla en un invernadero: abre bien, Bautista, abre sin miedo; todo ha terminado para mí.

El conde dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Bautista, obedeciendo á una seña de fray Natalio, abrió la ventana.

El aire frio y húmedo de aquella mañana desagradable penetró en la habitacion.

El conde se estremeció, como sintiendo el cambio repentino de temperatura, pero al mismo tiempo volvió á levantar la cabeza, y fijando con avidez la mirada en el camino, murmuró en voz baja:

—No viene... no vendrá... me dice el corazon que voy á morir sin verle.

Y tartamudeó algunas frases, de las que solo pudo comprenderse el nombre de Arturo repetido con frecuencia.

Don Pedro reclinó la cabeza sobre el respaldo de la butaca, como si fuera á dormir, y cerró los ojos.

Fray Natalio y Bautista guardaron silencio.

De repente el conde se incorporó, haciendo un movimiento brusco, y estendiendo los brazos en direccion á la ventana, esclamó:

—¡Vedle, allí viene! ¡Oh, qué pesado es el galope de su caballo! ¡Arturo, Arturo de mi alma! yo te espero con los brazos abiertos para perdonártelo todo.

Esto dijo el noble anciano, cogiéndose al mismo tiempo con fuerza al marco de la ventana.

Quiso levantarse.

Fray Natalio y Bautista, creyendo que iban á faltarle las fuerzas, corrieron para sostenerle.

Don Pedro cayó desplomado en la butaca: vióse balancear su cabeza como un objeto que carece de apoyo; sus ojos se cerraron, y sus labios se entreabrieron para dar paso á un gemido prolongado y doloroso.

Era el último soplo de vida que se escapaba de su pecho.

Era el eco de la muerte que brotaba de su boca.

El conde de Villafort habia muerto.

Bautista, tan pronto como se cercioró de la desgracia, cayó de rodillas á los piés de su amo, y cogiendo una de sus manos frias y yertas, la besó repetidas veces.

Fray Natalio estendió los brazos sobre el exánime cuerpo del conde, hasta tocar con el estremo de sus dedos aquella frente venerable, pronunciando al mismo tiempo la oracion de difuntos en voz baja.

Luego colocó sobre el pecho del cadáver el cristo de bronce que pendia de su grueso rosario, y arrodillándose tambien cerca del sillon, dijo:

—Dios te reciba en su santa gracia. El conde de Villafort ha dejado de existir sin ver satisfechos los últimos deseos de un padre. Bautista, roguemos al Todopoderoso por el alma de este hermano que acaba de abandonar el cuerpo.

Al terminar estas palabras, oyóse por el camino de Roma el precipitado galope de un caballo.

El fraile y Bautista continuaron su rezo.

El silencio de la muerte reinó en aquella habitacion.

Aquellas tres cabezas, igualmente cubiertas de canas, permanecian inmóviles é inclinadas al suelo.

La una en busca de la fosa.

Las otras elevando su pensamiento al cielo.

CAPITULO III.

LLEGAR TARDE.

Sin detenernos á reseñar las causas de la tardanza del vizconde de Villafort, continuaremos la novela en la modesta casita de la Via Appia.

Aún permanecian arrodillados junto al cadáver el misionero y el ayuda de cámara, cuando Arturo, cubierto de polvo, se presentó en la habitacion mortuoria.

El ruido de sus pasos hizo levantar la cabeza á los que oraban, y fray Natalio, al reconocer al vizconde de Villafort, dirigió una mirada de reconvencion al jóven, diciéndole al mismo tiempo:

—Llegaste tarde, Arturo; tu nombre fué el último que pronunció tu padre cortando el hilo de su existencia.

El vizconde, sin responder á aquella reconvencion del religioso, se abalanzó á la butaca en donde se hallaba el cadáver de su padre.

—Arrodíllate y ruega á Dios por su alma, ya que en la tierra dejaste abandonado su cuerpo.

Arturo, sobrecogido por la desgracia y subyugado por la grave entonacion del religioso, dobló las rodillas, permaneciendo por algunos instantes sin poderse esplicar lo que sentia.

Cuando el fraile hubo terminado la oracion, se levantó sin abandonar su austera gravedad, y volvió á decir:

—Conduzcamos el cadáver del conde de Villafort hasta su lecho.

El fraile cogió el cuerpo de don Pedro por debajo de los brazos y Bautista por los piés, conduciéndole de este modo hasta la cama.

Mientras tanto Arturo no habia desplegado los labios.

Diríase que aquel jóven calavera, insolente y atrevido que con tanto desprecio miraba lo que existe de mas respetable sobre la tierra, se hallaba en aquel momento abismado bajo el peso de esa misteriosa reconvencion que brota de la conciencia y que afea nuestra conducta.

El misionero dirigió nuevamente la palabra á Bautista, diciéndole:

—El cuerpo del señor conde de Villafort debe ser enterrado, segun sus disposiciones, en el pequeño cementerio del convento de Terracina. El prior es amigo mio. Usted, buen Bautista, tendrá la bondad de llevarle una carta que voy á escribirle; la distancia no es muy larga; puede usted enganchar el pequeño carruaje que ha servido por espacio de algun tiempo para llevarnos á Roma.

Y fray Natalio, dirigiéndose á una mesa, escribió rápidamente unas líneas sobre unas hojas de papel, entregándolas

luego á Bautista, que salió de la habitacion con los ojos arrasados en lágrimas, y no sin dirigir antes una cariñosa mirada al cadáver de su amo.

El fraile y el vizconde se quedaron solos; hasta este momento no pudo Arturo sacudir el asombro, el abatimiento que le causaba lo que veia.

—¡Muerto mi padre! murmuró con bronco acento.

Y entonces por la primera vez, abalanzándose al lecho, depositó un beso en la frente aún tibia de su padre.

—Sí, muerto; tú no has querido dar oidos á mis cartas, creyéndolas sin duda un pretesto para arrancarte de esa vida de disipacion á que te has entregado; has hecho mal, Arturo: un hombre como yo que vive de la verdad, no miente jamás. Hace muy poco, ese noble y bondadoso anciano que ha dejado de existir, se hallaba allí, junto á esa ventana, con la mirada afanosa en direccion á Roma, con los brazos estendidos hácia ese camino por donde segun él debia llegar su hijo. Sus ojos se cerraron á la luz de la existencia, su pecho exhaló el último suspiro, y tú no llegaste. ¿Quién sabe si tu presencia hubiera podido aun reanimar el decaido espíritu del conde de Villafort?

Mientras el fraile dirigia estas graves reconvenciones al vizconde, este permanecia inmóvil y silencioso junto al lecho en donde se hallaba el cadáver.

Fray Natalio inspiraba respeto y veneracion al jóven calavera.

Por eso sin duda no encontró Arturo palabras con que disculpar su conducta; por eso escuchó con resignacion las reconvenciones que le dirigia aquel venerable anciano, sintiéndolas rugir en el fondo de su pecho como una amenaza del cielo.

Así trascurrió una hora.

Poco á poco el sobresaltado espíritu de Arturo fué tranquilizándose, y apartándose del lecho, se acercó al sitio que ocupaba el fraile junto á la ventana.

—Padre Natalio, le dijo: conozco que acabo de perder la mayor fortuna de un hijo, mi padre.

—Sí, bien puedes decirlo. ¿Quién sobre la tierra guardará en su pecho para tí un amor mas profundo, mas verdadero que el que te profesaba ese noble anciano cuando el espíritu vital animaba su cuerpo?

—Nadie, es verdad; no trato de negarlo: conozco mi culpa, y aquí en este apartado recinto, lejos de las necias vanidades del mundo, mi corazon desecha la soberbia y me siento humillado; pero lo confieso: al leer las dos cartas que usted me escribió, nó pude creer tan amenazada la existencia de mi padre, y dejé pasar algunos dias antes de ponerme en camino; circunstancias que no son para revelarlas en este momento detuvieron mi marcha. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Llorar por el hombre que tanto te amó, repuso el sacerdote dirigiendo una mirada á Arturo, cuyos ojos permanecian secos, aunque algo enrojecidos. Llorar por el alma del que indudablemente á estas horas intercede por tí ante el trono del Sumo Hacedor.

—¡Llorar! repitió con amargura Arturo. ¡Llorar! Algunos séres malditos sin duda por Dios, ignoran en qué parte de su cuerpo se halla esa fuente de donde emanan las lágrimas.

—¡Desgraciado! murmuró el fraile: hé aquí el fruto de una vida de disipacion; hé aquí la cosecha que recoge el hombre cuya mano es pródiga en sembrar el mal. ¿De qué sirvie-

ron los consejos que en otro tiempo te prodigué con labio cariñoso? ¿Qué se hicieron las promesas del niño?

—¿Lo sé yo por ventura? La hoja desprendida de un árbol y empujada por el soplo poderoso del huracan, ¿sabe dónde va? Culpable ó inocente, creo padre mio, que ya no es tiempo de retroceder.

Fray Natalio dirigió una mirada de compasion al jóven, que buscando la disculpa de su conducta en la fatalidad, se creia libre de responder á los cargos que le dirigia.

—Calla, Arturo, calla, no añadas á un error otro error. ¿Quién ha podido imbuir en tu mente tan falsas ideas? ¿Qué es para tí el arrepentimiento?

—El arrepentimiento no es para mí otra cosa que una debilidad del espíritu.

—¡Desgraciado! algun dia conocerás tus lamentables equivocaciones.

—No seré yo el que me enoje con usted, padre mio. Sé el respeto que me merecen esas canas, y acato la virtud intachable de su corazon. No sé si soy criminal ó inocente, no sé qué castigo se me impondrá en la otra vida al juzgar mis pasos en la tierra, pero puedo jurarle por lo mas sagrado que mi espíritu se encuentra en una de esas situaciones violentas que no se pueden definir; si con una parte de esta sangre que arde en mis venas, pudiera devolver la existencia á mi padre, ¿cree usted que no la daria gustoso? ¿Cree usted que yo no hubiera querido recibir su último suspiro, su último beso? ¿Quién ha motivado este retraso? la fatalidad. No culpe usted á nadie mas. La fatalidad ha sido.

Fray Natalio iba indudablemente á rebatir las palabras de

Arturo, cuando abriéndose la puerta de la habitacion se presentó Bautista acompañado de un religioso.

Era el prior del convento de Terracina.

Entonces fray Natalio mandó á Bautista que condujera á Arturo á otra habitacion, y leyéndole las últimas disposiciones del conde de Villafort al religioso, le manifestó que dispusiera del cadáver segun quedaba mandado.

Al dia siguiente la comunidad del indicado convento trasladó el cadáver del conde de Villafort á su última morada.

Fray Natalio y Bautista acompañaron los restos del conde.

Arturo permaneció todo el dia encerrado en su habitacion.

Aquella misma tarde fray Natalio tuvo una conferencia con el vizconde, enterándole de todo cuanto habia dispuesto su padre.

—¿Piensa usted volver á España? preguntó el vizconde al fraile.

—Pienso terminar mis dias, si Dios no dispone otra cosa, en San Lorenzo del Escorial. Si alguna vez necesitas de mí, ya sabes adónde me encontrarás.

—Entonces haremos el viaje juntos hasta Madrid.

—Yo debo detenerme en Roma algunos meses.

—¿Por qué no venir conmigo?

—Me es imposible.

Arturo procuró en vano convencer á fray Natalio, y algunos dias despues volvió á trasladarse á España, en donde le llamaban asuntos para él de la mayor importancia.

Bautista y fray Natalio se quedaron en la casa de la Via Appia.

—El señor conde ha sido tan bueno para conmigo, dijo un

dia Bautista al fraile, que me ha dejado una pension vitalicia de veinte reales diarios; pero yo no tengo familia: ¿qué voy á hacer solo en mi ancianidad?

—Viviremos juntos, amigo mio. Puede usted desde ahora trasladarse á mi casa del Escorial, adonde yo iré á á reunirme con usted tan pronto como mis asuntos me lo permitan.

Bautista no pudo contener un grito de alegría, porque á aquel bondadoso anciano le aterraba la soledad.

—Ahora, continuó el fraile, voy á encargarle á usted una comision, porque supongo que partirá usted antes que yo.

—Partiré mañana, si usted lo quiere.

—Bien, partirá usted mañana. Tan pronto como llegue usted á Madrid, procurará averiguar el paradero de un profesor de música llamado Leandro, que vivia en la calle del Olmo. En cuanto usted encuentre á ese sugeto me escribirá, dándome noticias de él, poniendo el sobre de la carta del modo siguiente:

«A fray Natalio de la Concepcion, misionero, en el convento de *Aracœli*.—Roma.»

Bautista ofreció desempeñar la comision tan pronto como llegara á Madrid.

Y ahora nosotros, adelantándonos al ayuda de cámara, vamos á trasladarnos nuevamente á la heróica villa del Dos de Mayo.

CAPITULO IV.

UNA CAIDA QUE FAVORECE Á UN ENVENENADOR.

Por el tiempo que nos ocupa, es decir, una tranquila y hermosa tarde del mes de marzo, dos ginetes descendian por la calle de Alcalá en direccion al Prado.

Era uno de ellos jóven y estremadamente hermoso, si bien sus facciones sin pelo de barba le daban cierto carácter femenino y delicado.

El otro, hombre de cincuenta años, barba canosa, rostro chupado y pequeños y hundidos ojos, tenia cierta espresion maligna que contrastaba notablemente con su compañero.

Ambos montaban magníficos y arrogantes caballos de silla, de esos que llaman los aficionados de pura sangre.

Algunos transeuntes fijaron las miradas en el hermoso jóven que parecia mecerse con cierta languidez sobre el ceñido *galápago* que oprimia el lomo del caballo.

Poco antes de llegar á la fuente de Cibeles, una carreta cargada de mostelas que bajaba de la puerta de Alcalá, rozó

bruscamente las ancas del brioso caballo que montaba el jóven, el cual, encabritándose resentido por el dolor, dió una huida violenta, despidiendo de la silla al ginete, que fué á caer á algunos pasos de distancia.

Un grito de asombro resonó en derredor del infortunado jóven, y la gente se agrupó instada por el interés y la curiosidad, oyéndose las voces de

—¡Qué lástima! ¡qué desgracia! ¡le ha muerto! etc., etc.

Mientras tanto, el caballo se habia puesto en precipitada fuga, tomando el camino de la Fuente Castellana, y el jóven, sin movimiento, como si fuera un cadáver, se hallaba cubierto de barro y sangre en mitad de la calle.

El otro caballero que le acompañaba echó pié á tierra, y entregando las bridas de su caballo al primer hombre que creyó que por sus trazas podia encargarse de semejante ocupacion, corrió demostrando el mayor interés adonde estaba su desmayado compañero.

La gente que le rodeaba avanzó tambien, creyéndole padre del desgraciado ginete.

—¿Quién de ustedes tiene la bondad de ayudarme? dijo el de la barba cana dirigiéndose á los espectadores.

La caridad no anda por el mundo tan escasa como suponen algunos escépticos, y por eso sin duda mas de veinte voces respondieron á un tiempo:

—¡Yo! ¡Yo!

El ginete fué conducido al inmediato cuartel de la Guardia Civil, y colocado sobre un modesto lecho.

Los curiosos siguieron detrás deseando saber quién era el jóven y la importancia de la caida, pero los civiles despejaron

la gente, quedándose solo el jefe de la guardia, un alcalde de campo yun comisario de policía que acertaron á pasar por allí en aquel instante.

—Pero ¿está muerto ese jóven? preguntó el comisario sacando al mismo tiempo la cartera.

—No, caballero, le contestó el hombre de la barba cana. Su pulso, aunque débil, indica que vive; su corazon, aunque con poca regularidad, late.

—Es preciso buscar un facultativo, objetó el alcalde de campo.

—Yo lo soy, repuso el hombre, que no era otro que Jacobo el ginebrino.

—Entonces disponga usted lo que deba hacerse, repitió el comisario.

Jacobo lavó con agua la herida de la frente de la marquesa de Fontan, pues este era el ginete que tan mal parado se hallaba, y luego de reconocerla, dijo:

—La herida es de poca consideracion; pero creo muy del caso hacerle una sangría corta de seis onzas, para que recobre el conocimiento, pues no sabemos si tendrá en el cuerpo algunas contusiones de mas importancia.

Y diciendo esto sacó un estuche del bolsillo, pidió una venda, y rasgando la manga del levita, sangró del brazo al fingido baron de Soany.

—Necesito una persona, dijo Jacobo dirigiéndose á los que le rodeaban, que vaya á la calle del Baño para que venga un carruaje, y que conduzca al mismo tiempo los caballos á la cuadra. Se le pagará bien.

Y Jacobo, diciendo esto, vendaba con la ligereza de un

práctico sangrador el brazo de Carolina, cuya blancura admiró á cuantos le vieron.

Un guardia entró en este momento á decir que se habia cogido el caballo y que lo traia un hombre.

Jacobo, sin apartar los ojos de la marquesa, cuyo pulso comenzaba á latir con mas regularidad, escribió unas líneas en una hoja de su cartera, y dijo dirigiéndose al guardia:

—Hágame usted el favor de encargarse de que lleven este papel adonde dicen las señas, y que al mismo tiempo entreguen en la misma casa los caballos. Calle del Baño, casa del señor baron de Soany: es bastante conocido.

El título y la juventud del desmayado jóven hicieron aumentar el interés.

Carolina por fin abrió los ojos, dirigiendo una mirada vaga en derredor suyo y haciendo al mismo tiempo un gesto de dolor.

—Ánimo, señor baron; esto no ha sido nada, dijo Jacobo rodeando con uno de sus brazos la cintura de la marquesa para que se incorporara.

Carolina probó á levantarse, y un segundo gemido dió á comprender la falta de sus fuerzas.

—No puedo, dijo con voz débil.

—Entonces permanezca usted sin moverse hasta que venga el coche que he mandado á buscar.

—¡Ha sido una caida horrible! volvió á decir.

—¡Ya lo creo, caballero! objetó el jefe de la guardia: con menos hay quien ha hecho el camino de la eternidad; yo vi el año pasado caer del mismo modo al teniente Perez Pando, y quedó muerto en el acto.

—Sí, ha sido mucha suerte, repuso Jacobo; pero confio que el restablecimiento será pronto. En estos casos, la juventud es un gran auxiliar de la medicina.

Carolina exhaló un suspiro.

Tenian el semblante de la marquesa esa palidez mate de los enfermos graves que mueren por consuncion, y á pesar de eso podia notarse en sus finas y suaves mejillas dos rosetas de vivos colores que formaban un contraste maravilloso.

—El hombre que conducia la carreta se halla detenido: ¿qué se hace con él? preguntó un civil cuadrándose delante de su jefe.

Este miró á Jacobo, como preguntándole con aquella mirada qué respuesta debia dar al guardia.

—Ruego á usted se le deje continuar su camino sin molestarle, respondió Jacobo: ese pobre hombre no ha tenido en nada la culpa; el caballo que montaba el señor baron tiene dias fatales en que se espanta de la cosa mas pequeña. Varias veces le he aconsejado que se deshiciera de un animal tan inquieto como receloso, pero el baron es demasiado jóven y muy confiado. Yo le habia asegurado muchas veces que le sucederia una desgracia: no debemos, pues, culpar á nadie. La fatalidad combina de un modo terrible las desgracias.

—Puesto que este caballero no quiere tomar parte en el asunto, y que él mismo confiesa que no es la culpa del hombre de la carreta, déjele usted continuar su camino.

Tomó nota el comisario de policía de todo lo que creia conveniente segun su cargo, y llegó á la puerta del cuartel el carruaje del baron de Soany, el cual fué trasladado por cuatro guardias con todo el esmero que requerian las circunstancias.

Jacobo dió las gracias á todos por el interés que se habian tomado, y con esto y dejar á los curiosos sin saber mas que lo que habian visto, partió el carruaje en direccion á la calle del Baño.

Los curiosos continuaron su paseo, comentando cada cual á su manera la desgracia ocurrida y la juventud del ginete.

CAPITULO V.

DONDE EL CONDE POLVIANY SE QUEDA CON LAS MISMAS DUDAS.

Pronto cundió la noticia por Madrid de que el baron de Soany se hallaba gravemente enfermo de resultas de una caida del caballo.

Acudieron los amigos de Filiberto y del vizconde de Villafort, que se hallaba por entonces ausente de la capital de España; pero no pudiendo ver al paciente, se contentaron con escribir su nombre en el pliego de papel que se hallaba en la portería.

La sociedad moderna tiende con asíduo afan á disfrutar de todas las comodidades de la vida.

Entre los muchos inventos debidos al genio creador del siglo XIX, se encuentran dos costumbres modernas bajo todo punto de vista perfectamente comprendidas.

Una de ellas es la de comer todo cuanto se quiere y rechazar sin cumplimientos los platos que no gustan, aun en aque-

llas mesas de etiqueta que nos sentamos por la primera vez.

Antes la buena educacion exigia comer poco aunque se tuviera hambre, y no dejar de servirse ni aun de aquellos platos que nos repugnan.

Esto producia algunas malas digestiones y no pocos cólicos; con justicia, pues, se ha rechazado ese martirio del estómago que afectaba igualmente á todos.

La otra costumbre es la de colocar un pliego de papel blanco en la portería sobre una mesa, donde los amigos, sin molestarse ni molestar al enfermo, pueden pasar y escribir su nombre en la lista, quedando con esto perfectamente cumplidos con el que retiene en el lecho la falta de salud.

El baron de Soany, por órden de Jacobo el ginebrino, no recibia á nadie, si se esceptúa á dos ó tres amigos de la mayor confianza, entre los que se contaba al conde Amadeo Polviany y Felicidad, su antigua doncella.

Como hemos dicho, Arturo de Villafort se hallaba fuera de España.

A la caida de la tarde Carolina, ya en su cama, y gracias á algunos medicamentos que le suministró Jacobo, pudo hallar un poco de tranquilidad en brazos del sueño.

Acababa de oscurecer.

Una lámpara colocada sobre una mesa era la única luz que alumbraba la habitacion.

Jacobo leia.

Carolina, profundamente dormida en su lecho, tal vez soñaba en algun dulce episodio de su juventud, tal vez en algun recuerdo doloroso y terrible de los últimos años de su vida, harto agitada por el fuego de las pasiones.

Amadeo Polviany entró en la habitacion andando de puntillas como el que teme meter ruido, y fué á sentarse cerca del médico.

—Buenas noches, dijo.

—¡Ah! ¿es usted? contestó apartando los ojos del libro Jacobo.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Una desgracia que puede tener fatales consecuencias, repuso Jacobo bajando la voz y dirigiendo recelosas miradas hácia la alcoba.

—Sí, me han dicho en *El Ramillete de Oro*, dónde me hallaba casualmente, que el maldito *Kader* ha despedido de la silla, con el empuje de una catapulca, al pobre baron.

—Es verdad.

—¿Cómo ha sido eso?

—Nada tan sencillo.

Y Jacobo refirió con naturalidad el hecho.

—¿Y qué opina usted de esa caida?

—Nada por ahora: el médico no debe nunca precipitarse.

—Pero ¿tiene algun hueso fracturado?

—Ninguno.

—Entonces, del mal el menos.

—Sin embargo, señor conde, esas caidas son fatales.

—¡Ya lo creo! ¿Y duerme?

—Hace una hora.

—¿Es bueno eso?

—Todo lo que sea descansar es provechoso.

—Entonces, Dios le dé un sueño profundo y prolongado.

—Lo deseo vivamente; eso seria muy útil para el enfermo.

—Filiberto debe vender ese caballo. Creo que tiene vértigos.

—Yo se lo he indicado.

—¿Y no quiere?

—No: dice que *Kader* es el caballo que en mas estima tiene.

—Entonces, preciso es confesar que tiene en poco su vida.

—Tal creo. Lo que le ha sucedido esta tarde se lo tenia yo pronosticado.

—Lo cual prueba que es usted profético.

—Lo que yo veia entonces, lo ve cualquiera que sea medianamente entendido en caballos.

—Pues el baron no vió otra cosa que la gallardía, la belleza de su caballo favorito: es incorregible.

—Creo que por ahora desistirá de su empeño.

El ginebrino miró recelosamente en derredor suyo, y dando á su semblante cierta misteriosa espresion, exhaló un suspiro.

—Eso me indica que el pobre Filiberto se halla de peligro.

Jacobo bajó la voz y dijo:

—Creo que no vivirá mucho.

—¡Diablo! ¿de veras?

El ginebrino afirmó con un movimiento de cabeza sus temores.

—Mucho va á sentirlo Arturo, repuso Amadeo con marcada malicia.

Jacobo se quedó mirando al conde Polviany como si no le comprendiera.

Amadeo se sonrió, y bajando la voz hasta el punto de que apenas pudiera oirle su interlocutor, continuó:

—En las casas no hay secretos para los médicos. Vamos,

con franqueza, señor don Jacobo: Schuff Filiberto ¿es hombre ó mujer?

—Señor conde, esa es una pregunta que me haria reir en otras circunstancias, contestó el ginebrino.

—¡Bah! señor doctor, no se haga usted el desentendido. Es imposible que usted ignore la verdad; usted, el hombre de confianza de Filiberto.

Y Amadeo, guiñó el ojo, sonriendo maliciosamente.

—Ignoro de lo que me está usted hablando; ó por mejor decir, no comprendo á usted.

—¿De veras? permítame usted entonces que me estrañe. Pero si es la prudencia la que le obliga á guardar el secreto, nada tema, puede hablarme con toda franqueza; juro no comprometer á usted.

—Amigo mio, vuelvo á repetirlo: no comprendo á usted.

—Pues bien: en Madrid se asegura que el baron de Soany es una mujer.

—En Madrid la calumnia es moneda corriente.

—¿Luego no es cierto?

—No, amigo mio; puedo jurárselo á usted.

Amadeo se encogió de hombros, demostrando que le era indiferente; pero al mismo tiempo indicó que no daba crédito á las palabras del ginebrino.

Poco despues salia de casa del baron de Soany con las mismas dudas que habia entrado.

Cuando llegó al Casino se reunió en la sala de juego con algunos amigos.

Entre ellos se encontraba Narciso de Rioalto.

—Vengo de ver al pobre baron de Soany, dijo Amadeo.

—¡Ah, sí! ó lo que es lo mismo, á la querida del vizconde de Villafort.

Una carcajada resonó alrededor de Narciso.

Amadeo no se rió.

—Creo, querido Narciso, que haces mal en afirmar una cosa sobre la que no tienes una completa seguridad.

—¡Bah! ya que tú eres tan crédulo, permíteme que yo no lo sea.

—Vengo de casa de Filiberto.

—¿Y es verdad que esta tarde ha dado una caida? preguntó un tercero.

—Y bastante grave, repuso otro.

—¿Y qué? dijo Narciso.

—El doctor ginebrino, hombre de confianza de Filiberto, me ha jurado que no es verdad lo que se murmura.

—Precisamente debemos creer menos en los juramentos del doctor, puesto que es el hombre de confianza del baron.

—Voy á darte un consejo, dijo Amadeo.

—Procuraré tomarle.

—Pues bien: no hables mas de semejante asunto.

—¿Eso es un consejo ó una amenaza?

—Un consejo solamente, pues te quiero y conozco al vizconde de Villafort.

—El cual me pedirá una satisfaccion. ¡Oh! eso le pondria en ridículo. Batirse por una mujer se comprende, pero por un hombre...

Y Narciso soltó una carcajada, continuando despues:

—Solo eso faltaba á la brillante historia de Arturo de Villafort.

Amadeo, sin ser cobarde, era bastante prudente para no prolongar una discusion que tan poco favor podia hacer á su amigo el vizconde de Villafort.

Así es que propuso una partida de *ecarté* á uno de sus amigos, retirándose á otra mesa.

Narciso se quedó rodeado de algunos jóvenes.

—Parece que el conde Polviany no quiere discutir contigo, le dijo uno de esos aduladores que nunca faltan á quien convida á cenar con frecuencia.

—Hace bien, contestó desdeñosamente Narciso de Rioalto; porque la discusion sobre ese tema podria traerle malos resultados.

—¿Y cómo te va con tu nueva conquista del camino de los Carabancheles? preguntó otro.

—La hermosa solitaria acabará por redimirte.

—Dicen que es un portento de hermosura.

—Amigos mios, suponiendo que hableis de Andrea, la jóven que fué en otro tiempo querida de Arturo de Villafort, y suponiendo asímismo que no conoceis la historia de esa pobre víctima del vizconde, os ruego que no pronuncies su nombre, á no ser para enaltecerle.

—¡Diantre! ¿es alguña virtud romana?

—¿Alguna Magdalena del siglo diez y nueve?

—¿Alguna Lucrecia?

—Es una mártir: respetadla como se merece, y hablemos de otra cosa.

Narciso dijo con tal entonacion las anteriores palabras, que nadie se atrevió á contradecirlas.

¿Se habia convertido Narciso? ¿Era uno de esos jóvenes

que retroceden á tiempo en el camino del mal? ¿Quién puede asegurarlo? Solo diremos que desde que nosotros no hemos estado en la casa de campo que ocupaban los dos enfermos incurables, el jóven millonario habia visitado algunas veces á la infortunada hija de don Leandro.

CAPITULO VI.

DONDE EL GINEBRINO REFLEXIONA SOBRE LO PORVENIR.

Jacobo se quedó solo.

Durante algunos minutos permaneció con la mirada fija en el suelo y como si alguna idea le preocupara.

Por último se levantó, y procurando hacer el menor ruido posible, fué hasta la alcoba.

Carolina dormia, pero con ese sueño intranquilo de la calentura.

El ginebrino la estuvo contemplando con espresion melancólica.

Cualquiera hubiera dicho que aquel hombre se interesaba vivamente por la salud de la enferma.

Cuando poco despues la marquesa abrió los ojos, exhalando al mismo tiempo un suspiro fatigoso, vió á Jacobo, y enviándole una sonrisa en la que podia notarse el agradecimiento, le dijo:

—Va usted á enfermar, doctor.

—Poco importa mi salud, respondió el médico con fingida hipocresía, si usted recobra la suya.

—¡La mia! repitió Carolina con espresion dolorosa: ¡la mia! Creo que la he perdido para siempre.

—No opino del mismo modo.

—¿Qué ha de decir usted?

—Lo que me dicta la esperiencia. Cuando el enfermo es jóven, mucho puede la ciencia; y aunque la caida ha sido terrible...

—Usted sabe, doctor, que me sentia enferma antes de suceder el desgraciado acontecimiento.

—Sí, pero aquello era una indisposicion ligera.

—Siento los mismos síntomas, si bien ahora me parecen mas agudos.

—Efecto sin duda de la pérdida de sangre, de la debilidad.

—Eso será; pero yo tengo algo dentro de mí que me quema la sangre, que me quita las fuerzas.

—Aprensiones: los nervios, que se hallan sobrescitados desde la ausencia del señor vizconde.

—¡Ah, sí! tiene usted razon: mis súplicas no han logrado convencer á Arturo.

—Piense usted, señora, que su padre moribundo le espera.

—¿Por qué no llevarme consigo?

—Se halla usted delicada. Ha sido una medida prudente que yo mismo le aconsejé.

—Hizo usted mal.

—En tal caso, lo hice con buena intencion. El interés que usted me inspira...

—Gracias, doctor.

—¿Está usted enojada?

—¿No es usted mi verdadero amigo?

—¿Puede usted dudarlo?

—¿No es usted la única persona que se interesa por mí, que me consuela en la soledad en que vivo?

Y Carolina tendió una mano al doctor.

—Solo así correspondo á los beneficios que la señora marquesa me concede.

—Ruego á usted que me llame por mi nombre de guerra.

—Perdone usted si he cometido una imprudencia.

—Segun me dijo Arturo antes de partir, Narciso de Rioalto ha sido el primero que arrojó la piedra del escándalo. Ese jóven aturdido fué un imprudente, y el señor vizconde le hubiera castigado, á no impedírselo el repentino viaje.

—¡Un duelo! Así arreglan los hombres todas las cosas. Porque Arturo se bata con Narciso, aunque le venza, ¿podrán por eso borrarse las sospechas?

—Detendrá, sin embargo, la punzante lengua de la murmuracion.

Carolina hizo un gesto de desprecio.

—Me importa poco: mi suerte está echada. Cuando termine la venganza que me quita el sueño, me retiraré del mundo. Si Arturo me ama, compartirá conmigo el destierro voluntario que voy á imponerme; si no me ama...

Carolina se detuvo.

Por su mente debió cruzar alguna idea terrible, pues sus ojos se oscurecieron de un modo notable, y su semblante adquirió una espresion amenazadora.

—Doctor, mi venganza se prolonga demasiado, dijo bajando la voz.

—La ausencia del vizconde lo dilata: el señor baron recordará que convinimos en esperar.

—Pues bien, yo quiero concluir pronto.

—Mi caja se halla dispuesta.

—No basta eso.

—¿Qué puedo yo hacer mas?

—Poner en ejecucion lo convenido.

—Espero la oportunidad, la ocasion.

—Se busca, repitió Carolina con apagado acento.

—El señor baron no ignora que una puñalada se da en la calle, en cualquier parte, si el brazo no tiembla y el corazon no carece de valor, pero un veneno es algo mas difícil. A mí me está vedado penetrar en casa del marqués; perseguido por los satélites que sirven á sus órdenes, soy víctima de su incesante espionaje. Ellos no ignoran que yo vivo aquí, y me admira que respeten mi sagrado. Si pudiéramos disponer de alguna persona de su casa...

—Todos los criados le son fieles.

—Eso me desespera.

—Pero ¿estaremos así toda la vida? He tenido sueños terribles, pesadillas de muerte, y no quisiera que se realizasen.

—El señor baron tiene la desgracia de ser muy vivo de genio.

—Y usted es un verdadero aleman.

—Lo cual es una ventaja en estas ocasiones. La precipitacion en asuntos como el que nos ocupa, suele conducir muchas veces al patíbulo.

Jacobo se sonrió de una manera fria, sarcástica, al pronunciar las anteriores palabras.

Carolina se estremeció, como si hubiera sentido en la garganta la tosca mano del bandido.

Luego cerró los ojos, y dejando caer con desaliento la cabeza sobre la almohada, permaneció inmóvil y silenciosa.

Jacobo esperó unos instantes, y viendo que guardaba silencio, fué á sentarse en una butaca, y cogiendo un libro se puso á leer.

Pero lejos estaba la imaginacion de Jacobo el ginebrino de las páginas del libro que tenia en las manos.

No era el remordimiento el que le preocupaba.

Cerca de él, una mujer jóven y hermosa sufria en el lecho del dolor, que debia ser para ella el de muerte.

—¿Qué daño le habia hecho aquella mujer? ¿Por qué le habia hecho beber el filtro destructor de un veneno?

El asesino solo reflexiona sobre un punto del crímen que medita: la conveniencia; sobre todo cuando el asesino recibe el encargo de matar, y cobra por su infamia un puñado de oro.

Jacobo, con sus drogas, con su charlatanismo, no habia logrado enriquecerse: su constante afan era adquirir, si no una fortuna, al menos una cantidad que pudiera preservarle de los dolores de la miseria.

Además, las circunstancias le habian proporcionado un papel importante en la comedia del marqués de Fontan.

Se decidió á representarle, pero cobrando un crecido sueldo y todo de una vez.

Era un actor solicitado que se hace dar un préstamo, temeroso de que la empresa quiebre.

Jacobo habia dado el primer golpe.

La muerte de la marquesa era inevitable: podia cuando mas prolongarse algunos dias, es decir, un mes.

Pero una duda atormentaba á Jacobo: el marqués de Fontan ¿le cumpliria la palabra?

Aceptando el crímen, es decir, pagando al envenenador de su mujer, se hacia cómplice del crímen con tanto delito á los ojos de la ley como el asesino que habia llevado á la boca de la víctima la fatal pócima.

El marqués era demasiado astuto, demasiado prudente para comprometerse.

Cuando Jacobo reflexionaba esto, sentia que la sangre de las venas se le enfriaba, y un miedo terrible se apoderaba de todo su sér.

Solo podia tranquilizarle la calidad del veneno, que no dejaba rastro en el cuerpo.

Además, una circunstancia le favorecia, y era la caida que aquella misma tarde habia dado el baron.

Caer de un caballo y morirse, no es inverosímil, sucede algunas veces.

Ser despedido un ginete de la silla y enfermar del golpe, nada mas natural.

El hilo de la existencia es frágil como si fuera de vidrio; se rompe con facilidad.

Nada tan natural como la muerte, ni nada tan variado como ese último suspiro en que se despide la vida.

A uno de esos hombres á quienes el ponderativo lenguaje familiar llama un *castillo*, basta para matarle el imperceptible soplo que infiltra en el cuerpo la pulmonía.

Jacobo pensaba todo esto, tranquilizándose á veces, sobresaltándose otras.

De todos modos, en lo que no tenia ninguna duda era en que su situacion era bastante difícil.

La manera de mejorarla era lo que le preocupaba en aquel momento.

CAPITULO VII.

EN BUSCA DE LA RECOMPENSA.

Serian las once de la noche cuando un criado entró á anunciar una visita.

Jacobo dejó el libro sobre la mesa, y se levantó para recibirla.

Era Felicidad.

El ginebrino, conociendo la intimidad que unia á aquella jóven con la marquesa, creyó oportuno dejarlas solas, pensando al mismo tiempo ir á comunicar al marqués de Fontan los progresos del veneno.

—Supongo, señorita, dijo el ginebrino conduciendo á Felicidad hasta la alcoba, que permanecerá usted por lo menos una hora al lado de la enferma.

—Pienso velarla toda la noche: he venido para quedarme.

—Tanto mejor.

—Haces bien, hija mia, dijo Carolina, que habia reconocido

la voz de su antigua doncella. El pobre doctor necesita descansar.

—Creo que me seria mas conveniente tomar un poco el aire, y puesto que esta señorita permanecerá aquí, pido á usted permiso para ausentarme una hora.

—Amigo mio, puede usted dar su nocturno paseo, segun costumbre, repuso Carolina.

—Aquí sobre esta mesa, volvió á decir Jacobo, se halla el medicamento que tiene que tomar la enferma á las doce.

Y diciendo esto, salió.

Sigamos nosotros á Jacobo el ginebrino, y entremos, despues de cruzar algunas calles, en el gabinete del noble marqués de Fontan.

—¡Ah! ¿es usted, querido médico? preguntó el diplomático con naturalidad.

—Yo soy, señor marqués, contestó el ginebrino doblándose como un junco ante el aristócrata, y sonriendo del modo mas humilde.

—Supongo que me traerá usted buenas noticias.

—No son del todo malas.

—Pues comience usted cuando guste.

—La casualidad nos favorece.

—No comprendo...

—Voy á esplicarme: el brebaje que se le dió en el pienso al caballo ha surtido un efecto maravilloso, ayudado por una carreta.

—Procure usted hablar con claridad.

—Lo haré así, puesto que usted lo desea. El señor baron ha salido á paseo.

—Sea enhorabuena.

—Montado en el inquieto y fogoso *Kader*.

—Es un bonito caballo: le vi el otro dia en las carreras.

—Sí, pero no es eso.

—Entonces...

—El señor marqués parece que esta noche no quiere entenderme.

—Perdone usted, amigo mio, es usted el que no se esplica.

Jacobo dió á su rostro una espresion de bienaventurado que en otras circunstancias hubiera hecho reir al marqués.

—Pues queria decir, que como la prudencia no está de mas en este mundo, y conviene atar bien los cabos cuando se quiere llevar á buen término empresas arriesgadas, repusó el ginebrino, despues que el baron de Soany tomó el líquido de la célebre caja que poseo, creí muy del caso para desorientar á los maliciosos, que hubiera un motivo para... por eso bajé á la cuadra, dispuse el pienso del indómito *Kader*, y el baron ha tenido una caida mortal que le obliga á guardar cama, y de cuya caida no sanará probablemente.

—He sabido esa desgracia, causándome un verdadero sentimiento.

—Lo creo.

—¿Qué dirá de ello el vizconde cuando vuelva?

—El vizconde es hombre que se olvida pronto de las cosas.

—Eso es una ventaja.

—Además, si tarda mucho, no verá á su amigo el señor baron.

—¿Tan enfermo se halla?

—Muy grave, señor marqués.

—¿Cuántos dias le da usted de vida?

—Ni treinta.

—¡Pobre jóven!

—Efectivamente es una lástima.

Jacobo, creyendo que el marqués hablaba en son de burla, procuraba imitarle.

—¿Y venia usted á darme tan desagradable noticia? preguntó Fontan.

—Como sé el interés que le inspira á usted ese jóven...

—Mas del que usted se imagina.

—Venia además á rogar á usted tuviera preparado mi pasaporte.

—¿Piensa usted marcharse?

—Sí, si usted no manda otra cosa.

—¿Y adónde?

—A Ginebra.

—Perfectamente.

—Soy bastante viejo, y pienso pasar el resto de mis dias tranquilamente en una de las aldeas que se hallan en las orillas del lago.

—¿Siendo médico de aquellos sencillos aldeanos?

—Sí.

—Supongo que tratando de retirarse á la vida pacífica, venderá usted la célebre caja de los milagros.

—El señor marqués sabe que esa caja solo tiene valor en mis manos.

—Es verdad.

—Conque podré esperar...

—¿El pasaporte?

—Sí, el pasaporte y el dinero que...

—Es muy justo: se le entregarán á usted tan pronto como la obra quede terminada, las dos cosas que desea; pero aún no ha llegado la hora.

—Parece que el señor marqués duda de mí.

—Aunque así fuera, no tendria usted derecho para quejarse.

—Una duda es siempre una ofensa.

—¡Bah! señor Jacobo, deje usted las susceptibilidades á un lado: usted no tiene derecho á dudar de nadie.

El ginebrino se mordió el labio inferior disimuladamente, sonriéndose al mismo tiempo como si las palabras de Fontan le hicieran gracia.

—Señor marqués, ya sabe usted que me precio de franco, y mucho mas tratándose de una persona tan distinguida como usted. Mi situacion es bastante crítica: necesito salir de España cuanto antes.

—Saldrá usted cuando se termine el negocio que motiva esta entrevista.

—Ya he dicho que puede darse por terminado.

—No me basta.

Jacobo hizo un gesto de impaciencia, y exhalando un suspiro, dijo:

—Esperaré, aunque puedo asegurar que el señor baron tiene los dias contados; pero si usted quiere, hablaremos del resultado de mi servicio.

—Como usted guste.

—Entonces, espero las órdenes del señor marqués.

—Supongo que no será usted exigente.

—No estoy en situacion de serlo.

—Sí, como no lo está el lobo cogido en el lazo de hierro.

Jacobo volvió á sonreirse de la comparacion.

—Es cierto que yo estoy desarmado, y que usted, señor marqués, lo está en demasía; pero aunque usted fuera mi enemigo, estoy tranquilo; me inspira confianza la nobleza del marqués de Fontan, y tengo una fé ilimitada en sus promesas. Así, espero que me señale la cantidad que he de recibir el dia que me entregue el pasaporte. Juro asímismo que no volveremos á vernos.

—Lo creo, repuso el marqués mirando de un modo frio é intencional á Jacobo. Convengamos, pues, en lo último.

—No deseo otra cosa.

—Tan pronto como venga usted á darme la infausta nueva de la muerte del baron de Soany, entregaré á usted una carta para uno de mis administradores, el cual dará á usted el pasaporte y la cantidad convenida.

—¿Y qué cantidad es esa, señor marqués?

—Efectivamente la cantidad no está convenida, pero puede convenirse ahora: pida usted.

—¿Yo?

—Sí: ¿no es usted el que vende una vida?

—Cierto; pero usted es el que propone la venta, el que la compra.

—Por eso pido el precio.

Jacobo se detuvo.

Sus ojuelos brillaron como los del gato en la oscuridad, y repuso:

—¿Le parece á usted mucho doscientos mil reales?

—Sean diez mil duros.

—¡Ah, señor marqués!...

—Pagaré además los gastos del viaje.

—¡Tanta bondad!

Y Jacobo se dobló hasta formar un arco con su cuerpo.

—¿Tenemos algo mas que convenir? preguntó el marqués.

—Si no fuera por miedo de que usted me trate de exigente, pediria al marqués un favor.

—Pida usted.

—Que me devolviera la declaracion que firmé aquella noche en el calabozo.

—Eso es una garantía para mí.

—Me humilla la desconfianza.

—Usted, Jacobo, tiene una historia bastante dudosa para que los hombres honrados confien mucho en sus palabras.

—Señor marqués, seria yo el mas repugnante de los ingratos si no fuera el mas humilde y leal de sus servidores.

—¿Qué diria el baron de Soany si supiera que su cómplice, su leal amigo Jacobo Schuff, le ha hecho beber un veneno?

—¿No tengo derecho á exigir nada? repuso Jacobo con hipócrita entonacion. Dios que lee en lo mas oculto de los corazones, sabe á lo que me hallo dispuesto.

—Ruego á usted que no profane el nombre sagrado de Dios, dijo el marqués haciendo un ademan que daba por terminada la entrevista. Cuando llegue la hora, se presentará usted en esta casa á recibir la recompensa.

—Así lo haré, contestó Jacobo levantándose. ¿Tiene algo mas que mandarme el señor marqués?

—Nada.

—Entonces voy á retirarme.

—Me dará usted diariamente, como hasta aquí, noticias del baron de Soany.

—Así lo haré: estoy á las órdenes del señor marqués.

—Buenas noches, Jacobo.

CAPITULO VIII.

UN HOMBRE DE CONFIANZA.

—¡Miserable! murmuró en voz baja el marqués cuando se quedó solo: hé aquí un hombre capaz de cometer el mas repugnante de los crímenes con la sonrisa en los labios; pero él recibirá el castigo que merece.

Y el marqués, llevándose la mano al pecho como si le molestara algun dolor, continuó:

—¡Oh! cuando pienso que por esa infame he perdido lo que mas amaba en el mundo... ¡Pobre Leoncio!

Fontan dejó caer la cabeza sobre el pecho, abrumado sin duda por el recuerdo de su hijo.

De pronto se irguió como el hombre que toma una resolucion desesperada.

Su rostro entonces habia perdido la frialdad habitual, la indiferencia.

Brillaban sus ojos como si fueran á despedir el rayo de la

cólera, y dejando caer con nervioso movimiento la mano sobre un timbre, dijo hablando consigo mismo:

—Sí, de ese modo castigo un crímen y sepulto un secreto que siempre me uniria con ese miserable.

Al terminar estas reflexiones, se abrió la puerta del gabinete y se presentó un criado.

El marqués se serenó instantáneamente.

Su semblante tornó á adquirir la espresion de frialdad que le era peculiar.

—¿Ha venido ese hombre? preguntó el marqués.

—Espera en el despacho hace una hora.

—Dígale usted que venga.

No tardó mucho en presentarse Manolo el Zurdo, el agente de policía que deben recordar nuestros lectores.

—Siéntate y fuma, le dijo el marqués: ahí tienes cigarros.

El Zurdo no se hizo repetir el ofrecimiento: ocupó una silla, y estendió el brazo en direccion á la cigarrera que se hallaba sobre la mesa.

El agente de policía, como hemos dicho en otra ocasion, era uno de esos hombres de edad indefinible cuyo semblante inspiraba confianza.

Quedóse mirando al marqués como el que espera órdenes de un superior.

—Escucha, Manolo: voy á hablarte con la confianza que me merecen tus servicios, y deseo que me hables con toda franqueza; el servicio que voy á pedirte no es muy grato, puede tener graves consecuencias; no quiero por lo tanto que te violentes en lo mas mínimo: lo que un hombre no admite porque le parece arriesgado, otro lo acepta fácilmente.

—Parece que el señor marqués no está contento de mí cuando me dirige esas palabras, contestó Manolo encendiendo el cigarro.

—Nada de eso: siempre me has servido bien.

—Entonces puede usted seguir mandándome como hasta aquí.

—En hora buena. Comienzo por decirte que acaba de salir Jacobo el ginebrino.

—Lo sé: he venido siguiéndole, porque, como he dicho varias veces al señor marqués, no le quito ojo de encima.

—El asunto de que estaba encargado ese aventurero, se terminará pronto, segun parece.

—¿A gusto del señor marqués?

—Sí.

—Eso es lo que conviene.

—El ginebrino ha venido á cobrar su trabajo.

—No se descuida.

—Por eso mismo quiero pagarle tal y como se merece.

—Es muy justo.

—Tú vas á encargarte de ello.

—Haré al pié de la letra todo cuanto usted me mande.

—Sé que eres un hombre valiente que no retrocedes ante ningun peligro; pero para lo que yo voy á encargarte se necesita algo mas que valor.

El Zurdo hizo un gesto desdeñoso.

—Procuraré hacer un esfuerzo, repuso el agente de policía.

—Ya comprenderás que tratándose de un hombre como Jacobo, no debo ser muy confiado.

—Efectivamente, el ginebrino es lo que se llama un mal bicho.

—Por lo mismo debo dejarle inutilizado, porque de lo contrario mañana se revolveria contra mí.

—En ese caso debíamos emplear aquel refran que dice: El que á hierro mata...

—Eso seria lo mas conveniente.

—Y lo mas sencillo; y si el señor marqués quiere, no ha de faltarnos un pretesto para quitarnos de en medio á un enemigo como Jacobo.

El marqués guardó un momento silencio, y luego dijo:

—¿Te seria desagradable hacer un viaje por mar?

—Ya he dicho que estoy á las órdenes del señor marqués, aunque preferiria terminar este asunto en tierra firme.

—Se trata de hacer un viaje á Manila.

—Lo haré.

—¿Sin violencia?

—Viajar es útil: siempre se aprende algo.

—Cuando regreses, el porvenir de tu familia estará asegurado. Si mueres en la travesía, tu mujer disfrutará de una renta de veinte mil reales al año, que yo depositaré en su nombre en el Banco de España.

—¿Qué debo hacer en Filipinas?

—Seguir exactamente mis instrucciones.

—Está bien: ¿iré solo?

—No: te acompañará Jacobo el ginebrino.

—¿En calidad de reo político?

—Tal vez.

—Ese viaje inspirará sospechas á Jacobo.

—Procuraremos desvanecerlas. Como comprenderás, no puede ese hombre permanecer en Europa.

—Entonces no digo nada. ¿Cuándo se emprenderá el viaje?

—Dentro de algunos dias.

—Creo que sale mañana de Madrid una cuerda de presos.

—Se suspenderá hasta nueva órden.

—¿Para que todos vayamos juntos?

—Eso es: prepara á tu mujer.

—¡Bah! para eso me basta con un par de horas. Mi mujer ha aceptado como yo la profesion á que me dedico, con sus ventajas y sus desventajas. No se asusta tan fácilmente; y además, cuando se sirve á un amo como el señor marqués que se acuerda de los hijos de sus criados...

—Su porvenir corre de mi cuenta. Soy rico, Manolo, ya lo sabes, y poco ó nada pueden influir en mi fortuna algunos miles de duros: quedamos, pues, convenidos en que te hallas dispuesto á emprender el viaje.

—Cuando el señor marqués guste.

—Entonces nada mas tenemos que hablar: ¿necesitas algo?

—Nada.

Y Manolo se levantó, despidiéndose despues de repetir sus ofrecimientos.

. . . . . .

. . . . . .

Felicidad penetró en la alcoba y fué á sentarse junto á la cabecera de la cama.

La enferma exhaló un suspiro.

—Ya ves, hoy he estado espuesta á morir. Te agradezco la visita: la soledad me abruma... Arturo no vuelve.

—¿Le ha escrito la señora marquesa lo ocurrido?

—Sí, se ha encargado de ello el doctor Schuff, pero la carta no llegará á manos de Arturo hasta dentro de cinco dias.

—El vizconde vendrá tan pronto como la reciba, no me cabe duda.

—¡Ay, Felicidad! creo que el vizconde me mira con indiferencia.

—No puedo creer eso. ¿Cómo ha de olvidar el señorito Arturo?...

—Nunca he tenido mas deseos de tenerle á mi lado; me siento tan mala...

—Muchas veces el estado de nuestro espíritu aumenta los padecimientos que nos aquejan.

—No, no, yo estoy real y efectivamente mala; la herida ha sido de muerte. ¡Dios mio! si no veré á Arturo.

—Tengo la seguridad que vendrá tan pronto como reciba la carta del doctor.

—¿Olvidas la causa de su viaje á Roma? Su padre, segun la carta de fray Natalio, se hallaba gravemente enfermo, y esto puede prolongar por algun tiempo la ausencia del vizconde. Mientras tanto, Narciso de Rioalto esparce por Madrid ciertos rumores que me ponen en ridículo, y tú, Felicidad, nada puedes hacer.

—Narciso es un villano, señorita; sin que yo pueda comprender la causa, profesa un odio á muerte al vizconde de Villafort.

—¿No es Narciso tu amante?

—¡Ah! mientras supe resistir á sus súplicas, mientras rechacé sus ofrecimientos, su voluntad fué mia.

—¡Pobre amiga mia! te has sacrificado inútilmente sin poderme salvar.

—¿Qué importa mi reputacion mancillada, mi nombre sirviendo de pasto á la maledicencia? Solo una pena me aflige: el no haber podido conseguir nada.

Y dos lágrimas asomaron á los ojos de Felicidad.

La marquesa cogió cariñosamente una de las manos de su doncella, y mirándola con ternura, repuso de este modo:

—Sí, tienes razon, todo ha sido inútil. Tú, engañada por las promesas de un hombre á quien creias tu esclavo, pensaste sujetarle á tu antojo; pero hay farsas, hija mia, que una mujer no puede representar por mucho tiempo. Narciso de Rioalto llegó á ser tu amante, y satisfecha su vanidad, hoy despreciará tus ruegos, mañana se burlará de tus lágrimas, y antes de mucho ni un solo recuerdo ha de guardar su memoria de aquella á quien en otro tiempo solicitó, haciéndole mil juramentos de amor.

—Narciso no me amaba, tardó muy poco en demostrármelo, y nada podemos esperar de él; yo he sido víctima de su vanidad como mañana lo será Andrea, como ha jurado que lo será usted algun dia, señora marquesa.

—¡Yo! ¿Sabe acaso ese jóven si abandonaré este lecho? ¿Quién puede asegurar que esta vida que se agita aún dentro de mi sér se prolongará por mucho tiempo? Yo desprecio á ese hombre.

—¡Ah, señora! Narciso es un enemigo terrible: es tenaz en sus empeños, nada le arredra, no retrocede ante nada; una noche, pocos dias despues de la muerte de su padre, Rioalto se hallaba rodeado de sus amigos; los vapores del vino embarga-

ban su cabeza: aquella noche juró que Andrea y Carolina de Fontan llegarian con el tiempo á ser sus queridas. Allí ofreció que yo lo seria tambien; recuerde usted, señora, que entonces despreciamos esta fanfarronada, pensando sacar partido de ella. El tiempo trascurrió: ni yo misma puedo esplicarme algunos acontecimientos; y hoy, como si despertase de un sueño, me veo despreciada, escarnecida por el mismo hombre que tantas veces he visto humillado y suplicante á mis piés. Créame usted, señora marquesa, ese hombre me inspira miedo. Triunfará de Andrea, porque ha logrado conmover una de las fibras mas sensibles que se agitan en el corazon: la gratitud; y en cuanto á usted, ya que no logre sus deseos, promoverá por lo menos el escándalo, y el duelo con el vizconde de Villafort será inevitable.

Las palabras de Felicidad produjeron indudablemente algun efecto á la marquesa, pues guardó profundo silencio, sin que la doncella se atreviera á interrumpirla por su parte.

Poco despues, la presencia de Jacobo el ginebrino evitó que las dos interlocutoras que nos han ocupado continuasen su interrumpida conversacion.

CAPITULO IX.

LÁGRIMAS.

Mientras tanto, los incurables del camino de los Carabancheles seguian caminando á pasos lentos hácia el sepulcro: Andrea con la sonrisa de los mártires en los labios; Felipe, impresa en su mirada esa indiferencia del demente que ignora el bien y el mal.

En cuanto á don Rafael, comenzaba á perder su buen humor.

Empleados todos cuantos recursos le aconsejaba la ciencia sin adelantar un paso, veia inútiles sus continuos afanes.

Quince dias despues de la partida de don Leandro volvió á presentarse Narciso de Rioalto en la casa de campo que nos ocupa.

Andrea le recibió con la amabilidad que se acostumbra, tratándose de un buen amigo de quien se han recibido repetidas pruebas de aprecio.

—Vengo por segunda vez, señorita, dijo Narciso con respetuoso acento, á molestar su atencion.

—¿Pueden molestar nunca los amigos como usted?

—Yo agradezco esa deferencia, pero conozco al mismo tiempo que cuando se ha recibido una herida en el alma, nada nos es tan grato como la soledad. En algun tiempo, casi estoy por asegurar á usted que yo no hubiera comprendido las palabras que le dirijo en este instante. Amigo del bullicio, de la agitacion, del ruido aturdidor del mundo, buscaba esos goces pasajeros que acaban por hastiarnos: hoy pienso de otro modo.

Y Narciso, sonriéndose con triste espresion, hizo un movimiento de cabeza como el que desea dar otro giro á la conversacion.

—Pero estoy molestando á usted con la coleccion de tontunas que acaban de pronunciar mis labios.

Diciendo esto, y antes de que Andrea tuviera tiempo para interrumpirle, sacó una carta del bolsillo y dijo entregándosela:

—He recibido carta de su señor padre de usted, dentro de la cual me incluye esta que yo con la mayor satisfaccion vengo á traerle, pues supongo que en ella encontrará palabras cariñosas que han de levantar un eco dulcísimo en el corazon de una hija.

—¡Carta de mi padre! esclamó Andrea sin poder contener su alegría. ¡Dios mio! ¡se acuerda de mí!

—¿Puede un padre olvidar á su hija? Además, don Leandro tiene uno de esos corazones que no pueden vivir sin el amor: el que á usted profesa llena el suyo por completo.

Andrea depositó un beso respetuoso en la carta que tenia en las manos.

—Puede usted leerla, señorita: eso me demostrará que comienza usted á tratarme con la franqueza propia de un hermano.

—Doy á usted las gracias, señor de Rioalto, y le ruego me dispense si la impaciencia por saber noticias de mi padre me pone en el caso de faltar...

—Nada de eso, señorita.

Andrea leyó en voz baja y con marcada agitacion lo que sigue:

«Hija mia: Al dirigirte estas líneas no puedo menos de recordar mi hermosa España, bajo cuyo cielo recibí por la vez primera tus tiernas caricias, tus cariñosos besos. Desde el dia que abandoné esa tierra, desde aquel momento en que á ruegos de mi generoso protector fuí á verte para despedirme de tí, que procuro borrar de mi memoria ese triste período en que vino á separarnos la fatalidad.

»Te amo, pues, como nunca; tu recuerdo vive indeleble en mi corazon, y apenas trascurre una hora en esta lejana tierra en que mis labios no pronuncien tu nombre, en que mi pecho no exhale un suspiro dedicado á tí.

»Ignoro el tiempo que permaneceré ausente: creo que será mucho, porque así lo exige la carrera musical de mi hijo adoptivo Julio.

»No puedes imaginarte, Andrea de mi alma, la precocidad de este niño. Los directores del Conservatorio le admiran con asombro, y esperan que antes de mucho llegue á ser un gran artista.

»Los rápidos adelantos de Julio producen en mí un efecto grato y satisfactorio que me hace olvidar mis dolores.

»Dios querrá, hija mia, que algun dia volvamos á reunirnos para no separarnos jamás.

»Por el señor Rioalto sé la vida ejemplar que llevas y las lágrimas que te cuesta tu falta, causa de las que yo tambien he derramado. Sigue ese camino, hija mia. Hay una gran virtud que purifica las faltas: el arrepentimiento.—Tu padre que no te olvida, *Leandro*.»

Las lágrimas caian gota á gota de los ojos de Andrea sobre el papel que tenia en sus manos.

Narciso respetó aquel dolor de un corazon contrito.

Si Andrea hubiera sido mas fisonomista ó se hubiera encontrado menos preocupada, indudablemente en las pupilas de Narciso de Rioalto hubiera podido notar ese brillo siniestro que despiden los ojos del chacal cuando saborea de antemano la presa que tiene al alcance de sus garras.

Reinó entre los dos interlocutores una pausa, interrumpida tan solo por los profundos suspiros de Andrea.

Por fin Narciso rompió el silencio de este modo:

—¿Supongo señorita que escribirá usted á su padre?

—¡Oh, sí! ¿quién lo duda?

—Entonces me tomaré la libertad de venir mañana á recoger esa carta.

Y diciendo esto, creyó sin duda Narciso prudente poner fin á aquella escena, pues se levantó de la silla que ocupaba, disponiéndose á separarse de Andrea.

—¿Y va usted á molestarse? repuso con vacilante entonacion la jóven.

—Soy un desocupado eterno; mañana tendré el gusto de volver por la carta.

Y salió de la habitacion.

Andrea quedóse inmóvil, con la mirada dolorosamente fija en el suelo y la carta en las manos.

Aquella, entrevista rápida como un sueño que se desvanece al comenzar, habia causado una profunda impresion en su alma.

Por espacio de una hora no cambió de postura.

Mas que un sér que siente y piensa, parecia en aquel momento una hermosa estátua de la meditacion, porque su rostro inmóvil y pálido comenzaba á tener esa palidez mate del mármol espuesto por muchos años á la intemperie.

Así la encontró el bondadoso don Rafael, el cual antes de interrumpirla permaneció algunos minutos contemplándola con cariñosa actitud.

Es indudable que la naturaleza humana se encarna con la atmósfera que respira.

Un hombre alegre, de carácter franco y abierto, á quien las circunstancias instalan en el seno de una familia melancólica, acaba por enfermar de hipocondría.

Don Rafael, avezado á una vida tranquila y pacífica, sin nubes que empañaran el alegre sol de su conciencia, habia visto trascurrir cincuenta años de su vida en el pacífico pueblo de Villarobledo, dando sus higiénicos paseos cuando el tiempo se prestaba á ello, asistiendo á los enfermos con la exactitud de un cronómetro inglés, y durmiendo á pierna suelta, aun del lado del corazon, sin que nunca una pesadilla turbase su dulce sueño.

De esta vida, á la que le habian reducido los dos incurables, habia tanta distancia como del celeste emperador de la China

al infeliz negro que cultiva los ardientes campos de las Antillas.

Pero don Rafael tenia un espíritu fuerte de esos que cuando se proponen llevar á cabo una obra no desmayan, no retroceden.

Ante la impotencia de la medicina se iba apagando su buen humor; pero no la fé, siempre viva y jóven en su corazon.

A fuerza de ver sufrir á sus dos enfermos, habia concluido por amarles con toda su alma.

Era un hombre honrado á quien de improviso la Providencia le daba dos hijos.

Permaneció, pues, contemplando á Andrea, pero como su actitud dolorosa le hacia daño, se decidió á romper aquel silencie con estas palabras:

—¿Os habeis propuesto desesperarme?

Esta reconvencion, dicha con un acento lleno de ternura, de bondad, arrancó una sonrisa á los labios de Andrea.

—¿Estaba usted ahí, padre mio?

—Estoy aquí como estoy en todas partes, pero nunca encuentro lo que busco, repuso el médico fingiendo un mal humor que estaba bien lejos de sentir. Yo quisiera veros alegres, y os encuentro tristes. Quisiera verte reir, y tú te empeñas en llorar siempre. Esto es muy poco agradable, y sobre todo muy poco conveniente.

Andrea, por única respuesta, le entregó la carta de su padre.

Cuando don Rafael terminó la lectura, sus ojos se hallaban humedecidos por las lágrimas.

Entonces Andrea le reprendió á su vez dulce y cariñosamente.

El médico, viéndose derrotado, pero conservando un resto de amor propio, de vanidad, salió de la habitacion encogiéndose de hombros.

Poco despues, se paseaba por el jardin murmurando en voz baja:

—Andrea tiene razon: ¿qué diablos puede hacerse en esta casa sino estar triste y llorar?

Y llevándose las manos á los ojos, se empeñó inútilmente en borrar las huellas que las lágrimas dejaban en sus mejillas.

CAPITULO X.

DONDE NARCISO DE RIOALTO SONDEA UN CORAZON.

A la tarde del dia siguiente, Narciso de Rioalto se presentó como tenia ofrecido en la casa de campo del camino de los Carabancheles.

Andrea le esperaba, y le esperaba paseándose por el jardin, como si por este medio pudiera reunirse mas pronto con el jóven millonario, con el generoso protector de su padre.

Al verle aparecer á través de los hierros de la verja, corrió ella misma á abrir la puerta.

La primera palabra de Andrea fué acompañada de una de esas miradas en que la gratitud resplandece de una manera inequívoca.

—Hoy mas que nunca, señor de Rioalto, le dijo, agradezco á usted la molestia que se toma viniendo á visitarme á este desierto. Hé aquí una carta en la que una hija ha procurado retratar el estado de su corazon á su padre querido.

Narciso cogió la carta, guardándola en el bolsillo de su levita.

—Puede usted leerla, repitió Andrea comprendiendo la delicadeza del jóven.

—Puesto que usted me autoriza para ello, la leeré cuando la incluya en otra que tengo escrita para su padre de usted, y las dos saldrán esta noche para Roma.

Narciso ofreció el brazo á Andrea, y esta se apoyó ligeramente, porque en aquel jóven no veia otra cosa que un hermano del corazon.

Aquella entrevista, á los ojos de un tercero, tal vez hubiera tomado el carácter de una cita amorosa; pero el corazon de Andrea, herido de muerte, no se sentia ya con fuerzas para amar con la vehemencia de la juventud, con el fuego del verdadero amor.

Antes de terminar la calle de árboles que conducia á la casa, don Rafael les salió al encuentro, reuniéndose con ellos.

—Buenas tardes, señor de Rioalto, le dijo: veo con placer que se acuerda usted de los pobres desterrados.

—Ya sabe usted, señor doctor, repuso Narciso, que soy el intermediario entre una hija y un padre; comision que desempeño con el mayor placer, y la cual me proporciona el gusto de ver á usted de vez en cuando.

Don Rafael agradeció la fineza con un saludo, y volvió á decir:

—Supongo que Andrea habrá hablado á usted acerca del proyecto de nuestro viaje: es su idea fija; no se ocupa de otra cosa.

—¡Ah! ¿piensan ustedes viajar? En ese caso, pido desde

ahora permiso para tomar parte en la espedicion. ¿Y adónde hemos de dirigirnos?

—Italia es nuestro constante pensamiento, ¿no es verdad, Andrea? Sobre todo, Roma.

—¡Roma! Allí está mi padre.

—Grande será la alegría de don Leandro cuando vea entrar por las puertas de su casa á su querida Andrea, dijo Narciso. ¿Y cuándo piensan ustedes emprender el viaje?

—Cuando Andrea esté completamente restablecida.

—¡Restablecida! Usted, querido don Rafael, quiere convencerme de que estoy mala, y yo puedo asegurarle que nunca me he sentido mejor.

—A pesar de eso, hija mia, preciso es que convengamos en que esta estacion no es á propósito para viajar; la primavera, con sus perfumes, con sus flores, con sus noches serenas, con sus dias templados, es la que mas nos conviene. Esperemos, pues, á la primavera. Entonces, tal vez el pobre Felipe se encuentre mejor.

—¡Felipe! Si mal no recuerdo, ese jóven es el que se batió con el vizconde de Villafort, preguntó Narciso fingiendo cierto interés.

Andrea, al oir el nombre de su amante, se estremeció.

—El mismo, caballero, dijo á su vez don Rafael.

—He oido decir que hay pocas esperanzas sobre la curacion de ese jóven.

—Ninguna, señor de Rioalto.

—Lo siento doblemente, porque yo tomé parte en esa desgracia.

—¿Usted?

—Sí, querido doctor: en aquel tiempo en que yo hacia la vida de calavera, en que me rodeaba de todos esos jóvenes que escudados detrás de una fortuna pasan las horas de su vida en busca de los goces y de los placeres, cuando yo era uno de los amigos del vizconde de Villafort, cuyo nombre siento pronunciar en este sitio, me vi en la precision de ser padrino de Arturo la noche que se batió con el jóven hoy demente. Puedo asegurar á usted, señor don Rafael, que no pocas veces he sentido remordimientos, recordando aquel lance en que todas las ventajas estaban de parte de Arturo de Villafort. El pobre Felipe no habia nunca cogido en sus manos un arma; el vizconde, por el contrario, es un espadachin consumado: lo que sucedió era de esperar. ¡Ah! estos duelos desiguales se suceden con harta frecuencia.

—Es verdad, caballero, murmuró en voz baja el médico dirigiendo al mismo tiempo una mirada á Andrea, cuya palidez iba en aumento.

—Pero no hablemos mas de tan desagradable asunto, repitió Narciso: el mal está hecho; procuremos si es posible aminorarlo.

—Eso es muy difícil; yo nada espero, dijo don Rafael.

En este momento Andrea, cuya debilidad era estrema, se apoyó en el tronco de un árbol como si le faltaran las fuerzas.

Narciso, con una solicitud de hermano, la condujo respetuosamente hasta un banco próximo.

Allí se sentaron ambos, y como la casualidad hizo que apareciera Felipe por la misma calle de árboles en donde se hallaban los tres interlocutores, don Rafael salió al encuentro del demente, dejando por un momento solos á Andrea y Narciso.

—Pido á usted perdon, señorita, dijo Rioalto en voz baja, si impremeditadamente he pronunciado un nombre que aun levanta un eco en su alma.

Andrea, que habia doblado melancólicamente la cabeza sobre el pecho, entregándose á esa multitud de recuerdos que como otras tantas heridas destrozaban su corazon, levantó la frente, y fijando su mirada triste como el gemido de un moribundo en Narciso, dijo:

—El nombre del vizconde de Villafort, ¿para qué negarlo? produce en mí un efecto que ni yo misma me atrevo á definir. Hace algun tiempo procuro en vano borrarlo de la memoria; hace algun tiempo que, avergonzada de mí misma, quisiera estender un velo impenetrable para ocultarme lo pasado.

—Verdaderamente, ha sido usted muy desgraciada, Andrea.

—¡Ah! mucho, mucho: no puede usted llegarlo á comprender.

Narciso fijó una mirada en la jóven; mirada tenaz, de esas que desean leer en el fondo del alma, y cogiendo respetuosamente una de sus manos como pudiera hacerlo con una hermana, le dijo:

—¿Ama usted todavía á Arturo?

Andrea vaciló un instante como si temiera manchar sus labios con una mentira; pero temiendo al mismo tiempo que Narciso juzgara aquel silencio, dijo:

—No: le he amado mucho; pero seria aún mas criminal de lo que he sido, mas culpable de lo que soy, si siguiera amando á ese hombre.

—¡Ah! gracias, amiga mia, gracias: no puede usted comprender el placer que esas palabras derraman en mi pecho.

Narciso pronunció estas frases con tal vehemencia, con tal entusiasmo, que Andrea instintivamente retiró la mano, que aún conservaba Rioalto entre las suyas.

—No tema usted, amiga mia, repuso Narciso sonriendo de un modo doloroso: conozco los dolores, las inquietudes, las amarguras que causa á un corazon apasionado un amor mal correspondido. Inútil seria que yo cometiera una imprudencia hiriendo con palabras de amor sus oidos; inútil seria repetir lo que usted no ignora. Yo amo á usted; pero ese amor permanecerá encerrado en el fondo de mi corazon; ese amor morirá donde ha nacido, porque vive sin esperanza.

Andrea se encontraba en una de esas situaciones difíciles de la mujer.

Guardó silencio: una respuesta inconveniente podia en aquel instante alentar ó matar una esperanza.

Rioalto, comprendiendo que debia poner un punto final á aquella escena, dejando que Andrea meditara sus palabras, se levantó y dijo:

—Voy á dejar á usted, amiga mia, suplicándole antes me perdone toda la molestia que pueda haberle causado con esta entrevista; pero como me es imposible pasar mucho tiempo sin saber de la salud de usted, espero siga concediéndome los favores de su amistad como hasta aquí.

Narciso estendió la mano en señal de despedida á Andrea, y antes de que la jóven pudiera sacudir el aturdimiento que se habia apoderado de su imaginacion, Rioalto se hallaba fuera del jardin

Desde aquella tarde, Narciso de Rioalto visitó con mas frecuencia á los incurables del camino de los Carabancheles.

Poco á poco fué formando, por decirlo así, parte de aquella familia desgraciada.

El mundo gusta mucho de la maledicencia, ese alimento de la imaginacion que entretiene algunas horas de la vida á costa del prójimo.

Pronto se supo que el jóven millonario Narciso de Rioalto visitaba casi todas las tardes á una jóven enferma que vivia en una casa de campo.

La curiosidad es incansable, y busca el por qué de las cosas y la causa de los acontecimientos.

No siempre acierta; pero eso no importa.

Narciso visitaba á una jóven hermosa y pobre, y él era inmensamente rico y muy dado al bello sexo.

Deduccion: Narciso era, pues, el querido de Andrea.

Para afirmar esta sospecha habia una razon poderosa, á saber: Andrea no era una virtud romana, puesto que en otro tiempo habia sido querida de Arturo de Villafort.

Narciso entre tanto se ocupaba poco en desvanecer esas sospechas que halagaban su vanidad, y que llegando á oidos de Arturo de Villafort no debian serle muy gratas.

Bien es verdad que Narciso se habia empeñado en una lucha en que iba á verse delante de un enemigo temible; pero el amor propio mal entendido domina el corazon humano, haciéndole cometer imprudencias que muchas veces le cuestan caras.

Narciso, jóven sin corazon, habia llegado á parecer á los ojos de Andrea como uno de esos ángeles de la tierra que gozan enjugando las lágrimas del prójimo, remediando los dolores de sus semejantes.

Una esperanza alentaba al jóven millonario en aquel camino: poder decir un dia á sus amigos:

—Yo os ofrecí ser el querido de Felicidad, y Felicidad es mia; yo os ofrecí que Andrea me amaria, y Andrea me ama; yo os he dicho que el baron de Soany era una mujer, y héla aquí á mis piés suplicándome una caricia, llorando una infidelidad mia.

Por lograr esto, Narciso durante cuatro meses habia sido, por decirlo así, el esclavo de Felicidad, se habia convertido en el protector de don Leandro, y solo alguna que otra vez venia una nube á empañar el risueño horizonte de su esperanza.

Esta nube era Arturo de Villafort.

—¿Tendré que batirme con él? se habia dicho: no es un enemigo despreciable; preparémonos para cuando llegue esta escena, que puede muy bien ser trágica para mí.

Así las cosas, habian ido sucediéndose los acontecimientos, encontrándose los personajes de la presente fábula en el estado que ya conocen nuestros lectores; es decir, Arturo en Roma y Carolina de Fontan gravemente enferma.

CAPITULO XI.

DONDE SE SUSPENDE UNA HISTORIA ANTES DE COMENZAR.

Narciso de Rioalto acababa de arreglarse el lazo de su corbata delante de un elegante espejo de Venecia, cuando entró un criado á anunciarle que una señora deseaba verle.

—¿Te ha dicho su nombre? preguntó.

—No señor.

—¿Es jóven?

—Lo parece al menos, porque lleva el velo del sombrero echado sobre el rostro.

—Dile que pase.

Y una sonrisa de satisfacción apareció en los labios del jóven millonario.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo apenas vió asomar por la puerta á la señora anunciada.

Felicidad, pues no era otra, alzó el velo que cubria su rostro y dijo con cierta ironía:

—Sí, yo soy: ¿no me esperabas?

—Narciso se encogió de hombros, y haciendo una mueca de indiferencia estendió el brazo señalando una butaca, y repuso:

—Siéntate, y di qué es lo que deseas.

Felicidad dirigió una mirada en la cual manifestaba la agitacion de su espíritu, y con una amargura difícil de describir dijo:

—Parece imposible que basten algunos dias para que un hombre sufra un cambio tan completo.

—Como el que yo he sufrido, ¿no es verdad? pero en tal caso preciso será que convengas conmigo que no soy yo el solo culpable.

—No, lo confieso... reconozco que yo soy la única culpable de todo cuanto me sucede.

—Entonces, no comprendo á qué vienen tus quejas.

—No me conducen á esta casa las quejas y reconvenciones de una mujer burlada: vengo solamente á dirigir mis súplicas á aquel que en otro tiempo me juró un amor eterno, y que tan pronto olvidó su juramento.

—Pues bien, habla, ya te escucho; pero siéntate á mi lado, repuso Narciso con insultante entonacion.

Felicidad se llevó las manos á los ojos para enjugar las lágrimas que el despecho arrancaba á su corazon.

Narciso, para conseguir la conquista de Felicidad, habia empleado todos los recursos de que es capaz un hombre verdaderamente enamorado.

Dócil, sumiso, procuró complacer á la que amaba, acertar sus deseos, adivinar sus pensamientos.

Felicidad habia comenzado por agradecimiento á su señora este juego de amor, creyendo que así dominaria al enemigo de la marquesa de Fontan, al que sabedor de su secreto podia ponerla en ridículo.

Pero Felicidad tuvo, como acontece, su cuarto de hora fatal, y sucumbió.

Desde entonces se trocaron los papeles: Narciso, de esclavo se convirtió en señor; Felicidad, de reina descendió á súbdita despreciada.

El sacrificio habia sido inútil. Rioalto se presentó á sus ojos sin la máscara que le encubria, y al ver la deformidad de su alma, la ruindad de su corazon, comprendió lo que le esperaba.

Un mes bastó á Narciso para hastiarse de Felicidad.

Al principio la jóven le reconvino dulcemente, creyendo que por este medio lograria aún reconquistar su corazon y dominarle.

Narciso se rió de estas reconvenciones, importándole poco presentarse á los ojos de su querida tal y como realmente era.

Llegó por fin un dia en que Felicidad, dejándose llevar de un arrebato de ira, preguntó á su amante:

—¿Qué es entonces lo que debo esperar de tí?

Narciso respondió con una frescura criminal:

—Lo que otras muchas jóvenes como tú esperan de sus amantes: una pension que sufrague sus necesidades, y una caricia de vez en cuando.

Felicidad se enjugó las lágrimas.

Narciso le pareció un mónstruo, comprendió que nada conseguiria de un hombre tan villano cómo pervertido, y rompió con él.

Rioalto salió de casa de su querida sin el menor disgusto, casi contento.

Estaba vengado.

Felicidad fué á participar su desgracia á la marquesa.

Esta, enferma y llena de temores por el amor de Arturo, sintió la derrota de su doncella.

—Ese hombre, le dijo, desde el momento en que no tienes ningun dominio sobre él, nos será fatal. Sabe mi secreto... ¿y quién sabe si la vida de Arturo peligra?

La marquesa rogó á Felicidad, y esta, que no sabia negar nada á su protectora, que la amaba como á una madre, accedió por fin á sus súplicas, y por eso la encontramos en casa de Narciso de Rioalto.

Pero volvamos á reanudar el diálogo de nuestros interlocutores.

—Ya te he dicho, Narciso, que no me conduce hoy á tu casa la idea de reconquistar tu corazon; el deber, la gratitud han guiado mis pasos. No hablemos, pues, como dos amantes; yo soy una mujer que vengo á rogar á un caballero por otra mujer. El baron de Soany, ó la marquesa de Fontan, como quieras entenderlo, se halla gravemente enferma; todo le sobresalta, todo le altera. No hace mucho me decia con las lágrimas en los ojos:—Arturo está próximo á regresar á Madrid; si antes de su llegada Narciso de Rioalto no desvanece los rumores que ha esparcido sobre mi persona, un duelo á muerte tendrá lugar entre ellos. Yo quiero evitar esa desgracia; yo necesito, pues, que Rioalto deje de ser mi enemigo.—Esto me decia la marquesa de Fontan, estrechando cariñosamente mis manos entre las suyas, y con los ojos enrojecidos por el llanto. Yo, que

tanto le debo, olvidando los agravios recibidos, vengo á verte para interceder en favor de esa desdichada.

—Di mas bien de esa adúltera, repuso Narciso marcando las palabras.

—Respetemos su desgracia.

—Respétala tú en buen hora, pero no vengas á exigirme que yo me retracte de lo que he dicho. Esto me conquistaria una silba general de mis amigos, y yo no me dejo silbar por nada ni por nadie.

—Piensa, Narciso, que á la marquesa de Fontan quedan muy pocos dias de vida, y de séres honrados es aliviar los padecimientos de los moribundos.

Narciso sacó friamente la petaca de su bolsillo y se puso á encender un cigarro con la mayor indiferencia.

—Lo que me pides es imposible, amigamia. Yo no tengo la mala costumbre de retirar mis palabras.

—Piensa á lo que te espones.

—Me importa poco. Siempre he dejado rodar los acontecimientos.

—Arturo debe regresar de un momento á otro.

—¿Qué me importa? ¿Es por ventura invencible como Aquiles ese vizconde?

—Narciso, di mas bien que el odio que profesas á la marquesa de Fontan es inspirado por esa Andrea, querida abandonada por el vizconde de Villafort.

—Antes de contestarte debo desvanecer un error. No fué Arturo el que dejó á Andrea; fué Andrea la que abandonó á Arturo. Es ella demasiado digna.

—Bien se conoce que la amas.

—Tal vez.

—Esa mujer será tu perdicion.

—Es probable, pero me ocupo poco de lo que pueda acontecer; además, te tendré presente en mi última hora si es que ese enemigo que acabas de nombrarme como una amenaza me deja tiempo para escribir mi testamento.

—Narciso, soy una mujer que ha venido á rogarte con las lágrimas en los ojos, y me contestas con un insulto que ni yo merezco ni es digno de un caballero.

—Estás patética y romántica hasta la exageracion; te prevengo, amiga mia, que ya ha pasado esa moda.

Felicidad, no pudiendo por mas tiempo soportar el insultante lenguaje de Narciso, se puso en pié, diciendo con amargura reconcentrada:

—He venido á brindarte con la paz, y la desechas; Dios es testigo de que mis deseos solo se reducian á evitar una desgracia que siento surgir sobre nuestras cabezas; no añadiré, pues, ni una palabra, ni una súplica.

—Harás perfectamente.

Pocos momentos despues de salir Felicidad del gabinete de Narciso, un criado entró á anunciarle que el hombre recomendado por el marqués de Fontan esperaba en la sala.

Narciso dió órden para que lo introdujeran inmediatamente en aquella habitacion.

El nuevo personaje no era otro que Manolo el Zurdo, vestido con su traje de gala, es decir, un gaban de paño verde herméticamente abrochado hasta el cuello, sombrero de copa alta, y una gruesa caña de Indias que lo mismo podia servirle para apoyarse que para derribar un prójimo.

—Supongo, dijo Narciso despues de saludar con la cabeza á su interlocutor, que me traerá usted algunas noticias.

—Traigo, contestó el Zurdo, todas las que usted necesita, segun me ha dicho el marqués de Fontan.

—Sé por el marqués que es usted un hombre de provecho.

—Don Francisco me aprecia demasiado. Yo solo soy un hombre que cumple con exactitud aquello que se le encarga. El marqués me dijo:—Ponte á las órdenes de don Narciso de Rioalto y sírvele en todo aquello que te mande.—Entonces vine aquí; usted me encargó que averiguara la historia de una pobre ciega que pide limosna en el átrio de una iglesia.

—¿Y sabe usted?...

—Todo lo que ella ha querido decirme.

—¿Y habrá dicho la verdad?

—Debo creer que sí. No tenia ningun interés en ocultármela.

—Además de averiguar la historia de esa ciega, encargué á usted le preguntara si podia contarse con ella.

—Tengo buena memoria, señor don Narciso; la ciega irá adonde se le mande y hará aquello que se le diga.

—¿Es decir que se puede contar con ella? Está bien; tenga usted la bondad de consignar las señas de su casa para que yo pueda buscarla en el momento que la necesite, y decirle al señor marqués de Fontan que me hallo resuelto á llevar á cabo el descrédito de las personas que él sabe.

El Zurdo escribió en un trozo de papel lo que le pedia Narciso.

—Ahora tome usted asiento, encienda usted un cigarro y comience á relatarme la historia de la pobre ciega.

El Zurdo se acomodó en una butaca, encendió el cigarro, y despues de saborear la primera bocanada de humo con el placer de un fumador inteligente, comenzó su relato; relato que nosotros guardamos para otra ocasion no muy lejana.

LIBRO DECIMOTERCIO.

LLEGAR TARDE.

CAPITULO PRIMERO.

UN ALMA QUE COMIENZA Á VER LA ETERNIDAD.

Pocos dias despues de los acontecimientos narrados en los últimos capítulos del libro anterior, la marquesa de Fontan escribia con mano trémula la siguiente carta al vizconde de Villafort:

«Arturo: Si prolongas tu regreso mas de ocho dias, solo encontrarás un cadáver ó un sepulcro cuya inscripcion te indique donde moran mis restos.

»Me muero, sí: me muero de una enfermedad estraña, incomprensible á la ciencia de curar; pero no creas, Arturo mio, que temo á la muerte que poco á poco veo aproximarse hácia mi lecho, que me sonríe, que me acaricia, que me tiende sus brazos: no la temo; solo me aflige la idea de no volverte á ver.

»¿Qué puede detenerte en esa tierra?

»Comprendo que un hijo debe abandonarlo todo por un padre; pero ¿qué enfermedad es la del tuyo, que te retiene tan-

to tiempo á su lado? ¿está por desgracia de mas gravedad que yo? ¿no puedes separarte de él por algunos dias, correr á mi lado, recibir mi último beso, cerrar mis párpados, yertos por el frio de la muerte, derramando así un inmenso consuelo en mi corazon?

»¡Ah! yo no me esplico ni tu silencio ni tu tardanza.

»Dos cartas te he escrito, y otras dos nuestro buen amigo Jacobo. Todas tuvieron la misma suerte; esto redobla mi amargura, esto aumenta mis sufrimientos.

»Ven, Arturo mio, ven; no quiero morir sin verte á mi lado cuando se estinga la última luz de mis pupilas.»

La marquesa de Fontan habia escrito la presente carta incorporada en su lecho sobre el brazo izquierdo.

Felicidad, de pié á su lado, sostenia con una mano el tintero y con la otra una de esas elegantes escribanías de viaje en donde tantos secretos y tan bellas frases han guardado y concebido las mujeres á la moda.

—Toma, hija mia, dijo la marquesa dejando caer la cabeza con desaliento sobre la almohada; ciérrala tu misma y que la lleven inmediatamente al correo.

Felicidad salió de la alcoba, colocó la carta sobre un pequeño velador, y cogiendo la misma pluma que acababa de dejar Carolina, escribió rápidamente esta posdata:

«Señor vizconde de Villafort: Todo me induce á creer que Andrea es la querida de Narciso de Rioalto; ellos han formado una liga para desacreditar á mi pobre señora; sospecho asímismo del doctor Jacobo. Por Dios, no retarde usted su regreso, pues solo su presencia podria evitar el escándalo y la desgracia que nos amenaza.»

Felicidad doblo y selló la carta cuidadosamente, y luego, tirando del llamador de la campanilla, dijo á un criado:

—Al correo sin perder un instante.

Luego, dirigiéndose á Jacobo el ginebrino que sentado junto al balcon parecia hallarse preocupado en la lectura de un grueso volúmen, le dijo en voz baja:

—¿Cree usted que infaliblemente se muere?

Jacobo levantó la cabeza con pausa, y fijando sus pequeños ojos en Felicidad, contestó:

—Creo que sí; he apurado todos los recursos que estaban á mi alcance.

—Entonces es preciso que tengamos una consulta.

—¿Con quién?

—Con los médicos mas afamados de Madrid.

—Será inútil.

—Aunque lo sea, es preciso que otros médicos vean á la señora marquesa.

—Y los médicos, como es natural, reconocerán al enfermo... y entonces... lo que ho yes un secreto todavía, mañana no lo será.

—Pero la vida es antes que todo.

—Jóven, para la enfermedad de la marquesa solo hay un médico.

—¿Cuál?

—Dios.

Y Jacobo bajó los ojos hasta el libro que tenia en las manos, y continuó su lectura.

Felicidad permaneció un instante indecisa, dirigiendo una mirada recelosa á Jacobo.

Sin poderse dar ella misma la razon, desconfiaba de aquel hombre.

Oyóse un gemido en la alcoba.

Felicidad corrió junto al lecho de su ama.

La marquesa con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la respiracion fatigosa, parecia hallarse luchando entre la vida y la muerte.

El ligero ruido que produjo el vestido de su doncella, le hizo abrir los ojos.

—¿Mandaste la carta? la preguntó.

—Sí: hace un momento ha salido un criado con ella.

Y Felicidad, inclinando la cabeza hasta tocar con sus labios el rostro de la marquesa, dijo con voz casi imperceptible:

—La confianza es muchas veces una temeridad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque deseo que otros facultativos vean á la señora.

—Jacobo es un sabio.

—No importa: la ciencia se engaña.

—Él mismo me ha brindado con una consulta; pero es imposible.

—La vida es antes que todo.

—Hija mia, mi enfermedad es de muerte.

—¿Quién sabe?

—No lo dudes; me queda poco tiempo de vida.

—En ese caso, preciso es convenir que lo que aquí sucede es bien estraño.

—No hablemos de mí. Conozco que todo cuanto se haga por salvarme será inútil. El desconsuelo que siento en el corazon, la frialdad que circula por mis venas, me anuncian la

muerte. Solo me aflige la idea de no ver á Arturo... porque aunque él sea la causa de mis desgracias, le amo con toda mi alma... Quisiera morir teniendo sus manos entre las mias... Pero eso no será... sí... no será.

Carolina exhaló un suspiro.

Felicidad, como si se hallara enclavada junto á la cama, permaneció inmóvil.

—Hace tres dias, repuso la marquesa con voz débil, que conozco que voy caminando á grandes pasos hácia el sepulcro, pues que la idea del perdon se ha apoderado de mí; antes odiaba: hoy no tengo odio para nadie; desearia reconciliarme con todos mis enemigos... desearia pedir perdon á todos aquellos que he ofendido.

Y la marquesa, cogiendo las manos de su doncella, continuó con una espresion desconsoladora:

—Apenas mis débiles ojos se cierran al sueño, cuando en mi enferma imaginacion se levantan tres fantasmas, emanados sin duda del fondo de mi conciencia, hijos tal vez del remordimiento. ¿Quieres saber los nombres de los tres fantasmas? Pues bien, se llaman el marqués de Fontan, Andrea y Leoncio. Créeme, hija mia: si yo los tuviera alrededor de mi lecho, si me perdonaran el daño que les he causado, mi muerte seria mas tranquila. Todos los rencores de la tierra se disipan, se desvanecen, á manera que se va una acercando á la eternidad.

Los ojos de Felicidad, llenos de lágrimas, demostraron el efecto que las palabras de su señora le causaban.

La marquesa continuó, despues de una corta pausa:

—He sido muy culpable. Nunca supe dominar mis pasiones; la fatalidad, sin duda, fué la que colocó ante mi paso al

vizconde de Villafort: nos juntamos dos corazones impetuosos, y dejándonos guiar por ellos nada respetamos. No le culpo, porque le amo ahora tal vez mas que nunca. Él se reiria de mis escrúpulos; yo no puedo reirme. Veo ahora lo que no he visto nunca: que hay algo mas allá de ese cielo que se estiende sobre nuestras cabezas. Así pues, hija mia, no es un médico para curar el mal del cuerpo lo que necesito; es un sacerdote para depositar en él el peso de mi conciencia lo que anhelo: procura buscarle, y tráele si es posible esta misma noche.

Felicidad, comprendiendo que no debia prolongar por mas tiempo su silencio, dijo:

—Creo que aún no se halla usted en ese caso.

—Te engañas: no debemos perder tiempo; quiero tener esta noche junto á mi lecho un confesor.

—Está bien.

La marquesa estendió una mano hácia el balcon, y sonriendo al mismo tiempo, volvió á decir:

—Antes de mucho terminara el dia: tal vez ese sol que se inclina hácia el ocaso será el último de mi vida; tal vez la luz de la nueva aurora alumbrará mi cadáver.

Y luego cerró los ojos exhalando un suspiro.

—Voy á ver si puedo descansar algunos momentos: necesito prepararme para la confesion; mientras tanto, procura tú buscar un sacerdote. Adios, hija mia.

Felicidad salió de la alcoba, corriendo detrás de ella la cortina de terciopelo.

Poco despues Jacobo, que se hallaba solo en la habitacion, encendió la lámpara y continuó la lectura del libro que tenia en las manos.

Aquel hombre estaba sereno, tranquilo; solo de vez en cuando dirigia una mirada recelosa hácia la alcoba.

Entonces sus pequeños ojos brillaban de un modo siniestro, y una ligera nube cruzaba por su frente.

Luego, inmóvil y tranquilo, continuaba su lectura.

CAPITULO II.

UN VERDADERO HIJO DEL EVANGELIO.

La tarde comenzaba á declinar cuando Felicidad salió de casa de la marquesa de Fontan en busca de un sacerdote.

Maquinalmente subió la calle del Baño hasta llegar á la carrera de San Gerónimo.

Una vez allí, pensó que debia dirigirse á la parroquia y pedir un confesor.

Felicidad ignoraba á qué parroquia pertenecia la calle del Baño, pero se dijo:

—Iré á la iglesia mas cercana; lo que importa es no perder tiempo.

Apenas habia tomado esta resolucion, cuando vió venir por la misma acera á un anciano que se apoyaba en un cayado.

Blancos como la nieve de Ararat eran sus cabellos: dulce y pálido su semblante.

Felicidad fijó en el anciano sus ojos, y por el alzacuello y el negro leviton reconoció en él á un sacerdote.

Caminaba despacio y con la frente inclinada al suelo, como el que busca su sepultura.

Sus gruesos zapatos cubiertos de polvo, como asímismo todo su negro y raido traje, indicaban que acababa de hacer un largo viaje.

Felicidad sentia conmoverse su corazon ante aquel anciano de rostro evangélico, de ojos azules y cabellos blancos.

Siguiendo un impulso de su corazon, le salió al encuentro y le besó la mano.

Era la vez primera que ejecutaba aquel rasgo de veneracion cristiana.

—¡Padre! le dijo: porque supongo que es usted sacerdote.

—Lo soy, hija mia, respondió el anciano con una voz que tenia algo de la vibracion de un gemido.

—En ese caso, voy á pedir á usted un favor.

—Pida usted cuanto guste. La mision que ejerzo en la tierra se reduce á ser útil á mis semejantes.

—Una pobre enferma lucha á estas horas con las ánsias de la muerte y pide confesion.

El anciano levantó la cabeza como si esperara del cielo la respuesta que debia dar, y dijo:

—¿Es absolutamente indispensable que vaya ahora mismo á colocarme junto á ese lecho de muerte?

—Sí, padre mio.

El sacerdote volvió á meditar, murmurando en voz baja estas palabras:

—Dios lo ha dispuesto así, sea.

Y alzando la voz continuó:

—Vamos adonde usted quiera.

—Afortunadamente está cerca.

—Las distancias no me arredran: acabo de cruzar cuarenta leguas á pié.

—¿Usted? preguntó con admiracion Felicidad.

—Los pobres, repuso el sacerdote, no tenemos carruajes cómodos que nos trasporten de una parte á otra; por eso yo, hija mia, me he visto en la precision de venir á la córte desde mi aldea, porque así lo ofrecí á una mujer que no existe, y á quien espero que Dios tendrá en su santa gracia.

—La mision de un moribundo es sagrada, padre mio.

—Sí, sagrada para el sacerdote, cuyo deber se reduce á enjugar el llanto de la humanidad que llora, á ser el comentario vivo del Código Divino que comenzó en Nazareth y terminó en la cumbre del Gólgota.

—Padre mio, he dicho á usted antes que una pobre enferma pedia confesion. Bendigo ahora doblemente á la Providencia que me ha colocado en el camino de un verdadero ministro del altar. Solo una duda me aflige: si rogándole á usted que me siga, causo algun daño involuntario á aquellos á quienes usted viene á buscar á Madrid para trasmitirles la última voluntad de un difunto.

—Dios manda que entre dos necesidades se remedie la mas urgente. La noche se aproxima y la muerte prefiere las tinieblas; condúzcame usted al lado de esa pobre moribunda. Mañana, cuando nazca el primer rayo de luz que anuncie el dia, iré á desempeñar la sagrada mision que se me ha confiado, y cuando esta termine regresaré á mi humilde aldea, en donde

me esperan mis feligreses, que me aman demasiado para que yo les olvide.

—Vamos, pues, padre mio, repuso Felicidad dirigiéndose hácia casa del baron de Soany.

No tardaron mucho en llegar.

Felicidad rogó al anciano sacerdote que esperase en una sala contigua, y entrando precipitadamente en el gabinete de la marquesa, le dijo:

—El sacerdote espera en la antesala.

—Que éntre, que éntre, hija mia, y dejadme sola: necesito descargar el peso de mi conciencia; necesito oir palabras de consuelo que alivien mis dolores.

Jacobo el ginebrino, para quien no pasaron desapercibidas las anteriores palabras, se acercó al lecho de la enferma diciendo:

—¿Manda usted á buscar un sacerdote?

—Sí, amigo mio, ó por mejor decir, se halla ya en casa. Cuando la ciencia de curar no encuentra el remedio para los dolores que sentimos, cuando la medicina no puede derrotar á la muerte, entonces el médico deja su vez al sacerdote; el cuerpo se olvida, y se piensa en el alma.

La entonacion de la marquesa era sentida, profunda; nadie hubiera podido reconocer en aquellas palabras á la jóven impetuosa, á la mujer de mundo que, olvidando los mas sagrados deberes, se habia jugado en uno de esos azares del capricho la felicidad de toda su vida.

Jacobo nada respondió; pero, como habia dicho la marquesa, dejó su puesto al sacerdote, y calculando que la enferma pasaria algunas horas encerrada con el ministro del altar, por no

perder el tiempo creyó prudente hacer una visita al marqués de Fontan.

El anciano sacerdote fué introducido en la alcoba de la moribunda por Felicidad, y pronto se quedó solo con la marquesa de Fontan.

Aquel anciano venerable, acostumbrado á la sencilla paz de su aldea, al pobre ajuar de su pequeña habitacion, dirigió una miranda tranquila en derredor suyo, sin que le sorprendiera el lujo que veia.

Una lámpara de cristal de Italia, colgada del artesonado techo, esparcia su luz por los ámbitos del gabinete.

La claridad vaga, indecisa, llegaba hasta el lecho de la moribunda, dejando ver, como al dulce crepúsculo de la aurora, el pálido y hermoso semblante de la marquesa, por cuyas mejillas resbalaban abundantes lágrimas.

Carolina contempló con mirada anhelante á aquel venerable anciano que con tranquilo paso se acercaba hácia su lecho como el ángel del perdon.

—¡Aquí, aquí, padre mio, junto á la cabecera de mi cama! esclamó Carolina cogiendo una de las manos del sacerdote y besándola repetidas veces.

—Confianza y resignacion, hija mia, dijo el sacerdote con dulce acento, dirigiendo una mirada compasiva á la enferma.

—Solo tengo confianza en Dios.

—De Dios emana todo lo grande, todo lo bueno, todo lo misericordioso; cuando su diestra se estiende sobre una criatura para cortar el hilo de su existencia, cuando su dedo borra un nombre del gran libro de los vivos, cuando nos enseña la eternidad, no es el sobresalto el que debe apoderarse de nuestro

espíritu, no es el dolor el que debe aposentarse en nuestro corazon, porque la muerte, hija mia, no es otra cosa que el término de un viaje penoso, porque la muerte, pobre criatura, no es otra cosa que el principio de una vida que comienza para los buenos á la puerta del paraíso, que es infinita como la voluntad de Dios, que es dulce como la misericordia de Dios, que es grata como la sonrisa de los ángeles.

—Es verdad, es verdad, murmuró la marquesa doblando la cabeza con abatimiento sobre el pecho. Desde el dia en que por primera vez latió mi corazon al rudo choque de las pasiones, que no he sentido dentro de mi sér un placer tan grande, tan infinito, como el que acaban de producirme esas palabras que usted me ha dirigido; porque yo, padre mio, he sido una de esas mujeres combatidas por el fuego de las pasiones, y he vagado errante por la tierra como la débil arista que impulsa el poderoso soplo del huracan. En este instante en que ya sin esperanza de vida elevo con fervor mi pensamiento al cielo, solo una duda me asalta: si al llegar mi alma á las puertas de la eternidad será rechazada, creyéndola indigna de penetrar en el paraíso; porque he sido muy culpable, padre mio, mucho.

—La fé nos salva, la verdadera contricion nos redime, el arrepentimiento nos reconcilia con Dios: ¿á qué dudar, pues? Descarga, hija mia, el peso de tu conciencia en la conciencia de otro mortal, de otro pecador, y unamos despues ambos nuestras súplicas para aplacar el enojo celeste.

Carolina reclinó la frente sobre el pecho del religioso, permaneciendo así algunos minutos en el mas profundo arrobamiento.

Aquel corazon arrepentido deseaba reunir episodio por episodio, detalle por detalle, el agitado drama de su vida.

Así lo comprendió el sacerdote, y por eso sin duda guardó silencio, esperando que la moribunda meditara su confesion.

No tardó mucho Carolina en comenzar su relato.

Poco ó nada podríamos decir nosotros que no supieran nuestros lectores.

Un novelista tiene el derecho de penetrar hasta en la conciencia de los personajes que pone en juego, para la buena marcha de su fábula.

La historia de la marquesa de Fontan, ó el baron de Soany, no le es desconocida al que ha tenido la paciencia de leer hasta la presente página.

La confesion duró hasta las doce de la noche.

De vez en cuando la marquesa, fatigada, suspendia su relato; entonces algunas palabras de consuelo brotaban de los labios del anciano sacerdote.

Por instantes iban imprimiéndose fuertemente las huellas de la muerte en el rostro de la moribunda.

Cuando hubo terminado, el religioso habló de esta manera:

—Ahora, hija mia, que tu conciencia queda desahogada del gran peso que la oprimia, ahora que yo en nombre de Dios te absuelvo, porque en tí encuentro á la pecadora arrepentida, dispuesto estoy á cumplir tu voluntad. ¿Dices que tu muerte seria mas tranquila si el marqués de Fontan y Andrea perdonasen el mal que les has hecho? Pues bien, yo iré á verlos.

—¡Ah! esclamó Carolina: ellos no querrán concederme ese último consuelo.

—Ante la muerte se borra todo.

—Dios lo quiera.

—Lo querrá, hija mia. Cuando un alma se encuentra dispuesta al arrepentimiento debe desechar lejos de sí la duda. Comienza, pues, tu confesion y espéralo todo de la infinita misericordia de Dios.

Carolina besó respetuosamente las manos del anciano sacerdote.

CAPITULO III.

HISTORIA DE UNA POBRE CIEGA.

La misma noche que la marquesa de Fontan descargaba el peso de su conciencia en el seno del anciano religioso, Narciso de Rioalto daba una cena espléndida á sus amigos, entre los que se encontraba el conde Amadeo Polviany.

Los manjares suculentos habian llenado los fuertes estómagos de los jóvenes convidados, y el Champaña, vino de la alegría, comenzaba á despedir por el aire los jugosos tapones que contienen la blanca espuma.

—Pido, dijo uno de los convidados levantando la copa, que nuestro espléndido anfitrion Narciso de Rioalto nos diga con la franqueza de la buena amistad que nos une, si la ex-querida del vizconde de Villafort le pertenece ó no le pertenece. Sepamos á qué atenernos: una mujer tan hermosa, tan espiritual como Andrea, no debe hallarse vacante. Si Narciso no le hace el amor, se lo haré yo.

—Ó yo.

—Ó yo, repitieron varias voces.

—Que hable con franqueza; nosotros respetamos á las queridas de nuestros amigos.

—Amigos mios: Andrea no es para mí otra cosa que una pobre enferma del pecho que se muere.

—Una jóven tísica tiene doble atractivo: es un manojito de nervios que trastorna con sus ataques repentinos al hombre mas fuerte.

—Además, ¿creeis vosotros que un hombre como Narciso pierda el tiempo en un amor platónico?

—¿Ó ejerciendo obras de caridad?

—¿Y por qué no? Puedo daros pruebas de que soy un pecador arrepentido.

—Ó un diablo que se mete fraile para pervertir mas almas con el sagrado hábito.

—¿Quereis que os dé una prueba de mi filantropía, de mi entrañable amor por los desgraciados?

—Sí, sí, repitieron varias voces.

—Y tú, Amadeo, ¿me autorizas para ello?

—Yo solo me ocupo de los horrores de la digestion, replicó Polviany dándose suavemente algunas palmaditas en la barriga.

—¿Pero me autorizas? repitió Narciso.

—¿Y para qué necesitas mi autorizacion?

—Porque pudiera, al dar la prueba ofrecida, presentar otra de tu ingratitud.

—¡Hola! ¿esas tenemos, gloton de los diablos? esclamó uno de los convidados.

Amadeo saboreó el resto de su copa, y dijo encogiéndose de hombros:

—Con tal de que no me molestes, habla y haz todo cuanto quieras.

—¿Es decir que me autorizas?

—Sí, hombre, sí.

Narciso tiró del llamador de la campanilla.

—Conduce hasta esta sala á la persona que se halla en mi gabinete.

Los convidados se miraron los unos á los otros, preguntándose en sus miradas qué clase de sorpresa seria la que les preparaba el dueño de la casa.

El comedor de Narciso de Rioalto era un modelo de elegancia, de comodidad, de lujo.

Los cuadros de caza disecada que colgaban de las paredes, los ricos aparadores atestados de botellas de esquisitos vinos, los espejos y la inmensa estufa, las lámparas de cristal, todo allí era rico y grande.

Además, los convidados, jóvenes que pertenecian á la clase mas distinguida de Madrid, los criados con traje de etiqueta, formaban un contraste estraño con una mujer miserablemente vestida, casi envuelta en sus harapos, ciega y horriblemente fea que se presentó en el comedor conducida por un criado.

Al verla los convidados no pudieron contener un grito de asombro, coreado por algunas carcajadas, debidas mas bien á los vapores del vino que á la maldad de aquellos que se reian delante de la miseria.

En cuanto á Amadeo Polviany, dió un salto sobre la si-

lla, olvidando á pesar suyo la digestion que poco antes le preocupaba.

Habia reconocido en aquella mendiga á su antigua querida la hija de doña Aldonza.

Viéndola en aquel comedor, en medio de sus amigos, no tuvo duda de que Narciso trataba algo en contra suya.

Procuró serenarse.

Era preciso disponer el espíritu para el ataque que indudablemente le amenazaba.

—Señores, dijo Narciso: ustedes han dudado de mi filantropía, y yo me propongo dar una prueba de ello.

Es preciso que cada uno se coloque en el lugar que merece. Esta pobre ciega va á hablar. La voz de la desgracia debe ser siempre respetada por los corazones nobles.

Y Narciso, dirigiéndose á uno de sus criados, continuó:

—A ver, coloca una silla á esta infeliz á mi lado.

El criado obedeció.

—Ahora, volvió á decir Narciso, usted, pobre ciega, no olvide que en derredor suyo se halla reunida la juventud mas rica, mas calavera de Madrid, y que todos desean oir la historia de las desgracias de usted. Si alguna gratitud le merezco, espero que me complacerá.

—Yo no puedo negar nada á usted, señor don Narciso, dijo Pepita con una voz clara, cuya juvenil vibracion formaba contraste con la repugnante fealdad de su rostro. Usted, jóven generoso, fijó sus ojos en mi desgracia; usted me ha socorrido en mi miseria.

—No hablemos de eso. Aquí acaba de dudarse de la bondad de mis sentimientos: aquí se cree que yo nunca tiendo la mano

para socorrer una desgracia sin que me guie una segunda intencion. Muchos me tratan, pocos me conocen; la sociedad se compone de una multitud de séres rutinarios que comentan los hechos, la mayor parte de las veces sin filosofía, que se dejan llevar por la corriente, que juzgan por las apariencias y que se engañan casi siempre.

—¡Bravo, bravo! esclamó uno de los convidados, á quien las continuas libaciones comenzaban á poner fuera de combate.

—Si continúas de ese modo, soy capaz de huir de esta sociedad engañadora y meterme fraile.

—No hay que interrumpirle, repuso otro.

—Señores, se nos ha ofrecido una historia: que se cuente.

—Teneis razon, repuso Narciso; puede usted comenzar la suya cuando guste.

—Voy pues á comenzarla, señores, y así sirva de ejemplo á alguno.

Y Pepita, despues de una corta pausa, exhalando un suspiro, comenzó á hablar de esta manera:

—Llegué á los diez y ocho años de mi edad sin comprender que el corazon era susceptible de sentir todos esos sufrimientos morales que matan la paz del espíritu, que agostan el risueño sol de la esperanza, que nublan el tranquilo horizonte del porvenir, que hacen brotar las canas é imprimen profundas arrugas en la frente mucho antes aún de que la vejez venga á acariciarnos con sus helados besos.

Pero un dia comprendí que la felicidad era perecedera, fugaz.

Amé á un hombre: este hombre burló mis esperanzas; este hombre abrió la primera herida en mi pecho, herida mucho mas

terrible que la que causa la acerada punta de una espada: el desprecio.

Desde entonces dudé del amor, y siéndome imposible retroceder, y viendo que aún mi rostro conservaba los encantos de la juventud, despues de una corta lucha arrojé de mi corazon el resto de castidad que en él se abrigaba, llegando á hacer un comercio de mi amor.

No pienso relatar á ustedes episodio por episodio, detalle por detalle, la historia de mi vida.

En ella no encontraríamos mas que escenas por desgracia bastante conocidas, y que solo inspiran verdadero interés á aquellos á quienes acontecen.

Voy á hablar solamente del último período de esa vida que acabo de mentar.

El nombre de mi postrer amante tal vez no sea del todo desconocido de los que me rodean. Se llamaba Amadeo Polviany.

—¡Eso es una calumnia! esclamó el conde Polviany con el rostro enrojecido, y haciendo un esfuerzo para levantarse de la silla.

Al oir esta voz Pepita se puso en pié, y dando un paso en direccion al sitio que ocupaba Amadeo, dejó asomar á sus labios una sonrisa que hizo aún mas horrible y espantoso su semblante, y estendiendo el brazo esclamó con voz nerviosa:

—¡Ah! ¿estás tú ahí, Amadeo? tanto mejor: de este modo tus amigos conocerán hasta dónde llega tu egoismo; porque, señores, ese hombre que acaba de llamarme calumniadora, fué mi querido por espacio de dos años, y en el mismo instante en que atacada por la terrible enfermedad que tan cruelmente ha

desfigurado mi semblante, que me privó de la luz de mis ojos, cobarde y egoista, huyó de mí, temiendo contagiarse. En vano he procurado luego recurrir á su caridad, en vano le he dirigido una y otra carta pidiéndole un poco de proteccion, un pedazo de pan con que aplacar mi hambre: el silencio ha sido su respuesta; sus criados me han arrojado de su casa, porque el conde Polviany es uno de esos séres sin corazon que guiados por el egoismo borran de su memoria todo aquello que les conviene, con la misma indiferencia que borra la pluma un nombre mal puesto.

Amadeo, anonadado ante las terribles palabras de Pepita, hundido en la butaca como si el mundo se hubiese desplomado sobre él, solo murmuró en voz baja y débil:

—No la creais: es una loca.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Narciso de Rioalto, que se gozaba en silencio del aturdimiento del conde Polviany, cogió suavemente del brazo á la ciega, y conduciéndola hasta la silla que antes ocupara, le dijo:

—Tranquilícese usted, amiga mia, y continúe su relato; yo se lo ruego.

—Sí, tiene usted razon: ¿de qué serviria el enojo de una pobre ciega, de una mendiga desfigurada por las viruelas que se sienta en el atrio de una iglesia y tiende su mano suplicante á los transeuntes? Además, la culpa no es del conde Polviany: conozco que he sido una imprudente al dirigirle una reconvencion. La Pepita de ayer no es la misma de hoy. Continúo, pues, mi historia:

Cuando yo era la querida del señor conde Polviany, un dia se presentó este en mi casa acompañado del vizconde de Villa-

fort. El vizconde estaba enamorado de una jóven que vivia en mi misma calle, y creyendo por los informes que sin duda le dió de mí Amadeo que yo seria bastante infame para admitir sus proposiciones, me indicó un plan de seduccion que yo acepté, haciéndome desde aquel instante cómplice de su infamia.

Dios me castigó luego severamente, y creo justo este castigo.

El vizconde de Villafort compró mi libertad con un puñado de oro.

Le obedecí ciegamente como la mano obedece al brazo.

Nuestra infernal intriga tuvo los resultados que apetecia el vizconde de Villafort, llegando por fin á causar la desgracia de un padre honrado, la perdicion de una jóven sencilla y virtuosa.

Andrea, vilmente engañada, seducida por mis consejos y por las promesas del vizconde de Villafort, fué la querida de este; y don Leandro, padre de la infortunada jóven, llegó hasta el estremo de pedir limosna en las calles de Madrid.

Conseguido el triunfo del vizconde, me vi de repente atacada por la enfermedad que ha desfigurado mi rostro, que ha cegado mis ojos.

Arturo y Amadeo, borrando mi nombre de su memoria, me abandonaron para siempre.

Conservaba algunos ahorros debidos á la alianza infame con el vizconde de Villafort.

Mi enfermedad los consumió todos.

Por fin Dios quiso que me cupiera la suerte de don Leandro: la miseria asaltó mi casa, el hambre martirizó mi cuerpo.

Pero ¿quién podia conocerme? Nadie.

¿De quién podia ruborizarme faltándome la luz de mis ojos? De nadie.

Me lancé á la calle acompañada de mi anciana madre á implorar una limosna de la caridad pública, puesto que nada debia esperar de mis cómplices.

Hé aquí la historia, señores. Ahora solo espero que Dios tendrá lástima de mí acortando los dias, largos é interminables como todos los que se pasan en el seno del dolor, rodeado de la miseria.

Pepita, que poco antes habia mostrado una energía casi varonil al dirigirse al conde Polviany, cuando terminó la narracion de su vida dobló con desfallecimiento la cabeza sobre el pecho, exhalando un profundo suspiro.

En los semblantes de los convidados se habia apagado esa chispa bulliciosa de la alegría que al final de una espléndida comida trasmite los vapores del vino.

El rostro del conde Polviany durante el relato de Pepita habia sufrido multitud de variaciones, pasando del rojo mas fuerte al pálido mas marcado.

Solo en los azules ojos de Narciso de Rioalto podia notarse ese resplandor siniestro que despide un corazon malvado cuando se goza interiormente con la humillacion de sus enemigos.

Era indudable que la historia de la ciega mendiga seria comentada al dia siguiente en los círculos de la aristocrática sociedad de Madrid.

Esto, segun Rioalto, debia herir de muerte el crédito del vizconde de Villafort y Amadeo Polviany.

Además de esta historia, Narciso no habia olvidado comen-

tar el desafío de Arturo con Felipe, ventajoso bajo todos puntos de vista para el primero, y cuya victoria le honraba bien poco.

Si á esto se añade la precipitada fuga del conde de Villafort al separarse de su hijo, la farsa del baron de Soany, muriendo en un lecho sin que Arturo corriese á auxiliarle, podria reunirse bastante material para formar un poema de descrédito que una vez estendido y comentado, cerrara las puertas de la sociedad elegante al vizconde de Villafort.

Narciso, mas rico que Arturo y tan perverso como él, deseaba deshacerse de un rival temible, llegando despues de esta victoria á figurar en primera línea entre los jóvenes calaveras de Madrid.

—Amigos mios, dijo Narciso de Rioalto despues de haber dejado trascurrir una breve pausa: el vizconde de Villafort es un amigo nuestro; debemos, pues, respetos á la amistad. Amadeo Polviany lo es tambien asímismo. En nombre, pues, del vizconde que se halla ausente, yo os pido una limosna para esta desgraciada que acaba de contarnos su historia; pero antes de que nadie deposite el óbolo de la caridad en mi mano, debo advertiros que si os exijo esa limosna no es porque yo solo me niegue á darla, sino para que todos contribuyan á este rasgo filantrópico en nombre de aquel que es nuestro amigo.

Y Narciso, diciendo esto, cogió una frutera de porcelana que se hallaba vacía sobre la mesa, y depositando en ella dos onzas de oro, fué recorriendo el comedor, parándose delante de cada uno de los convidados.

Narciso reunió un monton de monedas de oro que fué luego á depositar en las manos de la ciega.

Pepita lloraba.

Tal vez la gratitud, tal vez la vergüenza, arrancaban aquellas lágrimas á sus ojos.

—Ahora, hija mia, volvió á decir Rioalto, no olvide usted que si alguna vez necesita usted de mí, las puertas de mi casa las encontrará abiertas siempre.

Y dirigiéndose á uno de los criados, continuó con una entonacion impertinente:

—Conduce á esta pobre ciega adonde la espera su madre.

Apenas desapareció Pepita del comedor, Narciso, viendo que sus convidados habian perdido la alegría, cogió una copa y dijo con alegre entonacion:

—Os habeis quedado todos cariacontecidos y melancólicos. Comprendo que la historia de la pobre ciega os preocupe hasta el punto de apagar la bulliciosa alegría que hace poco os animaba. Basta, pues, de silencio: torne á comenzar la algazara. Coged las copas y brindemos á la salud del vizconde de Villafort y por la buena digestion de nuestro querido Amadeo.

Los convidados, gente jóven y dispuesta siempre á disfrutar de los placeres que proporciona el dinero, creyeron muy oportuno el brindis propuesto por el anfitrion, y no tardó mucho en reanudarse la alegría.

Desde el comedor pasaron á un pequeño salon, donde estaba dispuesto el café.

Amadeo desde este momento fué el blanco sobre el cual asestaron todos los tiros.

El conde Polviany, libre de la presencia de Pepita, fué tambien reanimándose poco á poco.

—Señores, dijo por fin: lo que acaba de suceder no es otra

cosa que una broma bastante pesada que tendrá indudablemente fatales consecuencias.

—¡Hola! esclamó Narciso: ¿vas á desafiarme? te aseguro que no me seria muy grato.

—Si yo te desafiara, dijo Amadeo completamente sereno, es indudable que las ventajas quedarian de tu parte; la aparicion de la ciega mendiga á los postres de la cena con que acabas de obsequiarnos, dispénsame si creo que no ha sido un acto casual, sino premeditado; no quiero juzgar el objeto con que lo has hecho: me reservo ese derecho para mas adelante. Tomemos, pues, café en paz y en gracia de Dios, porque si ese reloj no anda mal, está marcando las tres de la mañana.

—Haremos lo que quieras.

Y Narciso hizo una seña á los criados para que comenzaran á servir el café.

Desde este momento la conversacion tomó un rumbo distinto.

No volvió á hablarse mas ni de Pepita ni del vizconde de Villafort.

Narciso habia cumplido su deseo.

CAPITULO V.

UN ESTÓMAGO SÓBRIO ANTE UNA CENA OPÍPARA.

Terminada la confesion, el anciano sacerdote, á quien llamaremos desde ahora el padre Miguel, comenzó su rezo á la cabecera de la cama; pero como advirtiera que el semblante de la enferma se trastornaba por momentos, salió de la alcoba á pedir auxilio al médico que con Felicidad se hallaba en la habitacion inmediata.

Acudieron, y Jacobo aseguró que aquello era solamente producido por la fatiga.

—Lo que necesita la enferma es descanso, dijo.

Y disponiendo un medicamento que la marquesa tomó maquinalmente, salieron de la alcoba.

El padre Miguel fué á sentarse en una butaca, Felicidad ocupó otra á su lado, y el médico sentóse en el sofá cerca de una mesa.

Nadie desplegó los labios por espacio de media hora.

Jacobo leia: el sacerdote rezaba. Felicidad, con la mirada tristemente fija en el suelo, parecia la estátua de la meditacion.

Por último, Felicidad rompió el silencio, diciendo de este modo:

—Padre Miguel, debe usted hallarse cansado: ¿por qué no se acuesta usted algunas horas?

—A pesar de mis años, hija mia, contestó el sacerdote, no me rinde tan pronto la fatiga. Además, la enferma puede necesitarme de un momento á otro.

—Sin embargo usted, segun me dijo, acaba de hacer un largo viaje á pié.

—Estoy acostumbrado.

—Sea como usted quiera.

—Entonces permítame usted que permanezca aquí en mi puesto.

Felicidad rogó al padre Miguel que le siguiera, y le condujo á un pequeño gabinete en donde se hallaba una mesa dispuesta para cenar.

—Ya que no quiera usted descansar, tomará por lo menos algo.

El padre Miguel era uno de esos hombres sencillos de corazon que no conocen el fingimiento.

Viendo la mesa cargada de sabrosos y abundantes manjares, no pudo menos de sonreirse.

—Hija mia, dijo á Felicidad, tengo la buena costumbre de cenar muy poco, y á mis años no es conveniente cambiar de costumbre.

—Pues bien, coma usted lo que guste.

Y Felicidad, colocando una silla cerca de la mesa, ocupó otra.

El sacerdote se sirvió el alon de un pollo, diciendo:

—Con esto me basta.

—Eso no es nada, padre mio.

—Para algunos no lo será, pero para mí... Casi-siempre se reduce mi cena á pan y queso.

El padre Miguel dijo las anteriores palabras con una ingenuidad tal que Felicidad no pudo menos de sonreirse.

Aquel anciano le inspiraba tanto interés como respeto.

El padre Miguel se comió el alon, acompañado de un poco de pan.

Felicidad le sirvió una copa de vino de Burdeos.

—Dispense usted, señorita; solo bebo vino cuando oficio, dijo el sacerdote colocando la mano sobre los bordes de la copa y sonriéndose con su peculiar dulzura.

—Pero ¿no va usted á comer nada mas?

—Mi estómago no es exigente, y puedo asegurarle que se da por satisfecho.

—Mañana se sentirá usted débil: este otro poco por mí.

Y Felicidad le sirvió una lonja de pavo trufado.

El padre Miguel se encogió de hombros como el que se resigna, y llevó á la boca un poco del fiambre que le acababa de servir Felicidad.

—¿Qué es esto? preguntó haciendo un gesto como si hubiera mordido algo desagradable.

—Pavo trufado.

—¡Ah, sí! he oido celebrar mucho esta mezcla de cosas buenas que da el resultado de una cosa mediana.

—¿No le gusta á usted?

—Aunque se me tenga por hombre de poco gusto, diré á usted que no, señora.

—Entonces le serviré á usted otro plato.

—Ruego á usted que no me sirva nada; he comido lo suficiente.

—Al menos un poco de dulce.

El padre Miguel, á fuer de condescendiente, tuvo que cenar aquella noche de un modo fabuloso para él.

Felicidad le servia con filial solicitud.

El pobre viejo estaba encantado viendo el esmero, la delicadeza con que le trataba aquella señorita.

Entre los dos interlocutores comenzó á reinar mayor confianza.

—¿Y piensa usted, padre mio, regresar pronto á su aldea?

—En el mismo instante que termine la comision de la difunta y de la señora marquesa de Fontan.

—Supongo que durante su permanencia en Madrid, aceptará usted esta casa como suya.

—Puesto que Dios ha colocado á usted ante mi paso, creo que debo aceptar el ofrecimiento.

—Además pondremos mañana un carruaje á disposicion de usted. Aquí las distancias son muy largas.

—A pesar de mis sesenta años, no me canso tan pronto.

—¿Viene usted de muy lejos, padre mio?

—De un pueblo que descansa en las faldas del Moncayo.

—¿Y á pié?

—No viajó de otro modo el Salvador del mundo; y sin que esto me ofenda, puede asegurarse que valia mas que yo.

Felicidad dirigió una mirada llena de veneracion á aquel anciano sacerdote, creyendo ver en él uno de esos apóstoles del Cristianismo que cruzan la tierra impávidos, apoyados en los Evangelios, y sin que nada les haga apartarse ni una línea del santo ministerio que se imponen por verdadera vocacion.

—Padre mio, dijo sin poder contener dos lágrimas que brotando de sus ojos se deslizaron por sus mejillas: ¡bendito sea Dios, que ha conducido á usted á esta casa!

El padre Miguel, profundo conocedor del corazon, fijó sus ojos en aquella jóven bella y llorosa como la *doncella de Mágdalo* al sentirse conmovida por el arrepentimiento.

—Bendito sea, repitió el sacerdote; y dichoso aquel, hija mia, que antes de exhalar el último soplo de su vida siente en el fondo de su corazon la voz del deber que le aconseja el camino del bien.

Felicidad, verdaderamente impresionada ante aquel anciano venerable cuya voz dulce, cuyas sencillas frases penetraban en su alma de un modo desconocido, cayó de rodillas, y apoderándose de las manos del sacerdote las cubrió de lágrimas y besos.

El padre Miguel comprendió que á sus piés tenia una pecadora, y predispuso su espíritu para el perdon.

Felicidad en pocas palabras relató su vida al sacerdote; pero aquella jóven, que era culpable, tenia en su abono la gratitud, el amor que profesaba á su señora.

A los ojos del padre Miguel, Felicidad era mas bien una mártir que una pecadora.

Procuró tranquilizarla.

Ahora digamos nosotros por qué el padre Miguel se dejaba la paz de su aldea, abandonaba sus queridos feligreses, trasladándose á Madrid.

Pero esto merece un capítulo aparte, y el lector dará con nosotros el salto de una página.

CAPITULO VI.

ENCUENTRO INESPERADO.

El padre Miguel, cura párroco de un pequeño pueblo situado en las faldas del Moncayo, por su bondad de corazon, por su amor al prójimo, era, por decirlo así, el padre de sus feligreses.

Se le queria y se le respetaba.

Su bondad era infinita, su amor inagotable.

En una palabra, era un sacerdote tal y como debe serlo, de la única manera que puede comprenderse y debe respetarse, como yo he procurado describirles algunas veces, como le describiré siempre, aunque algunos de ellos, no estando conformes con mis libros, suban al púlpito á anatematizarlos y prohibir su lectura, como ha acontecido mas de una vez desde que publiqué *El Cura de Aldea* y *El Mártir del Gólgota*.

Pero volvamos al padre Miguel, pues yo no he de sacar jamás en mis libros sacerdotes indignos.

Aconteció, pues, que uno de los feligreses del buen párroco trató de casarse estando enfermo, y rogó al padre Miguel se encargará de disponerlo todo lo mas pronto posible.

Siendo el susodicho novio hijo de Soria, y teniendo que arreglar algunos asuntos de intereses, rogó al cura que se fuera á aquella ciudad con poderes suyos.

El padre Miguel salió de su pueblo montado en una pollina que le prestó un vecino, único modo de viajar que aceptaba á fuerza de ruegos.

Desempeñó su comision con actividad y provecho del enfermo.

Ya de regreso al pueblo, una tarde, al entrar en una angosta barrancada del Moncayo, sintió lamentos prolongados y dolorosos que salian de una especie de cueva.

El padre Miguel, como buen sacerdote, desconocia el miedo tratándose de ejercer una obra de caridad.

Apeóse de la burra, y se encaminó siguiendo los gemidos que habian detenido su paso.

Llegó hasta la entrada de la cueva y dijo:

—¿Quién se lamenta por ahí?

—Una pobre mujer que muere abandonada de Dios y de los hombres, respondió una voz débil y fatigosa.

El sacerdote penetró en la cueva con la resolucion de un padre que corre á salvar á su hijo querido, cuando vió que un objeto se arrastraba por el suelo dirigiéndose hácia él.

—¿Quién es usted? preguntó la voz.

—Un ministro del altar, respondió el padre Miguel inclinándose hácia la tierra para reconocer á la criatura que se lamentaba.

—¡Bendito sea Dios! esclamó la de los gemidos abrazándose á las rodillas del párroco.

Entonces el padre Miguel, á la vaga claridad que penetraba en la cueva, vió que la que tenia á sus piés era una mujer flaca, demacrada, pobremente vestida, cuyos ojos hundidos y casi sin brillo indicaban el mal estado de su salud.

Tenia el aspecto de una mendiga.

—¡Me muero, señor, me muero! repitió la mujer; pero Dios ha querido que los papeles que encierra esta cartera no se pierdan, y por eso me envia un sacerdote.

Y diciendo esto, sacó de su pecho una cartera de tafilete mugrienta y ennegrecida.

El padre Miguel, asombrado ante aquel encuentro, la cogió maquinalmente.

—Pero bien, dijo: ¿qué debo hacer con esta cartera?

—Entregarla á quien le corresponde: vive en Madrid, ignoro la calle, pero lea usted todos los papeles que contiene: usted es sacerdote, usted puede saberlo todo; solo le advertiré que es de suma importancia que llegue á manos de...

La mujer se agitó como si faltara el aire á sus pulmones.

El hipo no la dejaba continuar hablando.

El párroco se arrodilló, y cogiéndole la cabeza entre las manos y haciendo que la apoyara sobre su pecho, dijo:

—Pero ¿quién es usted? ¿De dónde viene usted? ¡Dios mio! ¡esta mujer se muere!

El sacerdote dirigió una mirada en derredor suyo como buscando algun socorro para aquella infeliz cuyo hipo vibrante, histérico, anunciaba la agonía.

—¡Dios mio! esclamó el padre Miguel: ¡esta desgraciada va

á morir sin revelarme lo mas importante! ¡Dilata su vida aunque no sea mas que por algunos momentos!

Como si esta súplica fervorosa hubiera sido atendida, la mujer abrió los ojos profundamente hundidos y cuyas pupilas comenzaban á empañarse con el opaco velo de la muerte.

—¡Padre! no abandone usted mi cuerpo... ¡Padre! por el Dios misericordioso dé usted sepultura á mi cadáver... tartamudeó la moribunda cogiendo las manos del sacerdote y llevándoselas á los labios.

—Pero bien, ¿quién es usted? repitió el cura: ¿qué debo hacer con esta cartera? ¿á quién he de entregarla?

—Soy una mujer que posee un secreto, dijo la moribunda con débil acento; secreto de suma importancia para aquella que en los papeles que contiene la cartera se llama Laura: no olvide usted ese nombre; el mio es Vicenta Rosales. Iba á Madrid, porque, sintiéndome mala, temia morirme llevándome al sepulcro mi secreto. Laura Búrgos es hermana del millonario Narciso de Rioalto. Ahí, ahí en la cartera se hallan mas pormenores. Laura es pobre. Yo no podia hablar... pero don Agustin de Rioalto ha muerto... Entregue usted esos papeles...

No pudo acabar. Su cuerpo sufrió un brusco sacudimiento, quedándose rígido é inmóvil.

Habia muerto.

El padre Miguel permaneció unos instantes contemplando el cadáver de aquella mujer, y despues de encomendar su alma á Dios, condujo el cadáver hasta donde tenia su caballería.

Allí, no sin algun trabajo, logró colocarle sobre el albardon.

Despues siguió el camino adelante.

Afortunadamente el pueblo del padre Miguel no distaba de

LA PERDICION DE LA MUJER.

.....seguia camino adelante.

aquel sitio mas que dos horas, y llegó á poco de oscurecer conduciendo el cadáver.

Inmediatamente dió parte al alcalde de lo acontecido, ocultándole lo de la cartera y el encargo que la difunta le habia hecho.

El cadáver se enterró en el Campo Santo al dia siguiente.

El padre Miguel encerróse en su modesto cuarto, y se puso á leer los papeles que contenia la cartera, diciéndose para sí mismo:

—Tal vez este asunto me ponga en el caso de hacer un viaje á Madrid.

Y efectivamente, la lectura de aquellos papeles, que pronto conocerán nuestros lectores, le hizo emprender el viaje, pues se trataba de hacer un bien al prójimo.

El encuentro con Felicidad habia retrasado algunas horas las diligencias que se disponia á practicar el sacerdote.

CAPITULO VII.

LOS RUEGOS DE UN HOMBRE JUSTO.

Cuando el marqués de Fontan abandonó la cama, su ayuda de cámara le dijo:

—Señor, un pobre sacerdote espera en la antesala hace mas de una hora; vino muy temprano, y se le dijo que usía no se levantaba hasta las diez.

—¿Y no te ha dicho el asunto que aquí le trae?

—Dice que es reservado, que solo puede manifestarlo al señor marqués.

—En ese caso, que pase.

El marqués de Fontan fué á sentarse en una butaca, y estaba por cierto bien lejos de imaginarse la comision del sacerdote.

Al verle entrar le saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Supongo, preguntó el sacerdote, que tengo el honor de hallarme delante del marqués de Fontan?

—Sí, padre mio; puede usted tomar asiento y decirme en qué puedo serle útil.

—Yo, señor marqués, soy un pobre párroco de aldea, y me hallo poco avezado á la etiqueta de la córte; le ruego por lo mismo que dispense la sencilla rusticidad de mi lenguaje y la poca cultura de mis maneras.

El marqués se inclinó ligeramente.

El padre Miguel repuso de este modo:

—Los que como yo ejercen por verdadera vocacion el sacerdocio, cuando se les llama junto al lecho de un moribundo tienen muchas veces penosos deberes que cumplir, y entonces nada les detiene, por nada retroceden; espero por lo tanto que el señor marqués tendrá en cuenta el magisterio que ejerzo, y procurará dominar sus resentimientos sin atender mas que á la bondad inestimable del perdon.

Fontan miró al sacerdote como si no le comprendiera.

—Anoche, señor marqués, fuí llamado junto al lecho de una mujer moribunda; he oido su confesion, me he penetrado del sincero arrepentimiento que abriga su alma, y vengo aquí á interceder por una criatura que se muere.

—Pero ¿quién es esa mujer?

—Una pecadora arrepentida á quien muy pronto juzgará Dios en la eternidad; una oveja descarriada: su esposa de usted, caballero.

El marqués se estremeció, y fijando una mirada sombría en el sacerdote, dijo:

—Mi esposa ha muerto.

—Señor marqués, sé la historia del fingido suicidio de la marquesa de Fontan; ella me lo ha revelado, y á las puertas de la muerte no se miente, se dice la verdad, por terrible que sea. Carolina se muere, se muere irremisiblemente, y antes de que llegue su última hora necesita oir el perdon de sus culpas de los labios de su ofendido esposo.

—¡Imposible! esclamó Fontan.

—Señor marqués, al borde del sepulcro desaparecen todos los resentimientos.

—Ya he dicho á usted que mi esposa ha muerto.

—Para el mundo tal vez, para la sociedad en que vivia, no existe; pero para Dios vive y para usted tambien. ¿Seria usted bastante cruel para negar la gota de bálsamo que pide con fervorosos labios una moribunda? ¿Dónde hay nada mas bello que el perdon? El que no lo concede al moribundo que lo pide, es un malvado.

El marqués comenzaba á sentirse dominado por aquel pobre sacerdote cuya voz, resonando de un modo desconocido en el fondo de su corazon, le estremecia.

—Pero usted ignora, esclamó, que esa mujer me ha causado mucho daño, que ha sido una adúltera, una infame.

—Ya he dicho á usted que lo sé todo, señor marqués, y que á las puertas de la muerte no se oculta nada al confesor.

Y el padre Miguel, cambiando de entonacion, fijó su dulce mirada en el esposo de Carolina, y dijo:

—Señor marqués, en vano procurará usted ocultarme el estado de su corazon. ¿A qué manifestarme una energía, un rigor que está usted muy lejos de sentir? Además, la vanidad mundana, el amor propio ofendido, ¿qué son sino debilidades

de la criatura? ¿Qué es el orgullo de los hombres, comparado con la recompensa infinita de la eternidad? ¿Qué son los afanes que acortan nuestra existencia cuando pensamos en la muerte, que siempre en acecho nos amenaza, la muerte, que no respeta la grandeza de Alejandro, el oro de Creso, la ciencia de Salomon? Vamos, hijo mio, deseche usted de una vez ese resto de enojo que queda en su pecho. Carolina se muere, y turba en estos instantes su agonía el recuerdo de las ofensas que ha inferido á su esposo. Una palabra de usted bastará para que el alma de la moribunda abandone el cuerpo llena de esperanza; una palabra de usted será suficiente para que esa desgraciada recobre la tranquilidad del espíritu que tanto necesita en estos momentos para elevar sus últimos pensamientos á Dios.

Y diciendo esto, el padre Miguel se habia apoderado de una de las manos del marqués, y la estrechaba cariñosamente entre las suyas.

El marqués, conmovido ante las súplicas del sacerdote, perdiendo su frialdad y hasta el justo resentimiento que sentia hácia Carolina, dijo dejándose llevar por los impulsos de su corazon:

—Puesto que mi perdon puede aliviar los sufrimientos de esa infeliz, dígale usted que yo la perdono, que yo olvido el pasado.

—¿Y por qué no ha de ser usted, hijo mio, el que se lo diga?

—¿Yo?...

—Vamos, un poco de fortaleza, y la obra queda perfectamente terminada.

—No, no quiero verla. Si así sucediera, me faltaria el valor que necesito para perdonar.

—Por el contrario, hijo mio: cuando el sér que goza de perfecta salud fija sus ojos en una criatura que lucha con las ánsias de la muerte, es preciso que sea muy perverso para que no se sienta interesado por ella, para que no le diera una parte de ese espíritu vital que él posee. Cuando usted se acerque al lecho de Carolina, cuando ella estienda hácia usted sus manos suplicantes, cuando sus hundidos ojos, despidiendo ese brillo inquieto de la agonía, pidan perdon, usted se arrojará en sus brazos, usted perdonará, sí, usted perdonará como el moribundo desea, como Dios espera.

El marqués se llevó la mano á la frente como para ocultar la turbacion.

Una lucha terrible conmovia su espíritu.

Aquel sacerdote humilde, pobre, pero cuya cabeza tenia la imponente dulzura de un patriarca, le fascinaba.

Así lo conoció el padre Miguel, y aprovechándose de las buenas disposiciones de ánimo del marqués, continuó por espacio de un cuarto de hora sus súplicas, siempre dulces, siempre llenas de uncion evangélica.

Por fin, el marqués cedió.

—Disponga usted de mí, dijo: ¿qué debo hacer?

—Perdonar: nada mas sencillo, nada mas meritorio á los ojos de Dios, ni mas grato para un alma noble y generosa.

—Perdonaré, perdonaré, padre mio.

—Entonces no perdamos tiempo pues; aún me quedan otras comisiones que desempeñar. Vámonos á ver á la señora marquesa.

Fontan tiró del cordon de la campanilla, y pidió que dispusieran un carruaje.

Poco despues, Fontan y el padre Miguel subian en una elegante berlina tirada por dos soberbias yeguas.

El marqués dijo al lacayo:

—Calle del Baño, casa del señor baron de Soany.

Las yeguas partieron, haciendo rodar con rapidez la berlina.

CAPITULO VIII.

DONDE CONTINÚA SU MISION EL PADRE MIGUEL.

Cuando un cielo sin nubes, de purísimo azul, lleno de luz y de encanto resplandece sobre nuestra cabeza; cuando un horizonte tranquilo, dilatado, infinito, se presenta ante nuestros ojos, parece que el espíritu, en armonía con la obra de Dios, recobra fuerza y alegría para admirarle.

Andrea, que á manera que se iba aproximando á la muerte veia crecer en su pecho las ilusiones, las risueñas esperanzas, sin advertir que sus fuerzas desfallecian, que su vida se acababa, y que apenas podia pasear por el jardin sin el apoyo de un brazo que la sostuviera, pasaba una y otra hora sentada junto á la ventana de su habitacion, desde donde gozaba de un punto de vista dilatado.

Desde allí podia observar la inmensa mole que constituye Madrid, sus torres, sus desiguales tejados, sus altas chimeneas

despidiendo el negro penacho de humo que indica la laboriosidad de los industriales.

Veia asímismo una gran parte de la carretera, sobre la que nunca dejan de rodar multitud de carruajes de variadas formas.

Sin moverse de la butaca contemplaba con indecible melancolía su pequeño jardin, en donde su alma sensible se entregaba tantas horas á la vida de los recuerdos, en cuyas rectas y angostas calles paseaban Felipe su víctima, don Rafael su bienhechor.

¡Ah! ¡cuántas veces Andrea, exhalando un suspiro, dedicaba un pensamiento al hombre que tanto daño le habia hecho!

Su voluntad, menos fuerte de dia en dia, luchaba en vano por borrar un nombre de su corazon: Arturo.

Porque aun en aquel pecho débil por la tísis, pero alimentado por el fuego del espíritu, brotaba bella como nunca la hermosa flor de la esperanza.

¡Soñar hasta la muerte! Hé aquí la mision de las almas apasionadas en la tierra.

Dios quiere concederles ese inmenso consuelo, porque Dios solo comprende sus sufrimientos.

Andrea, sin decirlo á nadie, ocultándose ella misma, sentia en lo mas profundo de su corazon una dulce confianza.

—¡Él vendrá! solia decirle esa voz misteriosa que nos engaña. Él vendrá amante como nunca, arrepentido de su aturdimiento, y entonces comenzará para mí el verdadero paraíso.

¡Pobre Andrea! la muerte le sonreia, y ella sonreia á la vida.

¡Pobre Andrea! su sepulcro comenzaba á entreabrirse para

recibirla en su fondo, y ella abria asímismo su alma y sus brazos para recibir al vizconde de Villafort, á un hombre indigno de su ternura.

Pero ¿puede la juventud cerrar la puerta á la esperanza? ¿Puede un alma apasionada apagar la fé que le alimenta?

Andrea pasaba pues largas horas asomada á la ventana, con la mirada melancólicamente fija en el camino de Madrid, pensando que algun dia por él habia de venir Arturo.

La tarde que nos ocupa vió como otras veces cruzar muchos carruajes, y uno que se detuvo ante la verja del jardin.

Pensó al pronto que seria Narciso; pero vió bajar á un venerable sacerdote.

Aquel anciano cubierto de canas á quien no conocia, llamó con mano trémula, y Andrea hubiera corrido á abrirle, pero se sintió muy débil.

El padre Miguel, pues no era otro, despues de cambiar algunas palabras con el jardinero se dirigió hácia la casita, subiendo hasta la habitacion de Andrea.

Pensó por un momento la desgraciada jóven que aquel sacerdote le traeria nuevas de Arturo, y haciendo un esfuerzo se levantó de la butaca encaminándose á su encuentro.

Don Rafael y Felipe habian salido á dar un paseo por la carretera.

Andrea se hallaba sola, si se esceptúa el jardinero y una vieja criada que apenas abandonaba la cocina.

—Creo, señorita, dijo el padre Miguel, que es usted á quien busco.

Andrea cogió de la mano al sacerdote y le condujo hasta una silla que se hallaba próxima á su butaca.

—Porque supongo que será usted la señorita Andrea, volvió á decir el sacerdote.

—La misma, padre; pero no tengo el honor...

—Sí, sí, hija mia: usted no me ha visto nunca, es verdad, pero eso no importa, porque los que ejercen el sagrado magisterio de la Iglesia, se ven muchas veces en la precision de introducirse hasta allí donde no conocen ni han estado nunca.

—¿Qué puerta se halla cerrada ante un buen ministro del altar?

—Es verdad.

Y el padre Miguel, afectando sin duda hallarse fatigado, fijó en Andrea una mirada que revelaba su admiracion.

Como Andrea callaba, el sacerdote continuó:

—Mi visita, hija mia, es de la mayor importancia para una pobre mujer que se halla en las puertas de la muerte. Vengo á hablar á usted de...

El cura se detuvo.

En aquel momento le asaltaba la duda de si Andrea conoceria á la marquesa de Fontan por su verdadero nombre ó por el de baron de Soany.

—No sé cómo nombrar á usted la persona, repuso; pero le diré, suplicando que me dispense, que se trata de una mujer que ha ofendido á usted y necesita que se la perdone. Yo he recibido su confesion y vengo...

—¡Dios mio! esclamó Andrea dejándose llevar de la generosidad de su alma: ¿una mujer se muere y quiere antes que yo la perdone? ¿Me ha ofendido, por desgracia? Si así es, perdonada está de todo corazon, que no guardo rencor á nadie en el mundo.

—¿Luego usted no tendrá inconveniente en venir conmigo junto al lecho de esa moribunda?

—¿Inconveniente? Ninguno, padre mio.

Y Andrea hizo el ademan de levantarse, pero dejando asomar una sonrisa á sus labios continuó:

—Me he dejado llevar de los impulsos de mi corazon sin calcular antes mis fuerzas.

—¿Está usted enferma, hija mia?

—Lo he estado mucho, y ahora me siento estremadamente débil.

—Debo advertir á usted que un carruaje nos espera á la puerta de esta casa.

—Lo acepto, padre mio, pues no podria llegar á Madrid á pié; pero antes de partir debemos esperar á don Rafael, un buen médico, un generoso amigo que me ha deparado la Providencia.

—¿Y tardará mucho ese caballero?

—No; pero ¿qué digo? allí viene.

Y Andrea agitó un pañuelo haciendo señas al médico, que dando el brazo á Felipe acababa de entrar en el jardin.

No tardó mucho en reunirse el médico con Andrea y el padre Miguel.

Cuando supo el objeto que traia al sacerdote, dijo:

—Pero tú no puedes salir de casa... estás demasiado débil para eso.

—Hace algun tiempo, mi querido amigo, que se empeña usted en suponerme mas inútil de lo que soy; tenga usted en cuenta que se trata de un asunto grave, serio, casi me atreveria á llamar santo. Una mujer se muere, cree haberme ofendi-

do y pide mi perdon; yo no se lo puedo negar: tendria remordimientos toda mi vida. Además, un coche nos espera á la puerta, porque supongo que usted me acompañará.

Don Rafael era demasiado bueno para oponerse á tan noble deseo.

—Sea como quieras, dijo; aunque no respondo que el movimiento del carruaje te siente bien.

—Mandaremos al cochero que lleve los caballos al paso, repuso el cura.

—No, no, padre mio, esclamó Andrea con precipitacion; podríamos llegar tarde.

El padre Miguel dirigió á la jóven una mirada llena de ternura y gratitud, murmurando en voz baja:

—¡Pobre niña! ¡Pobre ángel caido!

CAPITULO IX.

DOS CORAZONES HERIDOS POR EL MISMO DARDO.

El marqués de Fontan permaneció una hora junto al lecho de su moribunda esposa.

Hora interminable, terrible, en que los remordimientos despedazaron aquellos dos corazones.

Carolina habia sido muy culpable; pero Fontan, careciendo de generosidad, la habia precipitado.

Además, el veneno que la conducia al sepulcro era obra suya.

Para acallar el grito de la conciencia que desde la entrevista con el padre Miguel le atormentaba, solia decirse:

—Yo solo he hecho lo que debia; mi vida se halla amenazada: era preciso pues matar ó morir.

Estas reflexiones eran en aquellos momentos poco tranquilizadoras.

El marqués, viendo la verdadera contricion de Carolina y

las abundantes lágrimas hijas de su alma que brotaban de sus hundidos ojos, sintióse enternecido y lloró tambien.

Perdonó, prometió olvidar, sintiendo en el fondo de su corazon la inquietud del arrepentimiento.

—Mira, Francisco, decia Carolina estrechando las manos de su esposo y cubriéndolas de lágrimas y de besos: yo te he hecho mucho daño, te he odiado mucho, lo confieso, y lo conozco aunque demasiado tarde. No habíamos nacido el uno para el otro. Las conveniencias sociales son, como vulgarmente se dice, el infierno de los matrimonios. Cuando me condujiste al altar, no me amabas; á mí me sucedia lo mismo: yo era jóven, elegante; tú rico y noble: desde aquí arranca nuestra desgracia. Sin embargo, la culpa es toda mia: no quiero cederte ni la menor parte.

—No hablemos de eso, Carolina, repuso el marqués: yo lo perdono todo, yo lo olvido todo, porque la base de los grandes disgustos que causaron nuestra desgracia no ha sido otra que la incompatibilidad de nuestros caractéres.

Durante esta entrevista en que tan fuertemente escitaban los interesados el sistema nervioso, Carolina sufrió algunos desvanecimientos.

Entonces acudia á una voz del marqués Jacobo el ginebrino.

Mientras el fingido médico hacia respirar á la enferma alguna esencia para que recobrara el conocimiento, el marqués apartaba con marcada repugnancia los ojos de aquel hombre, cómplice suyo en el asesinato de Carolina.

Por fin Fontan sintió cierto malestar, cierta inquietud, y se decidió á poner término á aquella escena.

Entonces Carolina, haciendo un esfuerzo superior á su estrema debilidad, se deslizó de la cama, y cayendo de rodillas á los piés de su esposo, le cogió las manos.

—¡Tu perdon, Francisco, tu perdon, esclamó, antes de separarnos para siempre!

El marqués estendió las manos sobre la cabeza de su esposa, diciendo conmovido:

—Yo te perdono, yo juro olvidarlo todo.

Carolina exhaló un gemido, cayendo desmayada sobre la alfombra.

Fontan y Jacobo la condujeron á la cama.

—¿Ha muerto? preguntó el marqués aterrado.

Jacobo puso la mano sobre el corazon de Carolina, y dijo:

—Aún no, señor marqués, pero le quedan pocas horas de vida.

—¿Luego esta noche?...

—Probablemente dejará de existir.

El marqués cogió al ginebrino por el brazo, y repuso con acento reconcentrado:

—¿Y no podria salvarse á esa mujer?

—Ahora es tarde.

Fontan dirigió una mirada amenazadora al curandero, diciendo con una calma mas terrible que la cólera:

—Está bien; y puesto que nada me queda que hacer en esta casa, venga usted á la mia á avisarme así que esa infeliz muera.

Y salió de la habitacion, dejando al ginebrino confundido.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando Carolina recobró el conocimiento, preguntó por su esposo.

Felicidad, que se hallaba junto á la cama, le dijo que acababa de marcharse.

—Pero ¿no volverá?

—Ha dicho que á última hora.

Felicidad mentia, creyendo que así causaba un bien á su señora.

—¡Me ha perdonado, amiga mia, me ha perdonado! esclamó la marquesa. ¡Ah! él es mas bueno de lo que pensaba. Ahora solo falta que Andrea...

—Esa jóven está esperando en la habitacion inmediata.

—¿De veras? ¡Gracias, Dios mio!

—Pero la señora se encuentra fatigada.

—No, te engañas; jamás me he sentido mejor... que pase, que pase... y terminemos... luego, venga la muerte. Despues quiero quedarme sola con el padre Miguel, con ese bondadoso anciano que Dios sin duda me envia para purificar mi alma.

En vano trató Felicidad de convencer á la marquesa á que descansara algunos momentos.

Andrea, apoyada en el brazo del sacerdote, entró en la alcoba de la enferma.

Carolina al verla estendió las manos como para recibirla.

Aquella jóven pálida, débil, en cuyo semblante se veian claramente las huellas de la enfermedad que la consumia, hizo un esfuerzo, y soltando el brazo del sacerdote corrió hácia la cama.

Aquellas dos cabezas se juntaron.

Un beso correspondido por otro beso resonó en la alcoba, y

á un mismo tiempo dos cuerpos se sintieron desfallecidos, dos frentes se apoyaron la una en la otra.

—¡Bien, hijas mias, bien! esclamó el sacerdote sin poder ocultar sus lágrimas: la juventud no debe ser rencorosa. Ese abrazo, ese beso que ustedes acaban de darse, lo borra todo, ¿no es verdad?

—¡Ah! por mi parte, solo desearia á costa de mi vida devolverle la salud á esta señora.

—¿Es posible que exista un corazon tan generoso?

—¿Qué daño me ha hecho usted para que yo me alegre de su mal?

—Arturo... murmuró la marquesa.

Andrea exhaló un suspiro; y luego, inclinando tristemente la cabeza sobre el pecho, murmuró en voz baja:

—Arturo, señora, no me amaba, no me amó nunca. ¿A qué recordarle?

—No, no, jóven; es usted demasiado bella para que puedan los hombres mirarla con indiferencia. Yo soy la causa de todas las lágrimas que usted ha derramado.

—¿Por ventura, repitió Andrea dando á su voz una entonacion reconcentrada y dolorosa; por ventura cuando yo cometí la ingratitud indisculpable de abandonar á mi padre por seguir á un amante, conocia usted mis amores con el vizconde de Villafort?

—Es verdad, murmuró Carolina.

—De ahí arrancan todas mis desgracias; ese es el manantial de donde brotan todas mis lágrimas. Lo juro á la faz de Dios que todo lo ve, que todo lo penetra: jamás mi corazon ha abrigado hácia usted el menor resentimiento.

—Sin embargo, yo arrojé á usted una noche de casa del vizconde.

—No debí nunca haber puesta en ella mis piés.

—Yo insté á Arturo para que rompiera las relaciones que con usted tenia.

—Arturo las hubiera roto de todos modos, ó por mejor decir, yo al conocer que no era amada, hubiera hecho mañana lo que hizo ayer.

—Entonces, ¿usted no amaba al vizconde?

Andrea se llevó la mano al corazon, y dijo de un modo inespicable:

—Sí, dice usted bien: no le amaba desde el momento que comprendí que el que habia manchado mi cuerpo era indigno de la pureza de mi alma; no le amo, porque este amor me rebajaria.

Andrea, que hasta entonces habia permanecido de pié junto á la cama, sintió que le flaqueaban las fuerzas, y se sentó.

—¿Se pone usted mala? preguntó Carolina con una voz que iba debilitándose por momentos.

—Lo estoy hace tiempo, señora.

—¿Quiere usted que llame á mi médico?

—Tengo tambien el mio, que me espera en la antesala; es un anciano generoso que la Providencia me ha deparado. ¿Quién sabe si don Rafael encontrará el remedio para el mal que á usted la postra?

Carolina agitó tristemente la cabeza.

—Me muero, hija mia, no me cabe la menor duda; pero muero tranquila puesto que he recibido el perdon de aquellos á quienes tanto ofendí.

—Es preciso tener confianza en Dios; además, usted es muy jóven.

—Andrea, mi espíritu se revela contra la muerte; en este instante estoy haciendo esfuerzos desesperados, porque...

Y la marquesa, cogiendo las manos de Andrea, procuró atraerla dulcemente hácia sí y continuó en voz baja:

—Porque no quisiera morir sin verle.

—¿A quién, señora?

—A Arturo... le he escrito... le espero... tal vez hoy...

Andrea se estremeció.

—¿Le ama usted mucho?

El alma de Andrea fué la que hizo aquella pregunta.

Como el padre Miguel habia ido á sentarse en una butaca, las dos enfermas continuaron hablando en voz baja.

—¡Que si le amo! por él lo he sacrificado todo... todo, amiga mia. Sin embargo, su amor me ha hecho la mas desgraciada de las mujeres. ¡Veo además tan próxima la muerte!...

Carolina terminó la frase con un suspiro.

Andrea guardó silencio.

Comprendia que la marquesa se hallaba fatigada, sintiéndose ella misma sin fuerzas para continuar una conversacion que la hacia daño.

Buscó pues la manera de darla otro giro.

—¿Quiere usted concederme un favor? dijo.

—¿Cómo negarlo, hija mia?

—Pues bien, permítame que la vea mi médico; es un sabio ignorado, un facultativo de conciencia y de práctica.

—Sea como usted quiera.

—Padre Miguel, tenga usted la bondad de darme el brazo,

ó de decirle al caballero que nos ha acompañado que pase á ver la enferma.

—Es mas cómodo para usted lo segundo, hija mia: voy á llamarle.

Salió el sacerdote, volviendo á entrar á los pocos momentos con don Rafael.

—Esta jóven se empeña en que usted me vea, doctor, dijo Corolina: ¿no es verdad que para mí no hay esperanza de curacion?

Antes de responder á la pregunta, don Rafael fijó una de esas miradas profundas que revelan á los médicos el estado de los enfermos.

—Es usted muy jóven, señorita, dijo don Rafael pulsándola. La naturaleza sufre revoluciones que admiran á la ciencia.

—¡Ah! por desgracia eso no sucederá conmigo.

—¿Quién sabe? es preciso dar tiempo al tiempo.

La marquesa hizo un desdeñoso mohin con los labios que terminó con una sonrisa.

—No temo á la muerte, doctor: la espero resignada, dijo.

Y cerró los ojos como si la fatiga hubiera agotado sus fuerzas.

Don Rafael aprovechó aquel instante para hacer una seña á Andrea de que saliera de aquella habitacion.

—Es muy tarde, señora, dijo: vivimos en el camino de los Carabancheles.

—Y tenemos allí un pobre enfermo que nos espera, repuso don Rafael.

—¡Ah, sí! es verdad: Felipe.

Andrea abrazó de nuevo á la marquesa, separándose de su lecho con los ojos arrasados en lágrimas.

Cuando llegaron al coche que les esperaba, Andrea preguntó á don Rafael:

—¿Pero verdaderamente está esa señera tan enferma como dice?

—Sí, hija mia; morirá muy pronto: no tiene la ciencia remedio para su mal.

CAPITULO X.

UN ALMA QUE ABANDONA EL CUERPO.

A las once de aquella misma noche, la marquesa de Fontan se sintió acometida de un frio tan terrible, que el padre Miguel, Felicidad y Jacobo rodearon la cama creyendo que iba á llegar su última hora.

Este ataque duró treinta minutos.

La enferma volvió á quedar tranquila al parecer.

Jacobo dijo en voz baja al cura:

—Comienza á helársele la sangre en las venas: otro ataque de estos la matará.

—Pero bien, doctor: ¿qué aconseja la ciencia en estos casos? preguntó el sacerdote.

—Nada, señor cura. La ciencia no puede derrotar á la muerte, cuyo soplo se ha filtrado en el corazon de esa infeliz.

El padre Miguel exhaló un suspiro y se puso á rezar en voz baja.

Felicidad guardaba silencio, llevándose de vez en cuando las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas.

Jacobo se paseaba por la habitacion, estudiando minuto por minuto los rápidos progresos del veneno que consumia la existencia de Carolina.

A las doce la marquesa, haciendo un movimiento brusco, trató de incorporarse sobre el brazo derecho, pero faltándole las fuerzas cayó desplomada, murmurando con débil voz:

—Siento un anillo de hielo en el corazon y otro en la garganta. ¡Dios mio! ¿es esto la muerte?

—¡Valor, señora, valor! dijo Felicidad arreglando con filial solicitud los cabellos que en desórden caian sobre el rostro de la marquesa.

—¡Valor! no puedo tener mas ante la muerte.

Y luego, estendiendo los brazos con nervioso ademan, repitió por tres veces este nombre:

—¡Arturo! ¡Arturo! ¡Arturo!

Cerró los ojos, rechinaron los dientes, gruesas y frias gotas de sudor brotaron de su frente, y se quedó inmóvil como un cadáver.

Pero esta vez tampoco habia muerto.

La juventud, la naturaleza, luchaban á brazo partido con la muerte.

La agonía se presentaba larga, dolorosa.

De vez en cuando la marquesa entreabria los labios secos y amoratados para exhalar un gemido casi imperceptible y pronunciar el nombre de Dios.

Le dirigian la palabra y no contestaba

Le acercaban una luz á los ojos y no la veia.

—¡Ciega! murmuró Felicidad.

—Sí, ciega, repitió Jacobo con acento cavernoso: así se insinúa muchas veces la muerte.

—¡Ah! si se presentara el señor vizconde de Villafort, la señora no gozaria del placer de verle.

—Pero esa ceguera, preguntó el sacerdote, será efecto de la debilidad: ¿puede recobrar la vista?

Jacobo no contestó.

Estaba preocupado viendo terminada su miserable obra.

El verdugo comenzaba á temblar de miedo delante de la víctima.

El asesino se sobresaltaba en presencia de la muerte.

Porque Jacobo se veia precisado á contemplar su obra hasta el fin; y así como el que hiere á un inocente con el hierro se estremece ante la mancha de sangre que le recuerda su crímen, así el ginebrino, viendo la vaguedad de las miradas de la marquesa, observando los progresos de la agonía, temblaba procurando dominar su miedo, esperando al mismo tiempo con afan el instante de la muerte.

Mientras tanto, un silencio sepulcral reinaba en la habitacion.

La marquesa agitaba de vez en cuando los labios como si quisiera hablar; pero su garganta sin fuerza no podia producir la voz que forma la palabra.

El reloj dió las dos de la mañana.

El padre Miguel de vez en cuando dejaba la silla y su rezo, y acercándose á la cama observaba á Carolina.

Luego volvia á su sitio, agitando la cabeza en señal de disgusto.

En cuanto á Felicidad, profundamente abismada, mas que un sér que siente y piensa parecia una estátua de piedra.

La agonía se anunció por fin.

La marquesa comenzó á respirar con mas dificultad, y al arrojar el aire de sus pulmones producia un silbido agudo, penetrante, fatigoso.

Era el estertor de la agonía.

Felicidad le dirigió la palabra, pero la marquesa nada le contestó.

Jacobo puso la mano sobre el corazon de la moribunda, y mirando luego la esfera de su reloj, dijo fingiendo una serenidad que no tenia:

—Morirá antes de una hora.

—¡Dios mio! murmuró Felicidad.

—¡Pobre señora! dijo el sacerdote.

El pronóstico de Jacobo no se cumplió, puesto que la marquesa de Fontan no murió hasta las seis de la tarde del dia siguiente.

Durante su prolongada agonía, ni el padre Miguel ni Felicidad se separaron de su lado.

El sacerdote lo habia olvidado todo por asistir á la enferma.

Poco despues que Carolina entregara su alma á Dios, un coche se detuvo ante la puerta de la casa mortuoria.

Era una silla de posta.

De ella bajó un jóven cuyo traje negro se hallaba cubierto de polvo.

Subió precipitadamente la escalera, y sin dar tiempo á na-

da, como hombre que conoce la casa, penetró resueltamente hasta el gabinete donde aún se encontraba sobre su lecho el cadáver de Carolina.

Aquel hombre era Arturo, el vizconde de Villafort.

Al verle, Felicidad lanzó un grito, Jacobo se estremeció, y el padre Miguel le dirigió una mirada.

—Señor vizconde, dijo la doncella con amargura: ha llegado usted tarde.

—¡Tarde! repitió Arturo maquinalmente.

—Sí: la marquesa de Fontan no existe.

Y Felicidad, marchando resuelta hácia la alcoba, descorrió la cortina que cubria el lecho.

Arturo avanzó aturdido hasta la cama.

Allí quedóse contemplando el cadáver de su amada.

Ni una lágrima en sus ojos: ni un suspiro en sus labios.

Aquel jóven tenia el corazon de roca.

—¡Tarde! murmuró: ¡siempre tarde!

—El último nombre que pronunció esa mujer desgraciada, repuso Felicidad, fué el de usted, pero usted no estaba á su lado para consolarla en su agonía.

Arturo, despues de permanecer algunos minutos inmóvil delante del cadáver, se pasó la mano por la frente, y avanzando hasta donde se hallaba el llamador de la campanilla, tiró con fuerza.

Un criado se presentó.

—Di á Daniel que venga.

Daniel, el hombre de confianza del vizconde, no se hizo esperar.

—El señor baron de Soany ha muerto, dijo Arturo con

acento nervioso: que se disponga un entierro de todo lujo, y que se busquen cien coches que acompañen al cadáver. Encárgate tú de enviar papeleta á los amigos... y sobre todo á Narciso de Rioalto, el cual conviene que se vaya familiarizando con los muertos.

Y Arturo se sonrió de un modo infernal.

Luego salió de la habitacion sin dirigir la palabra á nadie.

—¿Y quién es ese hombre que no se conmueve ante la muerte? preguntó el sacerdote con asombro.

—El vizconde de Villafort, contestó Felicidad.

—¡Ah, sí! debia haberle reconocido, repuso el padre Miguel con amargura; pero la espresion que dió á su semblante al pronunciar las últimas palabras, tenia algo de siniestro, de amenazador.

—Sí, padre mio: Narciso de Rioalto se halla amenazado de muerte.

—¡Rioalto!... repitió el sacerdote: ¿dice usted que Rioalto se halla amenazado de muerte?

—Sí.

—Pero no comprendo... ¿Está enfermo, por desgracia?

—El vizconde de Villafort le dará la muerte.

—¡Cómo! ¿tambien asesino?

Felicidad se sonrió con amargura.

—Poco menos, padre Miguel.

El sacerdote, como si le asaltara algun temor, continuó con interés:

—Entonces, mañana en cuanto amanezca abandonaré esta casa. Desde el momento que la vida de Narciso de Rioalto se halla amenazada, no puedo perder tiempo.

—¿Piensa usted, segun eso, regresar á su pueblo en breve?

—Sí, hija mia.

Felicidad, como si tomara una resolucion definitiva despues de algun tiempo de lucha, cogió una de las manos del sacerdote, y dijo con vehemencia:

—Muerta la marquesa de Fontan, puede decirse que yo quedo huérfana en el mundo. Aunque jóven, he visto lo bastante, he tenido muy cerca ejemplos para comprender el porvenir que me espera. ¿Quiere usted, padre mio, llevarme consigo, ser mi protector en esta tierra, llamarme su hija?

El sacerdote quedó asombrado.

Aquella mujer que con las lágrimas en los ojos y el lenguaje de la verdad le pedia que le dejara compartir con ella su pobreza, era jóven y hermosa, vestia lujosos y elegantes trajes, y se hallaba avezada á disfrutar de todas esas comodidades que proporciona el dinero.

—¿Venir conmigo? ¡Ay, hija mia! yo ruego á usted que medite bien lo que pide.

—Lo he meditado.

—Soy pobre.

—No son las vanidades del mundo las que deseo, sino la paz del alma; no es la opulencia la que codicio, sino el reposo del espíritu.

—Creáme usted, jóven: esa resolucion tiene algo de desesperada; es hija de las circunstancias que nos rodean, de las escenas que ha presenciado estos últimos dias. Mañana se arrepentirá. La aldea, con su modestia, con su falta de distracciones, con su vida monótona, le seria insoportable.

—Pues bien, permítame usted que le acompañe, que prue-

be esa vida ignorada que hace dos dias es el pensamiento fijo que me preocupa.

—Jóven, repuso el sacerdote con voz grave: la puerta de mi pobre morada abierta se halla siempre ante el paso de todo el que viene á pedirme hospitalidad. Ministro de Dios, abiertos están mis brazos para todo aquel que espera encontrar entre ellos el consuelo de sus penas.

—Entonces yo, pobre pecadora, llamaré á esa puerta, me arrojaré en esos brazos, porque solo en ellos he de encontrar la verdad.

LIBRO DECIMOCUARTO.

CONSECUENCIAS.

CAPITULO PRIMERO.

DONDE EL VIZCONDE DE VILLAFORT ADQUIERE NOTICIAS.

El vizconde de Villafort salió de la habitacion en donde se hallaba el cadáver de la marquesa, y fué á encerrarse en un gabinete de la misma casa.

Daniel, su leal criado, le siguió.

Al principio, Arturo se paseaba por la pequeña sala profundamente abstraido en sus pensamientos.

Daniel, de pié junto á la puerta, no se atrevia á interrumpirle.

De pronto se quedó parado, y cruzando los brazos sobre el pecho dijo:

—Segun parece, durante mi ausencia han sucedido aquí muchas cosas imprevistas: tanto mejor, esto me distraerá, y por cierto que me hace falta.

Y observando la taciturna inmovilidad de Daniel, continuó levantando la voz:

—¿Estás mudo? Habla: ¿qué pasa aquí? No me ocultes nada; quiero saberlo todo.

—El doctor Jacobo visita todas las noches al marqués de Fontan.

—¿Tienes completa seguridad de lo que me dices? porque eso es muy grave.

—Sí, señor vizconde.

—¿Y has podido averiguar á qué se reducen las entrevistas del astuto diplomático y de ese curandero?

—Me fué imposible; pero supongo que el ginebrino no es muy partidario nuestro.

—Continúa tus revelaciones.

—Durante la ausencia del señor vizconde, el baron de Soany y Jacobo salian por las tardes á caballo; en una de ellas *Kadert* despidió de la silla al señorito Filiberto. Segun el médico, de ahí proviene la enfermedad que le ha conducido á la muerte.

—Sí, sí, ya me lo escribió; nada podemos hacer por la pobre Carolina, pero quedan aún sobre la tierra séres que pueden esperimentar los efectos de mi cólera. ¿Tienes algo mas que comunicarme?

—Nada mas, señor vizconde.

—Está bien: dame un gaban de abrigo y manda que enganchen la berlina; necesito ver al conde Polviany, pero antes avisa á Felicidad; quiero hablar con ella.

Daniel dejó algunas prendas de ropa sobre el sofá, saliendo inmediatamente.

Poco despues entraba en el gabinete Felicidad.

—Siéntese usted aquí, amiga mia, dijo el vizconde. La po-

bre Carolina ha muerto: verdaderamente es una desgracia, pero yo la vengaré de sus enemigos.

—Será inútil, señor vizconde, repuso la doncella con gravedad.

—¿Inútil?

—Sí, porque la marquesa no tiene ya enemigos.

—Si se supiese por qué ha muerto...

—No los tenia ya antes de morir.

—¡Cómo!

—Dios tocó su corazon y quiso que al abandonar el alma al cuerpo se elevara al cielo llevándose el perdon de las ofensas.

Arturo se quedó contemplando al principio con asombro á Felicidad.

Aquel lenguaje le admiraba, y no comprendiéndolo, soltó una estrepitosa carcajada.

—El señor vizconde hace mal de reirse de mis palabras.

—Perdone usted, amiga mia, pero no las comprendo.

—Procuraré esplicarme.

—En hora buena.

—La señora marquesa, cuando se persuadió que se moria, llamó un sacerdote; el arrepentimiento brotó en su corazon, y quiso antes de exhalar el último soplo de su vida, ser perdonada por aquellos á quienes creia haber ofendido.

—Eso es muy santo, repuso el vizconde en son de burla.

—Pues eso fué; y el marqués de Fontan y Andrea vinieron á ver á la moribunda y se reconciliaron con ella á las puertas de la muerte.

—Es verdaderamente admirable todo lo que usted me cuenta, y se halla en abierta contraposicion con la posdata de esta

carta que recibí en Roma á tiempo de subir á mi silla de posta: voy á leérsela á usted para que me esplique el enigma que yo en vano procuro descifrar.

Y Arturo sacó de uno de los departamentos de su cartera la última carta de Carolina, en donde Felicidad habia escrito las siguientes líneas:

«Señor vizconde de Villafort: Todo me induce á creer que Andrea es la querida de Rioalto; ellos han formado una liga para desacreditar á mi pobre señora: sospecho asímismo del doctor Jacobo. Por Dios, no retarde usted su regreso, pues solo su presencia podria evitar el escándalo y la desgracia que nos amenaza.»

—¿Conoce usted esta posdata?

—Sí.

—Entonces...

—La escribí en un momento de impremeditacion.

—Es decir, que lo niega usted todo. ¿Qué motivos tenia usted para sospechar que Andrea fuera la querida de Rioalto?

—Ninguno, ninguno: me arrepiento de haberlo dicho, contestó Felicidad precipitadamente.

—¡Es estraño! murmuró Arturo en voz baja: usted no es la misma.

—Tambien, señor vizconde, ha llegado para mí la hora del arrepentimiento. Antes de mucho abandonaré la córte para siempre.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? esclamó el vizconde admirado del lenguaje de aquella jóven, siempre dispuesta á secundar las intrigas de su ama, por libres, por arriesgadas que fuesen.

Felicidad guardó silencio.

—Está bien, dijo Arturo: yo lo sabré, puesto que usted enmudece.

—Pido permiso al señor vizconde para retirarme.

El vizconde indicó con un movimiento de cabeza que podia salir.

Luego comenzó á vestirse, y cuando Daniel entró á anunciarle que la berlina se hallaba dispuesta, salió sin pronunciar una palabra.

Arturo se hizo conducir al Casino.

—Allí, se habia dicho, siempre encontraré algun amigo que me ponga al corriente de la chismografía de la capital; allí se sabe todo.

A pesar de su carácter indiferente y frio, la corta entrevista con Felicidad, la vista del cadáver de Carolina y las sospechas de Daniel, le preocupaban.

Llegó pues al Casino, y su buena estrella le deparó nada menos que al conde Polviany, que se hallaba delante de una taza de té y una copa de aguardiente de Burdeos.

—¡Arturo!

—¡Amadeo!

Estos dos nombres terminaron con un abrazo.

Aquellos dos egoistas, aunque de distinto género, sentian un verdadero placer en encontrarse.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora.

—¿Cómo sigue el pobre baron de Soany?

—Ha muerto.

—¡Diablo! eso es grave. ¿Y cuándo?

—Esta tarde, á la caida del dia.

—¡Pobre muchacho! digo, si es muchacho, porque no falta quien asegura que es muchacha.

—Pues esa es una suposicion que puede costarle cara al que la patrocine.

—Eso mismo he dicho yo.

—Sobre todo, ahora que el pobre Filiberto ha dejado de existir.

—Tienes razon; pero sin que esto se tome como una adulacion, te he defendido durante tu ausencia.

—¿Defendido?

—Sí.

—Pues ¿quién me atacaba?

—Una viborilla.

—¿Narciso de Rioalto?

—El mismo.

—Se nos sube á las barbas.

—Está intolerable con su fortuna y sus conquistas.

—¿De veras?

—Ya lo verás. ¡Ah! ¿sabes que creo que te ha suplantado? Es hombre terrible.

—¿Con quién?

—Con aquella chicuela de la calle del Olmo.

—¿Con Andrea?

—Así se asegura.

—Pero eso será tambien una suposicion.

—Solo te diré que Narciso la visita todas las tardes.

—Eso ya es mas grave.

—Item mas: ha pagado á don Leandro el viaje á Italia, convirtiéndose en su protector.

Arturo se encogió de hombros, diciendo con cierta entonacion impertinente:

—Andrea ya es, como vulgarmente se dice, un plato de segunda mesa, un manjar desechado.

—No se dice así en Madrid, pues no falta quien afirma que Andrea fué la que despidió de su casa al vizconde de Villafort.

—¿Eso dicen?

—Además, la susodicha jóven vive en una casita de campo del camino de los Carabancheles, en compañía de aquel pobre diablo de estudiantillo á quien le suministraste una cuchillada en la cabeza.

—¿Felipe?

—El mismo.

—¡Diantre! ¿Andrea es, por ventura, á un tiempo la querida de Narciso y de Felipe?

—Nada nuevo seria que una dama tuviera dos galanes.

—Sí: uno que pague y otro que disfrute; eso es muy comun.

—Pero ahora que me acuerdo: ¿sabes que la otra noche pasé un rato infernal?

—¿Pues y eso? preguntó el vizconde con indiferencia.

—Verás lo que sucedió.

Y Amadeo refirió al vizconde todo lo acontecido la noche en que Narciso presentó á sus amigos á Pepita la ciega.

—Querido Amadeo, todo cuanto me has contado me estraña y aflige sobremanera, porque veo que Narciso quiere chocar conmigo; en uso de lo cual, no tardaré, te lo juro, en presentarle una ocasion para que me arroje el guante ó recoja el mio; pero acabo de hacer un viaje en silla de posta y tengo un apetito que vale por dos. Voy pues á que me sirvan

algo. ¡Ah! me olvidaba: mañana enviarás tu coche al entierro del pobre baron de Soany.

—No hará falta.

—Tambien he invitado á Narciso.

—¡Bravo! tengo ganas de que des una leccion á ese doctrino.

—Se la daré, descuida.

Y Arturo hizo una seña á un camarero encargándole que le sirviera una cena.

CAPITULO II.

DONDE EL PADRE MIGUEL, NO ENCONTRANDO UNA MUJER POBRE, BUSCÓ UN HOMBRE RICO.

El padre Miguel, despues de bendecir el cadáver de la marquesa de Fontan, comprendió que su mision en aquella casa habia terminado, y que era preciso desempeñar la que en la cueva de Moncayo le habia dado Vicenta Rosales.

Tuvo pues el siguiente diálogo con Felicidad:

—Esta noche, hija mia, velaremos el cadáver de esa pobre señora; pero mañana, en cuanto amanezca, abandonaré esta casa.

—Yo tambien, padre mio; mas espero que aceptará usted durante su permanencia en Madrid mi casa.

—No tengo inconveniente.

—Además, estoy decidida á partir con usted.

—Debo advertir que yo saldré de Madrid muy pronto, porque espero que mis ocupaciones no me detengan mas de dos dias.

—Ese tiempo me basta para hacer almoneda de todo cuanto poseo, porque es preciso que nos llevemos algun dinero al pueblo.

—No les vendrá mal á los pobres.

—Usted lo distribuirá como guste.

—Entonces, mañana usted á sus quehaceres y yo á los mios.

Así sucedió.

El padre Miguel, apoyado en su báculo, dejó la casa del baron de Soany á las ocho de la mañana.

Los papeles que le habia entregado Vicenta Rosales se reducian á varias cartas firmadas por Agustin de Rioalto y una corta relacion disipando algunas dudas que el buen sacerdote, por la lectura y el descuido con que estaba escrita, la atribuyó á la difunta Vicenta.

Leida con detencion la correspondencia y el manuscrito, el padre Miguel dedujo que don Agustin de Rioalto habia tenido en sus mocedades amores con una jóven llamada Laura Burgos, que de estos amores habia resultado una hija llamada como su madre, y que luego don Agustin se habia casado con una mujer rica, olvidando á su querida.

La madre, ofendida, no quiso que su hija llevara ni el apellido de aquel á quien debia el sér, haciéndole usar el suyo, es decir, el de Burgos, si bien en la partida de bautismo constaba el de Rioalto.

Andando el tiempo, la hija de Rioalto, que no habia conocido á su padre, se casó con un honrado profesor de música, y de este matrimonio nació un niño á quien pusieron por nombre Julio.

Vicenta Rosales habia representado en la intriga amorosa nada menos que el importante papel de ama de leche de la niña Laura; pero conviniéndole á don Agustin de Rioalto que guardara el secreto, habia tapado su boca, como vulgarmente se dice, con un puñado de oro.

Lo importante era buscar á Laura y entregarla todos aquellos papeles, todas aquellas pruebas que Vicenta tenia en su poder indebidamente, pues los habia robado á su ama con el objeto de especular con ellos.

El padre Miguel no tenia mas indicacion que el sobrescrito de tres cartas escritas por don Agustin desde París.

Decian así:

«España.—A la señorita doña Laura Burgos, calle de la Justa, núm..., cuarto bajo de la derecha.—Madrid.»

El sacerdote se dirigió recto como una flecha á la calle de la Justa, entró en el portal del núm..., llamó en el cuarto bajo de la derecha, y preguntó á un hombre por doña Laura de Burgos.

El hombre se cogió con el índice y el pulgar el labio inferior como el que desea recordar algo, y dijo despues de una pausa:

—Doña Laura... doña Laura... no vive en esta casa.

—¿Hace mucho que habita usted este cuarto? preguntó el cura.

—Cerca de catorce años.

El padre Miguel, que llevaba consigo las consabidas cartas, sacó una, y leyendo el encabezamiento dijo:

—Vea usted: calle de la Justa, núm..., cuarto bajo de la derecha.

—Sí, eso dice.

—¿No es esta la calle de la Justa?

—Efectivamente, las señas son las de esta casa; pero yo vivo en ella mas de trece años, y nunca he conocido á ninguna Laura.

Entonces el sacerdote se dió una palmada en la frente, y abriendo la carta leyó la fecha.

Se habia escrito veinte años atrás.

Esto le desorientó.

¿Cómo encontrar á Laura, á la que debia entregar aquellos papeles?

Se despidió del inquilino de la calle de la Justa, perdiéndose cabizbajo y meditabundo por todas las travesías que la circundan.

De pronto, dejándose llevar de su buen corazon, se dijo:

—Narciso de Rioalto, el hermano de Laura, es sumamente rico: ¿qué pierdo con ir á verle? Felicidad dice que es un mal hombre; pues bien: á esos deben buscar los sacerdotes para arrancarles del error en que viven. Si no me atiende, si me despide de su casa, entonces pondremos un edicto en los periódicos, y la Providencia nos ayudará.

El padre Miguel, despues de rodear muchas calles, llegó por fin á casa de Narciso.

El ayuda de cámara de Ricalto, que fué el que recibió al sacerdote, le suplicó que esperara, pues no sabia si el señorito se habia levantado.

El padre Miguel esperó media hora en un pequeño recibimiento.

Durante este tiempo estuvo ocupado en dirigir á Dios fer-

vientes súplicas para que tocara en el corazon del jóven Rioalto.

Cuando el sacerdote fué introducido en el gabinete de Narciso, este, que acababa de levantarse, se disponia á almorzar.

Iba vestido de negro.

—Padre cura, le dijo: usted me hará el favor de almorzar conmigo mientras me dice qué es lo que de mí desea. Estoy invitado para el entierro de un amigo que lo fué, el baron de Soany; son las once, debemos reunirnos á las doce, y no quiero faltar.

El padre Miguel se escusó, y tomando una silla fué á sentarse cerca de Narciso.

—Puede usted comenzar cuando guste.

—Lo que tengo que decir á usted no puede oirlo otro que Narciso de Rioalto.

—Entonces tú estorbas, dijo al criado que les servia. Véte, y no entres ni que entre nadie hasta que yo te llame.

Y luego, volviéndose al sacerdote, continuó:

—Adelante, *pater*.

El padre Miguel se detuvo un momento, dudando sobre la manera de dar principio á su difícil comision.

Por fin habló de este modo:

—Caballero, el motivo que me conduce á esta casa es de la mayor importancia. Ministro de paz, llego aquí con la rama de olivo en la mano y la esperanza en el corazon; depositario de la última voluntad de una mujer que ya no existe...

—¡Ah! ¿viene usted á hablarme de la marquesa de Fontan? preguntó Narciso dirigiendo una mirada indiferente al sacerdote.

—No, jóven; vengo á hablar á usted de Vicenta Rosales.

—No conozco ese nombre.

—Es probable.

—Y tanto, como que esta es la primera vez que llega á mis oidos.

—Sin embargo, su señor padre de usted don Agustin la trató con mucha franqueza.

—No lo dudo; pero debo advertir á usted que mi padre ha muerto.

—Lo sé, y por eso me dirijo á usted; si don Agustin viviera, á él solo buscaria.

Narciso se encogió de hombros, y continuando su almuerzo dijo:

—Entonces usted se esplicará.

—A eso vengo; pero debo advertirle que el asunto que aquí me conduce es puramente de conciencia.

—¡Ah!

—Sí, de conciencia, pues se trata nada menos que de una hija natural de don Agustin de Rioalto.

Narciso soltó una carcajada.

—¡Diantre! ¿qué es lo que usted me dice?

—Una cosa séria que usted toma á risa, contestó el cura algo ofendido.

—Será todo lo séria que usted quiera, pero no he podido contenerme, porque creia á mi difunto padre mas morigerado en sus pasiones; pero adelante, adelante, *pater*.

El sacerdote dirigió una mirada compasiva á Narciso, y revistiéndose de humildad y resignacion, repuso:

—Prosigo, puesto que usted se halla dispuesto á oirme.

—Hasta el fin, solo que si el relato se prolonga, lo oiré en

dos actos, porque á las doce tengo que ir al entierro, como he dicho á usted antes.

—Entonces abreviaré mi relacion.

—Yo se lo agradeceré á usted mucho.

—Pues bien, caballero, aquí se trata de una pobre mujer que debe vivir en la mayor miseria y que es hija natural de don Agustin Rioalto, es decir, hermana de usted.

—Es asombroso todo lo que usted me dice.

—Se apoya en datos irrecusables.

—¿Y qué datos son esos?

—Una correspondencia de su padre de usted, unida á la relacion de la nodriza que crió á Laura Burgos.

—¿Luego esa hermanita no lleva mi apellido?

—Su madre quiso darle el suyo.

—Tenia orgullo.

—No; pero conociendo que habia sido víctima de un engaño, resignada con su suerte, no quiso molestar á su seductor.

—Pero bien, señor cura, ¿qué es lo que usted quiere de mí? preguntó Narciso, que comenzaba á disgustarse con aquella revelacion.

—Yo nada quiero; pero suplico un poco de compasion para esa infeliz y su desgraciado hijo.

—¿Dónde vive? ¿Dónde podrá vérsela?

—¡Ah! lo ignoro: me ha sido imposible encontrarla.

—Entonces...

—Pero la encontraré... no le quepa á usted duda... la encontraré... si no á ella á su hijo, que segun mis cálculos debe ser un niño de doce á catorce años.

Durante las últimas palabras del sacerdote, Narciso pareció reflexionar.

—¿Tiene usted inconveniente en que lea yo esa correspondencia y todos los papeles pertenecientes al asunto?

El sacerdote vaciló.

—Veo que desconfia usted de mí, y en ese caso nada puedo hacer por mi hermana.

—Es que los papeles que yo poseo son de la mayor importancia para la mujer que busco.

—Y no se atreve usted á entregármelos, repuso Narciso. ¡Es natural! usted teme que yo los haga desaparecer.

El padre Miguel se ruborizó, porque habia concebido esa misma sospecha.

Narciso, observando que no se resolvia, miró la esfera de su reloj, y dijo:

—Tengo el sentimiento de decir á usted que no puedo perder tiempo; continuaremos esta conversacion mañana. ¿Quiere usted indicarme las señas de su domicilio? Yo le llamaré ó buscaré, y veremos qué es lo que se puede hacer por esa hija abandonada. Crea usted, señor cura, que no carezco de buen corazon, á pesar de lo que se diga por ahí; pero vivimos en un país rutinario donde se tiene por infalible aquel refran de *El que hizo un cesto hará ciento*.

Narciso se levantó de la mesa y se miró al espejo.

Luego llamó al ayuda de cámara.

—¿Está el coche? preguntó.

—Ya está, señorito.

—Pues hasta mañana, padre cura: déjele usted á mi ayuda de cámara las señas de su casa.

Y Narciso salió antes que el padre Miguel pudiera contestarle.

El ayuda de cámara colocó todo lo necesario para escribir sobre el mármol de la chimenea, y dijo:

—Tenga usted la bondad, señor cura, de escribir aquí la direccion...

El padre Miguel puso lo siguiente:

«Miguel de Juanes, presbítero, calle de la Montera, número..., casa de la señorita Felicidad de...»

Cuando el ayuda de cámara leyó lo que acabamos de consignar, no pudo menos de sonreirse.

—Vamos, se dijo: esto es que se trata de echar el gancho al señorito Narciso.

CAPITULO III.

PREPARATIVOS PARA UN DRAMA.

El mismo dia que se condujo al campo santo el cadáver del fingido baron de Soany, despues de rendir el último tributo á la amistad, cuando el inmenso cúmulo de coches llenaba las avenidas del cementerio, Arturo se hallaba con Amadeo Polviany en su casita de campo de Chamberí disponiendo un almuerzo para celebrar su venida de Roma.

—Si el pobre Filiberto, dijo Amadeo, hubiera podido levantar la cabeza, cómo te hubiera agradecido el suntuoso entierro que le has hecho.

—¡Qué quieres! yo siempre rindo tributo á la amistad.

—Verdaderamente ha sido una lástima la muerte de ese chico.

—Muerte que traerá fatales consecuencias.

—¿Lo dices por las calumnias de Narciso?

—A quien convido mañana á almorzar.

—¿Piensas armarle camorra?

—Pudiera ser.

—Merecia una buena leccion.

—Es muy probable que la reciba; pero la funcion seria completa si aceptara el convite el marqués de Fontan.

—Dios nos libre de tener en la mesa un hombre grave.

—¡Oh! la gravedad suele perderse algunas veces... sobre todo, cuando el vino eleva sus vapores á la cabeza.

—¿Piensas emborracharle?

—No, porque estando borracho podia disculparse luego.

—No te entiendo.

—Ya me entenderás.

Y tirando del cordon de la campanilla, entró Daniel.

—¿Ha venido ese hombre? dijo.

—Sí, señor vizconde.

—Que éntre.

—¿Te estorbo? preguntó Amadeo.

—Nada de eso; casi puede decirse que te necesito, pues el que va á entrar es un buen amigo tuyo.

Y efectivamente, se presentó un hombrecillo de cuarenta y seis á cincuenta años, colorado y fresco como una manzana de invierno, ojos azules, cara risueña, cabellos rubios, y completamente vestido de negro.

Aquel señor era nada menos que el dueño del *restaurant* de *El Ramillete de Oro*, un laborioso piamontés que con la cacerola en la mano habia recorrido el mundo, adoptando lo mejor de todas las cocinas.

Era en una palabra un gran cocinero, tan cosmopolita en el arte culinario como algunos políticos que yo conozco.

Monsieur Truchiny no era un fondista vulgar. La nomenclatura de la cocina moderna se hallaba enriquecida con mas de doce *títulos* de su ingenio.

Estos inventos le tenian enorgullecido.

Monsieur Truchiny, cuando se trataba de servir á un aristócrata rico se presentaba de etiqueta, es decir, de frac negro, corbata y guantes blancos.

Además cuenta la tradicion que el citado fondista tenia un rostro tan risueño, que hasta durmiendo dejaba vagar una sonrisa en sus labios sonrosados.

Meneando las cacerolas habia hecho sus primeros cinco mil francos.

Siendo cocinero de un lord atacado del *spleen* aumentó su fortuna, y últimamente vino á establecerse en Madrid, donde sus manos, su amabilidad, sus salsas y su orígen estranjero, acabaron de formar su fortuna.

Monsieur Truchiny se quedó parado sobre el dintel de la puerta, con el sombrero en la mano y la sonrisa mas *sabrosa* en los labios.

—¡Oh, Truchiny, Truchiny de mi estómago! esclamó Amadeo con entusiasmo: ¿usted por aquí?

—Traigo un negocio con el señor vizconde, respondió el piamontés avanzando un poco.

—Adelante, dijo Arturo.

—Estoy á las órdenes de ustedes, repuso el fondista acercándose hasta donde se hallaban los dos amigos.

—Vamos á ver, repuso Arturo: ¿ha visto usted mi cocina?

—Minuciosamente.

—¿Y qué tal?

—Nos sirve; y prometo al señor vizconde disponerle un almuerzo digno de su persona.

—Entonces comience usted á dar sus órdenes.

—Mi primer cocinero vendrá mañana temprano á prepararlo todo. ¡Ah! ¿cuántos cubiertos deben disponerse?

—No puedo fijar el número.

—Sí, sí, poco mas ó menos.

—Disponga usted un almuerzo para doce.

—Perfectamente.

—Monsieur Truchiny, mañana me prometo un gran dia.

—Gustándole al señor conde el almuerzo, dijo el fondista, quedaré satisfecho.

—Tienes reputacion entre los fondistas.

—Yo tejeré las coronas de su gloria, y espero coronar á monsieur Truchiny.

—Eso me honrará sobremanera.

—Pasemos á otra cosa, dijo Arturo.

—Pasemos á lo que el señor vizconde quiera.

—Almorzaremos en el jardin; he mandado á Daniel que disponga todo lo necesario en el invernadero: es bastante grande y puede formarse un bonito salon.

—¡Oh! ¡ya lo creo!

—Además, mi querido monsieur Truchiny, quisiera que usted preparara algunas botellas de ese licor delicioso de naranja que tanta aceptacion ha alcanzado en todas partes.

—Se harán, se harán.

—No tiene usted tiempo que perder.

—Cuando se desea servir á un buen parroquiano, las horas se alargan, se hacen milagros.

—Agradezco la galantería.

El fondista saludó, enviando una sonrisa á los dos amigos.

—Quisiera además que alguno de los convidados se emborrachara: esto contribuiria á la diversion.

Monsieur Truchiny se rió.

—¡Oh! ¡ya lo creo! tengo yo unas botellas de un licor inventado por mí, que es difícil resistir una sola copa sin que se esperimenten los efectos de la mas provocativa borrachera.

—Decomiso esas botellas.

—Se servirán á los postres.

—¿Cómo se llama ese licor? preguntó Amadeo.

—La Reina de la alegría.

—¡Bravo!

—El que bebe una copa rejuvenece por algunas horas; el que bebe dos, duerme todo un dia.

—Entonces, procure usted que no falte; esto nos divertirá mucho, sobre todo si logramos que el marqués de Fontan...

Y Arturo soltó una ruidosa carcajada.

Monsieur Truchiny pidió permiso para retirarse, pues el tiempo era precioso.

Los dos amigos, es decir, Arturo y Amadeo, despues de dar algunas disposiciones se encaminaron á Madrid con el objeto de remitir las papeletas de convite.

CAPITULO IV.

PRIMER ACTO DEL DRAMA.

Con el oro se llevan á cabo trasformaciones maravillosas, casi increibles, que asombran y preocupan á los pensadores.

Si Marat envuelto en sus harapos saliera de la tumba que guarda sus restos, si Danton levantara su altiva cabeza y Luis Capeto su humillada frente, dejándose caer en sus fosas dirian: esto no es el Campo de Marte, esto no es París, porque la Esposicion Universal lo ha trastornado todo.

¿Qué dirian tambien nuestros morigerados abuelos de las trasformaciones prodigiosas que ha sufrido Madrid?

El oro pues es una varita mágica; el que lo posee no está lejos, si sabe gastarlo, de hacer prodigios.

Por eso el invernadero de la casa de campo del vizconde de Villafort se hallaba trasformado en un salon digno de las *Mil y una noches*.

Flores, colgaduras vistosas, panoplias de armas, artísticas estátuas, alfombras costosas, todo se hallaba allí reunido.

En cuanto al servicio de la mesa, Arturo habia puesto á disposicion de monsieur Truchiny una antigua vajilla de plata que como un recuerdo glorioso conservaban de padres á hijos los condes de Villafort.

A las doce comenzaron á llegar los coches de los convidados.

Arturo y Amadeo los recibian en un elegante salon situado en la planta baja del edificio.

—Pero ¿qué es esto, querido Arturo? le dijo uno de los jóvenes convidados: ¿á qué viene el banquete que nos regalas?

—Tengo dos razones para ello, querido, contestó el vizconde: la primera, mi regreso á España; la segunda, la muerte del pobre baron de Soany, á quien queria como un hermano.

—¡Ah! ¿celebramos su muerte alrededor de una mesa?

—Sí.

—Es un modo raro.

—Pero agradable.

—Ya lo creo.

—Espero pues que todos comereis con buen apetito, y no por eso dejaremos de dedicarle algun recuerdo.

—Es un deber: no hay nada tan agradecido como el estómago, objetó Amadeo.

—Comienzo á creer, como el conde Polviany, que el estómago es nuestro tirano.

—Pero debes confesar que es un tirano que nos proporciona momentos de verdadero placer.

El vizconde de Villafort, aunque demostraba ante los con-

vidados la mas perfecta tranquilidad, se sentia inquieto enteramente, y así lo manifestaban las miradas que con frecuencia dirigia hácia la puerta.

Cuando el péndulo dió la una, uno de los convidados dijo:

—Se va haciendo tarde. ¿A quién esperamos?

En este momento se presentaron en el salon Narciso de Rioalto y el marqués de Fontan.

—A estos caballeros, dijo Arturo estrechando las manos de sus mas encarnizados enemigos.

El marqués saludó gravemente.

—Pues que estamos todos, á la mesa, señores, á la mesa, repuso Amadeo.

Y todos siguieron al anfitrion, encaminándose al invernadero.

Los convidados aplaudieron aquel especie de oasis improvisado, aquel salon con paredes de cristal, lleno de perfumes, de colores, de poesía.

Arturo, que no queria engrandecerse con las glorias ajenas, mandó que se presentaran los autores, y monsieur Truchiny, Daniel y el tapicero, salieron á recibir las enhorabuenas de los convidados.

Luego comenzó el almuerzo.

Arturo habia invitado á Fontan á que se sentara en una de las cabeceras de la mesa.

Él ocupó otra.

No muy lejos del sitio en que se hallaba el vizconde, se colocó Narciso.

Rioalto, mas pálido que de costumbre, pero tranquilo y risueño, habia aceptado la invitacion no sin algun recelo.

Arturo nada le habia dicho la noche anterior en el Casino, en donde se encontraron.

—Es indudable, se dijo para sí Narciso, que el vizconde sabrá por Amadeo todo lo ocurrido. Este convite inesperado tiene algun doble objeto: debo ir preparado á todo, puesto que no puedo rehusarle nada de cuanto me proponga, aunque sea un duelo á muerte.

Así es que Narciso esperaba algo estraordinario, dominando esa tranquila inquietud del hombre que no carece de valor para arrostrar un peligro.

Como se ha dicho muchas veces en varios libros, al principio se comió, pues la verbosidad no suele comenzar hasta que los estómagos se sienten satisfechos.

Se habló sin embargo, porque no es el mutismo propio de gente jóven que se reune alrededor de una mesa.

Solo el marqués de Fontan permanecia grave y silencioso, dirigiendo de vez en cuando miradas á Narciso de Rioalto y al vizconde de Villafort.

En cuanto á Amadeo, comia: era la ocupacion mas grata de su vida.

Por fin se sirvieron los dulces y las frutas, y se reemplazaron las botellas de Rhin y Burdeos por el Champaña y otros vinos denominados de la alegría.

Monsieur Truchiny presentó seis botellas del licor compuesto de naranja.

Saltaron los tapones del Champaña, se llenaron las copas y comenzaron los brindis.

El primero fué por el eterno descanso del baron de Soany, y lo propuso Arturo.

Luego Amadeo brindó por la ciencia, por el talento, por el tacto fabuloso de Truchiny.

El buen humor, la algazara, la confusion de voces, las frases picantes, la chismografía, en fin, esa salsa sabrosa de los *manjares* de la inteligencia, comenzaron con toda su fuerza, con toda su brillantez.

El vizconde de vez en cuando miraba al marqués y este se sonreia.

Los dos esperaban el golpe... estaban preparados.

Amadeo, único sabedor de los designios del vizconde, no se ocupaba mas que de los manjares que tenia delante.

Porque para el conde Polviany el amor, la música y la poesía solo existian en la mesa.

Despues de esto, la vida era insoportable, el mundo un inmenso desierto.

De pronto, y en medio de lo mas vivo de las conversaciones, Arturo se puso en pié, y haciendo una seña á Daniel que se hallaba detrás de su silla, dijo:

—Sirve á estos señores copas para que saboreen el licor de la alegría, de las ilusiones, de los sueños de color de rosa, el *quitapesares* de la vida.

Daniel hizo á su vez señas á los camareros, y todas las copas se reemplazaron y los seis tapones de las botellas del licor de naranja saltaron por el aire.

Llenas las copas y colocadas enfrente de los convidados, Arturo cogió la suya, y dijo hablando con el marqués de Fontan:

—Señor marqués, ante todo, doy á usted las gracias por haber aceptado este convite, dejando por algunas horas las gra-

ves tareas de la política, sus muchas é importantes ocupaciones; pero su presencia en esta casa la creia de todo punto indispensable, y por eso escribí á usted la carta de invitacion. Ruego pues que apure su copa, puesto que voy á proponer un brindis por la memoria de la difunta marquesa de Fontan, la Lucrecia de Madrid, la que prefirió el suicidio á la deshonra de su esposo.

El marqués se estremeció, pero no podia rehusar el brindis de Arturo.

Así es que apuró la copa de un solo trago.

En cambio Narciso comenzó á sobresaltarse, pues aquel brindis le confundia.

—Vizconde, dijo Fontan: he apurado la copa, pues se trataba de un brindis á la memoria de mi desgraciada esposa, cuya muerte deploro; pero ruego á usted que no traiga en este sitio á la memoria recuerdos dolorosos.

El marqués, que se habia levantado para beber, volvió á sentarse, llevándose la mano á la frente como si sintiera algun desvanecimiento.

En los labios de Arturo asomó una sonrisa.

El licor de naranja habia indudablemente producido efecto al marqués.

Hombre poco acostumbrado, Fontan debia trastornarse pronto.

Al verle vacilar, una alegría infernal se apoderó del corazon de Arturo.

—¡Ah! se dijo para sí mismo: si ese hombre perdiera el conocimiento, si pudiera tenerle bajo mis manos, yo sabria entonces si Carolina ha muerto envenenada.

Pero cruzando otra reflexion súbitamente por su cerebro, continuó:

—Es mejor que le mate cara á cara; y le mataré, si no es tan cobarde que se deje escupir en el rostro sin darse por ofendido, si no es tan villano que se deja abofetear sin coger un arma para defenderse.

CAPITULO V.

SEGUNDO ACTO DEL DRAMA.

El desvanecimiento del marqués fué momentáneo, y nadie pudo apercibirse de él si se esceptúa Arturo, que observaba con indecible placer la animacion que el rostro de Fontan tomaba por momentos.

Aquellos ojos de mirada indecisa, sin brillo, resplandecieron de un modo notable.

Coloreóse el rostro pálido del marqués, y sus labios, siempre gravemente cerrados, se entreabrieron para sonreirse.

—El licor produce su efecto, pensó Arturo: Truchiny es un gran hombre.

Y luego, dirigiendo una mirada á Narciso, continuó:

—Este está mas avezado á las batallas de las orgías; pero aceptará el reto ó tendrá que emigrar de España.

El vizconde se dispuso á dar el golpe.

—¿Qué opinan ustedes del licor que acabamos de beber? preguntó.

—Que es escelente.

—Y caliente: al menos á mí me ha producido el efecto de una brasa de fuego en el estómago.

—Sin embargo, monsieur Truchiny, su autor, le da las cualidades de bebida fresca.

—Nadie lo hubiera dicho.

—Pero de todos modos es un gran licor.

—Y tiene la propiedad de no ser muy comun.

Amadeo que, como Arturo, esperaba la ocasion de llevar sin duda á un punto conveniente la conversacion, se mezcló entre el diálogo de los convidados, y dijo:

—Narciso de Rioalto tiene hoy una melancolía incompatible. No le sucedió lo mismo la noche que nos obsequió con aquella espléndida cena de marras.

—¡Ah, sí! dijo Arturo: aquella famosa cena donde la hija de doña Aldonza contó la historia de tus amores con ella y los de Andrea conmigo. Verdaderamente que tú, Narciso, sabes presentar los golpes de efecto con maravilloso arte.

Narciso comprendió que comenzaba el ataque.

—Debo hacer una advertencia, dijo.

—Haz todas cuantas gustes; aquí te hallas en tu casa y entre leales amigos.

Rioalto saludó con la mano al vizconde, y repuso:

—Aquella noche se atacó mi falta de corazon. Yo pedí permiso á Amadeo para vindicarme á los ojos de todos los que me rodeaban. La casualidad habia conducido á mi casa á Pepita la ciega. Ella, como todo el que tiene la *profesion* de pedir limosna, me habia contado para interesarme la historia de sus amores.

—Sí, sí, dijo Arturo: hiciste bien, estabas en tu derecho, como lo estoy yo en el mio al contar la historia de un jóven que dejó morir á su padre, que abandonó á su querida, y de un grave y circunspecto político que no teniendo valor para batirse con el amante de su mujer, la hizo fingir un suicidio, obligándola luego á cambiar de nombre.

El marqués de Fontan abrió y cerró los ojos precipitadamente como si pasara por delante de su rostro algun objeto incómodo.

Narciso no se inmutó, pero dirigiendo una sonrisa maliciosa á Arturo, le hizo un saludo.

—¿Tenemos historias? esclamó Amadeo: que se cuenten; y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—No basta que tú quieras oirlas; se necesita que estos señores se hallen conformes tambien.

—Que las cuente, esclamó uno.

—Sí: vengan historias.

—Y licor de naranja.

Aquí lo interrumpió todo la algazara; pero Arturo, estendiendo los brazos indicó que iba á hablar.

Restablecido el órden, aunque no del todo, el vizconde dijo:

—No diré una palabra sin que me autoricen para ello el marqués de Fontan y Narciso de Rioalto.

—¿Serán los interesados? preguntó un pollo.

—Me disgustan las palabras ambiguas, repuso Narciso; quedas autorizado.

—Sí, queda autorizado, repitió el marqués llenándose él mismo la copa con trémula mano.

—Perfectamente. Voy á comenzar: figuraos, amigos mios,

que un noble tan poco favorecido por la naturaleza como mimado por la fortuna, deseando adquirir gloria y fama se dedicó á la política, vicio que se arraiga en la sangre de los españoles desde que el humo de los últimos tiros de la guerra de la Independencia se disipó en el espacio.

Pasó pues su juventud entregado á las luchas diplomáticas, y una mañana se despertó pensando que el matrimonio era indispensable á un hombre formal.

Tenia por entonces nuestro hombre cuarenta años cumplidos, y propuso su mano á una jóven tan loca como encantadora que se hallaba en la primavera de la vida.

La jóven fué bastante ingénua para decirle que no le amaba, y avisarle los peligros que corria con semejante enlace.

El politicon rutinario lo aceptó todo y se casó.

—¡Pobre hombre!

—¡Infeliz marido!

—¡Desventurado esposo!

—Silencio, señores.

—Dejad al narrador.

Estas y otras esclamaciones resonaron en torno de Arturo, que procurando acallar al auditorio, continuó su relato dirigiendo miradas y sonrisas impertinentes á sus dos enemigos.

—Bendijo un sacerdote la union de la jóven elegante y el viejo aristócrata, y pasó la luna de miel puede decirse que sin nubes que empañaran el sol de la felicidad conyugal; pero, amigos mios, aconteció como acontece por lo general en los matrimonios que hace el diablo, que una noche en un baile la esposa jóven del marido viejo tropezó con un mozalvete, se

miraron, bailaron, se hablaron al oido palabras de esas que penetran hasta lo mas profundo del corazon, y...

—Comprendido, comprendido, esclamaron varias voces.

—Era lógico.

—Inevitable.

—Infalible como el sol.

—Seguro como la muerte.

—¡Silencio!

—¡Orden, señores!

Fué preciso dejar unos segundos á la esplosion de los convidados.

Luego Arturo continuó:

—Los amores del jóven *dandy* y la hermosa adúltera llegaron á no ser un secreto para el esposo. Sin embargo, pasmaos: el marido, resignándose con su suerte, calló, y los amantes, calculando que este silencio era un otorgamiento mudo, siguieron amándose y cometiendo todas esas locuras encantadoras de la juventud, todos esos estravíos propios de dos corazones apasionados.

—Pido que se digan los nombres de los interesados, dijo uno que se hallaba como solia hallarse despues de un banquete Marco Antonio, el amigo de César.

—Un poco de calma, amigos mios: tenemos tiempo para todo.

—Sí; prosigue.

—Pues bien, el marido tuvo la prudencia inconcebible de callar por espacio de tres años; pero ¿creeis que era esto bondad de corazon?

—Mansedumbre admirable.

—Nada de eso; el marido, como la hiena que teme á la pantera y espera el momento de atacarla á traicion, como la culebra que espera al pajarillo, esperó tambien, y un dia los amantes, sorprendidos y en grave riesgo de ser entregados á los tribunales, se vieron en la necesidad de matar á un hombre para librarse de aquel riesgo.

Entonces el astuto esposo reunió los datos necesarios, y les dijo:

—Lo sé todo, puedo perderos; pero mi decoro me importa mas que vuestro amor y vuestras vidas. Solo con una condicion os dejaré en paz.

—¡Hola!

—¡Silencio!

—¿Y qué condicion era esa?

—Una condicion digna de él, ingeniosa, nueva, como no se le ha ocurrido tal vez á ningun trágico griego.

—¿A ver, á ver?

—Pues bien: el marido obligó á la mujer á que fingiera un suicidio, dejando escrita una carta muy honrosa para él, la hizo asímismo cambiar de nombre, y adoptar por el resto de sus dias el traje masculino.

—¿Y aceptó?

—No podia hacer otra cosa: la farsa se llevó á cabo.

—¿Y no volvió á molestarla mas?

—Al contrario, siguió molestándola.

El rostro del marqués se hallaba encendido.

Diríase que los ojos querian saltarse de las órbitas.

Arturo le miraba, dirigiéndole una sonrisa provocativa.

Si los vapores del vino no hubieran preocupado la mente

de la mayor parte de los convidados, no les hubiera sido difícil comprender que allí iba á pasar algo grave.

Arturo continuó:

—La historia que acabo de narrar no tiene conclusion, porque necesito aclarar una sospecha, á saber: y es si el marido envenenó á la mujer.

—¡Diablo!

—Eso tiene algo de tragedia.

—Sí, tiene algo indudablemente.

Y Arturo, dirigiendo una mirada á Narciso, le dió á entender que iba á dedicarle á él la inmediata narracion.

CAPITULO VI.

CONTINÚA EL DESARROLLO DEL DRAMA.

—Terminada la historia del marido, al menos por ahora, voy á contar la del jóven que dejó morir á su padre.

—Esa debe ser menos divertida.

—Escuchadla y la sabreis: un jóven hipócrita, de corazon malvado, vivia sujeto bajo el insufrible yugo para él de uno de esos padres que á fuerza de afanes y de trabajo reunen despues de muchos años una buena fortuna.

El muchacho tenia todas las malas cualidades de que es susceptible el corazon humano, y su sueño mas tenaz era la muerte de su padre, porque con ella quedaban rotas las cadenas que le tenian sujeto al hogar doméstico, y podia satisfacer sin estorbo todos sus vicios.

Un dia trajeron imposibilitado á su padre.

Al verle, un placer inmenso se difundió por todo su sér.

—Si muere hoy, se dijo allá en el fondo de su podrida

conciencia, mañana yo, único heredero, seré dueño de sus millones, y una vida de goces sin fin comenzará para mí: vida que hace mucho tiempo turba la paz de mi sueño.

Los médicos rodearon al enfermo, recetaron los medicamentos que segun ellos debian combatir el mal, el hijo se quedó solo asistiendo al padre, y los médicos opinaron despues que le dejó morir, privándole de los auxilios de la ciencia.

—¡Infame! esclamó Amadeo.

—Vizconde, para arrojar sobre la honra de un hijo mancha tan odiosa, se necesita tener pruebas, esclamó Narciso rojo por la ira, porque sin ellas arriesga mucho el que inventa tales historias.

—¡Bah! tratándose de ciertos reptiles, no se dan pruebas nunca. Yo mantengo lo que he dicho, y creo que basta, contestó Arturo.

—Pero ¿quién es ese hijo? ¿quién es ese esposo? preguntó Amadeo.

—¿Quereis saberlo? repuso Arturo.

Solo Narciso y Fontan guardaron silencio.

Un sí general resonó en el invernadero.

El vizconde, siempre frio y sereno, dirigió con imperio su mirada en derredor suyo, deteniéndola primero en el marqués de Fontan, luego en Narciso de Rioalto, y por último en la elegante panoplia de armas, donde brillaban las afiladas puntas de varios floretes.

Reinó una corta pausa.

Todos fijaron sus ojos en Arturo, esperando oir los nombres de los protagonistas de aquellas historias que tan vivamente les habian indignado.

El vizconde se gozaba de antemano en su triunfo, dejando asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, sarcástica, insultadora.

La impaciencia de los convidados crecia.

Fontan, trastornado por los efectos del licor de naranja, estaba pálido, pero en sus ojos brillaba esa chispa que anuncia la cólera.

Narciso, haciendo esfuerzos por dominar su inquietud, se disponia á recibir el golpe final.

—¿Conque decididamente quereis saber los nombres del hijo y del esposo modelo?

—Sí, sí, para escupirles al rostro, esclamó uno de los jóvenes que estaba completamente borracho.

—Para rechazarles como un objeto repugnante, repitió Amadeo.

—Pues entonces, oid.

Y el vizconde, dirigiendo una mirada altanera y provocativa, continuó:

—El esposo se llama el marqués de Fontan: el hijo Narciso de Rioalto.

—Señores, esclamó Narciso levantándose ciego de ira: este almuerzo ha sido una emboscada digna del vizconde de Villafort.

—Tú sabes bien que he dicho la verdad, contestó Arturo; pero si te crees ofendido, me tienes á tus órdenes.

—Era inútil representar una farsa para proponerme un desafío: yo nunca los he rehusado.

Algunos convidados trataron de poner fin á la cuestion.

—Os molestais en vano: este lance era inevitable.

Y diciendo esto, se levantó y salió del invernadero precipitadamente.

—Supongo que el señor marqués de Fontan pensará lo mismo que Narciso de Rioalto, dijo Arturo con desdeñosa entonacion.

Fontan, que habia recibido el insulto sin desplegar los labios, y que pugnaba en vano por despejar su cargada cabeza, se puso en pié, demostrando la poca firmeza de sus piernas, y dijo:

—El señor vizconde de Villafort es un calumniador.

Y cayó en la silla.

—Está borracho, repuso Arturo sonriéndose: á ver, conducid al señor marqués á una de mis habitaciones: tiene necesidad de dormir.

Daniel y otro criado cogieron al marqués por los brazos, que sin fuerza de voluntad para oponerse, se dejó conducir.

Aquel acontecimiento habia paralizado el buen humor.

Arturo procuró reanimarle.

—Señores, la ausencia de dos convidados no creo que sea suficiente motivo para que termine el almuerzo como un entierro. El café nos espera: vamos pues á saborearle.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues, Arturo y el conde Polviany se habian quedado solos.

—Querido Amadeo, tú serás mi padrino.

—Te agradezco la eleccion, y espero que te portarás como quien eres.

—No tengas duda.

—¡Ah! voy á darte un consejo: Narciso no es enemigo despreciable.

Arturo se encogió de hombros.

—Le mataré, dijo.

—No deseo otra cosa.

—Puedes escribirle diciéndole que te indique sus padrinos.

—Él tiene la eleccion de armas.

—No se la disputo; me es igual.

—Si eligiera el florete...

—Elegirá el sable, porque hay menos riesgo; pero en ese caso debes exigir que pueda emplearse la estocada.

—No querrá.

—Entonces, rechaza el sable.

—Pero él es el ofendido.

—No importa: rechaza el sable. Si no acepta, tanto peor para él, porque allá donde le vea le escupiré en el rostro.

—¿Es decir que quieres duelo á muerte?

—Sí: me cansa la vida.

—No seas hipócrita; te cansa la vida, pero supongo que no te dejarás matar por tu contrario.

—¡Oh! eso ya es cuestion de amor propio. Vamos á otra cosa: ¿crees tú que Andrea es la querida de Narciso?

—Lo supongo al menos.

—Una suposicion no es la certeza.

—Juzga tú mismo de una jóven hermosa como Andrea y de un muchacho millonario como Narciso, què se ven todas las tardes en una casita de campo.

—Sí, dices bien, se aman; pero ese amor durará poco.

Y los ojos de Arturo brillaron de un modo siniestro.

—¡Calla! ¿amas á Andrea?

—¿Yo? No la he amado nunca.

—Entonces...

—¿Serias tan imbécil para suponerme celoso?

—No digo eso.

—Yo veré á esa *entretenida*, continuó Arturo: es preciso que se quite la máscara, que no se haga la víctima. Si quiere comerciar con su cuerpo, no seré yo el que me oponga, pero que lo haga por su cuenta y razon y sin achacarme á mí la culpa de todos los malos pasos que dé en esta vida.

En este momento llamaron suavemente á la puerta de la habitacion.

—¡Adelante! dijo el vizconde.

Entró Daniel.

—¿Qué hay?

—El señor marqués duerme.

—Déjale dormir; y cuando despierte le dices de mi parte que mañana le mandaré mis padrinos, á no ser que quiera retractarse por escrito de las palabras que me ha dirigido.

—Está bien; pero debo advertir al señor vizconde que el marqués duerme y sueña en voz alta, revelando cosas de la mayor importancia.

—¡Ah! eso es distinto: ten la bondad de esperar un momento, querido Amadeo. Vamos, Daniel.

Amadeo, indiferente á todo cuando tenia el estómago lleno, se estiró cuanto pudo en la butaca, y despidiendo una bocanada de humo se dijo hablando consigo mismo:

—Este diablo de vizconde vivirá poco: gasta la vida con el lujo de la desesperacion, desprecia mis consejos y se rie de mí

cuando le digo que él es la finca que mas debe cuidar... Muchas veces creo que es tonto viendo el afan, los disgustos que tiene por las mujeres.

Amadeo dió un bostezo descomunal, y continuó:

—¡Las mujeres!... Dios nos preserve de ellas.

Y cerró los ojos perezosamente como si se dispusiera á dormir.

CAPITULO VII.

CREDULIDAD DEL CANDOR.

Aquella misma tarde Andrea, como de costumbre, se hallaba sentada junto á la ventana con la mirada fija en el camino de Madrid.

Un resto de esperanza, siempre viva en el pecho de aquella jóven, le hacia soñar en una reconciliacion.

Por eso cuando el último crepúsculo del sol se hundia en el ocaso, cuando las sombras de la noche lo ocultaban todo á sus ojos, cuando Madrid se perdia entre la oscuridad, retirándose de la ventana se decia:

—¡Él vendrá! ¡me lo dice el corazon!

Aquella esperanza, como un consuelo concedido por Dios, endulzaba su sueño, ocultándole la cercana muerte.

La tarde que nos ocupa, Andrea se hallaba sola en su cuarto.

Como el jardin era pequeño, don Rafael salia á pasearse por los inmediatos campos con Felipe.

Andrea se sentia demasiado débil para acompañarles; por eso se quedaba en casa. Además, la soledad le era grata.

En aquellas horas de dulce quietud solo un pensamiento ocupaba su mente, solo un nombre llenaba su corazon: Arturo, á quien no podia olvidar; Arturo, á quien amaba cada vez mas.

Las visitas de Narciso de Rioalto habian tomado un carácter fraternal.

Ella al menos lo creia así, porque ignoraba la maldad del jóven millonario que tan perfectamente fingia el papel de generoso protector de su padre.

Fija pues tenia la mirada Andrea como tantas veces en aquel camino á cuyo fin se halla la populosa villa de Madrid, cuando distinguió dos ginetes que se dirigian hácia la casa.

El corazon de Andrea se estremeció, y haciendo un esfuerzo se puso en pié, asomando la cabeza por la ventana para ver mejor.

Luego se pasó varias veces las manos por los ojos, y por fin, exhalando un suspiro que nacia del fondo de su alma, esclamó:

—¡Dios mio!... ¡yo creo que es él!... ¡él!... ¿si vendrá aquí?

Y con trémulas manos se cogió al marco de la ventana.

El ginete que caminaba delante llegó hasta la verja del jardin, y echando pié á tierra entregó las bridas de su caballo á un jockey que le seguia á pocos pasos de distancia.

Andrea lanzó un grito con desfallecido acento.

—¡Arturo! ¡Arturo! ¡Ah!... ¡por fin vuelves! ¡por fin te veo!...

Y cayó casi desvanecida en la butaca.

El vizconde de Villafort entró en el jardin y se encaminó hácia la casa.

Andrea le veia acercarse sin poder hablar; tal era la emocion que esperimentaba.

Arturo, no encontrando á quién preguntar, llegó hasta el pié de la ventana, y reconociendo desde allí á su antigua querida, le hizo un saludo diciéndole:

—¿Me permites que suba á verte?

Este modo demasiado familiar para las circunstancias en que se encontraban, ofendió á Andrea; pero la infeliz, dominada por el amor que sentia hácia aquel hombre indigno, faltándole la voz le hizo una seña indicándole que subiera.

Poco despues, Arturo entrabá en el gabinete de la enferma.

Andrea, en cuyo hermoso y melancólico semblante brillaba esa palidez mate de la muerte, apenas tuvo fuerzas para pronunciar el nombre de Arturo.

Este avanzó con la sonrisa en los labios, y cogiendo una mano de la enferma, dijo despues de besarla:

—¿Me perdonas?

Andrea exhaló un suspiro, enviando al vizconde una mirada llena de ternura.

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

Otro hombre que Arturo hubiera comprendido que á aquella mujer, delicada como una sensitiva y enferma de muerte, bastaba un soplo para cortar el delgado hilo de su existencia, para matarla.

Otro hombre menos corrompido que el vizconde de Villafort, menos esclavo de sus pasiones, hubiera tenido lástima de aque-

lla jóven que antes habia sacrificado á su capricho y entonces se proponia sacrificarla á su vanidad.

Porque Arturo no se contentaba con matar á Narciso de Rioalto; era indispensable robarle antes la querida, decir á todos sus amigos: Soy yo el que ha dejado á Andrea, no ella la que me ha dejado á mí.

Esto era infame.

Arturo entró en el gabinete de Andrea traidoramente, como el aire envenenado de una epidemia.

Su presencia era la muerte. Él tal vez no lo ignoraba, y sin embargo no retrocedió.

—¡Perdonarte!... repitió Andrea: mi corazon no te guarda ningun rencor... Además, yo te esperaba... tenia la seguridad de que vendrias.

Arturo escuchaba á la jóven enferma con una sonrisa de incredulidad en los labios.

—Mucho me complace encontrarte con tan buenas disposiciones para una reconciliacion, dijo el vizconde. Así pues voy á proponerte que abandones esta casa; viviremos juntos como antes de nuestro rompimiento.

Los ojos de Andrea brillaron de gozo.

Arturo estaba allí, á su lado, le tenia cogidas las manos, la miraba como en otro tiempo y la proponia una reconciliacion.

En aquel instante, para la pobre enferma enamorada la felicidad era completa.

—¿Hablas de veras, Arturo?

—Te prohibo que dudes de mí, y te ruego que aceptes mi proposicion. En tal caso, mañana, esta noche misma si quie-

res, vendré á buscarte en un coche: ya no nos separaremos jamás.

—Pero eso es imposible, respondió Andrea sin poder contener la alegría: estoy enferma y débil hasta el punto de que apenas tengo fuerzas para levantarme de esta silla.

—¿Temes no restablecerte á mi lado?

—Al contrario, Arturo; á tu lado seria tan feliz que...

—Pues entonces, repuso el vizconde, no pongas obstáculos.

—Escucha, Arturo: desde aquella noche en que una imprudencia fué causa de nuestro rompimiento, he sufrido mucho. En medio de mi dolor, cuando enferma, casi moribunda, me creia abandonada de todos, un hombre generoso...

Arturo hizo un gesto de disgusto.

Andrea colocó su blanca y demacrada mano sobre el brazo de su amante, y dijo sonriendo:

—No temas: ese hombre es un anciano, un buen médico, un padre que me deparó la Providencia, que me trajo aquí, que ha velado noches enteras junto á mi cama y que me ama como una hija. Ya ves que abandonarle de repente seria una ingratitud.

—En ese caso, puedes permanecer al lado de ese hombre si tanto te interesa no enojarle.

—No me has comprendido, Arturo mio: don Rafael solo desea mi felicidad, y mi felicidad consiste en verte á tí contento. Partiré contigo: no quiero que dudes de mí: te amo demasiado... perdona, he dicho mal: te amo como te mereces.

El acento de Andrea respiraba una ternura, un sentimiento tan esquisito, que Arturo, por un instante, se sintió avergonzado de engañar á aquella mujer.

Por eso sin duda tomó el papel de amante ofendido, diciendo:

—¿Es solo ese viejo médico el que te detiene? ¿No hay algun jóven elegante á quien pedir vénia antes de abandonar esta casa, este poético retiro?

—Arturo, tú me conoces: tú no sientes esa duda que manifiestas.

—Acabemos, Andrea: ¿quieres darme una prueba de tu amor?

—¡Oh, sí! ¿quién lo duda?

—Pues sígueme.

—Concédeme tres dias.

—No: ha de ser hoy mismo.

—¡Arturo!...

—Hoy mismo.

Andrea dejó caer la cabeza lánguidamente sobre el pecho, y exhaló un suspiro.

En aquel momento, la imágen de Felipe, de don Rafael, de su padre, cruzaron por su mente reconviniéndole tanta debilidad.

CAPITULO VIII.

PALABRAS DE MUERTE.

El vizconde de Villafort, con una frialdad criminal, infame, esperó una respuesta.

Andrea guardaba silencio.

De sus hermosos ojos cayeron gota á gota redondas y trasparentes lágrimas.

Llanto vertido á la memoria de aquellos á quienes iba á abandonar, rocío del alma que patentizaba la pureza de su sentimiento.

El vizconde no podia comprender tanta ternura.

Despues de una corta pausa, volvió á decir:

—No trato de violentarte; puedes elegir, puesto que tantas lágrimas te cuesta la sola idea de abandonar esta casa.

—Concédeme un plazo, Arturo, un plazo de dos dias.

—No, no; ó esta noche, ó nunca, repitió el vizconde con una crueldad repugnante.

Andrea juntó las manos con ademan suplicante.

—¿Dudas de mi amor? le dijo.

—Dudo de todo, porque lo sé todo, esclamó el vizconde cogiendo por el brazo á la enferma y mirándola de un modo terrible.

—¡Todo! repitió maquinalmente Andrea: ¡todo! ¿Y qué es lo que tú sabes?

—No es el médico ni el infeliz loco los que sientes abandonar; es Narciso de Rioalto.

—¡Calla!

—Sí, Narciso de Rioalto, que viene á visitarte todas las tardes, á quien amas, con quien te hallas comprometida.

—¡Yo!

Este *yo* fué pronunciado de un modo indescriptible.

Mas que una sílaba era un gemido del alma, un estremecimiento del pudor, un grito del decoro ofendido, un lamento del amor humillado.

Andrea se llevó las manos á los ojos y prorumpió en un lloro amargo.

—Tus lágrimas, repuso Arturo con una calma criminal, poco ó nada pueden convencerme.

—Si ellas no te convencen, ¿qué podré hacer con la palabra?

Andrea, comprendiendo que todo seria inútil para llevar la persuasion á su amante celoso, creyó que no debia responder otra cosa.

Pero aquella infeliz no conocia la maldad del corazon de su amante.

En este momento se abrió la puerta.

Don Rafael, con Felipe del brazo, entraron en la habitacion.

—Supongo, dijo el médico con la gravedad serena del hombre que nada teme y que se rige por la conciencia; supongo que el señor vizconde de Villafort no habrá venido á esta casa á gozarse en la agonía de sus víctimas.

—¡Caballero! esclamó Arturo avanzando.

Andrea lanzó un grito, quiso levantarse de la silla, pero volvió á caer casi desplomada.

La desgraciada ni aun tenia fuerzas para moverse.

Felipe, siempre indiferente, miraba al vizconde, pero de un modo fijo, como acostumbran los locos cuando tratan de enterarse de un objeto.

—No te sobresaltes, dijo el médico sonriéndose: los arranques de este caballero me asustan poco. Tal vez por lo que llevo dicho, ó por lo que aún me queda que decir, me proponga un desafío á mí que tengo cerca de sesenta años y que nunca he manejado arma alguna. Si así sucede, no seré yo el que lo rechace, pero elegiré las armas: Dios en ese caso me ayudará.

—Señor mio, repuso Arturo mordiéndose los labios de rabia: yo no he venido á esta casa á discutir con usted, ni toleraré que valiéndose de sus canas me falte al respeto.

—¡Por Dios, don Rafael! ¡por Dios, Arturo! esclamó Andrea dirigiendo las manos juntas y suplicantes al médico y al vizconde.

—Vuelvo á decirte que no temas nada, dijo don Rafael. En cuanto á usted, le advertiré que está en mi casa y que se halla en presencia de un hombre honrado que por nada ni por nadie ha bajado la frente y que desprecia sus bravatas.

—¡Caballero!

—Yo no soy el ingénuo y sencillo Felipe que admite un duelo sin saber manejar ningun arma, y se deja vencer y arriesga su vida poniéndose delante de un espadachin desalmado; yo no soy la inocente Andrea, la sencilla jóven que cree las palabras infames de un seductor de oficio.

—¡Basta! ¡basta!

—Ya he dicho que estoy en mi casa, y puedo arrojarle de ella; pero antes tengo que dirigir á usted varias preguntas: prepárese usted á responderme.

Arturo, comprendiendo que tenia que habérselas con uno de esos viejos de espíritu fuerte y conciencia tranquila, tomó el partido de reirse, y soltando una carcajada ruidosa, contestó:

—¡Ah! la escena varía de aspecto. Puede usted preguntar lo que guste.

—¿A qué ha venido usted á esta casa?

—Sencillamente á ver á Andrea.

—Y á proponerle una nueva infamia.

Arturo se estremeció, á pesar suyo.

—No trate usted de negarlo: lo he oido todo desde esa puerta.

—Entonces escusado es preguntarme, contestó Arturo encogiéndose de hombros.

—Pues bien, usted ha venido aquí á hacer proposiciones infames á una jóven que usted habia manchado con su contacto, y que el arrepentimiento comenzaba á purificar. Usted, en cuyo corazon indudablemente no se alberga ni un átomo de ninguna de esas virtudes que tanto enaltecen al hombre, ha

querido que esta infeliz cometiera la mayor de las ingratitudes abandonando á los que tanto la aman.

Y el médico, levantando la voz, continuó:

—Andrea, hora es ya de que arrojes de tu pecho el amor de ese hombre venenoso que te consume. El vizconde de Villafort no te ama, no te ha amado nunca; siempre fuiste para él un juguete, un artículo de lujo. Despréciale como se merece.

Arturo, ciego por la ira, cogió una silla, enarbolándola sobre la cabeza del médico, que con los brazos cruzados sobre el pecho esperó sereno el golpe que le amenazaba.

En este momento rápido algo estraordinario cruzó por la mente de Felipe, y abalanzándose como un leon sobre Arturo, le cogió por la cintura como lo habia hecho la noche del baile de máscaras, y le arrojó contra la pared.

Arturo cayó en el suelo descompuesto.

Andrea lanzó un grito impropio de sus desfallecidas fuerzas, y como si para exhalarlo hubiera reunido el resto de su vida, cayó sin conocimiento arrojando una bocanada de sangre.

Don Rafael, con la agilidad de la juventud, se interpuso entre el caido cuerpo del vizconde y Felipe, dirigiendo al mismo tiempo una mirada llena de angustia á Andrea.

—¡Salga usted, salga usted de esta casa, desgraciado! gritó cogiendo por el brazo al pobre loco, cuyos ojos, perdiendo súbitamente la vaguedad de su mirada, brillaron como si quisieran saltarse de las órbitas.

Al mismo tiempo, el pálido rostro de Felipe se tornó de un color amoratado.

—¡Ah! volvió á repetir el médico viendo la trasformacion del loco: ¡usted los mata! ¡maldito sea usted!

Arturo, aturdido, sin poderse él mismo esplicar todo lo que habia sucedido en un momento, salió precipitadamente de la habitacion.

Don Rafael dirigia miradas inquietas en derredor suyo, sin saber á cuál de los dos enfermos acudir.

Quiso llamar y le faltó la voz.

Felipe se llevó las manos á la cabeza como si sintiese un dolor agudo, penetrante, y con un acento que no puede describir la pluma, como no puede describirse el grito de la madre que ve á su hijo en peligro de perder la vida,

—¡Andrea! esclamó lanzando un grito horrible, amenazador: ¡Andrea!

Y llevándose las manos al pecho volvió á decir, pero con desaliento, como si hubiera empleado todas sus fuerzas para pronunciar el nombre de la que fué su prometida:

—¡Dios mio! ¡qué sueño tan horrible!

Felipe permaneció un minuto contemplando á la jóven.

El rostro del loco tomó rápidamente una espresion marcada de lucidez, y de repente giró su cuerpo como el que recibe una herida mortal en la cabeza.

Don Rafael contemplaba absorto todos aquellos síntomas, teniendo al mismo tiempo la cabeza de Andrea apoyada sobre su pecho.

Felipe por último exhaló un gemido, y cayó desplomado junto al cuerpo de la que fué su primer amor.

—¡Ah! ¡todo se ha perdido! murmuró don Rafael.

Y dos lágrimas brotaron de los ojos del honrado médico.

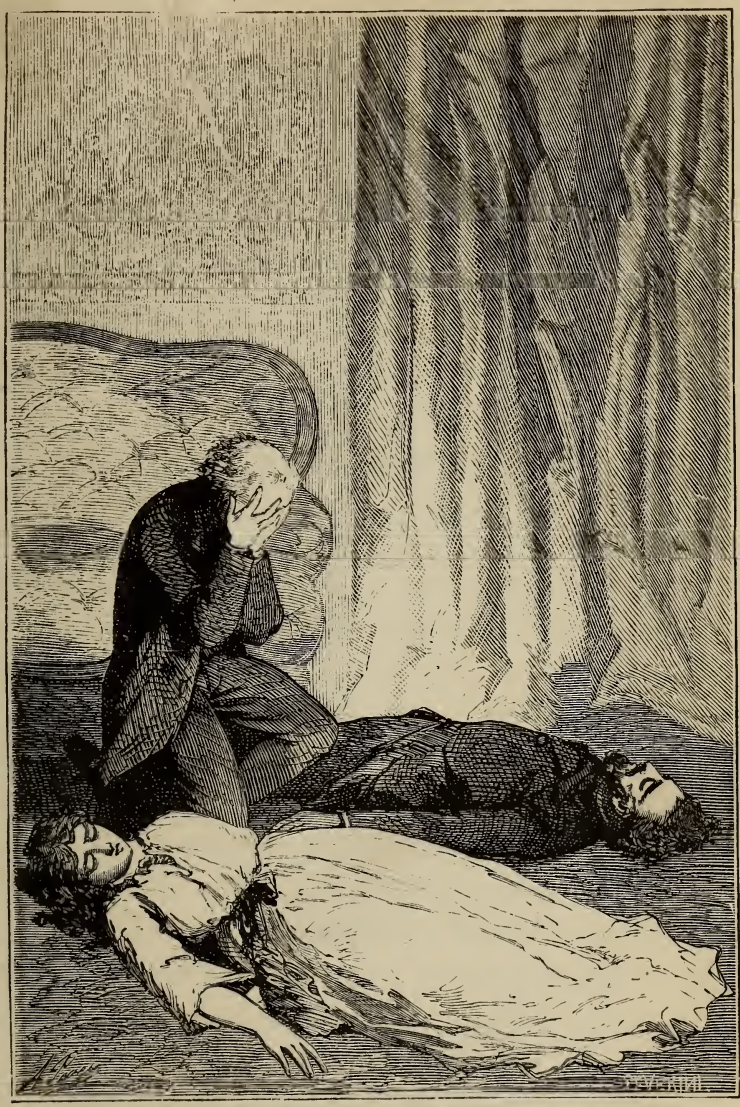
—¡Socorro! ¡socorro! repitió don Rafael dirigiéndose hácia la puerta de la habitacion: nadie viene en mi auxilio.

En este momento se presentó la criada.

Don Rafael daba vueltas por la sala como un hombre aturdido á quien le sobrecoge de improviso una gran desgracia.

—¡Muertos! ¡muertos! ¡Ah! ese miserable ha venido á destruir toda mi obra; pero yo les vengaré.

Y el pobre anciano, arrodillándose en el espacio que separaba los cuerpos de Felipe y Andrea, se llevó las manos al rostro prorumpiendo en un amargo lloro.



LA PERDICION DE LA MUJER.

.....se llevó las manos al rostro, prorumpiendo en un amargo lloro.

CAPITULO IX.

MONSIEUR FABRICIUS RODOMONT.

Cuando Narciso de Rioalto llegó á su casa, dejándose caer en un sofá se dijo:

—El duelo era inevitable... ha llegado la hora... será á muerte... yo no estoy cansado de la vida... si no le mato, quedo deshonrado.

Narciso permaneció por espacio de una hora abismado en sus reflexiones.

Iba á batirse con un hombre tan diestro como sereno. Las consecuencias debian ser fatales, porque todas las ventajas estaban de parte del vizconde.

Sin embargo, no podia rechazar el lance.

Narciso llamó á un criado de su confianza.

Serian las tres de la tarde, y no queria perder el tiempo.

—¿Supongo que estará la berlina enganchada?

—Sí señor.

Narciso se quedó pensativo como si le asaltara alguna idea.

—¡Bah! se dijo hablando consigo mismo: para eso me queda tiempo; no ha de matarme tan en el acto que no pueda...

Se detuvo en sus reflexiones.

—Pero ¿y si muero en el acto? volvió á decirse: en fin, primero es lo primero.

Y volviéndose al criado, dijo en voz alta:

—Coloca mis pistolas de desafío en la berlina, con municiones para hacer algunos disparos.

El criado cogió la caja de las pistolas, y salió siguiendo á su amo.

Cuando Narciso estuvo en el carruaje, repuso:

—Di al mayordomo que te dé las señas de la casa del buen sacerdote que vino ayer á verme.

Un instante despues, el criado entregaba á Narciso una hoja de papel que este guardó en la cartera, y asomándose á la portezuela, continuó:

—Calle de Sal si puedes, núm...

El coche partió, y poco despues se detenia delante de una casa de pobre apariencia.

Narciso subió por una angosta escalera hasta el piso último, llamando en una puerta pintada de azul, sobre la cual, en un trozo de papel pegado con obleas, se leia esta inscripcion:

Monsieur Fabricius Rodomont,

maestro de armas de la escuela militar de París.

Narciso, á pesar de lo preocupado que le tenia su situacion, no pudo menos de sonreirse al leer el apellido del maestro, que traducido al castellano venia á decir don Fabricio *Matasiete*.

Y efectivamente, monsieur Rodomont era uno de esos perdonavidas de bigote de á cuarta, perilla en forma de pirámide egipcia, ojos atravesados, ancho pantalon á cuadros de corte francés, gaban raido y abrochado hasta la barba, con un trozo de cinta en el último ojal, sombrero de anchas alas inclinado sobre las cejas, y talla de granadero imperial.

Pero monsieur Rodomont, aunque se llamaba francés, no lo era, pues habia nacido en España.

Bohemio de los ejércitos, habia servido en varios países en clase de soldado mercenario, estableciéndose por último en Madrid, donde daba lecciones; y sobre todo, enseñaba esas estocadas *sui generis*, de recurso, que deciden un lance y que son tanto mas temibles puesto que se hallan fuera de las reglas de la esgrima.

Narciso se acordó del maestro *Matasiete* ó Rodomont, y fué como vulgarmente se dice á arrojarse en sus brazos.

—¡Oh, señor de Rioalto! esclamó el maestro viéndole entrar en su pobre morada: ¿á qué debo la dicha?...

—Buenos dias, Fabricius, respondió Narciso. Vamos dentro: tenemos que hablar.

El millonario y el espadachin, despues de cruzar un pasillo estraño bajo todos puntos á la curiosidad de la escoba, entraron en una pequeña sala cuyos muebles se reducian á dos sillas, una mesa de pino, un trozo de espejo colgado de un hilo, un catre, un grueso roten y una pipa de barro.

Monsieur Rodomont ofreció una silla á su visita con toda la finura francesa que aunque español habia aprendido, y se sentó él en otra.

—¿Qué ocurre? preguntó el maestro.

—Sencillamente, que me bato.

—¡Hola! ¿y cuándo?

—Creo que será mañana.

—¿Está todo convenido?

—No, pero se arreglará hoy.

—¿Y qué clase de lance es ese?

—Grave: á muerte.

—¡Diablo! ¿Y el contrario?

—Bastante temible.

—Eso es peor.

—Es diestro.

Monsieur Fabricius hizo una mueca de indiferencia como si para él no hubiera enemigo temible.

—Todo hombre tiene su hombre.

—Dejémonos de frases. El vizconde de Villafort no es un enemigo despreciable.

—¡Ah! ¿conque es el señor vizconde de Villafort?

—Sí.

—Entonces cambia de especie: reconozco que es un buen pájaro.

—A quien me conviene desplumar, querido Rodomont.

El maestro se cogió con el índice y el pulgar de la mano derecha el labio inferior.

—Es preciso hacer algo, dijo como si hablara consigo mismo.

—Es preciso hacer mucho... es preciso matar, repitió Narciso.

—¡Si usted pudiera aprender con destreza una estocada!

—Por eso he venido.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Narciso se quitó el gaban y pronto se hallaron uno delante del otro.

—Debo advertir á usted que es bastante difícil.

—No me tengo por muy torpe en la esgrima.

—Sin embargo, ofrece riesgo; si la estocada se dirige bien y se echa uno á fondo á tiempo, es de muerte; pero cuando se ejecuta mal, si el contrario es sereno...

—¿Se arriesga la vida?

—Precisamente.

—De dos caminos malos debe elegirse el mejor.

—¿Quién lo duda?

—El vizconde de Villafort es gran tirador de pistola; yo tengo, pues soy el insultado, la eleccion de armas.

—¿Por qué no elige usted el sable?

—Monsieur Rodomont, ya sabe usted que esa arma no es la mas conveniente para los lances formales.

—Sí, pero...

—Nada, nada, elegiré el florete. Enséñeme usted esa estocada.

—Manos á la obra.

Fabricius sacó dos floretes y dos caretas de debajo del catre.

Narciso se quitó el gaban, y pronto se hallaron uno delante del otro.

La estocada de Fabricius era terrible y de mala ley.

Narciso comprendió que solo de ella dependia su salvacion.

Puso todo el cuidado, todo el esmero posible en aprenderla á la perfeccion.

Por espacio de una hora permaneció ejercitándose en la sala del maestro.

Por fin, Fabricius dijo:

—Si ante un florete sin boton hace usted lo que acaba

de hacer, tengo la seguridad que el vizconde de Villafort es muerto.

—Dios lo quiera.

Y Narciso, poniéndose el gaban, dejó sobre la mesa un billete de mil reales, diciendo:

—Esto, por ahora: si produce buen efecto la estocada, le espero á usted á comer en mi casa.

—No faltaré; y rogando quedo al dios Marte para que le conceda á usted la victoria. Pero se me ocurre una cosa de la mayor importancia.

—Veamos.

—Usted es jóven, rico, y un porvenir de goces sin fin, de placeres sin cuento, se abre ante su paso.

—Bien, ¿y qué?

—Voy á esplicarme. Yo tengo cincuenta años, estoy harto de los desengaños de la vida, y además soy pobre; lo cual quiere decir que mi pellejo es bastante duro para que lo agujereen con facilidad.

—No comprendo.

—Continúo: ¿quiere usted que me bata con el vizconde?

—Eso es imposible.

—Nada hay imposible, ni nada mas tonto ni mas fácil que provocar un duelo.

—No, no; el vizconde no se batirá con nadie sin batirse antes conmigo.

—Hay agravios que un hombre valiente y pundonoroso los venga en el acto. Yo puedo inferir al vizconde uno de esos agravios que no tienen espera, y entonces me sirvo de mi estocada favorita.

Narciso, comprendiendo lo que le proponia el maestro, dijo con altanería:

—Monsieur Fabricius, yo no he venido á esta casa á comprar la vida del vizconde de Villafort.

El maestro se inclinó.

—Lo que proponia á usted era mas sencillo; pero en fin, continuemos la leccion, pues dicen que la práctica saca maestros.

Narciso de Rioalto cogió nuevamente el florete.

Monsieur Rodomont estuvo admirable, sin duda para probar lo conveniente que le hubiera sido á Narciso que él se arreglara con el vizconde de Villafort.

Poco despues, cuando Narciso de Rioalto regresó á su casa, el mayordomo le dijo que el conde Polviany y otro caballero le estaban esperando en el despacho.

Rioalto comprendió el motivo de aquella visita.

Entró en la habitacion como hombre que no rechaza ni teme los compromisos, es decir, sereno, con la sonrisa en los labios y la frente erguida.

—¿Venís, les dijo, á arreglar el lance?

—Sí: esa comision, siempre desagradable, es la que nos conduce, respondió hipócritamente Amadeo.

—Tenia la seguridad de que mi amigo el señor vizconde de Villafort no dejaria pasar mucho tiempo: estoy á vuestras órdenes.

—Arturo te deja la eleccion del arma.

—No le correspondia elegir, puesto que yo soy el ofendido; así pues no es él el que me hace esa galantería, sino la ley de duelos la que me la concede en derecho.

—Sea como quieras.

—Sea pues lo justo, y elijo el florete.

—¿Quieres indicarnos tus padrinos?

—Me es igual uno que otro. A última hora los buscaré en el Casino. Allí, si acudís vosotros, podrá estenderse el acta é indicar el sitio.

—¿De modo que tú crees que no puede haber avenencia? preguntó Amadeo.

—Tú sabes, querido conde, que no puede haberla; digo, á no ser que yo pidiera perdon al vizconde de las ofensas que no le he inferido; y eso podeis comprender que es bastante difícil que lo haga Narciso de Rioalto.

—Entonces, nada mas tenemos que hablar.

—Por ahora nada, querido Amadeo; pero en terminando la cuestion con Arturo, tal vez sí.

—Tendré mucho gusto en ello, contestó el conde Polviany comprendiendo la intencion de Narciso.

CAPITULO X.

UN PÁJARO COGIDO AL TIEMPO DE VOLAR.

Nuestros lectores recordarán que el vizconde de Villafort, terminado el ruidoso almuerzo que dió á sus amigos, se quedó solo con Amadeo Polviany.

Recordarán asímismo que su criado de confianza Daniel entró á decirle que el marqués de Fontan soñaba en voz alta, haciendo revelaciones importantes.

Pues bien, Arturo se colocó junto á la cama donde dormia el marqués, y supo por su misma boca el motivo de la muerte de Carolina.

Esta revelacion era un arma terrible en sus manos, y se propuso sacar partido. Veamos cómo.

—Daniel, dijo á su criado: nuestras sospechas no eran infundadas; la pobre marquesa ha muerto envenenada por ese infame Jacobo. Mucho daño he hecho en esta vida: haré algo en favor de la pobre Carolina, la vengaré. Cuando el marqués

despierte, déjale ir: tiempo tendré de encontrarle. Ahora, vamos á casa del baron de Soany. El ginebrino aun debe encontrarse allí. Necesito tener á ese hombre: es el todo.

Arturo se despidió de Amadeo, diciéndole:

—Chico, un asunto de la mayor importancia me llama á otra parte; tú, si gustas, puedes quedarte haciendo la digestion, pero luego no olvides mi asunto con Narciso. Si es posible, quiero batirme mañana. Déjale la eleccion de armas; tengo de todos modos la seguridad de matarle.

Amadeo, arrellanándose cómodamente en una butaca, ofreció cumplir el encargo de su amigo, y poco despues dormia pacíficamente.

Mientras tanto Arturo y Daniel llegaron á casa del difunto baron de Soany.

Jacobo el ginebrino se hallaba en su habitacion disponiendo su equipaje.

Arturo entró de improviso sin pasar recado.

Jacobo, que se hallaba arrodillado en el suelo delante de una maleta, volvió la cabeza, y viendo al vizconde se sobresaltó.

—Buenas tardes, querido doctor, dijo Arturo.

La entonacion no podia ser mas amistosa.

El curandero se serenó.

—¿Qué es eso, mi querido Jacobo, va usted á abandonarnos?

Jacobo, no comprendiendo la verdadera intencion con que el vizconde le dirigia la pregunta, dijo:

—Nunca, si el señor vizconde necesita de mi humilde persona.

—Como le veo á usted arreglando la maleta...

—Creo que muerto el pobre baron, tendremos que dejar esta casa.

—Pero tiene usted la mia.

—Allí pensaba dirigirme con mis trebejos hasta que usted dispusiera.

—Perfectamente: pero ya que la fortuna mia hace que le encuentre á usted solo, voy á consultarle una cosa.

Jacobo se sentó sobre la maleta, disponiéndose á escuchar.

—Ayer se enterró en un nicho al pobre Filiberto.

—Sí, por desgracia.

—Pues bien: se me ha ocurrido esta noche que mi pobre amigo ha muerto envenenado, y pienso mañana pedir á la policía que se haga la autopsia del cadáver.

Jacobo se estremeció.

—Veo que la sola idea de descuartizar al baron le sobresalta á usted; es muy natural: cuando se quiere á una persona, todo nos afecta.

—El señor vizconde puede hacer lo que tenga por conveniente; yo mismo me ofrezco á ejecutar su deseo.

—Gracias; pero es mucha faena esa para un médico solo, y pienso llamar otros: usted tomará parte tambien.

—Eso me indica que tiene usted alguna sospecha.

—¡Ya lo creo! de otro modo, no molestaria el cadáver de mi amigo.

Jacobo palideció.

—Figúrese usted, querido doctor, que ha sucedido la cosa mas peregrina del mundo; ¡y luego algunos ateos, algunos descreidos, dirán que no hay Providencia!

El ginebrino comenzó á sentir calofrios en todo el cuerpo.

La sonrisita intencional, la calma del vizconde de Villafort, le aterraban.

Arturo, sin apartar su fria y terca mirada de Jacobo, sacó la petaca, ofreciéndole un cigarro.

Jacobo fué á encenderlo sin poder ocultar la turbacion.

—Conozco ahora lo mucho que usted amaba al vizconde, pues hasta enciende usted el cigarro por la parte contraria... eso es natural.

Jacobo pensó que se habia descubierto todo: no supo qué contestar.

Arturo se gozaba en el aturdimiento del ginebrino.

—Pues sí, como iba diciendo, hay Providencia. Verá usted lo que me ha sucedido. ¡Oh! confio que usted, que era tan buen amigo del baron, me ayudará á desenmascarar á su asesino.

—¡Ya lo creo, señor vizconde! no deseo otra cosa, tartamudeó el ginebrino.

—Lo supongo, y estoy plenamente convencido de que cuando usted sepa que el señor marqués de Fontan ha tenido un sueño que me lo ha revelado todo, se admirará. ¿No es cierto, amigo mio?

—¡Todo! repitió Jacobo.

—Sí, todo. ¿No le parece á usted estraño? Pues mas debe parecerle el que el grave, el circunspecto marqués, el frio diplomático se emborrache y cometa la imprudencia de decirme que usted, mi querido Jacobo, ha hecho beber por órden suya un veneno á Carolina.

—¡Yo! eso no es verdad: eso es una calumnia, esclamó Jacobo levantándose espantado y dirigiéndose hácia la puerta.

Arturo, sin moverse de la silla, sacó un rewolver, y apuntándolo al pecho del fingido médico, repuso con calma:

—Veo la conciencia de usted, manchada por el asesinato, asomar á su frente, y va á servirme de blanco como dé usted un paso mas; y cuidado, que tengo buen ojo.

—¿Qué es lo que usted pretende? preguntó Jacobo dejándose caer en una silla.

—Que hablemos como dos buenos amigos, querido doctor.

—Pues bien: hablemos todo cuanto usted quiera.

—Vamos á ver: usted, siendo cómplice del marqués de Fontan en el envenenamiento del malogrado baron, tendrá alguna prueba que le comprometa.

—¿Pero usted da por hecho que el señor marqués y yo hemos envenenado...

—Dejemos necias escusas; lo sé: me lo ha revelado el marqués; mas el marqués, cuya alta posicion se halla comprometida, quiere arrojar sobre usted todo el sambenito.

—¡Sobre mí!

—Y lo logrará como no ande usted muy listo, ó por mejor decir, como no me elija usted por defensor.

Jacobo comprendió que estaba perdido; pero no teniendo pruebas contra el marqués, se resolvió á negarlo todo.

—Señor vizconde, dijo: el marqués de Fontan, usted mismo lo ha dicho, estaba borracho, y solo así se comprende que me atribuya un crímen que no he cometido.

—¿Es decir que usted se empeña en negar?

—Pero el hombre que se le trata de asesino siendo inocente, ¿cómo puede decir que ha cometido un crímen?

—Tanto peor para usted.

Y Arturo levantando la voz dijo:

—¡Daniel!

Este se presentó.

—Jacobo se obstina en no decir la verdad: cumple pues mis órdenes.

Antes que Jacobo tuviera tiempo de defenderse, Daniel le cogió por la cintura, derribándole en el suelo.

El curandero hacia esfuerzos desesperados por librarse de las manos de aquel hombre cuyas fuerzas le asombraban.

Quiso pedir socorro, y Arturo le puso el cañon del rewolver sobre la boca.

—Una palabra, y todo ha concluido para tí, miserable, le dijo.

Jacobo comprendió que todo era inútil, y no intentó desde aquel momento defenderse.

Daniel y Arturo ataron fuertemente á Jacobo, arrojándole luego sobre la cama.

No podia moverse.

Los ojos del fingido médico brillaban como los de la pantera herida.

Su boca arrojaba borbotones de espuma, y un color de violeta encendido tiñó su semblante.

Arturo guardó el rewolver y quedóse contemplando á Jacobo.

—Puesto que te decides por la guerra, sea; un envenenador como tú no debe inspirar lástima. Estás en mi poder: eres mio.

Y Arturo, soltando una carcajada, continuó:

—Procura serenarte, pues haciendo esos esfuerzos puede

romperse alguna arteria de tu pecho, y entonces todo habrá acabado; y tú, Daniel, guarda en un sitio conveniente esa caja de Pandora, para que ese miserable no se sirva mas de ella.

Luego, haciendo una seña á Daniel, salió de la habitacion cerrando la puerta con llave.

—No te separes de aquí, dijo el vizconde; ya veremos qué se hace con él.

CAPITULO XI.

UN ACONTECIMIENTO QUE ENTRETIENE Á LOS DESOCUPADOS.

Despues de esta escena, el vizconde de Villafort montó á caballo y fué á visitar á Andrea.

Nuestros lectores ya saben lo que aconteció en la casita de campo del camino de los Carabancheles.

Arturo habia salido derrotado por don Rafael.

Bien es verdad que de un médico, verdadero hombre honrado, de conciencia tranquila y sanos principios, á un farsante, á un asesino como Jacobo, la distancia era inmensa.

Arturo podia luchar y vencer á un hombre infame, de corazon podrido, porque él lo era asímismo; pero la honradez, la virtud, son armas poderosas cuando descansan en el fondo de un corazon sereno.

Salió pues derrotado y ciego por la ira.

Además, siempre se levanta un grito en la conciencia del malvado, que le acusa, que le inquieta, que le atormenta.

Arturo galopaba por la ronda de Madrid, seguido de su jockey, sin saber adonde iba.

Dejaba á su caballo ese trabajo.

La imágen de Andrea, la amenazadora figura de Felipe, se le presentaban en su mente.

Aquellas dos víctimas suyas turbaban su tranquilidad.

Arturo, deseando desahogar con alguno la inquietud y el despecho que le abrasaban, se dirigió á casa del marqués de Fontan, diciéndose:

—Yo necesito emociones... aturdirme... matemos pues... dos desafíos no me parecen bastante.

Llegó á casa del marqués.

Al principio se negó á recibirle; pero gracias á una buena gratificacion dada al criado, le dejó pasar, y Fontan vió con asombro en su despacho á su mas encarnizado enemigo.

Sin embargo, á pesar del mal efecto que le causaba aquel hombre todo fingimiento, todo disimulo, no se conmovió.

—Señor marqués, dijo Arturo con acento imperioso: yo siempre llevo á cabo lo que me propongo; ha hecho usted mal en negarse.

—Tengo la costumbre de ser el amo de mi casa y de recibir ó no á las personas que vienen á verme. Si usted ha entrado hasta aquí sin mi permiso, culpa fué de un criado que recibirá su castigo. Ahora le prevengo, que no es muy conveniente el lenguaje que emplea.

—Pienso emplear otro peor.

El marqués se encogió de hombros, haciendo un gesto de indiferencia.

—Puede usted insultarme, puede usted valerse de la supe-

rioridad que le concede sobre mí su carácter impetuoso y pendenciero: yo nunca traspasaré los límites de la prudencia.

—Lo cual es muy cómodo.

—Ni mi edad ni mi manera de ver las cosas me permiten otra conducta.

—Sí; tiene usted razon: los cobardes asesinan, pero no se baten.

—Jóven, está usted indudablemente acalorado.

—No, no, miserable, esclamó Arturo ciego por la ira, viendo la frialdad de su antagonista. Yo no soy aquí el vizconde de Villafort tu enemigo personal, irreconciliable, soy el vengador de tu esposa vilmente envenenada.

—Jóven, ¿está usted loco?

—¡Oh! este hombre es capaz de desesperar al sér mas pacífico, mas inofensivo; pero no importa: yo no cederé hasta que le vea delante de mí con un arma en la mano.

—No lo logrará usted nunca, porque á pesar de mis canas no desprecio la vida.

—Pues bien, yo haré que esa vida termine en un patíbulo.

—Vizconde, se está usted olvidando que se halla en mi casa.

—¡Qué placer para mí si usted mandara buscar á la justicia para arrojarme de ella! eso me ahorraria algun trabajo.

—Pongamos fin á esta escena enojosa.

El marqués se levantó.

—Sí, tiene usted razon: pongamos fin á esta escena; y por lo mismo voy á proponerle dos caminos: puede usted elegir entre batirse conmigo ó mandar que desentierren el cadáver de Carolina, en cuyas entrañas encontrará la justicia el rastro

mortal del veneno que la ha llevado á la tumba, si no basta la declaracion de Jacobo el ginebrino, que se halla en mi poder y que me lo ha revelado todo: elija usted, señor marqués.

Fontan, que se habia levantado, al oir la amenaza del vizconde volvió á sentarse.

—Ese hombre habrá dicho cuanto le diere la gana. Además, la calumnia que me levanta la desprecio.

—Es usted un cobarde, esclamó Arturo, el cual perdiendo de pronto la calma que hasta entonces habia mantenido, se levantó con los ojos chispeantes y el ademan amenazador.

—¡Vizconde!

—Sí, un cobarde, un miserable, un asesino, á quien abofetearé en mitad de una calle, á quien escupiré delante de la gente una y mil veces si no se bate conmigo, porque hace tiempo que tengo sed de su sangre.

Y Arturo avanzó hasta llegar á colocarse delante del marqués, que pálido y convulso, temiendo que el vizconde cometiera un atropello, repuso:

—Basta: me batiré.

—Gracias al diablo, dijo Arturo sonriéndose de un modo nervioso: espero que el ilustre marqués de Fontan no deshonrará su apellido olvidándose de lo que acaba de ofrecerme.

—No lo olvidaré.

—Entonces, caballero, hoy mismo tendré el gusto de mandarle mis padrinos.

—Está bien.

Arturo saludó y salió de la habitacion.

Cuando el marqués de Fontan le vió salir, llevóse las manos á la frente y esclamó en son de amarga reconvencion:

—¡Flaqueza humana! ¡tú me has vendido! Ahora no me queda otro remedio que batirme; y me matará, sí, me matará, porque él es diestro en el manejo de las armas y yo no; porque él es valiente...

El marqués se detuvo.

En su rostro pálido y enjuto brilló esa sonrisa de la desesperacion, parecida sin duda á la que lanzó Luzbel al cielo desde la puerta del antro donde le conducia su soberbia.

—Él me insulta, me desafía: pues bien, duelo por duelo, el mas terrible, el que mas nos iguale en la lucha, el que termine con uno de ambos.

Y dirigiéndose á un pupitre, se puso á escribir precipitadamente, diciendo:

—Arreglemos antes estas notas; en cuanto á Jacobo, si salgo bien parado de este lance, que Dios le proteja.

. . . . . .

Aquella misma noche á última hora en el Casino no se hablaba de otra cosa mas que de los dos desafíos que tenia aplazados el vizconde de Villafort para el dia siguiente.

Algunos jóvenes desocupados, ricos y felices, que cenaban reunidos alrededor de una mesa, y entre los cuales se hallaba Amadeo Polviany, tenian la siguiente conversacion:

—El desafío de Narciso con Arturo era de esperar. Cuestiones de faldas concluyen muchas veces con sangre.

—Confesemos que la muchacha lo merece.

—¡Bah! contestó el egoista Amadeo: ninguna mujer, incluso las heroinas de la antigüedad que han inmortalizado los soñadores, vale la pena de que un hombre se agujeree la piel por ellas.

—Tú te batirias mejor por un plato bien guisado.

—¡Ya lo creo!

—Pues, chico, yo creo que Narciso ha hecho bien. El vizconde es tan insufrible... parece que nos perdona á todos la vida.

—Señores, lo mas raro es el lance que debe efectuarse entre el vizconde de Villafort y el marqués de Fontan.

—No solamente es raro, sino inverosímil.

—¡Pues si supieras las condiciones del duelo! dijo Amadeo.

—¿Tú las sabes?

—¡Vaya! como que soy padrino por mi desgracia; y á la verdad, que iré con mas gusto á ver cómo se matan Narciso y Arturo, que á ver cómo se asesinan el vizconde y el marqués.

—¿Cómo se baten?

—A pistola.

—¡Caracoles!

—Item mas: una cargada y otra sin cargar. A diez pasos de distancia, marchando si se quiere.

—Eso es un asesinato.

—Esa es la proposicion desesperada de algunos que no saben tirar las armas.

—Y de los valientes, sin lo cual no se les ocurriria nunca salir al campo del honor á ser fusilado ó fusilar.

—Tienes razon.

—¡Ah! te suplico, querido Amadeo, que cuando regreses me avises lo que haya ocurrido.

—Pierde cuidado.

De esta conversacion resultó que el marqués habia tomado el camino de la desesperacion.

El duelo, inevitable entre cierta clase de personas, toma algunas veces el carácter de asesinato.

El que habia de tener lugar entre el vizconde y el marqués, era uno de esos.

Poner la vida ante el azar es una temeridad.

Batirse con un espadachin cuando no se sabe manejar el arma que se tiene en la mano, un absurdo.

Pero el decoro, la educacion, admiten ese absurdo, esa temeridad.

CAPITULO XII.

UNA ESTOCADA DE Á MIL REALES.

El hombre mas sereno siente allá en el fondo de su pecho un momento de vacilacion, de temor, la noche que precede á un desafío.

Narciso, Arturo y Fontan durmieron poco.

Distintos fueron los pensamientos que les desvelaron, aunque bien puede decirse que todos ellos partian de un mismo punto.

El duelo entre el vizconde de Villafort y Narciso de Rioalto debia tener lugar en el camino de Canillejas, en una de aquellas hondonadas solitarias que forma el terreno.

El de Arturo y el marqués de Fontan junto á las cercas de la posesion de la *Piovera,* camino de Barajas.

El primero debia efectuarse á las siete de la mañana.

El otro á las cinco de la tarde.

Como se ve, Arturo iba á tener un dia bastante ocupado.

En cuanto á Narciso, durante la noche pensó varias veces

en el anciano sacerdote que le habia hablado de una aventura amorosa de su padre, y á quien no habia visto mas por sus muchas ocupaciones.

Pero este pensamiento se arraigaba poco en su mente.

Lo que mas le preocupaba era el resultado del desafío, que él creia poco ventajoso.

Amaneció por fin, y Narciso llamó á su ayuda de cámara.

—Voy á batirme, le dijo.

—Pero, señorito, esas calaveradas pueden traerle á usted malas consecuencias.

—¡Diantre! si no dices otra cosa... Pero dejemos al acaso lo que pueda sucederme. Escucha: si muero, si ves que te traen mi cadáver, entonces coges una carta que verás cerrada encima de mi mesa de noche, cuyo sobrescrito dice así: *Italia.—Señor don Leandro.—Milan.—Conservatorio de Música,* y la tiras al correo. Las demás disposiciones se hallan en casa de mi notario. No tengo pariente directo. ¡Ah! no me olvido de tí.

Esta conversacion fué interrumpida por los padrinos y el médico.

El coche, que era una carretela de cuatro asientos, estaba dispuesto.

Uno de los padrinos cogió los floretes, el médico el botiquin de campaña, y bajaron al portal, donde los esperaba el carruaje.

Llegaron al sitio tres minutos despues de la hora prefijada.

Arturo, su médico y sus padrinos, les estaban esperando.

Los ocho se dirigieron á un sitio bastante retirado del camino.

Se eligió el terreno, buscando con escrupulosidad el mas firme para tan grave faena.

Cuando todo estuvo arreglado, cuando los padrinos preguntaron, mas por deber que por esperar resultado favorable, si se daban por satisfechos con haber llegado hasta allí, presentaron á los interesados los floretes.

—Si á Narciso le parece, conservaremos el levita puesto, porque la mañana está fria, dijo el vizconde.

—Como tú gustes, porque yo supongo que nos tiraremos de veras, y por un poco de tela mas ó menos...

—Gracias, querido.

Y volviéndose á los padrinos, continuó con serenidad y como si estuviera seguro del triunfo:

—Cuando ustedes gusten.

Los padrinos hicieron la seña.

Comenzaron el lance.

Arturo al principio solo trataba de cansar á su contrario, con el objeto de tenderse á fondo al menor descuido, y dar bien en el blanco que se habia propuesto.

Narciso por su parte no se precipitaba.

El enemigo que tenia delante era bastante temible para gastar el tiempo en floreos.

Se conservó, esperando tambien el momento oportuno de poder emplear la estocada del maestro Rodomont.

Al ver sus semblantes, la compostura de sus cuerpos, la firmeza de sus piernas, se hubiera dicho que mas que un desafío á muerte era un asalto ejecutado en un salon de armas.

Por espacio de doce minutos se mantuvieron ambos á una misma altura.

De pronto Arturo se descubrió de un modo violento, y creyendo Narciso que habia llegado el instante que esperaba, se metió á fondo.

Pero entonces sucedió una cosa que se llama admirable entre los inteligentes.

Arturo libró el cuerpo de la terrible estocada que le dirigia su contrario, hundiendo al mismo tiempo su florete en el pecho de Narciso.

Este soltó su arma, y cayó de espaldas.

El vizconde dijo:

—Monsieur Fabricius Rodomont es un gran maestro; pero Narciso paga poco las estocadas de recurso: no se puede ser tacaño en cuestiones en que se arriesga la vida.

Los padrinos no comprendieron estas palabras, creyéndolas mas bien una fanfarronada del vizconde que intencionales.

Nosotros las esplicaremos.

Poco despues de salir Rioalto de casa del maestro Rodomont, entraba el vizconde.

Fabricius contó la escena que acababa de tener con Rioalto, enseñándole el billete de mil reales que le habia dado por enseñarle la estocada.

Entonces el vizconde sacó uno de cuatro mil, y dejándole al lado del de Narciso, dijo:

—A ver, monsieur Fabricius: ¿qué estocada es esa?

El maestro, que se inclinaba siempre á favor del discípulo mas generoso, le enseñó la *muerte* de aquella estocada.

Como se ve, la vida de Rioalto para monsieur Rodomont, no valia mas allá de tres mil reales.

Los padrinos de Narciso y el médico corrieron en su ayuda.

Estaba desmayado.

El médico reconoció la herida, y dijo lacónicamente preparando sus vendas:

—Es mortal; pero creo que nos dará tiempo de llevarle á casa.

Arturo y sus padrinos habian abandonado ya aquel sitio.

. . . . . .

. . . . . .

El primer lance, ó por mejor decir el menos peligroso, habia terminado satisfactoriamente para Arturo.

Le faltaba el de azar, donde la suerte reemplazaba á la habilidad y al valor. Este era mas grave, mas comprometido para él.

Pero el vizconde no retrocedia ante un peligro, porque confiaba en dos cosas: en su corazon y en su fortuna.

A las cuatro de la tarde se hallaba con los suyos junto á las tapias de la *Piovera*, por la parte que mira al arroyo.

El marqués no se hallaba allí.

—Capaz es de no comparecer ó de mandar á la policía, dijo Arturo.

—No lo creo, respondió el conde Polviany.

—¿Y qué se sabe de Narciso? preguntó el médico.

Arturo se encogió de hombros, pero uno de los padrinos contestó:

—He mandado á saber de su salud, y me han dicho que estaba herido de muerte.

—Yo al menos así lo creo, repuso Arturo con indiferencia, como si se tratara de un asunto estraño para él.

—Dicen que Narciso permaneció algunas horas sin conoci-

miento; pero así que lo recobró mandó llamar á un sacerdote que al parecer conocia, y se ha encerrado con él.

—Eso es que querrá morir como un buen cristiano, dijo el vizconde en son de burla.

—Tambien se halla á su lado la encantadora Felicidad.

—¡Ah! ¡si esa chicuela creo que fué querida de Narciso! repuso el vizconde.

—Allá viene un coche, dijo el médico.

—¿Si será el marqués?

—Puede que sea el señor gobernador.

—¡Bah! tú tienes poca confianza en Fontan.

—Muy poca; lo creo un cobarde.

—Pues chico, por esta vez te has engañado; y lo siento, porque este duelo no honra mucho á los padrinos que lo presencien.

—¿Por qué?

—Porque es un asesinato.

—Tambien lo son otros.

Aquí terminaron las contestaciones, pues un coche se paró á pocos pasos del sitio que ocupaban.

De este carruaje bajaron el marqués de Fontan, sus padrinos y el médico.

El marqués estaba mas pálido que de costumbre.

Sus ojos, estremadamente hundidos, presentaban dos cercos amoratados como si fuesen unos quevedos.

Los padrinos cogieron las pistolas del marqués y las de Arturo, y jugaron á cara ó cruz con cuál de ellas debia ejecutarse el desafío.

Ganaron las del marqués de Fontan.

Los padrinos se retiraron algunos pasos de distancia para cargar una pistola con bala y otra sin nada mas que el piston.

Luego los colocaron á diez pasos de distancia el uno del otro, y se hizo la señal.

El marqués sentia la impresion, la inquietud del que no tiene por completo el corazon sereno.

Apuntó con fingida cólera, y Arturo, sin pestañear, vió delante de sus ojos el cañon de la pistola de su adversario, que parecia pedirle la vida.

Salió el pistonazo.

La pistola del marqués de Fontan era la descargada.

Estaba muerto.

Así lo comprendió tambien él, y revistiéndose de un valor desesperado, tiró lejos de sí la pistola, y cruzándose de brazos esperó á su antagonista, que con la sonrisa en los labios y la pistola en la mano derecha, avanzaba hácia él.

Arturo caminaba despacio como si se gozara en la tortura horrible que debia esperimentar en aquellos momentos el marqués.

Todos en aquel instante sintieron cierta inquietud, cierto temor, viendo aquel cañon que avanzaba ofreciendo la muerte.

El marqués como los testigos, creyó asímismo que Arturo no le dispararia á quemaropa.

Pero Arturo llegó hasta donde estaba el marqués, y deteniéndose frente por frente y como á cuatro pasos de distancia, puso la boca de la pistola sobre la frente de su adversario.

Aquel anillo de hierro, al tocarle en la piel, le heló la sangre de las venas.

Arturo se sonreia, como Mefistófeles despues de la derrota de Margarita.

—Señor marqués, le dijo sin dejar de apoyar el cañon sobre la frente de su adversario: yo siempre cumplo lo que prometo: soy hombre de suerte, como usted puede apreciar mas que nadie en este momento.

Y diciendo esto, empujó con el índice el disparador.

Sonó una detonacion.

El marqués de Fontan cayó muerto en el acto.

La bala le habia roto el cráneo.

Aquel asesinato debido á la fortuna, causó repugnancia hasta á los mismos padrinos de Arturo.

—¿Qué has hecho, desgraciado? le dijo Amadeo palideciendo.

—¡Toma! matar al señor marqués: eso ya os lo podíais haber pensado.

—Es un hombre sin corazon, murmuró el médico.

—Es un asesino, objetó otro.

—¡Villano!

—¡Miserable!

—Solo una hiena comete semejante accion.

Estas esclamaciones en voz baja arrancó la infame conducta del vizcondé de Villafort, que conociendo que habia obrado mal, pero altivo y soberbio, dirigió á los que le rodeaban una mirada insultante.

—Señores, dijo: si alguno de ustedes se cree ofendido con lo que acabo de hacer, estoy pronto á darle una satisfaccion.

Nadie le respondió.

Solo Amadeo, acercándose, le dijo al oido:

—Eres incorregible... Vámonos de aquí.

—Yo he puesto mi pecho sin temblar ante la pistola del marqués. La fortuna me ha favorecido... él me hubiera abrasado el pecho á encontrarse en mi lugar.

Y dirigiendo á los padrinos de Fontan una mirada altiva, se dirigió con los suyos adonde le esperaba el carruaje.

No tardó mucho Arturo en conocer los efectos de su falta de nobleza, de su poca generosidad en el lance con el marqués de Fontan, como verá el lector si llega hasta el final de la presente novela.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CAMINO DEL DESENLACE.

CAPITULO PRIMERO.

ÚLTIMAS DISPOSICIONES.

Serian las once de la noche del mismo dia en que sucedieron los acontecimientos narrados en el capítulo anterior.

Las ventanas de la casita de campo del camino de los Carabancheles estaban abiertas de par en par.

Desde lejos, algun caminante hubiera podido pensar, en vista del claro resplandor que despedian, que en aquella casa se daba un baile.

Y sin embargo, bien distinto era el motivo de la iluminacion.

Entremos.

Andrea y Felipe no existen: es la última visita que hacemos á su tranquilo nido.

¡Pobres séres á quienes tan desgraciados habia hecho la esquisita sensibilidad de sus almas!

Andrea habia lanzado su último suspiro sin pronunciar un

gemido, ni una palabra, ni una amarga reconvencion al destino.

Las duras frases de Arturo, á quien amaba con todo su corazon, la habian muerto como herida por un rayo.

Felipe, insensible, cadáver viviente por espacio de algun tiempo, habia recobrado de repente la razon para defender á su amada; pero esta ráfaga de luz intelectual, al brillar en su cerebro, le habia causado la muerte, cayendo junto á Andrea, muriendo casi al mismo tiempo que ella.

Sus dos almas juntas, enlazadas, habian subido al cielo indudablemente.

Un solo gemido cortando dos existencias, un solo golpe rompiendo dos vidas.

El doctor, al verlos caer, al persuadirse de que todo habia acabado para sus pobres enfermos, sintió un agudo dolor en el corazon, y se arrodilló junto á sus cadáveres.

Allí permaneció mas de una hora derramando abundantes lágrimas y pidiendo á Dios por las almas de sus hijos adoptivos.

Luego procuró serenarse, y escribió á Lorenzo una sencilla y sentida carta noticiándole la desgracia ocurrida.

Á la caida de la tarde, un coche de alquiler se detenia delante de la casa de campo.

En el pescante, junto al cochero, venia Lorenzo.

Dentro don Fernando y Sofía.

Don Rafael les salió al encuentro, recibiéndolos en sus brazos.

Todos los ojos se llenaron de lágrimas, todos los pechos estaban conmovidos, todos los rostros pálidos de pena, de dolor.

Porque en aquellos cuatro séres que reunia la desgracia, no cabia el fingimiento.

Porque aquellas buenas almas que se agrupaban en derredor de la muerte, eran sencillas, buenas y temerosas de Dios.

—Gracias, amigos mios, les dijo el médico cuando le dejó hablar la emocion: no pueden ustedes pensarse lo que les agradezco que vengan en semejantes circunstancias.

—¡Yo quiero ver á Andrea! esclamó Sofía con el acento conmovido y vertiendo abundante llanto.

—Sí, hija mia, sí, la verá usted por la última vez, porque esta noche supongo que la pasaremos reunidos al lado de sus cuerpos, encomendando á Dios sus almas.

Y todos subieron arriba.

El doctor habia colocado á Andrea en su lecho y á Felipe en un sofá.

Pasados los primeros momentos de sobresalto, de preguntas, de lágrimas y sollozos, se pensó en disponer los cuerpos de los difuntos.

Sofía peinó y lavó á Andrea, vistiéndola con ayuda del médico con su traje mas elegante, mientras don Fernando y Lorenzo hacian lo mismo con Felipe.

—¡Oh! ¡qué hermosa está! decia la hija de don Fernando: ¡pobre Andrea! has sido bien desgraciada, pero Dios te lo tomará en cuenta.

Los cadáveres fueron colocados en el suelo sobre unas colchas de seda y unos almohadones.

Ocho cirios alumbraban la pequeña habitacion.

Las ventanas abiertas, y en la pieza inmediata reunidos Sofía, Lorenzo, don Fernando y don Rafael, pasaron la noche

encomendándolos á Dios y recordando sus bellezas morales, su desgracia.

A la mañana siguiente, don Fernando se encargó de arreglarlo todo.

Como don Rafael tenia algunos ahorros, se les compró dos nichos, el uno al lado del otro, en el cementerio inmediato.

Se discutió sobre la inscripcion que debia ponerse en las lápidas fúnebres, adoptando por último sencillamente los dos nombres.

—El terrible drama que les ha conducido al sepulcro, dijo don Rafael, escrito queda en nuestros corazones. Eso basta: á los indiferentes nada les importa. Cuando alguno de nosotros visite el Campo Santo, al leer este nombre, *Andrea*, derramaremos una lágrima y rezaremos una oracion, y cuando volvamos los ojos y veamos este otro, *Felipe*, nos compadeceremos de su infortunio, dedicándole tambien un recuerdo cariñoso.

—Dice usted bien, repuso don Fernando: y vosotros, hijos mios, que sois jóvenes, vosotros que ahora comenzais á entrar por las puertas de la vida, no olvideis nunca estos nombres: *Andrea, Felipe,* teniendo presente que la sola felicidad de la tierra consiste en la rectitud de los principios, en la tranquilidad de la conciencia, en la educacion que domina las pasiones, que mantiene á las criaturas en el lugar que les corresponde.

Lorenzo y Sofía oyeron con profunda atencion los consejos que se les dirigian, porque para ellos habia siempre algo respetuoso en las canas.

Don Rafael, que habia terminado su triste mision en Madrid, pensó en su regreso á Villarobledo.

—Lorenzo, hijo mio, repuso: no olvides nunca á tu infor-

tunado primo; termina digna y tranquilamente tu carrera, y acuérdate que tienes allá en el pueblo una familia que te ama y que nunca te olvida.

—Pues qué, ¿cuándo piensa usted marcharse? preguntó el jóven.

—Mañana: aquí nada me queda que hacer.

Don Fernando le rogó que pasara con ellos unos dias en Madrid.

—No, repuso el médico; pero voy á pedirle un favor. Esceptuando algunos objetos que no quiero deshacerme de ellos, que deseo conservar como un recuerdo porque amaba á Felipe y á Andrea como si fueran mis hijos, usted se encargará de hacer almoneda de todo esto; en cuanto al piano, espero que Sofía me hará el favor de aceptarle como un recuerdo de aquella infeliz que no existe y que algun tiempo le dió el dulce nombre de hermana.

Don Fernando, cuyo puritanismo conocemos, se resistió un poco.

Don Rafael y Lorenzo suplicaron tanto, que al fin tuvo que aceptar el piano.

—Sofía toca alguna cosa; carece de ese instrumento costoso: no se hable mas del asunto.

Al dia siguiente muy temprano, don Rafael estuvo haciendo su equipaje y empaquetando algunos objetos, entre los que se hallaba un retrato de Andrea en miniatura.

A las diez se presentó don Fernando con un prendero que lo compró todo.

El honrado médico dió una gratificacion á la criada y otra al jardinero.

Aquella misma tarde, despues de depositar una cantidad en manos del cura párroco de... para que distribuyera limosnas y dijera misas por las almas de Felipe y Andrea, se dijo:

—Pronto abandonaré esta ciudad tal vez para siempre. Es preciso quedar como corresponde á un médico que no se rige en este mundo mas que por el deber.

CAPITULO II.

DONDE NARCISO CONOCE QUE HAY PROVIDENCIA.

Don Rafael, antes de ausentarse de Madrid, creyó puesto en el órden hacer una visita á Narciso de Rioalto, de quien no conocia el fondo, pero á quien apreciaba por los beneficios que habia hecho al padre de Andrea.

Llegó pues á casa del jóven millonario á la caida de la tarde, y preguntó por él.

El criado, que le recibió con rostro compungido y ahogados sollozos, le dijo:

—¡Ah, caballero! el señorito don Narciso no puede recibir á nadie: se halla gravemente herido.

—¡Herido! repitió don Rafael con asombro.

—Sí.

—¿Pues y eso?

—Cosas de la juventud... calaveradas. Se ha batido esta mañana.

—¿Un desafío?

El criado agitó la cabeza.

—En ese caso, por si pudiera serle útil, le participo á usted que soy médico, y tendria un placer en enterarme de la gravedad de la herida, pues aprecio en lo que vale al señor de Rioalto.

—¡Ah! ¿es usted médico? pues entonces la cosa cambia de carácter. Está prohibida la entrada á todo el mundo, ménos á los médicos y al anciano sacerdote que mandó llamar el señorito.

—¿Tan grave se encuentra?

—Dicen que no hay remedio para él. Pero tenga usted la bondad de esperar un momento; voy á ver...

Don Rafael se quedó solo, triste y reflexivo, lamentando el poco aprecio que hacia de la vida la juventud madrileña.

De pronto oyó pasos que se acercaban, y al volver la cabeza encontróse frente á frente con el padre Miguel.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas, padre Miguel. ¿Qué ocurre en esta casa?

—Una gran desgracia. Don Narciso de Rioalto está herido de muerte.

—Sí, eso me acaba de decir el criado, pues yo venia á despedirme. Pero ¿con quién se ha batido?

—Con el vizconde de Villafort.

—¡Siempre ese hombre!

—Sí, es un hombre fatal: no hace mucho he oido contar á uno de los médicos una cosa horrible de ese mismo sugeto.

Y el padre Miguel refirió el desafío de Arturo con el marqués de Fontan.

Don Rafael, indignado al oir la conducta de Arturo, no pudo contenerse, y dijo:

—A hombres así debia asesinárseles por la espalda, porque se hacia un bien á la sociedad.

El sacerdote nada dijo, aunque reprobó con un gesto las palabras del médico.

—Pero no le quepa á usted duda, padre Miguel: el vizconde de Villafort encontrará tarde ó temprano su merecido. Dios no puede dejar sin castigo el daño que ese infame ha hecho en la tierra.

El médico y el sacerdote permanecieron un cuarto de hora juntos, separándose por fin con estas palabras:

—Padre Miguel, es probable que no nos volvamos á ver mas. Usted partirá cuando termine sus asuntos adonde le esperan sus feligreses; yo parto mañana, pues ya he terminado los mios, adonde me aguardan mis enfermos; pero en todos tiempos, ya lo sabe usted, en Villarobledo tiene usted un amigo.

El padre Miguel correspondió al ofrecimiento del médico, y se separaron.

El sacerdote fué á colocarse junto al lecho de Narciso. Don Rafael salió á la calle, y se dijo:

—Matando al vizconde de Villafort se hace un bien á la humanidad... probemos.

Y despues de esta reflexion, siguió la calle adelante.

. . . . . .

Cuando Narciso de Rioalto fué conducido desmayado á su casa por el médico y los testigos del lance, permaneció como una hora sin recobrar el conocimiento.

La primera palabra al volver á la vida fué preguntar al médico si la herida era de gravedad.

—No me oculte usted nada, dijo apenas pudo hablar: tengo el pecho pasado de parte á parte... necesito saber pues si moriré... porque en ese caso, antes de lanzar el último suspiro quiero hacer una obra buena en pago de las muchas malas que he hecho.

Narciso hablaba con mucha fatiga, pero sereno, como el que no se sobresalta ante la muerte.

—Entre hombres, amigo mio, debe decirse la verdad, contestó el médico: está usted bastante grave; no es esto que yo lo crèa perdido todo.

—Está bien, repuso Narciso.

Y volviendo la cabeza al mayordomo, que le contemplaba aturdido, continuó:

—Que venga inmediatamente el sacerdote que sabes.

Una hora despues, el padre Miguel se hallaba sentado á la cabecera del herido.

—Señor cura, ya lo ve usted... acabo de cometer la última calaverada... y me muero... es preciso pues aprovechar los momentos. Hace algunos dias vino usted á reclamar mi proteccion para una hija natural de aquel cuyo apellido llevo... yo oí á usted entonces con indiferencia... hoy es otra cosa... me muero... y...

Narciso se detuvo: la tos le molestaba bastante, y algunos esputos de sangre brotaban de su boca.

—¿Se siente usted fatigado? preguntó el cura.

Narciso indicó que sí con la cabeza.

—Supongo que traerá usted las pruebas... las cartas...

—Sí.

—Yo me canso mucho... lea usted... aclaremos esa cuestion, y luego haremos lo que se deba.

Desde este momento Narciso guardó silencio.

El padre Miguel colocó una bujía encendida en la mesa de noche, sacó la vieja cartera, y colocando en órden los papeles que acreditaban el nacimiento de Laura Burgos, comenzó á leer una por una las cartas de don Agustin Rioalto á su querida, leyendo asímismo una larga aclaracion de Vicenta la nodriza.

De la correspondencia y algunas notas, escritas indudablemente por mano de mujer, que se hallaban en varias cartas, se deducia sin ningun género de duda que Agustin de Rioalto habia tenido relaciones amorosas con una jóven tan modesta como confiada.

De estos amores resultó una hija. Pero don Agustin, ó cansado de ser consecuente, ó encontrando un partido mas ventajoso, se habia casado con una mujer que le llevó un dote de veinte mil duros.

Desde este momento comenzaron las amarguras de la infeliz madre de Laura, hermana de Narciso.

Llena de dignidad rechazó la limosna con que don Agustin queria pagar el daño que habia hecho, llegando por último á olvidarla de su memoria.

Vicenta, nodriza de Laura y mujer de una conducta bastante dudosa, vendida á don Agustin, guardó el secreto.

Los años trascurrieron. Laura fué mujer. Su madre le ocultó el nombre de su seductor, porque tan digna como desgraciada habia procurado borrarle de su memoria.

Un hombre pobre, pero honrado, pretendió la mano de Laura. Se llamaba Julio, y era profesor de violin.

Se casaron y tuvieron un hijo que llevaba el nombre de su padre.

El lector lo conoció por la vez primera en las páginas de este libro en una noche fatal.

A manera que el cura iba desenvolviendo la historia de los amores de don Agustin, los ojos de Narciso se reanimaban.

Cuando la terminó, cogiendo una de las manos del sacerdote, dijo:

—Es indudable, padre mio, que Dios ha conducido á usted á esta casa.

Y estendiendo el brazo en direccion á un *secreter*, continuó:

—Abra usted aquel mueble: en el último cajon de la derecha hay un pliego cerrado.

Y dejando caer la cabeza sobre la almohada, murmuró en voz baja:

—Hay Providencia.

El padre Miguel volvió á la alcoba con el pliego indicado.

—Es mi testamento, dijo Rioalto: puede usted leerle.

El sacerdote rompió los sellos y leyó para sí un testamento en toda regla, por el cual se nombraba heredero de todos los bienes de Narciso de Rioalto á un niño de trece años llamado Julio que se hallaba estudiando en el Conservatorio de Milan, rogando á don Leandro admitiera el cargo de tutor y curador del heredero hasta la mayor edad.

—Pero ¿y mis pobres recomendados? preguntó el cura.

—Padre, ese Julio á quien dejo todo cuanto poseo, es mi sobrino, es el hijo de la pobre Laura.

—¡Dios mio!

—Sí, hay Providencia.

—Pero ¿y Laura?

—Laura ha muerto.

Aquí volvió á desmayarse Narciso, y el cura fué á avisar á uno de los médicos que se hallaban en la habitacion inmediata.

CAPITULO III.

DONDE UNO SALE DEL MUNDO Y DOS DE MADRID.

Cuando el reloj marcó las tres de la madrugada, Narciso pareció reanimarse, y dijo al padre Miguel, que no se separaba de la cabecera:

—Sé que es inútil tener esperanza alguna; mi muerte es segura y no lejana, pero muero con la seguridad de que usted hará que se cumpla mi testamento. Julio se halla en Milan... puede usted escribirle participándole mi última voluntad... que se deje los estudios... es rico, inmensamente rico... para nada los necesita... Esta casa, que será suya, le espera... Ahora, padre mio, puesto que la pobre Felicidad, segun usted me dijo, se halla en una habitacion inmediata, hágame usted el favor de decirle que éntre... la he ofendido mucho... y deseo que me perdone.

El padre Miguel, que desde el momento en que vió tan per-

fectamente cumplida su comision no podia esplicarse lo que esperimentaba, salió, volviendo á entrar á los pocos instantes con Felicidad.

El humilde sacerdote tenia esa prudencia que se adquiere con los años; dejó pues á la jóven sentada junto á la cabecera, y se puso á dar paseos por la habitacion.

Narciso cogió las manos de la que fué su querida, y le dijo:

—Te he hecho mucho daño... lo conozco... pero ya lo ves... todo va á terminar muy en breve.

Felicidad lloraba en silencio, con la frente inclinada sobre el pecho.

—Ni llores ni te aflijas, repuso Narciso: lo que me sucede es justo... Dios puede que tenga en cuenta mis últimas acciones en este mundo... Escucha: el padre Miguel me ha contado tu resolucion. Haces bien: tu vida será mas tranquila en la aldea que en la córte; pero el honrado sacerdote que va á servirte de padre desde mañana, es pobre, y la miseria no siempre se soporta con resignacion; sobre todo aquellas naturalezas que no se hallan acostumbradas á ella. Así pues he resuelto que admitas...

—No prosigas, esclamó Felicidad sin dejarle terminar: la pobreza es una penitencia que me impongo. No puedo aceptar nada.

—Pero considera que ese pobre anciano apenas tiene lo necesario para su manutencion, y que vas á serle una carga gravosa.

—Todo lo he previsto: el padre Miguel sabe que solo llevo un corazon arrepentido y algunos miles de reales que le re-

caudado de la venta de mis muebles y los trajes que eran inútiles en la aldea.

—Pues bien, á ese pequeño caudal añade el que yo te dejo para que podais al menos ser mas caritativos con los pobres.

Y Narciso, levantando la voz, continuó:

—Padre Miguel, venga usted á ayudarme á persuadir á esta infeliz.

El cura se acercó á la cama.

Narciso, que iba debilitándose por momentos, no pudo estenderse mucho en consideraciones para convencer al sacerdote, que como Felicidad rechazó el ofrecimiento, diciendo por último:

—Nada necesito para mí: con el modesto sueldo que percibo he vivido muchos años, mas que los que pueden quedarme de vida; pero si ella lo acepta no me opondré, porque eso seria un recurso para mañana que yo deje de existir, lo cual, siguiendo el órden de las edades debe ser antes que Felicidad, es decir, que yo debo morir primero.

Por fin Felicidad accedió á recibir la cantidad de siete mil duros que se hallaba consignada en el testamento, entre los varios legados.

A las cinco de la mañana Narciso perdió de tal modo las fuerzas, que ya no pudo hablar.

Sus ojos iban empañándose por instantes.

Los médicos rodearon la cama.

—Se muere, dijo uno de ellos.

—Tal creo, contestó el otro.

El padre Miguel y Felicidad rezaban en voz baja á un estremo de la sala.

caudado de la venta de mis muebles y los trajes que eran inútiles en la aldea.

—Pues bien, á ese pequeño caudal añade el que yo te deje para que pagues al menos sus mas caritativos con los pobres.

Y Narciso, [illegible] la voz, continuó:

—Padre Miguel, [illegible] y [illegible] esta [illegible].

El [illegible]

Narciso, que [illegible] por momentos, no pudo [illegible] mucho [illegible] para [illegible] al [illegible], que [illegible] el [illegible] último.

—[illegible] al modesto [illegible] que [illegible] que los que [illegible] de [illegible] [illegible] que yo dejo de existir, lo [illegible] [illegible] que [illegible]

Por [illegible] la [illegible] de [illegible] [illegible] entre los [illegible] legados.

A las [illegible] [illegible] tal modo [illegible] que [illegible] [illegible]

Sus [illegible] [illegible] [illegible]

Los [illegible] la [illegible]

—Sí [illegible], dijo [illegible] ellos.

—Tal [illegible], contestó el otro.

El padre Miguel y Felicidad [illegible] su voz baja á un extremo de la sala.

LA PERDICION DE LA MUJER.

....bajaba la escalera.

La agonía de Rioalto fué silenciosa. Solo se escuchaba una especie de silbido bronco que producia la fatigosa respiracion del herido.

De vez en cuando Felicidad y el padre Miguel se acercaban á la cama, limpiando con caritativa mano los esputos de sangre que asomaban á la boca de Narciso, ó enjugando el frio y copioso sudor que inundaba su frente.

Cuando el primer rayo de sol entró en la habitacion, Felicidad apagó una bujía que se hallaba sobre la mesa de la sala.

En este momento un médico dijo desde la alcoba:

—¡Ha muerto! que Dios le perdone.

Felicidad cayó de rodillas.

El sacerdote corrió á la cama y bendijo el cadáver, cerrándole los ojos, que se le habian quedado abiertos.

. . . . . .

. . . . . .

La tarde del mismo dia, Felicidad, vestida con un modesto traje de percal y un saco de noche en la mano, bajaba la escalera de su casa.

Cuando llegó á la portería se detuvo.

—Tenga usted la bondad, dijo al portero, de entregar las llaves al casero.

—¿Conque decididamente nos abandona usted?

—Sí, me marcho esta noche.

—¿Para mucho tiempo?

—Tal vez para siempre.

Felicidad, diciendo esto, se puso una mantilla de tafetan con un pequeño velo que llevaba doblada debajo del brazo.

—¿Pero va usted á ir cargada con ese saco de noche? le preguntó el portero.

—Pesa poco. Ademas, no está lejos la casa donde voy á reunirme con el padre Miguel.

Y Felicidad, sacando una moneda de veinte reales de un pequeño bolsillo, continuó:

—Esto para que tome usted café á mi salud.

Y puso el duro en la mano del portero, que lo recibió enviando á la jóven una sonrisa seráfica, una de esas sonrisas que bien pueden llamarse de la fuerza de veinte reales.

El padre Miguel esperaba á Felicidad en casa de Narciso de Rioalto, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Allí escribieron una estensa carta á don Leandro, noticiándole la inmensa fortuna de Julio, y advirtiéndole que el escribano de número de su majestad don Calisto Nit tenia el testamento y demás papeles; pero que si creia que podia serle útil su persona, que le encontraria en el pueblo de B..., situado en las mismas faldas del Moncayo.

Cuando todo estuvo terminado, el padre Miguel habló de este modo:

—Hija mia, aún estás á tiempo, aún puedes retroceder.

—Estoy resuelta á seguir á usted.

—Piénsalo bien: el cambio es grande.

—Nada tengo que pensar.

—Sea pues como quieras.

—Partiremos esta noche.

—Partiremos cuando usted disponga.

Y así sucedió, pues la diligencia que salia aquella noche para Soria se llevó al padre Miguel y á la hermosa jóven que

despues de una vida de lujo y disipacion se retiraba á una aldea contenta y resignada.

El cambio, como habia dicho el padre Miguel, era grande; pero en el alma de la jóven se hallaba firmemente consolidada la resignacion.

Dejaba el lujo, los placeres, por la paz del espíritu, por la tranquilidad de la aldea.

CAPITULO IV.

DONDE SE ENMIENDA EL VIZCONDE DE VILLAFORT.

Arturo, si bien ante los padrinos del difunto marqués de Fontan se habia mostrado altivo y soberbio manteniendo su infame conducta, tan pronto como llegó á casa del difunto baron de Soany, ó bien por la fatiga del cuerpo ó por la del espíritu, se dejó caer en una butaca, permaneciendo por espacio de una hora inmóvil como una estátua de piedra.

Oscureció, y Daniel, que amaba á su amo, entró con un quinqué buscando una escusa para arrancarle de aquella abstraccion.

—El señor vizconde debe hallarse fatigado, le dijo: debia descansar.

Arturo levantó la cabeza.

—Soy fuerte, Daniel, ya lo sabes: no es el cansancio del cuerpo el que me abruma; es otra cosa que no he sentido nunca.

—Hoy ha sido un dia de prueba.

—Sí, tienes razon; un dia que tardará mucho tiempo en borrarse de mi memoria.

—Pero por fin el señorito, como siempre, ha salido vencedor.

—¿Quién sabe si hubiera sido mas conveniente quedar vencido?

—Eso de ningun modo.

—Daniel, he cometido una mala accion; lo conozco aunque tarde. Cuando apoyé el cañon de mi pistola en la frente del marqués, el deseo de matarle se apoderó de mí, me cegó y disparé. Mi conducta fué reprobada por todos cuantos la presenciaron, pero rebelándose dentro de mi sér el orgullo, la soberbia, no tuve siquiera el valor de reconocer mi falta.

Arturo, como si se sintiera abrumado bajo el peso de los remordimientos, inclinó la frente y guardó silencio.

—Usted, señor vizconde, esponia tambien su existencia, dijo Daniel.

—Tienes razon: ya no tiene remedio; y puesto que necesito distraerme, vamos á terminar el asunto de Jacobo. Luego emprenderemos un viaje, una espedicion de caza, cualquier cosa que me aleje de Madrid por algunos meses, porque esta atmósfera me ahoga, me envenena.

Arturo y Daniel se encaminaron á la habitacion en donde se hallaba atado de piés y manos Jacobo el ginebrino.

Al verles, los ojos del fingido médico brillaron de un modo terrible.

—Desátale esa mordaza, dijo el vizconde á Daniel dejándose caer en un sofá.

—¡Cobarde! murmuró Jacobo con nervioso y amenazador acento.

—Ahorra los insultos si no quieres que te arranque la lengua, miserable envenenador, reptil inmundo.

—¡Oh! tú, el noble, el valiente vizconde de Villafort, no te atreverias á decirme eso si me hallara libre con una espada en la mano.

Arturo soltó una carcajada.

Despues dijo:

—Si yo desatara las ligaduras que te sujetan, si pusiera un arma en tu mano, tengo la seguridad que caerias á mis piés, pidiendo perdon por los insultos que acabas de dirigirme; pero me importan poco tus apreciaciones: los hombres como tú solo inspiran desprecio... no llegará el mio hasta el punto de olvidar tus crímenes. El marqués de Fontan no existe: has perdido por consiguiente un buen protector.

—¿Ha muerto? preguntó el ginebrino.

—Sí.

—¿A tus manos?

—Ese era su destino.

Jacobo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquella noticia difundió el desaliento en su corazon.

—¿Y qué se propone usted hacer de mí? preguntó con miedo.

—Sencillamente, dejarte inútil para el mal.

Jacobo palideció hasta el punto de ponerse lívido.

Aquellas palabras, y la fria sonrisa dibujada en los labios de Arturo, le anunciaban algo terrible.

—Pero yo no puedo comprender... tartamudeó.

—No tardará mucho en que sepas por esperiencia propia de lo que es capaz el vizconde de Villafort.

Arturo hizo una seña á Daniel; este se estremeció, saliendo de la habitacion sin desplegar los labios.

Arturo sacó la petaca, y encendiendo un cigarro se puso á tararear un aire del *Roberto*.

Jacobo temblaba, sin atreverse á dirigirle la palabra.

Creia al vizconde bastante perverso para juzgarle capaz de la accion mas infame.

Trascurrió un cuarto de hora.

Por fin se abrió la puerta, y Jacobo lanzó un grito de espanto.

Daniel entró en la habitacion conduciendo un pequeño brasero de hierro, cuyos carbones encendidos espantaron á Jacobo.

—Daniel, ponle la mordaza: no quiero que me aturda la cabeza con sus gritos.

Daniel obedeció, aunque con algun trabajo, pues el ginebrino hizo una resistencia terrible.

Entonces Arturo acercóse á la cama en donde se hallaba tendido Jacobo, y sacando un pomito del bolsillo lo destapó con precaucion, aplicándole luego á las narices del ginebrino.

Este dejó caer casi instantáneamente la cabeza como si un sopor de muerte, difundiéndose por sus venas, le adormeciera.

—Terminemos, dijo Arturo.

Entonces pasó allí una cosa horrible, y un humo de olor desagradable se estendió por los ámbitos de la habitacion.

De vez en cuando se oia ese agrio chirrido que produce la carne al chamuscarse.

Arturo, con mano segura, habia aplicado un hierro hecho ascua sobre la frente de Jacobo.

Aquella marca de fuego causó una fuerte convulsion al cuerpo del ginebrino.

—Ahora, dijo Arturo, dame el pomito del *agua régia* y ábrele bien los párpados. Las víboras son ciegas: Dios lo ha querido así para que podamos preservarnos un tanto de sus mortales picaduras.

Daniel, pálido, conmovido, obedeció sin vacilar, sin decir ni una palabra.

Arturo dejó caer dos gotas de un líquido que contenia el frasco que le dió Daniel en cada uno de los ojos de Jacobo.

—Despues de esto, una noche eterna se estenderá delante de este miserable, murmuró el vizconde.

. . . . . .

. . . . . .

Algunas horas despues, Jacobo fué poco á poco recobrando el sentido.

Al principio no pudo darse razon de nada; sentia gran desvanecimiento en la cabeza y un calor insoportable en los ojos.

Intentó llevarse la mano á la frente, y no pudo.

—Me han dejado á oscuras, y estoy atado de un modo que me es imposible soltar mis ligaduras, murmuró en voz baja.

—No estamos á oscuras, dijo una voz que no era otra que la de Daniel. Estás ciego.

Jacobo, como si con aquellas palabras lo hubiera comprendido, exhaló un grito de rabia.

—¡Ciego! ¡ciego! repitió.

—Sí, pero no es eso solo; tu frente se halla marcada con

la primera letra de los asesinos. Nadie, si se esceptúa la muerte, podrá librarte de ese sello de ignominia.

—¡Infames! ¡infames! ¡infames! repitió revolcándose por el lecho con desesperacion Jacobo el ginebrino.

Daniel, centinela de vista del fingido médico, continuó fumando tendido en una butaca, sin hacer caso de los gemidos y maldiciones de aquel infeliz.

El vizconde le habia dicho:

—No te muevas de aquí: voy á disponerlo todo para el viaje.

Daniel esperaba.

CAPITULO IV.

UN ESPADACHIN QUE TIEMBLA ANTE UNA GOTA DE VENENO.

Téngase entendido que la escena que hemos narrado en el capítulo anterior, tuvo lugar en la calle del Baño, en casa del difunto baron de Soany.

Cuando el vizconde de Villafort regresó á su casa despues de un dia de tan fuertes y variadas sensaciones, un criado le dijo:

—Hace tres horas que espera un caballero en el despacho: dice que tiene que hablar con el señor vizconde de cosas de la mayor importancia.

Arturo entró en su despacho, y no pudo menos de conmoverse al encontrar al médico don Rafael.

—¿Usted aquí? preguntó.

—Veo que el señor vizconde se admira de encontrarme en su casa. Lo mismo precisamente me sucedió á mí cuando encontré á usted en la mia.

—¿A qué viene usted aquí? preguntó Arturo con imperio.

—A dar á usted una mala noticia que ha de conmover indudablemente su sensible corazon.

—Ese tono sarcástico es algo inconveniente.

—Está visto que el señor vizconde se halla siempre dispuesto á tirar de la espada. En verdad que me va admirando tanto valor, á mí pobre médico de pueblo, que á pesar de mis cincuenta años aún no sé si soy cobarde ó valiente.

—Acabemos: ¿qué es lo que usted quiere?

—Dos cosas: la primera, decirle que Andrea y Felipe ya no existen. Usted les dió el golpe de gracia, usted vino á destruir mi obra; puede usted por consiguiente envanecerse de tener en su vida una infamia mas.

—¡Caballero! esclamó el vizconde levantando la voz.

—Advierto á usted que es de mal tono dar gritos: los hombres deben hablar en voz baja.

—¿Qué quiere este hombre? dijo Arturo con marcada admiracion.

—Proponerle á usted un desafío á muerte.

Arturo retrocedió.

—¿Tiene usted miedo? ¡Es estraño! yo le creia á usted el don Juan Tenorio moderno.

—¿Ha venido usted á burlarse de mí?

—No admite la burla mi carácter: solo los infames escarnecen el dolor y se burlan de sus prójimos.

—¡Basta!

Don Rafael introdujo con calma el índice y el pulgar de su mano derecha en el bolsillo del chaleco, sacando una pequeña caja de carton que puso en la palma de la mano izquierda.

—Esta cajita, dijo abriéndola, contiene dos píldoras: una de ellas encierra la suficiente cantidad de veneno para que el hombre que la tome muera en el acto, ó cuando mas tarde á los cinco minutos; la otra es una simple composicion de harina, tan inocente como puede serlo una miga de pan. Yo no soy espadachin ni provoco á los hombres confiado en las ventajas de mi destreza, como acostumbra el señor vizconde de Villafort; para mí, lo mismo merece el presidio el jugador de ventaja que gana con cartas dobles, que el que valiéndose de su habilidad en la esgrima desafia á los que no saben sostener un arma. Los dos son igualmente villanos.

—Pero ¿á qué viene esa disertacion enojosa? repuso Arturo disimulando mal su inquietud.

—Podia usted haberlo comprendido. Elija usted una de estas dos píldoras, y acabemos.

—¡Ah! ¿es un desafío lo que usted viene á proponerme?

—Sí, á muerte: una voz secreta me dice que voy á ser el vengador de todas esas víctimas infelices que formaron la terrible reputacion de usted.

—Yo no puedo aceptar ese desafío.

—¿Que no puede usted aceptarlo?

—No.

—¿Por qué, señor vizconde?

—Porque es un asesinato.

—¡Ah! ¿tiene usted escrúpulos de conciencia? ¡Es estraño! no lo hubiera creido nunca.

Don Rafael, con una calma estóica, sacó de la cajita las dos píldoras y las puso sobre un trozo de papel blanco, alargando despues la mano.

—Elija usted, señor vizconde.

—¡Imposible! ¡imposible! repitió Arturo apartando la vista como si le repugnaran los pequeños glóbulos que le ofrecia el médico.

—Elija usted, volvió á decir el médico.

Arturo comenzaba á aturdirse.

—Ya he dicho que no puedo admitir ese desafío.

—No le creia á usted tan cobarde.

Arturo se conmovió como si le hubieran escupido en el rostro.

—Hé aquí el valor de estos perdonavidas: farsa y solo farsa. Cuando ven una probabilidad de peligro, retroceden; cuando todas las ventajas se hallan en su favor, avanzan y admiten el duelo. ¡Oh! ¿y no habrá un presidio para estos infames que juegan con la honra de las mujeres y con la vida de los hombres? ¿y han de quedar impunes todas sus villanías? Acabemos: elija usted, si no quiere que mañana sepa Madrid entero que el vizconde de Villafort es un cobarde.

El honrado médico, el pacífico don Rafael, habia subyugado por completo al calavera, al impetuoso vizconde de Villafort.

En la vida real suceden estos fenómenos.

Un niño, uno de esos jóvenes que acaban de salir de la adolescencia, se pone frente á frente de un hombre avezado á los peligros, que tiene probado su valor en mas de una ocasion.

En la mirada del niño brilla algo terrible en donde cree ver la muerte el que tantas veces la ha despreciado con indiferencia.

Entonces una voz secreta le dice:—Ese niño te matará si te bates con él,—y el valiente, sin podérselo esplicar él mis-

mo, siente el enervador miedo penetrar en su corazon por la vez primera, y no se bate, y queda como un cobarde, y huye si es preciso.

Podríamos citar ejemplos, si esta clase de pruebas no ofendiera por lo menos á una de las partes interesadas.

Don Rafael, diremos empleando el lenguaje familiar, *acobardó* al vizconde de Villafort, tuvo miedo á aquel hombre de cabellos canos que con tanta serenidad le proponia un duelo á muerte por agravios ajenos.

El médico de Villarobledo contemplaba con serena espresion á su antagonista, mientras que apenas se atrevia á mirarle; tal era la fascinacion que sobre él ejercia.

—Reasumiendo, dijo don Rafael: el vizconde de Villafort tiene miedo de aceptar un duelo igual; es decir, solo sabe jugar con ventaja; hablando mas claro, es un cobarde.

Arturo avanzó dos pasos; pero como si le faltaran las fuerzas, se apoyó en el respaldo de una butaca.

El médico permanecia sentado.

—Mañana sabrá el vecindario de Madrid hasta dónde llega el valor de usted.

—¿Qué es lo que usted intenta? dijo por fin Arturo con voz sorda é insegura.

—Sencillamente, que admita usted el desafío, del que espero salir victorioso.

—¿Y si no acepto?

—Le creo á usted capaz de eso.

—¿Duda usted de mi valor?

—Dudo de que usted posea ninguna cualidad digna.

Arturo se llevó una mano á la frente.

—Váyase usted, váyase usted de esta casa; no me obligue á cometer una infamia.

—Eso no seria nuevo en el vizconde de Villafort.

Por la mente de Arturo debió pasar en aquel instante algo terrible.

Su rostro, de lívido se tornó rojo, y sacando del bolsillo de su gaban el mismo rewolver con que poco antes amenazó á Jacobo el ginebrino, dijo:

—Voy á probar á usted que se engaña.

—¿Va usted á asesinarme? eso es lógico.

Y don Rafael soltó una carcajada, repitiendo:

—Pero no lo hará usted. Para eso se necesita valor, y usted en este instante tiene el miedo encarnado en el corazon.

Arturo estaba vencido.

El rewolver se le cayó de las manos, y corriendo hácia el llamador de la campanilla, pidió auxilio á sus criados.

—¡Llevaos á ese hombre! dijo: ¡lleváoslo! ¡arrojadle á la calle!

Don Rafael se puso en pié, y dirigiendo una mirada de desprecio en derredor suyo, se acercó al vizconde y le dijo en voz baja:

—En la calle del Olmo, en la misma buhardilla que habitaba Felipe, asesinado por usted, espero mañana hasta las cuatro de la tarde. Si despues de esa hora el vizconde de Villafort no acepta el desafío que le he propuesto, España entera sabrá por la prensa que es usted un cobarde.

Y diciendo esto, cogió la cajita, la guardó con calma en el bolsillo del chaleco, saliendo con paso tranquilo de la habitacion.

Los criados, abriéndole paso, se quedaron mirando á su amo.

—¡Dejadme solo! esclamó el vizconde.

Y cayendo en un sofá, se llevó las manos á la cara, exhalando al mismo tiempo un rugido terrible, ahogado, profundo como la impotencia.

Arturo lloró por la vez primera.

Aquellas lágrimas, hijas del miedo, de la vergüenza de sí mismo, eran tan infames como su corazon, tan perversas como su alma.

CAPITULO VI.

LOS ELEGIDOS.

En Madrid como en todas las grandes capitales, y en los pueblos como en las aldeas, existe una familia feliz compuesta de individuos á quienes bien se les puede dar el nombre de *elegidos*.

Nacieron ricos, vivieron desocupados, y llegaron al último término de la vida sin haber contribuido en un *adarme* al progreso de la patria, al fomento de las artes, á los adelantos de la agricultura.

La vida para esta gente es un bostezo interminable. Todo se lo encuentran hecho; solo tienen el trabajo de estender el brazo para coger lo que desean, y abrir la boca para comer lo que apetecen.

Ni conocen lo que cuesta un duro, ni saben lo que vale.

Un trabajador sin jornal, en cuyo pálido semblante comienza á imprimir el hambre sus huellas, en cuyo roto traje se des-

cubre la miseria, no es otra cosa que un *gandul* del que apartan los ojos con repugnancia.

Sin conocer las necesidades de la vida, no saben apreciar las penas de la humanidad.

Gozar: hé ahí el gran problema que resuelven durante su existencia.

Vamos pues á encontrarnos en el *restaurant* de *El Ramillete de Oro* con algunos de los individuos que acabamos de bosquejar ligeramente, aunque en verdad bien merecian una obra entera y esclusivamente dedicada á *describir sus bellezas y los efectos que producen.*

Tratándose de una fonda ó casa de comida suculenta, es indudable que la primera figura que debemos encontrar es la del conde Polviany, pues de otro modo seria falsear el tipo al final.

Amadeo, haciendo algo útil al prójimo, estaria fuera de su centro, pero delante de una mesa cubierta de manjares, ya es otra cosa.

Dos caballeretes mas acompañaban al aristócrata sibarita; jóvenes tan desocupados y tan ufanos de sí mismos como el pavo real.

—Debemos creer que la precipitada marcha del vizconde de Villafort tiene todo el carácter de una fuga, dijo Serafin, pues este era el nombre de uno de los elegidos.

El otro se llamaba Cándido.

—Arturo tuvo en un solo dia dos lances desagradables; ha hecho bien en marcharse: vosotros mismos le hubiérais afeado su permanencia en Madrid, repuso Amadeo.

—Confiesa, querido Amadeo, que Arturo hizo mal en dis-

parar á quemaropa sobre el pecho del marqués de Fontan, objetó Cándido.

Amadeo se encogió de hombros y siguió engullendo.

—Y tan mal, repitió Serafin: la buena sociedad de Madrid ha oido con repugnancia la relacion de ese desafío.

—Arturo se halla desacreditado.

—He oido decir que algunas casas de la aristocracia piensan cerrarle sus puertas.

—Pero tú no haces mas que comer y callar.

—Comer es una de las ocupaciones mas graves, mas trascendentales y mas gratas de la vida. En España se come de prisa y de cualquier modo. ¡Pobres españoles!

—¿Y qué opinas tú de Arturo, gloton de los diablos?

—Que hará bien en permanecer un par de años en el estranjero; durante este tiempo nuevos acontecimientos vendrán á borrar los que á él le incumben, y entonces podrá regresar sin que nadie se acuerde de nada.

—Estás en un error, repuso Serafin: la *cosa* ha sido muy *gorda*.

—¡Bah! otras mas gordas se olvidan: el mundo deja lo viejo por lo nuevo, no os quepa duda; pero ¿quereis hacerme un favor? No hablemos mas de ese asunto en el que he tomado una parte bastante activa, sobre todo en estos momentos que comienzo á sentir los horrores de la digestion.

—Lo que es hoy has comido como tres.

—Di mas bien como seis.

—Esa ventaja tengo sobre vosotros.

—Sí, pero tambien puede asegurarse de qué enfermedad morirás.

—¿De una indigestion? eso haria poco honor á mi estómago.

—Pues tenlo por seguro.

En este momento entró monsieur Fabricius Rodomont en el *restaurant*.

El maestro de armas conocia á todos los jóvenes de Madrid, contando entre ellos muchos discípulos.

Era hombre á quien se buscaba en los casos estremos; tal era la confianza que inspiraba su destreza.

Se acercó á la mesa saludando, y Serafin le invitó á que se sentara.

—Querido maestro, si no tiene usted compromiso que lo impida, puede ocupar una silla en nuestra mesa.

Monsieur Fabricius habia ganado un ciento por ciento desde el dia que le conocimos por la vez primera.

Su gaban nuevo, su sombrero idem y una gruesa cadena de *doublé* que cruzaba su pecho, decian bien á las claras que la liberalidad de Arturo le habia venido como pedrada en ojo de boticario.

—¿No saben ustedes lo que ocurre? dijo Rodomont sentándose y sirviéndose de lo que habia en la mesa con la mayor confianza.

—No, respondieron á un tiempo Serafin y Cándido.

—Pues es bastante grave, sobre todo para el vizconde de Villafort, si bien yo no me decido á creerlo aunque esté en letras de molde. Lo he leido en un periódico de esta tarde.

—¿Qué ocurre?

—Parece ser que el vizconde huye de Madrid porque tiene miedo á un pobre médico de pueblo.

Serafin y Cándido soltaron una carcajada.

Amadeo, colorado como una guinda, solo dirigió una mirada sin brillo al maestro; mirada soñolienta, apagada, sin vida, clara manifestacion del estado de su estómago.

—No hay que reirse, señores, repuso Rodomont: el asunto es grave, y si el vizconde se aprecia en algo, no le queda otro remedio que matar ó morir.

—¿Pero podremos saber...

—Voy á decirlo. Parece ser que un médico de pueblo ha propuesto al vizconde un desafío, el cual consiste en una píldora envenenada y otra que no lo está. La cuestion en este lance era que uno de los dos debia morir en el acto. Arturo ha rechazado ese modo de batirse, digno de un médico.

—Ha hecho bien.

—¡Ya lo creo!

—Yo tampoco hubiera aceptado.

—Mas es el caso que el médico ha contado la historia en los periódicos, y el vizconde de Villafort pasará á los ojos de la sociedad por un cobarde, por un hombre que solo se bate cuando tiene probabilidades de vencer á sus enemigos, confiando en las ventajas que le proporciona el arma que elige para batirse.

—Eso no es cierto, objetó Amadeo.

—Amigo mio, en el mundo se juzga á la ligera; y lo que deducirán de esto será que ha tenido miedo al médico.

—Si Arturo supiera que se juega así con su nombre...

—Lo sabe, segun asegura el comunicante.

—Entonces es raro.

—¿Habrá tenido miedo?

—No es de suponer eso.

—¿Quién sabe?

—Yo, señores, creeré que Arturo, lejos de Madrid, ignora todo eso, dijo Serafin.

—¿Qué opinas tú? preguntó Cándido.

—Chico, en este momento no tengo ideas. Mañana daré mi voto sobre el particular.

—Querido conde, tienes el color de la remolacha.

—Estás amagado de una congestion cerebral.

—Yo te daria un consejo: que te sangraras.

—Dejadme con mil diablos: ¿no veis que me domina el sueño?

—Monsieur Fabricius, ya lo ve usted: no tiene ni una sola idea; su cuerpo es una caldera deseémosle que reviente; su muerte será gloriosa.

Aquí llegaba la conversacion cuando se presentó en la sala un hombre vestido con un gaban de color de café, un sombrero de copa de anchas alas y un grueso baston de caña de Indias en la mano.

El hombre dirigió una mirada á la mesa donde se hallaban los jóvenes, y reconociendo sin duda á alguno de ellos, se acercó, descubriéndose con el mayor respeto.

CAPITULO VII.

UNA MALA DIGESTION.

El hombre que acababa de presentarse en el *restaurant* de *El Ramillete de Oro* no era otro que Manolo el Zurdo, agente de policía que ya conocen nuestros lectores.

Manolo se acercó á la mesa respetuosamente, y saludando con toda la urbanidad de un hombre bien criado, dijo encarándose con Amadeo:

—¿Es usted el conde Polviany?

—El mismo. ¿Qué se ocurre?

—Usted me dispensará si vengo á molestarle, pero yo no puedo hacer otra cosa que cumplir las órdenes que se me comunican; así pues le ruego que me siga.

—¡Que le siga á usted! ¿y adónde?

—Un coche nos espera á la puerta.

—¿Qué falta me hace á mí el coche de usted? ¿no tengo yo el mio?

—¡Ya lo creo! y será indudablemente algo mejor que el que ofrezco al señor conde.

—Pues entonces... repuso Amadeo sobresaltado.

—Soy un agente de la autoridad, y se me ha comunicado la órden de conducir á usted al Saladero.

—¿A mí? esclamó Amadeo dando un salto en la silla y subiendo de punto el amoratado color de su rostro.

—A usted, señor conde. Yo lo siento, pero no puedo hacer otra cosa.

—¿Y si yo me negara á seguir á usted?

Manuel se sonrió bondadosamente, y dijo inclinándose:

—Seria un verdadero sentimiento para mí emplear la fuerza, pero la emplearia.

El conde Polviany dirigió una mirada en derredor suyo como buscando la razon de lo que aquel hombre le decia.

—¡La fuerza! repitió: la fuerza solo se emplea para cogér á los criminales. ¿Qué crímen he cometido yo?

—En cuanto á eso, señor conde, nada puedo decir á usted: una órden superior me manda que prenda á usted donde le halle y le conduzca al Saladero. Yo cumplo con mi deber, y pido perdon al señor conde por esta molestia que involuntariamente le causo.

Amadeo daba verdaderamente lástima.

Su rostro iba adquiriendo por momentos el color de la fresa trasnochada.

—Sí, sí, repitió: usted es muy atento, muy fino, parece que me tiene muchas consideraciones, pero me ha dado una mala digestion: me siento mal. ¡Y tan bien que habia comido!

Esta esclamacion fué pronunciada en un tono tan ridícu-

lo, que los amigos que con él estaban no pudieron menos de reirse.

Mientras tanto, el agente de la autoridad permanecia con el sombrero quitado.

—Cuando el señor conde guste, dijo, tendré el honor de ofrecerle mi coche, que espera en la puerta.

—Pero ¿no podré ir á mi casa?

—El señor conde me dispensará si no le complazco, lo cual es un dolor para mí.

—¡Vaya usted al diablo con sus sentimientos y dolores!

—Siento mucho haber disgustado al señor conde, y le ruego que me siga.

—Sí, sí, allá voy; me ha matado usted: siento un peso horrible en el estómago; me arde la cabeza.

—El señor conde, hasta llegar al coche, puede apoyarse en mi brazo.

Amadeo exhaló un profundo suspiro, y se levantó.

—Me hareis el favor de decir en mi casa lo que ha pasado, que estoy en el Saladero, que venga mi mayordomo, y que me traigan la cena y todo lo necesario para pasarlo menos mal en aquella horrible casa.

Y volviéndose al agente de policía, continuó:

—Vamos, caballero; pero puede usted tener la satisfaccion de haber convertido en veneno todo lo que he comido.

Manuel el Zurdo ofreció el brazo al conde Polviany, que trastornado con aquella inesperada desgracia, se sentia malo, muy malo.

A la puerta les esperaba un coche de plaza y cuatro agentes de policía.

—Pueden ustedes retirarse, les dijo Manolo: yo le conduciré á su destino.

Cuando llegaron al Saladero, Manuel presentó una órden al alcaide.

—Estoy enterado, dijo este: síganme ustedes.

Al fin de un angosto corredor del piso bajo, el alcaide se detuvo y pronunció un nombre en voz alta.

Un hombre que llevaba una vara en la mano derecha y un manojo de llaves en la izquierda, se presentó como si hubiera brotado de la tierra.

Amadeo se estremeció al ver á aquel hombre.

—¡Diantre! se dijo hablando consigo mismo: este hombre es chato, y no hay nada que me produzca peor efecto que una nariz roma en grado superlativo.

—¿Está limpio el 18? preguntó el alcaide.

—Sí señor; pero creo que tienen que tapar algunos agujeros los albañiles.

—Pero esos agujeros, ¿pueden servir para evadirse un preso?

—Nada de eso: son de ratas.

—Entonces, abre el 18.

Amadeo sintió frio, calor y una porcion de efectos encontrados.

Abrieron el 18, que era un calabozo húmedo, oscuro y pequeño, cuya bóveda negra y cubierta de telas de araña parecia un paño mortuorio suspendido sobre la cabeza.

Allí dejaron al conde Polviany, que al verse solo cayó casi desvanecido sobre la dura tarima que servia de lecho á los infelices presos.

Amadeo se llevó las manos al rostro con el mayor desaliento.

Su frente ardia, y sin embargo su cuerpo temblaba de frio.

El conde Polviany conoció que se sentia malo, que estaba enfermo.

Como todos los egoistas, carecia de resignacion para soportar la desgracia.

Comenzó á grandes voces á pedir socorro.

Nadie le contestaba, nadie acudia en su auxilio, si se esceptúa una rata inmensa que salió de su centro, sin duda á ofrecer sus respetos al nuevo habitante del calabozo.

Amadeo lanzó un grito y se cubrió los ojos por no ver el asqueroso cuadrúpedo, indígena de la América, que en mal hora para él se habia aclimatado en Europa.

Algunas horas despues, cuando el calabocero entró en el núm. 18, el conde Amadeo Polviany se revolcaba por el suelo dando dolorosos alaridos.

El calabocero dió parte, acudió el alcaide, se llamó al médico, y este dispuso que se le condujera inmediatamente al hospital.

—Está incomunicado, dijo el alcaide.

—Este hombre se muere, contestó el médico.

—¿Que se muere?

—Sí: de un cólico vólvulo: no hay remedio para él.

CAPITULO VIII.

DONDE SE ACLARA UNA DUDA.

Retrocedamos algunas horas.

Apenas habian abandonado el *restaurant* de *El Ramillete de Oro* el conde Polviany y el agente de policía, entró precipitadamente un jóven elegante, y dirigiéndose á Serafin y á Cándido, dijo:

—¿Habeis visto á Amadeo?

—Hemos comido juntos.

—¿Dónde está? preguntó con interés.

—Se le acaban de llevar al Saladero.

—¡He llegado tarde! esclamó dando una patada en el suelo y haciendo un gesto de disgusto.

Este jóven era el mismo que con Amadeo habia servido de padrino en los dos lances del conde de Villafort.

—Pero ¿qué ocurre? le preguntaron.

—Cosas bastante graves. Arturo ha comprometido al pobre Amadeo: yo voy á abandonar por algun tiempo á Madrid, no sea que la justicia me envuelva en sus redes, aunque no tengo mas delito que el de haber servido de testigo en los dos lances; y eso ya sabeis que no puede rechazarse nunca, sobre todo á los amigos.

—¡Es claro!

—¿Y han prendido por eso al conde Polviany?

—Por eso y por otra cuestion mas grave que yo he sabido casualmente, y venia á avisar á Amadeo para que se pusiera á salvo.

—Habla.

—Sí, hombre, porque nos tienes con suma impaciencia.

—Parece ser que el marqués de Fontan, la noche antes de batirse, dejó escrita una relacion detallada sobre el falso suicidio de la marquesa.

—¿Conque era verdad todo cuanto decia el pobre Narciso?

—Así resulta al menos de la declaracion del marqués.

—¿Luego el baron de Soany...

—Era ni mas ni menos que Carolina de Fontan.

—Esto tiene algo de novela.

—Prosigue.

—Segun parece, el marqués, en su escrito póstumo, ha revelado grandes cosas que comprometen á un médico que indudablemente conoceréis: se llama Jacobo Schuff.

—¡Ah! sí: el hombre de confianza del baron de Soany.

—Ó de Carolina de Fontan.

—Bien, da lo mismo. Continúa.

—El médico ha sido encontrado por la policía en la casa

de la calle del Baño, donde habitaba Filiberto, y le han conducido al hospital á la sala de presos.

—¿Por qué está preso?

—Parece ser que el fingido baron murió envenenado, y no de la caida del caballo como ha querido hacérsenos creer.

—¡Hola!

—La historia va siendo interesante.

—Se dice asímismo que el vizconde de Villafort ha vengado terriblemente á su querida.

—A ver, á ver, esplica eso.

Serafin, Cándido y monsieur Fabricius, interesados en el relato, se aproximaron al jóven narrador todo cuanto les permitia el ancho de la mesa.

—Jacobo se halló tendido en una cama, atado fuertemente de piés y manos y la cabeza horriblemente hinchada. Parece ser que Arturo con un hierro hecho ascua le quemó la frente, imprimiéndole una marca que no se borrará nunca, y dejándole ciego no sé cómo, pero el caso es que el pobre diablo tiene los ojos quemados.

—Pero ¿qué tiene que ver con esto el pobre Amadeo?

—¡Toma! La justicia ha buscado á Amadeo, porque no se encuentra á Arturo; y como Amadeo era íntimo amigo del vizconde y se dice que sabia hasta el último de sus pensamientos, sin duda...

—Y tú ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? marcharme esta misma tarde y pasar una temporada en París hasta que se olvide el desgraciado desafío que dió motivo á todos estos sobresaltos.

—Creo que piensas con prudencia.

—Si te encuentran vas al Saladero, porque ese desafío tiene mucho de asesinato.

—Además, el difunto marqués de Fontan era gran amigo del gobierno.

—Chico, harás bien en fugarte.

—Señores, dijo monsieur Fabricius, que hasta entonces no habia desplegado los labios: por todo lo que acabo de oir y por lo que he leido en los periódicos respecto al médico de Villarobledo, saco en consecuencia que el vizconde de Villafort ha muerto para la sociedad de Madrid.

—Tal creo.

—Está desacreditado.

—Y próximo á caer en manos de la justicia.

—En cuanto á eso, su defensa ofrece ancho campo á los letrados. Si quemó la frente de Jacobo y le dejó ciego, era en venganza del envenenamiento de su querida.

—¿Y la muerte de Fontan?

—Por esa nadie puéde llamarle asesino: antes arriesgó su vida.

—Pero puede llamársele infame, hombre sin corazon. Nadie que se aprecie en algo mata de ese modo.

—Amigos mios, por si no nos volvemos á ver en algun tiempo, os propongo que nos bebamos dos botellas de Champaña.

—Buen pensamiento: ese es el vino de la alegría.

—¡Mozo! saca *Sillery* del mejor.

—¡Ah! si ves al vizconde por París, aconséjale que no vuelva á España.

—Se lo diré, aunque creo que no necesita mis consejos.

—¡Bah! todo esto tiene un carácter atenuante y se olvidará pronto.

—Lo peor del caso es la venganza tomada en la persona de Jacobo.

—Sí, pero en cambio Jacobo es un charlatan, un hombre de esos que tienen una historia bastante sucia, de la que se halla al corriente la policía.

—Eso favorece á Arturo.

—Así lo creo.

Los cuatro amigos dieron buena cuenta de las dos botellas de Champaña y algunos tabacos, pues para esta clase de individuos las penas no son duraderas ni los pensamientos fijos.

Vivir y gozar: hé aquí el gran problema que resuelven desde el dia que conociendo el bien y el mal se lanzan al mundo, hasta aquel en que el Eterno borra sus nombres del gran libro de los vivos.

CAPITULO IX.

DONDE EL AUTOR CONTINÚA DESCARTÁNDOSE DE ALGUNOS PERSONAJES QUE LE INCOMODAN.

Jacobo el ginebrino era á la vez acusador y acusado; pero como la policía era sabedora de su poco honrosa historia, y además la declaracion del marqués de Fontan le dejaba muy malparado, la causa de Jacobo no era de las mas lisonjeras.

Acusó al vizconde de Villafort; pero como una espantosa inflamacion le puso en estado de perder el conocimiento, no pudo aclararse plenamente la verdad.

Se buscó á Arturo, se le llamó en la *Gaceta de los Tribunales*, pero Arturo no pareció.

Además, Amadeo Polviany, que hubiera indudablemente dado alguna luz á la justicia, habia muerto despues de cuatro dias de horribles padecimientos de esa terrible enfermedad conocida con el nombre de *miserere* ó cólico vólvulo.

Por otra parte, la inflamacion que tenia postrado y sin co-

nocimiento al ginebrino degeneró en tifus, muriendo despues de quince dias de increibles sufrimientos.

La conducta de Arturo se miró como una venganza hija de la desesperacion.

Tuvo defensores aun entre los mismos amigos que habian afeado su conducta.

El vizconde era jóven, rico y valiente.

Amante arrebatado, tenia una disculpa, si disculpa pueden tener las acciones infames que se hallan fuera de la ley.

Además, la sociedad no puede ocuparse siempre de un acontecimiento; surgen otros nuevos, que le llaman la atencion, que le dominan por algunos dias.

Esto es sabido.

Madrid se olvidó del fingido baron de Soany, del marqués de Fontan y de Jacobo el ginebrino, á los quince dias.

Arturo permanecia en el estranjero. ¿En qué punto? Nadie podia afirmarlo.

Daniel, que le acompañaba, que era el depositario de sus secretos, el ejecutor de sus pensamientos, podia decirlo; pero Daniel era mudo como un sepulcro y leal como un perro.

. . . . . .

. . . . . .

Un año despues, fray Natalio de la Concepcion entraba cubierto con el polvo del camino en casa del vizconde de Villafort.

Preguntó por Arturo, y el administrador, conduciéndole á su despacho, le hizo tomar asiento y le dijo:

—Ignoro, señor don Natalio, adonde se halla.

—¿Pues qué no está en Madrid? preguntó el fraile.

—Ni en España.

—¡Ah! pero él no dejará de escribir á usted.

—Sí, de tarde en tarde: la última carta que he recibido estaba fechada en Nueva-York.

—¿Tan lejos?

—El señor vizconde, segun parece, se ha propuesto dar la vuelta al mundo.

—En fin, ¿qué le hemos de hacer? ¿Y cómo podré escribirle?

—Nada puedo contestar, porque yo mismo lo ignoro hasta que reciba una carta suya; pero de todos modos, me tiene muy eficazmente encargado que no se la dirija con su nombre y apellido.

—¿Ha mudado de nombre?

—Sí.

—¿Y cómo se llama ahora ese calavera?

—Fausto.

Fray Natalio se encogió de hombros, creyendo que todo aquel misterio seria un capricho del vizconde, y dijo:

—¿Qué le hemos de hacer? él es dueño de su persona y de su dinero.

—Supongo que usted se aposentará en esta casa.

—No, amigo mio: salgo esta tarde misma para el Escorial, en donde pienso terminar mis dias.

—Pero descansará al menos del viaje...

—Descansaré en mi casa. Cuando escriba usted al vizconde, particípele que me hallo en el Escorial.

Fray Natalio, viajero infatigable, era ya muy viejo y deseaba poner fin á su vida de movimiento.

El conde de Villafort, su difunto amigo, habia asegurado modestamente la vejez del religioso, dejándole una casa en San Lorenzo del Escorial y algunas tierras.

El misionero deseaba instalarse en su modesto nido.

Al salir de Roma, se habia dicho:

—El resto de mis dias lo dedicaré á escribir una obra que sea útil á mis semejantes; el estudio, la esperiencia que dan los años y la soledad, suplirán al ingenio.

Fray Natalio llegó al Escorial y buscó una buena mujer que le sirviera.

Si mal no recordamos, ya la conoció ligeramente el lector con el nombre de Rita.

El anciano misionero, rodeado de libros y de pobres, empleaba las horas de su existencia en el estudio y la caridad.

Creció su fama en el pueblo, y las bendiciones de los pobres le salian al encuentro por do quier que encaminaba sus pasos.

Su vida tranquila y feliz, se deslizaba con la dulce calma del justo.

Todos buscaban á fray Natalio para pedirle un consejo.

Le querian y le respetaban, igualmente los ricos que los pobres.

Era, al año de su permanencia, una necesidad para el pueblo.

Dejémosle pues en su modesta celda; y dando un salto de esos que solo puede efectuar la imaginacion, nos trasladaremos á Milan.

Grande fué la sorpresa de don Leandro al leer la carta del padre Miguel en la que le noticiaba dos cosas igualmente

asombrosas para él: que Julio era sobrino de Narciso de Rioalto, y que este, muerto en un desafío por el vizconde de Villafort, habia nombrado heredero á Julio de una fortuna de mas de ocho millones de reales.

Don Leandro, con las lágrimas en los ojos, leyó la carta de su ahijado.

—¿Conque es decir, repuso Julio, que mi buen protector ha muerto?

—Sí, hijo mio: ya lo has oido; ha muerto de resultas de un duelo.

—¿Con el vizconde de Villafort? ¿el mismo hombre que tantas lágrimas ha costado á usted?

—Sí, el mismo, articuló don Leandro dejando caer la cabeza sobre el pecho, porque la pregunta del niño le recordaba una historia de lágrimas.

—¿Y no habrá nadie que vengue todo el mal que ha hecho ese hombre? esclamó Julio enjugándose los ojos.

Don Leandro guardó silencio.

Aquel padre desgraciado aún no sabia la muerte de su hija.

Don Rafael habia querido retardar todo lo posible la mala nueva.

—Ya lo sabes, hijo mio, volvió á decir don Leandro: eres inmensamente rico.

—¿Cómo eres? diga usted somos.

—La herencia es tuya.

—¿No es usted mi padre? ¿puedo yo ser rico sin que usted lo sea? ¿Nos hemos de separar porque á ese buen señor se le haya ocurrido darme tanto dinero? A ese precio, prefiero ser pobre.

Don Leandro estrechó contra su pecho á aquel ángel que en medio de su dolor le habia deparado la Providencia.

—¡Bendito seas! le dijo: ¡bendito seas tú que tantos consuelos has derramado en mi herido corazon!

—No hablemos mas de este asunto: verá usted qué alegría tendrá mi abuelito Máximo cuando vuelva de su paseo cuotidiano y sepa la noticia.

—Es preciso disponerlo todo para el viaje á España.

—¿Voy á abandonar los estudios?

—Hijo mio, ya no debes ser artista: es mejor profesion la de millonario.

—¡Dejar el arte!... no, no.

—Pues bien, en Madrid no han de faltarte maestros, y ya comprenderás que es preciso ir á recoger la herencia.

—Haré lo que usted disponga, pues nadie ha de tener mas interés en mis asuntos que mi padre.

Seis dias despues, Leandro, Máximo y Julio abandonaban la ciudad de Milan.

Julio fué recibido en casa de Narciso como quien era; es decir, el amo.

Don Leandro, á quien el niño llamaba siempre padre, pensó en su hija.

Grande fué su dolor cuando supo la muerte de Andrea.

De aquella infeliz no quedaba mas que una lápida con su nombre.

El padre fué á rezar y llorar junto á aquella lápida.

Un mes trascurrió.

Don Leandro dijo un dia á Julio:

—Hijo mio, creo justo hacer una visita al honrado sacer-

dote que ha contribuido á que encontraras un pariente tan generoso como don Narciso.

Julio, que no tenia mas voluntad que la de don Leandro, accedió, y partieron al pueblo en donde vivian tranquilamente el padre Miguel y Felicidad.

Como aún tendremos ocasion de visitarlos, nada diremos por ahora; eso queda para el Epílogo, en que terminará la presente novela.

EPÍLOGO.

FAUSTO.

CAPITULO PRIMERO.

EL ESTRENO DE UNA PRIMA DONNA.

Han trascurrido ocho años.

Julio de Rioalto, pues con este apellido se firma en memoria de su bienhechor, ha cumplido veinte primaveras.

Jóven, rico, elegante y hermoso, con un carácter de ángel, con una educacion de príncipe inglés y una voz digna de Mario y Tamberlick, brillaba en la alta sociedad madrileña en primera línea.

Don Leandro, con la precaucion de la esperiencia y la delicadeza del cariño, habia procurado hacer de Julio un jóven modelo.

Le procuró los maestros mas ilustrados, y quiso que lo supiera todo.

—Brillará en la sociedad, se habia dicho: tal vez mañana por desgracia se encuentre en el imprescindible caso de aceptar un desafío; que no le suceda lo que al pobre Felipe.

Buscó pues un profesor de armas y un tirador de pistola de los mas afamados.

Monsieur Fabricius Rodomont fué el elegido.

Julio llegó á vencer á su maestro en los asaltos.

Rodomont decia:

—Con un poco de valor y lo que Julio sabe, puede uno batirse con el que se presente con la seguridad de salir airoso.

Julio tiraba el florete lo mismo con la mano derecha que con la izquierda, conocia todos los recursos de monsieur Fabricius, y sobre todo una estocada baja infalible.

En cuanto á la pistola, su ojo era tan certero que causaba admiracion.

En una palabra, era el primer tirador de Madrid.

Don Leandro habia nombrado administrador de su ahijado al recto don Fernando, padre de Sofía, esposa en la época que nos ocupa de Lorenzo, abogado establecido en Madrid con alguna clientela.

Todos los jueves Sofía y Lorenzo comian en casa de Julio de Rioalto. En este dia, sobre todo cuando se tomaba café, se dedicaba una hora á los recuerdos.

Sofía, hermosa como nunca, con la aureola sobre su pura frente de la madre de familia, recordaba siempre á su amiga, á su hermana del corazon, la infortunada Andrea, mientras que Lorenzo traia á la memoria á su desgraciado primo Felipe.

Don Fernando, puritano por naturaleza, empleaba su tiempo en la administracion de los bienes de Julio, haciéndolos prosperar.

En cuanto á don Máximo, disfrutó poco de la fortuna de su nieto, pues murió al año de su regreso á Madrid.

El pobre señor habia cumplido ochenta y seis años cuando dejó de existir.

Muchas veces Julio decia:

—No puedes pensarte, querido Lorenzo, lo que me fatiga verte trabajar como un negro; deja las causas y los litigios: yo soy rico: no te afanes mas.

—Gracias, querido Julio, le respondia Lorenzo: las causas y los pleitos me producen ahora unos treinta mil reales al año; y andando el tiempo, si crece la clientela, espero aún mejores resultados. Sofía es económica, viste con modestia, se peina y engalana con sus cuatro trapitos solo para mí, y nos creemos felices con nuestra pobreza.

—¡Felices!... ¡ya lo creo! Y si Dios quiere, aún reuniremos algunos ahorros para la vejez, respondia la jóven esposa.

—Eso, de seguro: tenemos un hijo, y no será estraño que tengamos mas.

Aquí se ruborizaba Sofía y se sonreian todos.

Estas dulces escenas, esta tierna amistad que como un lazo de flores unia tantos corazones, se repetian todas las semanas.

Don Fernando visitaba todas las tardes á su hija, pasando algunas horas en el pequeño gabinete de su Sofía con su nieto sobre las rodillas.

De tarde en tarde tenian carta de don Rafael, y todas las semanas del padre de Lorenzo; y alguna que otra vez don Leandro escribia al padre Miguel.

Así las cosas, llegó el invierno de 186...

Los periódicos habian anunciado con mucha anticipacion el ajuste para el teatro de la plazuela de Oriente de una tiple hija de la América española.

Se contaban de esta artista multitud de anécdotas, todas á cual mas honrosas.

En el teatro se le apodaba *La Virtud romana*, porque en Lóndres un lord entusiasta le habia ofrecido su mano y seis mil libras esterlinas de renta, y ella le habia dicho:

—Milord: No he amado nunca mas que á mis padres con el alma y á los desgraciados con el amor de la caridad. Cuando ame con el corazon á un hombre, le daré mi mano, sea rico ó pobre, viejo ó jóven, feo ó hermoso. Sed pues mi amigo, y no deseeis ser mi esposo.

Beatriz, pues así se llamaba la *prima donna,* cantaba de tiple absoluta desde la edad de quince años.

Cuando llegó á Madrid habia cumplido los diez y nueve.

Se celebraba de antemano tanto su encantadora voz como su hermoso semblante.

En cuanto á su corazon, decian todos que era el de un ángel.

Vivia modestamente con su anciana madre, que solia decir á sus amigos:

—Beatriz se hace cuentas muy galanas que nunca realizará. Dice:—Ahorraremos algun dinero para dejar esta vida de bastidores para la cual no he nacido por mas que me aplauda el público. No son para mí las intrigas y las miserias de la envidia. Cuando me retire de la escena, cantaré de vez en cuando á beneficio de los desgraciados.—Esto piensa; pero como da á los pobres todo lo que gana, no es fácil que reuna una fortuna para retirarse del teatro.

Cuando el público toma verdadero cariño por un artista, se cree con el derecho, y tal vez lo tiene, de juzgarle hasta en su vida privada.

Toma parte en todas sus acciones, las comenta, las aplaude, las censura, y quisiera verle á la misma altura fuera del teatro, que en la escena donde le aplaude y le admira.

Beatriz tenia en favor suyo su buena reputacion, su amor á los desgraciados, su frente pura y su corazon sencillo.

Todos la respetaban, porque en sus ojos hallaban siempre una mirada casta y en sus labios una sonrisa de vírgen.

Madrid sabia todo esto, y deseaba aplaudirla.

Llegó por fin la noche de su estreno.

El teatro estaba de bote en bote.

Julio, apasionado entusiasta de la música, músico y cantante tambien, brillando en las altas reuniones de la aristocracia, tenia un palco abonado.

La noche del estreno de Beatriz, Sofía, Lorenzo y Julio se hallaban en el primer término del palco.

Detrás don Leandro y don Fernando.

—Verdaderamente, dijo Sofía, debe sentirse una grande emocion al presentarse por vez primera delante de un público tan numeroso, tan escogido.

—La gloria fortalece el espíritu y el corazon de los artistas; por ella luchan, por ella viven y por ella arrostran muchas veces el mal humor del público, contestó Julio.

—Dentro de poco todas las miradas se fijarán en la jóven cantante que con tan buenos antecedentes ha llegado á Madrid, objetó Lorenzo.

—¿Y es cierto que comenzó esa jóven á cantar en los cafés de América? preguntó Sofía.

—Sí: su padre, republicano rojo, capitan de un buque, fué fusilado, dejando á su pobre viuda y á su hija de dos años

de edad sin ningun recurso. Beatriz tenia buen oido y mejor voz, y una gran aficion al canto. Viendo que la miseria les asediaba, dijo un dia á su madre:—Yo podria cantar en un café.—Esta idea asustó á la buena señora, porque creia que accediendo deshonraba á su hija. Beatriz procuró persuadirla de lo contrario, y por fin el público oyó una voz de ángel que salia de un pecho de vírgen.

—Ganaria poco en el café.

—El primer mes un peso fuerte diario, el segundo cuatro, el tercero encontró un maestro de música que la ajustó para tres años, enseñándola de nota y esplotando la voz de su discípula; luego ha recorrido los mejores teatros de Europa, siendo en todos aplaudida con furor... pero ¡silencio! la sinfonía ha terminado: preparémonos á oir la reina de las óperas.

El telon se corrió.

La *Norma* iba á comenzar. Bellini, el cisne de los compositores, hubiera adorado á Beatriz aquella noche.

El entusiasmo llegó á su colmo.

El público, como vulgarmente se dice, se volvia loco.

Terminado el primer acto, conocida la fuerza de la *prima donna*, su maestría y su voz privilegiada, su espresion, siempre en armonía con las notas que brotaban de su garganta, todo el mundo se dispuso á contribuir al justo y legítimo triunfo de Beatriz.

Se compraron ramos y se improvisaron coronas.

La escena se vió cubierta de flores, entre las que se encontró mas de un brazalete, arrojado en un rapto de entusiasmo.

Julio habia gozado tanto durante la representacion de la *Norma*, que se sentia nervioso, conmovido.

De vez en cuando solia decir en voz baja:

—Es un ángel... no es una mujer... yo no he oido nunca una cosa igual; lo que antes de conocerla me parecia una exageracion, ahora me parecen elogios pálidos. Si Bellini oyera á esta jóven, diria que para ella habia escrito la *Norma*.

Don Leandro se deshizo tambien en elogios, y Sofía reclamó una silla en el palco siempre que cantara la *Virtud Romana*.

CAPITULO II.

DONDE SE HABLA DEL BARRANCO DEL FRAILE.

Por este tiempo, el administrador del vizconde de Villafort recibió una carta concebida en estos términos:

«Cuando reciba usted esta se avistará inmediatamente con fray Natalio de la Concepcion, obedeciéndole en todo lo que le diga, pues le he escrito dándole instrucciones.

»Pronto volveré á Madrid, pero mi nombre supuesto y mi regreso debe ser como hasta ahora un secreto para todos.»

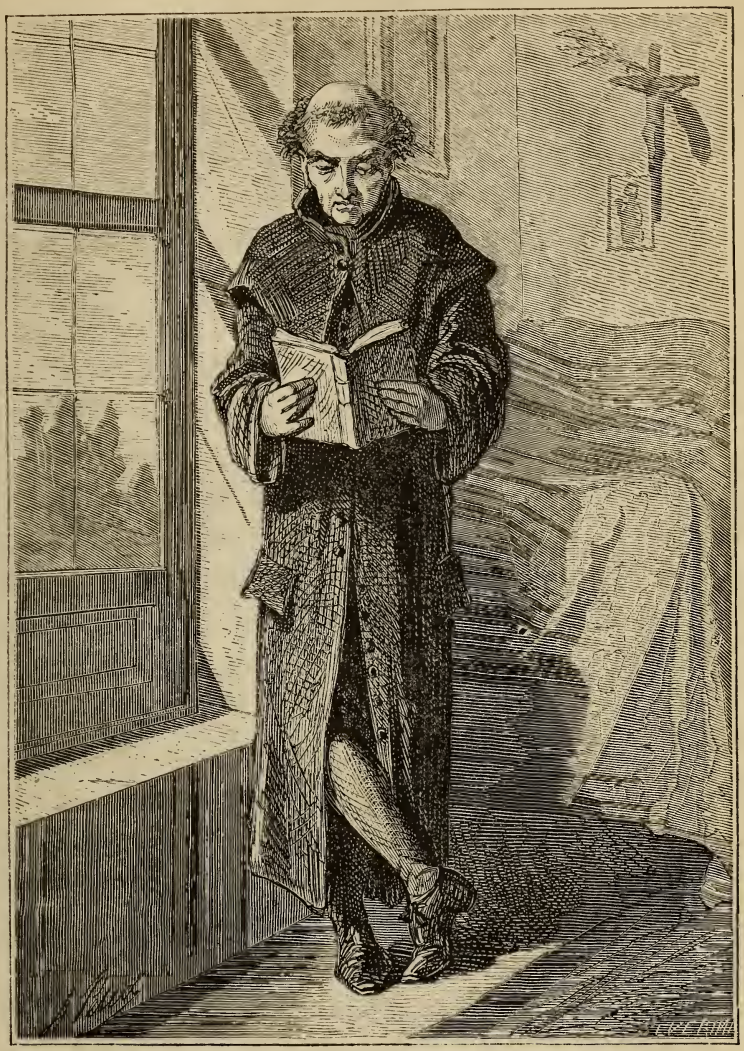
Aquel mismo dia, el administrador, hombre entrado en años y prudente, y á quien ya conocimos en vida del difunto conde con el nombre de Bautista, se trasladó al Escorial.

Fray Natalio como siempre, encerrado en su pequeña habitacion, leia un grueso volúmen, de pié junto á la ventana.

—Buenos dias, padre Natalio.

—Buenos los tenga usted, Bautista.

—He recibido una carta de...



LA PERDICION DE LA MUJER.

Fray Natalio de la Concepcion.

—Sí, de Fausto: yo he recibido otra.

—Así me lo dice, y por eso vengo á ponerme á las órdenes de usted.

—Por mas que nos lo prohiba, yo nunca me acostumbraré á darle otro nombre que el de Arturo.

—Lo mismo me sucede á mí: le he visto nacer.

—Amigo Bautista, á nuestro vizconde debe acontecerle algo grave, pues en su carta me dice lo que va usted á oir.

Y Fray Natalio leyó lo que sigue:

«Padre mio: Huyo de los hombres, me cansa la sociedad: hace ocho años que cual otro judío errante recorro el mundo sin descanso.

»Mi vida es un martirio, la fatalidad me persigue, el desaliento se aposenta en mi alma, la fé huye de mi corazon.

»Deseo vivir donde no vea á nadie mas que á mi leal Daniel, el único que sufre mis impertinencias con resignacion, que me ama con verdadero cariño, que sacrificaria por mí la vida.

»Existe cerca del Escorial un pequeño pueblo conocido con el nombre de Arlajoza; cerca de este pueblo se halla un barranco solitario denominado del Fraile; mande usted á Bautista que construya en una de sus laderas una pequeña casita propia para un cazador, pues quiero retirarme del mundo.

»El ruido de los hombres me molesta. Yo espero en Gibraltar la noticia de que mis deseos están cumplidos.—Suyo, *Fausto.*»

—Pero señor, ¿qué le pasará al vizconde? dijo Bautista.

—Todo esto es estraño. En fin, amigo mio, del mal el menos; mas vale que se refugie en el Barranco del Fraile y se

dedique con Daniel á perseguir lobos y perdices, que no que vaya por el mundo esponiéndose á los peligros que son consiguientes.

—Es verdad.

—Por lo cual creo que hoy mismo debe usted trasladarse á Arlajoza.

—Haré lo que usted disponga.

—El Barranco del Fraile tiene un aspecto bastante sombrío, pero ya que Arturo lo eligió, sea así: ¿qué le hemos de hacer?

—Pero será preciso comprar algunos miles de piés de terreno.

—El monte es propiedad de los frailes del Escorial, los que me han concedido permiso para edificar.

—Eso es distinto.

—Busque usted la cañada que da al Mediodía, porque en aquel terreno el frio es horrible. En este papel encontrará usted las instrucciones necesarias para el maestro de obras que haga la casa: no es muy difícil la construccion. Fausto, segun parece, piensa vivir como un verdadero cazador furtivo, ocupado en matar perdices y pintar. De todos modos, me gusta que venga: teniéndole cerca, estaremos mas tranquilos, y tal vez le persuadamos á que deje esa vida inquieta y azarosa.

El padre Natalio llamó á Rita y la dijo:

—Señora Rita: tenga usted la bondad de buscar un hombre y un caballejo serrano. El señor don Bautista tiene que ir á Arlajoza tan pronto como almuerce.

—Está bien, señor.

Poco despues, el padre Natalio y Bautista se desayunaban

hablando como siempre de Arturo, á quien profesaban un verdadero cariño aquellos dos ancianos.

El camino que separa el Escorial de Arlajoza es un verdadero camino de cabras por donde los caballos de lujo de Madrid resbalarian cien veces cada hora.

Pero el hombre sabe remediar sus necesidades, y por eso sin duda en el Escorial se alquilan unos caballejos largos de pelo, flacos de cuerpo, que corren por las angostas y resbaladizas veredas del monte con la misma seguridad que un bailarin sobre el tablado de un teatro.

Para montar los caballejos serranos no se necesita ni bocado ni estribos ni ser ginete; tal es la seguridad de sus piés y la *buena fé* con que reciben al viajante alquilon sobre sus lomos.

No hay regla sin escepcion: si alguno ha caido de un caballejo serrano, nada tiene de particular, porque hay hombres que se caen aun de la cama, y estas son escepciones que solo tiene en cuenta el novelista cuando le conviene.

Salió pues el viejo don Bautista, caballero en su jaco serrano y llevando delante el guía del país.

El bueno del administrador no habia nunca pisado aquel terreno tan quebrado como pintoresco y tan pintoresco como tétrico y melancólico.

Dos horas despues divisó en la cumbre de una peña un grupo de casas.

—Aquello es Arlajoza, le dijo el guía.

—¡Dios nos asista! pensó para su capote el honrado administrador mirando aquel nido de águilas.

Y levantando la voz continuó:

—Y á ese pueblo ¿se sube con alguna polea?

El guía soltó una carcajada tan rústica y franca como su rostro.

—¡Ca! no señor: se sube dando la vuelta al monte por una vereda.

Esta ascension debió parecer bastante difícil á don Bautista, pues quiso apearse; pero el guía le dió tantas seguridades, que fiando en las promesas de aquel hombre práctico continuó á caballo.

Que se construyó la casa, que don Cirilo, don Ciriaco y don Cipriano, los tres prohombres del pueblo, se llenaron de curiosidad, y que por todos los medios que estaban á su alcance procuraron descifrar el enigma, ya lo saben nuestros lectores, y nada nuevo les diríamos repitiéndolo en estas páginas.

Construida la casa, trasladados á ella los enseres que habia encargado Arturo y que ya describimos en el capítulo cuarto del primer libro, Fausto, el hombre misterioso, el de las cartas de recomendacion, se presentó en el pueblo.

Nada pues de nuevo podríamos decirles repitiendo lo que escrito queda al principio.

Vamos á encontrar al cazador Fausto instalado en su casa del Barranco del Fraile la noche en que por una carta suya se presentó el padre Natalio.

Allí hubo una confesion que nosotros no revelamos entonces al lector porque así lo creimos prudente para la buena marcha de la novela.

Arturo nada ocultó al anciano sacerdote.

Digamos pues lo que sea necesario para la claridad de nuestro asunto, ó por mejor decir, narremos ahora lo que callamos antes, y Dios quiera que la claridad, una de las primeras

bellezas de los libros, sea tanta que el lector no se vea en la precision de preguntar al vecino:

—¿Puede usted esplicarme lo que ha querido decir aquí el novelista?

Procuraremos que esto no suceda.

CAPITULO III.

CONFESION.

El lector recordará que fray Natalio, al reconocer la sortija de Andrea, lanzó un grito de sorpresa, repitiendo:

—¡Desgraciado! ¡Desgraciado!

Y luego continuó:

—Dame fuerzas, Dios mio, para salvar á Andrea si aún es tiempo, y una hora despues toma mi vida.

Pero la pobre Andrea no necesitaba ya la proteccion de los hombres.

Su alma habia volado á otro mundo donde no llega la perversidad humana.

Arturo, sin ocultar nada, sin disculparse en lo mas mínimo, hizo una confesion exacta, verídica, de su vida.

—Dios y tu conciencia van á oirte, le habia dicho el religioso.

Arturo no tuvo mas voz que la de su conciencia sobresaltada.

Desde su encuentro con Andrea hasta el tormento de Jacobo el ginebrino, lo confesó todo.

Los ojos del fraile llenos de lágrimas, el pálido rostro de aquel hombre justo, demostraban claramente el efecto que le causaba tanto crímen, tanta intriga.

El recuerdo de Andrea, de aquella hermosa niña que habia bendecido en la cuna, la memoria de su generoso padre que le habia salvado la vida, le entristecieron hasta el punto de doblar la cabeza sobre el pecho, y repetir varias veces:

—¡Andrea! ¡Leandro! ¡quién pudiera imaginar vuestro fin!

El padre Natalio, como asímismo Arturo, ignoraban que don Leandro se hallaba en Madrid disfrutando una brillante posicion.

La primera parte de la confesion, es decir, lo que hemos puesto en accion á los ojos de nuestros lectores, habia terminado.

Fausto continuó de este modo:

—Yo mismo comprendí, padre mio, que era preciso huir á lejanas tierras: ¿qué podia esperar en Madrid? Solo el justo rigor de la justicia y el desprecio de las gentes honradas.

Sobre mi conciencia llevaba la muerte de Andrea y de Carolina, víctimas sacrificadas á la necia vanidad del hombre.

Un recuerdo me perseguia, digo mal, me persigue aún.

—Te perseguirá mientras vivas, repitió el fraile con voz imponente.

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró exhalando un suspiro el vizconde: yo he visitado los desiertos de África, y allí me ha

perseguido su recuerdo; yo he recorrido los bosques de América, y allí han atormentado mi conciencia los nombres de Andrea y Carolina; yo he buscado en el placer, en el vicio, en el desenfreno y el peligro un lenitivo, un narcótico adormecedor: todo ha sido en vano.

—Porque el crímen, hijo mio, envenena la tranquilidad, mata la paz del alma y agita el fondo de la conciencia.

—¡Sí, la conciencia! repitió Arturo: ¡la conciencia! tirano insaciable de nuestro espíritu. Yo he querido adormecerla, yo me he lanzado en brazos del vicio, de los placeres comprados, y ella siempre ha levantado su voz prepotente. Cuando en medio de una orgía empuñaba la copa con torpe mano, cuándo los vapores del vino embriagaban mi mente, entonces y solo entonces olvidaba por unos instantes el grito torcedor del remordimiento. Algunas veces pensé en el suicidio; pero lo confieso, padre mio, tuve miedo; yo, sí, miedo; yo, que con tanta indiferencia me he batido con los hombres y he jugado con la honra de las mujeres.

Arturo apoyó la frente en la palma de las manos.

No lloraba, pero tenia los ojos enrojecidos.

El padre Natalio le contemplaba con lástima.

—Tú hubieras podido ser feliz y eres desgraciado.

—Mucho, padre mio. Dios es justo.

De pronto la fisonomía del fraile se reanimó.

Sus ojos brillaron con ese fuego santo de la inspiracion, y dijo con voz majestuosa:

—Aún puedes salvarte, aún puedes hallar algo de esa paz del espíritu, de esa tranquilidad de conciencia que crees perdida.

—¡Imposible! ¡imposible!

—¡Infeliz!... ¡Infeliz!... ¡Ay de tí si rechazas por completo la fé de tu corazon, si pierdes la bella alegría de la esperanza!

—Mi corazon solo da cabida al remordimiento.

—¿Y por qué no á la caridad?

Arturo levantó la frente.

Sus ojos enrojecidos, inyectados en sangre, se fijaron en los del fraile llenos de lágrimas, y que le miraban con dulce y compasiva espresion.

—¿Qué puedo hacer? preguntó el vizconde.

—Madrid encierra en su seno un gran número de desheredados que solo viven de la clemencia de las almas compasivas. La caridad, esa dulce hermana del pobre, puede aún tornarte lo que lloras perdido. Arturo, hijo mio, valor; desde mañana abandona este solitario retiro: rico eres, siembra el bien á manos llenas como sembraste el mal en otro tiempo. Busca al que llora y enjuga sus lágrimas. Busca al que padece y alivia su dolor. Ese es el camino que te conducirá á la paz del espíritu.

Arturo, conmovido ante los consejos del religioso, cayó á sus piés de rodillas.

Desde este momento fray Natalio no vió en el vizconde mas que un pecador arrepentido dispuesto á aceptar la penitencia que se le impusiera.

—Partirás mañana, repitió el fraile; y dentro de dos años, aquí, en esta misma casa, vendrás á darme cuenta de tu conducta, de tus obras de caridad. Yo mientras tanto elevaré á Dios mis oraciones para que fortalezca tu espíritu. Si cumples

bien la dulce mision de la caridad, si practicas con tus semejantes las obras de misericordia, todo puedes esperarlo aún. Parte, parte, hijo mio.

. . . . . .

. . . . . .

Arturo partió á la mañana siguiente.

CAPITULO IV.

UNA VOZ QUE CONMUEVE UN CORAZON.

A pesar de los ocho años trascurridos, el vizconde de Villafort creyó prudente conservar el incógnito.

Presentarse en Madrid con su verdadero nombre, era dar accion á los tribunales.

Adoptó pues el nombre de Fausto, y fué á instalarse en una fonda.

—Escucha, Daniel, le dijo á su criado de confianza: para todo el mundo soy Fausto Sanz, rico americano que no tiene otro objeto que el de gastarse en España algunos centenares de onzas. Mi rostro ha cambiado lo suficiente para que no sea reconocido con facilidad. A lo sumo, el mas listo encontrará en mi semblante algo parecido al del vizconde de Villafort. Entera á mi administrador Bautista de todo esto para que no cometa ninguna imprudencia. Necesito un carruaje, un caballo de silla y una butaca en el teatro de la Opera. Va á empezar para

nosotros un nuevo sistema de vida. Hasta hoy he hecho mucho daño: en adelante quiero hacer mucho bien.

Daniel se sonrió.

—¿Dudas de que yo pueda hacer bien á mis semejantes? Di con franqueza tu opinion.

—Señorito, tengo, segun creo, probada mi lealtad para con usted.

—¿Quién lo duda?

—Y eso me autoriza, á mi modo de ver, para decir lo que sienta.

—Sí, habla, repuso Fausto con impaciencia.

—Lo que el señorito se propone es muy difícil.

—Nada tan grato como sembrar el bien.

—Para algunos séres no digo que no, pero para otros...

—¿Luego me crees incapaz de abrigar sentimientos bellos? Esto debia ofenderme.

—No quiero decir eso.

—Entonces no te comprendo.

—La verdad es que yo tampoco sé esplicarme.

Fausto se encogió de hombros como si no quisiera dar importancia á los temores de su criado.

Daniel dió por terminada una cuestion de la que no esperaba salir muy bien parado; conocia profundamente á su amo, y sabia que el arrepentimiento no era en él muy duradero.

Por su parte, Fausto veíase harto embarazado con la promesa hecha á fray Natalio de la Concepcion.

El virtuoso misionero le habia dicho: Haz todo el bien que puedas en cambio del mucho mal que has causado; para probar la bondad de tu corazon te concedo dos años.

Fausto dejó su retiro del Barranco del Fraile, que comenzaba á serle insufrible, y se trasladó á Madrid.

Novicio en la nueva senda que iba á emprender, se hallaba perplejo.

Pensó que la casualidad le depararia las ocasiones; pero su corazon carecia de esa belleza moral, de esa esquisita sensibilidad que busca al que llora para enjugar sus lágrimas, que encuentra al que sufre para consolar sus penas.

Fausto pasó el primer dia encerrado en su cuarto de la fonda de París, mirando de vez en cuando á través de los cristales de su balcon el inmenso gentío que cruzaba en todas direcciones la Puerta del Sol.

A la mañana siguiente, Daniel entró á decirle que no muy lejos de la fonda habia encontrado una cochera en donde se hallaba su berlina y su hermoso caballo de silla.

—Estoy aburrido, dijo Fausto: hoy tampoco pienso salir de casa; tú puedes ir adonde quieras, y procura traerme noticias de algun desgraciado.

Daniel se sonrió interiormente.

—Escucha, volvió á decir Fausto: ¿tú sabes lo que hacen algunos médicos de esos que recorren el mundo llevando un medicamento que cura una enfermedad especial?

—No señor.

—Pues bien, esos médicos tienen un libro en el que cada interesado, al sentir los beneficios de la ciencia, escribe su nombre y un elogio dedicado al doctor.

—¡Ah!

—Pues bien, yo necesito un libro de esos.

—¿Para que fray Natalio vea los favores hechos?

—Precisamente.

Daniel salió de la habitacion diciendo:

—Mi amo hará el bien á son de trompeta como los judíos: creo que esto no complace á Dios.

Fausto se quedó solo, y dejándose caer en una butaca, permaneció por algun tiempo en una de esas actitudes que revelan una profunda abstraccion.

La vida de los recuerdos comenzó á pasar por su mente como los cuadros de un cosmorama movible.

De vez en cuando su mirada se oscurecia, su frente se arrugaba, y un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo.

De pronto se oyeron las voces de un piano, combinando el principio de una pieza música.

Fausto, aunque los ecos del citado instrumento llegaban claramente hasta él, pues parecian nacer en el cuarto inmediato, no hizo caso, continuó en la misma postura; pero no sucedió así cuando al terminar un ligero preludio oyóse una voz femenina, cuya dulce vibracion le hizo levantar la cabeza y esclamar:

—¡Ah! ¡qué hermosa voz!

Aquella voz continuó cantando con una afinacion, con un gusto, con un sentimiento inimitables, la parte de tiple del final del *Rigoletto*.

Fausto, maquinalmente, y como si se sintiera fascinado por aquel acento de ángel, acompañó en voz baja las melodiosas notas que llegaban á sus oidos.

No pudo menos de fijar su atencion el que la invisible cantante volvia á repetir una y otra y otra vez la misma pieza.

Cuando por fin se perdió el eco de la voz, cuando dejó el

piano de producir las armoniosas notas, Fausto esperó algunos segundos, y devorado por la curiosidad, puso el dedo en el boton eléctrico y se presentó al instante un camarero.

—Tengo curiosidad de saber quién vive en el cuarto inmediato, dijo Fausto alargando una moneda de oro al criado.

—¿En el cuarto de la derecha ó en el de la izquierda? preguntó el camarero con una amabilidad de la fuerza de cien reales.

—En este.

Y Fausto puso la mano sobre el tabique que indudablemente le separaba de la cantante.

—¡Ah, ya! La que ocupa esa habitacion es una jóven cantante con su señora madre.

—Lo he presumido. Procura decirme todo lo que sepas de esa mujer.

—¡Ah, caballero! yo sé bien poco.

—Pues bien, di ese poco y procura saber mas, que no te pesará.

—Tendré mucho gusto en servir á usted.

—Comienza ahora.

—Se llama Beatriz, es la *prima donna* del Teatro Real; hace tres dias vino cargada de ramos y coronas: fué la noche de su estreno. Venia tan contenta, que cuando le serví el té que toma antes de acostarse, me dió un duro; y eso que su señora madre es lo mas económica del mundo.

—¿Conque está ajustada en el Teatro Real?

—¡Vaya! y segun he oido en el comedor, la empresa ganará un dineral.

—Vamos á ver: ¿qué opinas tú de esa jóven?

—Que es modesta como la virtud y buena como el pan.

—¿Quién la visita?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Sí señor, nadie: al menos aquí, no tiene visitas.

—¿Y es hermosa?

—En cuanto á eso, creo que habrá muy pocas que la igualen.

—¿Tanto lo es?

—No cabe mas.

—¿Baja al comedor?

—No: se la sirve en su mismo cuarto.

—Está bien; procura saber si tiene algun amante.

—Creo que no tiene ninguno.

—Eso es algo imposible.

—Todos en la casa, cuando se habla de la señorita Beatriz, se deshacen en elogios á su virtud.

—¿Es española?

—Creo que americana.

—¿Y dónde se la podrá ver?

—Todas las tardes sale en una modesta carretela que le tiene alquilada la empresa, y otras monta á caballo; entonces alquila el picador que la acompaña y el caballo que monta.

—¿Es pobre?

—Creo que no es muy rica; pero por otra parte se asegura que es económica, porque desea retirarse del teatro: hace muchas limosnas.

—Está bien: véte.

Fausto volvió á quedarse solo

Poco despues oyó el ruido que produce el roce de un vestido de seda.

Corrió al balcon y vió una carretela descubierta parada delante de la puerta.

Por el traje de los cocheros comprendió que era un carruaje de plaza, aunque bastante decente.

—¡Oh! ¡qué hermosa mujer! ¿Si será esta la *prima donna?* se dijo Fausto viendo subir á una jóven, acompañada de una señora mayor, en el carruaje.

CAPITULO V.

CÓMO PRACTICABA LA CARIDAD EL VIZCONDE DE VILLAFORT.

Fausto olvidó sus propósitos filantrópicos, y se puso á pensar en la hermosa cantante.

—Jamás mujer alguna, se decia paseando por la sala, me ha causado mas profundo efecto. ¿Amaré ahora por la primera vez de mi vida?

Fausto, haciéndose esta pregunta, no pudo contener una sonrisa.

—¡Amar! se dijo: ¿puedo yo por ventura amar algo sobre la tierra? Desde que tengo uso de razon que confundo el deseo con el amor. Si esa jóven fuese mia, pronto el cansancio, apoderándose de mi alma, me haria olvidarla: no es mas bella que Andrea.

Fausto, al traer á su memoria este nombre se estremeció, y pasándose la mano por la frente volvió á decirse:

—¿A qué evocar tristes recuerdos? Dejemos á los muertos

que descansen en paz en sus sepulcros, y veamos el modo de que esa encantadora jóven me ame, lo cual, segun el camarero, es algo difícil. Pero allá veremos. Las conquistas de teatro, salvo raras escepciones, no son ni de las mas difíciles ni de las mas baratas... Yo soy rico.

Y de pronto soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Pobre fray Natalio! Si supiera en lo que me ocupo, si viera cómo empiezo á practicar las obras de caridad que me tiene encomendadas... Pero nada quita lo cortés á lo valiente. Yo puedo tener una querida y ser un hombre de bien: esto no tiene duda. Además, yo no tengo la culpa de que cuando menos lo esperaba se me presente una mujer encantadora á trastornar todos mis planes.

A las tres de la tarde Daniel se presentó en la fonda.

—Me alegro de verte, le dijo Fausto: necesito que tomes un abono entero de palco para el Teatro Real, á nombre de Fausto Sanz: arregla eso con Bautista. Ahora da las órdenes necesarias para que me ensillen el caballo; quiero dar un paseo: deseo ver qué aspecto tiene esta tarde la Castellana. ¡Ah! no olvides mi guardaropa.

Poco despues Fausto trotaba por el paseo de la Castellana, olvidando á fray Natalio y trayendo á la memoria el tiempo en que, rey de los calaveras, fué el jóven á la moda en Madrid.

Cuando regresó á la fonda, Daniel le esperaba.

—Me traerás el abono del palco, le dijo.

—No señor.

—¡Cómo!

Fausto seguia indignándose contra los obstáculos.

—La empresa los tiene abonados todos.

—Empresa feliz.

—El teatro de la plazuela de Oriente tiene muchos abonados de real órden.

—Sí, sí, ya lo sé; pero yo necesito un palco.

—Pues solo tienen en la contaduría el encargo de hacer un traspaso.

—¿Cómo se entiende eso?

—Un señor portugués, que segun malas lenguas se halla arruinado, cede su palco; pero quiere una prima de treinta mil reales.

—Eso es mucho dinero.

—¡Ya lo creo, señorito!

—Pero ¿dices que no hay otro?

—No señor.

—¿Y qué palco es?

—Palco bajo de los mejores, cerca del proscenio.

—Pues bien, dadle los treinta mil reales: yo necesito tener un palco para mañana, y no me disgustará el que se sepa que me ha costado bastante caro; puede que esta circunstancia me haga ganar tiempo.

Daniel miró á su amo como el que no comprende lo que ha oido.

Fausto se sonrió.

—Leo en tu rostro que te admiran mis palabras. ¡Pobre Daniel! ya debias conocerme. Conque toma ese palco, no sea que otro nos gane por la mano.

—Está bien.

Y Daniel, sacando un papel del bolsillo, lo entregó á su amo.

—¿Qué es esto?

—Una lista de los pobres á quienes hay que socorrer.

—¡Ah! Eres un buen chico.

Y Fausto, cogiendo el papel, le dejó sobre la mesa sin leerlo.

—Ya nos ocuparemos luego de los pobres: ahora lo que mas interesa es la adquisicion del palco.

—Está bien; iré al instante á comunicar las órdenes de usted á don Bautista.

. . . . . .

. . . . . .

Julio soñaba, embriagándose con el grato perfume del primer amor.

Beatriz era el ángel de sus sueños.

Veia en la jóven cantante toda la poesía de la virtud, todo el resplandor de la gloria, toda la pureza de la castidad.

Julio tenia una idea fija: ser amigo de Beatriz.

De la amistad al amor solo hay un paso, muchas veces fácil de vencer.

La gran cuestion era aproximarse, ponerse en contacto con aquella perla de la escena, con la jóven que tenia entusiasmado al público de Madrid.

En un corazon que ama de veras, caben las dudas. Esto es lógico.

La virtud de Beatriz, la pureza de aquella jóven, ¿tendria una causa? ¿seria hija de una promesa de amor?

Esto atormentaba á Julio.

—Soy jóven, se decia: soy rico; si ella me ama, la haré mi esposa.

Aficionado furibundo de la música, profesor y cantante á la vez, conocia mucha gente de teatro.

El empresario del de la Ópera era amigo suyo: por eso el mismo dia que en el cuarto de la fonda Fausto acompañaba en voz baja el cuarteto de *Rigoletto*, Julio se dirigió á casa del empresario.

Era indispensable no perder tiempo.

Cuando se ama de veras gusta mas la rapidez de la locomotora para aproximarse al objeto de nuestro pensamiento que el paso de la carreta.

Cuando el amor es correspondido y se viaja, entonces se prefiere la carreta á la locomotora.

Las cosas tienen su modo de verse y de sentirse: lo que hoy nos aburre, mañana nos entusiasma, nos fascina.

El empresario estaba almorzando de prisa para ir al ensayo.

Julio fué recibido en el mismo comedor.

—¡Hola, jóven millonario! no dirá usted que le trato con cumplido, le dijo.

—Le agradezco á usted la confianza.

—¿Qué ocurre? ¿alguna localidad para mañana? Pues será difícil, porque tengo el teatro vendido. Beatriz va á enriquecerme. Y á propósito de mi *prima donna*, ¿qué opina usted de ella?

—Mi opinion tal vez parezca á algunos exagerada.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! Opino que es lo mejor que he oido.

—¡Bravo! es usted de los mios; y pensando así, no tendrá usted inconveniente en tirarle un par de coronas que yo le enviaré al palco.

—Pienso hacerlo de cuenta propia.

—¡Ah!

—Las tengo encargadas; pero exijo un favor.

—Concedido. ¿Billetes?

—No: con mi palco me basta.

—Entonces usted dirá.

—Que me presente usted á Beatriz mañana por la noche.

—Con mil amores; pero ¿no le parece á usted que seria mejor presentarle en su casa?

—Sí, lo prefiero, porque en el teatro podria tenerme por uno de los muchos importunos que irán á visitarla.

—Amigo mio, Beatriz no tiene córte entre bastidores como otras cantantes. Es una artista modesta y poco amiga de la chismografía del teatro.

—Por eso precisamente deseo ser su amigo.

—¿Está usted enamorado?

—Tal vez sí.

—Eso es hablar con franqueza.

—¿Quedamos convenidos en que me presentará usted en su casa?

—Convenidos.

—¿Dónde vive?

—En la fonda de París.

—¡Ah! ¿no se ha establecido?

—Solo la tengo escriturada por tres meses. Luego, tiene compromiso para Lóndres.

—Eso será si no disponen otra cosa las circunstancias.

—¿Piensa usted ajustarla?

—¿Quién sabe?

—En ese caso hablaremos, y si usted me cede una parte en el negocio...

Y el empresario, mirando de pronto la esfera de su reloj, repuso:

—¡Diablo! van á dar las dos. A ver, traedme el café; no quisiera llegar tarde. ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto, y ofrezco á usted mi carruaje que está esperando á la puerta.

—Yo le acepto.

El empresario tomó café de prisa, sin tener compasion de su garganta; tal era la impaciencia que tenia por ir al ensayo de *Rigoletto*.

CAPITULO VI.

LA MODESTIA DEL GENIO.

Existe indudablemente algo de electricidad entre un gran actor y el público que le admira.

El proscenio, por decirlo así, es la pila de Volta por donde pasa la palabra que conmueve.

Nadie se ha dicho «aplaudiremos en tal pasaje;» pero llega, y todo el mundo aplaude y se agita como las saetas de un telégrafo.

El entusiasmo es republicano: no se pára en clases, no reconoce ni la seda ni el paño burdo.

Cuando llega el momento de inspiracion, de verdadero efecto, el aristócrata deja sus gemelos y se rompe los guantes aplaudiendo; y á este aplauso, siempre poco ruidoso, se une el del proletario, cuyas callosas manos atruenan el salon.

Para convencerse de esta verdad id á un estreno.

El teatro se halla de bote en bote.

En el reducido espacio del coliseo se encuentra reunido todo lo hetereogéneo que forma la sociedad de un pueblo.

Allí se hallan las jóvenes elegantes que acuden con entusiasmo y sin otro objeto que el de lucir su traje, ver á su amante ó conquistar un corazon; el rico capitalista que se duerme en la butaca ó habla de las operaciones de la Bolsa; el literato que lleva en el corazon la esperanza de una silba y en la lengua el hacha de la censura despiadada; la entusiasta modista que va á jugar con el corazon; el modesto estudiante fácil de entusiasmar si no hace versos en sus ratos de ócio; el jornalero que sacrifica una gran parte de su fortuna por ver á Romea y tener una comedia mas en la memoria.

Pues bien, llega el momento sublime y todos se olvidan de sí mismos por algunos segundos y aplauden.

Ó lo que es peor, silban sin compasion.

Pero entremos en el régio coliseo, en ese teatro donde hay un *paraíso* que ha sido el *infierno* de muchos cantantes, en ese templo de la armonía donde tantas veces el discorde *entusiasmo* de una silba ha hecho envidiar á los sordos.

Beatriz acaba de recibir un nuevo triunfo.

Los ramos y las coronas alfombran el escenario.

Los bravos y las palmadas hacen estremecer el edificio.

El éxito no puede ser más completo: ni una sola mano se halla sin aplaudir, ni un solo pecho deja de estar conmovido.

Sirviéndonos de una frase muy peculiar de un gran actor coetáneo, diremos que aquella noche aplaudieron hasta las *candilejas* y la *araña*.

Mas de doce veces se vió obligada Beatriz á salir á la escena.

Estaba conmovida, casi enferma.

Cuando entró en su cuarto con algunos comparsas cargados de flores y coronas, su madre, sola en aquella pequeña habitacion, lloraba, pero esas lágrimas dulces y bienhechoras de la alegría.

Beatriz estaba pálida: tanto aplauso la tenia abrumada.

Su modestia se avergonzaba de aquel estruendo.

Se dejó caer en un sofá, y abrazándose á su madre lloró tambien.

Los comparsas dejaron aquellas flores y aquellos laureles, muestras del entusiasmo del público, en el suelo, sobre las sillas y en la mesa-tocador.

Beatriz seguia llorando.

En este momento entró el empresario.

—¡Divina! ¡sublime! ¡adorada Beatriz! ¡Oh! esta noche formará época en el teatro. ¡Qué triunfo! ¡qué entusiasmo! ¡qué éxito tan redondo!

—¡Qué público tan bueno! murmuró Beatriz con inseguro acento.

—¡Ah, sí, hija mia! bien podemos darle gracias á Dios, pues permite que tan lisonjeramente seas acogida, dijo la madre.

—El público, amigas mias, ha sido justo, y su entusiasmo verdadero. No me ha costado poco trabajo el detener á una turba de abonados que deseaban penetrar hasta este nido en donde se oculta el cisne del teatro, el ruiseñor de la escena.

—Sí, ha hecho usted bien, amigo mio. Cuando el público me aplaude, siento algo en el fondo del alma que no sé si calificar de gratitud. Mi corazon se alegra, lo confieso, y las lá-

grimas se agolpan á mis ojos; pero recibir elogios cara á cara, á dos pasos de distancia, me molesta bastante.

—Por eso mismo, conociendo el carácter de usted, he procurado evitar...

—Gracias, gracias.

—Pero si ustedes hubieran estado fuera, en el salon, allí es donde se ve lo que es un público frenéticamente entusiasmado. A propósito, Beatriz: tengo que pedir á usted un favor.

La *prima donna* miró del modo mas ingénuo al empresario.

—Quisiera que ustedes me autorizasen para presentarles mañana á un jóven millonario, un muchacho muy bueno y muy aficionado á la música. ¡Vaya! como que si quisiera ajustarse de tenor, le daria yo un buen sueldo; pero el diablo sin duda vino á quitarnos un gran cantante. ¡Ya lo creo! Era pobre, y de la noche á la mañana se le murió un tio inmensamente rico. Bien es verdad que los millones están en buenas manos, porque Julio de Rioalto no puede ver una desgracia sin socorrerla ni una lágrima sin enjugarla.

El empresario, era tanta su alegría, que hablaba solo con el entusiasmo de un actor sin público que le escuche.

—Puesto que usted cree que ese jóven es una persona decente... dijo la madre.

—¿Decente? ¡ya lo creo! es una especie de ángel con levita. Si me pusiera á contar á usted rasgos bellos de mi amigo Julio, no acabaria nunca; pero ¡qué cabeza la mia! ¿saben ustedes que hoy se ha dado por el traspaso de un palco nada menos que treinta mil reales?

—¿De veras? Eso es una exageracion.

—Ahí verá usted el entusiasmo que inspira su hija.

—¿Y cómo se llama ese loco?

—Se llama como una ópera que estamos esperando con grande impaciencia: Fausto.

—¡Ah! ese nombre lo ha hecho célebre Goethe.

—Sí, antes habia muchos Faustos, en los pueblos sobre todo. Yo he conocido un guarda del Pardo que estaba en el cuartel del Aguila, que se llamaba Fausto, y un pastor de Gozquez que llevaba el mismo nombre; pero hoy es moda.

Mientras el empresario hablaba sin trégua, Beatriz maquinalmente iba colocando las coronas sobre el sofá y los ramos sobre las sillas.

—¡Ah!

—¿Qué es eso?

—Hé aquí una corona que lleva atada una tarjeta.

—¿A ver?

Y el empresario leyó en voz alta:

Tributo de admiracion al genio de Beatriz, que rinde su apasionado Fausto.

—¿Qué es esto? preguntó la *prima donna.*

Atada á la corona con una cadena de oro vió una sortija.

—¡Hermosa perla!

—¡Y es negra!

—¡Calla! y tiene por el endoso una inscripcion que dice: *Andrea 22 de enero.* Esto indudablemente envuelve algun misterio.

—Es preciso devolver la cadena y la sortija á ese caballero, dijo la madre.

—Señora, francamente, no veo yo una necesidad. En Amé-

rica tiran á los artistas favoritos coronas con ramos de onzas de oro, y estos las admiten.

—Hija mia, coloca aparte esa corona.

—Sí, tiene usted razon, es preciso devolverla.

Beatriz apartó la corona con indiferencia, y cogió otra de laurel con una cinta blanca atando una hermosa camelia de color de fuego.

Tenia tambien una tarjeta.

Beatriz leyó lo que sigue:

A Beatriz: Hay momentos que no se olvidan nunca. Unas hojas de laurel y una flor unidas por una cinta menos blanca que la pureza de mi entusiasmo, harán inolvidable esta noche.—Julio de Rioalto.

—¿Qué opina usted de esta corona, querido empresario? preguntó Beatriz.

—Que reconozco en ella á mi amigo Julio, que es el muchacho mas bueno y mas sencillo del mundo: su delicadeza no tiene igual.

—Pues yo en esta corona, dijo á su vez la madre, veo un corazon honrado que rinde tributo al entusiasmo, y en la otra un corazon vicioso que se propone falsamente comprar lo que aún ignora si se quiere vender.

—¡Bravo! eso se llama tener conocimiento del mundo. Creo que ha definido usted á la perfeccion las intenciones de las dos coronas.

Poco despues, Julio sabia en el Casino por boca del empresario el buen efecto que habia causado su corona.

—¿Conque quedamos convenidos en que mañana seré presentado?

—Y casi puedo asegurar que bien recibido.

—¿Dónde nos veremos?

—Iré á almorzar con usted, y luego...

—Perfectamente.

Y es fama que aquella noche tuvo un sueño digno de ser cantado por Homero; por eso sin duda nosotros no nos atrevemos á referirlo á nuestros lectores.

CAPITULO VII.

LAS DOS CORONAS.

Beatriz repartió sus coronas y sus ramos entre todas las señoras de la compañía.

No hubo ni una corista que aquella noche no saliera del teatro cargada de perfumes.

El triunfo de la jóven *prima donna*, como el *Rio Santo* de Egipto, habia sido provechoso á todos.

Debemos decir que Beatriz solo conservó dos coronas: la de la camelia de color de fuego, y la de la perla negra.

La primera para conservarla: la segunda para devolverla.

Cuando regresó á su casa, es decir, á su habitacion de la fonda de París, puso la corona de la camelia colgada del remate de un espejo; la de la sortija la guardó en el cajon de una cómoda.

—¿Qué haremos de esta corona? preguntó Beatriz indicando la que guardaba.

—Devolverla.

—¿No se tomará á desprecio?

—No, si se devuelve bien.

—Entonces tú te encargarás de eso.

—Sí: es cuestion mia.

El criado les sirvió el té que tenian costumbre de tomar todas las noches.

—Doy á la señorita la mas cordial enhorabuena, dijo.

Beatriz se sonrió, preguntando:

—¿Es decir que el ruido de los aplausos ha llegado hasta la fonda?

—¡Ya lo creo! repuso el camarero viendo que le daban pié para hablar, el cual no deseaba otra cosa: no muy lejos de esta habitacion se halla un caballero que casi me atreveria á decir que ha venido loco del teatro; no he visto nunca un hombre mas entusiasmado.

—¡Loco! pues lo siento infinito.

—Loco de entusiasmo. ¡Como que á mí me ha regalado media onza!

—¡Hola!

—Es un americano inmensamente rico, jóven, bien parecido; uno de esos millonarios que viajan por placer, y mas aficionado á la música que el que la inventó.

La verbosidad del camarero prometia ser bastante estensa; pero la madre de Beatriz puso un punto final diciendo:

—Puede usted retirarse.

A una insinuacion de este género no queda otro recurso que cerrar la boca, y así lo hizo el criado, pero no sin decir

—Que tengan ustedes muy buenas noches; yo voy á ver

si se le ocurre algo al señor Fausto Sanz, que ocupa el cuarto inmediato.

El camarero era un muchacho listo, y pudo advertir que al pronunciar el nombre de Fausto, la madre y la hija cambiaron una mirada.

Por eso sin duda al salir del cuarto de la *prima donna* iba diciéndose para su capote:

—El nombre del huésped ha hecho su efecto: ¡quién sabe si esta aventura tendrá un resultado satisfactorio para mi bolsillo! De todos modos, yo nada pierdo.

Y diciendo esto, entró en la habitacion del vizconde de Villafort.

—¿Supongo que me traerás alguna noticia agradable? le preguntó Fausto.

—Las señoras de la habitacion inmediata son poco comunicativas; pero yo he dejado caer como por casualidad el nombre de usted.

—¿Y qué?

—Produjo su efecto.

—¿Tú notaste...

—Que la madre y la hija se dirigieron una mirada espresiva.

—Eres un muchacho listo.

—Favor que usted me hace.

—Cuenta con una propina fabulosa si consigo que Beatriz me ame.

—Tengo un pensamiento.

—¿Conveniente á mis designios?

—¡Oh! ¡ya lo creo!

—Habla.

—Esta habitacion, como casi todas las de la fonda, se comunican por puerta de escape ó puerta de sala. Por ejemplo esa puerta...

Y el criado señaló una, delante de la cual se hallaba un grande espejo.

—Esa puerta, continuó, tiene por la otra parte una cómoda y por esta un espejo. Nada tan fácil como quitar esos dos muebles, y entonces se abre la puerta y se puede pasar de una pieza á la otra.

—¡Hola! tienes ingenio.

—Cuando se trata de servir á un buen parroquiano...

—Prosigue.

—Pues como iba diciendo, cuando una familia viene á hospedarse en la fonda se ponen dos piezas ó tres en comunicacion; cuando eso no se quiere, se incomunican con un mueble cualquiera.

—Sí, sí, ya lo he comprendido; pero la vieja es un obstáculo.

—Lo seria, si se tratara de que usted pasase á la habitacion de la cantante; pero si ella pasa á esta...

—¿Luego tú crees...

—Mas verdes se maduran.

—Dicen que es una virtud.

—Señorito, ¿no ha oido usted decir que todas las mujeres tienen su cuarto de hora?

—¿Luego tú confias que Beatriz...

—Yo no pierdo nunca la confianza cuando esta va acompañada del dinero; y como usted es rico...

—Lo soy efectivamente.

—Pues entonces tenemos andado la mitad del camino.

—Perfectamente: eso me indica que puedo contar contigo.

—En cuerpo y alma, señorito.

—No te pesará.

—Ya lo supongo.

—Responde ahora á las preguntas que voy á hacerte.

—Ya escucho.

—¿Qué opinas tú de la madre?

—Que es una señora muy séria y muy grave.

—¿Y de la hija?

—Que es una jóven hermosa como la primavera.

—¿Viene alguno á visitarla?

—Nadie, si se esceptúa el empresario del teatro.

—Pues desde mañana tienes la comision de espiarla.

—Así lo haré.

—Cuando descubras algo que tú creas puede serme útil para la conquista que proyectamos...

—Vengo á decírselo á usted.

—Perfectamente.

—Y el dia que usted crea que la cosa está en su punto, quito el espejo y la cómoda.

—Estamos conformes.

—Señorito, yo soy un pobre y padre de familia, dijo con cierta fingida cortedad el camarero; así es que usted me dispensará si me atrevo á dirigirle una pregunta.

—Habla.

—Si salimos bien del negocio, yo ¿qué voy ganando?

—Cuatro mil reales que te entregaré el dia de mi victoria.

y media onza que voy á darte ahora por los servicios prestados.

—Si yo no trabajase en la cuestion con el mismo interés que si fuera propia, seria un mal hombre.

Fausto puso en la mano del criado la promesa ofrecida, y dijo:

—Ahora puedes retirarte: creo que no tenemos nada mas que hablar.

—Por esta noche queda todo hablado. Me alegraré que el señorito descanse.

—Anda con Dios, buena pieza, y no olvides lo convenido.

—¡Ah! no tema usted que así suceda, aunque no sea mas que por la parte que me toca.

Y el camarero salió de la habitacion.

CAPITULO VIII.

DONDE FAUSTO OYE UNA VOZ QUE IRRITA SU AMOR PROPIO.

La conquista de una mujer que llama la atencion, halaga la vanidad de algunos hombres hasta un grado superlativo.

Sabido es que algunos se han empobrecido con el amor de una bailarina.

Estos tipos abundan, porque el teatro, visto desde las butacas, fascina.

Fausto se habia dicho:

—Si Beatriz no es mi querida, de poco ó nada puedo enorgullecerme. Veámos el modo de conseguirlo.

Esto le tuvo desvelado gran parte de la noche.

Se durmió cuando comenzaba á amanecer y despertó á las doce, hora en que el camarero entraba en su cuarto con una carta en la mano.

Fausto se restregó los ojos, dijo que abrieran el balcon, se incorporó en la cama y cogió la carta.

La carta pesaba mas de lo regular, la abrió con asombro y se quedó admirado.

—¿Qué es esto? dijo.

El camarero se acercó á la cama para ver lo que era aquello que admiraba al huésped.

—¡Diantre! es una cadena y una sortija.

Fausto se estremeció, reconociendo las alhajas que la noche antes habia tirado atadas á una corona á los piés de la *prima donna.*

Leyó la carta en voz baja.

«Caballero: Devuelvo á usted la adjunta cadena y sortija que anoche me arrojó á la escena; pero me guardo la corona de laurel, pues con ella basta para agradecer su aficion á la música y su entusiasmo.

»Aunque pobre, no admito del público mas que aplausos y flores.

»Dispense usted esta devolucion y no la tome á vanidad, pues siempre agradeceré la fineza con que quiso premiar mi insuficiencia.

»Aprovecho esta ocasion para manifestarle mi gratitud.—*Beatriz.*»

Fausto leyó tres veces la carta.

Estaba admirado.

—Las dádivas, pensó, no ablandarán su pecho.

Y luego, arrepintiéndose de esta opinion, volvió á decirse:

—¡Bah! todo se compra en el mundo: lo difícil es saber el precio y tener dinero para comprar. Me devuelve una cadena y una sortija, porque apenas valdrá todo diez mil reales; pero no me hubiera devuelto una joya de diez mil duros. Ade-

lante: no soy de los hombres que desmayan en sus empresas.

El camarero permanecia junto á la cama con la boca abierta y sin comprender ni una palabra.

Fausto, al fijar en él sus ojos, no pudo menos de reirse.

—¿Tenemos buenas noticias? preguntó el camarero creyéndose con el derecho de la confianza.

Fausto en otras circunstancias hubiera demostrado su desaprobacion por la franqueza de la pregunta, pero necesitaba á aquel hombre; así es que se contentó con hacer un gesto de indiferencia.

—Yo no desisto fácilmente en mis empeños, dijo: tengo, en materia de mujeres, la buena costumbre de creer que *plaza sitiada, plaza ganada.*

A la una fué á verle Daniel, y le recordó la nota que le habia entregado el dia anterior.

—¿Qué nota es esa? preguntó Fausto como si no recordara.

—El señorito me encargó que viera si algun desgraciado necesitaba de su proteccion.

—¡Ah! sí, es verdad: ¿y qué?

—Que en Madrid no es difícil, por desgracia, encontrar gente que se muere de hambre. Yo he encontrado en la calle de Buenavista una familia verdaderamente digna de lástima: si el señorito quiere socorrerla...

—¡Ya lo creo!

—En ese papel están consignadas las señas de la casa, los nombres de los interesados, y...

—Bien, bien, ya lo veré, y esta tarde les haremos una visita, sin olvidar nuestro correspondiente frasco de vinagre inglés, porque las casas de los pobres huelen mal.

Fausto se hizo servir el desayuno en su cuarto.

Daniel advirtió que estaba distraido, preocupado; pero no quiso dirigirle pregunta alguna.

A las dos oyóse el piano de Beatriz.

Fausto dijo á Daniel:

—Véte; quiero estar solo.

Daniel se fué, diciéndose para sí mismo:

—Es indudable que al señorito le sucede algo.

Y sonriéndose, continuó:

—Apostaria á que es cuestion de mujeres. Fray Natalio tiene la esperanza de reformar al vizconde; trabajo perdido: la cabra siempre tira al monte.

Fausto aproximó una butaca al tabique que le separaba del cuarto de Beatriz, y se dispuso á oir aquella voz privilegiada, aquel prodigio de la naturaleza.

De pronto se estremeció. No era la voz de Beatriz, sino la de un hombre; no era una tiple, era un tenor que cantó una romanza con tanto gusto, con tanta ternura, que á pesar del mal efecto que aquella voz masculina le habia causado, no pudo menos de decir en voz baja:

—Canta admirablemente... no conozco esa música, y no deja de estrañarme que la letra sea española. La melodía tiene algo de las baladas alemanas.

Fausto dejó caer la cabeza sobre el pecho, y continuó escuchando.

—Si fuera algun cantante italiano, hubiera cantado en este idioma: ¿quién será ese tenor?

Rápida como una centella pasó por su mente una sospecha, dejando caer una chispa de fuego en su corazon.

Fausto se estremeció.

Tal vez en aquel instante el odio y la duda engendraban en su alma la punzadora espina de los celos.

Fausto se llevó la mano al pecho maquinalmente, y se dijo:

—¿Quién será ese hombre?

El misterioso tenor continuó cantando.

Fausto aprobaba la ternura del cantante con un movimiento de cabeza, y comenzaba á odiar al hombre con todo su corazon.

Muchas veces no puede esplicarse por qué nos sobresalta una persona á quien vemos por la vez primera.

El alma suele ser adivina: lee en lo porvenir, y se sobresalta antes de tiempo.

Fausto, oyendo aquel tenor, sospechó un rival.

Esto, en vez de enfriarle, le enardeció.

Para ciertas naturalezas, un obstáculo es un asunto entretenido.

La cuestion es vencerle. ¿Cómo? Poco importa. Fausto estaba acostumbrado á caminar hácia delante, con la frente erguida y el corazon sereno.

Terminó la romanza.

Fausto parecia dormido en su butaca: tanta era su inmovilidad.

Trascurrieron algunos minutos en el mas profundo silencio.

Hubiera querido oir qué se hablaba en el cuarto de Beatriz, pero en vano fijaba el oido: las disposiciones acústicas de la habitacion ó el grueso del tabique no se lo permitian.

El piano volvió á oirse.

Esta vez, terminado el corto preludio, oyóse la voz de Beatriz, y al instante la del tenor.

Era un duo.

Fausto, á pesar de su despecho, confesóse á sí mismo que nunca habia oido dos voces mas perfectamente unidas, mas dulcemente encadenadas por la armonía, el sentimiento y la pasion.

Su semblante se nubló, sus ojos giraron en sus órbitas, fijándose con ceñuda espresion en un punto de la pared que tenia delante.

Aquellas pupilas, negras como la noche, brillaron de un modo amenazador.

El gérmen de los celos tomaba por segundos mayores dimensiones.

Tal vez la asquerosa baba de la envidia se filtraba en su corazon.

Cuando terminó el duo, oyó una voz de hombre que decia con todos los tonos del entusiasmo la célebre palabra de Wellington en Waterlóo:

—¡Sublime! ¡sublime!

Este grito de entusiasmo habia traspasado el tabique, penetrando en el corazon de Fausto.

Luego todo quedó en silencio, pero ese silencio mas terrible que el de la muerte: el de los celos.

Fausto era una estátua de mármol con los colores de la vida.

Sus ojos inmóviles, fijos, sombríos, su frente contraida, su boca cerrada, demostraban un espíritu hundido en una idea.

Si en aquel momento le hubiera visto fray Natalio, hubiera creido indudablemente que el remordimiento de lo pasado le anonadaba.

Eran los celos que hacian terrible presa en un corazon de cieno.

CAPITULO IX.

UNA IDEA BASTARDA.

Fausto durmió poco, y durante la noche concibió una idea baja, como hija de los celos.

—Perforando el tabique podré ver sin ser visto, se dijo; y entonces sabré todo lo que pasa en el cuarto de Beatriz.

Para llevar á cabo esta villanía necesitaba un cómplice: pensó en el camarero, le llamó y le dijo:

—Necesito de tí: toma.

Y diciendo esto le puso una moneda de oro en la mano.

El camarero pensó:

—He encontrado una mina: sigamos esplotándola.

Y se dispuso á oir.

—Quiero ver lo que pasa en el cuarto inmediato.

—Eso es bastante difícil.

—No se trata por ahora de quitar la cómoda y el espejo de su sitio: lo que yo quiero es mas sencillo.

—Usted dirá.

—Necesito abrir un agujero en la pared, encima del piano de la cantante.

—¡Ah!

—Tú me ayudarás.

—¿Y como se hará eso?

—No te hagas el tonto. Cuando salgan entraré yo, porque supongo que no se llevarán la llave del cuarto.

—Casi nunca.

—Pues bien, me avisas tan pronto como las veas salir; luego te quedas de acecho en el corredor para avisarme.

—Pero...

—Toma y calla: me disgustan los obstáculos.

Y Fausto dió otra moneda al camarero.

—Ahora puedes irte, y avísame cuando salgan.

—Está bien, señorito.

El criado salió, llevando consigo un mal pensamiento.

—¿Será este hombre un ladron? Pero ¡ca! es imposible. Lo que yo creo es que quiere á la *cómica*. Allá se las avengan.

A las tres de la tarde el camarero entró á decir que la jaula se hallaba vacía.

Fausto entró en la habitacion de Beatriz.

Las paredes estaban forradas de un papel color ceniza con pequeñas flores de lis moradas.

Sus ojos se fijaron en una de estas flores, colocada como un metro mas alta que el piano.

Enfrente habia un sofá, sobre el sofá un espejo, y en este una corona de laurel, atada á la cual por una cinta blanca se hallaba una camelia de color de fuego.

Fausto examinó la corona y leyó la tarjeta.

El nombre de Julio de Rioalto le hizo estremecer.

—¿Quién será este Julio? se preguntó: porque Narciso, si mal no recuerdo, era solo en el mundo; no tenia herederos ni de su apellido ni de sus millones.

Y sus ojos brillaron de un modo amenazador, y su boca se entreabrió dibujando una sonrisa terrible.

Luego volvió á decirse:

—Hay en la vida de los hombres ciertos misterios inesplicables. ¿Quién sabe si será el apellido de Rioalto fatal siempre al de Villafort?

Por un instante nublóse la frente de Fausto.

Luego continuó reconociendo la habitacion.

Todo allí era modesto. En la ancha y despejada alcoba veíanse dos camas cubiertas con sus blancas colchas.

Sobre el lienzo de pared donde se apoyaba la cabecera de una de ellas, se hallaba colgado un Cristo de marfil.

A los piés de esta imágen veíase una pequeña pila de porcelana llena de agua bendita.

Sobre la cabecera de la otra cama, un ángel de la guarda con sus inmensas alas desplegadas parecia prestar su apoyo á aquel refugio del pudor.

—Aquí duerme indudablemente ella: ese ángel parece colocado sobre la cabecera para prestarle su proteccion; aquella cama debe ser la de su madre.

Fausto, colocado junto á la puerta de la alcoba, parecia hallarse conmovido.

Por fin, arrancándose á sí mismo de aquel sitio, acabó de reconocer toda la habitacion.

Despues de esto acercó una silla á la pared, y subiéndose sobre ella sacó del bolsillo del gaban una especie de berbiquí de carpintero, y comenzó á perforar el tabique.

De vez en cuando se detenia, y bajando de la silla iba á colocarse en el centro de la sala como para ver desde lejos el efecto de su obra.

—Es imposible que nadie sospeche que á través de ese punto oscuro observa el ojo de un hombre, se decia volviendo á continuar el barreno de la pared.

Como el agujero se habia practicado en medio de una flor de lis, aunque tenia el diámetro de dos reales de plata quedaba perfectamente disimulado por el fondo oscuro de la flor.

Cuando la obra quedó terminada á su gusto, Fausto limpió escrupulosamente el polvo del yeso que habia caido sobre el piano.

—Ahora, volvió á decirse, será fácil que desaparezcan algunas dudas ó se aumenten algunas sospechas que comienzan á echar profundas raíces en mi corazon.

Despues de esto, salió del cuarto de Beatriz y entró en el suyo.

Inmediatamente, como el agujero practicado en la pared venia á caer encima de una cómoda, subió sobre este mueble y se puso á examinar su obra.

Quedó satisfecho.

Desde aquella atalaya podia ver una parte de la habitacion.

Desde este momento, la virtuosa Beatriz, la casta doncella, tenia el ojo del vicio suspendido sobre el mas inocente de sus movimientos, sobre la mas pura de sus acciones.

Aquella misma tarde, Beatriz y su madre comian tranquilamente alrededor de una pequeña mesa, y estaban por cierto bien lejos de imaginarse que un vecino indiscreto las espiaba.

Fausto, acostumbrado á las intrigas amorosas, á las batallas del corazon, al trato íntimo con las mujeres, comprendió que era preciso aprovechar el tiempo.

—Beatriz, se dijo, ha rehusado una sortija y una cadena; vamos á ver si acepta un aderezo de brillantes.

Aquella misma noche, durante el intermedio del segundo al tercer acto de *Rigoletto*, recibió un precioso estuche de terciopelo color de grana.

Le abrió, y no con poca sorpresa encontróse con un precioso aderezo de brillantes rosa.

Sobre las piedras veíase una tarjeta.

Esta tarjeta tenia un nombre escrito: *Fausto.*

Beatriz colocó el estuche sobre las rodillas de su madre y dijo:

—Ya lo ve usted; este hombre es tenaz hasta la exageracion.

—Pues bien, sigamos nosotras su ejemplo devolviéndole el aderezo como le devolvimos la sortija y la cadena.

—¡Ah! sí, sí; este es un regalo de demasiado precio.

—Y estos regalos, hija mia, no los hacen nunca los hombres sin una segunda intencion, intencion que no conviene á nuestra honradez.

Aquella misma noche Fausto recibió el aderezo, acompañado de una carta que decia, poco mas ó menos, como sigue:

«Caballero: Soy una pobre artista que vive del producto de su trabajo y del aprecio del público. Recibo pues con placer,

con satisfaccion, sus aplausos y sus flores; rechazo siempre con la dignidad de mi virtud los diamantes y las joyas de valor.—*Beatriz.*»

Fausto, al leer esta carta, exhaló un rugido de ira.

—¡Ah! ¿será posible que se estrellen contra la tenaz castidad de una frágil mujer todos mis planes, todas mis combinaciones? Indudablemente ella ama, ama á alguno, y yo voy á ser el ángel malo de esos amores.

Y Fausto, despues de sonreirse de un modo que hubiera causado envidia á Mefistófeles, cerró la puerta de su cuarto y fué á colocarse sobre la cómoda en su atalaya.

CAPITULO X.

LO QUE VIÓ FAUSTO DESDE SU ATALAYA.

El reloj de la Puerta del Sol acababa de dar las doce y media de la noche.

A través de la blanca cortina de la alcoba se dibujó la sombra de una mujer.

Parecia hallarse arrodillada, con la cabeza dulcemente baja y las manos cruzadas.

Estaba orando junto á una de las camas: era la madre de la jóven cantante.

En la sala, sobre un pequeño velador, habia una bujía encendida con su pantalla azul celeste, y sentada, leyendo un papel de música, veíase á Beatriz.

Se habia soltado las hermosas trenzas de sus abundosos cabellos, y aquel peinado de dormir, como la bata de color oscuro con que envolvia su cuerpo, realzaban su belleza.

Fausto tenia la mirada fija en la hermosa jóven, espiando el menor de sus movimientos.

Así trascurrió como un cuarto de hora, es decir, la madre rezando, Beatriz estudiando y Fausto inquieto, con la mano sobre el pecho, y el corazon devorado por el imprudente fuego del deseo.

Cuando la sombra proyectada en la cortina desapareció, Beatriz, alzando su mirada del papel que tenia en la mano, la dirigió hácia la alcoba como si cambiara algunas palabras con su madre.

Despues volvió á su estudio, permaneciendo inmóvil algunos minutos.

Fausto veia perfectamente de perfil á Beatriz.

De pronto se estremeció. La jóven cantante, despues de dirigir una mirada recelosa hácia la alcoba, introdujo su pequeña y blanca mano en uno de los bolsillos de su bata, y sacó un papel doblado en forma de carta.

Fausto creyó notar que los labios de la jóven se entreabrian para dar paso á un suspiro.

Beatriz se puso á leer aquella carta.

Al terminar su lectura, que apenas duraria dos minutos, dejó caer lánguidamente la mano que sostenia el papel sobre las rodillas, y se quedó pensativa, con la mirada fija en la casi apagada llama de la chimenea.

Fausto creyó ver en aquella carta y aquella mirada el principio de un amor, el preludio de un corazon inocente que despierta.

Entonces se clavó las uñas en el pecho, rugiendo sordamente de envidia.

De repente Beatriz se levantó, fué á ocultar la carta entre las hojas de un cuaderno de música, y apagando la luz entró en la alcoba.

Allí alumbraba los lechos una lámpara.

Por algunos momentos la sombra de Beatriz fué imprimiéndose en la blanca cortina. Fausto fijó en ella sus codiciosos ojos.

Por fin se apagó tambien la luz de la alcoba, y todo quedó en silencio.

Fausto bajó de su atalaya, dejándose caer fatigado en un sofá.

—Yo necesito esa carta y la tendré, se dijo.

. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente, cuando Beatriz y su madre salieron para ir al ensayo, Fausto entró en el cuarto.

Dos minutos despues, la carta que tanto le habia hecho sufrir estaba en sus manos, y en su lugar habia dejado una tarjeta con esta línea escrita con lapiz:

Fausto.—Yo amo á usted, señorita.

Luego corrió á su cuarto y leyó la carta.

Decia así:

«Yo ignoraba el efecto que la voz de un ángel producia en el corazon de un hombre. Oí á usted, y desde entonces mi vida no es otra cosa que un sueño, á cuyo fin entreveo una dulce esperanza.

»¿Seré desgraciado al despertar? Usted ha de resolver esta duda, puesto que de usted sola depende la dicha que codicio.—*Julio de Rioalto.*»

Fausto permaneció algunos minutos con la carta en la mano.

La lectura de aquellas líneas, dictadas por un corazon sencillo y tímido, le habian producido un efecto inesplicable.

Julio era su rival. Fausto pensó que solo un duelo pondria término á este obstáculo.

Permaneció inmóvil en la butaca.

En el corazon de aquel hombre comenzaban á levantarse esas oleadas hijas del odio, que preceden á la terrible tempestad de los celos.

Algunas horas despues, cuando las melodiosas notas del piano vinieron á arrancarle de su profunda distraccion, se levantó de la butaca y fué á colocarse detrás de su atalaya.

Un rugido se escapó del pecho de Fausto, viendo junto al piano á un jóven que segun todas las probabilidades debia ser Julio de Rioalto.

Al lado de este jóven se hallaba Beatriz.

El encantador semblante de la jóven espresaba claramente el estado de su alma.

Julio cantó la romanza. Beatriz, de pié cerca del cantor, escuchaba en silencio.

De vez en cuando Fausto observaba que entre los dos músicos se cambiaban miradas que él calificó á su modo.

No pudiendo soportar por mas tiempo aquella situacion que le hacia daño, bajó de la silla, se puso el sombrero y salió precipitadamente de su habitacion.

Necesitaba el aire de la calle.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche, cuando Beatriz y su madre se fueron al teatro, Fausto entró en el cuarto y puso una carta en el mismo cuaderno donde el dia antes habia dejado una tarjeta.

Aquella carta era una declaracion de amor, dictada por un corazon despechado.

Fausto terminaba del modo siguiente:

«Recogeré la contestacion yo mismo. Déjela usted en el sitio donde encuentre esta.

»Su silencio me daria derecho á insistir de nuevo, pues soy hombre firme en mis propósitos.»

Esta carta respiraba toda la intemperancia.

Beatriz al leerla tuvo miedo á aquel hombre que se introducia en su habitacion, que espiaba indudablemente la menor de sus acciones.

Vaciló un momento antes de tomar resolucion alguna.

Por último, se decidió á confiárselo todo á su madre.

—Hija mia, le dijo esta: veo que ese Fausto es un hombre temible. Hoy mismo nos trasladaremos á otra fonda, pues es indudable que tiene comprados á los camareros. En cuanto á la declaracion que segun me dices te ha hecho Julio, solo te diré que consultes antes tu corazon. Tu felicidad es la mia: piensa bien lo que haces.

Cuando Fausto regresó á la fonda, el camarero le dijo:

—Tengo que dar á usted una mala noticia: la cantante y su señora madre se han marchado de la fonda.

—¿Y adónde han ido? preguntó Fausto con interés.

—Lo ignoro; pero creo que no será difícil saberlo.

—Necesito que lo averigües antes de mañana á las doce.

—Está bien, señorito.

Desde este momento se infiltró en el corazon de Fausto un pensamiento: matar á Julio de Rioalto.

Por la primera vez de su vida encontraba una mujer firme.

Cuando se ha vencido siempre, el corazon humano no se aviene con el obstáculo que anuncia la derrota.

Fausto no desmayó.

CAPITULO XI.

EL EMISARIO DEL AMOR.

Julio entró una mañana en la habitacion de don Leandro.

—Buenos dias, querido tutor, le dijo: necesito de usted para una comision grave, importante, trascendental.

Don Leandro se quedó mirando á aquel jóven á quien queria como á un hijo.

—¿Qué ocurre? le preguntó.

—Ya sabe usted que amo á una mujer.

—Sí: ya me lo has dicho; y veo con satisfaccion que no tienes secretos para mí.

—Así pues no estrañará á usted que le diga que amándola con toda el alma, pienso llamarla mi esposa.

—¡Casarte!... Eres muy jóven, Julio.

—Yo creo que el matrimonio no tiene nunca edad prefijada para celebrarse.

—No, pero...

—¿A qué edad se casó usted?

—A los veinte años.

—Pues yo soy mas viejo: tengo veintidos.

—Sin embargo...

—¿Fué usted feliz con su esposa?

—¡Oh! mucho, hijo mio, mucho; porque era un ángel.

—¿Quién duda entonces que puedo serlo yo del mismo modo?

—Veo que me atajas por todas partes.

—¡Toma! el hombre enamorado nunca carece de recursos para defender el matrimonio.

—Pero bien: ¿qué es lo que quieres?

—Que pida usted en mi nombre la mano de Beatriz á su madre.

—¿Yo?

—Sí: usted es mi segudo padre; á usted pues corresponde tan delicada comision.

—Pero ¿estás verdaderamente seguro del amor de esa jóven?

—No he dudado ni un solo momento de la pureza de Beatriz. Es demasiado virtuosa para fingir lo que no sienta. Yo la he declarado mi amor, y ella me ha indicado que para concederme el suyo solo faltaba el permiso de su madre.

—Reflexiona que hace poco tiempo que os conoceis.

—La belleza de su alma lleva su historia escrita en el corazon de los desgraciados. Dudar de Beatriz es dudar de un ángel.

—No soy yo el que dudo de ella, pero la esperiencia me aconseja que deben pensarse con mas detenimiento estos asuntos, sumamente importantes.

—La esperiencia es nieve, el amor fuego: son por consiguiente dos elementos opuestos.

Don Leandro comprendió que en aquella lucha de palabras quedaria siempre vencido.

—No insisto mas.

Julio sacó el reloj y dijo:

—Son las doce: Beatriz no irá al ensayo hasta las dos; tiene usted tiempo para desempeñar la comision.

—Iré, puesto que así lo deseas.

—¡Ah! ya sabrá usted que se ha trasladado á la fonda de las Peninsulares, huyendo de un importuno.

Don Leandro se quitó la bata y se puso el gaban.

Julio, que deseaba que su embajador produjera buen efecto, le arregló el lazo de la corbata, sirviéndole de ayuda de cámara.

—Pero tendrás que darme instrucciones, porque todo embajador las recibe de su soberano.

—Las instrucciones se reducen á bien pocas palabras: que la amo, que deseo casarme con ella, y que soy, gracias á Dios, bastante rico para que se retire del teatro, pues no quiero que mi mujer esté siempre suspensa del capricho del público.

—¿Es decir, que tú quieres que abandone la escena?

—Lo que no debe serle muy sensible, en particular á su madre. En cuanto á Beatriz, no es de esas actrices enamoradas de sí mismas que lo sacrifican todo á los aplausos del público. Buena, sencilla y virtuosa, gusta mas su carácter de la paz y la quietud que de las luchas de bastidores.

—Entonces, puede decirse que tenemos algunas probabilidades en favor.

—¡Oh, ya lo creo! de otro modo no espondria á usted á una negativa.

—Eso quiere decir que estais convenidos.

—Creo que saldrá usted airoso de la comision.

—Pues cuanto mas pronto mejor.

—No deseo otra cosa.

—¿Dónde podré verte?

—Aquí esperaré á usted.

Una hora despues, don Leandro regresaba satisfecho de sí mismo.

La madre de Beatriz le habia recibido bien, dándole el consentimiento para amar á su hija.

—Ahora, dijo don Leandro, solo falta que fijeis el dia de la boda.

—Ese será aquel en que termine el compromiso de Beatriz con el empresario del teatro Real.

—Entonces, dentro de tres meses.

—Sí: ó lo que es lo mismo, cuando nazcan los perfumes de la primavera.

Aquella misma noche, Julio se presentó en el cuarto de Beatriz.

Se representaba *La Sonnámbula*.

Julio tuvo ocasion de cambiar algunas palabras en voz baja con su prometida.

—Te amo mas que nunca; y la esperanza de que en breve serás mia me hace el hombre mas feliz de la tierra.

—¡Julio! murmuró Beatriz.

—Supongo que tu madre...

—Solo desea mi felicidad.

—¿Te ha vuelto á molestar con sus impertinencias el célebre americano?

—No, afortunadamente.

—¡Bah! ¿qué debe importarte ese hombre?

—Nada verdaderamente, pero su tenacidad me asusta.

—Yo procuraré que no te moleste.

—No, Julio, no; olvida á ese hombre.

Beatriz tuvo que interrumpir la conversacion: la llamaban para salir á la escena.

Julio se quedó solo con la anciana.

—¡Ah, señora! hoy me ha hecho usted un gran bien.

—Beatriz ama á usted, Julio, ¿cómo oponerme á las inclinaciones de su corazon?

—Yo creo que nunca daré á usted motivo para arrepentirse de su condescendencia.

—Así lo creo.

—Si el mas puro amor no se abrigara en mi corazon, es Beatriz demasiado virtuosa para que yo me atreviera...

—Dice usted bien, jóven: en el mundo, por desgracia, sobran mujeres que sirvan de juguete á los hombres. Si usted no ama á Beatriz, ¿á qué hacerla desgraciada?

—¡Amarla! con toda mi alma.

—Entonces, que Dios derrame la paz y la felicidad sobre ustedes.

. . . . . .

Pronto cundió por Madrid la noticia de que Julio de Rioalto habia pedido la mano de la hermosa y célebre *prima donna*, y que el matrimonio se hallaba aplazado para últimos del mes de abril.

Fausto lo supo tambien, y devorado por la envidia, se dispuso á destruir la felicidad de los jóvenes amantes.

—La calumnia, se dijo hablando consigo mismo, mancha: yo levantaré una valla entre los dos... yo haré que no se realice esa dulce esperanza que les sonrie hasta en sueños, y Beatriz será mia ó de nadie.

CAPITULO XII.

UN AMIGO OFICIOSO.

Durante algunos dias, nada turbó la felicidad de Julio y Beatriz.

Se veian, se sentaban junto al piano, y como si la música fuera el intérprete de sus almas, cantaban las mas escogidas piezas del repertorio italiano.

Poco á poco se iban desvaneciendo en el corazon de la jóven cantante los temores que el misterioso personaje le habia infundido.

El nombre de Fausto sin embargo solia estremecerla: le creia fatal para ella.

Julio sentia haber dejado sin correctivo la inesplicable conducta del hombre que, penetrando traidoramente en el cuarto de su amada, habia robado su primera carta.

Pero Beatriz se lo habia suplicado, y bien á pesar suyo se hacia el indiferente en un asunto que tanto le interesaba.

Llegó por fin una noche. Julio al salir del teatro se dirigió al Casino, pues se trataba de unas carreras de caballos en la Casa de Campo.

—Me alegro que vengas, le dijo un amigo, de esos que á fuerza de querernos llegan á ser oficiosos.

—¿Qué ocurre? preguntó Julio con indiferencia. ¿Se saben los nombres de los caballos que han de disputarse el premio? ¿Hay alguna noticia alarmante sobre las carreras? ¿Se suspenden?

—Nada de eso: se trata de un asunto que debe interesarte mucho.

—Habla pues.

—He oido decir que te casas antes de mucho con la *prima donna* del teatro Real.

—Sí: eso no es una novedad.

—Sin embargo, he presenciado una escena que me tiene profundamente preocupado.

—¡Acaba! esclamó Julio con impaciencia.

—¿Conoces tú á un tal Fausto Sanz?

Julio se estremeció, porque este nombre nada bueno le auguraba.

—Solo le conozco de nombre.

—Dicen que es un americano sumamente rico. Aquí su presencia ha producido un verdadero efecto: juega los billetes del banco á fajos, y pierde ó gana sin pestañear.

—Pero ¿qué tiene eso que ver...

—Poco á poco llegaremos á lo que te interesa.

—Eso es lo que deseo: prosigue.

—Pues bien: Fausto Sanz, que por otra parte me parece un

hombre misterioso, anoche despues de perder algunos miles de duros, convidó á cenar á varios jóvenes, entre los cuales me encontraba yo. Durante la cena se habló de muchas cosas, viniendo por fin á parar en tu casamiento con la encantadora Beatriz.

—¡Ah! ¿y quién trajo á colacion mi futuro enlace?

—Fausto Sanz.

—Adelante, adelante, amigo mio, pues me va interesando tu relacion.

—Calcula tú nuestro asombro cuando oimos hablar de la virtuosa Beatriz con cierta entonacion de desprecio y de burla al citado Fausto.

—¡Infame!

—Eso mismo dije yo para mis adentros al oirle.

—Hubiera sido mejor habérselo dicho cara á cara y en voz alta.

—¡Hombre!

—Continúa, sin olvidar el menor de los detalles.

—Procuraré hacerlo.

Comenzó por sonreirse al pronunciar el nombre de Beatriz, y dijo:

—Señores, en el mundo existen muchos séres que usurpan la reputacion que corresponde á la virtud; otros que la revisten con el engañador ropaje de la hipocresía, sin mas objeto que el de pasar á los ojos de los crédulos por modestos, cuando real y verdaderamente no conocen la modestia.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo; y todos comprendimos al momento que aludia á Beatriz.

—¿Y nadie le llamó calumniador?

—Chico, eso solo se atréve á hacerlo una persona interesada.

—¿Y no os inspiró bastante interés el sexo y el talento de una mujer á quien habeis aplaudido con frecuencia?

—¡Bah! oí decir á un cómico viejo que los actores y las actrices eran solo *misas de cuerpo presente*. Pero continúo mi relato.

—Sí, sí, continúa; tengo ganas de saber todo cuanto dijo ese villano calumniador.

El amigo oficioso tomó aliento, y volvió á decir lo que sigue:

—De lejanas tierras, grandes mentiras, dijo Fausto. Yo vengo de América, yo he conocido allí á Beatriz, y por cierto no gozaba de tan buena reputacion como goza por aquí.

—¡Oh! ese hombre es el mas villano, el mas infame de los hombres. Y dime: ¿viene por aquí con frecuencia?

—Casi todas las noches; pero eso no debe sobresaltarte. Nadie da crédito á sus palabras intencionales.

—¿Y sabe ese hombre que Beatriz es mi prometida esposa?

—¡Toma! eso le dije yo; y á la verdad que encontré algo impertinente la sonrisita que se dibujó en sus labios.

—Está bien; y ahora comprendo el orígen de esa escena y lo que ese hombre se propone con esas infames sospechas que ha derramado, con ese principio de una miserable calumnia.

Aquí llegaba la conversacion de los dos amigos cuando se presentó monsieur Fabricius, y dirigiéndose recto como una flecha á Julio, le dijo en francés:

—Venia á buscaros, querido discípulo.

—Buenas noches, maestro. ¿Qué hay? preguntó Julio, procurando disimular su malestar.

—Tengo que hablar con usted sin testigos.

—¡Ah! pues entonces vamos á uno de los cuartos del *restaurant*.

—Vamos allá.

Julio se despidió del amigo, y salió con el maestro de armas.

Cuando estuvieron solos, monsieur Fabricius tomó asiento, hizo que Julio le imitara, y le dijo:

—Nadie ha esplicado aún con bastante claridad y lógica de qué nacen las simpatías que los hombres se tienen.

—Pero ¿á qué viene esa introduccion, querido Fabricius? ¿No seria mas propio empezar pidiendo la lista á un camarero?

—Cenaré si usted se empeña, pues afortunadamente soy hombre de buen estómago.

Monsieur Rodomont pidió la lista y eligió tres platos, despues de lo cual volvió á decir lo que sigue:

—Pues bien, querido discípulo: las simpatías existen entre los hombres, y usted me es simpático desde el primer dia en que, casi un niño, se puso delante de mí con una careta de alambre y un florete con boton en la mano.

—Gracias, maestro.

—Sí, desde entonces ha sido usted mi discípulo favorito; y cuando en los asaltos le he visto brillar sobre todos y hacer prodigios, he respirado con la satisfaccion que causa el entusiasmo que inspira un hijo.

Fabricius comió un poco, y luego dijo:

—Tarde ó temprano esperaba que los acontecimientos de la vida dieran á usted motivo para un desafío. Entonces me dije: Julio de Rioalto hará honra á su maestro. Este dia, si no ha llegado, no está lejos por lo que he podido colegir.

—¡Ah! ¿se trata de desafiarme?

—Así lo sospecho al menos.

—¿Y quién es ese enemigo oculto que amenaza mi existencia?

—Un hombre de historia, un espadachin acostumbrado á jugarse la vida, y que despues de estar ocho años oculto, vuelve á aparecer en Madrid: el vizconde de Villafort.

Julio irguió la cabeza.

El nombre del vizconde de Villafort resonaba desde pequeño en sus oidos como el de un infame sin corazon.

Aunque no habia visto á Andrea mas que dos veces, la daba el nombre de hermana, la queria por agradecimiento á don Leandro.

Villafort era el asesino de aquella pobre jóven que, creyendo en el fingido amor de su infame amante, lo habia sacrificado todo por él.

Además, ¿por qué el vizconde se presentaba como un enemigo?

Recordó en aquel momento el desgraciado duelo tenido con Narciso de Rioalto.

Todas estas razones apoyadas por la nobleza de su corazon, por la lealtad de sus sentimientos, le hicieron olvidar por un instante al calumniador Fausto.

—Perfectamente, dijo Julio: el señor vizconde, segun usted cree, desea proponerme un desafío, y eso me complace, pues

solo de ese modo podré en parte vengar á una mujer que ya no existe y pagar á mi tio la fortuna que me dejó.

—Debo advertir que el vizconde de Villafort no se presentará con su verdadero nombre; lleva otro: ha tratado de ocultármelo, pero yo le conocia bien y ha tenido que confesarme la verdad: hoy se llama Fausto Sanz.

CAPITULO XIII.

DONDE JULIO SALE AL ENCUENTRO DE FAUSTO.

Julio no pudo contener un grito de gozo.

Fausto y Arturo: hé aquí los dos hombres que mas odiaba en el mundo; y por decirlo así, la buena estrella los fundia á los dos en uno mismo.

—¡Ah! esclamó: ¿es cierto lo que usted acaba de revelarme?

—Tan cierto como lo es el que nos hallamos los dos frente á frente en este sitio.

—¡Oh, querido maestro! no puede usted pensarse lo que le agradezco esta revelacion. ¡Arturo y Fausto uno mismo! Verdaderamente la suerte se ha empeñado en favorecerme.

—Vaya, mas vale así, repuso Fabricius; porque, aunque maestro de armas, no soy de los que se complacen en los duelos.

—Ahora, monsieur Fabricius, cuénteme usted la entrevista que ha tenido con ese doble personaje que amenaza mi vida.

—Pues fué del modo siguiente. Esta mañana se presentó en mi casa bajo el nombre de Fausto Sanz un jóven. A las primeras palabras que cambió conmigo, concebí una sospecha.—Monsieur Rodomont, me dijo: sé que es usted el primer tirador de armas de Madrid, y que tiene discípulos que le honran. Pues bien, yo necesito matar á uno de esos discípulos.

—¿A cuál de ellos? le pregunté admirado.

—A Julio de Rioalto, me contestó dejándome sobre la mesa dos billetes de á cuatro mil reales.

Esto era comprarme sin saber si yo queria venderme.

Rehusar aquel dinero hubiera sido decirle: la vida de Julio de Rioalto vale mas para mí que esos billetes. Fijé en aquel hombre mis ojos, y con asombro comencé á reconocer al vizconde de Villafort, de quien habia sido maestro en otra ocasion.

—¿Conque desea usted matar á Julio? le pregunté.

—Sí: me han dicho que es diestro.

—Es mi mas aventajado discípulo.

—¡Bah! Yo no soy manco, y bajo la direccion de usted, que conocerá todos los puntos flacos del discípulo, creo que no será dificil dirigirle una buena estocada.

—¿Y el señor vizconde de Villafort me compra esa estocada por ocho mil reales?

Al oir este nombre se estremeció: yo me sonreí.

—No hay motivo para que usted se sobresalte, le dije: soy hombre prudente y callaré si es que á usted interesa que calle.

—No me sobresalto, repuso; pero ya varios me han confundido con ese señor que no conozco, y con el cual debo tener una gran semejanza.

—¿De modo que yo tambien me he engañado?

—Sí, amigo mio.

—Vaya, pues entonces no he dicho nada. Puede usted creer que todos los que conozcan como yo al vizconde le confundirán con él. Pero volvamos á la cuestion.

—Sí, sí, volvamos.

—¿Usted necesita saber los puntos débiles de Julio?

—Precisamente.

—¿Qué tal tira usted?

—¿Quiere usted que probemos?

—Ahora mismo.

Cogimos los floretes y las caretas.

Tres minutos despues no tenia duda alguna de que Fausto Sanz era el vizconde de Villafort.

Le vendió una estocada peculiar suya y una parada que yo le enseñé en otra ocasion.

Sin embargo, me guardé muy bien de darme por entendido. y le propuse, si se batia con usted, una estocada alta, con objeto de que usted le despache con la célebre estocada baja tan segura como irresistible que usted posee.

—Pero yo no debo valerme...

—Poco á poco, jóven. Si Fausto Sanz ó el vizconde de Villafort llega á desafiarle, tenga usted entendido que para matar á un enemigo tan villano todos los medios reconocidos por la esgrima son buenos. ¿Quiere usted obrar con lealtal con un hombre que viene á mi casa á comprarme su vida por ocho mil reales? Deje usted necios escrúpulos: á las víboras se las mata de cualquier modo, antes que envenenen nuestra sangre con la ponzoña de sus mordeduras.

Julio al oir estos consejos se quedó pensativo y silencioso.

Su noble corazon rechazaba todo lo que no era leal y digno; mas sin embargo comprendia que para enemigos semejantes que difaman por despecho á una mujer débil y compran la vida de un hombre que ningun daño les ha hecho, todas las armas son buenas.

Monsieur Fabricius, interesado vivamente por aquel jóven generoso, le dirigió una mirada llena de cariño, y le dijo:

—Julio, es usted casi un niño y desconoce hasta dónde llega la perversidad de los hombres. El que por razones que ignoro se pondrá delante de usted proponiéndole un duelo, es uno de esos séres cuya conducta se halla plagada de acciones feas. Hace ocho años tuvo que huir de España, donde le hubieran rechazado todas las casas honradas; hoy vuelve á presentarse con un nombre supuesto, y como siempre, va á proponer un desafío con ventajas de su parte: los años no han podido mejorar el corazon de Arturo de Villafort. Créame usted, Julio: cuando llegue el momento y se tienda á fondo, eche usted mano de su estocada baja, pero dirigiéndola con valor y fuerza; es segura, y aunque no mata en el acto, mata con el tiempo.

En este momento Fabricius levantó la cabeza y dijo bajando la voz:

—Allí veo á nuestro hombre: serenidad, y no olvide usted mis consejos.

Fausto, seguido de tres ó cuatro jóvenes, entraba en la sala del *restaurant*, y todos juntos fueron á ocupar una mesa enfrente de la que se hallaban Julio y Rodomont.

Fausto saludó con la mano al maestro, dirigiendo al mismo tiempo una sonrisa inconveniente á Julio.

—Un poco de prudencia, dijo el maestro en voz baja.

—Yo no debo tenerla, contestó Rioalto, pues ese hombre ha calumniado á la mujer que en breve llevará mi nombre.

—Entonces, ya que veo que el duelo es inevitable, recuerdo á usted su estocada baja.

—No la olvidaré.

Y Julio se levantó de la mesa y fué á sentarse en la misma que ocupaban Fausto y sus amigos.

Esto era una provocacion que iba á tener fatales consecuencias.

—Buenas noches, Julio, dijo uno de los jóvenes.

—Por las señas que me han dado debo creer que este caballero se llama Fausto Sanz.

—Así me llamo, jóven.

—Celebro infinito tener la ocasion de que nos hallemos aquí, pues si no estoy mal informado, en este mismo sitio hace dos noches se trató de difamar á una jóven virtuosa, empleando la villana é infame arma de la calumnia.

Julio estaba conmovido.

Era la primera vez que salian de sus labios palabras imperiosas.

Fausto, por el contrario, escuchó la provocacion de Rioalto sin conmeverse, con la sonrisa en los labios y la frente erguida.

—¿A quién alude usted, jovén? preguntó Fausto con desdeñosa entonacion.

—Al miserable que se ha atrevido á manchar con su villana lengua el nombre de Beatriz.

—¡Ah! entonces va conmigo, señores, repuso Fausto.

Y luego, alzando la voz, continuó:

—A ver tú, camarero, acerca una silla á ese señorito y saca un cubierto mas, pues creo que va á cenar con nosotros.

Julio avanzó un paso.

La indignacion inflamaba su sangre, sus ojos brillaron de un modo amenazador; mas procurando serenarse, dijo:

—Tiene usted todo el aire y la forma de un fanfarron de oficio; y recordando la historia de las almas bajas, me trae usted á la memoria al vizconde de Villafort, que temblaba como el mas vil de los cobardes delante de un pobre médico de pueblo, y disparaba á boca de jarro sobre el indefenso pecho del marqués de Fontan.

Fausto no pudo recibir á sangre fria aquel terrible insulto.

Se puso en pié y llevó la mano á la silla.

Julio, viéndole en aquella actitud, soltó una carcajada, diciendo:

—¡Ah! ¿quiere usted comenzar la funcion á silletazos? Me alegro, señor de... ¿por cuál de los nombres quiere usted que le llame?

—Por mi nombre, jóven, por mi nombre, y ahorrando palabras mal sonantes que no estoy acostumbrado á oir sin castigar.

—En ese caso me tiene usted á sus órdenes, y creo que no me obligará á que le busque.

—Señores, ¿á qué viene esto? preguntó uno de los que rodeaban la mesa.

—Viene sencillamente, á decir que ese hombre es un calumniador á quien espero castigar antes de mucho.

—¡Basta! esclamó Fausto.

Y volviéndose á sus amigos, dijo:

—Tengo que matar á ese niño, bien á pesar mio.

—Espero mañana en mi casa, dijo Julio.

—Nunca rehuyo los compromisos.

—No lo dudo, aunque recuerdo la escena del médico...

Y Julio, saludando desdeñosamente, salió del *restaurant*.

CAPITULO XIV.

EL TESTAMENTO DE UN JÓVEN HONRADO

A la mañana siguiente quedó convenido el duelo á florete.

Julio nada habia dicho á don Leandro ni á Beatriz.

Pasó parte del dia en su sala de armas con monsieur Fabricius.

El maestro estaba vivamente interesado en el triunfo de su discípulo favorito.

Además, Julio le era simpático.

Por la noche Rioalto fué al teatro: estaba sereno, tranquilo.

El delicado corazon de Beatriz nada sospechó.

Julio, como todas las noches, se despidió de su prometida con estas palabras:

—Hasta mañana: piensa en mí.

Cuando llegó á su casa se encerró en su habitacion.

Habia encargado á sus padrinos que si al venir á buscarle don Leandro se hallaba levantado, tuvieran cuidado de no

pronunciar ninguna palabra que descubriese el objeto que allí les conducia.

Solo consigo mismo, pensó sériamente en su situacion.

Hasta aquel momento no habia conocido lo grave del caso.

—En un duelo, se dijo, es difícil asegurar quién saldrá vencedor cuando los dos adversarios saben manejar el arma y tienen sereno el corazon. Dispongámoslo todo por si en el lance me toca á mí la peor parte.

Julio se sentó delante de su mesa-escritorio, cogió un pliego de papel y escribió estas palabras: *Testamento de Julio de Rioalto.*

Julio, con la calma y meditacion de un hombre de edad madura, formuló uno de esos documentos que lo abarcan todo, que no olvidan nada, que no dan lugar á la menor duda.

En su testamento habia un recuerdo para todos.

Su fortuna fué dividida con una escrupulosidad de conciencia admirable.

Don Leandro, Lorenzo, don Fernando, Sofía, el bondadoso padre Miguel y Beatriz, todos tenian una parte en aquel escrito. Además, dejaba una gran cantidad á los pobres, consignando que se le hiciera un entierro modesto.

Este trabajo le ocupó hasta las tres de la mañana.

Durante estas silenciosas é interminables horas de la noche ni un solo momento sobresaltó el temor su corazon, ni un solo instante la idea de la muerte turbó su mente.

Siempre sereno, siempre tranquilo, habiendo hecho de antemano el sacrificio de su vida, se ocupó de todos, olvidándose de sí mismo.

Cuando concluyó su testamento dejó la pluma, encendió

un cigarro, y por la primera vez, al pensar el risueño porvenir que entreveia su esperanza con el amor de su adorada Beatriz, sintió un ligero estremecimiento en el pecho.

Entonces cogió de nuevo la pluma y se puso á escribir una carta llena de ternura, de amor, de sentimiento.

Era la despedida de un alma enamorada, el triste adios de una esperanza que nos abandona, que huye de nosotros, que se aleja para no volver jamás.

A los veintidos años la vida sonríe por doquiera que se dirigen las miradas del alma.

Julio era amado de una mujer que idolatraba, era rico, generoso, tenia todo cuanto en este valle de penalidades y amarguras se necesita para ser feliz.

Iba á batirse, á colocar su pecho delante de un enemigo armado, rencoroso, temible.

Por un momento la idea de la muerte cruzó como un relámpago por su mente, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, se revistió su hermosa fisonomía de cierta espresion de tristeza.

Así permaneció media hora.

En aquellos momentos su alma, su corazon y su pensamiento, estaban enteramente dedicados á Beatriz.

¡Perderla! ¡No volverla á ver! ¡Abandonar un mundo lleno para él de poesía, de encantos, de perfumes!

Julio exhalaba suspiros.

Una lágrima asomó por fin á sus ojos; pero al resbalar por sus mejillas, como si se avergonzara de su debilidad, levantó la abatida frente, y se dijo:

—¿Qué es esto? ¿Tendré miedo? ¿No voy á colocarme de-

lante de ese hombre como el vengador de mi hermana Andrea, de mi buen tio Narciso? Le mataré, sí, le mataré: la Providencia no ha de abandonarme.

Miró el reloj: eran las tres de la mañana.

—Es preciso dormir un poco, se dijo: de este modo, mi brazo estará mas firme, mi pulso mas sereno.

Julio se acostó.

¡Dichosa juventud! Algunos minutos despues dormia tranquilamente, y su sueño era dulce como todas esas ilusiones hijas del amor y la esperanza.

Cuando llegaron los padrinos, Julio dormia profundamente.

Uno de ellos entró en la alcoba y le despertó, sacudiéndole por un brazo.

—¡Arriba, perezoso! le dijo: vamos á llegar tarde.

Julio se puso en pié de un salto, se lavó, se arregló un poco, y en menos de cuatro minutos estuvo dispuesto para seguir á sus amigos.

Al subir al coche, les dijo:

—Voy á pediros un favor.

—Nada se debe negar á un amigo que se halla en tus circunstancias: habla.

—Ignoro si voy á matar ó á morir: en el último caso, tendreis la bondad de entregar este pliego á mi tutor don Leandro y esta carta á la *prima donna* del teatro Real.

—¿A Beatriz?

—Sí, pero solo despues de que esteis convencidos que he muerto.

Julio entregó el testamento y la despedida á sus padrinos.

El coche siguió el camino llamado de las Delicias.

Debian batirse en las arboledas que se encuentran en el Canal desde el segundo al tercer molino.

Cuando llegaron al sitio, vieron un carruaje parado en la parte del rio.

—Fausto nos espera, dijo uno de los padrinos.

El coche se detuvo, y bajaron.

CAPITULO XV.

EL QUE Á HIERRO MATA...

Julio estaba pálido, pero su hermosa y despejada frente se ostentaba serena, con esa sencilla naturalidad que imprime la honradez y el valor.

Fausto por el contrario: podia notarse en su rostro cierta espresion de ironía, de desprecio, hija del amor propio algunas veces, y otras de la superioridad que nos creemos tener sobre los demás.

Mientras los padrinos buscaron el terreno mas á propósito con la escrupulosidad que exigian las circunstancias, Julio, ligeramente apoyado en el tronco de un árbol, esperaba, pensando sin duda en el dulce sueño de su alma, en Beatriz.

Fausto se paseaba algo distante, y aunque fingia disimularlo, se notaba que algun pensamiento preocupaba su mente.

Mas allá, como á unos cincuenta pasos de distancia, se hallaban los dos médicos filosofando sobre el duelo, vanidad pe-

queña del corazon humano que ambos rebatian con tanta lógica como criterio.

Cuando todo estuvo dispuesto, los padrinos se acercaron á los interesados, y uno de ellos les presentó los floretes en cruz.

Julio eligió primero, á una indicacion de su adversario.

Luego le saludó.

Se colocaron en sus sitios, se hizo la señal y se cruzaron las dos sutiles y mortales hojas de los floretes.

En la mirada de Fausto brilló algo parecido al rayo.

En la de Julio resplandeció asímismo algo parecido á la confianza, á la victoria.

Ninguno de los dos se precipitó; parecia que conociéndose diestros y fuertes se reservaban para el momento oportuno.

En estos lances un descuido es la muerte: ambos lo habian comprendido al colocarse uno enfrente de otro.

Para Fausto era aquel duelo una cuestion de amor propio.

Para Julio, una cuestion de amor y de justicia al mismo tiempo.

Por eso uno era la duda irritada y el otro la esperanza serena.

Fausto empleó todos sus recursos. Julio era una roca; su florete una valla colocada delante del pecho guardándole siempre la entrada á la muerte.

Así trascurrió un cuarto de hora.

Los padrinos presenciaban el lance mudos, casi aterrados, porque comprendian que cualquiera de los dos combatientes que se tendiera á fondo habia de herir de muerte.

Fausto fué el primero que cansado de la calma impropia y la firmeza de Julio, comenzó á variar de marcha.

Sus paradas se convirtieron en estocadas.

Julio seguia siempre su mismo sistema de defensa.

Esto indudablemente le dió el triunfo.

Fausto tuvo el descuido que Julio esperaba, y este se metió á fondo.

—Creo que ese niño me ha muerto, dijo cayendo desvanecido en brazos de sus padrinos.

Julio, que habia oido estas palabras, respondió:

—En ese caso, Andrea y Narciso de Rioalto quedan vengados.

Fausto fué conducido á la fonda sin conocimiento.

Daniel y el viejo Bautista, viéndole en aquel estado, le creyeron muerto.

El médico les tranquilizó diciendo:

—No es un cadáver lo que traemos, es solo un herido de gravedad: la esperanza de salvarle no se ha perdido todavía.

Daniel escribió aquel mismo dia una carta á fray Natalio de la Concepcion.

Veinticuatro horas despues, el honrado misionero se hallaba junto al lecho del herido.

Allí se encontraba tambien el médico.

—He introducido la sonda, dijo el facultativo.

—¿Y qué?

—La herida es profunda, y creo que muera de ella despues de sufrir mucho.

—¿Luego no hay remedio?

—Creo que no: tiene interesado el hígado.

—¡Pobre Arturo! murmuró en voz baja el fraile.

—Hé aquí el resultado de los duelos.

—Y sin embargo, doctor, la juventud no se arrepiente nunca, se cree invulnerable, arriesga la vida como un pasatiempo, provoca los duelos olvidando la fragilidad humana; pero tarde ó temprano llega la hora de la expiacion, y entonces del arrepentimiento á la muerte no hay mas que un paso que se atraviesa lanzando un gemido de dolor.

Esta conversacion en voz baja no pudo ser oida por Fausto, que en la alcoba inmediata sufria los dolores que eran consiguientes á tan peligrosa herida.

—¡Doctor! ¡doctor! gritó el vizconde.

Fray Natalio y el médico entraron en la alcoba.

—¡Ah! ¿es usted, padre mio? repuso el herido haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Sí, aquí me tienes, porque yo siempre me hallo dispuesto á servir á mis semejantes, contestó el fraile.

—Tanto mejor; así sabré á qué atenerme, pues ya sabe usted que soy hombre poco sufrido. Estos dolores que siento me desesperan. ¡Oh! hubiera sido mas conveniente recibir una estocada en el corazon. La muerte es un instante; luego... ¿quién sabe lo que hay despues de la muerte?

—Una eternidad, un Dios justo, un tribunal inapelable que juzga uno por uno todos nuestros pasos en la tierra, esclamó el misionero con acento imponente.

En los labios de Fausto vagó una sonrisa de incredulidad.

—No quiero, padre mio, entablar con usted una polémica sobre cuestion tan difícil. Hablemos de lo que nos es conocido: de mi herida, por ejemplo, que me molesta horriblemente. ¿Qué debo esperar de la ciencia? ¿Habré de arrastrar una vida fatigosa? ¿Serán mis dias un dolor continuado, sin término?

¿Sufriré mañana lo que padezco hoy? En ese caso, yo le ruego me lo diga sin ningun rodeo. Una pistola es el mejor remedio para los incurables.

—¡Calla! ¡calla! repitió el fraile: solo faltaba que esterminaras tu existencia por tu propia mano; solo faltaba que cometieras el único pecado que Dios no perdona, porque no tiene el hombre el instante supremo de la contricion que lo borra todo.

—Pero en fin, señores, repuso Fausto haciendo un esfuerzo para dar á sus palabras una entonacion enérgica: yo sufro horriblemente; debo tener en mis entrañas algun áspid que se complace en roerlas, en atormentarme. ¿Cesarán estos agudos dolores? Quiero saberlo.

—La ciencia, amigo mio, dijo á su vez el médico, no pierde nunca la esperanza; es preciso que usted nos ayude con su resignacion, con su paciencia.

Fausto exhaló un suspiro, y como si la presencia de aquellos hombres á quienes estaba encomendada la curacion de su herida le molestara, cerró los ojos.

Fray Natalio y el médico, calculando sin duda que el enfermo deseaba descansar, salieron de la alcoba y fueron á sentarse en dos butacas de la sala.

Allí mantuvieron este diálogo en voz baja:

—La herida es incurable: me lo demuestran los horribles dolores que produce.

—Lo mismo creo.

—Ese jóven arrastrará una existencia dolorosa, porque es indudable que le amenaza uno de esos cánceres ocultos que roen poco á poco la entraña donde se forma, produciendo por último una muerte desesperada.

—Si así sucede, aunque la muerte de ese infeliz me causará una honda pena, no podré menos de reconocer en ella la misteriosa mano de Dios.

Fray Natalio dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

Profundas y tristes reflexiones se agolparon en su imaginacion.

El doctor contempló por un instante la venerable frente de aquel anciano, y temiendo sin duda interrumpirle, cogió un libro y se puso á leer en voz baja.

Dejemos ahora por algunos momentos el grupo de estos tres hombres que hemos presentado á nuestros lectores; y puesto que la narracion que nos ocupa toca á su término, vamos á hacer un ligero viaje alrededor de otros personajes.

CAPITULO XVI.

UN VIAJE CON LA IMAGINACION.

El gigante de Aragon, el majestuoso Moncayo, bañado por los rayos de un claro y esplendoroso sol, brillaba con toda la magnificencia de que son susceptibles sus verdes cañadas, sus imponentes barrancos, sus altivas lomas.

En la misma falda del monte que nos ocupa alzaba sus modestas casas una pequeña villa cuyo nombre no recordamos.

Nos detendremos cerca de una cruz de piedra donde se ve una modesta casa blanca como las alas de una paloma; es la vivienda del venerable sacerdote que presentamos ante nuestros lectores con el nombre del padre Miguel.

Algunos años han trascurrido: la blancura de sus canas ha aumentado; la bondad de su semblante se ha hecho mas respetuosa con el tiempo.

El mes de abril comenzaba á anunciar todos los encantos de la primavera.

—

El cielo tenia una pureza diáfana, una trasparencia encantadora.

El aire tibio y perfumado anunciaba el poético mes de las flores.

El padre Miguel, sentado en el poyo de piedra de su puerta, leia en su breviario con la tranquila gravedad de un patriarca.

De pronto oyó una voz fresca, argentina, que cantaba en el interior de la casa. Alzó la cabeza como para oir mejor el canto que llegaba á sus oidos, y una sonrisa seráfica dibujóse en sus labios.

Antes de que esa sonrisa se estinguiera, la cabeza y el cuerpo de una hermosa jóven vestida con el poético traje de las montañesas de Aragon, asomó por el hueco de una ventana que daba encima del poyo en donde se hallaba sentado el sacerdote.

—Alegre estás hoy, hija mia, dijo el padre Miguel dejando el libro sobre el poyo de piedra.

—Sí, padre mio; siento la alegría que derrama por estos valles la primavera. He visto algunas golondrinas pararse fatigadas bajo el sotechado del corral: ellas vienen todos los años á anidar en el mismo sitio.

—Las golondrinas, segun dice la gente del campo, son unas avecillas de buen agüero que llevan la fortuna á aquellas casas que eligen para hacer sus nidos.

—Entonces mucha debe ser la nuestra, porque todos los años crian en nuestra casa ocho ó diez parejas de esos pajarillos emigradores.

—Y efectivamente, querida Felicidad: ¿no somos nosotros

afortunados? ¿Qué nos falta? Si todas las horas del dia nos arrodilláramos ante el Sér Supremo dándole gracias por la infinita misericordia que vierte sobre nosotros, aún le quedaríamos á deber mucho.

Felicidad, á quien indudablemente habrán reconocido nuestros lectores desde el primer instante, habia adquirido con los años y los aires saludables del monte una hermosura por decirlo así mas fresca, mas lozana.

Contaba en la época que nos ocupa veintiocho años de edad.

Era una de esas muchachas fuertes y rollizas, á las cuales los influjos del sol no perjudican para la blancura de su rostro.

Felicidad al llegar al pueblo del padre Miguel habia dejado las galas de la córte por las sencillas y poéticas gálas de las montañesas.

Al principio, los vecinos de la pequeña villa que nos ocupa formaron mil comentarios sobre aquella jóven de manos blancas como las azucenas y frente nacarada.

Si la conducta del padre Miguel no hubiera estado sólidamente cimentada, la maledicencia se hubiera cebado en el venerable sacerdote. Pero el padre Miguel era uno de esos ángeles que cruzan la tierra, cuya pureza, como la piel del armiño, rechaza las manchas de la calumnia.

Inspiró pues curiosidad la jóven. Se deseó saber por qué abandonaba la córte por un pueblo, y qué misterio envolvia la inesperada presencia en el lugar de aquella protegida del cura párroco.

El tiempo, infalible templador de las pasiones, fué poco á poco disipando la curiosidad.

Las obras dan á las personas un lugar preferente; así fué

que Felicidad llegó á ser mirada en el pueblo como una muchacha modelo.

Amable, condescendiente, caritativa, dispuesta siempre á practicar alguna de las santas obras de misericordia entre sus prójimos, fué amada con veneracion de los pobres y respetada de los ricos.

Cuando algun jóven, prendado de la belleza de su alma y la hermosura de su rostro, punteaba la guitarra al pié de su ventana enviándole tiernos suspiros y coplas enamoradas, si no contento con esta manifestacion de su alma le declaraba su amor, Felicidad entonces, con una voz dulce como deben tener los ángeles, mirándole con una ternura infinita y dejando vagar en sus labios una sonrisa cariñosamente fraternal, solia decirle:

—Amigo mio, ruego á usted no pase por mí ninguna mala noche, porque no me creo digna de su amor. Seamos hermanos; es lo único que puedo conceder á los hombres.

Pero llegó un dia en que uno de esos amadores nocturnos, uno de esos cantantes al aire libre que revelan su amor acompañados de una guitarra, fué mas tenaz que los otros.

Llamábase este jóven Baltasar.

Era hijo de un rico ganadero, y sus padres disfrutaban en el radio una reputacion envidiable.

Baltasar amaba á Felicidad con esa vehemencia impetuosa del primer amor que agita y conmueve un corazon noble, generoso, honrado.

Hijo de la montaña, sus pensamientos eran puros como el aire que habia respirado desde el nacer.

Baltasar, al verse dulcemente rechazado por Felicidad, sin-

tió una de esas heridas en el alma que conmueven y trastornan.

—No he venido á pedirte el amor de un hermano, le dijo. Te amo demasiado para eso. Ignoro cuál fué tu pasado; no pretendo descubrir las causas que te obligan á rechazar todos cuantos partidos te se presentan; no quiero hacerte el agravio de creerte una de esas mujeres de corazon de mármol, cuyo pecho no se conmueve jamás ante las misteriosas influencias del amor. La que como tú derrama lágrimas en presencia del dolor ajeno, la que como tú corre afanosa junto al lecho del pobre necesitado, la que como tú se halla siempre dispuesta á interesarse en las penalidades del prójimo, no puede por un mero capricho rechazar esa pasion santa, sublime, que lo embellece todo. ¿Dices que no puedes ser mia?

—Ni tuya ni de nadie, Baltasar. Seré tu hermana; no puedo ser tu esposa.

—Dime, Felicidad: ¿no es cierto que tu conducta envuelve algun misterio que no quieres revelarme?

—Sí, murmuró la jóven bajando los ojos al suelo.

—Habla, repitió Baltasar apoderándose de una de las manos de la jóven y estrechándola dulcemente contra su pecho.

—No puedo.

—Habla, yo te lo suplico: ¿qué podrás decirme que sea capaz de arrancarme del corazon el amor que me has inspirado? Habla. Hace mas de ocho años te presentaste acompañada del padre Miguel en este pueblo; desde entonces no ha pasado ni un solo dia que no pueda señalarse para tí con una obra de caridad, con un rasgo bello. Si en otro tiempo y en otras tierras fué tu conducta distinta, ¿qué no borra el arrepentimiento? ¿Qué no hace olvidar una abnegacion tan grande como la tuya?

Felicidad se llevó las manos al rostro para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

En vano Baltasar procuró arrancarle el secreto que habia sospechado.

Aquella noche el padre Miguel, al terminar sus oraciones, oyó gemidos entrecortados en la habitacion de su ahijada.

—¿Qué será esto? se dijo.

Y como los gemidos continuaban, volvió á repetir:

—Es preciso que yo sepa... no dormiria tranquilo.

Y se encaminó á la habitacion de Felicidad.

El anciano sacerdote dió dos golpecitos suavemente sobre la madera de la puerta, porque la celda de su pupila era para él tan respetada como lo fué el Arca Santa para las tribus israelitas.

—Puede usted entrar, padre mio, contestó la voz de Felicidad.

Y entonces el sacerdote, empujando la puerta, entró en el dormitorio de la jóven.

Felicidad, sentada cerca de una mesa y los codos apoyados en las rodillas, daba á entender por las lágrimas que surcaban su rostro el estado de su espíritu.

—¿Qué tienes? ¿por qué lloras? preguntó el padre Miguel acercándose á ella y cogiéndola cariñosamente una de sus manos.

—Tengo, padre mio, que estoy causando la infelicidad de un jóven generoso, bueno, honrado, que me ama con toda su alma.

—¿Quién es ese hombre, hija mia?

—Baltasar.

—Sí: efectivamente es uno de los muchachos mas honrados, mas dignos de aprecio del pueblo. Pero ¿tú le amas?

—¡Ah! creo que sí, padre mio.

El sacerdote guardó silencio.

Abundantes lágrimas surcaron las mejillas de la jóven.

En aquel instante hubiera podido leerse á través de la frente del venerable anciano el pensamiento que le preocupaba.

CAPITULO XVII.

ENCUENTRO INESPERADO.

El padre Miguel comprendia que la fervorosa contriccion que habia hecho á Felicidad como otra Magdalena arrojar sus galas, la ponia en el caso de no aceptar el amor de ningun hombre.

Desde el instante en que este amor, imposible bajo todos puntos de vista para ella, renacia en su corazon, el tormento del alma empezaba para la jóven.

—Pero bien, hija mia, yo supongo que tendrás bastante valor para ahogar en tu pecho esa pasion que comienza á crecer.

—Así lo espero, padre mio.

—Y en el caso de que no pudieras resistirla, que llegaras á uno de esos puntos en que te dominara, entonces... piénsalo bien, hija mia, antes de conceder á un hombre honrado la mas pequeña esperanza, será preciso que se lo reveles todo.

Felicidad ahogó un gemido, como si en aquel instante el recuerdo del pasado le avergonzara.

—Comprendo que es muy doloroso lo que acabo de decir, repitió el sacerdote dando á su voz un acento dulce y paternal: sacrificio grande es para una jóven recordar la historia de su afrentoso pasado, historia que para mí, hija mia, borró completamente el arrepentimiento. Pero ¡ay de tí, si abusando de la confianza de un hombre te dejaras conducir al altar y recibieras al pié de un sacerdote el sagrado depósito de su honra! ¡Ay de tí, si mañana la verdad, luz celeste que tarde ó temprano brilla con todo su esplendor, llegara á demostrar lo que no habias querido que se supiese!

—Sí, sí: lo comprendo, padre mio, lo comprendo; y usted sabe que he rechazado siempre todas cuantas proposiciones se me han hecho. Tendré valor, sabré resignarme.

¡Ay! Felicidad no contaba con la tenacidad del hombre que habia conmovido su pecho.

Baltasar cantó al pié de su ventana una y otra noche sus amores.

Baltasar, firme y tenaz enamorado, la persiguió por todas partes, y su persecucion era mas terrible porque sus súplicas, dulces y apasionadas, iban apoderándose del corazon de Felicidad.

Una tarde, la jóven se dirigia á una cabaña de pastores en donde una pobre mujer luchaba con las ánsias de la muerte.

Felicidad era portadora de algunos medicamentos y un poco de dinero.

Al salir de la cabaña acompañada de las bendiciones de aquella pobre familia, húmedos aún los ojos por las lágrimas

que le habia arrancado el dolor ajeno, se encaminaba hácia el pueblo á esa hora en que las sombras de la noche comienzan á estenderse por el horizonte.

El sol acababa de hundir su último rayo tras las elevadas cimas de los montes, y el dia iluminaba con la tibia y vaga claridad del crepúsculo las verdes cañadas del Moncayo.

Felicidad se dirigia hácia el pueblo, despacio, con la mirada fija en el suelo y los brazos lánguidamente caidos.

Era en aquel instante la verdadera imágen del dolor, pero de ese dolor sublime y puro de los mártires que caminan por la escabrosa senda de la vida con la esperanza en el cielo.

De pronto, y al llegar á un recodo que formaba la vereda, Felicidad se detuvo porque una sombra, como si fuera evocada del seno de una roca, se levantó ante ella.

Era Baltasar.

—¿Tú aquí? preguntó entre asombrada y tímida la jóven.

—He seguido tus pasos, te he visto entrar en la choza de los pastores, y te he esperado.

El montañés pronunció estas palabras con voz profunda; parecia que una firme resolucion se hallaba arraigada en su pecho.

Felicidad fijó sus ojos en aquel jóven, como deseando leer en el fondo de su conciencia.

No le inspiraba miedo: era Baltasar demasiado generoso y honrado para creerle capaz de una accion fea.

—Entonces, me acompañarás al pueblo; la noche se aproxima.

—No: antes hablaremos aquí sobre esta roca, cerca de este manantial cuya agua es menos pura que el amor que te profe-

so, sin mas testigos que esa luna cuyo disco comienza á elevarse por el horizonte. La noche, depositaria de los grandes secretos de la humanidad, guardará en sus misteriosos arcanos lo que pase entre nosotros.

Felicidad se estremeció.

Baltasar, que habia estudiado en Zaragoza lo suficiente para poder administrar la hacienda de sus padres, aunque jóven dedicado á la vida de campo, tenia en aquel instante cierta nobleza, cierta elevacion de pensamientos, hija solo de un alma enamorada, de un pecho que siente y trasmite por el órgano de la palabra la mas pequeña de sus impresiones, poetizándola con esa dulce ternura del sentimiento.

—¡Aquí! ¿y por qué no en el pueblo?

—Porque de lo que resulte de nuestra conferencia, ese pueblo que me vió nacer, ese pueblo donde nacieron mis padres, no me volverá á ver jamás.

—¿Qué dices? preguntó con inquietud la jóven.

—Sí, Felicidad: huiré para siempre. Yo no me siento con fuerzas para permanecer á tu lado y saber que el dolor que me devora te es indiferente: huiré de tí. Afortunadamente, en el universo existen lejanos países en donde el hombre puede ir á ocultar sus lágrimas, sus amarguras, en donde el hombre puede buscar la muerte lejos de aquella mujer á quien ama y que mira con indiferencia la profunda herida de su corazon.

—¿Yo mirar con indiferencia tus padecimientos? esclamó Felicidad.

Y como si se arrepintiera de aquellas palabras, repuso cambiando de entonacion:

—Pero bien; ¿qué quieres?

—Saber la historia de tu pasado, saber la causa, el por qué rechazas mi amor.

Felicidad exhaló un suspiro, y dijo:

—Pues bien: sea.

Y sentándose en la roca que poco antes habia indicado Baltasar, comenzó á hablar de este modo:

—Tú me has creido indiferente al amor que me profesas, tú me has creido insensible á esos dolores morales que te causa lo que tú llamas mi desden, y sin embargo no es verdad, Baltasar; tambien yo gimo en silencio, tambien yo sufro, pero reconcentro este sufrimiento en el fondo de mi corazon.

Felicidad se detuvo.

Fijó sus grandes y espresivos ojos llenos de apasionado fuego en el rostro del jóven, que la escuchaba de pié á su lado; y como este guardara silencio, volvió á decir:

—Tú quieres saber mi pasado, salga pues mi secreto de mi pecho, aunque al pasar por mis labios mate tu felicidad y la mia, queme mi lengua y levante entre los dos una valla insuperable.

El acento de Felicidad tenia tal espresion de profunda tristeza, que Baltasar se estremeció.

Sin embargo, mudo como una roca, silencioso como un sepulcro, permanecia de pié á su lado esperando como el reo su sentencia.

—Nací en casa de una noble señora que tenia una hija de mi misma edad: ambas crecimos juntas, y fué para mí una cariñosa hermana que me prodigó la ternura de su corazon, los favores de su fortuna.

La gratitud es para mí una de las principales virtudes del

corazon humano. Yo amé á mi señora con el cariño de una hermana, con el respeto de una hija.

Andando el tiempo, ella llegó á ser una de las mujeres á la moda de Madrid á quien un casamiento de conveniencia hizo la mas desgraciada de las esposas.

Amaba á un hombre, y olvidándolo todo faltó á su deber.

Yo, poseedora de este secreto, fuí cómplice de un amor adúltero que tuvo por desgracia un fin trágico.

Sin embargo, me mantenia pura como la luz de la aurora. Mi pecho no habia dado cabida al amor de los hombres. Solo amaba por gratitud á mi señora, y por ella me hallaba dispuesta á sacrificarla todo: hasta la honra.

Así sucedió.

Un hombre, uno de esos malvados libertinos á quienes la fortuna concede sus dones, y que emplean su oro en la seduccion y en las infamias, llegó á poseer un secreto de la mayor importancia para mi señora. Entonces aquella mujer á quien se lo debia todo, á quien amaba como á una hermana, con las lágrimas en los ojos y arrodillada á mis piés, me dijo con el acento de la desesperacion.

—¡Sálvame, hermana mia, sálvame!

Felicidad suspendió su relato para enjugarse las lágrimas que brotaban abundantes de sus ojos.

Baltasar guardaba silencio.

Despues de una corta pausa, la jóven volvió á decir:

—Yo odiaba á aquel hombre, te lo juro por el eterno descanso de aquella mujer que me llevó en sus entrañas, te lo juro por la salvacion de mi alma; pero al contemplar las lágrimas de la noble señora á quien debia tantos favores, al escu-

char las súplicas que con voz entrecortada me dirigia, olvidé mi honra, ó por mejor decir lo olvidé todo y no pensé mas que en salvarla.

—Pero ¿qué secreto era ese? esclamó por fin Baltasar rompiendo el silencio, para que tú sacrificaras lo que hay de mas caro y mas precioso en la mujer.

—¡Ah! ¡dichoso tú que no comprendes adónde llega la perversidad humana! ¡Dichoso tú, que has pasado la mayor parte de tu vida en el tranquilo hogar de tus padres, donde solo se sienta la virtud, la honradez, la dignidad!

Y la jóven se llevó las manos al rostro, que cubierto de lágrimas parecia buscar un momento de reposo.

CAPITULO XVIII.

DONDE CONTINÚA EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Baltasar respetó aquella breve suspension del relato, aunque su pecho inquieto demostraba la impaciencia que le consumia.

—Continúa, dijo por fin.

—Mi señora, separada de su marido, vivia con un nombre supuesto disfrazada de hombre.

Ella imaginaba que esto era un secreto que nadie sabia esceptuando su amante, yo y un villano que abusando de su confianza lo reveló sin duda imprudentemente por un puñado de oro.

En las grandes capitales, esa juventud que vive y disfruta alegremente del patrimonio que tuvieron el trabajo de crearles sus padres, se entrega con frecuencia á luchas fatales en donde el amor propio desenfrenado les conduce muchas veces á la perdicion.

Narciso de Rioalto: este era el nombre de aquel que sabedor del secreto de mi señora amenazaba destruir todo el misterio de su vida y ponerla en ridículo á la faz del mundo.

—Es preciso que ese hombre sea tu esclavo, que le domines, que le obligues á guardar silencio, á enmudecer. Tú eres bastante hermosa para lograr que ese hombre te ame. Si así sucede, me habré salvado.

¡Ay, Baltasar! tú no puedes imaginarte la horrible lucha que tuve que mantener durante algunos meses.

La gratitud que tenia á mi señora me hizo olvidar todos os deberes que me debia á mí misma.

Fuí la querida de ese hombre. Fingí amarle, y guardó silencio.

Mi pobre señora pudo respirar tranquila por algun tiempo.

Pero su vida no fué larga. Murió envenenada, como murió asímismo en un duelo Narciso de Rioalto.

¿Comprendes ahora, querido Baltasar, por qué rechazo tus súplicas de amor? ¿Comprendes ahora por qué te he dicho mil veces que yo no puedo ser tu esposa?

Huye de mí: olvídame; sobre mi frente se halla la mancha de la impureza: sacrifiqué á la gratitud mi honra. Te he revelado mi secreto, y espero que tu pecho sea la tumba donde muera. Que no salga nunca á tus labios, porque no comprenderian mi abnegacion, y las gentes honradas, escupiéndome al rostro, me obligarian á abandonar este sencillo pueblo en donde tan dulces y tranquilas horas han trascurrido para mí, en donde el verdadero arrepentimiento de que se halla poseido mi corazon, hará que cuando mi alma abandone la materia y llegue á las puertas del paraíso á pedir su recompensa, Dios le

dirija una mirada compasiva y le conceda un sitio en la bienaventuranza.

Baltasar, mas inmóvil, mas silencioso que nunca, se estremecia de vez en cuando como si una lucha misteriosa se agitara dentro de su sér.

—¿Dices que ese hombre que fué tu amante ha dejado de existir? preguntó con reconcentrado acento.

—Sí.

—¿Dices que fué la gratitud la que te obligó á olvidar lo que una jóven se debe á sí misma?

—Sí.

—El secreto que acabas de revelarme, ¿es conocido por alguno en la tierra?

—Tres lo sabian: mi ama que no existe, Narciso de Rioalto que ha muerto, y el padre Miguel con quien vivo y á quien se lo revelé todo.

—¿Y qué te indujo á abandonar la córte?

—El deseo de la soledad, las palabras de un venerable sacerdote que conmovieron mi corazon, inclinándole al arrepentimiento. Preferí la paz de la aldea al bullicio de las grandes capitales. Hubiera podido vivir en Madrid, brillar en aquella sociedad inquieta, ser tal vez la reina de la moda, verme solicitada; pero mi alma deseó abandonarlo todo, porque no habia nacido para encenagarse en el vicio.

—Júrame que es verdad todo cuanto acabas de decirme.

—¿Y para qué me exiges ese juramento?

—Júramelo: yo te lo ruego.

—Pues bien, lo juro por lo mas sagrado: por las cenizas de mi madre.

—Ahora puedes levantarte; la noche ha cerrado: el padre Miguel te esperará impaciente. Vamos al pueblo: yo te acompañaré hasta tu casa.

Baltasar y Felicidad emprendieron el camino que conducia al pueblo, guardando ambos profundo silencio.

Cuando la jóven llegó á su casa, el padre Miguel la esperaba paseándose por el portal con impaciencia.

—¡Ah! gracias á Dios: has tardado mucho, hija mia. ¿Cómo está esa pobre infeliz? ¿Sigue mejor? ¿Se tiene alguna esperanza de que se restablezca?

—No ha sido esa la causa de mi tardanza, contestó Felicidad.

—¿Pues cómo es eso? ¿no has ido á la choza?

—Sí.

—¡Ah! creia...

—Al salir de la choza encontré en la vereda que conduce al pueblo á Baltasar.

—¡Diantre! ese muchacho te persigue con una tenacidad que me disgusta.

—Es honrado.

—Ya lo sé.

—Jamás me ha ofendido en lo mas mínimo.

—No es eso; pero...

—El me ama: usted lo sabe.

—Demasiado.

—Yo le amo.

—Tampoco lo ignoro, mas...

—Sé lo que va usted á decirme: se lo he revelado todo.

—¡Ah! ¿qué has hecho, hija mia?

—Cumplir con mi deber, evitar que ese jóven conciba esperanzas que no pueden realizarse.

—Has hecho bien: yo comprendo que debe haberte sido muy doloroso.

—¡Ah! mucho, padre mio.

—Y despues de confesárselo todo, ¿qué ha dicho Baltasar?

—Me oyó con profundo respeto.

—¿No se mostró indignado?

—No: el sentimiento, mas que el despecho, leia en su semblante.

—Es un muchacho noble y generoso.

—Cuando terminé, hizo que le jurase ser verdad todo cuanto le habia dicho: despues, sin desplegar los labios, me acompañó hasta el pueblo, y al separarse de mí cerca de esta casa, solo me dijo:—Hasta mañana, Felicidad.

—¡Es estraño! Yo creia que amándote tanto, al revelarle un secreto que hace imposible su amor, hubiera puesto el grito en el cielo, como suele decirse. En fin, ya por esta parte, si bien á costa de un doloroso sacrificio, puedes estar tranquila.

—Sí: yo espero que Baltasar no volverá á hablarme de su amor.

El padre Miguel cogió una de las manos de la jóven, y haciendo un cambio rápido de entonacion, la preguntó:

—Lo cual no será muy de tu agrado.

Felicidad nada contestó á esta pregunta.

—Despues de todo, es verdaderamente sensible que yo no os bendiga al pié de los altares: hubiérais hecho una buena pareja. Pero en fin, ¿qué le hemos de hacer? Vaya, vaya, no quiero que llores ni que pongas la cara triste: nada me aflige

tanto como tus lágrimas. Dispon la cena y cenemos en paz y en gracia de Dios.

. . . . . .

. . . . . .

A la mañana siguiente, el padre Miguel se dirigió á su iglesia á oficiar segun costumbre.

Terminada la misa, se quitó las sagradas vestiduras, cogió su raido manteo, y al tiempo que salia por la puerta de la sacristía, se encontró de manos á boca con Baltasar.

Al sacerdote le bastó una rápida ojeada para advertir que el jóven montañés estaba mas pálido que de costumbre, y que alrededor de sus ojos se veia un círculo amoratado, síntoma seguro de una noche de insomnio.

—¿Tú por aquí, Baltasar? preguntó el cura con fingida indiferencia.

—Buenos dias, padre Miguel.

—¿No vas hoy al monte?

—Iré mas tarde.

—¿Y cómo siguen tus padres?

—Perfectamente bien.

—Vaya, me alegro. A propósito: ¿cuándo es el esquileo?

—He oido decir á mi padre que el mes que viene.

—Pues desde ahora te encargo que me guardeis tres arrobitas de lana, procurando escoger los vellones como para un amigo. ¡Ah! y si se os muere alguna oveja, guardadme una zalea; porque, querido Baltasar, como he cumplido los setenta, he notado que de invierno en invierno voy teniendo mas frio.

—Dispense usted si le dirijo una pregunta.

—Puedes dirigirme todas cuantas quieras.

—¿Va usted á su casa?

—Hombre, allí me dirigia á tomar chocolate. Te convido, si quieres acompañarme. Pero ¿se te ocurre algo?

—Sí: deseaba rogar á usted que cuando esta noche se presente mi padre en su casa á pedirle la mano de Felicidad, no ponga usted ningun obstáculo.

—¡Cómo! esclamó asombrado el sacerdote: ¿quieres casarte?

—Sí.

—¿Casarte despues de lo que anoche te reveló mi ahijada?

—Precisamente por eso. Si Felicidad hubiera querido engañarme, hace tres años que solicito su amor. La pureza de su alma es grande. Yo olvido el pasado, porque la creo capaz de hacerme el mas feliz de los hombres. Yo la amo con todo mi corazon, yo no puedo vivir sin su amor. Si ella me rechaza, ya se lo he dicho, huiré de este pueblo, buscaré la muerte en cualquiera de esos países en donde la ambicion de los hombres levanta ejércitos para disputarse un palmo de tierra.

El padre Miguel se sintió enternecido.

—Baltasar, le dijo: tienes un corazon noble y generoso, Dios no ha de olvidarte.

CAPITULO XIX.

LA GRAN BATALLA DE LA MUJER.

Cuando el honrado párroco llegó á su casa, como al muchacho qué le falta tiempo para enseñar un juguete á sus amigos, corrió á buscar á Felicidad y le dijo:

—Baltasar me ha esperado al salir de la iglesia: ¿á que no aciertas para qué?

—¡Yo! murmuró la jóven tímidamente.

—Pues nada menos que para decirme que esta noche se presentará su señor padre á pedirme tu mano.

—¡Oh! eso es imposible.

—Me ha dicho asímismo, que si su peticion es rechazada abandonará el pueblo para siempre. Hablemos cuerdamente. Yo creo que tú, hija mia, has cumplido con tu deber revelándole el secreto. Si verdaderamente le amas no sacrifiques tu felicidad, puesto que él te acepta tal y como eres, puesto que él nada ignora, y no puede nunca alegar engaño. Responde pues con franqueza: ¿le amas?

Felicidad, despues de un momento de lucha, cayó á los piés del anciano sacerdote murmurando con voz entrecortada:

—Sí, le amo, le amo, padre mio. ¿A qué ocultar lo que siente mi alma?

—Entonces casaos, y que Dios os haga felices.

Algunas horas despues, es decir, cuando las sombras de la noche reemplazaron la claridad del dia, el padre de Baltasar, vestido con la ropa de los dias de fiesta y con toda la gravedad propia de las circunstancias, se presentó en casa del padre Miguel.

—Buenas noches, señor cura, le dijo.

—Buenas las tenga usted, señor Mauricio.

Felicidad se puso en pié para retirarse.

—No se vaya usted, hija mia, que á usted mas que á nadie interesa el motivo de esta visita.

El padre Miguel, que comprendia la violencia de su ahijada, salió en su auxilio diciendo:

—¡Bah! déjela usted que vaya, que nunca faltan á las mujeres cosas que hacer por allá adentro.

—En fin, como usted guste: lo que ella no oiga, si es que le interesa, ya se encargará usted de decírselo.

Los dos viejos quedaron solos.

—Pues aquí me conduce, padre Miguel, volvió á decir Mauricio, una peticion de mi hijo.

—Usted dirá, contestó el sacerdote haciéndose de nuevas.

—Es el caso, que al chico se le ha metido en la mollera casarse; y como yo no quiero quitarle ningun gusto, y la eleccion además ha recaido en persona de mi confianza, vengo nada menos que á pedir á usted la mano de su ahijada.

—¡Hombre! ¿sabe usted que yo habia sospechado que los chicos se querian?

—Pues yo, francamente, ni esto.

Y Mauricio se mordió la uña del dedo pulgar.

—¡Es natural!

—Pero bien: ¿y qué me contesta usted á la peticion?

—Por mí, pueden casarse cuando lo tengan por conveniente.

—¿Y la muchacha?

—La muchacha creo que tampoco pondrá obstáculo ninguno.

—Entonces quedamos convenidos que se hará la boda.

—Se hará lo que usted guste, que al fin y al cabo su hijo de usted es uno de los mejores muchachos del pueblo.

—En cuanto á eso, no me ciega el amor de padre; pero Baltasar no tiene igual.

—No lo pongo en duda.

—Hablemos pues de intereses.

—¡Bah! Baltasar es hijo único de usted, y con esto está dicho todo.

—Sin embargo...

—Nada, nada, que se casen cuando usted disponga, puesto que quieren y lo desean.

—Entonces queda contratada la boda para últimos del mes de abril.

—Es decir, para dentro de mes y medio.

Pues bien, querido lector, el dia que despues de algunos capítulos de olvido hemos vuelto á presentar á los ojos de tu imaginacion al padre Miguel sentado en su puerta con el bre-

viario en la mano, y á Felicidad asomada á la ventana con el traje de montañesa y el rostro risueño como una mañana de primavera, era la víspera de aquel en que un lazo indisoluble debia unir á ambos jóvenes.

El casamiento es una especie de batalla de la vida en que siempre sale vencedora la mujer.

Sin mas porvenir, sin mas esperanza que una boda, reconcentra todas sus fuerzas para escalar la espinosa cuesta que conduce á ella.

Debemos sin embargo hacer una escepcion en favor de Felicidad.

Durante los dias que trascurrieron desde aquel en que el padre de su amante pidió su mano hasta aquel en que debia celebrarse el casamiento, Baltasar la visitó todas las noches, pasando dos horas en dulce plática, y ella no dejó nunca de recordarle que aún era tiempo de que las cosas quedaran en tal estado.

Baltasar le decia:

—Mira, Felicidad, te amo tanto, te creo tan digna de mi amor, que te prohibo formalmente que me recuerdes el pasado.

Una boda es un acontecimiento en todas partes; pero en un pueblo de corto vecindario es mucho mas trascendental, mas ruidoso.

Todo el mundo se cree con el derecho de paladear los dulces y presenciar la ceremonia.

En los pueblos por lo general todos son parientes, aunque sean en tercer grado; y así como cuando toca la campana de la torre á muerto todos lloran por el difunto con mas ó menos sentimiento, así cuando se anuncia un próximo casamiento

todos se creen con derecho para disfrutar del sabroso pan de la boda.

El padre del novio dispuso un banquete para los parientes y los amigos.

Felicidad y el cura párroco otro para los pobres, que nunca faltan por desgracia.

Un banquete en un pueblo de corto vecindario se reduce por lo general á tres platos.

Un buen cocido, muchas gallinas en pepitoria y algunos corderos al horno.

En cuanto á los postres, se reducen á la fruta del tiempo, queso y natillas.

Con esto se puede comer lo bastante para beber mucho, y nunca falta alguno que improvise sin ser poeta, y muchos que se emborrachen sin ser Baco.

Se casaron pues los novios, y la crónica del pueblo asegura que aquel dia los pares de mulas permanecieron en sus cuadras tranquilamente y los pájaros en el campo sin verse sobresaltados por los trabajadores.

Se corrió un novillo por la tarde y se dispararon por la noche una docena de cohetes voladores á la puerta del señor cura.

Hubo algunas indigestiones, y luego, como suele decirse, cada mochuelo se fué á su olivo.

Que Felicidad hizo la felicidad de Baltasar lo saben todos cuantos los conocen, pues fué tan buena esposa, que en vista de su conducta, de su entrañable amor, de su bondad infinita, quedó sin efecto aquel refran que dice: «El que hace un cesto hará ciento.»

Dejémosles pues tranquilos ocupándose de sus haciendas y de sus hijos, si es que los tienen, que dia ha de llegar para ellos como para nosotros en que suene la última hora de su vida, pues sabido es que todo lo que nace muere; con lo que creemos haber dicho lo bastante.

CAPITULO XX.

DOS MATRIMONIOS QUE VALEN POR DIEZ.

Difícil en alto gradó ha sido siempre guardar un secreto depositado entre tres individuos; por esto sin duda el desafío de Julio de Rioalto con Fausto ó el vizconde de Villafort corrió aquella noche de boca en boca hasta llegar á los oidos del empresario del Teatro Real.

No solamente se dijo que Julio se habia batido con Fausto dándole una estocada en el bajo vientre, de cuyas resultas segun los médicos perderia la vida, sino que se aseguró que Fausto era un nombre supuesto, sospechándose que Arturo de Villafort era el verdadero nombre del herido.

Entró pues el empresario en el cuarto de la *prima donna*, y deseando darle el primero una buena noticia, ó creyendo que sabedora del lance podria agradecerle el interés que se tomaba por Julio, habló de esta manera:

—¿No sabe usted lo que ocurre, adorada Beatriz?

—Usted dirá, amigo mio.

—¡Oh! no se habla de otra cosa en Madrid.

—¿Y qué es ello?

—Un desafío que ha tenido lugar esta mañana; y esto aumentará y no poco la popularidad de usted.

—¿Qué tengo yo que ver...

—¡Friolera!

Y el empresario, bajando la voz, continuó con marcada espresion:

—Usted ha sido inocentemente la causa de ese desafío.

Beatriz se estremeció.

—No hay que sobresaltarse, repuso con precipitacion el empresario, que temió en aquel instante una indisposicion repentina de la *prima donna*. Julio de Rioalto ha suministrado una estocada maestra á ese misterioso é impertinente personaje que con el nombre de Fausto perseguia á usted sin cesar.

—¿Julio se ha batido?

—¿Pues qué usted lo ignoraba?

—¡Oh! sí, sí: lo ignoraba todo; pero no me oculte usted nada.

—Tranquilícese usted, tranquilícese usted, hija mia: ante todo, debo decirle que Julio se halla sano y bueno. Pues como iba diciendo, parece ser que anoche en el Casino ese señor Fausto cometió una impertinencia que á Rioalto le pareció no debia tolerar. Esto produjo un lance en el que ha llevado la peor parte el susodicho Fausto. Despues de todo, me alegro: era un hombre intempestivo.

—Pero usted ha dicho que por mí habia sido ese lance.

—¡Diantre! es verdad. Se trataba de la reputacion artística

de usted; y Julio, verdadero admirador del talento, salió á su defensa.

Aquí llegaba la oficiosidad del empresario, cuando se abrió la puerta del cuarto y se presentó Julio de Rioalto.

La *prima donna* no pudo contener una esclamacion.

—¡Julio!

—¡Beatriz!

Estos dos nombres, pronunciados por aquellos labios puros, por aquellas almas enamoradas, encerraban un poema de amor.

Rioalto fué á sentarse en el mismo sofá en que se hallaba la *prima donna*.

Esta le dijo en voz baja:

—¡Has espuesto tu vida!

—¿Sabes tú tambien...

—Esas cosas se saben siempre, Julio.

—Ya que no es un secreto para tí, no procuraré ocultártelo; pero me he visto en la precision de castigar á ese importuno amante desairado á quien la envidia hubiera puesto en el caso de cometer mil bajezas.

—Debias haberle despreciado.

—No, Beatriz: ha sido mejor castigarle, y ya lo está. Pero no hablemos mas de este asunto. Hablemos solo de la felicidad que nos espera dentro de dos meses, porque yo supongo que en terminando la escritura con este teatro no aceptarás ninguna.

—Entonces seré tuya.

El empresario comprendió que allí hacia un papel desairado, y buscando un pretesto salió del cuarto.

—Sí, Beatriz, sí: no quiero verte sujeta á los caprichos del

público; serás artista, pero para mí solo; el eco de tu voz, que conmueve todas las fibras de mi corazon, solo puede recompensarse con amor. ¿Qué falta te hace el oro? ¿No soy yo rico? ¿Eres ambiciosa por ventura?

—Julio, ¿me amas mucho?

—¿Que si te amo? Cada minuto que se retarda el momento de mi felicidad, cada instante que pasa sin llamarte mi esposa, cada dia que trascurre sin tenerte á mi lado para comunicarte el último de mis pensamientos, es para mí un tormento inesplicable. ¡Ah! Yo no comprendia la inmensa felicidad del amor; yo no podia imaginarme el poderoso influjo de una mirada que se infiltra en el alma, de un suspiro que penetra en el corazon.

—Es verdad, es verdad: yo tambien como tú he sentido dentro de mi sér impresiones desconocidas.

—Escucha, Beatriz: ¿te seria muy sensible romper la escritura con este teatro?

—¡Faltar á mi firma! ¡acarrear á una empresa perjuicios de consideracion! No, Julio, no: esperemos.

—Dices bien: esperemos.

Y un suspiro enamorado se escapó de sus pechos.

. . . . . .

. . . . . .

Tres meses despues, Lorenzo se hallaba una tarde en el gabinete de Sofía, su mujer, teniendo uno de sus niños sobre las rodillas cuando entró don Fernando.

—No os cansais nunca de jugar con vuestros hijos, dijo con su gravedad acostumbrada.

—Vamos, querido papá suegro, contestó Lorenzo levantando su hijo en alto para que le diera un beso su abuelo: permí-

tanos usted que los mimemos ahora, que yo le ofrezco que así que cumplan diez años se los entregaré para que cuide de su educacion: ¿no es verdad, Sofía?

—¡Oh! ¿qué duda tiene? Nadie mejor que mi padre podrá encargarse de tan importante mision.

—Yo os aseguro que sabré encaminarles por la senda del bien.

—Y yo apuesto cualquier cosa, repuso Lorenzo sonriendo, á que don Fernando abuelo será mas tolerante que don Fernando padre.

—¿Tú crees eso?

—Y eso será.

—Al tiempo me remito.

—Allá veremos.

—Diga usted, padre mio: ¿no ha habido carta de Julio y Beatriz? preguntó Sofía.

—A propósito: me han escrito incluyéndome una para vosotros; y como la felicidad aturde á las criaturas, estoy por creer que se han vuelto locos.

—¿Locos? preguntaron á un tiempo Lorenzo y Sofía.

—¿Sabeis lo que me exigen en la carta?

—¿Quién es capaz de adivinar...

—Pues nada menos que vayamos adonde están.

—¿Todos?

—Todos: es decir, vosotros dos con vuestros hijos y la niñera, y don Leandro y yo. Un reservado completo del ferro-carril necesitábamos para esta espedicion.

—¿Y dónde están?

—Despues de recorrer una parte de Francia, se hallan ins-

talados en Ginebra. Dicen que allí nos esperan; pues que esperen. Pero aquí teneis la carta.

Lorenzo la cogió, leyendo lo siguiente en voz alta:

«Querido Lorenzo: Ahora te escribo á tí por mi cuenta: detrás de mi firma lo hará Beatriz, dirigiéndose á Sofía. Nada es comparable, amigo mio, con la felicidad que me rodea: creo quo no puede gozarse mayor ventura.

»Figúrate allá en tu mente qué dichoso puede ser el mortal que viaja en silla de posta, acompañado por un ángel de la tierra de esos que Dios envia para eterna ventura de los mortales.

»Tú puedes comprender mas que otros lo que voy diciendo, porque tú como yo has tenido la fortuna de encontrar una compañera cariñosa que se desvive en acertar el mas oculto de tus pensamientos, que se complace en realizar el menor de tus deseos.

»Vamos á emprender un viaje por Alemania; pero no somos tan egoistas, y queremos que vengais con nosotros.

»Ginebra es la ciudad en donde os esperamos: en la fonda Francesa os darán razon de nosotros. Comprendo que el recto don Fernando y el meticuloso don Leandro pondrán mil obstáculos para abandonar la casa que está encomendada á su honradez. Procurad convencerles, empleando toda vuestra influencia.

»Venid: os necesitamos.—*Julio.*»

«Querida Sofía: Indudablemente con tu buen talento habrás comprendido que Julio es un exagerado en lo que dice de mi persona.

»Yo no soy un ángel; soy una mujer que ama con todo su

corazon al hombre con quien se ha unido, que vive por él y para él.

»Tú me comprendes bien: ¿no es verdad, Sofía?

»¿Podria yo ser nunca mejor esposa que tú? ¿seré tal vez mejor madre?

»No lo pretendo: me basta con imitarte.

»En lo que estoy completamente de acuerdo con mi esposo es en que os vengais inmediatamente á Ginebra.

»Emplea tu influencia para que Lorenzo deje por algun tiempo sus pleitos y sus negocios. Es preciso que los hombres no sean tan ambiciosos.

»Además, todo cuanto nosotros poseemos es vuestro.

»Anoche me decia Julio:—Si Lorenzo se niega á venir, soy muy capaz de armar un pleito con cualquier ginebrino y encargarle á él la defensa; de este modo se verá en la precision de abandonar Madrid.

»Despues de esto, solo me resta decirte que te amo y que te espero para estrecharte contra mi corazon.—*Beatriz.*»

—La carta no puede ser mas apremiante, dijo Sofía.

—¡Ya lo creo! y adivino en tus ojos lo que opinas, repuso don Fernando.

—Con franqueza, Sofía: ¿te agradaria hacer ese viaje, no es verdad?

—Sí: ¿por qué ocultarlo?

—Pues bien: entonces, á Roma por todo. Lo haremos, esclamó Lorenzo.

—Poco á poco: lo hareis vosotros dos.

—Pero ¿y ustedes?

—Nosotros nos quedamos en Madrid.

En vano procuraron Sofía y Lorenzo convencer á don Fernando y á don Leandro.

Este último decidió la cuestion.

—Sois jóvenes, les dijo: disfrutad del mundo, divertíos, y dejadnos á nosotros tranquilamente en nuestras casas. A los veinticinco años un viaje es un placer; á los sesenta es una molestia, una incomodidad.

Don Leandro tenia razon.

Sofía y Lorenzo partieron solos.

Los lagos de Suiza, las cumbres de Alemania, las poéticas riberas del Rhin, fueron testigos de la inmensa felicidad que atesoraban los corazones de aquellos cuatro séres conocidos en el trascurso de esta novela con los nombres de Sofía, Beatriz, Julio y Lorenzo.

CAPITULO XXI.

UN CORAZON DE CIENO MURIENDO EN EL FANGO.

Despues de treinta dias de cama, el vizconde de Villafort, no encontrando alivio á sus padecimientos, abandonó el lecho y despidió al médico con estas groseras palabras:

—Puesto que la ciencia es impotente, para nada necesito á usted.

Desde este dia, Arturo, despreciando los consejos de fray Natalio de la Concepcion, se lanzó á la calle, diciendo:

—Soy rico: gocemos de la vida: riámonos de estos dolores que me atormentan.

Fray Natalio, conociendo que todo era inútil, se retiró afligido á su humilde morada del Escorial.

Cuando el vizconde de Villafort se miró por primera vez al espejo, apenas podia reconocerse.

Su barba cubierta de canas, su rostro pálido, demacrado,

enjuto, sus ojos hundidos, apagados, daban á su semblante una espresion repugnante de ferocidad.

Además, el contínuo dolor que esperimentaba en el estómago le hacia caminar encorvado y con paso fatigoso.

Al ver aquel hombre poco antes jóven y arrogante, lleno de vida, de energía, de salud, diríase que se hallaba terriblemente castigado por la mano de la Providencia.

Era un anciano de treinta años.

Esa desesperacion, esa inquietud, esa rabia impotente que devoró en sus últimos dias la existencia de Herodes el Idumeo, de ese rey tirano comido en vida por los gusanos, solo podria igualarse con los sufrimientos de Arturo.

Buscó una distraccion en el juego.

Sus dolores aumentaban.

Desesperado, pensó que los placeres sensuales podrian hacerle olvidar por algunos momentos tan terrible malestar.

Todo fué en vano: el mal iba en aumento.

Así trascurrieron cuatro meses.

El carácter de Arturo se habia hecho insoportable.

Una tarde de esas frias y lluviosas del mes de diciembre se hallaba casi hundido en una butaca, con los piés sobre el borde de la chimenea y un rewolver en la mano.

—¿Qué es la vida? se decia. Un sueño horrible. Morir no es otra cosa que despertar. ¡Valor! la muerte es un segundo.

El vizconde apoyó el cañon del arma que tenia en la mano sobre la sien, pero su mano tembló.

Tenia miedo: la enfermedad le habia vuelto cobarde.

Despues de un momento de vacilacion, arrojó el arma con repugnancia sobre un sofá.

—Me falta el valor, se dijo; y sin embargo, mi existencia no puede ser larga.

De repente se puso en pié, lanzando un grito como si le arrancaran un trozo de carne del cuerpo con unas tenazas hechas ascua.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¿cabe mayor sufrimiento que este?

Y cogiendo la capa, salió precipitadamente de la habitacion como un loco.

Al bajar la escalera tuvo que apoyarse en la barandilla para no caer.

Comprimia los gritos que involuntariamente subian á su garganta.

Se lanzó á la calle, y anduvo sin saber por dónde hasta las ocho de la noche.

A esa hora se encontró delante de una tienda de Andaluces.

Una idea cruzó por su mente.

—Tal vez si me emborrachara, se dijo, se adormecerian estos dolores.

Entró en la tienda, y pidió algunos platos y dos botellas de vino del Rhin.

Los dolores continuaban, y pidió una botella de rom.

Bebió un vaso de un solo trago, y el ardor del estómago fué tal que creyó llegada su última hora.

No pudiendo estar en ninguna parte, quiso probar si le sentaria bien el aire fresco de la noche.

Llovia.

Las calles, llenas de ese lodo que se forma por la nieve derretida, hacian bastante difícil su paso.

Sin embargo, Arturo caminaba á la ventura como el perro rabioso.

A las doce de la noche se hallaba fatigado.

A pesar del frio, un copioso sudor inundaba su cuerpo.

Los vapores del vino, que se le habian subido á la cabeza, le aturdian.

Por fin se le resbaló un pié, y cayó en medio del arroyo de una de las sucias y miserables calles de los barrios bajos.

Arturo comenzó á revolcarse por el fango.

Poco á poco sintió cierta frialdad en la sangre, cierto desvanecimiento en la cabeza.

Como la calle era solitaria, nadie acudia en su ayuda.

Su corazon de cieno, presa de la mas terrible angustia, apagaba débilmente sus latidos.

Pidió socorro con acento desfallecido.

Nadie le contestó.

Vió á lo lejos la luz de un sereno, y se arrastró por el suelo.

Todo fué en vano: parecia que una mano invisible y poderosa le tenia enclavado en aquel sitio.

Al mismo tiempo, la poca voz que le quedaba se habia estinguido en su garganta.

Por último, sus labios se entreabrieron y lanzó una blasfemia.

Luego se quedó inmóvil.

Seguia lloviendo, el viento silbaba, y Arturo no se movia.

A las tres de la mañana pasó un trapero por aquel sitio, observó un bulto, preparó el gancho y acercó el farol para reconocerle.

—Será un borracho, se dijo. ¡Bueno se está poniendo!

El trapero continuó su camino.

Al dia siguiente encontraron un cadáver manchado de lodo, con el rostro horriblemente desfigurado.

Era el vizconde de Villafort.

Su corazon de cieno habia muerto, revolcándose por el fango sucio y asqueroso de una calle.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO IX.

EL REGRESO DE LAS VIVAS SUIGRADORAS.

	Págs.
Capítulo primero.—Una verdad de Don Grullo, y una intriga de la marquesa de Benizo	7
Cap. II.—Nuevo compás	14
Cap. III.—El precio de un consejo	20
Cap. IV.—Un cero en la baraúnda de tres pobres	28
Cap. V.—Un grito de la conciencia	34
Cap. VI.—Síntomas alarmantes	40
Cap. VII.—Martirio	47
Cap. VIII.—Donde continúa el martirio de Andrea	54
Cap. IX.—Las dos rivales	61
Cap. X.—Chocar sobre hierro	69
Cap. XI.—Una limosna por el amor de Dios	75

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO IX.

EL REGRESO DE LAS AVES EMIGRADORAS.

Págs.

Capítulo primero.—Una verdad de Pero Grullo, y una intriga de la marquesa de Fontan. 7
Cap. II.—Nuevo complot. 14
Cap. III.—El precio de un corazon. 20
Cap. IV.—Un rico en la buhardilla de tres pobres. . . 28
Cap. V.—Un grito de la conciencia. 34
Cap. VI.—Síntomas alarmantes. 40
Cap. VII.—Martirio. 47
Cap. VIII.—Donde continúa el martirio de Andrea. . . 54
Cap. IX.—Las dos rivales. 61
Cap. X.—Chocar sobre hierro. 69
Cap. XI.—Una limosna por el amor de Dios. 75

LIBRO X.

LA ABNEGACION.

Capítulo primero.—La Biblia de las Mujeres. 83
Cap. II.—El martirio de los recuerdos. 92
Cap. III.—Un corazon sencillo y una conciencia sobresaltada. 98
Cap. IV.—Donde Narciso de Rioalto prepara el terreno. 106
Cap. V.—Donde Andrea toma una resolucion. 112
Cap. VI.—Fortaleza de un corazon recto. 118
Cap. VII.—Otra vez á la calle del Olmo. 128
Cap. VIII.—Durante el entreacto. 134
Cap. IX.—Una alianza por fuerza. 141
Cap. X.—Ilusiones de un cantante jóven y de un músico viejo. 152
Cap. XI.—Un plazo de veinticuatro horas. 160

LIBRO XI.

PRELUDIOS DE LA MUERTE.

Capítulo primero.—La casa de campo. 169
Cap. II.—Primera tentativa. 178
Cap. III.—Un recuerdo que se pierde en un cerebro sin juicio. 184
Cap. IV.—Donde comienzan á desvanecerse todas las esperanzas. 190

Cap. V.—Despedida. 196
Cap. VI.—Donde Narciso de Rioalto desempeña una comision. 205
Cap. VII.—Ilusiones al borde del sepulcro. 213
Cap. VIII.—Un alma pura y un corazon arrepentido. . 221
Cap. IX.—Flexibilidad de un corazon malvado. 228
Cap. X.—Donde Narciso arranca las máscaras. 234
Cap. XI.—Continuacion del anterior. 241
Cap. XII.—Donde el vizconde de Villafort se decide á arrostrar el todo por el todo. 246
Cap. XIII.—La carta del misionero. 252

LIBRO XII.

HERIDAS DE MUERTE.

Capítulo primero.—Donde se sabe algo que no se supo antes. 259
Cap. II.—La muerte del conde de Villafort. 265
Cap. III.—Llegar tarde. 272
Cap. IV.—Una caida que favorece á un envenenador. . 279
Cap. V.—Donde el conde Polviany se queda con las mismas dudas. 285
Cap. VI.—Donde el ginebrino reflexiona sobre lo porvenir. 293
Cap. VII.—En busca de la recompensa. 300
Cap. VIII.—Un hombre de confianza. 308
Cap. IX.—Lágrimas. 316
Cap. X.—Donde Narciso de Rioalto sondea un corazon. 323

Cap. XI.—Donde se suspende una historia antes de comenzar. 231

LIBRO XIII.

LLEGAR TARDE.

Capítulo primero.—Un alma que comienza á ver la eternidad. 341
Cap. II.—Un verdadero hijo del Evangelio. 348
Cap. III.—Historia de una pobre ciega. 356
Cap. IV.—Continuacion del anterior. 363
Cap. V.—Un estómago sóbrio ante una cena opípara. . 369
Cap. VI.—Encuentro inesperado. 375
Cap. VII.—Los ruegos de un hombre justo. 380
Cap. VIII.—Dónde continúa su mision el padre Miguel. 386
Cap. IX.—Dos corazones heridos por el mismo dardo. . 392
Cap. X.—Un alma que abandona el cuerpo. 401

LIBRO XIV.

CONSECUENCIAS.

Capítulo primero.—Donde el vizconde de Villafort adquiere noticias.. 411
Cap. II.—Donde el padre Miguel, no encontrando una mujer pobre, buscó un hombre rico. 419
Cap. III.—Preparativos para un drama. 428
Cap. IV.—Primer acto del drama.. 433

Cap. V.—Segundo acto del drama. 440
Cap. VI.—Continúa el desarrollo del drama. 447
Cap. VII.—Credulidad del candor. 454
Cap. VIII.—Palabras de muerte. 460
Cap. IX.—Monsieur Fabricius Rodomont. 467
Cap. X.—Un pájaro cogido al tiempo de volar. 475
Cap. XI.—Un acontecimiento que entretiene á los desocupados. 482
Cap. XII.—Una estocada de á mil reales. 489

LIBRO XV.

CAMINO DEL DESENLACE.

Capítulo primero.—Ultimas disposiciones. 501
Cap. II.—Donde Narciso comprende que hay Providencia. 507
Cap. III.—Donde uno sale del mundo y dos de Madrid. 514
Cap. IV.—Donde se enmienda el vizconde de Villafort. 520
Cap. V.—Un espadachin que tiembla ante una gota de veneno. 526
Cap. VI.—Los elegidos. 533
Cap. VII.—Una mala digestion. 539
Cap. VIII.—Donde se aclara una duda. 544
Cap. IX.—Donde el autor continúa descartándose de algunos personajes que le incomodan. 549

EPÍLOGO.

FAUSTO.

Capítulo primero.—El estreno de una *prima donna*. . . 559
Cap. II.—Donde se habla del Barranco del Fraile. . . . 566
Cap. III.—Confesion. 572
Cap. IV.—Una voz que conmueve un corazon. 577
Cap. V.—Cómo practicaba la caridad el vizconde de Villafort. 584
Cap. VI.—La modestia del genio. 591
Cap. VII.—Las dos coronas. 598
Cap. VIII.—Donde Fausto oye una voz que irrita su amor propio. 604
Cap. IX.—Una idea bastarda. 611
Cap. X.—Lo que vió Fausto desde su atalaya. 617
Cap. XI.—El emisario del amor. 623
Cap. XII.—Un amigo oficioso. 629
Cap. XIII.—Donde Julio sale al encuentro de Fausto. . 636
Cap. XIV.—El testamento de un jóven honrado. 643
Cap. XV.—El que á hierro mata... 648
Cap. XVI.—Un viaje con la imaginacion... 654
Cap. XVII.—Encuentro inesperado. 661
Cap. XVIII.—Donde continúa el capítulo anterior... . . 668
Cap. XIX.—La gran batalla de la mujer. 675
Cap. XX.—Dos matrimonios que valen por diez. . . . 681
Cap. XXI.—Un corazon de cieno muriendo en el fango. 689

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

	Págs.
¿Qué hace usted aquí?.	64
Una limosna por el amor de Dios.	79
...y levantando el farol..	129
Sofía..	150
Los incurables.	172
Muerte del conde de Villafort..	268
...seguia camino adelante.	378
...se llevó las manos al rostro, prorumpiendo en un amargo lloro.	466
Narciso se quitó el gaban, y pronto se hallaron uno enfrente de otro.	471
...bajaba la escalera.	517
Fray Natalio de la Concepcion.	566

COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	Págs.
Don Cirilo, don Ciriaco y don Cipriano	8
Entonces me cogieron entre los dos	43
A los piés de este hombre, tiritando de frio, se veian dos perros	47
Y estendiendo las manos sobre la dormida niña	75
Mira lo que ha salido de aquí	188
El vizconde de Villafort	210
Pepita y doña Aldonza	241
Felipe y Lorenzo	288
¿Es esto lo que usted busca?	367
Mientras tanto Amadeo se habia atrevido al punto al cuerpo de Felipe	478
Los músicos nocturnos	730
Andrea	738

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

	Págs.
Don Cirilo, don Ciriaco y don Cipriano.	8
Entonces me cogieron entre los dos.	43
A los piés de este hombre, tiritando de frio, se veian dos perros.	47
Y estendiendo las manos sobre la dormida niña.... . . .	75
Mira lo que ha salido de aquí.	188
El vizconde de Villafort.	210
Pepita y doña Aldonza.	241
Felipe y Lorenzo.	288
¿Es esto lo que usted busca?.	367
Mientras tanto Amadeo se habia arrodillado junto al cuerpo de Felipe.	478
Los músicos nocturnos.	730
Andrea..	738

COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	PAGS.
Don Carlos don Cárlos y Don Cayetano	8
Bailamos mucho gusto entre los dos	42
A los pies de este hombre, tirando en tres se veían sus perros	47
Y escondiendo las manos sobre el [illegible] pino	73
Mira lo que ha salido de aquí	108
El vizconde de Villafort	310
Venida y doña Albanza	241
Felipe y Lorenzo	288
¿Es esto lo que usted busca?	397
Mientras tanto Aquiles se había arrodillado junto al cuerpo de Felipe	479
Los músicos [illegible]	730
Aquiles	738

LS
P 4386p

239217

Author Pérez Escrich, Enrique

Title La perdicion de la mujer. Vol.2.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU